Dan Simmons

EL ASCENSO DE ENDYMION

Segunda parte de *Endymion*
Premio Locus 1998





Cuando el papa Julio XIV muere y resucita, la Hegemonía se ha convertido ya en una teocracia regida por Pax, la organización cívico-militar de la iglesia católica. Gracias al uso y control del parásito cruciforme, la iglesia ofrece la inmortalidad en la vida terrena y la nueva fe deviene universal. Aliada con las inteligencias artificiales del tecnonúcleo, Pax sólo ha de temer la llegada de un nuevo Mesías.

Y este Mesías existe: es Aenea, la hija del cíbrido John Keats, que se ha refugiado durante casi trescientos años en las Tumbas del Tiempo de Hyperion. Junto con Raul Endymion y el androide de piel azul A. Bettik, Aenea deberá huir de Pax con la dudosa y siempre incierta colaboración del misterioso Alcaudón.

Lectulandia

Dan Simmons

El ascenso de Endymion

(Los cantos de Hyperion - 4)

ePUB v1.0

Rov 30.08.11

Título original: *The Rise of Endymio*n
Serie: Los cantos de Hyperion 4
Colección NOVA nº 120
Traducción: Carlos Gardini

Bailén 84 - Barcelona
Printed in Spain
ISBN:84-406-8930-6
Scan: Elfowar
Revisión: Sadrac/Jota R6 09/03 L
Versión en ePub: Rov, Agosto 2011

Este libro es para Jack Vance,
nuestro mejor creador de mundos
También está dedicado a la memoria del doctor Carl Sagan,
científico, autor y maestro,
que dio expresión a los sueños más nobles de la humanidad. humanidad.

PRESENTACIÓN

Los llamados CANTOS DE HYPERION, *formados por* HYPERION *(1989, NOVA ciencia ficción, número 41) y* LA CAÍDA DE HYPERION *(1990, NOVA ciencia ficción, número 42), son ya un hito en la ciencia ficción moderna. Sin embargo, iban pasando los años y Dan Simmons parecía haber dejado de lado esa temática que tan brillante y satisfactoriamente supo abordar.*

Se diría que ese sorprendente y ameno tour de force que es LOS VAMPIROS DE LA MENTE *(1989, Ediciones B, Éxito Internacional) le indicó que había mayor y mejor mercado en la novela de terror, a la que se ha dedicado prácticamente en exclusiva durante estos últimos años. Sólo* THE HOLLOW MAN *(1992), una obra con disquisiciones casi metafísicas en torno a la telepatía y la soledad, puede en cierta forma emparentarse con la ciencia ficción. El resto de lo publicado por Simmons durante estos años se inscribe en el género de la novela de terror en el que se ha convertido ya en un indiscutible maestro.*

Sin embargo, quienes nos sorprendimos y maravillamos con los dos primeros libros de la saga de HYPERION estábamos un poco molestos. Al menos así me sentía yo... Al leer las últimas obras de Simmons siempre me parecía lamentable que un talento como el suyo se perdiera en la simple búsqueda del best-seller más al uso.

Simmons es un brillante narrador, virtud que se percibe tanto en sus novelas de terror como en las de ciencia ficción, pero no cabe duda de que es en este segundo ámbito donde su talento especulativo brilla con luz propia. Habría sido una verdadera lástima que esa chispa especulativa, esa capacidad de reflexión sobre la literatura y sus clásicos, esa riqueza de ideas, se hubiera perdido para la ciencia ficción por culpa del indiscutible poder del mercado editorial.

Afortunadamente no ha sido así.

En enero de 1996 se publicó ENDYMION *(NOVA ciencia ficción, número 98) y, un año y medio más tarde, en septiembre de 1997,* EL ASCENSO DE ENDYMION, *que aquí presentamos, novela que pone fin a la serie de HYPERION. Como ya sucedió con los dos primeros títulos, las dos últimas entregas constituyen una macronovela en dos volúmenes. El mismo Simmons lo explica:*

> EL ASCENSO DE ENDYMION es, definitivamente, el último de los libros de HYPERION. No es lo último que publicaré referido a ese universo (hay un relato corto que debo escribir), pero sí va a ser la última novela.

No es éste el lugar para recordarla trascendencia que HYPERION y LA CAÍDA DE HYPERION *han tenido en la moderna ciencia ficción. La prestigiosa The New York Times Book Review ha comparado esta tetralogía de Simmons con las obras capitales del género:* FUNDACIÓN *de Asimov y* DUNE *de Herbert. Más aún, LOS CANTOS DE HYPERION son en el fondo la expresión de una ciencia ficción ya mucho más madura y plena que no rehuye temas de honda inspiración intelectual. Creo que, como muestra, bastará con las palabras de Gary K. Wolfe en Locus:*

> [HYPERION] es una moderna obra maestra de la ciencia ficción, que se deconstruve a sí misma en el segundo volumen [LA CAÍDA DE HYPERION], y en la que se desarrollan sofisticados juegos temáticos con el romanticismo inglés trasplantado a un entorno de space opera.

Precisamente Wolfe publicó un mordaz y despiadado comentario de ENDYMION. *Tras recordar que* HYPERION y LA CAÍDA DE HYPERION *son poemas de Keats considerados «buenos» (y de los que, según Wolfe, derivan unas sólidas novelas en la versión de Simmons), el crítico de Locus comentó también que* ENDYMION *fue considerado por alguno de los críticos coetáneos de Keats como una «imperturbable idiotez».*

Rizando el rizo, Wolfe venía a decir que ENDYMION *no era más que una novelización del estereotipo argumental de La Guerra de las Galaxias, punto de vista original, divertido y, todo hay que decirlo, un tanto arriesgado. En palabras de Wolfe:*

> Raul Endymion, un joven sencillo de un planeta atrasado (HYPERION), es enviado por un anciano sabio un tanto místico a acometer la imposible misión de rescatar una princesa (bueno, no precisamente una princesa, pero se trata de la hija de Keats, lo que es muy parecido). Y debe rescatarla de una fortaleza del imperio galáctico (que aquí se llama Pax, una especie de teocracia católica reconstruida). Toda la ayuda de que dispone es un talismán mágico (en este caso una alfombra voladora) y un tímido y leal androide (en realidad hay dos robots si se tiene en cuenta la locuaz y malhumorada nave del espacio en la que escapan). Al encontrar a la chica, ésta resulta ser tan valiente y precoz que, desde ese momento, es ella quien toma todas las decisiones, y ambos son perseguidos de planeta en planeta por un obsesionado capitán-sacerdote que nunca descansa en su labor, aunque siempre fracasa estrepitosamente en su intención de capturarles.

No es ésta mi forma de ver el argumento de ENDYMION, *pero sin duda se trata de un razonamiento bien construido. Y curioso.*

Si ENDYMION *podía parecer poca cosa tal vez fuera por el magistral nivel alcanzado con* HYPERION y LA CAÍDA DE HYPERION *y, sobre todo, por la inevitable frustración que provoca la primera parte inconclusa de una novela larga. Además, hubo que esperar bastante más de un año para poder leer la ansiada conclusión.*

Tras la publicación en inglés del título que tiene en sus manos, el mismo Gary K. Wolfe reconoció su error de criterio e hizo un encendido elogio de esta segunda parte de LOS CANTOS DE HYPERION:

> EL ASCENSO DE ENDYMION es *una novela* (aunque se desarrolla tan deprisa que uno casi no tiene tiempo de percibirlo), con un buen número de sorpresas y complicaciones que conducen la trama mucho más allá de la simple aventura de caza de la primera parte [ENDYMION]. Se alcanza así el tono épico que convirtió la bibliografía original de HYPERION en toda una revelación al principio de la década.

Y también:

> Contemplada como una epopeya en cuatro volúmenes que abarca tres siglos y muchos mundos, la serie completa es tal vez la *space opera* de mayor extensión de la historia, y también la mejor.

Y, concretamente, de nuevo sobre este cuarto y último volumen que aquí presentamos:

> Es una novela rebosante de fuerza y pasión que supone una brillante conclusión para una de las obras capitales de la ciencia ficción moderna.

En cualquier caso, son ustedes los que deben juzgar. Posiblemente ENDYMION *quedara demasiado incompleta, pero al contemplar la tetralogía en su conjunto me parece indudable que nos hallamos ante una de las obras maestras de la ciencia ficción de todos los tiempos. Como ocurre, por ejemplo, en la serie de la* FUNDACIÓN *o en la de* DUNE, *no todas las entregas tienen la misma fuerza. En el caso de la saga de* HYPERION *resulta evidente que la altura especulativa y emotiva alcanzada en el primer volumen (con ese parásito cruciforme, con esa revisión de los* CUENTOS DE CANTERBURY *en clave de ciencia ficción, con ese abanico de personajes de todas las*

religiones y credos...) fue una sorpresa del todo irrepetible en la serie. No obstante, es también lícito mantener que la tetralogía se sitúa, en general, a un nivel muy poco habitual en la ciencia ficción y, si me apuran, en la narrativa moderna. Es evidente que este cuarto volumen mejora alguno de los anteriores y supone un excepcional colofón a una serie llamada a dejar huella en la historia de la ciencia ficción del siglo XX.

Al fin y al cabo, con sólo cuatro títulos, Simmons ha obtenido cuatro de los más importantes premios mayores de la ciencia ficción. HYPERION *obtuvo en 1989 el popular premio Hugo, y en 1989, 1990 y 1998 tres de las novelas de la serie obtuvieron el Locus (a la par que figuraron también en la selecta lista de finalistas del premio Hugo). Conviene recordar aquí que el premio Locus es otorgado anualmente por los expertos lectores de la influyente revista Locus, y suele registrar un mayor número de votos que el premio Hugo. De hecho, en 1998* EL ASCENSO DE ENDYMION *obtuvo en la elección de Locus un total de 1.021 puntos, casi el doble de su inmediata seguidora con 629. Aunque las formas cambiaron en el premio Hugo en el que se pronuncian los asistentes y afiliados a la Worldcon, la convención mundial de ciencia ficción. No me molesta decir que, en 1998, se alzó finalmente con el premio Hugo la novela de Joe Haldeman* PAZ INTERMINABLE *(1997, en NOVA, número 107), tras hacerse antes con el premio Memorial John W. Campbell, que concede un grupo de expertos en la reunión anual de la John W. Campbell Conference.*

Para finalizar, sólo deseo recordar aquí algo que el mismo Dan Simmons ha comentado en diversas entrevistas, que la saga en cuestión aborda dos cuestiones espinosas: lo sagrado y el amor. Así lo confiesa el propio Simmons:

> Lo que realmente me interesaba, en toda la serie, era decir algo sobre lo sagrado, y no precisamente algo espiritual. En el primer libro, HYPERION, lo que concitó mayor desdén entre los críticos fue la idea de que el amor es una fuerza básica en el universo. Un crítico dijo: «Quién se cree que es? ¿John Lennon?» Así que me lo tomé como un reto, e hice que ése fuera el tema central de los dos últimos libros. ENDYMION crea el alma de la historia de amor que intento contar, aunque un personaje esté cerca de los treinta y el otro tenga sólo doce años: ¡el tipo de historia de amor que cuentas y luego te detienen por ello! Quería trabajar en la idea de que el amor es algo más que una mera emoción que existe durante un tiempo y luego se disipa: es algo sólido, entretejido en la urdimbre del universo. Esto es, probablemente, tan serio como la filosofía.

Y aquí voy a concluir esta presentación que ya se ha alargado demasiado. Aunque suene a tópico, me siento orgulloso de que la serie completa de HYPERION *haya sido publicada en NOVA. Nacida en 1988, NOVA llegó tarde a* FUNDACIÓN *(años cuarenta), a* DUNE *(años sesenta) y, si me apuran, a* PÓRTICO *(años setenta). Pero la mejor serie de ciencia ficción de los años ochenta y noventa está, como no podía ser de otra manera, en NOVA. Por eso es lícito que nos sintamos orgullosos.*

Y ustedes, espero, satisfechos de concluir con esta novela una de la obras emblemáticas de la ciencia ficción de todos los tiempos. Que ustedes la disfruten.

MIQUEL BARCELÓ

AGRADECIMIENTOS

El autor desea agradecer a las siguientes personas: Kevin Kelly, por su exposición sobre la evolución de la vida artificial a partir de criaturas de 80 bytes en su libro *Out of Control*; Jean-Daniel Breque y Monique Labailly, por su personal excursión guiada por las catacumbas de París; Jeff Orr, cibervaquero por excelencia, por internarse audazmente en el ciberespacio para recobrar cuarenta páginas de este relato secuestradas por el TecnoNúcleo; y Tom Dupree, mi corrector, por su paciencia, entusiasmo y el buen gusto compartido de su amor por *Mystery Science Theater 3000.*

No somos materia duradera, sino diseños que se autoperpetúan.

NORBERT WIENER,
Cybernetics, or Control and Communication in the Animal and the Machine

La naturaleza universal, usando la sustancia universal como si fuera cera, modela la efigie de un caballo, y al romperla utiliza el material para un árbol, luego para un hombre, luego para otra cosa. Cada una de estas cosas subsiste por muy poco tiempo, mas no hay crueldad en la destrucción de la vasija, así como no la hubo en su creación.

MARCO AURELIO,
Meditaciones

Mas está el dedo de Dios, un relámpago de potente voluntad
que existe allende toda ley, pues él creó las leyes.
E ignoro si tal don sea del hombre, salvo en esto:
producir, a partir de tres sonidos, no un cuarto sonido, sino un astro.

ROBERT BROWNING,
Abt Vogler

Si lo que he dicho no está claro, y me temo que no lo esté, bastará con volver

adonde inicié esta serie de reflexiones; es decir, comencé viendo que las circunstancias formaban al hombre. ¿Y qué son las circunstancias sino piedras basales del corazón? ¿Y qué son las piedras basales sino pruebas de su corazón? ¿Y qué son las pruebas de su corazón sino fortalecedores o modificadores de su naturaleza? ¿Y qué es su naturaleza modificada sino su alma? ¿Y qué era su alma antes de llegar al mundo y tener estas demostraciones, modificaciones y perfeccionamientos? Una inteligencia sin identidad. ¿Y cómo se logra esta identidad? ¿Por medio del corazón? ¿Y cómo se transforma el corazón en dicho medio sino en un mundo de circunstancias? Y bien, en materia de poesía y teología, puedes agradecer a tus astros que mi pluma no tenga largo aliento.

JOHN KEATS,
en una carta a su hermano

PRIMERA PARTE

1

—¡El papa ha muerto! ¡Viva el papa!

El grito resonó en el patio de San Dámaso del Vaticano, donde acababan de descubrir el cadáver del papa Julio XIV. El Santo Padre había fallecido mientras dormía en sus aposentos. La noticia se difundió rápidamente por el irregular apiñamiento de edificios que todavía llamaban Palacio Vaticano, y se propagó por el Estado Vaticano como un incendio en un entorno de oxígeno puro. Atravesó las oficinas, brincó por la atestada Puerta de Santa Ana al Palacio Apostólico y al contiguo Palacio de Gobierno, encontró oídos expectantes entre los fieles de la sacristía de la Basílica de San Pedro —al extremo de que el arzobispo que decía la misa se alarmó ante los inusitados susurros de la congregación— y salió de la Basílica con los feligreses que se mezclaron con la numerosa muchedumbre de la Plaza de San Pedro, donde cien mil turistas y funcionarios de Pax recibieron el rumor como una masa crítica de plutonio entrando en fisión.

Al salir del Arco de las Campanas, la noticia se aceleró hasta alcanzar la velocidad de los electrones, saltó a la velocidad de la luz y se lanzó desde el planeta Pacem a velocidades Hawking, miles de veces más rápido que la luz. Más cerca de los antiguos muros del Vaticano, teléfonos y comlogs tintineaban en el enorme y sudoroso Castel Sant'Angelo, donde el Santo Oficio de la Inquisición tenía sus oficinas dentro de la montaña de piedra que originalmente había sido el Mausoleo de Adriano. Toda esa mañana se oyó claqueo de rosarios y susurro de sotanas almidonadas mientras los funcionarios del Vaticano regresaban a sus oficinas para controlar sus líneas encriptadas y esperar memorándums de sus superiores. Los comunicadores personales chillaban y vibraban en los uniformes e implantaciones de miles de administradores de Pax, comandantes militares, políticos y funcionarios de Mercantilus. A los treinta minutos del descubrimiento del cuerpo inerte del papa, todas las organizaciones de noticias de Pacem estaban alerta: prepararon sus holocámaras robóticas, pusieron en línea sus satélites repetidores, enviaron sus mejores reporteros humanos a la oficina de prensa del Vaticano y esperaron. En una sociedad interestelar dominada por la Iglesia, las noticias no sólo aguardaban confirmación independiente sino autorización oficial.

Dos horas y diez minutos después del descubrimiento del cuerpo del papa Julio XIV, la Iglesia confirmó su fallecimiento a través de la oficina del secretario de Estado del Vaticano, el cardenal Lourdusamy. Segundos después, el anuncio grabado se despachó a todas las radios y holovisores de Pacem. Con su población de mil quinientos millones de almas, todos cristianos renacidos que llevaban el cruciforme,

la mayoría empleados por el Vaticano o la vasta burocracia civil, militar o comercial de Pax, el planeta Pacem se detuvo a escuchar con cierto interés. Aun antes del anuncio formal, una docena de las nuevas naves estelares clase arcángel había abandonado sus bases orbitales para atravesar el brazo de la galaxia ocupado por los humanos; sus impulsores cuasi-instantáneos mataron instantáneamente a su tripulación pero el mensaje de la muerte del papa iba almacenado en ordenadores y repetidores para las sesenta y pico de archidiócesis y sistemas estelares más importantes. Estas naves correo podían llevar a algunos cardenales a Pacem a tiempo para votar en la elección, pero la mayoría de los electores optaría por quedarse en su mundo natal, evitando la muerte a pesar de la promesa de resurrección, y enviando en cambio sus holohostias encriptadas e interactivas con el *eligo* para el siguiente Supremo Pontífice.

Otras ochenta y cinco naves de Pax clase Hawking, en general naves-antorcha de alta aceleración, se dispusieron a ascender a velocidades relativistas y a posiciones de salto, con un tiempo de viaje que se mediría en días o meses y una deuda temporal relativa de semanas o años. Estas naves aguardarían en el espacio de Pacem quince días estándar, hasta la elección del nuevo papa, y luego llevarían la noticia a los ciento treinta y pico de sistemas de Pax menos críticos, donde los arzobispos velaban por otros miles de millones de fieles. Estas archidiócesis, a la vez, comunicarían la noticia de la muerte, resurrección y reelección del papa a los sistemas menores, los mundos distantes y las mil colonias del Confín. Una última flota de más de doscientas naves mensajeras no tripuladas salió de sus hangares de la enorme base asteroidal de Pax en el sistema de Pacem; sus chips de mensajes sólo aguardaban el anuncio oficial del renacimiento y reelección del papa Julio para lanzarse al espacio Hawking y llevar la nueva a los efectivos de Pax que enfrentaban a los éxters en la esfera defensiva conocida como la Gran Muralla.

El papa Julio ya había muerto ocho veces. El pontífice tenía un corazón débil, pero no permitía que se lo reparasen por cirugía ni por nanoplastia. Alegaba que un papa debía vivir su período natural y un nuevo papa debía elegirse a su muerte. El hecho de que hubieran reelegido ocho veces al mismo papa no lo disuadía de esta opinión. Aun ahora, mientras preparaban el cuerpo del papa Julio para un velatorio oficial antes de llevarlo a la capilla de resurrección privada que había detrás de San Pedro, los cardenales y sus sustitutos hacían preparativos para la elección.

Cerraron la Capilla Sixtina al turismo y la prepararon para las votaciones que se realizarían dentro de menos de tres semanas. Trasladaron antiguos sitiales con dosel para los ochenta y tres cardenales que estarían presentes en persona y prepararon proyectores holográficos y conexiones interactivas para los cardenales que votarían a distancia. Instalaron la mesa de los escrutadores frente al altar mayor de la capilla.

Colocaron tarjetas, agujas, hilo, un receptáculo, una fuente, paños de lino y otros objetos en la mesa de los escrutadores y los cubrieron con paños más grandes. Pusieron la mesa de los *infirmarü* y los revisores al lado del altar. Cerraron y aseguraron las puertas principales de la Capilla Sixtina. Apostaron comandos de la Guardia Suiza con armadura de combate y flamantes armas energéticas junto a las puertas de la Capilla y en los portales blindados del anexo de resurrección de San Pedro.

Siguiendo un antiguo protocolo, la elección debía realizarse en un plazo no inferior a los quince días ni superior a los veinte. Los cardenales que residían en Pacem o a tres semanas de deuda temporal cancelaron sus compromisos y se prepararon para el enclave. Todo lo demás estaba listo.

Hay hombres gordos que llevan su peso como una debilidad, un signo de autocomplacencia y pereza. Otros absorben su masa con majestuosidad un signo exterior de su poder creciente. El cardenal Simon Augustino Lourdusamy pertenecía a la segunda categoría. El enorme Lourdusamy, verdadera montaña escarlata en su ropa cardenalicia, aparentaba poco menos de sesenta años estándar, y aparentaba esa edad desde hacía más de dos siglos de vida activa y varias resurrecciones. Con su papada, su calva y su voz grave —que podía elevarse a un rugido tonante, capaz de llenar la Basílica de San Pedro sin ayuda de altavoces— Lourdusamy seguía siendo el epítome de la salud y la vitalidad en el Vaticano. Muchos miembros de la jerarquía eclesiástica atribuían a Lourdusamy —entonces un joven funcionario menor en la maquinaria diplomática del Vaticano— el mérito de haber ayudado al angustiado y dolorido ex peregrino de Hyperion, el padre Lenar Hoyt, a encontrar el secreto que convirtió el cruciforme en instrumento de resurrección. Se decía que había contribuido tanto como el papa recién fallecido a restaurar una Iglesia que entonces estaba al borde de la extinción.

Al margen de la verdad de esta leyenda, Lourdusamy estaba en óptimo estado el día que siguió a la novena muerte del Santo Padre, cinco días antes de la resurrección de Su Santidad. Como secretario de Estado, presidente del comité que supervisaba las doce Congregaciones Sagradas y prefecto de esa temida y mal comprendida repartición, la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, ahora oficialmente conocida una vez más, al cabo de un interregno de mil años, como Santo Oficio de la Inquisición Universal, Lourdusamy era el ser humano más poderoso de la Curia. En ese momento, mientras velaban a Su Santidad Julio XIV en la Basílica de San Pedro, esperando el anochecer para trasladarlo al nicho de resurrección, bien podía decirse que Simon Augustino Lourdusamy era el ser más poderoso de la galaxia.

Esa mañana el cardenal no olvidaba esta circunstancia.

—¿Han llegado, Lucas? —le preguntó al hombre que había sido su asistente y

factótum durante más de doscientos años. Monseñor Lucas Oddi era tan esmirriado, huesudo, ajado y diligente como el cardenal Lourdusamy era enorme, carnoso, atemporal y lánguido.

Oddi, subsecretario del Estado Vaticano, era tan recatado en sus expresiones como en su apariencia. El alto y anguloso administrador benedictino había dedicado veintidós décadas de eficiente servicio a su superior, pero nadie —ni siquiera Lourdusamy— conocía sus opiniones o emociones íntimas. El padre Lucas Oddi había sido el brazo derecho de Lourdusamy por tanto tiempo que el secretario lo consideraba una extensión de su propia voluntad.

—Acaban de sentarse en la sala de espera —respondió monseñor Oddi.

El cardenal Lourdusamy asintió. Durante más de mil años —desde mucho antes de la Hégira que había impulsado a la humanidad a huir de la Tierra moribunda para colonizar las estrellas— había sido costumbre del Vaticano celebrar reuniones importantes en la sala de espera de los funcionarios importantes, y no en sus oficinas privadas. La sala de espera del cardenal Lourdusamy era una habitación de sólo cinco metros cuadrados, desnuda salvo por una mesa de mármol redonda sin unidades de comunicaciones, una sola ventana —que, de no haber estado polarizada, habría mostrado una *loggia* externa con maravillosos frescos— y dos pinturas de Karotan, el genio del siglo treinta; una mostraba el sufrimiento de Cristo en Getsemaní, la otra al papa Julio (en su identidad prepapal de Lenar Hoyt) recibiendo el primer cruciforme de un poderoso arcángel de aspecto andrógino mientras Satán (con forma de Alcaudón) miraba indefenso.

Las cuatro personas que aguardaban en la sala —tres hombres y una mujer— representaban al Consejo Ejecutivo de la Liga Pancapitalista de Organizaciones Católicas Independientes de Comercio Transestelar, más conocida como Pax Mercantilus. Dos de los hombres —M. Helvig Aron y M. Kennet Hay-Modhino— podrían haber sido padre e hijo, similares incluso en sus elegantes túnicas, sus costosos y conservadores cortes de pelo, sus rasgos nordeuropeos de Vieja Tierra sutilmente bioesculpidos y las aún más sutiles medallas rojas que mostraban su pertenencia a la Soberana Orden Militar del Hospital de San Juan de Jerusalén, Rodas y Malta, la antigua compañía popularmente conocida como Caballeros de Malta. El tercer hombre era de origen asiático y usaba una sencilla túnica de algodón. Se llamaba Kenzo Isozaki y ese día era el individuo más poderoso de Pax después de Simon Augustino Lourdusamy. La otra representante de Pax Mercantilus, una mujer cincuentona de expresión adusta y cabello corto, moreno y desaliñado, con un económico traje de fibroplástico, era M. Anna Pelli Cognani, heredera aparente de Isozaki y durante años presunta amante de la arzobispo de Vector Renacimiento.

Los cuatro se levantaron con una leve reverencia mientras el cardenal Lourdusamy ocupaba su lugar. Monseñor Lucas Oddi, único testigo, se apartó de la

mesa, las manos huesudas entrelazadas sobre la sotana; detrás de él, los ojos torturados del Cristo de Karotan presenciaban la pequeña reunión.

Aron y Hay-Modhino se adelantaron para arrodillarse y besar el anillo de zafiro del cardenal, pero Lourdusamy desechó los protocolos antes de que Kenzo Isozaki o la mujer pudieran aproximarse. Cuando los cuatro representantes de Pax Mercantilus estuvieron nuevamente sentados, el cardenal dijo:

—Somos todos viejos amigos. Sabéis que, aunque represento a la Santa Sede en esta deliberación, durante la ausencia provisional del Santo Padre, todas las cosas que se comenten en el día de hoy quedarán entre estas paredes. —Lourdusamy sonrió—. Y estas paredes, amigos, son las más seguras de Pax.

Aron y Hay-Modhino sonrieron. M. Isozaki conservó su agradable expresión. M. Anna Pelli Cognani frunció aún más el ceño.

—Eminencia —dijo—, ¿puedo hablar con franqueza?

Lourdusamy extendió la palma rechoncha. Desconfiaba de las personas que pedían hablar con franqueza, que juraban hablar con sinceridad o usaban la expresión «sin rodeos».

—Desde luego, querida amiga —dijo—. Lamento que las apremiantes circunstancias del día nos dejen tan poco tiempo.

Anna Pelli Cognani asintió. Había comprendido la orden de ser concisa.

—Eminencia —dijo—, solicitamos esta conferencia para hablar no sólo como leales miembros de la Liga Pancapitalista de Su Santidad, sino como amigos tuyos y de la Santa Sede.

Lourdusamy asintió cordialmente, curvando los labios en una leve sonrisa.

—Desde luego.

M. Helvig Aron se aclaró la garganta.

—Eminencia, Mercantilus tiene un comprensible interés en la inminente elección papal.

El cardenal esperó.

—Nuestro propósito de hoy, eminencia —continuó M. Hay-Modhino— es confirmarle, tanto en cuanto secretario de Estado como en cuanto candidato potencial para el papado, que la Liga seguirá llevando a cabo la política del Vaticano con suma lealtad después de la elección venidera.

Lourdusamy asintió. Comprendía a la perfección. Pax Mercantilus —la red de inteligencia de Isozaki— había olido una posible insurrección en la jerarquía del Vaticano. Habían oído cuchicheos en salas seguras como ésta, y habían oído que era hora de reemplazar al papa Julio por un nuevo pontífice. Isozaki sabía que Simon Augustino Lourdusamy sería ese hombre.

—En este triste interregno —continuó M. Cognani—, consideramos nuestro deber ofrecer la garantía pública y privada de que la Liga continuará sirviendo a los

intereses de la Santa Sede y la Santa Madre Iglesia, tal como lo ha hecho durante más de dos siglos estándar.

Lourdusamy asintió de nuevo y esperó, pero los cuatro representantes de Mercantilus no dijeron nada más. Se preguntó por qué Isozaki habría asistido en persona.

Para ver mi reacción en vez de confiar en los informes de sus subordinados, pensó. *El viejo confía en su instinto más que en cualquier otra cosa.* Lourdusamy sonrió. *Buena actitud*. Dejó transcurrir otro minuto de silencio antes de hablar.

—Amigos míos —dijo al fin—, no sabéis cuánto me conforta el corazón que cuatro personas tan atareadas e importantes visiten a este humilde sacerdote en nuestra hora de común pesadumbre.

Isozaki y Cognani mantuvieron su expresión imperturbable, pero el cardenal detectó un mal disimulado destello de ansiedad en los ojos de los otros dos representantes. Si Lourdusamy aceptaba el apoyo de esa gente en esas circunstancias, pondría a Mercantilus en pie de igualdad con los conspiradores del Vaticano, convertiría a Mercantilus en cómplice y socio del próximo papa.

Lourdusamy se inclinó sobre la mesa. Notó que M. Kenzo Isozaki no había pestañeado durante esa conversación.

—Amigos míos —continuó—, como buenos cristianos renacidos... —miró a Aron y Hay-Modhino—, como caballeros hospitalarios, conocéis sin duda el procedimiento para la elección de nuestro próximo papa. Pero permitidme refrescar vuestra memoria. Una vez que los cardenales y sus símiles interactivos se hayan reunido y encerrado en la Capilla Sixtina, hay tres maneras en que podemos elegir un papa: por aclamación, por delegación y por escrutinio. Por medio de la aclamación, todos los cardenales electores son movidos por el Espíritu Santo a proclamar a una persona como supremo pontífice. Todos exclamamos *eligo*, «yo elijo», y el nombre de la persona que elegimos por unanimidad. Por medio de la delegación, escogemos a una docena de cardenales para que hagan la elección en nombre de todos. Por medio del escrutinio, los cardenales electores votan secretamente hasta que un candidato cuenta con una mayoría de dos tercios más uno. Entonces el nuevo papa es elegido y las masas expectantes ven la *fumata*, las volutas de humo blanco que significan que la familia de la Iglesia ya tiene un Santo Padre.

Los cuatro representantes de Pax Mercantilus guardaban silencio. Conocían perfectamente el procedimiento de elección, no sólo los antiguos mecanismos, sino los cabildeos, presiones, concesiones, prepotencias y extorsiones que a menudo habían acompañado ese proceso durante siglos. Y comenzaban a comprender por qué el cardenal Lourdusamy enfatizaba lo obvio.

—En las últimas nueve elecciones —continuó el corpulento cardenal con voz tonante—, el papa ha sido elegido por aclamación... por intercesión directa del

Espíritu Santo. —Lourdusamy hizo una larga y tensa pausa. A sus espaldas, monseñor Oddi observaba, tan inmóvil como el Cristo pintado, tan inexpresivo como Kenzo Isozaki.

—No tengo motivos para creer —continuó al fin Lourdusamy— que esta elección será diferente.

Los ejecutivos de Pax Mercantilus no se movieron. Al fin M. Isozaki inclinó la cabeza. Habían oído y comprendido el mensaje. No habría insurrección dentro de los muros del Vaticano. O, en todo caso, Lourdusamy la tenía dominada y no necesitaba el apoyo de Pax Mercantilus. Si se trataba de lo primero y la hora del cardenal Lourdusamy aún no había llegado, el papa Julio volvería a gobernar la Iglesia y Pax. El grupo de Isozaki había corrido un riesgo terrible, teniendo en cuenta las grandes recompensas y poderes que recibiría si lograba aliarse con el futuro pontífice. Ahora sólo afrontaban las consecuencias del riesgo. Un siglo antes, el papa Julio había excomulgado al predecesor de Kenzo Isozaki por un fallo menor, revocando el sacramento del cruciforme y condenando al dirigente de Mercantilus a una vida de aislamiento respecto de la comunidad católica —es decir, cada hombre, mujer y niño de Pacem y la mayoría de los mundos de Pax— seguida por la muerte verdadera.

—Ahora, lamento que mis apremiantes deberes me alejen de vuestra grata compañía —dijo el cardenal.

Antes que Lourdusamy pudiera levantarse y, a despecho del protocolo requerido para abandonar la presencia de un príncipe de la Iglesia, M. Isozaki se adelantó rápidamente, se arrodilló y besó el anillo del cardenal.

—Eminencia —murmuró el viejo multimillonario de Pax Mercantilus.

Esta vez Lourdusamy no se levantó ni se marchó hasta que cada uno de los poderosos ejecutivos se hubo aproximado para presentar sus respetos.

Una nave estelar clase arcángel se trasladó al espacio de Bosquecillo de Dios un día después de la muerte del papa Julio. Era la única arcángel no asignada al servicio postal; era más pequeña que las nuevas naves y se llamaba *Rafael*.

La arcángel entró en la órbita de ese mundo ceniciento y envió una nave de descenso que penetró en la atmósfera. Dos hombres y una mujer iban a bordo. Los tres parecían hermanos, similares en su silueta delgada, su tez pálida, su cabello oscuro y corto, su mirada esquiva y sus labios delgados. Usaban trajes austeros, rojos y negros, con complejos comlogs de pulsera. Su presencia en la nave de descenso era una rareza. Las naves clase arcángel mataban a los seres humanos durante su violenta traslación por el espacio Planck y los nichos de resurrección de a bordo tardaban tres días en revivirlos.

Esos tres no eran humanos.

Extendiendo alas y cobrando forma aerodinámica, la nave cruzó el terminador y

penetró en la luz diurna a Mach 3. Debajo giraba el ex mundo templario de Bosquecillo de Dios, una masa de cicatrices calcinadas, campos de ceniza, lodazales, glaciares y secuoyas verdes que luchaban para reafirmarse en el paisaje torturado. Pasando a velocidad subsónica, la nave sobrevoló la angosta franja de clima templado y vegetación viable del ecuador del planeta y siguió un río hasta el tocón del ex Arbolmundo. Con ochenta y tres kilómetros de altura a pesar de su mutilación, el tocón se elevaba en el horizonte sur como una meseta negra. La nave eludió el Arbolmundo y se dirigió al oeste a lo largo del río, continuando su descenso hasta posarse en una roca cerca de una garganta angosta. Los dos hombres y la mujer bajaron por la escalera y echaron un vistazo. Era de mañana en esa parte de Bosquecillo de Dios. El río burbujeaba al entrar en los rápidos, aves y arborícolas invisibles chachareaban en la espesura. El aire olía a agujas de pino, perfumes alienígenas, suelo húmedo y ceniza. Más de dos siglos y medio atrás, este mundo había sufrido un bombardeo orbital. Los árboles templarios de doscientos metros de altura que no volaron al espacio habían ardido en un incendio que se prolongó durante un siglo, al fin extinguido por un invierno nuclear.

—Cuidado —dijo uno de los hombres mientras los tres bajaban al río—. Los monofilamentos que ella colocó aún podrían estar en su sitio.

La mujer asintió con un gesto de la cabeza y extrajo un arma láser de su pak de flujoespuma. Sintonizando el haz en dispersión máxima, barrió el río. Filamentos invisibles relucieron como una telaraña en el rocío de la mañana; cruzaban el río, rodeaban rocas, se sumergían en la blanca espuma.

—No hay ninguno donde tenemos que trabajar —dijo la mujer, apagando el láser.

Los tres cruzaron una zona baja a orillas del río y treparon una cuesta. El bombardeo de Bosquecillo de Dios había derretido el granito como lava, pero en una de las terrazas rocosas había señales de una catástrofe más reciente: un cráter circular diez metros por encima del río, con medio metro de profundidad y cinco de diámetro. En el lado sureste, donde una cascada de roca derretida había saltado hasta el río, se había formado una escalera natural de roca negra. La roca que llenaba la cavidad circular era más lisa y oscura que el resto de la piedra, como ónix pulido en un crisol de granito.

Uno de los hombres entró en la cavidad, se tendió cuan largo era en la piedra lisa y apoyó el oído en la roca. Un segundo después se levantó e hizo una seña.

—Atrás —dijo la mujer, tocando su comlog de pulsera.

Los tres habían retrocedido cinco pasos cuando el haz de energía pura ardió desde el espacio. Aves y arborícolas huyeron por la espesura. El aire se ionizó y se recalentó en segundos, lanzando una onda de choque. Ramas y hojas estallaron en llamas a cincuenta metros del punto de contacto del rayo. El cono de resplandor coincidía exactamente con el diámetro de la cavidad circular, transformando la piedra lisa en un

lago de fuego líquido.

Los dos hombres y la mujer ni se inmutaron. Sus trajes resplandecieron en el intenso calor, pero la tela especial no ardió, ni su carne.

—Tiempo —dijo la mujer, en medio del rugido del haz energético y la tormenta de fuego. El haz dorado cesó. El aire caliente llenó el vacío con vientos huracanados. La cavidad era un círculo de lava burbujeante.

Uno de los hombres se arrodilló y prestó atención. Hizo una seña de advertencia y cambió de fase. Dejó de ser carne, hueso, sangre, tez y cabello para ser una escultura cromada. El cielo azul, el bosque ardiente y el lago de fuego líquido se reflejaban en su tez plateada y cambiante. Hundió un brazo en el lago ardiente, se agazapó, hundió más el brazo y retrocedió. El contorno plateado de su mano parecía haberse fundido con la superficie de otra forma humana y plateada, una mujer. El hombre de cromo sacó a la mujer de cromo del caldero de lava y la llevó a cincuenta metros, a un punto donde la hierba no ardía y la piedra fría podía sostener su peso. El otro hombre y la otra mujer los siguieron.

El hombre abandonó su forma cromada y un segundo después la mujer que él había rescatado hizo lo mismo. La mujer que salió del mercurio parecía una gemela de la mujer de pelo corto en traje espacial.

—¿Dónde está esa zorra? —preguntó la mujer rescatada, Rhadamanth Nemes.

—Se fueron —dijo el hombre que la había sacado. Él y su símil masculino podían ser hermanos o clones—. Llegaron al último teleyector.

Rhadamanth Nemes hizo una mueca. Flexionó los dedos y movió los brazos como para desentumecerlos.

—Al menos liquidé al maldito androide.

—No —dijo la otra mujer, su gemela. No tenía nombre—. Partieron en la nave de descenso del *Rafael*. El androide perdió un brazo, pero el autocirujano le salvó la vida.

Nemes asintió y miró la colina rocosa donde aún corría la lava. El resplandor de las llamas mostraba la telaraña reluciente del monofilamento sobre el río. Detrás de ellos el bosque ardía.

—No fue agradable estar allí. No podía moverme con toda la fuerza del rayo de la nave cayendo sobre mí, y no podía cambiar de fase con la roca que me rodeaba. Necesité una concentración inmensa para bajar la potencia y aun así mantener una interfaz activa de cambio de fase. ¿Cuánto tiempo estuve sepultada aquí?

—Cuatro años terrícolas —dijo el hombre que aún no había hablado.

Rhadamanth Nemes enarcó las cejas, más inquisitiva que sorprendida.

—Pero el Núcleo sabía dónde estaba...

—El Núcleo sabía dónde estabas —dijo la otra mujer. Su voz y sus expresiones faciales eran idénticas a las de la mujer rescatada—. Y el Núcleo sabía que habías

fallado.

Nemes sonrió.

—Conque estos cuatro años fueron un castigo.

—Un recordatorio —dijo el hombre que la había sacado de la roca. Rhadamanth Nemes dio dos pasos, verificando su equilibrio.

—¿Y por qué habéis venido a buscarme ahora? —preguntó secamente.

—La niña —dijo la otra mujer—. Está por regresar. Debemos reanudar tu misión.

Nemes asintió.

El hombre que la había rescatado le apoyó la mano en el hombro.

—Ten en cuenta —le dijo— que estos cuatro años de sepultura en fuego y piedra no serán nada en comparación con lo que te espera si fracasas de nuevo.

Nemes lo miró largamente sin responder. Luego, apartándose de la lava y las llamas con un movimiento coreografiado con precisión, coincidiendo en el paso, los cuatro se dirigieron en perfecta concordancia hacia la nave.

En el mundo de Madre de Dios, en la alta meseta llamada Llano Estacado —por las estacas generadoras de atmósfera que cruzaban el desierto con intervalos de diez kilómetros—, el padre Federico de Soya se preparaba para la misa de la mañana.

La localidad de Nuevo Atlán tenía menos de trescientos habitantes, en general mineros de Pax que esperaban morir antes de regresar a casa, junto con algunos mariaístas conversos que se ganaban la vida como pastores en los tóxicos desiertos. El padre De Soya sabía exactamente cuántos asistirían a la capilla para la misa. Eran cuatro: la anciana M. Sánchez, la viuda que según los rumores había asesinado a su esposo en una tormenta de polvo sesenta y dos años antes; los mellizos Perell, que por algún motivo preferían la vieja y derruida iglesia a la inmaculada capilla de la compañía minera, provista con aire acondicionado; y el misterioso viejo de cara marcada por la radiación que se arrodillaba en el último banco y nunca tomaba la comunión.

Soplaba una tormenta de polvo —siempre soplaba una tormenta de polvo— y el padre De Soya tuvo que correr desde la casa parroquial de adobe hasta la sacristía, protegiéndose la sotana y la gorra con una capucha de fibroplástico, el breviario hundido en el bolsillo para mantenerlo limpio. De nada servía. Cada noche, cuando se quitaba la sotana o colgaba la gorra de un gancho, la arena caía en una cascada roja, como sangre seca de un reloj de arena roto. Y cada mañana, cuando abría el breviario, la arena crujía entre las páginas y le ensuciaba los dedos.

—Buenos días, padre —dijo Pablo mientras el sacerdote entraba en la sacristía y cubría el marco de la puerta con sellos cuarteados.

—Buenos días, Pablo, mi monaguillo más fiel —dijo el padre De Soya. *En realidad, mi único monaguillo*, se corrigió en silencio el sacerdote. Un muchacho

simple, tanto en el antiguo sentido de ser mentalmente lento, como en el sentido de ser honesto, sincero, leal y afable. Pablo ayudaba a De Soya a decir la misa todos los días de semana a las seis y media de la mañana y dos veces los domingos, aunque a la primera misa dominical sólo asistían las cuatro personas de siempre y a la siguiente sólo iba un puñado de mineros.

El muchacho sonrió y la sonrisa desapareció un instante mientras se ponía la sobrepelliz limpia y almidonada sobre la túnica de monaguillo.

El padre De Soya siguió de largo, acariciándose el cabello oscuro, y abrió el alto baúl. La mañana se había puesto oscura como la noche del desierto mientras la tormenta de polvo devoraba el amanecer, y la mortecina lámpara de la sacristía era la única iluminación de esa habitación fría y desnuda. De Soya se hincó de rodillas, rezó fervientemente y se puso la ropa de su profesión

Durante dos décadas, como padre capitán de la flota de Pax, como comandante de naves-antorcha como el *Baltasar*, Federico de Soya había usado uniformes donde la cruz y el cuello eran los únicos indicios del sacerdocio. Había usado armadura, trajes espaciales, implantaciones de comunicaciones tácticas, antiparras de plano de datos, guantes-de-dios, pero ninguna de esas prendas lo conmovía tanto como el sencillo atuendo de un cura de parroquia. Hacía cuatro años que lo habían privado de su rango de capitán y removido de la flota, y desde entonces había redescubierto su vocación original.

De Soya se puso el amito, que se deslizaba sobre la cabeza como una túnica y le llegaba a los tobillos. El amito de lino blanco estaba inmaculado a pesar de las tormentas de polvo, y también el alba que venía a continuación. Se ciñó el cincho, rezando una plegaria. Alzó la estola blanca, la sostuvo con reverencia en ambas manos y se la colgó del cuello, cruzando las dos franjas de seda. Detrás de él, Pablo se había quitado las botas sucias y se calzaba las zapatillas baratas de fibroplástico que su madre le había ordenado guardar allí para la misa.

El padre De Soya se puso la tunicela, la prenda externa que mostraba una cruz en T en el frente. Era blanca, con una sutil orla púrpura: esa mañana diría una misa de bendición mientras administraba en silencio el sacramento de la penitencia para la presunta viuda y asesina y para el desconocido del último banco.

Pablo se le acercó, sonriendo de puro nerviosismo. El padre De Soya le apoyó la mano en la cabeza, tratando de aplastar ese cabello rebelde al tiempo que tranquilizaba al muchacho. Alzó el cáliz, apartó la mano derecha de la cabeza del joven para cubrir la copa velada y murmuró su asentimiento. Pablo dejó de sonreír, embargado por la gravedad del momento, y lo precedió en su marcha hacia el altar.

De Soya notó de inmediato que había cinco personas en la capilla, en vez de cuatro. Los feligreses habituales estaban allí —todos se pusieron de pie y se volvieron a arrodillar en sus lugares de costumbre— pero había alguien más, una

persona alta y silenciosa en las sombras más profundas, donde el pequeño atrio entraba en la nave.

Esa presencia extraña no dejó de perturbar a De Soya durante la misa, por mucho que intentaba concentrarse en el sagrado misterio del cual formaba parte.

—*Dominus vobiscum* —dijo el padre De Soya.

Durante más de tres mil años, creía, el Señor había estado con ellos, con todos ellos.

—*Et cum spiritu tuo* —dijo el padre De Soya, y mientras Pablo repetía las palabras, el sacerdote movió la cabeza para ver si la luz caía sobre aquella silueta alta y delgada. Aún seguía oculta en las sombras.

Durante el canon, el padre De Soya olvidó a la misteriosa figura y logró concentrar toda su atención en la hostia que elevó en sus dedos romos.

—*Hoc est enim corpus meum* —pronunció claramente, sintiendo el poder de esas palabras y rogando por enésima vez que la sangre y misericordia del Salvador lavara los pecados de violencia que había cometido mientras era capitán de la flota.

Como de costumbre, sólo los gemelos Perell se acercaron a tomar la comunión. De Soya pronunció las palabras y les ofreció la Hostia. Resistió el impulso de mirar a la figura misteriosa.

La misa terminó casi en la oscuridad. El aullido del viento ahogó las últimas plegarias y respuestas. Esta pequeña iglesia no tenía electricidad —nunca la había tenido— y las diez velas fluctuantes de la pared no hacían mucho para disipar la penumbra. De Soya dio la bendición final y llevó el cáliz a la oscura sacristía, apoyándolo en el altar más pequeño. Pablo se apresuró a quitarse la sobrepelliz y ponerse su cazadora.

—¡Hasta mañana, padre!

—Sí, gracias, Pablo. No te olvides...

Demasiado tarde. El niño ya había salido corriendo hacia la fábrica de especias donde trabajaba con su padre y sus tíos. El polvo rijo enturbió el aire.

Normalmente el padre De Soya se habría quitado sus prendas para guardarlas en el baúl. Más tarde las habría llevado a la casa parroquial para lavarlas. Pero esta mañana se quedó en tunicela y estola, alba y cincho y amito. Intuía que las necesitaría, así como había necesitado su armadura durante las operaciones de abordaje en la campaña del Saco de Carbón.

La figura alta, aún sumida en las sombras, estaba en la puerta de la sacristía. El padre De Soya esperó, resistiendo el impulso de persignarse o de alzar una hostia como para protegerse contra vampiros o el demonio. Fuera, el aullido del viento se convirtió en alarido espectral.

La figura avanzó bajo la luz roja de la lámpara de la sacristía. De Soya reconoció

a la capitana Marget Wu, asistente personal y enlace del almirante Marusyn, comandante de la flota de Pax. No, se corrigió De Soya: ahora era la almirante Marget Wu, aunque los galones del cuello apenas eran visibles en la luz roja.

—¿Padre capitán De Soya? —preguntó la almirante.

El jesuita lo negó con un lento gesto de cabeza. Eran sólo las siete y media de la mañana en ese mundo de veintitrés horas, pero ya se sentía cansado.

—Sólo padre De Soya —dijo.

—Padre capitán De Soya —repitió la almirante Wu, y esta vez el tono no era interrogativo—. Estoy aquí para convocarle al servicio activo. Tiene diez minutos para recoger sus pertenencias y acompañarme. La convocatoria es efectiva de inmediato.

Federico de Soya suspiró y cerró los ojos. Sentía ganas de gritar. *Por favor, Señor, aparta de mí este cáliz*. Cuando abrió los ojos, el cáliz todavía estaba en el altar y la almirante Marget Wu todavía esperaba.

—Sí —murmuró, y se quitó lentamente sus prendas consagradas.

Al tercer día de la muerte del papa Julio XIV, hubo movimiento en su nicho de resurrección. Los umbilicales y las sondas se retrajeron y replegaron. El cuerpo permaneció inmóvil, salvo por la ondulación del pecho desnudo. Luego sufrió un visible espasmo, gimió, se apoyó sobre un codo y se incorporó. La mortaja de seda y lino resbaló sobre la cintura del hombre desnudo.

El hombre se quedó sentado en el borde de la mesa de mármol, la cabeza entre las manos trémulas. Alzó los ojos cuando un panel secreto de la capilla de resurrección se abrió con un susurro. Un cardenal vestido de rojo atravesó el espacio mal iluminado con un murmullo de seda. Lo acompañaba un hombre alto y apuesto de cabello gris y ojos grises, vestido con un sencillo pero elegante traje de franela gris. A tres pasos del cardenal y del hombre de gris iban dos guardias suizos en uniforme medieval anaranjado y negro. No portaban armas.

El hombre desnudo pestañeó como si no soportara ni siquiera la mortecina luz de la penumbrosa capilla. Al fin focalizó los ojos.

—Lourdusamy —dijo el resucitado.

—Padre Duré —dijo el cardenal Lourdusamy. Llevaba un enorme cáliz de plata.

El hombre desnudo movió la lengua como si se hubiera despertado con mal gusto en la boca. Era un viejo de rostro enjuto, con ojos tristes y un cuerpo lleno de cicatrices. En su pecho relucían dos cruciformes rojos y tumescentes.

—Qué año es? —preguntó.

—El Año del Señor 3131 —dijo el cardenal.

El padre Paul Duré cerró los ojos.

—Cincuenta y siete años desde mi última resurrección. Doscientos setenta y

nueve años desde la caída de los teleyectores. —Abrió los ojos y miró al cardenal—. Doscientos setenta años desde que me envenenaste, matando al papa Teilhard I.

El cardenal Lourdusamy lanzó una carcajada.

—Considerando que acabas de resucitar, te las apañas muy bien con la aritmética.

El padre Duré miró al alto hombre de gris.

—Albedo. ¿Vienes como testigo? ¿O para inspirar coraje a tu cobarde Judas?

El hombre alto calló. El obeso cardenal Lourdusamy apretó los finos labios.

—¿Tienes algo más que decir antes de regresar al infierno, antipapa?

—A ti no —murmuró el padre Duré, y cerró los ojos en una plegaria.

Los dos guardias suizos cogieron los delgados brazos del padre Duré. El jesuita no se resistió. Uno de los soldados le echó la cabeza hacia atrás, estirándole el cuello en un arco.

El cardenal Lourdusamy retrocedió un paso. De los pliegues de su manga de seda sacó un cuchillo con mango de cuerno. Mientras los soldados sostenían al pasivo Duré, cuya nuez de Adán parecía agrandarse, Lourdusamy movió el brazo en un fluido ademán. Brotó sangre de la carótida cortada de Duré.

Retrocediendo para no mancharse, Lourdusamy se guardó la daga en la manga, alzó el cáliz y recibió el palpitante chorro de sangre. Cuando el cáliz estuvo casi lleno y la sangre dejó de brotar, le hizo una seña al guardia suizo, quien soltó la cabeza del padre Duré.

El resucitado era nuevamente cadáver, la cabeza floja, los ojos cerrados, la boca abierta. El tajo de la garganta evocaba los labios pintarrajeados de una sonrisa siniestra. Los dos guardias suizos tendieron el cuerpo sobre la mesa y alzaron la mortaja. El hombre desnudo y muerto lucía pálido y vulnerable: la garganta cortada, el pecho cubierto de cicatrices, dedos largos y blancos, vientre pálido, genitales fláccidos, piernas raquíticas. La muerte —aun en una época de resurrección— no deja ninguna dignidad ni siquiera a quienes han vivido con mesura.

Mientras los soldados alzaban la bella mortaja, el cardenal Lourdusamy vertió la sangre del cáliz en los ojos del muerto, en su boca abierta, en la herida del puñal y en el pecho, el vientre y la entrepierna; el líquido escarlata tenía un color más intenso que la túnica del cardenal.

—*Sie aber seid nicht fleischlich, sondern geistlich* —dijo el cardenal Lourdusamy —. No estás hecho de carne, sino de espíritu.

El hombre alto lo interrogó con la mirada.

—Bach, ¿verdad?

—Desde luego —dijo el cardenal, dejando el cáliz vacío junto al cadáver. Los guardias suizos cubrieron el cuerpo con la mortaja de dos capas. La sangre empapó de inmediato la hermosa tela—. *Jesu, meine Freunde* —añadió Lourdusamy.

—Eso pensé —dijo el hombre más alto, mirando inquisitivamente al cardenal.

—Sí —convino el cardenal Lourdusamy—. Ahora.

El hombre de gris dio la vuelta al catafalco y se plantó detrás de los dos soldados, que terminaban de plegar la mortaja ensangrentada. Cuando los soldados se enderezaron y se alejaron de la mesa de mármol, el hombre de gris les apoyó las manos en la nuca. Los soldados abrieron los ojos y la boca, pero no tuvieron tiempo de gritar: al cabo de un segundo sus ojos y bocas abiertas ardieron con una luz incandescente, su tez se puso traslúcida, mostrando la llama anaranjada de sus cuerpos, y desaparecieron, se volatilizaron, se dispersaron en partículas más finas que la ceniza.

El hombre de gris se frotó las manos.

—Una lástima, consejero Albedo —murmuró el cardenal Lourdusamy con su voz grave.

El hombre de gris miró el fino polvo que se posaba en la luz penumbrosa y nuevamente interrogó al cardenal con los ojos.

—Me refiero a la mortaja —gruñó Lourdusamy—. Las manchas no salen nunca. Hay que tejer una nueva después de cada resurrección. —Dio media vuelta y se dirigió al panel secreto, haciendo susurrar la túnica—. Vamos, Albedo. Necesitamos hablar y todavía debo dar una misa de acción de gracias antes del mediodía.

Cuando el panel se cerró detrás de ambos, la cámara de resurrección permaneció silenciosa y vacía, excepto por el cadáver amortajado y una levísima niebla gris, una bruma evanescente que evocaba las almas de los difuntos.

2

En la semana en que el papa Julio murió por novena vez y el padre Duré fue asesinado por quinta vez, Aenea y yo estábamos a ciento sesenta mil años-luz de distancia, en el secuestrado planeta Tierra —la Vieja Tierra, la verdadera Tierra— girando alrededor de una estrella tipo G que no era el Sol, en la Nube Magallánica Menor, una galaxia que no era la galaxia natal de la Tierra.

Había sido una semana extraña. No sabíamos que el papa había muerto, pues no había contacto entre esta Tierra desplazada y el espacio de Pax, excepto por los dormidos portales teleyectores. Más aún, ahora sé que Aenea estaba al corriente de la muerte del papa por medios que entonces no sospechábamos, pero ella no mencionaba lo que sucedía en Pax y nadie pensaba en preguntárselo. Nuestra vida en la Tierra, durante esos años de exilio, era sencilla, apacible y profunda en sentidos que ahora cuesta analizar y casi duele recordar. En todo caso, esa semana había sido profunda pero no sencilla ni apacible: el Viejo Arquitecto con quien Aenea estudiaba desde hacía cuatro años había fallecido el lunes, y ese ventoso martes por la noche habíamos asistido al funeral, una triste y apresurada ceremonia en el desierto. El miércoles Aenea había cumplido dieciséis años, pero en la Hermandad Taliesin había tanta pena y confusión que sólo A. Bettik y yo tratamos de festejar el día con ella.

El androide había horneado una torta de chocolate, la favorita de Aenea, y yo había trabajado durante días para tallar un bastón de una gruesa rama que habíamos hallado durante una de las compulsivas excursiones del Viejo Arquitecto a las montañas cercanas. Esa noche comimos la torta y bebimos champán en el bello refugio de Aenea, pero ella estaba consternada por la muerte del viejo y el pánico que eso creó en la Hermandad. Ahora comprendo que también estaba consternada por la muerte del papa, por los acontecimientos violentos que se cernían sobre el horizonte del futuro y por el final de lo que serían los cuatro años más apacibles que pasaríamos juntos.

Recuerdo nuestra conversación del día de su cumpleaños. Había oscurecido temprano y el aire estaba helado. Fuera de la cómoda vivienda de piedra y lona que ella había construido cuatro años atrás, siendo aprendiz, el polvo soplaba y la salvia y la yuca crepitaban en el viento. Nos sentamos junto al farol susurrante, cambiamos nuestras copas de champán por tazas de té caliente y hablamos en voz baja mientras la arena gemía contra la lona.

—Es extraño —dije—. Sabíamos que estaba viejo y enfermo, pero nadie creía que moriría.

Me refería al Viejo Arquitecto, desde luego, no al distante papa que tan poco

significaba para nosotros. Y en el exilio de la Tierra nadie usaba el cruciforme. La muerte del mentor de Aenea, a diferencia de la muerte del papa, era definitiva.

—Él parecía saberlo —murmuró Aenea—. El último mes llamó a todos sus aprendices para compartir sus últimas muestras de sabiduría.

—¿Y qué muestra de sabiduría compartió contigo? Supongo que no es secreta ni demasiado personal.

Aenea sonrió.

—Me recordó que el cliente siempre acepta pagar el doble de lo acordado si uno le envía los gastos adicionales poco a poco, una vez que la construcción está iniciada y la estructura está cobrando forma. Pasado el punto de no retorno, el cliente está enganchado como una trucha en el sedal.

A. Bettik y yo nos echamos a reír. No era una risa irrespetuosa —el Viejo Arquitecto había sido una de esas raras criaturas que combinan el auténtico genio con una personalidad arrolladora— pero, aún al recordarlo con tristeza y afecto, reconocíamos el egoísmo y la perversión que también formaban parte de su personalidad. Y no quiero ser elusivo al llamarlo Viejo Arquitecto: la plantilla de personalidad del cíbrido se había reconstruido a partir de un humano pre-Hégira llamado Frank Lloyd Wright que había trabajado en los siglos diecinueve y veinte de la era cristiana. En la Hermandad Taliesin aun los aprendices de su misma edad lo llamaban respetuosamente «señor Wright», pero para mí siempre había sido el Viejo Arquitecto, por las cosas que Aenea me había contado antes de que llegáramos a la Vieja Tierra.

Como pensando en lo mismo, A. Bettik comentó:

—Es raro, ¿verdad?

—¿A qué te refieres? —preguntó Aenea.

El androide sonrió y se frotó el brazo izquierdo, que terminaba en un muñón debajo del codo. Era una costumbre que había adquirido en los últimos años. El autocirujano de la nave que nos había llevado por el teleyector desde Bosquecillo de Dios lo había mantenido con vida, pero su química era tan peculiar que la nave no pudo hacerle crecer un nuevo brazo.

—Pese a la influencia de la Iglesia en los asuntos humanos —dijo—, aún no hay respuesta definitiva para la pregunta de si el ser humano posee un alma que abandona el cuerpo después de la muerte. Pero en el caso del señor Wright, sabemos que su personalidad cíbrida aún existe aparte del cuerpo, o que al menos existió durante un tiempo después del momento de su muerte.

—¿Lo sabemos con certeza? —pregunté. El té estaba caliente y sabroso. Aenea y yo lo adquiríamos mediante el trueque en el mercado indio del desierto, a la altura de donde había estado la ciudad de Scottsdale.

Fue Aenea quien respondió mi pregunta.

—Sí. La personalidad cíbrida de mi padre sobrevivió a la destrucción de su cuerpo y fue almacenada en el bucle Schrön del cráneo de mi madre. Y sabemos que después existió en la megaesfera y residió un tiempo en la nave del cónsul. La personalidad de un cíbrido sobrevive como un frente ondulatorio holístico que se propaga por las matrices del plano de datos o megaesfera hasta regresar a la fuente IA del Núcleo.

Yo lo sabía pero nunca lo había entendido.

—De acuerdo —dije—, ¿pero adónde fue el frente ondulatorio IA del señor Wright? No puede haber contactos con el Núcleo en la Nube Magallánica. Aquí no hay esferas de datos.

Aenea apoyó su taza vacía.

—Tiene que haber un contacto, pues de lo contrario el señor Wright y las demás personalidades cíbridas ensambladas aquí en la Tierra no podrían haber existido. Recuerda que el TecnoNúcleo usó el espacio Planck como medio y escondrijo antes de que la Hegemonía moribunda destruyera los teleyectores.

—El Vacío Que Vincula —dije, repitiendo la frase del viejo poeta de los *Cantos*.

—Sí —dijo Aenea—. Aunque siempre pensé que era un nombre insulso.

—Como se llame. No entiendo cómo puede llegar hasta aquí... hasta otra galaxia.

—El medio que el Núcleo usaba para los teleyectores llega a todas partes —dijo Aenea—. Impregna el espacio y el tiempo. —Mi joven amiga frunció el ceño—. No, eso no está bien... el espacio y el tiempo están envueltos en él... el Vacío Que Vincula trasciende el espacio y el tiempo.

Miré en torno. La luz del farol llenaba la pequeña tienda, pero afuera estaba oscuro y aullaba el viento.

—¿Entonces el Núcleo puede llegar aquí?

Aenea sacudió la cabeza. Ya habíamos tenido esta conversación. Yo no había entendido el concepto entonces, ni lo entendía ahora.

—Estos cíbridos están conectados con IAs que no son parte del Núcleo —dijo—. La personalidad del señor Wright no lo era. Tampoco mi padre, el segundo cíbrido Keats.

Ésta era la parte que yo nunca había entendido.

—Los *Cantos* dicen que los cíbridos Keats, incluido tu padre, fueron creados por Ummon, una IA del Núcleo. Ummon le dijo a tu padre que los cíbridos eran un experimento del Núcleo.

Aenea se levantó y caminó hacia la entrada de su refugio. El viento sacudía la lona, pero no entraba arena. Aenea lo había construido bien.

—El tío Martin escribió los *Cantos* —dijo—. Él contó la verdad tal como la conocía. Pero había elementos que no comprendía.

—Yo tampoco —dije, abandonando el tema. Me acerqué a Aenea y la rodeé con

el brazo, sintiendo los sutiles cambios en su espalda, su hombro y sus brazos desde la primera vez que la había abrazado cuatro años atrás.

—Feliz cumpleaños, pequeña.

Ella me apoyó la mano en el pecho.

—Gracias, Raul.

Mi joven amiga había sufrido otros cambios desde que nos conocimos cuando ella lindaba los doce años estándar. Podría decir que había llegado a ser mujer en esos años, pero yo todavía no la veía como mujer, a pesar de sus caderas redondeadas y sus pechos nacientes. Ya no era una niña, por cierto, pero todavía no era mujer. Era... Aenea. Sus luminosos ojos oscuros eran iguales —inteligentes, inquisitivos, un poco tristones por efecto de un conocimiento secreto— y aún me causaban esa sensación de contacto físico cuando me miraban. Su cabello castaño se había oscurecido en los últimos años, y se lo había cortado la primavera pasada. Ahora lo usaba más corto que yo cuando había estado en la Guardia Interna de Hyperion, varios años antes. Cuando le apoyaba la mano en la cabeza, el cabello apenas sobresalía entre mis dedos, aunque había algunos mechones rubios, provocados por los largos días que pasaba trabajando bajo el sol de Arizona.

Mientras el polvo raspaba la lona y A. Bettik se erguía como una sombra silenciosa a nuestras espaldas, Aenea me cogió la mano entre las suyas. Aunque ese año cumpliera dieciséis, y fuera una joven en vez de una niña, sus manos aún eran diminutas en mí enorme palma.

—Raul —dijo.

La miré y aguardé.

—¿Harías algo por mí? —murmuró.

—Sí —respondí sin titubear.

Ella me estrujó la mano y miró en mi interior.

—Harías algo por mí mañana?

—Sí.

Ni su mirada ni la presión de su mano cedieron.

—¿Harías cualquier cosa por mí?

Vacilé. Sabía lo que podía implicar semejante promesa, aunque esta niña extraña y maravillosa nunca me había pedido que hiciera nada por ella. No me había pedido que la acompañara en esa descabellada odisea. Era una promesa que le había hecho al viejo poeta, Martin Silenus, antes de conocer a Aenea. Sabía que había cosas que yo no podía hacer, en buena o mala conciencia, pero una de estas cosas era que no podía decirle que no.

—Sí —dije—, haré cualquier cosa que me pidas. —En ese momento supe que estaba perdido, y resucitado.

Aenea asintió en silencio con un movimiento de cabeza, me estrujó la mano por

última vez y se volvió hacia la luz, la torta y nuestro amigo androide. Al día siguiente sabría qué significaba su requerimiento, y cuán difícil sería honrar mi promesa.

Haré una pausa. Entiendo que no me conoces a menos que hayas leído los primeros cientos de páginas de mi relato, y como tuve que reciclar el micropergamino donde las escribí, ya no existen excepto en la memoria de esta pizarra electrónica. En esas páginas dije la verdad. O al menos la verdad tal como la conocía entonces. O al menos intenté decir la verdad. Casi siempre.

Como he reciclado las páginas de ese primer intento de contar la historia de Aenea, y como la pizarra nunca ha estado fuera de mi vista, debo suponer que nadie las ha leído. Lo cierto es que fueron escritas en una celda orbital ovoide que es como una caja de gato de Schrödinger, en torno del mundo estéril de Armaghast; la caja es una cápsula energética en posición fija que contiene mi atmósfera, mi aire y mi equipo de reciclaje de alimentos, mi cama, mi mesa, mi pizarra y un frasco de gas de cianuro que será liberado por una emisión aleatoria de isótopos. No creo, pues, que hayas leído estas páginas.

Pero no estoy seguro.

Cosas extrañas sucedían entonces. Cosas extrañas han sucedido después. No abriré juicio sobre la posibilidad de que alguien haya podido leer estas páginas o podrá leerlas alguna vez.

Entretanto, volveré a presentarme. Mi nombre es Raul Endymion; mi nombre de pila rima con Paul y mi apellido deriva de la ciudad universitaria abandonada de Endymion, en el alejado mundo de Hyperion. Acoto la palabra «abandonada», ya que en esa ciudad en cuarentena conocí al viejo poeta —Martin Silenus, el antiguo autor del poema épico prohibido los *Cantos*— y allí comenzó mi aventura. Uso la palabra «aventura» con cierta ironía, y tal vez en el sentido de que toda vida es una aventura. Pues aunque es verdad que el viaje comenzó como una aventura —el intento de rescatar a la pequeña Aenea y escoltarla sana y salva hasta la lejana Vieja Tierra— se convirtió luego en una vida de amor, pérdida y maravilla.

Sea como fuere, en este momento de la narración, durante la semana de la muerte del papa, la muerte del Viejo Arquitecto y el triste cumpleaños de Aenea en el exilio, yo tenía treinta y dos años. Todavía era alto y fuerte, todavía me especializaba en cazar, reñir y seguir el liderazgo de otros; todavía era inmaduro, y estaba a punto de enamorarme para siempre de la chiquilla a quien había protegido como una hermana menor y de la noche a la mañana se había convertido en una mujer niña que por ahora conocía como amiga.

Debo añadir que las otras cosas que relato aquí —los sucesos del espacio de Pax, el asesinato de Paul Duré, el rescate de esa criatura llamada Rhadamanth Nemes, los pensamientos del padre Federico de Soya— no son sospechas ni extrapolaciones ni

inventos, como las viejas novelas de ficción de tiempos de Martin Silenus. Conozco estas cosas, incluidos los pensamientos del padre De Soya y el atuendo del consejero Albedo, pero no porque sea omnisciente sino por obra de hechos y revelaciones que posteriormente darían acceso a esa omnisciencia.

Esto cobrará sentido después. Eso espero, al menos.

Me disculpo por esta torpe reintroducción. El original del padre cíbrido de Aenea —un poeta llamado John Keats— dijo en su última carta de despedida a sus amigos «Siempre fui torpe para saludar». Lo mismo me sucede a mí, trátese de una despedida o de una bienvenida o, como quizás ocurra aquí, de un improbable reencuentro.

Así que volveré a mis recuerdos y pediré tu indulgencia si mi primer intento de compartirlos y darles forma resulta un poco confuso.

Aenea cumplió dieciséis años y el viento polvoriento aulló tres días y tres noches. La niña se había ido. En los últimos cuatro años yo me había acostumbrado a sus «descansos», como ella los llamaba entonces, y habitualmente no me inquietaba como las primeras veces que ella había desaparecido varios días. Esta vez, sin embargo, me preocupé más que de costumbre: la muerte del Viejo Arquitecto había causado angustia a los veintisiete aprendices y sesenta ayudantes de ese campamento del desierto que el Viejo Arquitecto llamaba Taliesin West.

La tormenta de polvo se sumó a esa angustia, como siempre ocurre con las tormentas de polvo. La mayor parte de las familias y del personal de soporte vivían en las inmediaciones, en uno de los dormitorios de mampostería que el señor Wright había ordenado construir al sur de los edificios principales, y el campamento parecía un fuerte, con sus paredes, patios y pasajes cubiertos —útiles para transitar entre los edificios durante una tormenta de polvo—, pero cada día que pasaba sin ver el sol y sin ver a Aenea me ponía más nervioso.

Varias veces por día iba a su refugio; era el más alejado del complejo principal, medio kilómetro al norte, hacia las montañas. Ella nunca estaba. Había dejado la puerta suelta y una nota donde decía que no me preocupara, que era sólo una de sus excursiones y llevaba agua en abundancia, pero cada vez que la visitaba yo valoraba más el refugio.

Cuatro años antes, cuando los dos llegamos en una nave de Pax, agotados, vapuleados y quemados, con un androide convaleciente en el autocirujano de la nave, el Viejo Arquitecto y los demás aprendices nos recibieron con calidez y cordialidad. El señor Wright no se sorprendió de que una niña de doce años se hubiera teleyectado de mundo en mundo para encontrarlo y ser su aprendiz. Recuerdo ese primer día en que el Viejo Arquitecto le preguntó qué sabía de arquitectura.

—Nada —respondió Aenea sin inmutarse—, salvo que usted es la persona que debe enseñarme.

Evidentemente era la respuesta correcta. El señor Wright le dijo que todos los demás aprendices (veintiséis) habían pasado una especie de examen de ingreso: el diseño y construcción de un refugio en el desierto. El Viejo Arquitecto le daría algunos materiales —lona, piedra, cemento, madera—, pero la niña debería encargarse del diseño y el trabajo.

Antes de poner manos a la obra, Aenea recorrió los demás refugios. La acompañé, aunque yo, no siendo aprendiz, sólo necesitaba una tienda cerca del complejo principal. La mayoría eran variaciones sobre tiendas de campaña. Eran funcionales y algunas revelaban cierto estilo —sobre todo una, aunque, como señaló Aenea, no servía para protegerse de la arena ni de la lluvia— pero ninguna era memorable.

Aenea trabajó once días en su refugio. Yo la ayudé a levantar objetos pesados y a excavar (A. Bettik aún se estaba recobrando, primero en el autocirujano, luego en la enfermería del complejo) pero la niña se encargó de los planos y la mayor parte de la tarea. El resultado fue ese maravilloso refugio que yo visitaba cuatro veces por día durante ese último «descanso» en el desierto. Aenea puso las secciones principales bajo el nivel del suelo. Luego colocó las losas, asegurándose de que calzaran bien, para crear un piso liso. Encima extendió felpudos y mantas de color que consiguió en el mercado indio que estaba a veinte kilómetros. Alrededor de la cavidad central levantó paredes de un metro de altura, aunque parecían más altas porque la habitación principal estaba hundida. Usó la misma «argamasa del desierto» que el señor Wright había usado para construir las paredes y la superestructura de los edificios principales del complejo. También usó la misma técnica, aunque nunca se la habían enseñado.

Primero recogió piedras del desierto y de los arroyos y riachos que rodeaban la colina del complejo. Las piedras eran de todo tamaño y color —morado, negro, rojo y pardo ferroso— y algunas contenían petroglifos o fósiles. Después Aenea construyó recipientes de madera y puso las piedras más grandes adentro, con el lado chato contra la cara interior del recipiente. Luego pasó días bajo el sol ardiente, paleando arena de los riachos y llevándola en carretilla, mezclándola con cemento para formar el hormigón que sostendría las piedras al endurecerse la mezcla. Era una tosca combinación de piedra y hormigón —«argamasa del desierto», como decía el señor Wright— pero era extrañamente bella, y las piedras de color asomaban por la superficie del hormigón, con fisuras y texturas por doquier. Una vez en su sitio, las paredes tenían un metro de altura y grosor suficiente para resistir el calor del desierto durante el día y retener el calor interno durante la noche.

El refugio era más complejo de lo que parecía a primera vista. Tardé meses en apreciar las sutilezas del diseño. Uno se agachaba para entrar en el vestíbulo de piedra y lona y tres anchos escalones bajaban hasta el portal de madera y argamasa que servía como entrada de la sala principal. Este vestíbulo sinuoso y descendente

funcionaba como una cámara de presión, impidiendo el paso de la arena, y Aenea había mejorado este efecto al instalar las lonas como si fueran foques. La «sala principal» tenía apenas tres metros de diámetro y cinco de longitud, pero parecía mucho más grande. Aenea había instalado bancos alrededor de una mesa de piedra para crear un «comedor», y había puesto más nichos y asientos de piedra cerca de la pared norte del refugio. Allí había una chimenea de piedra en la pared, y no tocaba la lona ni la madera en ningún punto. Entre las paredes de piedra y la lona —a la altura del ojo cuando uno se sentaba— había ventanas que iban a lo largo de los lados norte y sur del refugio. Estas ventanas panorámicas se podían cubrir con persianas de lona y madera, operadas desde el interior.

Para modelar la lona, Aenea usó viejas varillas de fibra de vidrio que encontró en la pila de chatarra del complejo: arcos suaves, picos abruptos, bóvedas, nichos. Se había hecho un dormitorio para ella, separado de la sala principal por dos escalones en ángulo de sesenta grados, un hueco abierto en el suave declive y recostado contra una roca que había encontrado en el lugar. Allí no había agua ni fontanería —compartíamos las duchas comunitarias y los retretes del complejo— pero Aenea construyó una bonita tina de roca con baño junto a su cama (una plataforma de madera terciada con colchón y mantas), y varias veces por semana calentaba agua en la cocina principal y la llevaba al refugio, cubo por cubo, para darse un baño caliente.

La luz que atravesaba la lona era cálida al amanecer, brumosa al mediodía, anaranjada al atardecer. Además Aenea había puesto el refugio en cuidadosa relación con los saguaros, los perales silvestres y los cactos, de modo que diversas sombras caían en diversos planos de la lona a diversas horas del día.

Era un lugar grato y confortable. E indescriptiblemente vacío cuando mi joven amiga estaba ausente. He mencionado que los aprendices y el personal de soporte estaban angustiados después de la muerte del Viejo Arquitecto. «Desesperados» sería una descripción más precisa. Pasé la mayor parte de esos tres días de ausencia de Aenea escuchando la preocupada cháchara de unas noventa personas —nunca juntas, pues al señor Wright no le gustaban las multitudes y el comedor funcionaba por turnos— y el nivel de pánico parecía crecer al pasar los días y las tormentas de polvo. La ausencia de Aenea contribuía a la histeria: era la aprendiz más joven de Taliesin —la persona más joven, en realidad—, pero los otros se habían acostumbrado a pedirle consejo y a escucharla. En una semana habían perdido al maestro y a la consejera.

En la cuarta mañana, las tormentas de polvo cesaron y Aenea regresó. Yo estaba trotando después del amanecer y la vi llegar por el desierto desde la dirección de las montañas McDowell; al verla perfilada contra el resplandor, pensé en la primera vez que la había visto en el Valle de las Tumbas de Tiempo de Hyperion.

Aenea sonrió.

—Hola —saludó.

—Hola, pequeña —respondí. Nos detuvimos a cinco pasos de distancia. Sentí el impulso de abrazarla, estrecharla, rogarle que no desapareciera de nuevo. No hice eso. La luz de la mañana arrojaba largas sombras detrás de los cactos y arbustos, bañando nuestra tez bronceada en un fulgor anaranjado.

—¿Cómo anda la tropa? —preguntó Aenea. Noté que a pesar de sus promesas había ayunado en esos tres últimos días. Siempre había sido delgada, pero ahora se le notaban las costillas a través de la camisa de algodón, y tenía los labios secos y cuarteados—. ¿Están alarmados?

—Están cagando ladrillos —dije. Normalmente me abstenía de usar mi vocabulario de la Guardia Interna frente a la niña, pero ya tenía dieciséis años. Además, ella siempre había usado un vocabulario más atrevido que el mío.

Aenea sonrió. La brillante luz alumbró los mechones claros de su cabello corto.

—Eso sería magnífico para un grupo de arquitectos.

Me froté el mentón, palpando la barba crecida.

—De veras, pequeña. Están bastante alborotados.

—No saben qué hacer ni adónde ir ahora que se ha ido el señor Wright. —Aenea entornó los ojos. El complejo parecía un amontonamiento de piedra y lona más allá de los cactos y chaparrales. La luz del sol rebotaba en las invisibles ventanas y en una de las fuentes—. Reunamos a todo el mundo en el pabellón de música —dijo Aenea, y echó a andar hacia Taliesin.

Y así empezó el último día que compartimos en la Tierra.

Interrumpiré aquí. Oigo mi propia voz en la pizarra y recuerdo la pausa que hice en la narración. Aquí quería hablar de los cuatro años de exilio en la Vieja Tierra, de los aprendices y otras personas de la Hermandad Taliesin, del Viejo Arquitecto y sus caprichos y mezquinas crueldades, así como de su brillantez y sus entusiasmos pueriles. Quería describir las muchas conversaciones con Aenea en esos cuarenta y ocho meses locales (los cuales, algo que nunca dejaba de asombrarme, se correspondían perfectamente con los meses estándar de la Hegemonía y de Pax) y mi lenta comprensión de las increíbles aptitudes de Aenea. También quería hablar de mis excursiones de esa época: mi viaje alrededor de la Tierra en la nave de descenso, mis largas aventuras en América del Norte, mi fugaz contacto con otras comunidades humanas encabezadas por cíbridos inspirados en el pasado (como el memorable grupo dirigido por el cíbrido Jesús de Nazaret, en Israel y Nueva Palestina), pero al oír el breve silencio de la pizarra que reemplaza esas narraciones, recuerdo la causa de mi omisión.

Como dije antes, grabé estas palabras en una celda de Schrödinger en órbita de Armaghast, mientras esperaba la emisión simultánea de una partícula isotópica y la

activación del detector de partículas. Cuando estos dos sucesos coincidieran, se liberaría el gas de cianuro incorporado al campo de energía estática que rodeaba el equipo de reciclaje. La muerte no sería instantánea, pero casi. Aunque he dicho que me llevaría tiempo narrar esta historia, ahora comprendo que hubo algunas modificaciones, un intento de llegar a los elementos importantes antes de que decayera la partícula y brotara el gas.

No cuestionaré esa decisión ahora, salvo para decir que los cuatro años en la Tierra merecerían contarse en otra oportunidad: las noventa personas de la Hermandad eran decentes, complejas, perversas e interesantes, como todos los seres humanos inteligentes, y sus historias valen la pena. Asimismo, mis exploraciones por la Tierra, tanto en la nave como en la ranchera Woody modelo 1948 que me prestó el Viejo Arquitecto, podrían prestarse a un poema épico aparte.

Pero no soy poeta. Fui rastreador en mis tiempos de guía de caza, y aquí mi trabajo consiste en rastrear el crecimiento de Aenea hasta llegar a su condición de mujer y de mesías sin desviarme por sendas laterales. Y eso haré.

El Viejo Arquitecto siempre se refirió al complejo como «campamento del desierto». La mayoría de los aprendices lo llamaban «Taliesin», que significa «Arco brillante» en galés. (El señor Wright era de origen galés. Pasé días tratando de recordar un mundo de Pax o del confín con nombre galés, hasta que me acordé de que el Viejo Arquitecto había vivido y muerto antes del vuelo espacial.) Aenea llamaba al lugar Taliesin West, «Taliesin Oeste», y aun alguien tan obtuso como yo comprendía que en consecuencia tenía que haber un Taliesin Este.

Cuando se lo pregunté tres años antes, Aenea me había explicado que el señor Wright original había construido su primer complejo Taliesin a principios de la década de 1930 en Spring Green, Wisconsin. Wisconsin era una de las subunidades políticas y geográficas del antiguo estado-nación de América del Norte llamado Estados Unidos. Cuando le pregunté a Aenea si el primer Taliesin era como éste, me explicó:

—No, había varios Taliesin en Wisconsin, hogares y hermandades, y la mayoría fueron destruidos por el fuego. Es una de las razones por las cuales el señor Wright instaló tantos estanques y fuentes en este complejo, fuentes de agua para combatir los inevitables incendios.

—¿Y su primer Taliesin se construyó hacia 1930?

Aenea sacudió la cabeza.

—Él inauguró su primera hermandad Taliesin en 1932. Pero era ante todo una manera de obtener mano de obra esclava, sus aprendices, para construir su sueño y conseguir comida durante la Depresión.

—¿Qué fue la Depresión?

—Una mala época económica en su estado-nación puramente capitalista —dijo Aenea—. Recuerda que entonces la economía no era global y dependía de instituciones monetarias privadas llamadas bancos, de las reservas de oro y del valor del dinero físico, monedas y trozos de papel que presuntamente valían algo. Era una alucinación consensuada, desde luego, y en la década de 1930 la alucinación se convirtió en pesadilla.

—Cielos.

—Exacto. De todos modos, mucho antes, en 1909, el maduro señor Wright abandonó a su esposa y sus seis hijos y huyó a Europa con una mujer casada.

Esa noticia me desconcertó. Costaba acostumbrarse a la idea de que el Viejo Arquitecto —un octogenario cuando lo habíamos conocido— tuviera una vida sexual, y para colmo escandalosa. También me preguntaba qué tenía que ver todo esto con mi pregunta acerca de Taliesin Este.

Aenea llegó a eso.

—Cuando regresó con la otra mujer—dijo, sonriendo ante mi embelesada atención—, comenzó a construir el primer Taliesin, su hogar de Wisconsin, para Mamah...

—¿Su madre? —pregunté, totalmente confundido.

—Mamah Borthwick —dijo Aenea, deletreando el primer nombre—. La señora Cheney. La otra mujer.

—Ah.

Dejando de sonreír, Aenea continuó.

—El escándalo había destruido su estudio arquitectónico e hizo de él un hombre marcado en Estados Unidos. Pero construyó Taliesin y siguió adelante, tratando de encontrar nuevos clientes. Su primera esposa, Catherine, no quería concederle el divorcio. Los periódicos, bancos de datos que se imprimían en papel y se distribuían regularmente, prosperaban con esos chismes y abanicaban las llamas del escándalo, sin permitir que se apagara.

Estábamos caminando por el patio cuando le hice a Aenea la sencilla pregunta sobre Taliesin, y recuerdo que me detuve junto a la fuente durante esta parte de la respuesta. Siempre me asombraban los conocimientos de esa niña.

—Luego —dijo—, el 15 de agosto de 1914, un obrero de Taliesin enloqueció, mató a Mamah Borthwick, su hijo John y su hija Martha con un hacha, quemó los cadáveres, incendió el complejo y mató a cuatro amigos y aprendices del señor Wright antes de tragar ácido. Todo el lugar se incendió.

—Por Dios —susurré, mirando el comedor, donde el cíbrido Viejo Arquitecto almorzaba con algunos de sus viejos aprendices.

—Nunca desistió —continuó Aenea—. Pocos días después, el 18 de agosto, el señor Wright recorría un lago artificial de la propiedad de Taliesin cuando la represa

donde estaba se derrumbó y cayó en un riacho hinchado por la lluvia. A despecho de las circunstancias, salió del torrente a nado. Pocas semanas después empezó a reconstruir.

Entonces creí entender lo que me decía acerca del Viejo Arquitecto.

—¿Por qué no estamos nosotros en esa Taliesin? —pregunté mientras nos alejábamos de la cantarina fuente.

Aenea sacudió la cabeza.

—Buena pregunta. Dudo que siquiera exista en esta versión reconstruida de la Tierra. Pero era importante para el señor Wright. Él murió aquí, cerca de Taliesin Oeste, el 9 de abril de 1959, pero fue sepultado cerca de la Taliesin de Wisconsin.

Me detuve. La idea de que el Viejo Arquitecto muriera era nueva y perturbadora. En nuestro exilio todo había sido constante, tranquilo y renovador, pero ahora Aenea me recordaba que cada cosa y cada persona tiene un final. O así era antes de que Pax introdujera el cruciforme y la resurrección física para la humanidad. Pero nadie en la Hermandad —quizá nadie en esa Tierra secuestrada— se había sometido a un cruciforme.

Habíamos tenido esa conversación tres años atrás. Esa mañana, la semana después de la muerte del cíbrido del Viejo Arquitecto y la incongruente sepultura en el pequeño mausoleo que él había construido en el desierto, estábamos preparados para afrontar las consecuencias de la muerte sin resurrección y el final de las cosas.

Mientras Aenea iba al pabellón de baño y lavandería para asearse, yo encontré a A. Bettik y los dos nos ocupamos de difundir la noticia de la reunión en el pabellón de música. El androide de tez azul no se sorprendía de que Aenea, la menor de nosotros, ordenara y presidiera la reunión. Tanto A. Bettik como yo habíamos observado en silencio cómo la niña se convertía en eje de la Hermandad en los últimos años.

Corrí de los campos a los dormitorios, de los dormitorios a la cocina, donde hice vibrar la gran campana del elegante campanario que estaba encima de la escalera que conducía al piso de huéspedes. Los aprendices o trabajadores con quienes no me había comunicado personalmente oirían la campana e irían a investigar.

Desde la cocina, donde dejé a los cocineros y a algunos aprendices quitándose los delantales y enjugándose las manos, anuncié la reunión a la gente que tomaba café en el amplio comedor de la Hermandad (esta bella sala tenía una vista de los picos McDowell, así que algunos habían visto que Aenea y yo regresábamos y sabían que planeábamos algo), asomé la cabeza en el vacío comedor privado del señor Wright y luego me dirigí a la sala de reclutamiento. Era quizá la sala más atractiva del complejo, con sus largas filas de mesas y archivadores bajo el techo de lona, con dos filas de ventanas por donde entraba la luz matinal. El alto sol caía sobre el techo y el

olor de la lona caliente era tan agradable como la densa luz. Aenea me había dicho una vez que esta sensación —trabajar dentro de los límites de la luz, la lona y la piedra— había sido la principal razón para que el señor Wright fuera al oeste a fundar la segunda Taliesin.

Había una docena de aprendices remoloneando en la sala de reclutamiento —ninguno trabajaba ahora que el Viejo Arquitecto ya no estaba presente para sugerir proyectos— y les dije que Aenea quería reunirnos en el pabellón de música. Ninguno protestó. Nadie rezongó ni objetó que una joven de dieciséis años les dijera a noventa personas mayores que se reunieran en medio de un día de trabajo. En todo caso, los aprendices parecían aliviados de saber que ella estaba de vuelta y se hacía cargo.

Desde la sala de reclutamiento fui a la biblioteca, donde había pasado tantas horas felices, y registré la sala de conferencias, iluminada sólo por cuatro paneles relucientes en el piso, y anuncié la reunión a la gente que hallé en ambos lugares. Luego atravesé el pasaje cubierto y contemplé la sala donde el Viejo Arquitecto amaba proyectar películas los sábados por la noche. Este lugar siempre me había intrigado: sus gruesas paredes y techo de piedra, el largo espacio descendente con bancos de contrachapado cubiertos de almohadones rojos, la raída alfombra roja, los cientos de blancas luces navideñas en el techo. A nuestra llegada nos había asombrado que el Viejo Arquitecto exigiera que los aprendices y sus familias «se vistieran para la cena» los sábados, con antiguos esmoquins como los que vemos en viejos holos históricos. Las mujeres usaban extraños vestidos de la antigüedad. El señor Wright proveía de ropa formal a quienes no la traían en su viaje a la Tierra por las Tumbas de Tiempo o un teleyector.

Ese primer sábado Aenea usó esmoquin, camisa y corbata, en vez del vestido. Cuando vi la expresión alarmada del Viejo Arquitecto, pensé que nos expulsaría de la Hermandad y nos obligaría a sobrevivir en el desierto, pero luego arrugó el viejo rostro en una sonrisa y lanzó una carcajada. Nunca le pidió a Aenea que se pusiera otra cosa.

Después de las cenas de los sábados, asistíamos a un espectáculo musical o nos reuníamos en el teatro para ver una película, una de esas antiguas películas de celuloide que tenían que proyectarse con una máquina. Era como aprender a disfrutar del arte rupestre. Aenea y yo amábamos las cintas que elegía —antiguas películas bidimensionales del siglo veinte, muchas en blanco y negro—, y por alguna razón que nunca explicó el señor Wright prefería mirarlas con la «banda sonora», garabatos ópticos, visible en la pantalla. De hecho, habíamos visto películas durante un año cuando otro aprendiz nos contó que estaban hechas para ser vistas sin que la banda sonora fuera visible.

Hoy el teatro estaba vacío, las luces navideñas apagadas. Troté de habitación en habitación, de edificio en edificio, convocando a aprendices, obreros y familiares,

hasta que me reuní con A. Bettik junto a la fuente y nos reunimos con los demás en el gran pabellón de música.

El pabellón era un espacio amplio con un ancho escenario y seis filas de dieciocho asientos tapizados. Las paredes eran de pino pintado de rojo cherokee (el color favorito del Viejo Arquitecto) y la habitual argamasa del desierto. En el escenario alfombrado de rojo sólo había un piano de cola y algunas macetas con plantas. Arriba, sobre un bastidor de madera y acero, estaba la habitual lona blanca. Aenea me había dicho que, después de la muerte del primer señor Wright, el plástico había reemplazado la lona para evitar la necesidad de reponer la lona cada par de años. Pero al regreso de este señor Wright, el plástico fue arrancado —al igual que el vidrio de la sala de reclutamiento— y la luz pura volvió a predominar a través de la lona blanca.

A. Bettik y yo nos sentamos en el fondo del pabellón de música mientras los murmurantes aprendices y otros trabajadores ocupaban sus asientos. Algunos obreros de construcción se quedaron en los escalones del pasillo o en el fondo, con el androide y yo, como temiendo manchar con lodo y polvo la moqueta y la tapicería. Cuando Aenea atravesó las cortinas laterales y saltó al escenario, cesó toda conversación.

El pabellón de música del señor Wright tenía buena acústica, pero Aenea siempre había podido proyectar la voz sin que aparentara elevarla. Habló suavemente.

—Gracias por venir. Creo que debemos hablar.

Jaev Peters, uno de los aprendices mayores, se levantó de inmediato en la quinta fila.

—Te fuiste Aenea. Nuevamente al desierto.

La niña asintió con la cabeza.

—¿Hablaste con los leones y tigres y osos?

Nadie sonrió ni se rió. La pregunta se hacía con toda seriedad y noventa personas aguardaban la respuesta con igual seriedad. Debería explicarme.

Todo comenzó en los *Cantos* que Martin Silenus escribió hace más de dos siglos. Esa historia de los peregrinos de Hyperion, el Alcaudón y la batalla entre la humanidad y el TecnoNúcleo explicaba cómo las primeras redes del ciberespacio habían evolucionado hasta ser esferas de datos planetarias. En tiempos de la Hegemonía, las IAs del TecnoNúcleo habían usado sus tecnologías secretas de teleyección y ultralínea para unir cientos de esferas de datos en un solo medio secreto de información llamado megaesfera. Pero, según los *Cantos*, el padre de Aenea —el cíbrido John Keats— había viajado como persona incorpórea al Núcleo de la megaesfera y había descubierto que existía un plano de datos más amplio, quizá mayor que nuestra galaxia, que aun las IAs del núcleo temían explorar porque estaba

llena de «leones y tigres y osos», en palabras de la IA llamada Ummon. Éstos eran los seres —o inteligencias, o dioses— que un milenio atrás habían secuestrado la Tierra y la habían traído aquí antes que el Núcleo pudiera destruirla. Estos leones y tigres y osos eran los espantajos que custodiaban nuestro mundo. Ningún miembro de la Hermandad había visto estas entidades, ni hablado con ellas, ni tenía pruebas fehacientes de su existencia. Nadie excepto Aenea.

—No —dijo la niña—. No hablé con ellos. —Bajó la vista como si sintiera vergüenza. Siempre era reacia a hablar de esto—. Pero creo que los oí.

—¿Hablaron contigo? —preguntó Jaev Peters. Se hizo silencio en el pabellón.

—No —dijo Aenea—. No dije eso. Sólo... los oí. Como cuando oyes la conversación de otro por la pared del dormitorio.

Hubo cuchicheos y sonrisas. La finca de la Hermandad tenía gruesas paredes de piedra, pero los tabiques de los dormitorios eran notablemente delgados.

—De acuerdo —dijo Bets Kimbal desde la primera fila. Bets era la cocinera principal, una mujer corpulenta y sensata—. Cuéntanos que dijeron.

Aenea caminó hasta el borde del escenario y miró a sus colegas.

—Puedo decir esto —murmuró—. No habrá más alimentos ni provisiones en el mercado indio. Eso ha terminado.

Fue como si hubiera arrojado una granada. Cuando cesaron los murmullos, un corpulento obrero llamado Hussan gritó en medio de la algarabía.

—¿Cómo que ha terminado? ¿Dónde conseguiremos la comida?

Había buenos motivos para el pánico. En tiempos del señor Wright, en el siglo veinte, su campamento del desierto estaba a cincuenta kilómetros de una ciudad grande llamada Phoenix. A diferencia de la Taliesin de la Depresión, en Wisconsin, donde los aprendices cultivaban plantas en el fecundo suelo aunque trabajaran en los planes de construcción del señor Wright, este campamento nunca había podido cultivar sus propios alimentos. Viajaban a Phoenix para hacer trueque o pagaban sus provisiones con sus primitivas monedas y billetes de papel. El Viejo Arquitecto siempre había necesitado la generosidad de sus clientes —grandes préstamos que nunca devolvería— para sobrevivir mes a mes.

Pero aquí no había ciudades. La única carretera —dos surcos de gravilla— conducía al oeste, hacia cientos de kilómetros de desierto. Yo lo sabía porque había sobrevolado la zona en la nave y la había recorrido con el vehículo terrestre del Viejo Arquitecto. Pero a treinta kilómetros del complejo había un mercado indio semanal donde trocábamos artículos artesanales por alimentos y materia prima. Había existido durante años antes de nuestra llegada; todos esperaban que estuviera allí para siempre.

—¿Cómo que se ha ido? —repitió Hussan con un grito ronco—. ¿Adónde irían los indios? ¿Eran sólo ilusiones cíbridas, como el señor Wright?

Aenea movió las manos en un gesto al que yo me había acostumbrado con los años, un grácil ademán que yo había llegado a ver como un equivalente físico de la expresión zen *mu*, la cual, en el contexto adecuado, puede significar «desformular la pregunta».

—El mercado se ha ido porque ya no lo necesitaremos más —dijo Aenea—. Los indios son reales, navajos, apaches, hopis y zunis. Pero deben vivir su propia vida, realizar sus propios experimentos. Hacían trueques con nosotros como favor.

La multitud se enfureció, pero al fin recobró la calma. Bets Kindal se puso de pie.

—¿Qué haremos, niña?

Aenea se sentó en el borde del escenario como si tratara de fusionarse con su público expectante.

—La Hermandad ha terminado —dijo—. Esta etapa de nuestra vida debe concluir.

—¡Claro que no! —vociferó un aprendiz joven desde el fondo del pabellón—. ¡El señor Wright podría regresar! Recordemos que era un cibrido... una construcción. El Núcleo... o los leones y tigres y osos... quien lo haya construido puede enviarlo de vuelta...

—No —respondió Aenea, con pena pero con firmeza—, el señor Wright se ha ido. La Hermandad ha terminado. Sin los alimentos y los materiales que los indios nos traían desde tan lejos, este campamento no puede durar un mes. Tenemos que irnos.

Una joven aprendiz llamada Peret habló en voz baja.

—¿Adónde, Aenea?

En ese momento comprendí en qué medida este grupo se había entregado a la joven que yo había conocido cuando era pequeña. Cuando estaba el Viejo Arquitecto, dando conferencias, dictando seminarios y celebrando reuniones informales, conduciendo su rebaño en meriendas y excursiones por las montañas, exigiendo atenciones y la mejor comida, la realidad del liderazgo de Aenea había quedado disimulada, pero ahora era patente.

—Sí—preguntó alguien desde el centro de los asientos—, ¿adónde, Aenea?

Mi amiga abrió las manos en otro ademán que yo había aprendido. Éste no significaba «desformula la pregunta» sino «debes responder a tu propia pregunta».

—Hay dos opciones —dijo Aenea—. Todos vosotros viajasteis aquí por teleyector o a través de las Tumbas de Tiempo. Podéis regresar por teleyector...

—¡No!

—¿Cómo?

—Jamás... Antes moriría.

—¡No! ¡Pax nos encontrará y nos matará!

Los gritos eran espontáneos y sinceros. Era el sonido del terror verbalizado.

Percibí miedo en la habitación, tal como lo percibía en los animales atrapados en los brezales de Hyperion.

Aenea alzó una mano y los gritos se calmaron.

—Podéis regresar al espacio de Pax en teleyector, o podéis permanecer en la Tierra y tratar de sobrevivir.

Hubo murmullos de alivio ante la opción de no regresar. Comprendí ese sentimiento. También para mí Pax se había transformado en un coco. La idea de regresar allá me quitaba el sueño al menos una vez por semana.

—Pero si os quedáis aquí —continuó la niña sentada en el borde del escenario—, seréis parias. Todos los grupos de seres humanos de aquí tienen sus propios proyectos, sus propios experimentos. No encajaréis en ellos.

La gente hizo preguntas, exigiendo respuestas a misterios que no había comprendido durante su larga estancia. Pero Aenea continuó.

—Si os quedáis aquí, desperdiciaréis lo que el señor Wright os enseñó y lo que vinisteis a aprender sobre vosotros mismos. La Tierra no necesita arquitectos ni constructores. No ahora. Tenemos que regresar.

Jaev Peters habló de nuevo, con voz quebradiza pero sin hostilidad.

—¿Y Pax necesita constructores y arquitectos? ¿Para construir sus malditas iglesias?

—Sí —dijo Aenea.

Jaev asestó un puñetazo a una butaca.

—Pero nos capturarán o nos matarán si averiguan quiénes somos, dónde hemos estado.

—Sí —dijo Aenea.

—¿Tú regresarás, niña? —preguntó Bets Kimbal.

—Sí —dijo Aenea, y bajó del escenario.

Ahora todos estaban de pie, gritando o hablando con las personas que tenían al lado. Fue Jaev Peters quien expresó el pensamiento de los noventa huérfanos de la Hermandad.

—¿Podemos ir contigo, Aenea?

La niña suspiró. Su rostro, bronceado y alerta, también parecía cansado.

—No —dijo—. Creo que irse de aquí será como morir o nacer. Cada cual tendrá que hacerlo por su cuenta. —Sonrió—. O en grupos muy pequeños.

Se hizo el silencio. Cuando Aenea habló, fue como si un solo instrumento continuara con la melodía que la orquesta había dejado de tocar.

—Raul se irá primero —dijo—. Esta noche. Uno por uno, todos encontraréis el portal teleyector adecuado. Yo os ayudaré. Seré la última en marcharme de la Tierra. Pero me marcharé, y dentro de unas semanas. Todos debemos irnos.

La gente se aproximó en silencio a la niña de pelo corto.

—Pero algunos nos volveremos a encontrar —dijo Aenea—. Estoy segura de que algunos nos volveremos a encontrar.

Vi el anverso de esa predicción tranquilizadora: algunos no sobreviviríamos para volvernos a encontrar.

—Bien —tronó Bets Kimbal, rodeando a Aenea con el brazo—, en la cocina hay suficiente comida para un último festín. ¡El almuerzo de hoy será una comida que recordaréis durante años! Como decía mi madre, si tienes que viajar, no lo hagas con el estómago vacío. ¿Quién me ayudará en la cocina, pues?

La reunión se disolvió. Las familias y amigos permanecían en grupos y los solitarios deambulaban como aturdidos, todos aproximándose a Aenea mientras salíamos del pabellón de música. En ese momento quise aferrarla, sacudirla hasta que se le cayeran las muelas del juicio. *Qué demonios quieres decir con que Raul será el primero en irse, esta noche. ¿Quién demonios eres para decirme que te deje aquí? ¿Y cómo crees que me obligarás?* Pero ella estaba demasiado lejos y la rodeaba demasiada gente. Sólo atiné a seguir a la muchedumbre a la cocina y el comedor, la furia escrita en la cara, los puños, los músculos y el andar.

Una vez vi que Aenea me miraba por encima de las cabezas. *Déjame explicarte,* imploraban sus ojos.

Le respondí con una mirada de piedra.

Anochecía cuando se reunió conmigo en el gran garaje que el señor Wright había hecho construir a medio kilómetro del complejo. Era una estructura de flancos abiertos, salvo por cortinas de lona, pero tenía gruesas columnas de piedra que sostenían un techo de pino; lo habían construido para albergar la nave de descenso donde habíamos llegado Aenea, A. Bettik y yo.

Yo había abierto la puerta de lona y estaba de pie en la escotilla abierta cuando vi que Aenea se aproximaba por el desierto. Yo tenía puesto el comlog de pulsera que no había usado en más de un año; ese objeto me traía demasiados recuerdos de nuestra nave espacial —la nave consular de siglos atrás— y había sido mi enlace e instructor cuando aprendí a pilotar la nave de descenso. Ahora tampoco lo necesitaba —había bajado la memoria del comlog a la nave y sabía pilotarla solo—, pero me hacía sentir más seguro. El comlog realizaba una verificación de sistemas, parloteando consigo mismo.

Aenea se detuvo en la entrada. El crepúsculo arrojaba largas sombras a sus espaldas y pintaba la lona de rojo.

—¿Cómo está la nave? —preguntó.

Eché un vistazo al comlog.

—Está bien —mascullé sin mirarla.

—¿Tiene combustible y carga para un vuelo más?

Aún sin mirarla, examiné las láminas de contacto del brazo del sillón del piloto.

—Depende de adónde vuele —respondí

Aenea se aproximó a la escalerilla y me tocó la pierna. Esta vez tuve que mirarla.

—No te enfades —dijo—. Tenemos que hacer estas cosas.

Aparté la pierna.

—Maldición, no insistas en decirle a todo el mundo lo que tiene que hacer. Eres sólo una chiquilla. Tal vez haya cosas que algunos no tenemos que hacer. Tal vez largarme y dejarte sola sea una de esas cosas. —Me bajé de la escalerilla y tecleé el comlog. La escalerilla se disolvió en el casco de la nave. Dejé el garaje y eché a andar hacia mi tienda. En el horizonte, el Sol era una perfecta esfera roja. Bajo los últimos rayos de luz, las piedras y lonas del complejo principal parecían estar en llamas, el mayor temor del Viejo Arquitecto.

—¡Raul, aguarda!

Aenea apuró el paso para alcanzarme. Me bastó una ojeada para comprobar que estaba exhausta. Se había pasado la tarde reuniéndose con gente, hablando, dando explicaciones, tranquilizando, abrazando. De pronto la Hermandad me parecía un nido de vampiros emocionales cuya única fuente de energía era Aenea.

—Dijiste que tú...

—Sí, sí —interrumpí. Tuve la sensación de que ella era la adulta y yo el niño malhumorado. Para ocultar mi confusión, di la vuelta y miré el atardecer. Guardamos silencio unos instantes, mientras la luz se desvanecía y el cielo se oscurecía. Los atardeceres de la Tierra me parecían más lentos y encantadores que los que había conocido en mi infancia en Hyperion, y los atardeceres del desierto me resultaban particularmente hermosos. ¿Cuántos atardeceres habíamos compartido la niña y yo en los últimos cuatro años? ¿Cuántas ociosas veladas bajo las brillantes estrellas del desierto? ¿Sería éste el ultimo atardecer que contemplaríamos juntos? La idea me sacaba de quicio.

—Raul —insistió ella mientras las sombras se espesaban y el aire se enfriaba—, ¿me acompañas?

No dije que sí, pero la seguí por el campo pedregoso, evitando los pinchos filosos de las yucas y las espinas de los cactos en la sombra, hasta que llegamos a la zona iluminada del complejo. *¿Cuánto falta,* pensé, *para que se agote el combustible de los generadores?* Tenía la respuesta, pues formaba parte de mi trabajo mantener y alimentar los generadores. Teníamos seis días de combustible en los tanques principales y otros diez en los tanques de reserva, que nunca debían tocarse salvo en emergencias. Casi tres semanas de luz eléctrica, refrigeración y equipos. ¿Y después? Oscuridad, deterioro y el final de la incesante construcción, desmantelamiento y reconstrucción que había sido el ruido de fondo de Taliesin en los últimos cuatro años.

Pensé que íbamos al comedor, pero dejamos atrás las ventanas iluminadas. Aún había gente sentada a las mesas, hablando con intensidad, y sólo tenía ojos para Aenea cuando pasamos, pues para ellos yo era invisible en su hora de pánico. Nos acercamos al estudio privado del señor Wright, pero no nos detuvimos allí. Tampoco nos detuvimos en la hermosa sala de conferencias donde un pequeño grupo veía una última película —faltaban tres semanas para que los proyectores dejaran de funcionar— ni entramos en la sala de diseño.

Nuestro destino era un taller de piedra y lona que estaba al sur, lejos de la calzada, un edificio útil para trabajar con sustancias tóxicas o equipo ruidoso. Yo había trabajado bastante allí en los dos primeros años, pero no en los meses recientes.

Bettik aguardaba en la puerta. El androide sonreía pícaramente, como cuando había llevado la torta de cumpleaños a la fiesta sorpresa de Aenea.

—¿Qué hay? —rezongué.

Aenea entró en el taller y encendió la luz.

En la mesa del centro de la habitación había un bote de dos metros de longitud. Tenía la forma de una semilla afilada en ambas puntas, cerrada salvo por una pequeña abertura redonda con una falda de nylon que obviamente se podía ceñir alrededor de la cintura del ocupante. Junto al bote había un remo de dos palas. Me acerqué y acaricié el casco: un compuesto de fibra de vidrio con agarraderas y soportes de aluminio. Sólo una persona de la Hermandad podía realizar un trabajo tan cuidadoso. Miré a A. Bettik casi acusatoriamente. Él asintió.

—Se llama kayak —dijo Aenea, acariciando el casco bruñido—. Es un viejo diseño terrícola.

—He visto variaciones sobre él —dije, negándome a dejarme impresionar—. Los rebeldes de la Garra de Hielo de Ursus usaban botes como éste.

Aenea aún acariciaba el casco como si yo no hubiera hablado.

—Le pedí a A. Bettik que lo hiciera para ti —dijo—. Él trabajó aquí durante semanas.

—Para mí —repetí obtusamente. Sentí un nudo en el estómago al comprender lo que vendría.

Aenea se acercó más. Estaba bajo la lámpara, y las sombras que tenía bajo los ojos y los pómulos le hacían aparentar mucho más de dieciséis años.

—Ya no tenemos la balsa, Raul.

Sabía a qué balsa se refería. La que nos había llevado por tantos mundos hasta que terminó despedazada en la emboscada que casi nos mata en Bosquecillo de Dios. La balsa que nos había llevado río abajo bajo el hielo de Sol Draconi Septem, por los desiertos de Hebrón y Qom-Riyad, por el mundo oceánico de Mare Infinitus. Sabía a qué balsa se refería. Y sabía qué significaba este bote.

—¿Así que debo llevar esto de vuelta por donde vinimos? —Alcé una mano

como para tocarlo, pero no lo hice.

—No por donde vinimos —dijo Aenea—, sino por el río Tetis. A través de otros mundos. A través de tantos mundos como sea necesario para encontrar la nave.

—¿La nave? —pregunté. Habíamos dejado la nave del cónsul oculta bajo el río, reparándose de los daños que había sufrido en nuestro vuelo desde Pax, en un mundo cuyo nombre y posición desconocíamos.

Mi joven amiga asintió y las sombras aletearon alrededor de sus cansados ojos.

—Necesitaremos la nave, Raul. Si estás dispuesto, quisiera que lleves este kayak por el río Tetis hasta encontrar la nave, y que luego vueles con ella a un mundo donde A. Bettik y yo estaremos esperando.

—¿Un mundo del espacio de Pax? —dije, con otro nudo en el estómago ante el peligro que implicaba esa sencilla frase.

—Sí.

—¿Por qué yo? —pregunté, mirando significativamente a A. Bettik. Me avergoncé de mi pensamiento: *¿Por qué enviar a un ser humano, tu mejor amigo, cuando puede ir el androide?* Bajé la mirada.

—Será un viaje peligroso —dijo Aenea—. Creo que tú puedes lograrlo, Raul. Confío en que encontrarás la nave y luego nos encontrarás a nosotros.

Se me aflojaron los hombros.

—De acuerdo —dije—. ¿Iremos al sitio donde entramos con el teleyector? —Al salir de Bosquecillo de Dios habíamos llegado a un pequeño arroyo cerca de la obra maestra del Viejo Arquitecto, el edificio de Fallingwater. Había que recorrer más de medio continente.

—No —dijo Aenea—. Más cerca. El río Mississippi.

—De acuerdo —repetí. Había sobrevolado el Mississippi. Estaba a dos mil kilómetros—. ¿Cuándo me voy? ¿Mañana?

Aenea me tocó la muñeca.

—No —dijo, con fatiga pero con firmeza—. Esta noche. Ya.

No protesté. No discutí. Sin una palabra, cogí la proa del kayak. A. Bettik cogió la popa, Aenea el centro, y llevamos el maldito bote hasta la nave en la profunda noche del desierto.

3

El gran inquisidor estaba atrasado.

El control de tráfico del Vaticano dirigió el VEM hacia el espacio aéreo del puerto espacial, normalmente cerrado, clausuró todo el tráfico aéreo al este del Vaticano y detuvo un carguero robot de treinta mil toneladas en aproximación orbital final hasta que el vehículo del inquisidor atravesó la esquina sureste de la cuadrícula de descenso.

Dentro del VEM blindado, el gran inquisidor —su eminencia el cardenal John Domenico Mustafa— no miraba por la ventanilla ni por los monitores el hermoso paisaje del Vaticano, sus murallas rosadas en la luz de la mañana, ni la atestada carretera de veinte carriles llamada Ponte Vittorio Emanuele, que titilaba como un río iluminado al reflejarse el sol en los parabrisas y techos transparentes. El gran inquisidor se concentraba en los datos de inteligencia que rodaban por su comlog.

Cuando hubo terminado, memorizado y borrado el último párrafo, el gran inquisidor le dijo a su asistente, el padre Farrell:

—¿Y no hubo más reuniones con Mercantilus?

El padre Farrell, un hombre delgado de ojos chatos y grises, nunca sonreía, pero un temblor del músculo de la mejilla comunicó al cardenal un remedo de humor.

—Ninguna.

—¿Seguro?

—Totalmente.

El gran inquisidor se reclinó en los cojines del VEM y se permitió una breve sonrisa. Mercantilus sólo había hecho esa desastrosa aproximación a un candidato papal —el sondeo de Lourdusamy— y el inquisidor había oído la grabación completa de la reunión. El cardenal se permitió prolongar su sonrisa: Lourdusamy tenía razón al pensar que su sala de conferencias era a prueba de intromisiones, que estaba totalmente protegida contra todo dispositivo de grabación. Cualquier grabador —aun implantado en uno de los participantes— habría sido detectado y localizado. Todo intento de enviar transmisiones por ultralínea habría sido detectado y bloqueado. Obtener la grabación visual y auditiva de esa reunión había sido uno de sus mayores logros.

Dos años locales atrás monseñor Lucas Oddi se había internado en el hospital del Vaticano para un reemplazo rutinario de los ojos, los oídos y el corazón. El padre Farrell había abordado al cirujano, amenazando con aplastarlo con todo el peso del Santo Oficio si el pobre médico no implantaba ciertos adminículos de avanzada tecnología en el cuerpo del monseñor. El cirujano lo hizo y poco después murió la

muerte verdadera —sin resurrección posible— en un accidente automovilístico en el Gran Bajío Norte.

Monseñor Lucas Oddi no tenía aparatos electrónicos ni mecánicos en su organismo, pero había siete nanograbadores totalmente biológicos conectados a su nervio óptico. Había cuatro nanograbadores de audio conectados a su sistema nervioso auditivo. Estos biograbadores no transmitían dentro del cuerpo, sino que almacenaban los datos químicamente y los trasladaban físicamente por la corriente sanguínea hasta un transmisor —también totalmente orgánico— situado en el ventrículo izquierdo. Cuando Oddi abandonó la zona segura de la oficina del cardenal Lourdusamy, el transmisor irradió una grabación comprimida de la reunión a una repetidora. No era una intrusión en tiempo real —un detalle que aún preocupaba al cardenal Mustafa— pero era lo más parecido que se podía lograr con la tecnología actual.

—Isozaki está asustado —dijo el padre Farrell—. Él cree...

El gran inquisidor alzó un dedo. Farrell se interrumpió.

—No sabes si está asustado —dijo el cardenal—. No sabes lo que cree. Sólo puedes saber lo que dice y hace e inferir sus pensamientos y reacciones. Nunca te bases en suposiciones acerca de tus enemigos, Martin. Puede ser una autocomplacencia fatal.

El padre Farrell inclinó la cabeza sumisamente.

El VEM se posó en la pista del Castel Sant'Angelo. El gran inquisidor salió por la escotilla y bajó la rampa con tanta rapidez que Farrell tuvo que trotar para alcanzarlo. Comandos de seguridad vestidos con la armadura roja del Santo Oficio los escoltaron por delante y por detrás, pero el gran inquisidor los ahuyentó con un gesto. Quería terminar su conversación con el padre Farrell. Tocó el brazo izquierdo de su asistente —no por afecto, sino cerrando los circuitos de conducción ósea para poder subvocalizar— y dijo:

—Isozaki y los dirigentes de Mercantilus no están asustados. Si Lourdusamy quisiera deshacerse de ellos, ya estarían muertos. Isozaki quiso comunicar su mensaje de apoyo al cardenal y lo consiguió, los que están asustados son los militares de Pax.

Farrell frunció el ceño y subvocalizó en el circuito óseo.

—Los militares. Pero todavía no han jugado su carta. No han cometido ninguna deslealtad.

—Precisamente —dijo el gran inquisidor—. Mercantilus ha hecho su jugada y sabe que Lourdusamy acudirá a ellos cuando llegue el momento. Durante años la flota de Pax y el resto han temido elegir erróneamente. Ahora temen haber esperado demasiado.

Farrell asintió. Habían bajado en ascensor hasta las entrañas del Castel Sant'Angelo y atravesaban un corredor oscuro lleno de guardias armados y campos de

fuerza letales. Ante una puerta sin marcas, dos comandos vestidos de rojo se cuadraron alzando los rifles energéticos.

—Dejadnos —ordenó el gran inquisidor, apoyando la palma en la placa de identificación de la puerta. El panel de acero se deslizó.

El corredor era pétreo y sombrío. La habitación era luminosa y brillante, con instrumentos y superficies asépticas. Los técnicos alzaron la cabeza cuando entraron el gran inquisidor y Farrell. En una pared de la habitación había puertas cuadrangulares que parecían cajones de un antiguo depósito de cadáveres. Una de las puertas estaba abierta y un hombre desnudo yacía en la camilla que habían sacado del refrigerador.

El gran inquisidor y Farrell se detuvieron a ambos lados de la camilla.

—Está reviviendo bien —dijo el técnico que manejaba la consola—. Lo estamos sosteniendo por debajo de la superficie. Podemos despertarlo en segundos.

—¿Cuánto duró su último sueño frío? —preguntó el padre Farrell.

—Dieciséis meses locales —dijo el técnico—. Trece y medio estándar.

—Despiértalo —ordenó el gran inquisidor.

Segundos después el hombre movió los párpados. Era un sujeto menudo, musculoso y compacto, y no había marcas ni magulladuras en su cuerpo. Tenía las muñecas y los tobillos sujetos con cuerda adhesiva. Detrás de la oreja izquierda le habían implantado un empalme cortical que estaba conectado con la consola por un manojo casi invisible de microfibras.

El hombre de la camilla gimió.

—Cabo Bassin Kee —dijo el gran inquisidor—. ¿Me oye?

El cabo Kee emitió un sonido ininteligible. El gran inquisidor asintió con satisfacción.

—Cabo Kee —dijo afablemente—, ¿podemos reanudar nuestra charla?

—Cuánto tiempo... —murmuró Kee con labios secos y rígidos—. Cuánto tiempo he estado...

El padre Farrell se acercó a la consola y le hizo una seña al gran inquisidor.

Ignorando la pregunta del cabo, el cardenal John Domenico Mustafa murmuró:

—¿Por qué usted y el padre capitán De Soya dejaron ir a la niña?

El cabo Kee abrió los ojos, pestañeó como si la luz le doliera, los cerró de nuevo. No habló.

El gran inquisidor le hizo una seña al padre Farrell, que pasó la mano sobre los iconos de la consola, aunque sin activar ninguno.

—Una vez más —dijo el gran inquisidor—. ¿Por qué usted y De Soya dejaron que la niña y sus cómplices criminales escaparan en Bosquecillo de Dios? ¿Para quién trabajaban? ¿Cuál fue su motivación?

El cabo Kee, tendido de espaldas, cerraba los ojos con fuerza. No respondió.

El gran inquisidor ladeó la cabeza y el padre Farrell movió dos dedos sobre uno de los iconos. Los iconos eran abstractos como jeroglíficos para el ojo inexperto, pero Farrell los conocía bien. El que había escogido se podía traducir como «testículos aplastados».

El cabo Kee jadeó y trató de gritar, pero los inhibídores neurales bloquearon esa reacción. Abrió las mandíbulas tanto como pudo y el padre Farrell oyó el estiramiento de los músculos y los tendones.

El gran inquisidor movió la cabeza y Farrell apartó los dedos de la zona de activación del icono. El cabo Kee sufrió un espasmo que le contrajo los músculos del estómago.

—Es sólo dolor virtual, cabo Kee —susurró el gran inquisidor—. Una ilusión neuronal. Su cuerpo no tiene marcas.

Kee procuraba erguir la cabeza para mirarse el cuerpo, pero la banda de cuerda adhesiva le mantenía la cabeza en su sitio.

—O tal vez no —continuó el cardenal—. Tal vez esta vez hayamos recurrido a métodos más antiguos, menos refinados. —Se acercó a la camilla para que el hombre le viera la cara—. Una vez más... ¿por qué usted y el padre capitán De Soya dejaron escapar a la niña en Bosquecillo de Dios? ¿Por qué atacó a su cotripulante, Rhadamanth Nemes?

El cabo Kee abrió la boca hasta mostrar los dientes de atrás.

—Púdrete —logró decir, apretando las mandíbulas en medio del temblor.

—Desde luego —dijo el gran inquisidor, haciéndole una seña al padre Farrell.

Farrell activó un icono que podía traducirse como «calambre candente detrás del ojo derecho».

El cabo Kee abrió la boca en un grito silencioso.

—Una vez más —murmuró el gran inquisidor—. Háblenos.

—Perdón, eminencia —dijo el padre Farrell, mirando su comlog—, pero la misa del Cónclave comienza dentro de cuarenta y cinco minutos.

El gran inquisidor agitó los dedos.

—Tenemos tiempo, Martin, tenemos tiempo. —Tocó el brazo del cabo Kee—. Cuéntenos estas cosillas, cabo, y será bañado, vestido y liberado. Usted ha pecado contra la Iglesia y el Señor con esta traición, pero la esencia de la Iglesia es el perdón. Explique su traición y todo será perdonado.

Asombrosamente, el cabo Kee se echó a reír en medio de sus convulsiones.

—Púdrete —repitió—. Ya me has hecho decir todo lo que sé con la droga de la verdad. Sabes por qué matamos a esa cosa y dejamos escapar a la niña. Y nunca me dejarás ir. Púdrete.

El gran inquisidor se encogió de hombros y retrocedió. Mirando su comlog de oro, murmuró:

—Tenemos tiempo. Mucho tiempo.

Le hizo una seña al padre Farrell.

El icono que parecía un paréntesis doble en la consola de dolor virtual significaba «espada ancha y candente en el esófago». Con un grácil ademán, el padre Farrell la activó.

El padre capitán Federico de Soya resucitó en Pacem y pasó dos semanas como prisionero *de facto* en la rectoría vaticana de los Legionarios de Cristo. La rectoría era cómoda y apacible. El rechoncho capellán de resurrección que lo atendía, el padre Baggio, era amable y solícito como de costumbre. De Soya odiaba ese lugar y odiaba a ese sacerdote.

Nadie le dijo al padre capitán De Soya que no podía abandonar la rectoría, pero se le dio a entender que debía quedarse allí hasta que lo llamaran. Hacía una semana que se había recobrado de la resurrección cuando lo llamaron al cuartel general de la flota de Pax, donde se reunió con la almirante Wu y su jefe, el almirante Marusyn.

El padre capitán De Soya hizo poco durante la reunión salvo cuadrarse y escuchar. El almirante Marusyn le explicó que una revisión de la corte marcial que lo había condenado cuatro años atrás había mostrado varias irregularidades e incoherencias en la causa del fiscal. Una nueva revisión había permitido una reversión de la decisión del tribunal. De Soya recobraría su cargo de capitán de la flota y pronto le asignarían una nave de combate.

—Su vieja nave-antorcha *Baltasar* estará en dique seco por un año —dijo el almirante Marusyn—. Un reajuste completo... se le darán características de escolta arcángel. Su reemplazo, la madre capitana Stone, realizó una excelente tarea.

—Sí, señor —dijo De Soya—. Stone era una ejecutiva excelente. Sin duda ha sido buena capitana.

El almirante Marusyn asintió distraídamente mientras hojeaba su libreta.

—Sí, sí. Tan buena, en realidad, que la hemos recomendado como capitana de uno de los nuevos arcángeles clase planetaria. También tenemos un arcángel en mente para usted, padre capitán.

De Soya pestañeó, tratando de disimular sus emociones.

—¿El *Rafael*, señor?

El almirante sonrió.

—Sí, el *Rafael*, pero no el que usted capitaneó. Hemos destinado ese prototipo al servicio postal y lo hemos bautizado de nuevo. El nuevo arcángel *Rafael* es... bien... ¿ha oído hablar de los arcángeles clase planetaria, padre capitán?

—No, señor. —De Soya sólo había oído rumores en su mundo desértico, cuando los mineros hablaban a voz en cuello en la única cantina del pueblo.

—Cuatro años estándar —murmuró el almirante, sacudiendo la cabeza. Tenía el

pelo blanco peinado hacia atrás—. Ponga a Federico al corriente, almirante.

Marget Wu asintió y tocó el disco de una consola táctica de la pared. El holo de una nave estelar apareció entre ella y De Soya. El padre capitán vio de inmediato que la nave era más grande, más elegante, más refinada y más mortífera que su viejo *Rafael*.

—Su Santidad ha pedido a cada mundo industrial de Pax que construyera, o al menos financiara, uno de estos acorazados arcángel clase planetaria, padre capitán —dijo secamente la almirante Wu—. En los últimos cuatro años se han terminado veintiuno, y ya están en servicio activo. Hay otros sesenta a punto de completarse. —El holo rotó y creció hasta mostrar un corte transversal de la cubierta principal. Era como si un haz láser hubiera partido la nave por la mitad—. Como ve, las zonas de vivienda, las cubiertas de mando y los centros tácticos C-tres son mucho más amplios que en el Rafael anterior... incluso más amplios que en su vieja nave-antorcha. Los motores, tanto el Gedeón instantáneo C-plus como la planta de fusión, se han reducido un tercio en tamaño y han ganado en eficiencia y facilidad de mantenimiento. El nuevo *Rafael* lleva tres naves de descenso atmosféricas y un explorador de alta velocidad. A bordo hay nichos de resurrección automáticos para veintiocho tripulantes y hasta veintidós infantes o pasajeros.

—Defensas? —preguntó el padre capitán De Soya, todavía en descanso, las manos entrelazadas sobre la espalda.

—Campos de contención clase diez —explicó Wu—. La más flamante tecnología evasiva. Sensores clase omega y capacidad de bloqueo. Además de la habitual selección de defensas hipercinéticas y energéticas.

—¿Capacidad de ataque? —preguntó De Soya. Podía verlo en el croquis holográfico, pero quería oírlo.

El almirante Marusyn respondió con tono orgulloso, como si alardeara de un nuevo nieto.

—Todos los chismes —dijo—. Haces de luz coherente, desde luego, pero que se alimentan del motor C-plus y no del motor de fusión. Incineran todo dentro de una UA. Nuevos misiles hipercinéticos Hawking, reducidos a la mitad de la masa y tamaño de los que usted llevaba en el *Baltasar*. Agujas de plasma con casi el doble de rendimiento de las ojivas de hace cinco años. Haces de muerte...

El padre capitán De Soya contuvo una exclamación. Los haces de muerte estaban prohibidos en la flota de Pax.

Marusyn notó algo en su expresión.

—Las cosas han cambiado, Federico. Es una pelea a muerte. Los éxters se reproducen como moscas en la oscuridad, y arrasarán Pacem dentro de un par de años si no los detenemos.

El padre capitán De Soya asintió.

—¿Puedo preguntar qué mundo pagó por la construcción de este nuevo *Rafael*, señor?

Marusyn sonrió y señaló el bolo. El casco de la nave pareció lanzarse hacia De Soya al aumentar la magnificación. La toma atravesó el casco y se aproximó al puente táctico, enfocando el borde del holofoso. El padre capitán distinguió una plaqueta de bronce con el nombre RAFAEL y, debajo, en letra más pequeña; CONSTRUIDO Y ENCARGADO POR LA GENTE DE PUERTAS DEL CIELO PARA LA DEFENSA DE TODA LA HUMANIDAD.

—¿Por qué sonríe, padre capitán? —preguntó el almirante Marusyn.

—Bien, señor, es sólo que... estuve en el mundo de Puertas del Cielo, señor. Eso fue hace más de cuatro años estándar, pero el planeta estaba desierto salvo por una docena de agrimensores y una guarnición orbital de Pax. No existía una auténtica población allí desde la invasión éxter de hace trescientos años. Me cuesta imaginar que ese mundo haya financiado una de estas naves. Me parece que se necesitaría el PBI de una sociedad como Vector Renacimiento para pagar un solo arcángel.

Marusyn no dejaba de sonreír.

—Precisamente, padre capitán. Puertas del Cielo es un infierno... atmósfera venenosa, lluvia ácida, lodazales, bajíos de azufre... Nunca se recobró del ataque éxter. Pero Su Santidad pensó que era mejor transferir la administración de ese mundo a la empresa privada. El planeta aún posee una fortuna en metales pesados y sustancias químicas. Así que lo hemos vendido.

De Soya parpadeó.

—¿Vendido? ¿Un mundo entero?

Marusyn sonrió pícaramente.

—Al Opus Dei, padre capitán —explicó la almirante Wu.

De Soya no habló, pero tampoco demostró comprensión.

—La «Obra de Dios» era una organización religiosa menor —siguió Wu—. Creo que tiene mil doscientos años. Se fundó en el 1920 de la era cristiana. En los últimos años, no sólo se ha convertido en gran aliada de la Santa Sede, sino en digna competidora de Pax Mercantilus.

—Ah, sí —dijo el padre capitán De Soya. Se imaginaba a Mercantilus comprando mundos enteros, pero no se imaginaba que ese grupo comercial permitiera que un rival obtuviera tanto poder en los pocos años en que él había estado aislado. No importaba. Se volvió hacia el almirante Marusyn—. Una última pregunta, señor.

El almirante miró el cronómetro del comlog y asintió con un brusco movimiento de cabeza.

—Hace cuatro años que estoy fuera de servicio —murmuró De Soya—. No he usado uniforme ni recibido una actualización técnica en todo ese tiempo. El mundo donde yo servía como sacerdote estaba tan alejado de todo que bien pude estar en

fuga criogénica. ¿Cómo puedo recibir el mando de una nave estelar arcángel de última generación?

Marusyn frunció el ceño.

—Lo pondremos al corriente, padre capitán. La flota de Pax sabe lo que hace. ¿Se niega a aceptar la misión?

De Soya titubeó visiblemente.

—No, señor —dijo—. Agradezco que usted y la flota demuestren confianza en mí. Daré lo mejor de mí, almirante. —De Soya era disciplinado por partida doble: no sólo como sacerdote y jesuita, sino también como oficial de la flota de Su Santidad.

El rostro pétreo de Marusyn se ablandó.

—Claro que sí, Federico. Nos agrada tenerle de vuelta. Nos gustaría que permanezca en la rectoría de los Legionarios hasta que la nave esté disponible, si le parece bien.

Maldición, pensó De Soya. *Todavía prisionero de esos malditos Legionarios*.

—Desde luego —dijo—. Es un lugar agradable.

Marusyn miró de nuevo su comlog. La entrevista obviamente había terminado.

—¿Algún requerimiento antes que la designación sea oficial, padre capitán?

De Soya titubeó de nuevo. Sabía que era inapropiado hacer un requerimiento, pero aun así habló.

—Sí, señor, uno. Había tres hombres que estuvieron a mi mando en el viejo *Rafael*, los comandos de la Guardia Suiza que llevé de Hyperion... El lancero Rettig murió, pero el sargento Gregorius y el cabo Kee estuvieron conmigo hasta el final, y me preguntaba...

Marusyn asintió con impaciencia.

—Los quiere en el nuevo *Rafael*. Parece razonable. Yo tenía un cocinero que llevaba de nave en nave... el pobre diablo murió durante la segunda rebelión del Saco de Carbón. No sé qué será de estos hombres... —Miró a Marget Wu.

—Por gran coincidencia —dijo la almirante Wu—, me encontré con sus expedientes mientras revisaba los papeles de reinstalación del padre capitán. El sargento Gregorius sirve actualmente en los territorios del Anillo. Sin duda podrá arreglarse la transferencia. Pero me temo que el cabo Kee...

De Soya sintió un nudo en el estómago. El cabo Kee había estado con él en Bosquecillo de Dios —habían devuelto a Gregorius al nicho después de una resurrección frustrada— y lo había visto por última vez después del regreso al espacio de Pacem, cuando Pax Mercantilus los llevaba a celdas separadas después del arresto. De Soya había estrechado la mano del cabo, asegurándole que volverían a verse.

—Me temo que el cabo Kee murió hace dos años estándar —concluyó Wu—. Lo mataron durante un ataque éxter en Saliente de Sagitario. Entiendo que recibió la

Medalla de Plata de San *Miguel*... póstumamente, desde luego.

De Soya asintió.

—Gracias —dijo.

El almirante Marusyn le ofreció su paternal sonrisa de político y le extendió la mano.

—Buena suerte, Federico. Y buena cacería con el *Rafael*.

La sede de Pax Mercantilus no estaba en Pacem sino en el punto troyano L3 que se arrastraba a sesenta grados orbitales del planeta. Entre el mundo vaticano y el enorme y hueco Torus Mercantilus —una rosquilla de carbono-carbono de 270 metros de espesor, con un kilómetro de anchura y veintiséis de diámetro, que contenía una telaraña de diques secos, antenas de comunicaciones y muelles de carga — flotaba la mitad del poder de fuego orbital de la flota. Kenzo Isozaki calculó una vez que un intento de asonada lanzado desde Torus Mercantilus duraría 12.06 nanosegundos antes de ser vaporizado.

La oficina de Isozaki estaba en un bulbo claro, en el tallo de una flor de carbono que se elevaba cuatrocientos metros sobre el borde exterior del toroide. El casco curvo del bulbo podía ser opaco o transparente, a gusto del ejecutivo que estaba en su interior.

Hoy era transparente, salvo por la sección polarizada que atenuaba el resplandor del sol amarillo de Pacem. El espacio parecía negro en ese momento, pero al rotar el toroide el bulbo llegaría a la sombra del anillo; al mirar hacia arriba Isozaki vería aparecer instantáneamente las estrellas, como si hubieran descorrido una gruesa cortina negra para revelar miles de candelas brillantes y fijas. *O los miles de fogatas de mis enemigos*, pensó Isozaki mientras «anochecía» por vigésima vez en ese día de trabajo.

Con las paredes totalmente transparentes, su oficina oval —con su modesto escritorio, sus sillas y lámparas tenues— parecía una plataforma alfombrada a solas en la inmensidad del espacio, el interior alumbrado por el destello de las estrellas y la larga franja de la Vía Láctea. Pero no fue este espectáculo familiar lo que instó al ejecutivo de Mercantilus a mirar arriba: en el campo estelar se distinguían las colas de fusión de tres cargueros entrantes, como borrones en un holo astronómico. Isozaki era tan hábil para medir las distancias y velocidades que calculó de una ojeada cuánto tardarían esos cargueros en atracar, e incluso qué naves eran. El *Moldahar Effectuator* se había reaprovisionado en un gigante gaseoso del sistema Epsilon Eridani y su llama era más roja que de costumbre. La capitana del *Emma Constant* estaba en su prisa habitual para llevar su cargamento de metales de reacción de Pegaso 61 al toroide y desaceleraba un quince por ciento por encima de las recomendaciones de Mercantilus. Por último, el borrón más pequeño sólo podía ser el

Elemosineria Apostólica saliendo de su traslación C-plus desde el sistema de Renacimiento. Isozaki conocía los trescientos puntos de traslación óptima visibles en su parte del cielo del sistema de Pacem.

El tubo del ascensor emergió del piso convirtiéndose en un cilindro transparente, su pasajero iluminado por la luz de las estrellas. Isozaki sabía que el cilindro era transparente sólo por fuera: sus ocupantes no veían la oficina desde el interior espejado, y miraban su propio reflejo hasta que Isozaki les abría la puerta.

Anna Pelli Cognani era la única pasajera. Isozaki inclinó la cabeza y su IA abrió la puerta del cilindro. Su colega y protegida se le acercó sin siquiera mirar el campo estelar en movimiento.

—Buenas tardes, Kenzo-san.

—Buenas tardes, Anna.

Isozaki señaló la silla más cómoda, pero Cognani sacudió la cabeza y permaneció de pie. Nunca se sentaba en la oficina de Isozaki. Isozaki nunca dejaba de invitarla.

—La misa del Cónclave está por terminar —dijo Cognani.

Isozaki asintió. La IA de su oficina oscureció las paredes curvas y proyectó la emisión ultralínea del Vaticano.

Esa mañana la Basílica de San Pedro estaba bañada en púrpura y escarlata y blanco y negro, mientras los ochenta y tres cardenales que pronto se encerrarían en el Cónclave se inclinaban, rezaban, se arrodillaban, se levantaban y cantaban. Detrás de la terna de candidatos al papado había cientos de obispos y arzobispos, diáconos y miembros de la Curia, oficiales militares y funcionarios civiles de Pax, gobernantes planetarios y funcionarios electos que en el momento de la muerte del papa estaban en Pacem o a tres semanas de deuda temporal, delegados de los dominicos, los jesuitas, los benedictinos, los Legionarios de Cristo, los mariaístas, los salesianos y un representante de los pocos franciscanos que quedaban. También estaban los «huéspedes valiosos» de las filas de atrás, delegados honorarios de Pax Mercantilus, el Opus Dei, el Instituto per Opere di Religione, también conocido como Banco Vaticano, delegados de las alas administrativas de la Prefettura, el Servizio Assistenziale del Santo Padre, de la Administración del Patrimonio de la Santa Sede, así como de la cámara apostólica del cardenal camarlengo. En los bancos traseros también había honorables invitados de la Academia Pontificia de las Ciencias, la Comisión Papal de Paz y Justicia Interestelar, academias papales tales como la Academia Eclesiástica Pontificia y otras organizaciones cuasiteológicas necesarias para la administración del vasto estado de Pax. También estaban los brillantes uniformes del Corps Helvética o Guardia Suiza, así como comandantes de la Guardia Palatina reconstituida por el papa Julio, y el comandante de la hasta ahora secreta Guardia Noble, un hombre pálido de cabello oscuro con uniforme rojo, en su primera aparición.

Isozaki y Cognani contemplaron este fasto con ojos expertos. A ambos los habían invitado a la misa, pero era tradición de los ejecutivos de Pax Mercantilus honrar las principales ceremonias de la Iglesia con su ausencia, enviando sólo delegados oficiales. Ambos observaron mientras el cardenal Couesnongle celebraba esta Misa del Espíritu Santo y vieron al cardenal camarlengo como el fantoche que era; fijaban los ojos en Lourdusamy, Mustafa y otros poderosos de los bancos delanteros.

Con la bendición final, la misa terminó y los cardenales votantes se dirigieron en solemne procesión a la Capilla Sixtina. La puerca de entrada del Cónclave se aseguró con cerrojo por dentro y con candado por fuera, y el comandante de la Guardia Suiza y el Prefecto de la Casa Pontificia declararon oficialmente la inauguración del Cónclave. La prensa del Vaticano pasó a comentarios y especulaciones mientras fijaba la imagen en la puerta cerrada.

—Suficiente —dijo Kenzo Isozaki.

La imagen se apagó, la burbuja se volvió transparente y la luz del sol inundó la oficina bajo un cielo negro.

Anna Pelli Cognani sonrió.

—La votación no demorará demasiado.

Isozaki había regresado a su silla. Entrelazó los dedos y se tocó el labio inferior.

—Anna, ¿crees que aquí, en la dirección de Mercantilus, tenemos verdadero poder?

La expresión neutra de Cognani demostró su sorpresa.

—Durante el ultimo año fiscal, Kenzo-san, mi división arrojó una ganancia de treinta y seis mil millones de marcos.

Isozaki no movió los dedos.

—M. Cognani, ¿serías tan amable de quitarte la chaqueta y la camisa?

Su protegida no pestañeó. En los veintiocho años estándar que habían sido colegas —mejor dicho, subalterna y jefe— M. Isozaki nunca había hecho, dicho ni sugerido nada que pudiera interpretarse como una insinuación sexual. Cognani titubeó sólo un segundo, se quitó la chaqueta, la apoyó en la silla donde nunca se sentaba y se abrió la camisa. La plegó sobre la chaqueta, en el respaldo de la silla.

Isozaki se levantó y se le acercó.

—También tu ropa interior —dijo, quitándose la chaqueta y desabotonándose la anticuada camisa. Tenía un pecho saludable y musculoso pero lampiño.

Cognani se quitó la ropa interior. Tenía pechos pequeños pero bien formados, rosados en las puntas.

Kenzo Isozaki alzó la mano como si fuera a tocarla, señaló y luego movió la mano hacia su propio pecho y se tocó el cruciforme que iba desde el esternón hasta el ombligo.

—Esto es poder —dijo.

Se apartó y empezó a vestirse. Al cabo de un momento Anna Pelli Cognani se abrazó el cuerpo y también comenzó a vestirse.

Cuando ambos estuvieron vestidos, Isozaki se sentó detrás del escritorio y señaló la otra silla. Para asombro de Isozaki, M. Anna Pelli Cognani se sentó.

—Estás diciendo —señaló Cognani— que por mucho que logremos volvernos indispensables para el nuevo papa, si hay un nuevo papa, la Iglesia siempre tendrá la gran ventaja de la resurrección.

—No —dijo Isozaki, entrelazando de nuevo los dedos como si el interludio anterior no hubiera ocurrido—. Estoy diciendo que el poder que controla el cruciforme controla el universo humano.

—La Iglesia... Por cierto, el cruciforme es sólo parte de la ecuación de poder. El TecnoNúcleo brinda a la Iglesia el secreto de la resurrección. Pero ha estado en connivencia con la Iglesia durante doscientos ochenta años...

—Con su propio propósito —murmuró Isozaki—. ¿Cuál es ese propósito, Anna?

La oficina rotó hacia la noche, bajo una explosión de estrellas. Cognani irguió la cara hacia la Vía Láctea para reflexionar.

—Nadie lo sabe —dijo al fin—. La ley de Ohm.

Isozaki sonrió.

—Muy bien. Tal vez aquí el camino de menor resistencia no pase por la Iglesia sino por el Núcleo.

—Pero el consejero Albedo sólo se reúne con Su Santidad y Lourdusamy.

—Hasta donde sabemos —corrigió Isozaki—. Pero se trata de traer el Núcleo al universo humano.

Cognani asintió. Comprendía la sugerencia implícita: las IAs ilícitas, tipo Núcleo, que Mercantilus estaba desarrollando podían encontrar el camino del plano de datos y seguirlo hasta el Núcleo. Durante casi trescientos años, el principal mandamiento de la Iglesia y Pax había sido: «No construirás una máquina pensante igual o superior a la humanidad.» Las IAs usadas por Pax eran más «instrumentos asistenciales» que «inteligencias artificiales» como las que habían evolucionado alejándose de la humanidad casi un milenio antes: máquinas pensantes idiotas como la IA de la oficina de Isozaki o el obtuso ordenador de la vieja nave de De Soya, el *Rafael*. Pero en los últimos doce años, departamentos secretos de investigaciones de Pax Mercantilus habían recreado las IAs autónomas, similares o superiores a las de uso común en tiempos de la Hegemonía. Los riesgos y beneficios de este proyecto eran inconmensurables: dominio absoluto del comercio de Pax y una ruptura del viejo equilibrio de poder entre la flota de Pax y Pax Mercantilus, si tenía éxito; excomunión, tortura en las mazmorras del Santo Oficio y ejecución, si la Iglesia lo descubría. Y ahora esta perspectiva.

Anna Pelli Cognani se puso de pie.

—Por Dios —murmuró—, sería una goleada.

Isozaki asintió y sonrió de nuevo.

—¿Sabes dónde se originó el término, Anna?

—¿Goleada? No... supongo que en algún deporte.

—Un antiquísimo deporte que era un sustituto de la guerra y se llamaba fútbol —dijo Isozaki.

Cognani sabía que la irrelevancia de este detalle era aparente. Tarde o temprano su jefe le explicaría por qué el dato era importante. Esperó.

—La Iglesia tenía algo que el Núcleo quería y necesitaba —dijo Isozaki—. La dominación del cruciforme fue su parte del trato. La Iglesia tenía que ofrecer algo de igual valor.

¿De igual valor que la inmortalidad de un billón de seres humanos?, pensó Cognani.

—Siempre sospeché —dijo— que cuando Lenar Hoyt y Lourdusamy establecieron contacto con los elementos supervivientes del Núcleo, hace más de dos siglos, la Iglesia ofreció al TecnoNúcleo la posibilidad de regresar secretamente al espacio humano.

Isozaki abrió las manos.

—¿Con qué fin, Anna? ¿Cuál es el beneficio para el Núcleo?

—Cuando el Núcleo formaba parte de la Hegemonía y controlaba la Red de Mundos y la ultralínea, usaba las neuronas de los millones de cerebros humanos que atravesaban los teleyectores como una especie de red neuronal, parte de su proyecto Inteligencia Máxima.

—En efecto. Pero ahora no hay teleyectores. Y si están usando seres humanos... ¿cómo? ¿Cuándo?

Sin proponérselo, Anna Pelli Cognani se llevó una mano al pecho.

Isozaki sonrió.

—Irritante, ¿verdad? Como tener una palabra en la punta de la lengua sin poderla articular. Un acertijo con una pieza faltante. Pero hay una pieza faltante que se acaba de encontrar.

Cognani enarcó las cejas.

—¿La niña?

—De vuelta en el espacio de Pax —dijo Isozaki—. Nuestros agentes próximos a Lourdusamy confirman que el Núcleo ha revelado esto. Sucedió después de la muerte de Su Santidad... sólo lo saben el secretario de Estado, el gran inquisidor y los más altos dirigentes de la flota de Pax.

—¿Dónde está ella?

Isozaki sacudió la cabeza.

—Si el Núcleo lo sabe, no lo ha revelado a la Iglesia ni a ningún otro agente

humano. Pero la flota de Pax ha llamado a ese capitán, De Soya, después de la noticia.

—El Núcleo predijo que él participaría en la captura de la niña —dijo Cognani. Una sonrisa se le escapaba por las comisuras de la boca.

—¿Sí? —dijo Isozaki, orgulloso de su alumna.

—La ley de Ohm —dijo Cognani.

—Precisamente.

Cognani se irguió y nuevamente se tocó el pecho sin darse cuenta.

—Si encontramos a la niña primero, tendremos ventaja para iniciar las negociaciones con el Núcleo. Y los medios, con las nuevas capacidades que tendremos en línea. —Ninguno de los ejecutivos que conocían el proyecto secreto IA lo mencionaba en voz alta, a pesar de sus oficinas a prueba de intrusiones.

—Si tenemos a la niña y los medios para negociar —continuó Cognani—, contaremos con la ventaja que necesitamos para suplantar a la Iglesia en los tratos del Núcleo con la humanidad.

—Si podemos descubrir lo que el Núcleo obtendrá de la Iglesia a cambio del control del cruciforme —murmuró Isozaki—. Y ofrecer lo mismo o algo mejor.

Cognani asintió distraídamente. Ahora veía en qué se relacionaba esto con sus tareas como ejecutiva del Opus Dei. *En todo*, comprendió de inmediato.

—Debemos encontrar a la niña antes que los demás... La flota de Pax debe estar utilizando recursos que nunca revelaría al Vaticano.

—Y viceversa —dijo Isozaki. Esa clase de competencia le agradaba mucho.

—Y tendremos que hacer lo mismo —dijo Cognani, volviéndose hacia el tubo del ascensor—. Todos los recursos. —Le sonrió a su mentor—. Un incomparable juego de suma cero con tres participantes, ¿verdad, Kenzo-san?

—En efecto. Todo para el ganador: poder, inmortalidad y riquezas inimaginables. Para el perdedor, la destrucción, la muerte verdadera y la esclavitud eterna para sus descendientes. Pero no son tres participantes, Anna, sino seis.

Cognani se detuvo junto al ascensor.

—Veo al cuarto —dijo—. El Núcleo tiene su propio imperativo para encontrar a la niña primero. Pero...

Isozaki bajó la mano.

—Debemos suponer que la niña tiene sus propios objetivos en este juego, ¿verdad? Y quien la haya introducido como pieza... bien, ése sería nuestro sexto jugador.

—O uno de los otros cinco —dijo Cognani, sonriendo. También ella disfrutaba de un juego donde había apuestas altas.

Isozaki asintió e hizo girar la silla para contemplar el siguiente amanecer encima de la curva del Torus Mercantilus.

No se volvió cuando se cerró la puerta del ascensor y Anna Pelli Cognani se marchó.

Encima del altar, un Jesucristo de rostro severo e implacable dividía a los hombres en buenos y malos, rectos y réprobos. No había un tercer grupo.

El cardenal Lourdusamy se sentó en su sitial de la Capilla Sixtina y miró el *Juicio Final* de *Miguel* Ángel. Siempre había pensado que ese Cristo era prepotente, autoritario y despiadado, tal vez un icono adecuado para supervisar la selección de un nuevo vicario de Cristo.

La pequeña capilla estaba abarrotada con los ochenta y tres sitiales ocupados por los ochenta y tres cardenales presentes. Un espacio vacío permitía la activación de los holos que representaban a los treinta y siete cardenales ausentes, un holo por vez.

Era la primera mañana desde que habían «encerrado» a los cardenales en el Palacio Vaticano. Lourdusamy había descansado y comido bien; había dormido en un catre en su oficina y se había alimentado con un plato cocinado por las monjas de la casa de huéspedes del Vaticano: comida sencilla y un vino blanco barato servido en los suntuosos apartamentos Borgia. Ahora todos estaban reunidos en la Capilla Sixtina, en sus altos sitiales con dosel. Lourdusamy sabía que ese espléndido espectáculo había faltado en el Cónclave durante muchos siglos —desde que la cantidad de cardenales había crecido demasiado para albergar los sitiales en la pequeña capilla, poco antes de la Hégira, en el siglo diecinueve o veinte—, pero la Iglesia había menguado tanto en tiempos de la Caída de los Teleyectores que sus cuarenta cardenales podían caber de nuevo. El papa Julio había mantenido un número pequeño, nunca más de ciento veinte cardenales, a pesar del crecimiento de Pax. Y como casi cuarenta de ellos no podían viajar a tiempo al Cónclave, la Capilla Sixtina podía albergar los asientos de los cardenales que residían en Pacem.

El momento había llegado. Todos los electores se levantaron como un solo hombre. Cerca de la mesa de los escrutadores, al lado del altar, titilaron los holos de los treinta y siete electores ausentes. Como había poco lugar, los holos eran pequeños, figuras del tamaño de muñecas en asientos de madera para muñecas, flotando en el aire como fantasmas de electores del pasado. Lourdusamy sonrió, pues el tamaño reducido de esos electores ausentes siempre le parecía apropiado.

El papa Julio siempre había sido elegido por aclamación. Uno de los tres cardenales que actuaban como escrutadores alzó la mano: aunque el Espíritu Santo inspirase a esos hombres y mujeres, se requería cierta coordinación. Cuando el escrutador bajara la mano, los ochenta y tres cardenales y los treinta y siete holos debían hablar al unísono.

—¡*Eligo* al padre Lenar Hoyt! —exclamó el cardenal Lourdusamy, y vio que el cardenal Mustafa gritaba las mismas palabras desde su sitial.

El escrutador aguardó frente al altar. La aclamación había sido resonante y clara, pero no unánime. Esto era una novedad. Durante doscientos setenta años, la aclamación había sido inmediata.

Lourdusamy contuvo una sonrisa. Sabía cuál de los nuevos cardenales había exclamado otro nombre. Sabía la fortuna que había costado sobornar a estos hombres y mujeres. Sabía el terrible riesgo que corrían. Lourdusamy sabía todo esto porque había contribuido a orquestarlo.

Al cabo de un instante de consulta con los demás, el escrutador que había propuesto la aclamación dijo:

—Procederemos por escrutinio.

Los cardenales parlotearon alborotadamente mientras preparaban y entregaban los votos. Esto nunca había sucedido antes en la vida de la mayoría de estos príncipes de la Iglesia. Los holos de aclamación de los electores ausentes se habían vuelto irrelevantes. Aunque algunos cardenales ausentes habían preparado sus chips interactivos para el escrutinio, la mayoría no se había molestado.

Los maestros de ceremonias caminaron entre los sitiales, distribuyendo tarjetas de votación, tres para cada elector. Los escrutadores recorrieron el bosque de sitiales para asegurarse de que cada cardenal tuviera una pluma. Cuando todo estuvo dispuesto, el diácono de los escrutadores alzó la mano para exhortar a la votación.

Lourdusamy miró su tarjeta. En la esquina superior izquierda estaba impresa la inscripción *Eligo in Summum Pontificem*. Debajo había espacio para un nombre. El cardenal Lourdusamy escribió *Lenar Hoyt*, plegó la tarjeta y la sostuvo en alto para que se viera. Al cabo de un minuto, los ochenta y tres cardenales alzaron su tarjeta, al igual que media docena de los holos interactivos.

El escrutador comenzó a llamar a los cardenales en orden de precedencia. El cardenal Lourdusamy fue el primero. Caminó hasta la mesa de los escrutadores bajo la mirada del terrible Cristo del fresco. Haciendo una genuflexión ante el altar, Lourdusamy inclinó la cabeza en una muda plegaria. Al levantarse dijo en voz alta:

—Tomo como testigo al Señor Cristo, quien será mi juez, de que mi voto es otorgado a quien considero ante Dios digno de ser elegido.

Lourdusamy apoyó su tarjeta plegada en la bandeja de plata que había sobre la urna. El voto cayó en la urna cuando levantó la bandeja.

El diácono de los escrutadores asintió; Lourdusamy se inclinó ante el altar y regresó a su sitial.

El cardenal Mustafa, el gran inquisidor, avanzó majestuosamente hacia el altar para arrojar el segundo voto.

Más de una hora después se hizo el recuento. El primer escrutador sacudió la urna para mezclar los votos. El segundo escrutador los contó, incluidos los seis votos copiados de los holos interactivos, y los depositó en una segunda urna. La cuenta

igualaba la cantidad de cardenales votantes. El escrutinio continuó.

El primer escrutador desplegó una tarjeta, anotó el nombre y entregó la tarjeta al segundo escrutador, quien tomó nota y se la pasó al tercer y último escrutador. Este hombre —el cardenal Couesnongle— dijo el nombre en voz alta antes de anotarlo.

Cada cardenal anotó el nombre en una pizarra provista por los escrutadores; al final del Cónclave, las pizarras serían borradas para que no quedara ningún registro de la votación.

Y así continuó la ceremonia. Para Lourdusamy y el resto de los cardenales presentes, el único misterio era si los electores disidentes introducirían un nuevo nombre.

Una vez leída cada tarjeta, el último escrutador pasaba una aguja por la palabra *Eligo* y deslizaba la tarjeta por el hilo. Una vez leídos todos los votos en voz alta, hicieron nudos en cada extremo del hilo.

El candidato vencedor fue recibido en la capilla. Frente al altar, en simple sotana negra, el hombre parecía humilde y un poco abrumado.

—¿Aceptas tu elección canónica como supremo pontífice? —le preguntó el diácono.

—Acepto —dijo el sacerdote.

Pusieron un sitial delante del sacerdote. El diácono alzó las manos y entonó:

—Aceptando tu elección canónica, esta asamblea, a los ojos de Dios Todopoderoso, te reconoce como obispo de la Iglesia de Roma, papa verdadero y jefe del Colegio de Obispos. Que Dios te aconseje bien mientras te otorga pleno y absoluto poder sobre la Iglesia de Jesucristo.

—Amén —dijo el cardenal Lourdusamy, tirando de la cuerda que bajaba el dosel de su sitial. Ochenta y tres doseles físicos y treinta y siete holográficos bajaron al mismo tiempo, hasta que sólo quedó levantando el del nuevo papa. El sacerdote, ahora pontífice, se reclinó en el asiento bajo el dosel papal.

—¿Qué nombre escoges como supremo pontífice? —preguntó el diácono.

—Escojo el nombre Urbano XVI —dijo el sacerdote.

Los cardenales murmuraron. El diácono extendió la mano y él y los demás escrutadores se llevaron al sacerdote de la capilla. Los murmullos y susurros se intensificaron.

El cardenal Mustafa se inclinó en su sitial y le dijo a Lourdusamy:

—Debe estar pensando en Urbano II. Urbano XV fue un pusilánime del siglo veintinueve que no hacía más que leer novelas policíacas y escribir cartas para su ex-amante.

—Urbano II —reflexionó Lourdusamy—. Sí, por supuesto.

Al cabo de unos minutos, los escrutadores regresaron con el sacerdote, ahora papa, vestido de puro blanco: una sotana con capa blanca, un *zuchetto* o gorra blanca,

una cruz pectoral y una faja blanca. El cardenal Lourdusamy se arrodilló en el piso de piedra, como todos los demás cardenales, reales y holográficos, mientras el nuevo pontífice daba su primera bendición.

Los escrutadores y los cardenales presentes quemaron en la estufa los votos unidos por un hilo negro, añadiendo suficiente *bianco* químico para que *fumata* fuera bien blanca.

Los cardenales se marcharon de la Capilla Sixtina y atravesaron los antiguos corredores y senderos de San Pedro, y el diácono salió solo al balcón para anunciar el nombre del nuevo pontífice a las multitudes.

Entre los quinientos mil individuos que esperaban esa mañana en la abarrotada Plaza de San Pedro estaba el padre capitán De Soya. Lo habían liberado de su prisión *de facto* unas horas antes. Esa tarde debía presentarse en el puerto espacial de Pax para dirigirse a su nuevo puesto. Atravesando el Vaticano, De Soya había seguido las multitudes —que luego lo habían engullido— mientras hombres, mujeres y niños desembocaban en la plaza como un gran río.

Estalló una gran ovación cuando las volutas de humo blanco salieron de la chimenea. La numerosa multitud creció a medida que se sumaban otros miles. Cientos de guardias suizos contenían a la muchedumbre en la entrada de la Basílica y frente a las zonas privadas.

Cuando salió el diácono para anunciar que el nuevo papa se llamaría Urbano XVI, la muchedumbre jadeó. De Soya se quedó boquiabierto de sorpresa. Todos habían esperado a Julio XV. La idea de que otro fuera papa era impensable.

Entonces el nuevo pontífice salió al balcón y los jadeos se convirtieron en jubilosos hurras.

Era el papa Julio, el rostro de siempre, la frente alta, los ojos tristes. El padre Lenar Hoyt, el salvador de la Iglesia, había sido elegido una vez más. Su Santidad bendijo a la multitud y esperó a que se hiciera silencio, pero la muchedumbre no dejaba de ovacionar. El rugido surgía de medio millón de gargantas y continuaba sin cesar.

¿Por qué Urbano XVI?, se preguntó el padre capitán De Soya. Había leído y estudiado la historia de la Iglesia en sus años de jesuita. Repasó rápidamente lo que recordaba de los papas llamados Urbano. La mayoría eran olvidables. ¿Por qué...?

—Maldición —vociferó De Soya, aunque el juramento se perdió en el rugido continuo de los fieles que llenaban la Plaza de San Pedro—. Maldición.

Aun antes que la multitud callara para que el viejo y nuevo pontífice pudiera explicar la elección del nombre, anunciar lo que De Soya sabía que debía anunciarse, el padre capitán comprendió. Y al comprender sintió abatimiento.

Urbano II había sido papa del 1088 al 1099 de la era cristiana. En el sínodo que

había convocado en Clermont, en noviembre de 1095, Urbano II convocó a la guerra santa guerra contra el Islam, para el rescate de Bizancio y para la liberación de los Santos Lugares cristianos en el Oriente musulmán. Así se había iniciado la Primera Cruzada, la primera de muchas campañas sangrientas.

La muchedumbre calló al fin. El papa Urbano XVI empezó a hablar, y su voz conocida pero renovada vibró en los oídos del medio millón de fieles que escuchaba en persona y en los millones que seguían la transmisión en vivo.

De Soya intentó alejarse. Se abrió paso a empujones, tratando de escapar de la plaza, que de pronto le causaba claustrofobia.

Fue en vano. La muchedumbre estaba embelesada y feliz y De Soya estaba atrapado en la multitud. Las palabras del nuevo pontífice también eran felices y apasionadas. El padre capitán desistió de su esfuerzo e inclinó la cabeza. Mientras la multitud ovacionaba y exclamaba *¡Deus le volt!* —«¡Dios lo quiere!»—, De Soya rompió a llorar.

Cruzada. Gloria. La solución definitiva del problema éxter. Muerte y devastación inimaginables. El padre capitán De Soya cerró los ojos, pero aún veía haces de partículas hendiendo la negrura del espacio, mundos enteros ardiendo, océanos vaporizados y continentes incinerados, bosques orbitales estallando en humo, cuerpos calcinados rodando en gravedad cero, frágiles criaturas aladas en llamas...

De Soya lloró mientras miles de millones ovacionaban.

4

Es mi experiencia que las despedidas nocturnas son las más deprimentes.

Las fuerzas armadas se especializaban en iniciar grandes travesías en medio de la noche. Cuando estuve en la Guardia Interna de Hyperion, parecía que todos los movimientos de tropas comenzaban antes de la madrugada. Empecé a asociar esa extraña mezcla de miedo y excitación, temor y expectativa, con la oscuridad anterior al alba, con el olor de esa hora. Aenea había dicho que yo partiría la noche de su discurso, pero llevó tiempo cargar el kayak, empacar mi equipo y cerrar mi tienda de trabajo, así que no despegamos hasta las dos de la mañana y casi amanecía cuando llegamos a destino.

Admito que me sentía molesto con el prepotente anuncio de la niña. Muchas personas buscaban el liderazgo y el consejo de Aenea durante los cuatro años que pasamos en Taliesin Oeste, pero yo no era una de ellas. Yo tenía treinta y dos años, Aenea dieciséis. Mi trabajo era cuidarla, protegerla y, llegado el caso, decirle qué hacer y cuándo hacerlo. Este cambio no me gustaba en absoluto.

Suponía que A. Bettik volaría con nosotros al lugar desde donde yo partiría, pero Aenea dijo que el androide se quedaría en el complejo, así que desperdicié otros veinte minutos para encontrarlo y decirle adiós.

—M. Aenea dice que nos reuniremos de nuevo, en su momento —dijo el hombre azul—, así que confío en que así será, M. Endymion.

—Raul —corregí por enésima vez—. Llámame Raul.

—Por cierto —dijo A. Bettik con esa sonrisa socarrona.

—Joder —exclamé con elocuencia, y le tendí la mano. A. Bettik la estrechó. Quise abrazar a nuestro compañero de viaje, pero sabía que lo pondría en una situación embarazosa. Los androides no estaban programados para ser rígidos y sumisos (a fin de cuentas eran seres orgánicos, no máquinas), pero, entre la instrucción ARN y la larga práctica, eran incorregiblemente formales. Al menos éste lo era.

Y luego partimos, Aenea y yo, sacando la nave del hangar para internarnos en la noche del desierto y despegando con el menor ruido posible. Me había despedido de todos los aprendices y obreros de la Hermandad que había encontrado, pero era muy tarde y la gente estaba desperdigada en sus cubículos, tiendas y refugios. Esperaba encontrarme de nuevo con algunos de ellos, sobre todo los obreros con quienes había trabajado cuatro años, pero no creía que así fuera.

La nave podría haber volado sola a nuestro destino, siguiendo las coordenadas que Aenea le había dado, pero dejé los controles en semimanual para fingir que tenía

alguna ocupación durante el vuelo. Por las coordenadas sabía que viajaríamos unos mil quinientos kilómetros. A orillas del Mississippi, había dicho Aenea. La nave podía haber recorrido esa distancia en diez minutos de vuelo suborbital, pero decidimos conservar su menguante energía y reservas de combustible. Una vez que extendimos las alas al máximo, nos mantuvimos en velocidad subsónica, a una altitud de diez mil metros, y evitamos modificarla de nuevo hasta el aterrizaje. Ordenamos a la personalidad de la nave del cónsul —que yo había copiado de mi comlog al núcleo IA de la nave de descenso— que se callara a menos que tuviera algo importante que decirnos, y nos reclinamos en el rojo fulgor de los instrumentos para charlar y observar el oscuro continente que pasaba debajo de nosotros.

—Pequeña —dije—, ¿a qué viene esta repentina prisa?

Aenea hizo ese gesto tímido y displicente que yo le había visto por primera vez cinco años antes.

—Me parecía importante poner las cosas en marcha —respondió con una voz despojada de esa vitalidad que le había ganado el liderazgo de la Hermandad. Tal vez yo fuera la única persona viviente que podía identificar ese tono, pero parecía a punto de llorar.

—No puede ser tan importante. Obligarme a partir en medio de la noche...

Aenea sacudió la cabeza y miró la oscura pantalla. Comprendí que estaba llorando. Cuando al fin se volvió hacia mí, el fulgor de los instrumentos daba un lustre rojo a sus ojos.

—Si no partes esta noche, perderé las agallas y te pediré que no te vayas. Si no te vas, perderé de nuevo las agallas y me quedaré en la Tierra, no regresaré nunca.

Quise cogerle la mano, pero dejé mis zarpas sobre el omnicontrolador.

—Oye —dije—, podemos regresar juntos. No tiene sentido que yo vaya en una dirección y tú en otra.

—Sí lo tiene —murmuró Aenea, en voz tan baja que tuve que inclinarme para oírla.

—A. Bettik podría ir a buscar la nave. Tú y yo podemos quedarnos en la Tierra hasta que estemos preparados para regresar...

Aenea negó con la cabeza.

—Nunca estaré preparada para regresar, Raul. La idea me mata de miedo.

Pensé en la frenética persecución que nos había llevado por el espacio de Pax desde Hyperion, eludiendo naves estelares, naves-antorcha, cazas, infantes, guardias suizos y Dios sabía qué más, incluida esa criatura infernal que casi nos había matado en Bosquecillo de Dios.

—Siento lo mismo, pequeña. Tal vez debamos quedarnos en la Tierra. Aquí no pueden alcanzarnos.

Aenea me miró y reconocí la expresión: no era empecinamiento sino el afán de

cerrar una discusión sobre un tema que estaba resuelto.

—De acuerdo —dije—, pero todavía no me has dicho por qué A. Bettik no podía llevarse el kayak e ir a buscar la nave mientras yo me teleyectaba contigo.

—Te lo he dicho pero no querías escucharme. —Aenea se movió a un lado en el gran asiento—. Raul, si te marchas y convenimos en reunimos en cierto momento en cierto lugar del espacio de Pax, yo tengo que ir por el teleyector y hacer lo que debo. Y se trata de algo que debo hacer sola.

—Aenea...

—¿Sí?

—Eso es realmente estúpido. ¿Te das cuenta?

La niña de dieciséis años no dijo nada. Abajo y a la izquierda, en el oeste de Kansas, se hizo visible un círculo de fogatas. Miré las luces en medio de esa oscuridad.

—¿Sabes qué experimento están realizando aquí tus amigos alienígenas?

—No —dijo Aenea—. Y no son mis amigos alienígenas.

—¿Qué cosa no son? ¿Alienígenas o amigos?

—Ninguna de ambas cosas —dijo Aenea. Comprendí que era la frase más específica que ella había dicho sobre las poderosas inteligencias que habían secuestrado la Vieja Tierra. A veces también me parecía que nos habían secuestrado a nosotros, azuzándonos a través de los teleyectores como ganado.

—¿Puedes decirme algo más sobre estos no amigos no alienígenas? A fin de cuentas, algo podría salir mal... Tal vez yo no llegue a nuestra cita. Me gustaría saber el secreto de nuestros anfitriones antes de irme.

Lamenté mis palabras apenas las dije. Aenea retrocedió como si la hubiera abofeteado.

—Lo lamento, pequeña —dije. Esta vez le cogí la mano—. No quise decir eso. Sólo estoy enfadado.

Aenea asintió y nuevamente vi lágrimas en sus ojos.

—En la Hermandad todos estaban seguros de que los alienígenas eran criaturas benévolas, semejantes a dioses —comenté, sin poder contenerme—. La gente hablaba de «leones y tigres y osos» pero en realidad pensaba en «Jesús y Yahvé y ET», el extraterrestre de esa película bidimensional que nos mostró el señor Wright. Todos estaban seguros de que cuando llegara el momento de disolver la Hermandad, aparecerían los alienígenas y nos llevarían de vuelta a Pax en una gran nave madre. Sin peligro. Sin alharaca. Sin escándalo.

Aenea sonrió, pero aún tenía los ojos húmedos.

—Los humanos han esperado que Jesús, Yahvé y ET les salvaran el pellejo desde que se lo cubrían con pieles de osos y salieron de las cavernas —dijo—. Tendrán que seguir esperando. Es nuestro problema, nuestra lucha, y tenemos que afrontarla

nosotros mismos.

—¿Quiénes somos nosotros mismos? ¿Tú, yo y A. Bettik contra ochocientos mil millones de fieles renacidos? —murmuré.

Aenea hizo de nuevo ese grácil gesto.

—Sí —dijo—. Por ahora.

Cuando llegamos no sólo estaba oscuro, sino que caía una lluvia torrencial, fría como granizo. El Mississippi era un gran río, uno de los más grandes de la Tierra, y la nave lo sobrevoló antes de aterrizar en un pequeño poblado del margen oeste. Vi todo esto en la pantalla con realce de imagen: por la ventana sólo se veía negrura y lluvia.

Sobrevolamos una colina alta cubierta de árboles desnudos, pasamos una carretera desierta que cruzaba el Mississippi en un puente angosto y aterrizamos en una zona abierta y pavimentada a cincuenta metros del río. La ciudad ocupaba un valle entre colinas boscosas y en la pantalla pude distinguir pequeños edificios de madera, almacenes de ladrillos y algunas estructuras más altas cerca del río, tal vez silos para grano. Esas estructuras eran comunes en los siglos diecinueve, veinte y veintiuno en esta parte de la Vieja Tierra. Yo ignoraba por qué esta ciudad se había librado de los terremotos e incendios de las Tribulaciones, o por qué los leones y tigres y osos la habían reconstruido, si así era. No había gente en las calles angostas ni signaturas térmicas en las bandas infrarrojas —ni criaturas vivientes ni vehículos terrestres con sus recalentados sistemas de combustión interna—, pero eran las cuatro y media de la mañana en una noche fría y tormentosa. Nadie que estuviera en su sano juicio saldría con ese tiempo espantoso.

Nos pusimos ponchos, alcé mi mochila.

—Adiós, nave. No hagas nada que yo no haría —dije, y bajamos por la escalerilla bajo la lluvia.

Aenea me ayudó a sacar el kayak del depósito de la nave y caminamos hacia el río por la calle mojada. En nuestra aventura fluvial anterior, yo llevaba gafas de visión nocturna, diversas armas y una balsa llena de trastos.

Esta noche tenía el miniláser, que era nuestro único recuerdo del viaje a la Tierra —sintonizado en su potencia más débil y ahorrativa, iluminaba dos metros de calle —, un cuchillo de caza navajo en la mochila y algunos bocadillos y frutas secas. Vaya si estaba preparado para atacar a Pax.

—¿Qué es este lugar? —pregunté.

—Hannibal —dijo Aenea, sosteniendo con esfuerzo el resbaloso kayak.

Me puse el miniláser entre los dientes, aferrando con ambas manos la proa de ese estúpido bote. Cuando llegamos al punto donde la calle se transformaba en una rampa que descendía al negro torrente del Mississippi, bajé el kayak, cogí la linterna y dije:

—St. Petersburg.

Me había pasado cientos de horas leyendo la nutrida biblioteca de libros impresos de la Hermandad.

Aenea asintió en el haz de la linterna.

—Esto es una locura —dije, alumbrando la calle desierta, la pared de los almacenes de ladrillo, el río oscuro. El caudal de agua oscura era escalofriante. La idea de zarpar era descabellada.

—Sí —dijo Aenea—. Una locura. —La lluvia fría le agitaba la capucha del poncho.

Rodeé el kayak y le cogí el brazo.

—Tú ves el futuro —dije—. ¿Cuándo nos veremos de nuevo?

Aenea tenía la cabeza gacha. Yo apenas distinguía un destello de sus mejillas pálidas en la luz refleja. El brazo que yo cogía bien podía haber sido la rama de un árbol muerto, pues no aparentaba tener vida. Ella murmuró algo que yo no oí en medio del ruido de la lluvia y del río.

—¿Qué?

—Dije que no veo el futuro. Recuerdo algunas partes.

—¿Cuál es la diferencia?

Aenea suspiró y se acercó. Hacía tanto frío que el aliento de ambos se mezcló literalmente en el aire. Sentí el torrente de adrenalina: angustia, miedo, expectativa.

—La diferencia —dijo— es que ver es una forma de claridad. Recordar es... otra cosa.

Sacudí la cabeza. La lluvia me empapó los ojos.

—No comprendo.

—Raul, ¿recuerdas la fiesta de cumpleaños de Bets Kimbal? ¿Cuando Jave tocó el piano y Kikki se embriagó como una cuba?

—Sí —dije, irritado con esta conversación en medio de la noche, en medio de la tormenta, en medio de nuestra despedida.

—¿Cuándo fue eso?

—¿Qué?

—¿Cuándo fue? —repitió. A nuestras espaldas, el Mississippi surgía de la oscuridad y regresaba a la oscuridad con la velocidad de un tren de levitación magnética.

—Abril. Principios de mayo. Qué sé yo.

Aenea asintió.

—¿Y qué usaba el señor Wright esa noche?

Nunca había sentido ganas de golpearla o gritarle. Hasta este momento.

—Qué sé yo. ¿Por qué iba a recordar eso?

—Inténtalo.

Suspiré y miré las oscuras colinas en la noche negra.

—Maldición, no lo sé... Su traje de lana gris. Sí, recuerdo que estaba sentado junto al piano. Usaba ese traje gris con botones grandes.

Aenea asintió de nuevo.

—La fiesta de cumpleaños de Bets fue a mediados de marzo —dijo, mientras la lluvia tamborileaba sobre nuestras capuchas—. El señor Wright no vino porque tenía un resfriado.

—¿Y? —dije, sabiendo muy bien a qué se refería.

—Y yo recuerdo fragmentos del futuro —insistió, al borde de las lágrimas—. Temo confiar en esos recuerdos. Si digo que nos veremos de nuevo, puede ser como el traje gris del señor Wright.

Callé un largo minuto. El tamborileo de la lluvia evocaba puñetazos sobre ataúdes cerrados.

—Entiendo —dije al fin.

Aenea se me acercó y me rodeó con los brazos. Nuestros ponchos crujieron. Sentí la tensión en su espalda y la nueva blandura de su pecho mientras nos abrazábamos torpemente.

Aenea retrocedió.

—¿Me permites la linterna un momento?

Se la di. Ella echó hacia atrás el nailon de la cabina del kayak y alumbró la estrecha franja de madera bruñida que había bajo la fibra de vidrio. Un botón rojo relucía en la lluvia bajo el panel protector transparente.

—¿Ves eso?

—Sí.

—No lo toques por nada del mundo.

Solté una risotada. Entre las cosas que había leído en la biblioteca de Taliesin había obras del teatro del absurdo como *Esperando a Godot*. Tuve la sensación de haber entrado en una dimensión surrealista.

—Hablo en serio —dijo Aenea.

—¿Para qué poner un botón que no puede tocarse? —pregunté, enjugándome la cara mojada.

Aenea sacudió la cabeza.

—Quise decir que no lo toques a menos que sea absolutamente necesario.

—¿Cómo sabré si es absolutamente necesario, pequeña?

—Lo sabrás —dijo ella, y me abrazó de nuevo—. Será mejor que pongamos esto en el río.

Me agaché para besarle la frente. Lo había hecho muchas veces en esos años, deseándole buena suerte antes de uno de sus retiros, acomodándola en la cama, besándole la cara pegajosa cuando tenía fiebre o agotamiento. Pero cuando me agaché para besarla, Aenea irguió la cara. Por primera vez desde que nos habíamos

conocido en la polvorienta confusión del Valle de las Tumbas de Tiempo, la besé en los labios.

Creo que he mencionado que la mirada de Aenea es mucho más potente e íntima que el contacto físico con otras personas, como una descarga eléctrica. Este beso fue aún más intenso. Esa noche en Hannibal, en la ribera oeste del río llamado Mississippi, en el mundo antaño llamado Tierra, ahora perdido en alguna parte de la Nube Magallánica Menor, en la oscuridad y la lluvia, yo tenía treinta y dos años, pero nunca había experimentado una sensación tan estremecedora como ese primer beso.

Retrocedí alarmado. El miniláser me mostró el destello de esos ojos oscuros, donde vi cierta picardía y quizás alivio, como si una larga espera hubiera concluido. Y algo más.

—Adiós, Raul —dijo Aenea, y alzó su extremo del kayak.

Abrumado de emoción, apoyé la proa en las oscuras aguas y entré en la cabina. A. Bettik la había hecho para mí, como un traje de medida. Procuré no apretar el botón rojo mientras movía el cuerpo. Aenea empujó y el kayak flotó en veinte centímetros de agua. Ella me entregó el remo de dos palas, la mochila, el miniláser.

Apunté el haz al agua que había entre ambos.

—¿Dónde está el portal teleyector? —pregunté. Oí las palabras desde lejos, como si las hubiera dicho otro. Mi mente y mis emociones aún estaban detenidas en ese beso. Yo tenía treinta y dos años. La niña acababa de cumplir dieciséis. Mi misión era protegerla y mantenerla con vida hasta que pudiéramos regresar a Hyperion y a la casa del viejo poeta. Esto era descabellado.

—Lo verás —dijo—. Poco después del amanecer.

Estaba a varias horas, pues. Esto era teatro del absurdo.

—¿Y qué hago después de encontrar la nave? ¿Dónde nos encontraremos?

—Hay un mundo llamado T'ien Shan —dijo Aenea—. Significa «Montañas del Cielo». La nave sabrá cómo encontrarlo.

—¿Está en Pax?

—Cerca —dijo ella, y su aliento se condensó en el aire frío—. Estaba en el Confín de la Hegemonía. Pax lo incorporó al protectorado y prometió enviar misioneros, pero todavía no lo han integrado.

—T'ien Shan —repetí—. De acuerdo. ¿Cómo te encontraré? Los planetas son grandes.

En la trémula luz de la linterna vi sus ojos oscuros, humedecidos por la lluvia, las lágrimas o ambas cosas.

—Encuentra una montaña llamada Heng Shan, la Sagrada Montaña del Norte. Cerca habrá un sitio llamado Hsuan'k'ung Ssu. Significa «Templo Suspendido en el Aire». Estaré allí.

Gesticulé con fastidio.

—Sensacional. Sólo tengo que parar en una guarnición de Pax y pedir instrucciones para llegar al Templo Suspendido en el Aire. Tú estarás esperando por allí.

—En T'ien Shan sólo hay unos pocos miles de montañas —suspiró ella—. Y muy pocas ciudades. La nave puede encontrar Heng Shan y Hsuan'k'ung Ssu desde la órbita. No podrás aterrizar allí, pero podrás desembarcar.

—¿Por qué no podré aterrizar? —pregunté, harto de acertijos dentro de enigmas dentro de incógnitas.

—Ya verás, Raul —respondió ella con voz trémula—. Vete, por favor.

La corriente intentaba arrastrarme, pero remé para permanecer en mi sitio. Aenea me siguió, caminando a orillas del río. El cielo parecía más claro hacia el este.

—¿Estás segura de que nos veremos allá? —grité en medio de la menguante lluvia.

—No estoy segura de nada, Raul.

—¿Ni siquiera de que sobreviviremos a todo esto? —No sé qué quise decir con «todo esto». Ni siquiera sé qué quise decir con «sobrevivir».

—Ni siquiera —dijo la niña, y vi su vieja sonrisa, llena de picardía, ansiedad y una tristeza mezclada con involuntaria sabiduría.

La corriente me arrastraba.

—¿Cuánto tardaré en llegar a la nave?

—Creo que sólo unos días —respondió. Ya estábamos a varios metros de distancia, y la corriente me internaba en el Mississippi.

—Y cuando encuentre la nave, ¿cuánto tardaré en llegar a... T'ien Shan?

Aenea gritó la respuesta, pero las palabras se perdieron en el ruido del oleaje contra el casco del kayak.

—¿Qué? —pregunté—. No pude oírte.

—Te amo —dijo Aenea, con voz clara y brillante.

El río me arrastró y no pude hablar. Mis brazos no respondieron cuando intenté remar contra la poderosa corriente.

—¡Aenea! —Apunté la linterna hacia la costa y entreví un destello de su poncho, su rostro ovalado y pálido a la sombra de la capucha—. ¡Aenea!

Ella gritó algo, saludó con el brazo. Devolví el saludo.

La corriente se aceleró. Viré bruscamente para esquivar un árbol entero que había encallado en un banco de arena, y luego llegué a la corriente central y me dirigí hacia el sur. Miré hacia atrás, pero las paredes de los últimos edificios de Hannibal me ocultaron a la niña.

Un minuto después oí el zumbido de los repulsores EM de la nave, pero cuando miré arriba sólo vi sombras. Tal vez era Aenea sobrevolando. Tal vez era una nube baja en la noche.

El río me arrastró hacia el sur.

5

El padre capitán De Soya salió del sistema de Pacem en el *Raquel*, un crucero arcángel similar a la nave que le habían ordenado comandar. Muerto por el terrible vórtice del motor instantáneo clasificado, ahora conocido en la flota como motor Gedeón, De Soya resucitó en dos días en vez de los tres habituales —los capellanes de resurrección corrieron el riesgo de una resurrección fallida, dada la urgencia de las órdenes del padre capitán— y se encontró en la estación estratégica de Pax en Omicron$_2$-Epsilon$_3$, en órbita de un mundo inerte y rocoso que giraba en la oscuridad más allá de Epsilon Eridani, en el Viejo Vecindario, a sólo un puñado de años-luz de donde había estado la Vieja Tierra.

De Soya tuvo un día para recobrar sus facultades y luego fue trasladado a su escuadra, a cien mil kilómetros de la base militar. La alférez que pilotaba la lanzadera hizo lo posible para darle un buen vistazo de su nueva nave y De Soya no pudo dejar de emocionarse.

El *Rafael* era obviamente de tecnología avanzada. No era —como todas las naves de Pax que De Soya había visto anteriormente— un derivado de modelos de la Hegemonía. Parecía demasiado delgada para el vacío y demasiado complicada para la atmósfera, pero creaba la impresión general de ser una máquina mortífera y aerodinámica. El casco, un compuesto de aleaciones flexibles y zonas de energía pura, permitía rápidos cambios de forma y función que habrían sido imposibles unos años antes. Mientras la lanzadera se acercaba al *Rafael* en un lento y largo arco balístico, el exterior de la nave pasó del cromo plateado a un negro opaco e invisible. Al mismo tiempo, el liso casco central devoró botalones de instrumentos y habitáculos, dejando sólo ampollas con armamentos y sondas de campo de contención. O bien la nave estaba realizando chequeos para trasladarse fuera del sistema, o bien los oficiales sabían que la lanzadera traía al nuevo comandante y estaban alardeando un poco.

De Soya sabía que ambos supuestos eran casi seguramente ciertos.

Antes que el crucero desapareciera en la negrura, De Soya notó que las esferas de los motores de fusión se arracimaban como perlas alrededor del eje central en vez de concentrarse en un solo cúmulo como en su vieja nave-antorcha, el *Baltasar*. También notó que el motor Gedeón hexagonal era mucho más pequeño en esta nave que en el prototipo *Rafael*. Antes que la nave se volviera invisible, atinó a ver las luces de los habitáculos traslúcidos y la clara cúpula de la cubierta de mando. Por las lecturas que había hecho en Pacem y las inyecciones de instrucciones ARN que le habían dado en la jefatura de la flota, De Soya sabía que esas zonas claras podían

generar epidermis blindadas más gruesas, pero él disfrutaba del paisaje y preferiría esa ventana hacia el espacio.

—Abordando el *Uriel*, señor —anunció la alférez.

De Soya asintió. El *Uriel* parecía un clon de la nueva *Rafael*, pero mientras la lanzadera desaceleraba, el padre capitán distinguió los generadores omega adicionales, los relucientes cubículos de conferencias y las complejas antenas de comunicaciones que hacían de esa nave la nave insignia del grupo de ataque.

—Advertencia de amarre, señor —dijo la alférez.

De Soya asintió y se sentó en el diván de aceleración número dos. El contacto fue tan suave que no sintió ningún temblor cuando las grapas de conexión se cerraron y la nave y sus umbilicales rodearon la lanzadera. De Soya sintió la tentación de alabar a la joven piloto, pero no pudo con sus viejos hábitos de mando.

—La próxima vez —dijo— intente la aproximación final sin esa señal de último momento. Es un alarde y la oficialidad de una nave-insignia no lo ve con buenos ojos.

La joven piloto puso cara larga. De Soya le apoyó una mano en el hombro.

—Aparte de eso, buen trabajo. Con gusto la tendría como piloto de mi nave de descenso.

La alicaída joven sonrió.

—Ojalá pudiera, señor. Este puesto... —Calló, comprendiendo que había ido demasiado lejos.

—Lo sé —dijo De Soya, acercándose a la cámara de presión—. Lo sé. Pero por ahora alégrese de no formar parte de esta cruzada.

La cámara se abrió y el silbato de una guardia de honor lo recibió a bordo del *Uriel*, el arcángel, si el padre capitán De Soya recordaba correctamente, que el Viejo Testamento describía como jefe de las huestes angélicas celestiales.

A noventa años-luz, en un sistema estelar que estaba a sólo tres años-luz de Pacem, el *Rafael* original se trasladó al espacio real con una violencia que habría expulsado la médula de los huesos humanos, cortado las células humanas como acero candente y esparcido las neuronas humanas como canicas en un declive. Rhadamanth Nemes y sus hermanos no disfrutaron de la sensación, pero tampoco gritaron ni hicieron muecas.

—¿Dónde estamos? —preguntó Nemes, mirando el planeta pardo que crecía en la pantalla. El *Rafael* desaceleraba a doscientos treinta gravedades. Nemes no estaba sentada en el diván de aceleración, sino que se aferraba de un poste como un viajero que va a trabajar en un autobús apiñado.

—Svoboda —dijo uno de sus hermanos varones.

Nemes asintió. Ninguno de los cuatro habló de nuevo hasta que el arcángel estuvo en órbita y la nave de descenso se desprendió y aulló en el aire.

—¿El estará aquí? —le preguntó Nemes. Unos microfilamentos unían sus sienes con la consola de la nave.

—Claro que sí —dijo la hermana gemela de Nemes.

En Svoboda vivían algunos humanos, pero desde la Caída se habían apiñado en los domos de campo de fuerza de la zona crepuscular y no tenían la tecnología para rastrear el arcángel ni la nave de descenso. No había bases de Pax en este sistema. El lado diurno de ese mundo rocoso hervía derritiendo el plomo, y en el lado nocturno la fina atmósfera estaba al borde del congelamiento. Bajo la inservible superficie, sin embargo, había más de ochocientos mil kilómetros de túneles donde cada corredor era un cuadrado perfecto de treinta metros. Svoboda era uno de los nueve mundos laberínticos descubiertos en los primeros días de la Hégira y explorados en tiempos de la Hegemonía. Hyperion había sido otro de esos nueve mundos. Ningún humano vivo ni muerto conocía el secreto de los laberintos y sus creadores.

Nemes atravesó una feroz tormenta de amoníaco en el lado oscuro, sobrevoló un peñasco de hielo sólo visible en infrarrojo y amplificación, plegó las alas de la nave y descendió por la abertura cuadrangular de la entrada del Laberinto. Este túnel giraba una vez y luego se extendía en línea recta durante kilómetros. El radar profundo mostraba un panal de pasajes debajo de él. Nemes continuó tres kilómetros, giró a la izquierda en el primer empalme de túneles, descendió a medio kilómetro de la superficie mientras viajaba cinco kilómetros al sur y aterrizó.

Aquí el infrarrojo sólo mostraba vestigios térmicos de pozos de lava y los amplificadores no mostraban nada. Frunciendo el ceño, Nemes encendió las luces externas. Hasta donde veía por ese corredor infinitamente recto, las paredes del túnel parecían filas de losas horizontales. En cada losa había un cuerpo humano desnudo. Las losas y cuerpos se perdían en la oscuridad. Nemes miró la pantalla de radar profundo: los niveles inferiores también estaban bordeados de losas y cuerpos.

—Afuera —dijo el hermano varón que había rescatado a Nemes de la lava de Bosquecillo de Dios.

Nemes no se molestó con la cámara de presión. La atmósfera salió de la nave con un rugido agonizante. Había cierta presión en la caverna, suficiente para sobrevivir sin necesidad de cambiar de fase, pero el aire era menos denso que en Marte antes de la terraformación. Los sensores personales de Nemes indicaban que la temperatura estaba estable en ciento sesenta y dos grados bajo cero.

Una figura humana aguardaba bajo las luces de la nave.

—Buenas noches —dijo el consejero Albedo.

El hombre alto estaba impecablemente vestido con un traje gris adecuado para los gustos de Pacem. Se comunicaba directamente por la banda de 75 megahertzios. Albedo no movía la boca, pero mostraba sus dientes perfectos en una sonrisa.

Nemes esperó junto a sus hermanos. Sabía que no habría más castigos. Los Tres

Sectores la querían viva y funcionando.

—La niña Aenea ha regresado al espacio de Pax —dijo Albedo.

—¿Dónde? —preguntó la hermana de Nemes. Había ansiedad en su voz chata.

El consejero Albedo abrió las manos.

—El portal... —empezó Nemes.

—Esta vez no nos dice nada —dijo el sonriente Albedo.

Nemes frunció el ceño.

En todos los siglos de la Red de Mundos de la Hegemonía, los Tres Sectores de la Conciencia del Núcleo no habían encontrado un modo de usar el portal del Vacío —esa interfaz instantánea que los humanos habían conocido como teleyectores— sin dejar una huella de neutrinos modulados en la matriz de pliegue.

—La Otra Cosa... —dijo.

—Por supuesto —dijo Albedo. Movió la mano como desechando la parte inútil de esa conversación—. Pero aún podemos registrar la conexión. Estamos seguros de que la niña está entre los que regresan de la Vieja Tierra por la red teleyectora.

—¿Hay otros? —preguntó uno de los varones.

Albedo asintió.

—Pocos al principio, más ahora. Al menos cincuenta activaciones según el último recuento.

Nemes se cruzó de brazos.

—¿Crees que la Otra Cosa está terminando el experimento de la Vieja Tierra?

—No —dijo Albedo. Caminó hacia una losa y miró el cuerpo humano desnudo. Había sido una mujer joven, no más de diecisiete o dieciocho años estándar. Era pelirroja. Una escarcha blanca le cubría la tez pálida y los ojos abiertos—. No, los Sectores concuerdan en que sólo regresa el grupo de Aenea.

—¿Cómo la encontramos? —dijo la hermana de Nemes, pensando en voz alta en la banda de 75 megahertzios—. Podemos trasladarnos a cada mundo que haya tenido teleyector durante la Hegemonía e interrogar a los portales en persona.

Albedo asintió.

—La Otra Cosa puede ocultar el destino de las teleyecciones —dijo—, pero el Núcleo está casi seguro de que no puede ocultar que hay un pliegue en la matriz.

Casi seguro. Nemes reparó en ese modificador, poco habitual en las percepciones del TecnoNúcleo.

—Queremos que tú... —comenzó Albedo, señalando a su hermana—. El sector Estable no te dio nombre, ¿verdad?

—No —dijo la hermana de Nemes. Bucles oscuros cayeron sobre la frente pálida. Ninguna sonrisa tocó los finos labios.

Albedo rió entre dientes en la banda de 75 megahertzios.

—Rhadamanth Nemes necesitaba un nombre para pasar por tripulante humana en

el *Rafael*. Creo que los demás necesitáis un nombre, al menos para mi conveniencia. —Señaló a la mujer— Scylla. —Tocó a cada uno de los varones—. Gyges, Briareus.

Ninguno de los tres respondió, pero Nemes se cruzó de brazos y dijo:

—¿Esto te divierte, consejero?

—Sí —dijo Albedo.

La atmósfera que salía de la nave los aureolaba como una niebla maligna. El varón llamado Briareus dijo:

—Usaremos este arcángel como transporte y buscaremos en todos los mundos de la vieja Red, comenzando, supongo, por los planetas del río Tetis.

—Sí —dijo Albedo.

Scylla tamborileó con las uñas en la tela congelada de su traje.

—Con cuatro naves, la búsqueda sería cuatro veces más rápida.

—Obviamente —dijo Albedo—. Pero hay vanos motivos por los cuales hemos decidido que no. El primero es que Pax tiene pocas naves de este tipo libres para prestar.

Nemes enarcó las cejas.

—¿Y desde cuándo el Núcleo pide préstamos a Pax?

—Desde que necesitamos su dinero, sus fábricas y sus recursos humanos para construir las naves —dijo Albedo sin énfasis—. El segundo motivo es que queremos que los cuatro estéis juntos por si os topáis con alguien o algo que le causaría dificultades a uno solo.

Nemes lo miró inquisitivamente.

Esperaba alguna referencia a su fracaso en Bosquecillo de Dios, pero fue Gyges quien habló.

—¿Qué cosa podríamos no manejar, consejero?

El hombre de gris abrió las manos. A sus espaldas, la fluctuante niebla cubría y revelaba pálidos cuerpos sobre losas.

—El Alcaudón —dijo.

—Derroté a esa cosa sin ayuda —rezongó Nemes.

Albedo sacudió la cabeza, manteniendo su sonrisa irritante.

—No —dijo—. No lo hiciste. Usaste el dispositivo hiperentrópico que te entregamos para mandarlo cinco minutos al futuro. Eso no es lo mismo que derrotarlo.

—¿El Alcaudón ya no está bajo el control de la IM? —preguntó Briareus.

Albedo abrió las manos una vez más.

—Los dioses del futuro ya no nos susurran, mi costoso amigo. Guerrean entre sí y el clamor de su batalla resuena en el tiempo. Si hemos de hacer la obra de nuestro dios en nuestra época, debemos hacerlo nosotros mismos. —Miró a los cuatro clones —. ¿Las instrucciones están claras?

—Encontrar a la niña —dijo Scylla.

—¿Y? —preguntó el consejero.

—Matarla de inmediato —dijo Gyges—. Sin titubeos.

—¿Y si intervienen sus discípulos? —preguntó Albedo con una sonrisa más ancha. Su voz era la caricatura de la voz de un maestro humano.

—Matarlos —dijo Briareus.

—¿Y si aparece el Alcaudón? —preguntó Albedo, sin sonreír.

—Destruirlo —dijo Nemes.

Albedo asintió.

—¿Alguna pregunta más antes de que cada cual siga su camino?

—¿Cuántos humanos hay aquí? —preguntó Scylla. Señaló las losas y los cuerpos.

Albedo se tocó la barbilla.

—Unas decenas de millones en este mundo laberíntico, en este sector de los túneles. Pero hay muchos más túneles aquí. —Sonrió de nuevo—. Y ocho mundos laberínticos más.

Nemes movió lentamente la cabeza, escrutando la niebla ondulante y la hilera de losas en varios niveles del espectro. Ninguno de los cuerpos mostraba vestigios térmicos por encima de la temperatura ambiente del túnel.

—Y esto es obra de Pax.

Albedo rió entre dientes.

—Desde luego. ¿Por qué los Tres Sectores de Conciencia o nuestra futura IM querrían apilar cuerpos humanos? —Caminó hacia el cuerpo de la mujer joven y le golpeó el pecho congelado. El aire de la caverna no tenía densidad suficiente para transmitir sonidos, pero Nemes imaginó un ruido de uñas golpeando mármol frío.

—¿Más preguntas? —dijo Albedo—. Tengo una reunión importante.

Sin una palabra en la banda de 75 megahertzios, ni en ninguna otra, los cuatro clones dieron media vuelta y regresaron a la nave.

En la ampolla circular del centro de conferencias tácticas del *Uriel* había veinte oficiales de la flota, incluidos todos los capitanes y oficiales ejecutivos del grupo especial GEDEÓN. Entre esos oficiales ejecutivos estaba el capitán de fragata Hoagan «Hoag» Liebler. Con treinta y seis años estándar de edad, renacido desde su bautismo en Renacimiento Menor, descendiente de la renombrada familia Liebler de Frehold, cuya finca cubría dos millones de hectáreas —y cuya deuda actual ascendía a casi cinco marcos por hectárea—, Liebler había dedicado su vida privada a la Iglesia y su vida profesional a la flota de Pax. También era un espía y un asesino potencial.

Liebler había contemplado con interés el momento en que su nuevo oficial de mando abordó el *Uriel*, Todos los integrantes del grupo GEDEÓN —y casi todos los

integrantes de la flota— habían oído hablar del padre capitán De Soya.

Cinco años atrás el ex comandante de naves-antorcha había recibido un disco papal —que significaba autoridad casi ilimitada— para un proyecto secreto, y luego había fallado en su misión. Nadie sabía bien en qué había consistido la misión de De Soya, pero el uso del disco le había creado enemigos en la oficialidad de la flota. El fracaso del padre capitán y su desaparición habían provocado muchos rumores en los comedores y salas de oficiales. La teoría más aceptada era que habían entregado a De Soya al Santo Oficio, lo habían excomulgado y quizás ejecutado.

Pero allí estaba, al mando de una de las posesiones más valiosas de la flota de Pax, uno de los veintiún cruceros arcángel operativos.

Liebler se sorprendió de la apariencia de De Soya: era bajo, moreno, con ojos grandes y tristes más apropiados para el icono de un santo mártir que para el capitán de un acorazado. La almirante Aldikacti, la corpulenta lusiana a cargo de esta reunión y del grupo de ataque, se encargó rápidamente de las presentaciones.

—El padre capitán De Soya —dijo Aldikacti mientras De Soya se sentaba a la mesa circular gris en esa sala circular gris—. Creo que conoce a algunos de estos oficiales. —La almirante era famosa por su falta de tacto, así como por su ferocidad en la batalla.

—La madre capitana Stone es una vieja amiga —dijo De Soya, señalando a su ex oficial ejecutiva—. El capitán Hearn fue miembro de mi última fuerza especial, y conozco a los capitanes Sati y Lemprière. También he tenido el privilegio de trabajar con los capitanes de fragata Uchikawa y Barnes-Avne.

La almirante Aldikacti gruñó.

—El capitán de fragata Barnes-Avne está aquí en representación de los infantes y guardias suizos del grupo de ataque GEDEÓN —dijo—. ¿Conoce a su ejecutivo, padre capitán De Soya?

El sacerdote negó con la cabeza y Aldikacti le presentó a Liebler. El oficial se sorprendió de la firmeza del apretón del padre capitán y de la autoridad de su mirada. *A pesar de esos ojos de mártir*, pensó Hoag Liebler, *este hombre está acostumbrado al mando.*

—De acuerdo —gruñó la almirante Aldikacti—, empecemos. La capitana Sati presentará el informe.

Durante los veinte minutos siguientes, una nube de holos y superposiciones de trayectorias cubrió la burbuja de conferencias. Los comlogs y pizarras se llenaron de datos y anotaciones. La suave voz de Sati era el único sonido, con excepción de alguna pregunta o ruego de aclaración.

Liebler tomaba sus notas, sorprendido de los alcances de la misión del grupo GEDEÓN, y ocupado en la tarea de cualquier oficial ejecutivo, anotar todos los detalles salientes que el capitán quisiera revisar después.

GEDEÓN era el primer grupo de ataque constituido totalmente por cruceros arcángel. Siete arcángeles estaban designados para esta misión. Meses atrás se habían despachado naves-antorcha convencionales clase Hawking para encontrarse con ellos en su primer punto de incursión en el Confín, a veinte años-luz de la esfera defensiva de la Gran Muralla, para participar en un remedo de batalla, pero después de ese primer salto la escuadra de siete naves operaría independientemente.

—Una buena metáfora sería la marcha del general Sherman por Georgia durante la Guerra Civil de América del Norte, antes de la Hégira —dijo la capitana Sati, haciendo que la mitad de los oficiales teclearan sus comlogs para buscar esa arcana referencia a la historia militar—. Hasta ahora hemos librado nuestras batallas con los éxters en la tierra de nadie de la Gran Muralla, o en los lindes del espacio de Pax o éxter. Hubo muy pocas penetraciones profundas en territorio éxter. —Sati hizo una pausa—. El grupo REYES del padre capitán De Soya realizó una de las incursiones más profundas hace cinco años estándar.

—¿Algún comentario al respecto, padre capitán? —preguntó la almirante Aldikacti.

De Soya titubeó un instante.

—Incendiamos un anillo de bosques orbitales —dijo al fin—. No hubo resistencia.

Hoag Liebler pensó que el padre capitán parecía vagamente avergonzado.

Sati asintió con satisfacción.

—Esperamos que así suceda durante toda esta misión. Nuestros informes sugieren que los éxters han desplegado la mayoría de sus fuerzas defensivas a lo largo de la esfera de la Gran Muralla, dejando muy poca resistencia armada en el corazón de sus zonas colonizadas fuera de Pax. Durante casi tres siglos han distribuido sus fuerzas, sus bases y sus sistemas habitacionales con las limitaciones de la tecnología Hawking como principal factor determinante.

Holos tácticos llenaron la burbuja de conferencias.

—El cliché consabido —continuó Sati— es que Pax ha tenido la ventaja de las líneas interiores de transporte y comunicaciones, mientras que los éxters han tenido la fuerza defensiva del ocultamiento y la distancia. La penetración profunda en el espacio éxter ha sido casi imposible debido a la vulnerabilidad de nuestras líneas de abastecimiento y a la determinación éxter de provocar a fuerzas superiores, atacándolas después, a menudo con efectos devastadores, cuando nuestros grupos se aventuran muy lejos de la Gran Muralla.

Sati hizo una pausa y miró a los oficiales.

—Caballeros y damas, esos días han terminado.

Más holos cobraron solidez: la línea roja de la trayectoria de GEDEÓN salía de la esfera de Pax y volvía a ella, pasando entre los soles como un cuchillo láser.

—Nuestra misión es destruir toda base de aprovisionamiento y colonia éxter que encontremos —dijo Sati con mayor energía—. Granjas cometarias, habitáculos, obras ornamentales, bases toroides, cúmulos de punto L, bosques orbitales, asteroides de nacimiento, colmenas, todo.

—¿Incluidos los ángeles civiles? —preguntó el padre capitán De Soya.

Hoag Liebler pestañeó. La flota de Pax aludía informalmente a los mutantes que habían alterado su ADN para adaptarse al espacio como «ángeles de Lucifer», habitualmente abreviado «ángeles» con una ironía que rayaba en la blasfemia, pero el giro rara vez se usaba ante altos oficiales.

—Especialmente los ángeles, padre capitán —respondió la almirante Aldikacti—. Su Santidad el papa Urbano ha declarado una cruzada contra esas caricaturas inhumanas que los éxters están criando en la oscuridad. En su Encíclica de la Cruzada ha declarado que estas mutaciones demoníacas se deben eliminar del universo de Dios. No hay éxters civiles. ¿Tiene problemas para comprender esta directiva, padre capitán De Soya?

Los oficiales de la mesa contuvieron el aliento hasta que De Soya respondió.

—No, almirante Aldikacti. Comprendo la encíclica de Su Santidad.

La sesión continuó.

—Participarán los siguientes cruceros clase arcángel —dijo Sati—. La nave *Uriel* de Su Santidad como nave insignia, el *Rafael*, el *Miguel*, el *Gabriel*, el *Raquel*, el *Remiel* y el *Sariel*. Las naves usarán sus motores Gedeón para efectuar el salto instantáneo al próximo sistema y se tomarán dos días o más para desacelerar dentro del sistema, dando así tiempo para la resurrección de los tripulantes. Su Santidad nos ha concedido una dispensa para usar los nuevos nichos de resurrección de dos días, que ofrecen una probabilidad de resurrección del noventa y dos por ciento. Después de reagrupar nuestra fuerza de ataque, causaremos el mayor daño posible a todas las fuerzas e instalaciones éxters antes de trasladarnos al próximo sistema. Toda nave de Pax cuyas averías resulten imposibles de reparar será abandonada; la tripulación será transferida a otras naves de la fuerza, y el crucero destruido. No correremos ningún nesgo de que los éxters capturen la tecnología Gedeón, aunque les resultará inútil sin el Sacramento de la Resurrección. La misión debería durar unos tres meses estándar. ¿Alguna pregunta?

El padre capitán De Soya alzó la mano.

—Debo disculparme —dijo—. He estado aislado durante varios años estándar, pero noto que esta fuerza de ataque está constituida por naves clase arcángel con nombres de arcángeles cuyo nombre se cita en el Antiguo Testamento.

—Sí, padre capitán —urgió la almirante Aldikacti—. ¿Su pregunta?

—Sólo esto, almirante. Creo recordar que en la Biblia había sólo siete arcángeles designados por nombres. ¿Qué hay del resto de las naves clase arcángel que están

terminadas?

Estallaron risas y De Soya notó que había reducido la tensión, tal como esperaba.

La almirante Aldikacti sonrió.

—Damos la bienvenida a nuestro capitán pródigo y le informamos que los teólogos del Vaticano han investigado el Libro de Enoc y el resto de los apócrifos para encontrar otros ángeles que puedan ser ascendidos a «arcángeles honorarios», y el Santo Oficio ha autorizado el uso de sus nombres en la flota. Nos parece apropiado que los primeros siete arcángeles clase planetaria que se han construido tengan el nombre de los que figuran en la Biblia y lleven su fuego sagrado al enemigo.

Las risas se convirtieron en murmullos aprobatorios y al fin en discreto aplauso entre los capitanes y ejecutivos.

No hubo más preguntas.

—Ah, otro detalle —dijo la almirante Aldikacti—, si veis esta nave...

El holo de una extraña nave estelar flotó sobre el centro de la mesa. Era pequeña por las pautas de la flota de Pax, y era aerodinámica como si estuviera construida para ingresar en la atmósfera; tenía aletas cerca de las toberas de fusión.

—¿Qué es? —preguntó la madre capitana Stone, todavía sonriendo con el buen humor que reinaba en la sala—. ¿Una broma éxter?

—No —dijo De Soya con voz monótona—, es tecnología de la era de la Red. Una nave estelar particular... perteneciente a un individuo.

Algunos oficiales ejecutivos rieron de nuevo. La almirante Aldikacti acalló las risas con un gesto.

—El padre capitán está en lo cierto. Es una antigua nave de tiempos de la Red, antaño perteneciente a un diplomático de la Hegemonía. —Sacudió la cabeza—. Entonces tenían fortunas para estas cosas De todos modos, tiene un motor Hawking modificado por técnicos éxters, puede estar bien armada y se debe considerar peligrosa.

—¿Qué hacemos si la encontramos? —preguntó la madre capitana Stone—. ¿Tomarla como trofeo?

—No —dijo la almirante Aldikacti—. Destruirla de inmediato. Vaporizarla. ¿Alguna pregunta?

No hubo ninguna. Los oficiales se retiraron a sus naves para prepararse para la traslación inicial. En el viaje de vuelta al *Rafael*, Hoag Liebler habló cordialmente con su nuevo capitán sobre el estado de la nave y la alta moral de los tripulantes, pensando: *Espero no tener que matar a este hombre*.

6

Ha sido mi experiencia que inmediatamente después de ciertas separaciones traumáticas —abandonar la familia para ir a la guerra, la muerte de un familiar, separarse de una persona amada sin certeza de reencuentro— hay una extraña calma, casi una sensación de alivio, como si hubiera ocurrido lo peor y no fuera preciso temer nada mas. Así sucedió en esa lluviosa mañana en que me despedí de Aenea en la Vieja Tierra.

El kayak era pequeño y el Mississippi era grande. Al principio, en la oscuridad, remé con una atención intensa rayana en el miedo, forzando los ojos para distinguir ramas, bancos de arena y restos de naufragio en la furiosa corriente. El río era muy ancho, calculé que casi una milla —el Viejo Arquitecto usaba las antiguas unidades inglesas de longitud y distancia, pies, yardas, millas, y en Taliesin la mayoría habíamos terminado por imitarlo—, y los márgenes parecían inundados, con árboles muertos mostrando dónde las aguas se habían elevado cientos de metros sobre las orillas originales, empujando el río hacia acantilados altos en ambos lados.

Una hora después de despedirme de mi amiga, la luz llegó lentamente, primero mostrando la separación entre las nubes grises y las rocas negras a mi izquierda, luego arrojando una luz fría en la superficie del río.

Yo había tenido razón en temer la oscuridad: el río estaba erizado de ramas y bancos de arena; árboles grandes e hinchados con raíces que parecían cabezas de hidra pasaban junto a mí en las corrientes centrales, embistiendo todo a su paso con la fuerza de arietes gigantes. Escogí lo que parecía la corriente más benigna, remé con fuerza para alejarme de los restos flotantes y traté de disfrutar del amanecer.

Toda esa mañana remé hacia el sur, sin ver indicios de habitación humana en ninguna de ambas riberas salvo un atisbo de antiguos edificios, otrora blancos, sumergidos entre los árboles muertos y las aguas sucias de lo que antaño había sido la orilla oeste y ahora era un pantano al pie de los acantilados. Dos veces desembarqué en islas, una para hacer mis necesidades y otra para guardar la pequeña mochila que era mi único equipaje. En esta segunda parada —a media mañana, bajo el calor del sol— me senté en un tronco en la orilla arenosa y comí uno de los bocadillos de carne fría y mostaza que Aenea me había preparado durante la noche. Había llevado dos botellas de agua —una para el cinturón, la otra para la mochila— y bebí con moderación, sin saber si el agua del Mississippi era potable ni dónde podría abastecerme.

Era de tarde cuando vi la ciudad y el arco.

Un poco antes, un segundo río se había unido con el Mississippi a la derecha,

ensanchando el canal. Yo estaba seguro de que debía ser el Missouri, y cuando consulté el comlog, la memoria de la nave confirmó mi corazonada. Poco después vi el arco.

Este portal teleyector parecía diferente de los que habíamos atravesado durante nuestro viaje a la Vieja Tierra: más grande, más viejo, más opaco, con más estrías de óxido. En un tiempo debía erguirse en la seca orilla oeste del río, pero ahora sobresalía de las aguas a cientos de metros de la costa. Restos esqueléticos de edificios inundados —«rascacielos» bajos de tiempos pre-Hégira, según mis nuevos conocimientos arquitectónicos— también se elevaban de las perezosas aguas.

«St. Louis —me informó el comlog de pulsera cuando interrogué a la IA de la nave—. Destruida antes de las Tribulaciones. Abandonada antes del Gran Error del '08.»

—¿Destruida? —pregunté, apuntando el kayak hacia el aro gigante y viendo que la orilla oeste trazaba un semicírculo perfecto, formando un lago de poca profundidad. Árboles antiguos bordeaban el cerrado arco de la costa. Un cráter, pensé, aunque sin diferenciar si era el cráter de un meteorito, de una bomba, de un rayo energético u otro hecho violento—. ¿Cómo?

«No hay información —dijo el brazalete—. Sin embargo, tengo unos datos que se correlacionan con el arco.»

—Es un portal teleyector, ¿verdad? —pregunté, luchando contra la corriente del lado oeste del canal principal para dirigir el kayak hacia el arco que daba hacia el este.

«Originalmente no —murmuró la voz—. El tamaño y la orientación del artefacto coinciden con la posición y las dimensiones del Gateway Arch, una rareza arquitectónica construida en la ciudad de St. Louis en tiempos del estado-nación Estados Unidos de América a mediados del siglo veinte de la era cristiana. Simbolizaba la expansión occidental de los pioneros hegemónicos protonacionalistas de origen europeo que migraron aquí en su esfuerzo para desplazar a los aborígenes anteriores a la Reserva.»

—Los indios —dije, jadeando mientras impulsaba el kayak a través de la corriente y me alineaba con el enorme arco. Había tenido un par de horas de intensa luz solar, pero ahora volvían el viento frío y las nubes grises. Las gotas de lluvia tamborileaban sobre la fibra de vidrio del kayak y hacían ondear las olas. La corriente llevó el kayak hacia el centro del arco, y dejé el remo un instante, cerciorándome de no tocar accidentalmente el misterioso botón rojo—. Así que este portal teleyector se construyó para honrar a la gente que mató a los indios —dije, apoyándome sobre los codos.

«El Gateway Arch original no tenía función teleyectora», aclaró la voz de la nave.

—¿Sobrevivió al desastre que causó esto? —pregunté, señalando el cráter y los

edificios inundados.

«Ninguna información», dijo el comlog.

—¿Y no sabes si es un teleyector? —pregunté, jadeando de nuevo mientras remaba con fuerza. Ahora el arco se erguía sobre nosotros, con cien metros de altura en su ápice. La luz invernal rebotaba en sus flancos oxidados.

«No —dijo la memoria de la nave—. No existen registros de ningún teleyector en la Vieja Tierra.»

Claro que no existía ese registro. La Vieja Tierra había caído en el agujero negro del Gran Error —o había sido secuestrada por los leones y tigres y osos— por lo menos un siglo y medio antes de que el TecnoNúcleo diera a la Hegemonía la tecnología del teleyector. Sin embargo, existía un arco teleyector pequeño pero funcional sobre ese río —riacho, en realidad— del oeste de Pennsylvania donde Aenea y yo habíamos entrado desde Bosquecillo de Dios cuatro años antes. Y yo había visto otros en mis viajes.

—Bien —dije, más para mí mismo que para la obtusa IA del comlog—, si no es éste, seguiremos río abajo. Aenea tenía una razón para botarnos donde lo hizo.

Yo no estaba tan seguro. Debajo de este arco no se veía ningún parpadeo ondulante, ningún atisbo de luz solar ni estelar. Sólo el cielo oscuro y la negra franja boscosa de la costa, más allá del lago.

Me recliné para mirar el arco, y noté con asombro que faltaban paneles y asomaban costillas de acero. El kayak ya estaba debajo y no había transición, ningún cambio súbito de luz y gravedad acompañado de aromas alienígenas. Esa cosa era sólo un derruido adefesio arquitectónico que por casualidad se parecía a un...

Todo cambió.

En un momento el kayak y yo nos mecíamos en el ventoso Mississippi, dirigiéndonos hacia el lago que había sido la ciudad de St. Louis, y al siguiente era de noche y el bote de fibra de vidrio y yo nos deslizábamos por un canal angosto entre edificios iluminados, bajo una claraboya oscura que se erguía a medio kilómetro de mi cabeza.

—Cristo —susurré.

«Antigua figura mesiánica —dijo el comlog—. Las religiones basadas en sus presuntas enseñanzas incluyen el cristianismo, el cristianismo zen, el antiguo y moderno catolicismo y sectas protestantes tales como...»

—Cállate —dije—. Modalidad de niño obediente. —Este mando hacía que el comlog sólo pudiera hablar cuando le hablaban.

Había otras personas remando en este canal, si eso era. Veintenas de botes, veleros y kayaks se desplazaban río arriba y río abajo. En las cercanías, en veredas y explanadas, en aerovías que se elevaban sobre las luminosas aguas, cientos más caminaban en parejas y grupos. Individuos corpulentos vestidos con ropas brillantes

trotaban a solas.

Sentí el peso de la gravedad en los brazos cuando intenté alzar el remo —media gravedad terrícola más, fue mi primera impresión— y lentamente elevé el rostro hacia esos cientos o miles de ventanas y torres iluminadas, aceras y balcones y pistas de aterrizaje, trenes cromados zumbando en tubos transparentes, VEMs surcando el aire, plataformas de levitación y ferries aéreos transportando gente. Entonces comprendí.

Lusus. Tenía que ser Lusus.

Había conocido lusianos: cazadores ricos que iban a Hyperion a cazar patos, apostadores más ricos en los casinos de Nueve Colas donde yo había trabajado como cuidador, incluso algunos expatriados de nuestra Guardia Interna, delincuentes que sin duda huían de la justicia de Pax. Todos tenían el semblante hosco de esos corredores bajos, robustos y musculosos que trotaban en las veredas y explanadas, como primitivas pero potentes máquinas de vapor.

Nadie me prestaba atención. Esto me sorprendió: desde la perspectiva de ellos, yo debía haber salido de la nada, materializándome bajo el portal teleyector.

Miré atrás y comprendí por qué mi aparición había pasado inadvertida. El portal teleyector era viejo, desde luego, parte de la caída Hegemonía y del ex río Tetis, y el arco estaba construido dentro de las murallas de la Colmena, cubierto por plataformas y veredas, así que el tramo de canal o río que pasaba debajo estaba sumido en sombras profundas. Cuando miré atrás, una lancha pequeña salió de esas sombras, recibió el fulgor de las luces de sodio y pareció salir de la nada como yo un instante antes.

Vestido con mi suéter y chaqueta, enfundado en el nailon de mi kayak, tal vez se me veía tan robusto como los lusianos que estaban a arribos lados. Un hombre y una mujer con esquíes de chorro saludaron al pasar junto a mí.

Devolví el saludo.

—Cristo —repetí, más un rezo que una blasfemia. Esta vez el comlog no hizo comentarios.

Me interrumpiré aquí.

En este momento de la narración me sentía tentado, aun sabiendo que el gas de cianuro puede invadir la caja de gato de Schrödinger en cualquier momento, de describir mi odisea entre los mundos con gran detalle. En realidad, era lo más parecido a una auténtica aventura desde que Aenea y yo habíamos llegado a la Vieja Tierra cuatro años estándar antes.

En las treinta horas transcurridas desde que Aenea anunció perentoriamente mi partida inmediata por teleyector, yo había entendido que el viaje sería similar al anterior. Desde Vector Renacimiento hasta Vieja Tierra, habíamos atravesado parajes

desiertos o abandonados a través de mundos como Hebrón, Nueva Meca, Bosquecillo de Dios y mundos sin nombre como el planeta selvático donde habíamos dejado oculta la nave del cónsul. En uno de los pocos planetas donde habíamos encontrado habitantes —irónicamente, Mare Infinitus, un mundo oceánico poco poblado— el contacto había sido catastrófico para todos los participantes: yo había volado la mayor parte de su plataforma flotante, ellos me habían capturado, apuñalado, disparado y casi ahogado. En el ínterin, yo había perdido algunos de los bienes más valiosos que llevábamos, entre ellos la vieja alfombra voladora que databa de los tiempos de la leyenda de Siri y Merin y la antigua pistola calibre 45 que quizás hubiera pertenecido a la madre de Aenea, Brawne Lamia.

Pero en casi todo nuestro trayecto el río Tetis nos había llevado por paisajes despoblados... ominosamente despoblados en Hebrón y Nueva Meca, como si algo hubiera espantado a los habitantes.

Esto era distinto. Lusus desbordaba de vitalidad. Por primera vez comprendí por qué estos panales planetarios se llamaban Colmenas.

Viajando por regiones deshabitadas, la niña, el androide y yo habíamos quedado librados a nuestros propios recursos. Ahora, solo y desarmado en mi kayak, me encontré saludando a policías de Pax y sacerdotes renacidos. El canal sólo tenía treinta metros de anchura, con bordes de hormigón y plástico, sin tributarios ni escondrijos. Había sombras bajo los puentes y rampas, como bajo el portal teleyector de río arriba, pero el tráfico fluvial atravesaba continuamente esos lugares oscuros. No había sitio donde esconderse.

Por primera vez pensé en la locura del viaje por teleyector. Mi ropa llamaría la atención en cuanto saliera del kayak. Mi tipo físico era una rareza. Mi acento de Hyperion sería extraño. No tenía dinero, chip de identidad, licencia para VEM, tarjetas de crédito, documentos de Pax ni lugar de residencia. Deteniendo el kayak junto a un bar costero —el olor a bistec asado o comidas similares me hacía salivar de hambre, el olor a levadura me hacía pensar en cerveza fría— comprendí que me arrestarían a los dos minutos de entrar en ese lugar.

Había gente que viajaba entre los mundos de Pax —millonarios, empresarios y aventureros dispuestos a afrontar meses de sueño criogénico y años de deuda temporal viajando con transporte de Mercantilus entre las estrellas, con la certidumbre de que el trabajo, el hogar y la familia los aguardarían en su estable universo cristiano a su regreso—, pero era infrecuente, y nadie viajaba entre los mundos sin dinero y sin autorización de Pax. En cuanto yo entrara en ese café, bar, restaurante o lo que fuera, alguien llamaría a la policía local o los militares de Pax. Al registrarme verían que no tenía la cruz, que era un pagano en un universo de cristianos renacidos.

Relamiéndome los labios, con un gruñido en el estómago, los brazos pesados por

la fatiga y la gravedad adicional, los ojos lagrimeando por falta de sueño y frustración, me alejé del café y seguí río abajo, esperando que el próximo teleyector no estuviera muy lejos.

Y aquí resisto la tentación de describir las maravillosas imágenes y sonidos, la gente extraña que vi y los riesgos que corrí. Nunca había estado en un mundo tan colonizado, tan apiñado, tan interior como Lusus, y me podría haber pasado un mes explorando la hirviente Colmena que entreví desde el río de orillas de hormigón.

Al cabo de seis horas de viajar corriente abajo por el canal, pasé bajo el arco y aparecí en Freude, un mundo activo y poblado sobre el cual sabía poco y que no podría haber identificado sin los archivos de navegación del comlog. Aquí dormí al fin, ocultando el kayak en un tubo de cloaca de cinco metros, encorvado bajo tentáculos de fibro-plástico industrial enredados en una alambrada.

Dormí un día y una noche estándar en Freude, pero allí los días eran de treinta y nueve horas estándar y apenas anochecía cuando encontré el próximo arco, menos de cinco kilómetros río abajo, y me trasladé de nuevo.

Desde el soleado Freude, poblado por ciudadanos de Pax con sus trajes de arlequín y capas brillantes, el río me llevó a Nevermore, con sus cavilosas aldeas talladas en la roca y sus castillos de piedra encaramados sobre barrancos bajo cielos lúgubres. En la noche de Nevermore los cometas surcaban el firmamento y criaturas semejantes a cuervos —más parecidas a gigantescos murciélagos que a aves— batían alas membranosas tapando el fulgor de los cometas con sus cuerpos negros.

Aquí me saludaron balsas comerciales, y devolví el saludo, remando hacia un tramo de aguas blancas que casi volcó el kayak y puso a prueba mi destreza de remero. Sonaban sirenas en los avizores castillos de Nevermore cuando atravesé el siguiente portal y me encontré bajo el opresivo sol de un mundo que el comlog me describió como Vitus-Gray-Balianus B. Nunca lo había oído nombrar, ni siguiera en los viejos atlas de la Hegemonía que Grandam guardaba en su vehículo, y que yo había estudiado con sigilo cuando podía.

El río Tetis nos había llevado por mundos desérticos en el viaje a Vieja Tierra, pero éstos habían sido los mundos extrañamente despoblados de Hebrón y Nueva Meca... desiertos sin vida, ciudades abandonadas. En Vitus-Gray-Balianus B, casas de adobe se apiñaban a orillas del río, y a cada kilómetro había una acequia por donde el agua era extraída para irrigar los sembradíos. Por suerte el río servía aquí como calle mayor y carretera central, y yo había salido de la sombra del antiguo teleyector al amparo de una enorme chalana, así que seguí remando tranquilamente en medio del intenso tráfico fluvial: esquifes, balsas, barcazas, remolcadores, lanchas eléctricas, casas flotantes e incluso barcas de levitación EM desplazándose a tres o cuatro metros de la superficie del río.

La gravedad era leve, quizá menos de dos tercios de Vieja Tierra o Hyperion, y

por momentos pensaba que mis golpes de remo elevarían el kayak por encima del agua. Pero si la gravedad era leve, la luz del sol era tan agobiante como una palma gigantesca y sudorosa. Al cabo de media hora había agotado la segunda botella de agua y supe que tendría que detenerme para buscar más.

Se pensaría que un mundo de gravedad menor tendría habitantes esbeltos —la antítesis vertical de los toneles lusianos— pero la mayoría de los hombres, mujeres y niños que vi en los transitados carriles del río eran bajos y robustos como lusianos. Las ropas eran brillantes, como los atuendos de arlequín de los pobladores de Freude, pero cada persona usaba un solo tono: ceñidos trajes carmesíes, capas de intenso tono cerúleo, vestidos de *chiffon* color esmeralda con complejos sombreros y bufandas, fluidas colas de chiffon amarillo y turbantes de ámbar brillante. Las puertas y postigos de las casas, tiendas y tabernas de adobe también estaban pintados con estos colores distintivos y me pregunté cuál sería el significado. ¿Casta? ¿Preferencia política? ¿Posición económica o social? ¿Parentesco? Fuera lo que fuese, yo no pasaría inadvertido cuando fuera a la costa a buscar agua, con mi ropa de opaco color caqui y algodón gastado.

Pero debía ir a la costa o morirme de sed. Al pasar una de las muchas acequias, amarré el kayak mientras una barcaza salía de la acequia y caminé hacia una estructura circular de madera y adobe, esperando que fuera un pozo artesiano. Había visto que muchas mujeres de túnica color azafrán llevaban algo que parecían vasijas de agua. Sólo temía que al extraer agua de allí violara alguna ley, corolario, regla de casta, mandamiento religioso o costumbre local. No había visto ninguna presencia de Pax en el río —ni el negro de los sacerdotes ni el rojo y negro de la policía—, pero eso no significaba nada. Según el comlog, había muy pocos mundos —aun en el Confín, donde estaba Vitus-Gray-Balianus B—, donde Pax no tuviera cierta presencia. Me calcé el cuchillo de caza en el bolsillo trasero, bajo el chaleco, y mi único plan era abrirme paso a puñaladas hasta el bote si se formaba una multitud. Si llegaba la policía de Pax, con pistolas paralizantes o de dardos, mi viaje habría terminado.

Pronto terminaría, al menos por un tiempo, por razones muy diferentes, pero yo no tenía modo de saberlo (salvo por el dolor de espalda que me acompañaba desde antes de irme de Lusus) mientras me aproximaba cautelosamente al pozo, si eso era.

Era un pozo.

Nadie se alarmó por mi altura y mis colores opacos. Nadie —ni siquiera los niños vestidos de rojo y azul que interrumpieron su juego para mirarme un instante— se interpuso ni pareció reparar en ese dudoso forastero. Mientras bebía y llenaba ambas botellas, tuve la impresión —aunque ignoro por qué— de que los habitantes de Vitus-Gray-Balianus B, o al menos de esta aldea a orillas de la abandonada ruta teleyectora del río Tetis, eran demasiado corteses para señalarme, mirarme o preguntarme qué me

proponía. Mientras tapaba la segunda botella disponiéndome a regresar al kayak, tuve la sensación de que un mutante de tres cabezas —o, exagerando la nota, el Alcaudón mismo— podría haber bebido de ese pozo artesiano en esa grata tarde sin que los ciudadanos lo importunaran con preguntas.

Había dado tres pasos en el polvoriento camino cuando sentí el dolor. Me encorvé, jadeando sin aliento, y caí sobre una rodilla, y luego de lado. Me arqueé de dolor. Habría gritado si la desgarradora punzada me hubiera dejado aliento y energía. Boqueando como un pez, me puse en posición fetal y cabalgué sobre olas de tormento.

Debo aclarar que el dolor y la incomodidad no me eran desconocidos. Cuando estaba en la Guardia Interna, un estudio de las fuerzas armadas de Hyperion mostró que la mayoría de los conscriptos enviados al sur para luchar contra los rebeldes de la Garra de Hielo tenían poco estómago para el dolor. Los habitantes de las ciudades del norte de Aquila y las más refinadas ciudades de las Nueve Colas rara vez habían experimentado un sufrimiento que no pudieran eliminar con una píldora, un autocirujano o un autodoc.

Como pastor y campesino, yo tenía más experiencia en tolerancia al dolor: cortes accidentales, un pie pisoteado por una bestia de carga, magulladuras y contusiones por caídas en terreno pedregoso, una contusión practicando lucha en el campamento, ampollas por cabalgar, incluso los labios hinchados y los ojos morados de las riñas del campamento durante la Convocatoria de los Varones. Y en mi servicio militar me habían herido tres veces: en dos ocasiones, traumatismos provocados por esquirlas cuando unas minas mataron a mis compañeros; en la tercera, el rayo de un francotirador, y esta última lesión fue tan grave que acudió un sacerdote para pedirme que aceptara el cruciforme antes de que fuera demasiado tarde.

Pero nunca había experimentado un dolor como éste.

Gimiendo y resollando, mientras los corteses ciudadanos al fin reparaban en el forastero, alcé la muñeca y exigí una explicación al comlog. No me respondió. Entre oleadas de dolor insoportable, pregunté de nuevo. Ninguna respuesta. Entonces recordé que la maldita cosa estaba en modalidad de niño obediente. La llamé por el nombre y repetí la pregunta.

«¿Puedo activar la función biosensora latente, M. Endymion?», preguntó esa imbécil IA.

Yo no sabía que el aparato tenía una función biosensora, latente o no. Asentí con un gemido y me encorvé en una posición fetal aún más cerrada. Era como si alguien me hubiera apuñalado la espalda y retorciera la hoja. El dolor me atravesaba como corriente circulando por un cable. Vomité en el polvo. Una bella mujer de túnica blanca retrocedió un paso y alzó una sandalia blanca.

—¿Qué es? —resoplé—. ¿Qué está pasando?

Me palpé la espalda, buscando sangre o una herida. Esperaba encontrar una flecha o una lanza, pero no había nada.

«Inicio de estado de choque, M. Endymion —dijo esa IA lobotomizada de la nave del cónsul—. La presión sanguínea, la resistencia dérmica, el ritmo cardíaco y el recuento de atropina, todo ello lo confirma.»

—¿Por qué? —insistí con un largo gemido, mientras el dolor rodaba desde mi espalda hacia todo mi cuerpo.

Vomité de nuevo. Tenía el estómago vacío pero seguía vomitando. Esa gente de atuendo brillante se mantenía a distancia, sin formar una muchedumbre de curiosos, sin cometer la impertinencia de mirar o cuchichear, pero obviamente demorándose en su camino.

—¿Qué está mal? —jadeé, tratando de susurrarle al comlog—. ¿Qué es lo que causa esto?

«Una perdigonada —dijo la voz de hojalata—. Puñalada. Lanza, cuchillo, flecha. Herida de arma energética. Rayo, láser, cuchillo omega, hoja pulsátil. Concentración de dardos. Tal vez una aguja larga y fina insertada en la parte superior del riñón, el hígado y el bazo.»

Retorciéndome, me palpé de nuevo la espalda, saqué el cuchillo envainado y lo tiré. El chaleco y la camisa no estaban quemados ni chamuscados. Ningún objeto afilado salía de mis carnes.

El dolor me arrasó de nuevo y gemí. No había hecho eso cuando me disparó el francotirador ni cuando aquella bestia me pisó el pie.

Me costaba pensar, pero mi pensamiento seguía esta dirección: *Nativos... poder mental... envenenamiento... agua... rayos invisibles... castigándome por...*

Desistí del esfuerzo y gemí de nuevo. Alguien se acercó. Tenía una falda o toga azul brillante y sandalias inmaculadas, las uñas de los pies pintadas de azul.

—Perdón —murmuró en inglés de la vieja Red con mucho acento—. ¿Estás en apuros?

—Aaaahhhh —respondí, acentuando el gemido con más vómito seco.

—¿Puedo ayudar?

—Ohh... ahhh... —dije, casi desmayándome de dolor. Puntos negros bailaron en mi visión hasta que ya no pude ver las sandalias ni las uñas azules, pero el tormento no cesaba, no podía escapar hacia la inconciencia.

Túnicas y togas susurraban a mi alrededor. Olí perfume, colonia, jabón, sentí manos fuertes en los brazos, en las piernas y en los costados. Cuando quisieron levantarme, una punzada me perforó la espalda y la nuca.

7

Habían ordenado al gran inquisidor que compareciera con su asistente para una audiencia papal a las ocho, hora del Vaticano. A las 07.52, su VEM negro llegó a la entrada de la Vía del Belvedere. El inquisidor y su asistente, el padre Farrell, pasaron por portales detectores y sensores manuales, primero en el registro de la Guardia Suiza, luego en la estación de la Guardia Palatina y al fin en el puesto de la recién constituida Guardia Noble.

El cardenal John Domenico Mustafa, el gran inquisidor, dirigió una sutil mirada a su asistente mientras pasaban este último puesto. La Guardia Noble parecía consistir en gemelos clonados, hombres y mujeres delgados de cabello lacio, tez cetrina y mirada muerta. Un milenio atrás, como bien sabía Mustafa, la Guardia Suiza era la fuerza mercenaria del papa, la Guardia Palatina consistía en lugareños de confianza, siempre romanos de nacimiento, que brindaban una guardia de honor a Su Santidad en sus apariciones públicas, y la Guardia Noble se integraba con aristócratas, como recompensa papal por su lealtad. Hoy la Guardia Suiza era la élite de las fuerzas regulares de la flota, los palatinos habían sido reinstaurados sólo un año antes por el papa Julio XIV y ahora el papa Urbano parecía confiar su segundad personal a esta extraña hermandad de la nueva Guardia Noble.

El gran inquisidor sabía que los gemelos de la Guardia Noble eran clones, primeros prototipos de la legión secreta, vanguardias de una nueva fuerza de combate solicitada por el papa y su secretario de Estado y diseñada por el Núcleo. El inquisidor había pagado un alto precio por esta información, y sabía que su posición, tal vez su vida, correrían peligro si Lourdusamy o Su Santidad descubrían lo que él sabía.

Tras atravesar los puestos de guardia, mientras el padre Farrell se alisaba la sotana después del cacheo, el cardenal Mustafa ahuyentó con un gesto al asistente papal que se ofreció para conducirlos arriba. El cardenal abrió la puerta del antiguo ascensor que los llevaría a los aposentos papales.

Esta entrada privada comenzaba en el subsuelo, pues el Vaticano reconstruido se hallaba en una colina, con la entrada de la Vía del Belvedere debajo del subsuelo habitual. Subiendo en esa jaula crujiente, donde el padre Farrell acariciaba nerviosamente su pizarra y su carpeta, el gran inquisidor se distendió al pasar el patio de San Dámaso, en la planta baja. Dejaron atrás el segundo piso, con los suntuosos apartamentos Borgia y la Capilla Sixtina, así como los aposentos papales oficiales, la Sala Consistorial, la biblioteca, la sala de audiencias y las bellas habitaciones de Rafael. En el tercer piso se detuvieron y se abrieron las puertas del ascensor.

El cardenal Lourdusamy y su ayudante, monseñor Lucas Oddi, movieron la cabeza y sonrieron.

—Domenico —dijo Lourdusamy, cogiendo la mano del gran inquisidor y apretándola con fuerza.

—Simón Augustino —dijo el gran inquisidor con una inclinación. Conque el secretario de Estado estaría presente. Mustafa lo había sospechado y temido. Saliendo del ascensor y caminando con los demás hacia los aposentos privados del papa, el gran inquisidor echó una ojeada a las oficinas de la Secretaría de Estado y por enésima vez envidió el acceso de este hombre al papa.

El papa recibió al grupo en la ancha e iluminada galería que conectaba la Secretaría de Estado con los dos pisos de habitaciones que constituían el dominio privado de Su Santidad. El serio pontífice sonreía. Usaba una sotana con capa blanca y un *zuchetto* blanco en la cabeza, con una faja blanca en la cintura. Sus zapatos blancos susurraban en los pisos de mosaico.

—Ah, Domenico —dijo el papa Urbano XVI, extendiendo la mano—. Simón, qué amable eres al venir.

El padre Farrell y monseñor Oddi esperaron de rodillas hasta que el Santo Padre les permitió besar el anillo de san Pedro.

Su Santidad tenía buen aspecto, pensó el gran inquisidor, sin duda más joven y descansado que antes de su muerte más reciente. La alta frente y los ojos flamígeros eran los mismos, pero Mustafa notó que esa mañana el papa resucitado tenía un aire más enérgico y satisfecho.

—Estábamos a punto de dar nuestro paseo matinal por el jardín —dijo Su Santidad—. ¿Queréis acompañarnos?

Los cuatro hombres asintieron y siguieron el rápido andar del papa mientras él recorría la galería y subía por las lisas y anchas escaleras hasta la azotea. Los asistentes personales de Su Santidad mantenían la distancia, los guardias suizos de la entrada del jardín permanecían rígidos, la mirada fija. Lourdusamy y el gran inquisidor caminaban a sólo un paso del Santo Padre, mientras monseñor Oddi y el padre Farrell iban dos pasos atrás.

Los jardines papales consistían en un laberinto de pérgolas con flores, fuentes cantarinas, setos perfectamente podados y árboles con pajareras de trescientos mundos de Pax, senderos de piedra y maravillosos arbustos florecientes. Un campo de contención fuerza diez —transparente desde este lado, opaco para los observadores externos— brindaba intimidad y protección. El cielo de Pacem estaba despejado y radiante.

—¿Alguien recuerda cuando nuestro cielo era amarillo? —preguntó Su Santidad mientras caminaban por el sendero.

El cardenal Lourdusamy rió sonoramente entre dientes.

—Ah, sí. Recuerdo cuando el cielo tenía ese amarillo enfermizo y el aire era irrespirable. Hacía un frío continuo y la lluvia no cesaba nunca. Pacem era entonces un mundo marginal, el único motivo por el cual la Hegemonía permitió que la Iglesia se instalara aquí.

El sonriente papa Urbano XVI señaló el cielo azul y la cálida luz del sol.

—Así que hubo algunas mejoras durante nuestro tiempo de servicio, ¿eh, Simón Augustino?

Ambos cardenales rieron suavemente. Habían atravesado la azotea, y Su Santidad cogió otro sendero por el centro del jardín. Los dos cardenales y sus asistentes siguieron en fila al pontífice. De pronto Su Santidad se detuvo y giró. Una fuente gorgoteaba a sus espaldas.

—¿Sabéis que la fuerza de ataque de la almirante Aldikacti se ha trasladado más allá de la Gran Muralla? —preguntó con toda seriedad.

Ambos cardenales asintieron.

—Esta es sólo la primera de muchas incursiones —dijo el Santo Padre—. No lo esperamos ni lo predecimos... lo sabemos.

El director del Santo Oficio y el secretario de Estado y sus asistentes aguardaron.

El papa los miró uno por uno.

—Esta tarde, amigos míos, pensamos viajar a Castel Gandolfo.

El gran inquisidor se abstuvo de mirar arriba, sabiendo que el asteroide papal no sería visible durante el día. Sabía que el pontífice empleaba el plural mayestático y no los estaba invitando a acompañarlo.

—Allí rezaremos y meditaremos varios días mientras preparamos nuestra siguiente encíclica —continuó el papa—. Se llamará *Redemptor Hominis* y será el documento más importante de nuestra gestión como pastores de nuestra Santa Madre Iglesia.

El gran inquisidor inclinó la cabeza. *El redentor de la humanidad*, pensó. *Podría ser sobre cualquier cosa.*

Cuando el cardenal Mustafa alzó la mirada, Su Santidad sonreía como si le leyera los pensamientos.

—Será sobre nuestra sagrada obligación de mantener humana la humanidad, Domenico. Ampliará y aclarará lo que se ha dado en conocer como nuestra Encíclica de la Cruzada. Definirá el deseo... mejor dicho, el mandamiento de Nuestro Señor de que la humanidad conserve forma y semblanza de humanidad, y no se contamine con mutaciones y mutilaciones deliberadas.

—La solución final para el problema éxter —murmuró el cardenal Lourdusamy.

Su Santidad asintió con impaciencia.

—Eso y mucho más. *Redemptor Hominis* analizará el papel de la Iglesia en la definición del futuro, queridos amigos. En cierto sentido, sentará las bases para los

próximos mil años.

Madre misericordiosa, pensó el gran inquisidor.

—Pax ha sido un instrumento útil —continuó el Santo Padre—, pero en los días, meses y años venideros, echaremos los cimientos de una mayor participación de la Iglesia en la vida cotidiana de todos los cristianos.

Sometiendo los mundos de Pax a un control más estricto, interpretó el gran inquisidor, la cabeza gacha. *¿Pero cómo, con qué mecanismo?*

El papa Urbano XVI sonrió de nuevo. El cardenal Mustafa notó una vez más que las sonrisas del Santo Padre nunca afectaban sus ojos doloridos y cautelosos.

—Con el lanzamiento de la encíclica —dijo Su Santidad— se percibe más claramente el papel que prevemos para el Santo Oficio, para nuestro servicio diplomático y para entidades e instituciones tan desaprovechadas como el Opus Dei, la Comisión Pontificia de Justicia y Paz y el Cor Unum.

El gran inquisidor trató de ocultar su sorpresa. ¿Cor Unum? La Comisión Pontificia, oficialmente conocida como Pontificum Consilium «Cor Unum» de Humana et Christiana Progressione Fovenda, había sido apenas un comité impotente durante siglos. Mustafa tenía que pensar para recordar a su presidente... la cardenal Du Noyer, creía. Una burócrata menor. Una anciana que nunca había figurado en la política del Vaticano. ¿Qué demonios sucede aquí?

—Es una época interesante —comentó el cardenal Lourdusamy.

—Ya lo creo —concedió el gran inquisidor, recordando la vieja maldición china a ese efecto.

El papa echó a andar de nuevo y los cuatro se dieron prisa para alcanzarlo. Una brisa atravesó el campo de contención e hizo ondular los capullos dorados de un roblesanto esculpido.

—Nuestra nueva encíclica se encargará también del creciente problema de la usura en nuestro tiempo —dijo Su Santidad.

El gran inquisidor casi se paró en seco. Tuvo que dar un rápido paso para seguir andando, pero le costó mantener una expresión neutra. Casi podía sentir la conmoción del padre Farrell.

¿Usura?, pensó. La iglesia ha sido estricta al regular el comercio de PAX y Pax Mercantilus durante tres siglos, pues no deseaba un retorno a los días del capitalismo puro, pero la mano del control ha sido leve. ¿Ésta es una maniobra para someter toda la vida política y económica al control de la Iglesia ¿Julio... Urbano... está dispuesto a abolir la autonomía civil de Pax y la libertad de comercio de Mercantilus en estos tiempos tardíos? ¿Y cuál es la posición de las fuerzas armadas en todo esto?

Su Santidad se detuvo junto a un hermoso arbusto de capullos blancos y hojas azules y brillantes.

—Nuestra genciana iliria florece bien aquí —murmuró—. Fue un presente del arzobispo Poske, de Galabia Pescassus.

Usura, pensó el confundido inquisidor. *Pena de excomunión, pérdida del cruciforme por violación de estrictos controles del comercio y las ganancias. Intervención directa del Vaticano. Madre de Dios.*

—Pero no es por eso que os invitamos aquí —dijo el papa Urbano XVI—. Simón Augustino, ¿serías tan amable de explicar al cardenal Mustafa el dato inquietante que recibiste ayer?

Saben que tenemos bioespías, pensó Mustafa, aterrado. El corazón le latía con fuerza. *Saben que tenemos agentes, y que el Santo Oficio intenta establecer contacto directo con el Núcleo, que hemos sondeado a los cardenales antes de la elección... todo.* Mantuvo la expresión apropiada, alerta, interesada, alarmada sólo en un sentido profesional ante el uso de la palabra «inquietante» por parte del Santo Padre.

El corpulento cardenal Lourdusamy pareció aumentar de tamaño. Sus tonantes palabras parecían surgir del pecho o del vientre más que de la boca. En contraste, monseñor Oddi le recordaba a Mustafa los espantajos de los campos de su juventud, en el mundo agrícola de Renacimiento Menor.

—El Alcaudón ha reaparecido —dijo el cardenal.

¿El Alcaudón? ¿Qué tiene que ver eso con...? El perspicaz Mustafa estaba desorientado y no lograba aprehender todos los matices y revelaciones. Aún sospechaba una trampa. Comprendiendo que el secretario de Estado había hecho una pausa y esperaba una respuesta, el gran inquisidor murmuró:

—¿Pueden las autoridades militares de Hyperion ocuparse de él, Simón Augustino?

—Ese demonio no ha reaparecido en Hyperion, Domenico —aclaro Lourdusamy, moviendo la papada.

Mustafa manifestó la sorpresa adecuada. *Por el interrogatorio del cabo Kee sé que el monstruo apareció en Bosquecillo de Dios hace cuatro años estándar, supuestamente en un intento de frustrar el asesinato de la niña llamada Aenea. Para obtener esa información, tuve que organizar la falsa muerte y el secuestro de Kee después de su reasignación a la flota. ¿Ellos lo saben? ¿Y por qué contármelo ahora?* El gran inquisidor aún esperaba que la espada metafórica cayera sobre su cuello muy real.

—Hace ocho días estándar —continuó Lourdusamy— una criatura monstruosa que sólo podía ser el Alcaudón apareció en Marte. La lista de muertes... muertes verdaderas, pues la criatura arranca el cruciforme del cuerpo de sus víctimas... ha sido muy elevada.

—Marte —repitió estúpidamente el cardenal Mustafa. Miró al Santo Padre buscando una explicación, una guía, incluso la condena que temía, pero el pontífice

examinaba los pimpollos de un rosal. El padre Farrell avanzó un paso, pero el gran inquisidor detuvo a su asistente—. ¿Marte? —repitió. Hacía décadas que no se sentía tan tonto y mal informado, quizá siglos.

Lourdusamy sonrió.

—Sí... uno de los mundos terraformados del sistema de Vieja Tierra. FUERZA tenía allí su centro de mando antes de la Caída, pero ese mundo es de poca utilidad o importancia dentro de Pax. Demasiado alejado. No hay motivos para que tú lo supieras, Domenico.

—Sé donde está Marte —dijo el gran inquisidor, con voz un poco más chillona de lo que se proponía—. Pero no entiendo cómo el Alcaudón puede estar allí.

¿Y qué demonios tiene que ver conmigo?

Lourdusamy asintió.

—Es verdad que, por lo que sabemos, el demonio Alcaudón nunca salió del mundo de Hyperion. Pero no hay dudas. Esta ola de terror en Marte... La gobernadora ha declarado un estado de emergencia y el arzobispo Robeson ha solicitado personalmente la ayuda de Su Santidad.

El gran inquisidor se frotó el cuello y asintió con la cabeza preocupadamente.

—La flota de Pax...

—Ya se han despachado elementos de la flota que se hallaban en el Viejo Vecindario, desde luego —dijo el secretario de Estado.

El supremo pontífice apoyaba la mano en la rama nudosa y diminuta de un árbol bonsai, como si le diera la bendición. No parecía estar escuchando.

—Las naves tendrán un complemento de infantes y guardias suizos —continuó Lourdusamy—. Esperamos que sometan y/o destruyan a la criatura.

Mi madre me enseñó a no confiar en nadie que usara la expresión «y/o», pensó Mustafa.

—Desde luego —dijo—. Diré una misa con esa plegaria en mente.

Lourdusamy sonrió. El Santo Padre dejó de mirar el árbol diminuto.

—Precisamente —dijo Lourdusamy, y en esas sílabas Mustafa oyó el ruido del gato gordo saltando sobre el desdichado ratón—. Coincidimos en que este asunto concierne más a la fe que a la flota. El Alcaudón, tal como se le reveló al Santo Padre hace más de dos siglos, es realmente un demonio, tal vez el principal agente del Oscuro.

Mustafa sólo pudo asentir con un gesto.

—Entendemos que sólo el Santo Oficio está realmente instruido, equipado y preparado, tanto espiritual como materialmente, para investigar esta aparición y para salvar a los desdichados hombres, mujeres y niños de Marte.

Joder, pensó el cardenal John Domenico Mustafa, gran inquisidor y prefecto de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, también conocida como Suprema

Congregación de la Santa Inquisición del Error Herético. Automáticamente ofreció un acto de contrición mental por esta obscenidad.

—Entiendo —dijo en voz alta, sin entender nada pero admirando el ingenio de sus enemigos—. Nombraré de inmediato una comisión...

—No, no, Domenico —dijo Su Santidad, tocándole el brazo—. Debes ir de inmediato. Esta materialización del demonio amenaza todo el Cuerpo de Cristo.

—Ir... —repitió estúpidamente Mustafa.

—Hemos requisado una nave estelar arcángel de la flota de Pax, una de las más nuevas —dijo Lourdusamy—. Tendrá veintiocho tripulantes, pero puedes llevar hasta veintiún miembros de tu personal y servicio de seguridad... además de ti mismo, por cierto.

—Por supuesto —dijo el cardenal Mustafa, y sonrió—. Sí.

—La flota está batallando con los agentes corpóreos de Satán, los éxters, en este mismo instante —tronó Lourdusamy—. Pero esta amenaza demoníaca debe ser enfrentada, y derrotada, por el poder sagrado de la Iglesia misma.

—Sí —repitió el gran inquisidor. *Marte*, pensó. *El trasero del universo civilizado. Hace tres siglos habría podido usar la ultralínea, pero ahora estaré fuera de contacto mientras me retengan allá. Sin información. Sin modo de dirigir a los míos. Y el Alcaudón... si el monstruo aún es controlado por la blasfema Inteligencia Máxima del Núcleo, tal vez esté programado para matarme en cuanto llegue. Brillante*—. Por cierto, Santo Padre, ¿cuándo partiré? Si pudiera contar con algunos días o semanas para ordenar los asuntos del Santo Oficio en...

El papa sonrió y le estrujó el brazo.

—El arcángel aguarda para transportarte hoy mismo con el contingente que elijas, Domenico. Dicen que lo óptimo sería dentro de seis horas.

—Por supuesto —repitió el cardenal Mustafa por última vez. Se arrodilló para besar el anillo papal.

—Dios te acompañe y te proteja siempre —dijo el Santo Padre, tocando la cabeza inclinada del cardenal mientras pronunciaba una bendición más formal en latín.

Besando el anillo, saboreando la fría amargura de la piedra y el metal, el gran inquisidor admiró mentalmente la astucia de aquellos a quienes había querido vencer en ingenio.

El padre capitán De Soya no tuvo la oportunidad de hablar con el sargento Gregorius hasta los últimos minutos del primer salto del *Rafael* más allá del Confín.

Este primer salto era un ejercicio en un sistema inexplorado a veinte años-luz de la Gran Muralla. Como Epsilon Eridani, la estrella de este sistema era un sol tipo K; a diferencia de la enana naranja de Eridani, este sol tipo K era una estrella gigante tipo Arcturus.

El grupo de ataque GEDEÓN se trasladó sin incidentes, los nuevos nichos de resurrección de dos días funcionaron perfectamente y el tercer día encontró a los siete arcángeles desacelerando en el sistema de la gigante, realizando juegos de guerra tácticos con nueve naves-antorcha clase Hawking. Se había ordenado a las naves-antorcha que se ocultaran dentro del sistema. La misión de los arcángeles eran hallarlas y destruirlas.

Tres de las naves-antorcha estaban en el interior de la nube de Oort, flotando en medio de los protocometas de la región, los motores apagados, las comunicaciones silenciadas, los sistemas internos al mínimo. El *Uriel* las detectó a una distancia de 0,86 años-luz y lanzó tres Hawking virtuales hipercinéticos. De Soya estaba con los otros seis capitanes en el espacio táctico, con el sol del sistema a la altura del cinturón y las estelas de doscientos kilómetros de siete motores de fusión arcángel como diamantes sobre vidrio negro. Brumosos holos se formaban y desmaterializaban en la nube de Oort, rastreando teóricos proyectiles hipercinéticos mientras salían del espacio Hawking, buscaban las naves-antorcha y registraban dos bajas virtuales y un «graves averías seguras, alta probabilidad de destrucción» en el tablero táctico.

Este sistema no tenía planetas, pero cuatro de las naves-antorcha restantes acechaban en el disco de acreción planetaria, a lo largo del plano de la eclíptica. El *Remiel*, el *Gabriel* y el *Rafael* atacaron a larga distancia y registraron bajas antes que los sensores de las naves-antorcha pudieran detectar la presencia de los arcángeles intrusos.

Las dos últimas naves-antorcha se ocultaban en la heliosfera de la estrella tipo K, escudándose en campos de contención clase diez y expulsando calor por monofilamentos de medio millón de kilómetros de longitud. La flota de Pax no aprobaba este tipo de maniobra durante los enfrentamientos simulados, pero De Soya tuvo que admirar la audacia de los comandantes de las naves; era la clase de cosa que él habría hecho una década antes.

Estas últimas naves-antorcha salieron de la estrella K a toda velocidad, sus campos expulsando calor en el espectro visible, dos ardientes protoestrellas escupidas por su enorme madre, tratando de aproximarse al grupo de ataque que surcaba el sistema a tres cuartos de la velocidad de la luz. El arcángel más próximo, el *Sariel*, las destruyó sin reducir la potencia del campo Bussard que debía mantener a cien kilómetros de la proa para despejar el camino en el sistema abarrotado de moléculas. Esas terribles velocidades cobraban un terrible precio si los campos fallaban un instante.

Luego, mientras la almirante Aldikacti protestaba por ese resultado «probable» en la nube de Oort, la fuerza de ataque desaceleró en un gran arco alrededor de la gigante tipo K para que los capitanes y ejecutivos se reunieran en el espacio táctico y deliberasen sobre la simulación antes de que las naves de GEDEÓN se trasladaran al

espacio éxter.

De Soya consideraba estas conferencias un estímulo para la soberbia: una treintena de hombres y mujeres con el uniforme de Pax, de pie como gigantes —en este caso, sentados como gigantes, pues usaban el plano de la eclíptica como mesa virtual—, comentando bajas, estrategias, errores del equipo y tasas de adquisición de blancos mientras el sol tipo K ardía en el centro del espacio y las naves magnificadas se desplazaban en sus lentas elipses newtonianas como rescoldos ardiendo en terciopelo negro.

Durante la conferencia de tres horas, se decidió que la «baja probable» era inaceptable y tenían que haber disparado un abanico de hipercinéticos pilotados por IAs contra blancos tan difíciles, recobrando los proyectiles no utilizados una vez que las tres bajas fueran seguras. Siguió una discusión sobre elementos desechables, tasas de fuego y ecuaciones de matanza, conservación y reserva en una misión como ésta, donde no habría reabastecimiento. Se decidió una estrategia por la cual uno de los arcángeles entraría en cada sistema treinta minutos-luz antes que los demás, sirviendo como «punta» para atraer la detección de sensores y ECM; otro seguiría media hora-luz detrás, barriendo todos los «probables».

Al cabo de un día de veintidós horas transcurrido principalmente en puestos de combate, y con todos los tripulantes luchando contra los conflictos emocionales posresurrección, el *Uriel* irradió las coordenadas de un sistema infestado de éxters. Los siete arcángeles aceleraron hacia el punto de traslación, y el padre capitán De Soya recorrió la nave para hablar con su nueva tripulación. Dejó al sargento Gregorius y sus cinco guardias suizos para el final.

Una vez, durante su larga persecución de la niña llamada Aenea, y tras compartir vanos meses en la vieja *Rafael*, el padre capitán De Soya se cansó de llamar «sargento Gregorius» al sargento Gregorius, y buscó los antecedentes del hombre para descubrir su nombre de pila. El sorprendido De Soya descubrió que el sargento no tenía nombre de pila. El corpulento suboficial se había criado en el continente septentrional del mundo pantanoso de Patawpha, en una cultura guerrera donde todos nacían con ocho nombres —siete de ellos «nombres de debilidad»— y donde sólo los supervivientes de las «siete pruebas» tenían el privilegio de desechar los nombres de debilidad para ser conocidos sólo por su «nombre de fuerza». La IA de la nave explicó que entre los guerreros que intentaban las «siete pruebas» sólo uno de cada tres mil sobrevivía y lograba desechar todos los nombres de debilidad. El ordenador no tenía información acerca de la naturaleza de las pruebas. Además, los registros mostraban que Gregorius era el primer escocés-maorí de Patawpha que había llegado a ser un infante condecorado en la flota, luego seleccionado para la Guardia Suiza. De Soya siempre había querido preguntar al sargento qué eran las «siete pruebas»,

pero nunca se había armado de coraje.

Ese día, cuando De Soya bajó por el pozo de cero g y pasó por la sala de recreo, el sargento Gregorius parecía tan feliz de verlo que parecía dispuesto a abrazar al padre capitán. En cambio, enganchó los pies descalzos bajo una barra, se cuadró y gritó:

—¡Oficial en cubierta!

Sus cinco soldados abandonaron sus ocupaciones —lectura, aseo o limpieza de campo— y trataron de plantarse en el piso. Pizarras, revistas, cuchillos, armaduras y rifles energéticos quedaron flotando en la sala.

De Soya saludó al sargento y pasó revista a los cinco comandos, tres varones, dos mujeres, todos muy jóvenes. Eran flacos, musculosos, diestros en cero g y obviamente aptos para la lucha. Todos eran veteranos. Todos se habían distinguido y por eso los habían escogido para esta misión. De Soya vio su ansia de combatir y eso lo entristeció.

Después de las presentaciones y las charlas, De Soya le indicó a Gregorius que lo siguiera y se elevó a la sala de lanzamiento. Cuando estuvieron a solas, el padre capitán extendió la mano.

—Maldición, sargento, qué gusto verle.

Gregorius le estrechó la mano y sonrió. La cara cuadrada y llena de cicatrices, el pelo al rape, eran iguales, y la sonrisa era tan ancha y brillante como la recordaba De Soya.

—El gusto es mío, padre capitán. ¿Y desde cuándo un sacerdote maldice, señor?

—Desde que está al mando de esta nave, sargento. ¿Cómo está usted?

—Bien, señor. Perfectamente.

—Usted luchó en la Incursión de San Antonio y Saliente de Sagitario. ¿Estaba con el cabo Kee cuando murió?

El sargento Gregorius se frotó la barbilla.

—Negativo, señor. Estuve en Saliente hace dos años, pero nunca vi a Kee. Supe que habían derribado su transporte. También tenía otro par de amigos a bordo de esa nave, señor.

—Lo lamento —dijo De Soya. Los dos flotaban cerca de un compartimiento de hipercinéticos. El padre capitán cogió un cabo y se reclinó para mirar a Gregorius a los ojos—. ¿Le fue bien con el interrogatorio, sargento?

Gregorius se encogió de hombros.

—Me retuvieron en Pacem unas semanas, señor. Repetían las mismas preguntas de varias maneras. No parecían creer mi versión de lo que pasó en Bosquecillo de Dios... la mujer demonio, el Alcaudón. Al fin se cansaron de hacerme preguntas, me degradaron a cabo y me embarcaron.

De Soya suspiró.

—Lo lamento, sargento. Yo lo había recomendado para un ascenso y una condecoración. —Rió con amargura—. No le sirvió de mucho. Tenemos suerte de que no nos excomulgaran y ejecutaran.

—Así es, señor —dijo Gregorius, mirando el campo estelar por la escotilla—. No estaban conformes con nosotros, sin duda. ¿Y usted, señor? Oí decir que le habían quitado el mando.

De Soya sonrió.

—Volví a ser cura de parroquia.

—En un mundo desértico, sucio y árido, oí decir. Un lugar donde la orina se vende a diez marcos la bota.

—Es verdad —dijo De Soya, sin dejar de sonreír—. Madre de Dios, mi mundo natal.

—Mierda, señor —dijo el sargento, cerrando las manazas con embarazo—. No quería faltarle el respeto, señor. Es decir... yo no...

De Soya le tocó el hombro.

—No se preocupe, sargento. Usted tiene razón. La orina se vende, pero no a diez marcos la bota sino a quince.

—Sí, señor —dijo Gregorius, ruborizándose.

—Otra cosa, sargento.

—Sí, señor.

—Serán quince avemarías y diez padrenuestros por ese exabrupto escatológico. Recuerde que todavía soy su confesor.

—Sí, señor.

La implantación de De Soya vibró al tiempo que los comunicadores de a bordo tintineaban.

—Treinta minutos para traslación —dijo el padre capitán—. Ponga a su gente en sus nichos, sargento. El próximo salto va en serio.

—A la orden, señor. —El sargento pateó para abrir pero se detuvo un instante—. ¿Padre capitán?

—Sí, sargento.

—Es sólo una sensación, señor —dijo el guardia suizo, frunciendo el ceño—, pero he aprendido a confiar en mi instinto.

—Yo también he aprendido a confiar en su instinto, sargento. ¿De qué se trata?

—Cuídese la espalda, señor —dijo Gregorius—. Es decir... nada concreto. Pero cuídese la espalda.

—De acuerdo —dijo el padre capitán. Esperó a que Gregorius estuviera de vuelta en la sala de recreo y cerrara la compuerta y se dirigió a su diván de muerte y nicho de resurrección.

El sistema de Pacem estaba congestionado: tráfico de Mercantilus, naves de Pax, hábitats enormes como el Torus Mercantilus, bases militares y puestos de escucha, asteroides desplazados y terraformados como Castel Gandolfo, ciudades orbitales de bajo alquiler para los millones ansiosos de estar cerca del centro del poder pero demasiado pobres para pagar las tarifas exorbitantes de Pacem, y la mayor concentración de naves privadas del universo conocido. Por eso, cuando M. Kenzo Isozaki, gerente general y presidente del Consejo Ejecutivo de la Liga Pancapitalista de Organizaciones Católicas Independientes de Comercio Transestelar deseaba estar totalmente a solas, tenía que pedir una nave particular y viajar treinta y dos horas en alta gravedad para alejarse de la estrella de Pacem.

Aun la elección de una nave había sido un problema. Pax Mercantilus mantenía una pequeña flota de costosas lanzaderas ejecutivas, pero Isozaki sospechaba que a pesar de sus intentos de eliminar los dispositivos de espionaje, todas estaban comprometidas. Para esta cita había pensado en desviar un carguero de Mercantilus que circulaba por las rutas comerciales entre cúmulos orbitales, pero sospechaba que sus enemigos —el Vaticano, el Santo Oficio, los servicios de inteligencia de Pax, el Opus Dei, los rivales internos de Mercantilus y muchos otros— estaban dispuestos a plantar esos dispositivos en toda la vasta flota comercial de Mercantilus.

Al final, Kenzo Isozaki se había disfrazado, había ido a los embarcaderos públicos del Torus, había comprado un antiguo saltador asteroidal y había pedido a la IA ilegal de su comlog que condujera la nave hacia la eclíptica. Durante el viaje, su nave fue detenida seis veces por patrullas de seguridad y puestos de Pax, pero el saltador tenía licencia, había rocas en el sitio al que él se dirigía —explotadas una y otra vez, por cierto, pero aun así destinos legítimos para un minero desesperado— y lo dejaron pasar sin interrogatorios personales.

Todo esto le parecía una melodramática pérdida de su valioso tiempo. Habría recibido a su contacto en su oficina del Torus si su contacto hubiera aceptado. El contacto no había aceptado, e Isozaki tuvo que admitir que habría viajado hasta Aldebarán para esta reunión.

Treinta y dos horas después de dejar el Torus, el saltador anuló su campo de contención interna, vació su tanque de alta gravedad y lo despertó. El ordenador de la nave era demasiado estúpido para hacer algo más que darle coordenadas y lecturas sobre las rocas locales, pero la IA ilegal del comlog escrutó la región en busca de naves —apagadas o activas— y declaró que esa esfera del sistema del espacio de Pacem estaba vacía.

—¿Y cómo ha llegado aquí si no hay nave? —masculló Isozaki.

—El único modo es por medio de una nave, señor —dijo la IA—. A menos que ya esté aquí, lo cual parece improbable, dado que...

—Silencio —ordenó Kenzo Isozaki. Se sentó en la penumbra de la burbuja de

mando del saltador, impregnada de olor a lubricante, y observó el asteroide que estaba a medio kilómetro. El saltador y el asteroide coincidían en sus giros, así que lo que parecía moverse era el campo estelar de Pacem. Aparte del asteroide, allí no había más que vacío, radiación dura y frío silencio.

De pronto sonó un golpe en la puerta externa de la cámara de presión.

8

Mientras se realizaban estos desplazamientos de tropas, mientras grandes flotas de naves negras abrían agujeros en el continuo espacio-temporal del cosmos, en el preciso instante en que el gran inquisidor de la Iglesia fue despachado a Marte y el máximo ejecutivo de Pax Mercantilus asistía a una cita secreta en el espacio con un interlocutor no humano, yo yacía en cama con un dolor tremendo en la espalda y el vientre.

El dolor es interesante y desconcertante. Pocas cosas en la vida nos exigen una atención tan excluyente, y pocas cosas son más aburridas como tema de conversación o lectura.

Este dolor era totalmente absorbente. Quedé asombrado por su carácter implacable y dominante. Durante las horas de dolor que había sufrido y sufriría, intenté concentrarme en mi entorno, pensar en otras cosas, tratar con la gente que me rodeaba, incluso hacer sencillas tablas de multiplicación en mi cabeza, pero el dolor se introducía en todos los compartimientos de mi conciencia como acero fundido en las fisuras de un crisol rajado.

Percibía vagamente estas cosas: estaba en un mundo que mi comlog identificaba como Vitus-Gray-Balianus B y el dolor me había atacado cuando tomaba agua de una fuente; una mujer vestida con túnica azul, con las uñas de los pies pintadas de azul, había llamado a otras personas vestidas de azul y esas personas me habían llevado a la casa de adobe donde seguí combatiendo el dolor en una cama mullida; había varias personas más en la casa, otra mujer con un vestido azul y un pañuelo en la cabeza, un hombre más joven que también usaba túnica azul y turbante, por lo menos dos niños, también vestidos de azul; esas generosas personas no sólo habían tolerado mis gemidos de disculpa y mis gemidos de dolor, sino que me hablaban constantemente, me acariciaban, me ponían compresas húmedas en la frente, me habían quitado las botas, los calcetines y el chaleco, y seguían susurrándome palabras alentadoras en su suave dialecto mientras yo intentaba conservar la dignidad en medio de las punzadas que sentía en la espalda y el abdomen.

Varias horas después —vi por la ventana que el cielo azul se había puesto rosado — la mujer que me había encontrado cerca de la fuente dijo:

—Ciudadano, hemos pedido ayuda al sacerdote misionero y él ha ido a buscar un médico en la base de Pax de Bombasino. Por alguna razón, todos los deslizadores y demás aeronaves de Pax están ocupados, así que el sacerdote y el médico, siempre que el médico venga, deben viajar cincuenta pujos río abajo, pero con suerte estarán aquí antes del amanecer.

Yo no sabía cuánto era un pujo ni cuánto se tardaba en recorrer cincuenta, ni siquiera cuánto duraba la noche en ese mundo, pero la idea de que podía haber un final para mi sufrimiento bastó para hacerme lagrimear.

—Por favor —susurré sin embargo—, ningún doctor de Pax.

La mujer me apoyó dedos frescos en la frente.

—Es preciso. Ya no hay médico en Lamonde. Tememos que mueras sin ayuda médica.

Gemí y rodé en la cama. El dolor me atravesó como un alambre caliente. Un médico de Pax sabría de inmediato que yo era un forastero y presentaría un informe a la policía o los militares —siempre que el «cura misionero» no lo hubiera hecho ya— y seguramente me interrogarían y detendrían. Mi misión para Aenea terminaba prematuramente y con un fracaso. Cuando el viejo poeta, Martin Silenus, me había enviado en esta odisea cuatro años y medio antes, había brindado con champán: «Por los héroes.» Si hubiera sabido cuan lejos de la realidad estaba ese brindis... Tal vez lo sabía.

La noche pasó con glacial lentitud. Varias veces las dos mujeres pasaron a mirarme y los niños, con batas azules que quizá fueran ropa de dormir, se asomaron varias veces desde el pasillo oscuro. No usaban toca y vi que la niña tenía el cabello rubio, como Aenea cuando nos habíamos conocido, cuando ella tenía casi doce años y yo veintiocho. El niño —menor que la niña, que debía ser su hermana— se veía especialmente pálido y tenía la cabeza rapada. Cada vez que se asomaba, movía los dedos en un tímido saludo. Entre las oleadas de dolor, yo devolvía el saludo débilmente pero, cada vez que abría los ojos para mirar, el niño se había ido.

El médico no había llegado al amanecer, y me venció la desesperanza. No podía resistir este terrible dolor una hora más. Sabía por instinto que si las amables personas de esa casa tuvieran un analgésico me lo habrían dado. Había pasado la noche tratando de pensar en las cosas que llevaba en el kayak, pero los únicos medicamentos eran desinfectante y aspirinas. Estas no servirían de nada contra esta marejada de dolor.

Decidí resistir otros diez minutos. Me habían quitado el comlog de pulsera y lo habían puesto en un reborde de adobe cerca de la cama, pero yo no había pensado en medir las horas de la noche con él. Logré recobrarlo, mientras el dolor me traspasaba como un alambre candente, y me lo puse en la muñeca. Le susurré a la IA de la nave:

—¿La función biomonitora aún está activada?

«Sí», dijo el brazalete.

—¿Me estoy muriendo?

«Los signos vitales no son críticos —dijo la nave con su voz inexpresiva—. Pero has sufrido un shock. La presión sanguínea...» Siguió enumerando datos técnicos hasta que le ordené que se callara.

—¿Has deducido qué me ha causado esto? —jadeé. Oleadas de náusea seguían al dolor. Ya había vomitado todo lo que contenía mi estómago, pero las arcadas me doblaban el cuerpo.

«No es incoherente con un ataque de apendicitis», dijo el comlog.

—Apendicitis... ¿Tengo apéndice? —le susurré al brazalete. Esos órganos inservibles se habían eliminado genéticamente tiempo atrás.

«Negativo —dijo el comlog—. Sería muy raro, a menos que fueras un aventurero genético. Las probabilidades en contra...»

—Silencio —susurré.

Las dos mujeres de túnica azul entraron con otra mujer, más alta y delgada, obviamente nacida en otro mundo. Llevaba un mono oscuro con el emblema de la cruz y el caduceo del cuerpo médico de la flota de Pax en el hombro izquierdo.

—Soy la doctora Molina —dijo, abriendo un maletín negro—. Todos los deslizadores de la base realizan maniobras y tuve que venir en bote con el joven que me fue a buscar. —Puso un adhesivo de diagnóstico en mi pecho desnudo y otro en mi vientre—. Y no te halagues pensando que vine hasta aquí por ti... Uno de los deslizadores de la base se estrelló cerca de Keroa Tambat, ochenta kilómetros al sur, y tengo que atender a los tripulantes heridos mientras esperan la evacuación. Nada grave, sólo magulladuras y una pierna rota. No querían retirar un deslizador de las maniobras sólo para eso. —Extrajo un adminículo del maletín y verificó si los adhesivos transmitían—. Y si eres uno de esos espaciales de Mercantilus que desertaron en el puerto hace unas semanas, no creas que podrás sacarme drogas ni dinero. Viajo con dos guardias de seguridad y están esperando fuera. —Se puso unos auriculares—. ¿Cuál es el problema?

Sacudí la cabeza, apreté los dientes cuando una oleada de dolor me desgarró la espalda. Cuando pude, respondí:

—No sé, doctora... mi espalda... náuseas...

Ella me ignoró mientras revisaba el adminículo. Se inclinó y me palpó el lado izquierdo del abdomen.

—¿Eso duele?

Contuve un grito.

—Sí —dije cuando pude hablar.

Ella asintió con un gesto de la cabeza y se volvió hacia la mujer de azul que me había salvado.

—Dígale al sacerdote que me fue a buscar que traiga el maletín más grande. Este hombre está totalmente deshidratado. Necesitamos una intravenosa. Cuando esté lista le administraré la ultramorfina.

Comprobé lo que sabía desde mi infancia, cuando vi a mi madre morir de cáncer: al margen de la ideología y la ambición, más allá del pensamiento y la emoción, sólo

había dolor. Y salvación del dolor. En ese momento habría hecho cualquier cosa por esa ruda y parlanchina doctora de la flota.

—¿Qué es? —le pregunté mientras ella preparaba un frasco y tubos—. ¿De dónde viene este dolor? —Ella tenía en la mano una anticuada jeringa y la estaba llenando con un pequeño frasco de ultramorfina. Si me decía que había contraído una enfermedad fatal y moriría antes del anochecer, no me importaría con tal de que me inyectara el calmante.

—Cálculo renal —dijo la doctora Molina.

Debo haber mostrado mi incomprensión, pues continuó:

—Una piedrecita en el riñón... demasiado grande para pasar... tal vez hecha de calcio. ¿Ha tenido problemas para orinar en los últimos días?

Traté de recordar. Últimamente había bebido poca agua y había atribuido los ocasionales dolores a ese hecho.

—Sí, pero...

—Cálculo renal —repitió, frotándome la muñeca izquierda—. Sentirás un pinchazo. —Insertó la aguja intravenosa y la pegó en su sitio. El pinchazo de la aguja se perdió en la cacofonía de dolor de mi espalda. Extendió el tubo intravenoso y adhirió la jeringa a una punta—. Esto tardará un minuto en surtir efecto. Pero debería eliminar la incomodidad.

Incomodidad. Cerré los ojos para que nadie viera mis lágrimas de alivio. La mujer que me había encontrado junto a la fuente me cogió la mano.

Un minuto después el dolor comenzó a menguar, y su ausencia fue más que bienvenida. Era como si un ruido enorme y terrible se hubiera apagado y ahora pudiera pensar. Recobré el juicio en cuanto el sufrimiento alcanzó los niveles que yo conocía por las heridas de cuchillo y los huesos rotos. Esto era algo que podía afrontar reteniendo mi dignidad y mi identidad. La mujer de azul me acariciaba la muñeca mientras la ultramorfina surtía efecto.

—Gracias —dije con mis labios secos y cuarteados, estrujándole la mano—. Y gracias a usted, doctora Molina.

La doctora Molina se inclinó sobre mí, acariciándome las mejillas.

—Dormirás un rato, pero primero necesito algunas respuestas. No te duermas sin hablar conmigo.

Asentí.

—¿Cómo te llamas?

—Raul Endymion. —Comprendí que no podía mentirle. Debía haber puesto droga de la verdad en el tubo intravenoso.

—¿De dónde eres, Raul Endymion? —Sostenía el dispositivo de diagnóstico como un grabador.

—Hyperion. El continente de Aquila. Mi clan era...

—¿Cómo llegaste a Childe Lamonde en Vitus-Gray-Balianus B, Raul? ¿Eres uno de los espaciales que desertó del carguero de Mercantilus el mes pasado?

—Kayak —me oí decir mientras todo empezaba a distanciarse. Una gran calidez me invadió, casi indistinguible de la sensación de alivio—. Remé río abajo en el kayak. Atravesé el teleyector. No, no soy uno de los espaciales...

—¿Teleyector? —repitió la doctora con asombro—. ¿Qué significa que atravesaste el teleyector, Raul Endymion? ¿Quiere decir que pasaste debajo remando, como nosotros? ¿Que pasaste junto a él viajando río abajo?

—No —respondí—. Lo atravesé. Viniendo de otro mundo.

La doctora miró a la mujer de azul y se volvió de nuevo hacia mí.

—¿Atravesaste el teleyector para venir de otro mundo? ¿Quieres decir que... funciona? ¿Que te teleyectó hacia aquí?

—Sí.

—¿Desde dónde? —preguntó la médica, palpándome el pulso con la mano izquierda.

—Vieja Tierra. Vine de la Tierra.

Floté jubilosamente, libre del dolor, mientras la doctora salía al pasillo para hablar con las mujeres. Oí jirones de conversación.

—Mentalmente desequilibrado, es obvio —decía la doctora—. No pudo haber atravesado el... ilusiones de Vieja Tierra... tal vez uno de esos espaciales, drogado...

—Me alegrará hospedarlo —dijo la mujer de túnica azul—. Lo cuidaré hasta...

—El sacerdote y un guardia se quedarán aquí... —dijo la doctora— Cuando el deslizador médico vaya a Keroa Tambat nos detendremos aquí para recogerlo mientras regresamos a la base... mañana o pasado mañana... no deje que se vaya... tal vez la policía militar desee...

Meciéndome en la creciente ola de júbilo provocada por la ausencia de dolor, me dejé arrastrar por la corriente hacia los brazos del sueño.

Soñé con una conversación que Aenea y yo habíamos entablado unos meses antes. Era una fresca noche estival en el desierto y estábamos sentados en el vestíbulo del refugio, bebiendo té y mirando las estrellas. Habíamos estado hablando de Pax; a cada planteamiento negativo que hacía yo, Aenea respondía con algo positivo. Al fin me enfadé.

—Mira —dije—, hablas de Pax como si no hubiera intentado capturarte y matarte. Como si las naves de Pax no nos hubieran perseguido por todo el brazo en espiral y no nos hubieran derribado en Vector Renacimiento. Si no hubiera sido por ese teleyector...

—No Pax, sino algunos elementos de Pax —murmuró la niña—. Hombres y mujeres que seguían órdenes del Vaticano o de otra parte.

—Bien, pues sólo necesitan algunos elementos para dispararnos y matarnos... —Hice una pausa—. ¿Cómo que del Vaticano o de otra parte? ¿Crees que hay otros que dan las órdenes? ¿Aparte del Vaticano?

Aenea se encogió de hombros en un gesto irritante, una de las más desagradables de sus muy desagradables mañas de adolescente.

—¿Hay otros? —insistí, con tono más brusco del que solía usar con mi joven amiga.

—Siempre hay otros —dijo Aenea con calma—. Tenían razón al tratar de capturarme, Raul. O matarme.

En mi sueño, igual que en la realidad, dejé la taza de té en el piso de piedra del vestíbulo y miré a Aenea.

—¿Estás diciendo que deberían capturarnos y matarnos como animales...? ¿Que tienen ese derecho?

—Claro que no —dijo la niña, cruzándose de brazos mientras el té humeaba en el aire fresco—. Estoy diciendo que Pax tiene razón, desde su perspectiva, al usar medidas extraordinarias para tratar de detenerme.

Sacudí la cabeza.

—No te oí decir nada tan subversivo como para que enviaran escuadrones de naves estelares detrás de ti, pequeña. Lo más subversivo y herético que te oí decir es que el amor es la fuerza básica del universo, como la gravedad o el electromagnetismo. Pero eso es sólo...

—¿Cháchara?

—Una vaguedad.

Aenea sonrió y se acarició el pelo corto.

—Raul, amigo mío, lo que digo no les pone en peligro, sino lo que... lo que enseño al hacer... al tocar.

La miré. Casi había olvidado todos esos comentarios sobre La Que Enseña que su tío Martin Silenus había incluido en sus *Cantos*. Aenea debía ser la mesías que el viejo poeta había profetizado en su largo y confuso poema dos siglos antes, o eso me había dicho él. Hasta ahora no había visto que la niña tuviera pasta de mesías, a menos que contara su viaje a través de la Esfinge de las Tumbas de Tiempo y la obsesión de Pax por capturarla o matarla, una obsesión que me incluía, ya que yo había sido su custodio durante el accidentado viaje hasta Vieja Tierra.

—No te he oído enseñar muchas cosas que sean heréticas o peligrosas —insistí—. Ni te he visto hacer nada que represente una amenaza para Pax. —Señalé la noche, el desierto, los distantes e iluminados edificios de la Hermandad Taliesin, y ahora, en ese sueño de ultramorfina que era más recuerdo que sueño, me vi hacer ese gesto como si observara desde la oscuridad, desde fuera del refugio iluminado.

Aenea sacudió la cabeza y bebió su té.

—Tú no lo ves, Raul, pero ellos sí. Ya se han referido a mí como un virus. Tienen razón... eso es exactamente lo que yo podría ser para la Iglesia. Un virus, como la antigua cepa del HIV en Vieja Tierra o la muerte roja que arrasó el Confín después de la Caída... un virus que invade las células del organismo y reprograma el ADN... o que, al menos, infecta tantas células que el organismo se desmorona, falla... muere.

En mi sueño, flotaba sobre el refugio de lona y piedra como un halcón en la noche, aleteando entre las desconocidas estrellas de Vieja Tierra, viendo a la niña y al hombre sentados a la luz de la lámpara de queroseno como almas perdidas en un mundo perdido. Y eso éramos, precisamente.

Durante dos días floté entre el dolor y la conciencia como un esquife suelto en el mar flotaría entre chubascos y momentos de sol. Bebí gran cantidad de agua que las mujeres de azul me traían en copas de cristal. Iba hasta el retrete dando tumbos y orinaba por un filtro, tratando de atrapar la piedra que me causaba ese sufrimiento intermitente. Nada. Cada vez que regresaba a la cama esperaba que volviera el dolor. Y siempre volvía. Aun en ese momento, comprendí que esto no era el material propio de las aventuras heroicas.

Antes de que la doctora se marchara para viajar hasta donde se había estrellado el deslizador, me dieron a entender que el guardia de Pax y el cura local tenían unidades de comunicaciones y llamarían a la base si yo causaba problemas. La doctora Molina me hizo saber qué sucedería si el comandante de la flota tenía que sacar un deslizador de las maniobras para ir a buscar prematuramente a un prisionero; entretanto, me aconsejó que bebiera mucha agua y orinara cada vez que pudiera. Si la piedra no salía, me llevaría a la enfermería carcelaria de la base y la desintegraría con ondas sónicas. Le dejó cuatro inyecciones de ultramorfina a la mujer de azul y partió sin despedirse. El guardia —un lusiano maduro del doble de mi peso, con una pistola de dardos en su funda y una picana neuronal pórtate-bien en el cinturón— me miró con cara de pocos amigos y volvió a apostarse en la puerta del frente. Dejaré de llamar «la mujer de azul» a la dueña de casa. Durante esas primeras horas de sufrimiento ella sólo había sido eso para mí —aparte de mi salvadora— pero por la tarde del primer día supe que se llamaba Dem Ria, que su primera socia matrimonial era la otra mujer, Dem Loa, que el tercer miembro de su matrimonio tripartito era el hombre joven, Alem Mikail Dem Alem; que la chica adolescente de la casa se llamaba Ces Ambre y era hija de un trinomio anterior de Alem; que ese niño pálido y lampiño que aparentaba ocho años estándar se llamaba Bin Ria Dem Loa Alem y era hijo de este matrimonio, aunque nunca descubrí de cuál de ambas mujeres, y que se estaba muriendo de cáncer.

—Nuestro médico, que murió el mes pasado y no fue reemplazado, envió a Bin a nuestro hospital de Keroa Tambat el invierno pasado, pero sólo pudieron

administrarle radiación y quimioterapia y esperar lo mejor —dijo Dem Ria, sentada junto a mi cama esa tarde. Dem Loa estaba cerca en otra silla. Yo había preguntado por el niño para que la conversación no se centrara en mis problemas. Las túnicas azules de las mujeres resplandecían mientras detrás de ellas un sol rojo como sangre se reflejaba en las paredes de adobe del interior. Cortinas de encaje dividían la luz y las sombras en complejos espacios negativos. Charlábamos durante las treguas que me daba el dolor. Sentía la espalda como si me hubieran aporreado, pero este malestar era tolerable en comparación con el dolor caliente que provocaba el movimiento de la piedra. La doctora había dicho que el dolor era una buena señal, pues significaba que la piedra se movía. Y el dolor parecía centrado en la parte inferior del abdomen. Pero la doctora también había dicho que la piedra podía tardar meses en pasar, siempre que su tamaño le permitiera pasar naturalmente. Explicó que muchas piedras debían ser pulverizadas o extraídas quirúrgicamente. Volví a pensar en la salud del niño.

—Radiación y quimioterapia —repetí, pronunciando las palabras con disgusto. Era como si Dem Ria hubiera dicho que el médico había recetado sanguijuelas y dosis de mercurio. La Hegemonía sabía cómo tratar el cáncer, pero gran parte del conocimiento y la tecnología genética se había perdido después de la Caída. Y lo que no se había perdido resultaba demasiado costoso para compartirlo con las masas después que desapareció la Red de Mundos: Pax Mercantilus transportaba productos y materia prima entre las estrellas, pero el proceso era lento, costoso y limitado. La medicina había retrocedido varios siglos. Mi propia madre había muerto de cáncer, rechazando la radiación y la quimioterapia cuando la clínica de los brezales le dio el diagnóstico.

¿Pero por qué curar una enfermedad fatal cuando uno podía recobrarse al morir y resucitar con el cruciforme? Durante la resurrección, la reestructuración del cuerpo «curaba» incluso algunas enfermedades de transmisión genética. Y la muerte, como la Iglesia repetía continuamente, era un sacramento, tanto como la resurrección. Se podía ofrecer como una plegaria. La persona común podía transformar el dolor y la desesperanza de la enfermedad y la muerte en la gloria del sacrificio redentor de Cristo. Siempre que la persona común llevara un cruciforme. Me aclaré la garganta.

—Bin no tiene... quiero decir... —Cuando el niño me había saludado de noche, su bata suelta mostraba un pecho pálido y sin cruz.

Dem Loa negó con la cabeza. La capucha azul de su túnica era de una tela transparente similar a la seda.

—Ninguno de nosotros ha aceptado la cruz todavía. Pero el padre Clifton ha tratado de convencernos.

Me limité a asentir. El dolor traspasó mi espalda y mi entrepierna como una corriente eléctrica.

Debería explicar qué significaban las túnicas de color que usaban los ciudadanos de Childe Lamond en el mundo de Vitus-Gray-Balianus B. Dem Ria me había contado en su melódico susurro que poco más de un siglo atrás la mayoría de las personas que vivían a orillas del río habían emigrado allí desde el cercano sistema estelar Lacaille 9352. Ese mundo, originalmente llamado Amargura de Sibiatu, había sido recolonizado por los fanáticos religiosos de Pax, que lo llamaron Gracia Inevitable e iniciaron una campaña de proselitismo entre las culturas aborígenes que sobrevivieron a la Caída. La cultura de Dem Ria —una cultura afable y filosófica que enfatizaba la cooperación— prefirió emigrar a convertirse. Veintisiete mil personas gastaron su fortuna y arriesgaron la vida para reconstruir una antigua nave semillera de la Hégira y transportar a todos —hombres, mujeres, niños, mascotas, ganado— en un viaje de cuarenta y nueve años de sueño frío hacia la Cercana Vitus-Gray-Balianus B, donde los habitantes de tiempos de la red de Mundos habían perecido después de la Caída.

La gente de Dem Ria se hacía llamar la Hélice del Espectro de Amoiete, por el holopoema sinfónico filosófico y épico de Halpul Amoiete. En su poema, Amoiete usaba los colores del espectro como metáfora de los valores humanos positivos y mostraba las yuxtaposiciones, interacciones, sinergias y colisiones helicoidales creadas por estos valores. *La Sinfonía de la Hélice del Espectro* de Amoiete estaba destinada a ser ejecutada, y la sinfonía, la poesía y el espectáculo holográfico representaban la interacción filosófica. Dem Ria y Dem Loa me explicaron que su cultura había tomado los significados de los colores de Amoiete: el blanco para la pureza de la honestidad intelectual y el amor físico; el rojo para la pasión del arte, la convicción política y el coraje físico; el azul para las revelaciones introspectivas de la música, la matemática, la terapia personal para ayudar a otros y el diseño de telas y texturas; el verde esmeralda para la consonancia con la naturaleza, el confort con la tecnología y la preservación de las formas de vida amenazadas; el ébano para la creación de misterios humanos, y así sucesivamente. Los matrimonios tripartitos, la no violencia y otras particularidades culturales derivaban del pensamiento de Amoiete y de la rica cultura cooperativa que la gente del Espectro había creado en Amargura de Sibiatu.

—¿Y el padre Clifton os está convenciendo de entrar en la Iglesia? —pregunté cuando el dolor me dio una tregua.

—Sí —dijo Dem Loa. Su tricónyuge, Alem Mikail Dem Alem, había entrado para sentarse en el alféizar de adobe. Escuchaba pero hablaba poco.

—¿Y qué opináis de eso? —pregunté, moviéndome un poco para distribuir el dolor de mi espalda. No había pedido ultramorfina en varias horas. Era muy consciente del deseo de pedirla ahora.

Dem Ria alzó la mano en un complejo movimiento que me recordó el gesto

favorito de Aenea.

—Si todos aceptamos la cruz, el pequeño Bin Ria Dem Loa Alem tendrá derecho a tratamiento médico en la base de Bombasino. Aunque no curen el cáncer, Bin regresará a nosotros... después. —Bajó la mirada y ocultó sus expresivas manos en los pliegues de la túnica.

—No permiten que sólo Bin acepte la cruz —dije.

—Oh no —dijo Dem Loa—. Ellos sostienen que toda la familia debe convertirse. Comprendemos el porqué. Al padre Clifton lo entristece, pero tiene esperanzas de que aceptemos los sacramentos de Jesucristo antes que sea demasiado tarde para Bin.

—¿Y qué piensa la niña, Ces Ambre, de ser una cristiana renacida? —pregunté, comprendiendo que estas preguntas eran muy personales. Pero sentía curiosidad, y la dolorosa decisión que ellos afrontaban me ayudaba a olvidar mi dolor, muy real pero menos importante.

—A Ces Ambre le encanta la idea de unirse a la Iglesia y ser ciudadana plena de Pax —dijo Dem Loa, alzando el rostro bajo la cogulla azul—. Entonces se le permitiría asistir a la academia eclesiástica de Bombasino o Keroa Tambat, y cree que allí los jóvenes tienen mejores perspectivas matrimoniales.

Vacilé, pero al fin hablé.

—Pero el matrimonio tripartito no estaría... quiero decir, ¿Pax permitiría...?

—No —dijo Alem desde la ventana. Frunció el ceño y noté tristeza en sus ojos grises—. La Iglesia no permite matrimonios entre miembros del mismo sexo ni cónyuges múltiples. Nuestra familia sería destruida.

Noté que los tres se miraban un segundo, y el amor y la angustia que vi en esas miradas me acompañaría durante años.

Dem Ria suspiró.

—Pero esto es inevitable, de todos modos. Creo que el padre Clifton tiene razón. Debemos hacerlo ahora, por Bin, en vez de esperar a que sufra la muerte verdadera y lo perdamos para siempre... y después entrar en la Iglesia. Preferiría llevar a nuestro niño a misa los domingos y reír con él a la luz del sol que ir a la catedral a encender una vela en su memoria.

—¿Por qué es inevitable? —pregunté.

Dem Loa hizo de nuevo ese gesto grácil.

—La sociedad de la Hélice del Espectro depende de todos sus miembros... todos los pasos y componentes de la Hélice deben estar en su sitio para que haya un movimiento hacia el progreso humano y el bien moral. Cada vez más gente del Espectro abandona sus colores e ingresa en Pax. El centro no se sostendrá.

Dem Ria me tocó el antebrazo como para enfatizar sus palabras.

—Pax no nos obliga a nada —murmuró con su acento encantador, que subía y bajaba como el susurro del viento—. Respetamos el hecho de que reserven sus

medicamentos y su milagro de la resurrección para quienes se les unen... —Hizo una pausa.

—Pero es duro —dijo Dem Loa con voz suave.

Alem Mikail Dem Alem se levantó del alféizar y fue a arrodillarse entre las dos mujeres. Tocó la muñeca de Dem Loa con infinita dulzura, rodeó con el brazo a Dem Ria. Por un instante los tres se ausentaron del mundo, rodeados por su amor y su pena.

El dolor me acuchilló la espalda y la entrepierna, y gemí contra mi voluntad. Los tres se separaron con movimientos gráciles y Dem Ria fue a buscar una jeringa de ultramorfina.

El sueño comenzó igual que antes: yo volaba de noche sobre el desierto de Arizona, mirando las figuras de Aenea y de mí mismo mientras bebíamos té y charlábamos en el vestíbulo de su refugio, pero esta vez la charla iba mucho más allá del recuerdo y de nuestra conversación de aquella noche.

—¿Por qué eres un virus? —le pregunté a la adolescente—. ¿Cómo podría ser cualquier cosa que enseñes una amenaza para algo tan vasto y poderoso como Pax?

Aenea escrutó la noche del desierto, aspirando la fragancia de los capullos florecientes. Habló sin mirarme.

—¿Sabes cuál es el mayor error de los *Cantos* del tío Martin, Raul?

—No —respondí. Durante los últimos años ella me había mostrado varios errores, omisiones o conjeturas infundadas, y juntos habíamos descubierto algunos durante nuestro viaje a Vieja Tierra.

—Era doble —murmuró Aenea. Un halcón cantó en la noche del desierto—. Primero, él creía lo que el TecnoNúcleo le dijo a mi padre.

—¿Acerca de que ellos habían secuestrado la Tierra?

—Acerca de todo —dijo Aenea—. Ummon le mintió al cíbrido John Keats.

—¿Por qué? Sólo planeaban destruirlo.

La niña me miró.

—Pero mi madre estaba allí para grabar la conversación. Y el Núcleo sabía que ella se lo contaría al viejo poeta.

Asentí lentamente.

—Y que él incluiría el dato en el poema épico que estaba escribiendo —dije—. ¿Pero por qué querrían mentir acerca de...?

—El segundo error es más grave y sutil —dijo Aenea, interrumpiéndome sin elevar la voz. Un fulgor pálido colgaba aún detrás de las montañas, al norte y al oeste—. El tío Martin creía que el TecnoNúcleo era el enemigo de la humanidad.

Apoyé mi taza de té en la piedra.

—¿Por qué es un error? ¿No es nuestro enemigo?

La niña no respondió y yo alcé la mano, mostrando los cinco dedos.

—Primero, según los *Cantos*, el Núcleo fue el verdadero instigador del ataque contra la Hegemonía que condujo a la Caída de los Teleyectores. No los éxters, sino el Núcleo. La Iglesia lo ha negado, ha responsabilizado a los éxters. ¿Estás diciendo que la Iglesia está en lo cierto y el viejo poeta estaba equivocado?

—No —dijo Aenea—. El Núcleo orquestó ese ataque.

—Perecieron miles de millones —protesté—. La Hegemonía se derrumbó. La Red fue destruida. La ultralínea se cortó...

—El TecnoNúcleo no cortó la ultralínea —dijo Aenea.

—De acuerdo —dije, tomando aliento—. Eso fue obra de una entidad misteriosa... tus leones y tigres y osos. Pero aun así, el Núcleo instigó el ataque.

Aenea asintió y se sirvió más té.

Plegué el pulgar contra la palma y toqué el índice con la otra mano.

—Segundo, ¿acaso el TecnoNúcleo no usó los teleyectores como una especie de sanguijuela cósmica para sorber redes neuronales humanas en su proyecto de la Inteligencia Máxima? Cada vez que alguien se teleyectaba, era usado por esas inteligencias autónomas. ¿Verdadero o falso?

—Correcto —dijo Aenea.

—Tercero —dije, plegando el índice y tocando el que seguía en la fila—, el poema dice que Rachel, la hija del peregrino Sol Weintraub, que retrocedió desde el futuro junto con las Tumbas de Tiempo, habla de un tiempo venidero en que «la guerra final estalló entre la IM engendrada por el Núcleo y el espíritu humano». ¿Esto era un error?

—No —dijo Aenea.

—Cuarto —dije, empezando a sentirme ridículo con el uso de los dedos—, ¿acaso el Núcleo no le confesó a tu padre que lo creó, que creó al cíbrido John Keats, como una trampa para lo que llamaban el componente empático de la Inteligencia Máxima humana, que supuestamente debe surgir en algún momento del futuro?

—Eso dijo —convino Aenea, bebiendo té. Parecía disfrutarlo, y eso me enfureció más.

—Quinto —dije, moviendo el último dedo, de modo que mi mano derecha era un puño—. ¿Acaso el Núcleo y Pax... mejor dicho, Pax bajo las órdenes del Núcleo... no intentaron atraparte y matarte en Hyperion, en Vector Renacimiento, en Bosquecillo de Dios, en todo el brazo en espiral?

—Sí —murmuró ella.

—¿Y no fue el Núcleo —continué con furia, olvidando mi lista y olvidando que hablábamos de los errores del viejo poeta— el que creó esa cosa, esa mujer monstruosa que logró arrancarle el brazo al pobre A. Bettik en Bosquecillo de Dios, y que tendría tu cabeza en una bolsa si no hubiera sido por la intervención del

Alcaudón? —Sacudí el puño, tan furioso estaba—. ¿Acaso el maldito Núcleo no intentó matarme también a mí, y tal vez nos mate si cometemos la estupidez de regresar al espacio de Pax?

Aenea asintió.

Yo resollaba como si hubiera corrido cincuenta metros.

—¿Entonces? —concluí, abriendo la mano.

Aenea me tocó la rodilla. Su contacto, como de costumbre, me provocó una vibración eléctrica en el cuerpo.

—Raul, yo no dije que el Núcleo no tuviera malas intenciones. Solo dije que el tío Martin había cometido un error al describirlo como enemigo de la humanidad.

—Pero si todos estos datos son ciertos... —Estaba confundido.

—Hay elementos del Núcleo que atacaron a la Red antes de la Caída —dijo Aenea—. Por la visita de mi padre a Ummon sabemos que el Núcleo no estaba de acuerdo con muchas de sus decisiones.

—Pero...

Aenea me silenció con un gesto.

—Usaban nuestras redes neuronales para su proyecto IM, pero no hay pruebas de que esto dañara a los humanos.

Quedé boquiabierto. La idea de que esas malditas IAs usaran cerebros humanos como burbujas neuronales en su maldito proyecto me daba ganas de vomitar.

—¡No tenían derecho! —exclamé.

—Claro que no —dijo Aenea—. Debieron haber pedido permiso. ¿Qué les habrías respondido tú?

—Que se jodieran —respondí, comprendiendo que era absurdo aplicar esa frase a inteligencias autónomas.

Aenea sonrió de nuevo.

—Y tal vez recuerdes que nosotros hemos usado sus poderes mentales durante más de mil años. No creo que hayamos pedido permiso a sus antepasados cuando creamos las primeras IAs de silicio... ni la primera burbuja magnética y las entidades ADN, llegado el caso.

Gesticulé con furia.

—Es diferente.

—Desde luego —dijo Aenea—. El grupo IA de los Máximos ha fastidiado a la humanidad en el pasado y lo hará en el futuro... incluso tratará de matarnos a nosotros dos... pero es sólo una parte del Núcleo.

Sacudí la cabeza.

—No entiendo, pequeña —dije con más calma—. ¿Estás diciendo que hay IAs buenas e IAs malas? ¿No recuerdas que quisieron destruir la raza humana? ¿Y que aún pueden hacerlo si nos ponemos en su camino? A mi entender, eso los convierte

en enemigos.

Aenea me tocó de nuevo la rodilla. Sus ojos oscuros estaban serios.

—No olvides, Raul, que la humanidad también estuvo a punto de destruir la raza humana. Los capitalistas y los comunistas estaban dispuestos a volar la Tierra cuando era el único planeta donde vivíamos. ¿Y por qué?

—Sí —concedí—, pero...

—Y la Iglesia está dispuesta a destruir a los éxters en este preciso momento. Genocidio en una escala que nuestra raza jamás ha visto.

—La Iglesia, como muchos otros, no cree que los éxters sean seres humanos —respondí.

—Pamplinas —barbotó Aenea—. Claro que son humanos. Evolucionaron a partir de orígenes humanos comunes, al igual que las IAs del TecnoNúcleo. Las tres razas son huérfanos en la tormenta.

—Las tres razas... —repetí—. Cielos, Aenea, ¿incluyes al Núcleo en tu definición de la humanidad?

—Nosotros los creamos. Usamos ADN humano para aumentar su capacidad informática, su inteligencia. Antes teníamos robots. Ellos crearon cíbridos a partir del ADN humano y de personalidades IA. En este momento tenemos en el poder una institución humana que otorga toda la gloria y exige todo el poder en nombre de su fidelidad a Dios... la Máxima Inteligencia humana. Tal vez el Núcleo tenga una situación similar, con los Máximos en control.

Me quedé mirando a la niña. No comprendía.

Aenea me apoyó otra mano en la rodilla. Sentí sus dedos fuertes a través de mis pantalones.

—Raul, ¿recuerdas lo que la IA Ummon le dijo al segundo cíbrido Keats? Eso se registró con precisión en los *Cantos*. Ummon hablaba en algo parecido a los koans zen. Al menos así tradujo el tío Martin la conversación.

Cerré los ojos para recordar esa parte del poema épico. Había pasado mucho tiempo desde que Grandam y yo nos turnábamos para recitar la historia alrededor de la fogata. Aenea dijo las palabras mientras empezaban a formarse en mi memoria.

—Ummon le dijo al segundo cíbrido Keats:

[Debes comprender/
Keats/
nuestra única oportunidad
era crear un híbrido/
Hijo del Hombre/
Hijo de la Máquina
Y hacer ese refugio tan atractivo

que la Empatía furtiva
no deseara otro lugar/
Una conciencia ya casi divina
tanto como pudo ofrecerla la humanidad en treinta generaciones
una imaginación que abarca
el espacio y el tiempo
Y en tal ofrenda/
y unión/
forma un vínculo entre mundos
que podrían permitir
que ese mundo exista
para ambos.]

Reflexioné. El viento nocturno agitó la lona de la entrada del refugio y trajo dulces aromas del desierto. Estrellas desconocidas pendían en el horizonte sobre las viejas montañas de la Tierra.

—La Empatía era el componente fugitivo de la IM humana —dije lentamente, como resolviendo un acertijo—. Parte de nuestra conciencia humana evolucionada en el futuro, regresando en el tiempo.

Aenea me miró.

—El híbrido era el cíbrido John Keats —continué—. Hijo del Hombre y de la Máquina.

—No —murmuró Aenea—. Ese fue el segundo malentendido del tío Martin. Los cíbridos Keats no fueron creados para ser el refugio de la Empatía en estos tiempos. Fueron creados para ser el instrumento de esa fusión entre el Núcleo y la humanidad. En otras palabras, para tener descendencia.

Miré la mano que la niña me apoyaba en la pierna.

—¿Conque tú eres esa «conciencia ya casi divina, tanto como pudo ofrecerla la humanidad en treinta generaciones»?

Aenea se encogió de hombros.

—¿Y tienes «una imaginación que abarca el espacio y el tiempo»?

—Todos los seres humanos la tienen —dijo Aenea—. Pero cuando yo sueño e imagino, puedo ver cosas que existirán de veras. ¿Te acuerdas de que he dicho que recuerdo el futuro?

—Sí.

—Bien, ahora estoy recordando que tú soñarás con esta conversación dentro de unos meses, mientras estás en cama, terriblemente dolorido, en un mundo de nombre complicado, en una casa donde la gente se viste de azul.

—¿Qué?

—No importa. Tendrá sentido cuando suceda. Así ocurre con todas las improbabilidades cuando las ondas probabilísticas se condensan en hechos.

—Aenea —me oí decir mientras volaba en círculos cada vez más altos sobre el refugio del desierto, mirando la menguante imagen de la niña y de mí—, dime cuál es tu secreto, el secreto que te convierte en mesías, en «vínculo entre mundos».

—De acuerdo, Raul, amor mío —dijo, apareciendo súbitamente como una mujer adulta, justo antes de que yo me elevara demasiado para distinguir los detalles u oír las palabras en medio del soplido del aire contra mis alas oníricas—. Te lo diré. Escucha.

9

Cuando se trasladó al quinto sistema éxter, el grupo de ataque GEDEÓN dominaba el arte del exterminio con la precisión de una ciencia. Por sus cursos de historia militar en la Escuela de Mando, el padre capitán De Soya sabía que casi todas las batallas espaciales libradas a más de media UA de un planeta, luna, asteroide o punto estratégico del espacio se iniciaban por acuerdo mutuo. Recordaba que lo mismo sucedía con las primitivas flotas oceánicas de la Tierra pre-Hégira, donde las grandes batallas navales se había librado a la vista de tierra en las mismas regiones acuáticas, con sólo cambios lentos en la tecnología de las naves de superficie, desde la trirreme griega hasta el acorazado de acero. Los portaaviones y sus aviones de largo alcance habían alterado eso para siempre, permitiendo que las flotas se atacaran mar adentro y a gran distancia, pero estas batallas eran muy diferentes de los legendarios enfrentamientos donde las naves combatían a distancia visible. Aun antes que los misiles de crucero, las ojivas nucleares tácticas y las toscas armas de partículas terminaran para siempre con la era del combatiente marino de superficie, las flotas marítimas de Vieja Tierra habían sentido nostalgia por los días de los cañonazos y abordajes.

La guerra espacial había traído un retorno al enfrentamiento por acuerdo mutuo. Las grandes batallas de tiempos de la Hegemonía —como las guerras intestinas con el general Horace Glennon-Height y los de su calaña, o los siglos de guerra entre los mundos de la Red y los enjambres éxters— se habían librado cerca de un planeta o de un portal teleyector instalado en el espacio. Y las distancias entre los combatientes eran absurdamente cortas —cientos o decenas de miles de kilómetros, con frecuencia menos— en comparación con los años-luz y pársecs que habían recorrido. Pero esta aproximación al enemigo era necesaria por el tiempo que tardaba un haz láser o un misil común en recorrer siquiera una UA: la luz tardaba siete minutos en viajar del atacante al blanco, el misil con mejor propulsión tardaba mucho más. La caza, persecución y destrucción podían llevar días de búsqueda y evasión, ataque y rechazo. Las naves con capacidad C-plus no tenían incentivo para permanecer en el espacio enemigo, esperando esos misiles buscadores, y la restricción eclesiástica sobre las IAs en las ojivas nucleares limitaba la eficacia de estas armas. La forma de las batallas espaciales durante los siglos de la Hegemonía, pues, había sido sencilla: flotas que se trasladaban al espacio en disputa y encontraban otras flotas que se trasladaban o defensas internas menos móviles, una rápida aproximación a distancias más letales, un breve pero mortífero intercambio de energía, y la inevitable retirada de las fuerzas más devastadas —o destrucción total si las fuerzas defensoras no tenían

adonde retirarse— seguida por la consolidación de las ganancias por parte de la flota vencedora.

Técnicamente, las naves más lentas que De Soya había utilizado previamente tenían una poderosa ventaja táctica sobre los arcángeles de motor instantáneo. Los tripulantes de una nave Hawking tardaban sólo horas, a veces minutos, en despertar de la fuga criogénica, así que estaban preparados para luchar poco después de emerger de C-plus. Con los arcángeles, a pesar de la dispensa papal para los acelerados y arriesgados ciclos de resurrección de dos días, los elementos humanos de las naves tardaban cincuenta horas estándar o más en estar preparados para la batalla. Teóricamente esto daba una gran ventaja a los defensores. Teóricamente, Pax podría haber enviado naves Gedeón no tripuladas, pilotadas por IAs, para que invadieran el espacio enemigo, causaran estragos y se marcharan antes que los defensores se enterasen de lo que ocurría.

Pero esa teoría no se aplicaba aquí. La Iglesia nunca permitiría inteligencias autónomas capaces de esa lógica probabilística avanzada. Más aún, la flota de Pax había diseñado las estrategias de ataque para que cumplieran los requerimientos de la resurrección, de modo que los defensores no obtuvieran ninguna ventaja. En otras palabras, no se libraría ninguna batalla por acuerdo mutuo. Los siete arcángeles estaban diseñados para caer sobre el enemigo como el puño acerado de Dios, y eso era precisamente lo que estaban haciendo.

En las tres primeras incursiones del grupo GEDEÓN en el espacio éxter, el Gabriel, la nave de la madre capitana Stone, se trasladó primero y desaceleró dentro del sistema, lanzando sondas electromagnéticas y de neutrinos y otros sensores de largo alcance. Las IAs restringidas del Gabriel eran suficientes para catalogar la posición e identidad de todas las posiciones defensivas y los centros de población del sistema, mientras controlaban simultáneamente el lento movimiento de todos los vehículos mercantes y militares éxters.

Treinta minutos después, el *Uriel*, el *Rafael*, el *Remiel*, el *Sariel*, el *Miguel* y el *Raquel* entraban en el sistema. Bajando a tres cuartos de la velocidad de la luz, los atacantes se movían como balas en comparación con las velocidades de tortuga de las naves-antorcha éxters en aceleración. Recibiendo datos que el *Gabriel* enviaba por haz angosto, la flota abría fuego con armas que no respetaban las limitaciones de la velocidad de la luz. Los misiles Hawking hipercinéticos mejorados aparecían de golpe entre las naves enemigas y sobre los centros de población, algunos usando la velocidad y puntería precisa para destruir los blancos, otros detonando en promiscuos estallidos de plasma o termonucleares. En el mismo instante, sondas Hawking recobrables saltaban a blancos posibles y se trasladaban al espacio real, irradiando haces láser convencionales y haces de partículas como letales erizos de mar, destruyendo todo en un radio de cien mil kilómetros.

Más aún, los rayos de muerte salían de los arcángeles como guadañas invisibles, propagándose a lo largo de la estela Hawking de las sondas y misiles y trasladándose al espacio real como la terrible espada de Dios. En un instante freían billones de sinapsis. Decenas de miles de éxters murieron sin saber que los atacaban.

Y luego el grupo GEDEÓN regresaba al sistema sobre estelas flamígeras de mil kilómetros, disponiéndose a completar la faena.

Habían sondeado los siete sistemas estelares enemigos con naves automáticas instantáneas, confirmando la presencia de éxters y asignando blancos preliminares. Esos siete sistemas tenían nombre —una designación alfanumérica del Nuevo Catálogo General Revisado—, pero el equipo de mando del *Uriel* les puso nombres en código que respondían a los siete archidemonios mencionados en el Antiguo Testamento.

El padre capitán De Soya juzgaba excesiva esta numerología cabalística: siete arcángeles, siete sistemas estelares, siete archidemonios, siete pecados capitales. Pero pronto adoptó la costumbre de hablar de los blancos con esta nomenclatura.

Los sistemas eran Belfegor (pereza), Leviatán (envidia), Belcebú (gula), Satanás (ira), Asmodeo (lascivia), Mamón (avaricia) y Lucifer (soberbia).

Belfegor era un sistema con una enana roja que a De Soya le recordaba el sistema de Estrella de Barnard, pero, en vez del encantador y terraformado Mundo de Barnard flotando cerca del sol, Belfegor solo tenía un gigante gaseoso semejante al hijo olvidado de Estrella de Barnard, Remolino. Alrededor de este gigante gaseoso sin nombre había blancos militares genuinos: estaciones de reaprovisionamiento para las naves-antorcha éxters que atacaban la Gran Muralla, gigantescas naves-cuchara que llevaban los gases desde el mundo a la órbita, embarcaderos y astilleros orbitales. El *Rafael* los atacó sin vacilación, transformándolos en lava orbital.

GEDEÓN encontró la mayoría de los auténticos centros de población éxter en los puntos troyanos, más allá del gigante gaseoso, veintenas de bosques orbitales llenos de miles de «ángeles» adaptados al espacio, la mayoría aleteando presa del pánico ante la aproximación de los atacantes. Los siete arcángeles sembraron estragos en esas delicadas ecoestructuras, destruyendo los bosques, los asteroides pastores y los cometas de irrigación, incinerando a los ángeles fugitivos como mariposas, y todo sin reducir significativamente la velocidad entre los puntos de traslación de entrada y salida.

El segundo sistema, Leviatán, a pesar de su nombre imponente, era una enana blanca tipo Sirio B con sólo una docena de asteroides éxters apiñados cerca de su pálido fuego. Aquí no había esos obvios blancos militares que De Soya había atacado tan fieramente en el sistema Belfegor: eran asteroides indefensos, tal vez embarcaderos y ámbitos presurizados huecos para éxters que no se habían adaptado

al vacío y la radiación dura. El grupo GEDEÓN los barrió con rayos de muerte y siguió viaje.

El tercer sistema, Belcebú, era una enana roja tipo Alpha Centauri C, sin mundos ni colonias, con una sola base militar éxter pendiendo en la oscuridad a treinta UA de distancia, y cincuenta y siete naves de guerra sorprendidas atrapadas en pleno reabastecimiento o reparación. Treinta y nueve de estas naves, que por tamaño y armamento abarcaban desde diminutos exploradores hasta un portanaves clase Orion, estaban en condiciones de combatir y se lanzaron contra GEDEÓN. La batalla duró dos minutos y dieciocho segundos. Las cincuenta y siete naves éxters y la base fueron reducidos a moléculas de gas o sarcófagos sin vida. Ningún arcángel resultó averiado durante el enfrentamiento. El grupo de ataque siguió adelante.

El cuarto sistema, Satanás, no albergaba naves, sólo colonias desperdigadas hasta la nube de Oort. GEDEÓN pasó once días en este sistema, incinerando a los ángeles de Lucifer.

El quinto sistema, Asmodeo, centrado en una enana anaranjada tipo K semejante a Epsilon Eridiani, envió oleadas de naves-antorcha en defensa de su poblado cinturón de asteroides. Las naves fueron barridas con una economía nacida de la práctica. El *Gabriel* informó sobre la existencia de ochenta y dos rocas habitadas en el cinturón, con una población estimada en un millón y medio de éxters adaptados y no adaptados. Ochenta y un asteroides fueron destruidos desde lejos. Luego la almirante Aldikacti ordenó capturar prisioneros. El grupo GEDEÓN desaceleró en una larga elipse de cuatro días que lo llevó al cinturón y su única roca habitada restante, un asteroide con forma de patata de menos de cuatro kilómetros de largo y un kilómetro de extensión en su parte más ancha. El radar Doppler mostró que giraba en una órbita aleatoria sólo comprendida por los dioses del caos, pero que rotaba sobre su eje como un espetón, en un décimo de gravedad. El radar profundo reveló que estaba hueco. Las sondas indicaron que estaba habitado por unos diez mil éxters. El análisis sugería que era un asteroide de nacimiento.

Seis saltadores desarmados se lanzaron contra la fuerza de ataque. El *Uriel* los convirtió en plasma a una distancia de ochenta y seis mil kilómetros. Mil ángeles éxters, algunos armados con armas energéticas de bajo rendimiento o rifles sin retroceso, abrieron sus alas y volaron en el viento solar hacia las naves de Pax en largas elipses. Eran tan lentos que habrían tardado días en recorrer esa distancia. El *Gabriel* se encargó de incinerarlos con mil parpadeos de luz coherente.

Los arcángeles se comunicaban por haz angosto. El *Rafael* y el *Gabriel* reconocieron las órdenes y se aproximaron a mil kilómetros del silencioso asteroide. Abrieron sus compuertas y doce figuras diminutas —comandos de la Guardia Suiza, infantes y tropas de asalto, seis de cada nave— recibieron la luz de la enana anaranjada mientras se impulsaban hacia la roca. No hubo resistencia. Los atacantes

encontraron dos cámaras de presión con escudo. Con toda precisión, volaron las puertas externas y entraron en equipos de tres.

—Bendígame, padre, porque he pecado. Han pasado dos meses estándar desde mi última confesión.

—Adelante.

—Padre, la acción de hoy... me molesta, padre.

—¿Sí?

—Algo no está bien.

El padre capitán De Soya guardó silencio. Había observado el ataque del sargento Gregorius por los canales tácticos virtuales. Había escuchado los informes después de la misión. Ahora sabía que los escucharía de nuevo en la oscuridad del confesionario.

—Adelante, sargento —murmuró.

—Sí, señor —dijo el sargento del otro lado del tabique—. Quiero decir, sí, padre.

De Soya oyó que Gregorius recobraba el aliento.

—Llegamos a la roca sin oposición. Yo y los cinco jóvenes. Estábamos en contacto con el escuadrón del sargento Kluge, del *Gabriel*, por haz angosto. Y, desde luego, con los capitanes de fragata Barnes-Avne y Uchikawa.

De Soya guardó silencio. El confesionario era desarmable, destinado a permanecer guardado cuando el *Rafael* estaba en aceleración o en combate, lo cual era casi siempre, pero ahora olía a madera, sudor, terciopelo y pecado, como cualquier confesionario. El padre capitán había encontrado esta media hora durante la última etapa de su ascenso hacia el punto de traslación para el sexto sistema éxter, Mamón, y ofreció a la tripulación tiempo para confesarse, pero sólo el sargento Gregorius había asistido.

—Así que descendimos, señor... padre. Ordené a los jóvenes de mi escuadrón que tomaran la cámara de presión del polo sur, igual que en las simulaciones. Volamos las puertas sin ninguna dificultad, padre, y luego activamos nuestros campos para combatir en los túneles.

De Soya asintió. Los trajes de combate de la Guardia Suiza siempre habían sido los mejores del universo humano —capaces de sobrevivir, desplazarse y combatir en el aire, el agua, el vacío, la radiación dura, o bajo fuego de proyectiles, rayos energéticos y altos explosivos de hasta un quilotón—, pero los nuevos trajes llevaban sus propios campos de contención clase cuatro, que podían operar sobre los campos más potentes de las naves.

—Los éxters nos atacaron allí, padre, luchando en el oscuro laberinto de los túneles de acceso. Algunos eran criaturas adaptadas al espacio, ángeles sin las alas extendidas. Pero la mayoría sólo era gente con dermotrajes comunes. Nos atacaron con haces energéticos, rifles y rayos, pero usaban gafas nocturnas elementales para

amplificar el opaco fulgor de las rocas, y nosotros los vimos primero con nuestros filtros. Los vimos primero y disparamos primero. —El sargento Gregorius jadeó—. Sólo tardamos minutos en llegar a las cámaras internas, padre. Todos los éxters que intentaron detenernos en los túneles terminaron flotando allí...

El padre capitán De Soya esperó.

—Adentro, padre, bien... —Gregorius se aclaró la garganta—. Ambos escuadrones volaron las puertas interiores en el mismo instante, el polo norte y sur simultáneamente. Los globos repetidores que dejamos en los túneles retransmitían bien las emisiones de haz angosto, así que nunca perdimos contacto con la gente de Kluge ni con las naves, como usted sabe, padre. Había salvaguardas de seguridad en las puertas internas, tal como esperábamos, pero también las volamos, y las membranas de emergencia un segundo después. El interior de la roca era totalmente hueco, padre... Sabíamos eso, desde luego... pero yo nunca había estado dentro de un asteroide de nacimiento, padre. Muchas rocas militares, sí, pero nunca una de nacimiento...

De Soya esperó.

—Tenía un kilómetro de diámetro, con muchas de esas delgadas torres de bambú de baja gravedad en el espacio central, padre. La corteza interior no era esférica ni lisa, sino que seguía la forma del exterior de la roca...

—Una patata —dijo el padre capitán De Soya.

—Sí, señor. Y llena de agujeros y cráteres por dentro, padre. Cuevas y grutas por todas partes... guaridas para las éxters encintas, supongo.

De Soya asintió en la oscuridad y miró el cronómetro, preguntándose si el sargento, habitualmente tan conciso, llegaría a describir sus pecados antes de que tuvieran que guardar el confesionario para la traslación C-plus.

—Debe haber sido puro caos para los éxters, padre... ese aullido huracanado de la despresurización, la atmósfera saliendo por las cámaras destruidas como agua por el desagüe de la bañera, el aire lleno de polvo y desechos y éxters volando como hojas en la tormenta... Teníamos encendidos nuestros receptores externos, padre, y el ruido fue increíble hasta que el aire perdió densidad y no pudo transmitirlo: viento rugiente, éxters gritando, sus armas y las nuestras crepitando como relámpagos, granadas de plasma estallando y el sonido rebotando en esa gran caverna de roca, los ecos prolongándose durante minutos... Era ensordecedor, padre.

—Sí —dijo De Soya en la oscuridad.

El sargento Gregorius jadeó de nuevo.

—Bien, padre, teníamos orden de llevar dos muestras de todo... varones adultos, adaptados al espacio, no adaptados; mujeres adultas, encintas y no encintas, un par de niños éxters, prepúberes, bebés... ambos sexos. Así que el equipo de Kluge y el mío se encargaron de aturdirlos y embolsarlos. Había apenas gravedad suficiente en la

superficie interior de la roca, un décimo de g, para mantener las bolsas en su sitio.

Hubo un silencio. De Soya estaba a punto de hablar, de terminar con la confesión, cuando el sargento susurró en la oscuridad.

—Lo lamento, padre, sé que usted sabe todo esto. Es que... bien, ésta fue la parte difícil, padre. A estas alturas la mayoría de los éxters no modificados, no adaptados al espacio, estaban muertos o moribundos. Por descompresión, fuego energético o granadas. No usamos las varas de muerte que nos entregaron. Ni Kluge ni yo les dijimos nada a los muchachos... pero nadie usó esas cosas.

»Los éxters adaptados adoptaron su forma angélica, y sus cuerpos se pusieron brillantes cuando activaron sus campos de fuerza personales. No podían extender las alas del todo, y de nada les habría servido, pues no había luz solar y en todo caso un décimo de g era demasiado... pero aun así adoptaron su forma angélica. Algunos intentaron usar sus alas como armas contra nosotros.

El sargento Gregorius resopló, un sonido tosco que parecía la parodia de una risotada.

—Nosotros teníamos campos clase cuatro, padre, y ellos nos atacaban con esas alas transparentes... Los incineramos, enviamos a tres de cada escuadrón afuera con los especímenes embolsados, y Kluge y yo tomamos a los muchachos restantes para despejar las cavernas, tal como estaba ordenado.

De Soya esperó. En menos de un minuto tendría que poner fin a la confesión.

—Sabíamos que era una roca de nacimiento, padre. Sabíamos... todos saben... que los éxters, incluso los que han activado las máquinas de sus células y su sangre, y ya no parecen humanos, no han logrado que sus mujeres tengan a sus hijos en cero g y radiación dura, padre. Sabíamos que era una roca de nacimiento cuando entramos en el condenado asteroide... Lo lamento, padre...

De Soya guardó silencio.

—Pero aun así, padre... esas cavernas eran como hogares... camas, cubículos y equipos vid de pantalla chata, cocinas... cosas que no estamos acostumbrados a pensar que los éxters tienen, padre. Pero la mayoría de esas cavernas eran...

—Cuartos para niños —dijo el padre capitán De Soya.

—Sí, señor, cuartos para niños. Camas pequeñas con bebés pequeños... no monstruos éxters, padre, no esas criaturas pálidas y lustrosas contra las que combatimos, no esos malditos ángeles de Lucifer con alas de cien kilómetros de envergadura en la luz estelar... sólo bebés. Cientos, padre, miles. Caverna tras caverna. La mayoría de las habitaciones ya se habían despresurizado, matando a los pequeños. Algunos de esos cuerpecitos habían volado con la despresurización, pero otros estaban amarrados. Algunas habitaciones aún retenían aire, padre. Nos abrimos paso a disparos. Madres, mujeres con túnicas, mujeres encintas con el cabello desmelenado volando en un décimo de g... nos atacaron con uñas y dientes, padre.

Las ignorábamos hasta que el viento las hacía volar o morían de asfixia, pero en esas cajas de plástico había bebés, veintenas de ellos.

—Incubadoras —dijo el padre capitán De Soya.

—Sí —susurró el sargento Gregorius con agotamiento—. Y preguntamos por haz angosto qué querían que hiciéramos con ellos. Con las veintenas de bebés éxters que había en los incubadoras. Y el capitán Barnes-Avne ordenó...

—Continuar —susurró De Soya.

—Sí, padre, así que nosotros...

—Cumplieron órdenes, sargento.

—Usamos las últimas granadas en esos cuartos, padre. Y cuando acabaron las granadas de plasma, rociamos las incubadoras con rayos energéticos. Habitación tras habitación, caverna tras caverna. El plástico se derretía alrededor de los bebés, los cubría. Las mantas ardían. Las cajas debían contener oxígeno puro, padre, porque muchas explotaron como granadas... tuvimos que activar nuestros trajes, padre, y aun así tardé dos horas en limpiar mi armadura de combate. Pero la mayoría de las incubadoras no estallaron, padre, sólo ardieron como madera seca, ardieron como antorchas, y todo lo que contenían se cocinaba como en un horno. Y ahora todas las habitaciones y cavernas estaban en el vacío, pero las cajas, las incubadoras, todavía contenían atmósfera y ardían, y apagamos nuestros receptores externos, señor. Todos lo hicimos. Pero aún podíamos oír los llantos y gritos por los campos de contención y los cascos. Todavía los oigo, padre...

—Sargento —dijo De Soya con voz perentoria.

—Sí, señor.

—Usted cumplía órdenes, sargento. Todos cumplíamos órdenes. Su Santidad declaró tiempo atrás que los éxters han renunciado a su humanidad con esos nanoaparatos que introducen en su sangre, con los cambios que han hecho en sus cromosomas...

—Pero los gritos, padre.

—Sargento, el Consejo Vaticano y el Santo Padre han decretado que esta cruzada es necesaria para salvar a la familia humana de la amenaza éxter. Usted recibió órdenes. Las obedeció. Somos soldados.

—Sí, señor —susurró el sargento.

—No tenemos más tiempo, sargento. Hablaremos de esto más tarde. Por ahora, quiero que haga penitencia... no por ser un soldado y cumplir sus órdenes, sino por cuestionarlas. Cincuenta avemarías, sargento, y cien padrenuestros. Y quiero que rece por esto, que rece para comprender.

—Sí, padre.

—Ahora haga un sincero acto de contrición... pronto...

En cuanto el sargento empezó a murmurar, el padre capitán alzó la mano para

bendecirlo mientras le daba la absolución.

—*Ego te absolvo*...

Ocho minutos después, el padre capitán y su tripulación yacían en sus nichos de resurrección y el motor Gedeón del *Rafael* se activaba, llevándolos instantáneamente al sistema Mamón mediante una muerte terrible y un lento y doloroso renacimiento.

El gran inquisidor había muerto e ido al infierno. Era su segunda muerte y resurrección y no había disfrutado de esas experiencias. Y Marte era el infierno.

El cardenal John Domenico Mustafa y su contingente de veintiún administradores y agentes de seguridad del Santo Oficio —incluido el padre Farrell, su indispensable asistente— habían viajado al sistema de la Vieja Tierra en la nueva nave estelar arcángel *Jibril* y habían contado con un generoso plazo de cuatro días para recobrarse de la resurrección antes de iniciar su labor en la superficie de Marte. El gran inquisidor se había asesorado sobre el planeta rojo y había llegado a una conclusión tajante. Marte era el infierno.

—En realidad —respondió el padre Farrell la primera vez que el gran inquisidor mencionó esta conclusión en voz alta—, uno de los otros planetas de este sistema, Venus, congenia más con esta descripción, excelencia. Temperaturas hirvientes, presiones aplastantes, lagos de metal líquido, vientos semejantes a escapes de cohete...

—Cállate —dijo el gran inquisidor con un gesto fatigado.

Marte: el primer mundo colonizado por la raza humana a pesar de su baja puntuación de 2,5 en la vieja escala Solmev, el primer intento de terraformación, el primer fracaso en terraformación. Un mundo soslayado después que el miniagujero negro destruyó la Vieja Tierra... por el motor Hawking, por los imperativos de la Hégira, y porque nadie quería vivir en esa roja esfera escarchada cuando la galaxia ofrecía una cantidad casi infinita de mundos más gratos, más saludables, más viables.

Durante siglos Marte había sido un planeta tan apartado que la Red de Mundos no había establecido allí portales teleyectores, un planeta desierto que sólo interesaba a los huérfanos de Nueva Palestina (el legendario coronel Fedmahn Kassad había nacido en los campos palestinos, como Mustafa se sorprendió de saber) y a los cristianos zen que regresaban a la cuenca de Hellas para revivir la iluminación del maestro Schrauder en el Macizo Zen. Durante un siglo se había creído que el vasto proyecto de terraformación funcionaría —los mares llenaron los gigantescos cráteres y helechos reciclados proliferaron a orillas del río Marineris—, pero luego aparecieron los inconvenientes, no hubo fondos para luchar contra la entropía y llegó una era glacial de sesenta mil años.

En la cumbre de la civilización de la Red de Mundos, el ala militar de la Hegemonía, FUERZA, había llevado teleyectores al mundo rojo y había creado

hábitats en el enorme volcán, el Mons Olympus, para su Escuela de Mando Olímpica. El aislamiento de Marte era adecuado para FUERZA y el planeta había sido base militar hasta la Caída de los Teleyectores. En el siglo posterior a la Caída, restos de FUERZA habían instaurado una insidiosa dictadura militar —la Máquina de Guerra Marciana— que extendía su dominio hasta los sistemas Centauri y Tau Ceti y bien pudo convertirse en semilla de un segundo imperio interestelar si no hubiera llegado Pax, que sometió las flotas marcianas, expulsó a la Máquina de Guerra y obligó a sus derrotados cabecillas a ocultarse en las ruinas de las bases orbitales de FUERZA y en los viejos túneles del Mons Olympus. Pax instaló bases en el cinturón de asteroides y entre las lunas de Júpiter, y al fin envió misioneros y gobernadores al Marte pacificado.

En ese mundo color herrumbre no había mucho trabajo para los misioneros ni los gobernadores. El aire era fino y frío; las grandes ciudades habían sido saqueadas y abandonadas; habían reaparecido los grandes simunes de polvo que soplaban de polo a polo; la pestilencia asolaba los helados desiertos, diezmando a las últimas bandas de nómadas que descendían de la noble raza de los marcianos; y en vez de manzanares y campos de bayas sólo había cactos raquíticos.

Curiosamente, los que sobrevivieron y prosperaron fueron los oprimidos y maltratados palestinos de la escarchada meseta de Tharsis. Los huérfanos de la Diáspora Nuclear del año 2038 se habían adaptado a la tosca vida de Marte y habían extendido su cultura islámica a muchas tribus nómadas y ciudades-estado libres cuando llegaron los misioneros de Pax. Los neopalestinos, que habían resistido más de un siglo contra la implacable Máquina de Guerra, no demostraban el menor interés en someterse a la Iglesia.

Era precisamente en la capital palestina de Arafat-kaffiyeh donde había aparecido el Alcaudón, matando a cientos de personas. El gran inquisidor conferenció con sus asistentes, se reunió con comandantes de la flota en órbita y aterrizó con todas sus fuerzas. El principal puerto espacial de la capital de San Malaquías estaba cerrado a todo el tráfico salvo el militar. No era un gran inconveniente, pues no había vuelos mercantes ni de pasajeros planeados para esa semana. Seis naves de asalto precedieron a la nave de descenso del gran inquisidor, y cuando el cardenal Mustafa pisó el suelo marciano —la pista de Pax, para mayor precisión— un centenar de comandos de la Guardia Suiza y del Santo Oficio había acordonado el puerto espacial. La delegación oficial de bienvenida, que incluía al arzobispo Robeson y la gobernadora Clare Palo, fue registrada sónicamente antes de recibir autorización para pasar.

Desde el puerto espacial, la comitiva del Santo Oficio viajó en vehículos terrestres, por calles ruinosas, hasta el nuevo palacio de gobierno de Pax en las inmediaciones de San Malaquías. La seguridad era estricta. Además de la fuerza

personal del gran inquisidor, los infantes de Pax, los efectivos del gobernador y el contingente de guardias suizos del arzobispo, había un regimiento de infantería blindada de la Guardia Interna apostada alrededor del palacio. Allí el gran inquisidor presenció pruebas de que el Alcaudón había visitado la meseta de Tharsis dos semanas antes.

—Es absurdo —dijo el gran inquisidor la noche antes de volar al escenario del ataque—. Estos holos y vids tienen dos semanas o se tomaron desde gran altura. Veo holos de lo que debe ser el Alcaudón y unas borrosas escenas de carnicería. Veo fotos de los cuerpos que los milicianos encontraron al entrar en la ciudad. ¿Pero dónde están los lugareños? ¿Dónde están los testigos? ¿Dónde están los dos mil setecientos ciudadanos de Arafat-kaffiyeh?

—No lo sabemos —dijo la gobernadora Clare Palo.

—Nos comunicamos con el Vaticano por medio de un correo arcángel. El arcángel regresó con órdenes de que no tocáramos las pruebas —dijo el arzobispo Robeson—. Nos ordenaron que le esperásemos a usted.

El gran inquisidor sacudió la cabeza y alzó una foto bidimensional.

—¿Y qué es esto? ¿Una base de Pax en las inmediaciones de Arafat-kaffiyeh? Este puerto espacial es más nuevo que San Malaquías.

—No pertenece a la flota de Pax —dijo Wolmak, capitán del *Jibril* y nuevo comandante del grupo de tareas del sistema de Vieja Tierra—. Pero estimamos que de treinta a cincuenta naves diarias usaron estas instalaciones durante la semana previa a la aparición del Alcaudón.

—Treinta a cincuenta naves diarias —repitió el gran inquisidor—. Y no pertenece a la flota de Pax. ¿A quién pertenece entonces?

Miró al arzobispo y al gobernador con cara de pocos amigos.

—¿Mercantilus? —apremió el gran inquisidor al no recibir respuesta.

—No —dijo el arzobispo al cabo de otro instante—. No Mercantilus.

El gran inquisidor se cruzó de brazos con impaciencia.

—Las naves tenían licencia del Opus Dei —dijo tímidamente la gobernadora Palo.

—¿Con qué propósito? —preguntó el gran inquisidor. Sólo se permitían guardias del Santo Oficio en esa suite del palacio, y estaban apostados contra la pared de piedra con intervalos de seis metros.

La gobernadora abrió las manos.

—No lo sabemos, excelencia.

—Domenico —dijo el arzobispo con voz trémula—, se nos ordenó no hacer preguntas.

El gran inquisidor perdió los estribos.

—¿No hacer preguntas? ¿Quién lo ordenó? ¿Quién tiene autoridad para ordenar al

arzobispo y a la gobernadora de un mundo que no interfieran? ¡En el nombre de Cristo! ¿Quién tiene semejante poder?

El arzobispo se enfrentó al cardenal Mustafa con ojos compungidos pero desafiantes.

—En el nombre de Cristo, precisamente, excelencia. Los representantes del Opus Dei tenían discos oficiales de la Comisión Pontificia de Justicia y Paz. Nos dijeron que lo de Arafat-kaffiyeh era una cuestión de seguridad. Nos dijeron que no era de nuestra incumbencia. Nos ordenaron no interferir.

El gran inquisidor sintió un ardor de rabia en la cara.

—Los asuntos de seguridad de Marte, o de cualquier otra parte de Pax, son responsabilidad del Santo Oficio —declaró—. La Comisión Pontificia de Justicia y Paz no tiene jurisdicción aquí. ¿Dónde están los representantes de la Comisión? ¿Por qué no han asistido a esta reunión?

La gobernadora Clare Palo alzó una mano y señaló la foto que sostenía el gran inquisidor.

—Allí, excelencia. Allí están las autoridades de la Comisión.

El cardenal Mustafa miró la lustrosa fotografía. En las rojas y polvorientas calles de Arafat-kaffiyeh se veían cuerpos vestidos de blanco. A pesar de las imágenes granulosas, era obvio que los cuerpos estaban grotescamente despedazados e hinchados por la descomposición. El gran inquisidor habló suavemente, sobreponiéndose al impulso de ordenar a gritos que torturasen y fusilasen a esos imbéciles.

—¿Por qué no han resucitado e interrogado a estas personas? —murmuró.

El arzobispo Robeson intentó sonreír.

—Lo verá mañana, excelencia. Mañana quedará sobradamente claro.

Los VEMs eran inútiles en Marte. Usaron deslizadores blindados de Seguridad de Pax para volar a la meseta de Tharsis. El *Jibril* y varias naves-antorcha controlaron su avance. Cazas Escorpión patrullaban el aire y el espacio. A doscientos kilómetros de la meseta, cinco escuadrones de infantería descendieron de los deslizadores y se adelantaron a poca altura, barriendo la zona con sondas acústicas y organizando posiciones de fuego.

Nada se movía en Arafat-kaffiyeh salvo la arena.

Los deslizadores de seguridad del Santo Oficio aterrizaron primero, posando las patas en la arena del ejido oval de la ciudad, donde antes había crecido hierba. Las otras naves establecieron un campo de contención clase seis que hizo que los edificios de la plaza cimbrearan como en plena canícula. Los infantes habían creado un círculo defensivo centrado en el ejido. Los efectivos del gobernador y la Guardia interna establecieron un segundo perímetro externo en las calles de los alrededores de

la plaza. Los ocho guardias suizos del arzobispo aseguraron el círculo fuera del campo de contención. Al fin los efectivos de seguridad del Santo Oficio descendieron por las rampas de los deslizadores y establecieron un perímetro interno.

—Despejado —declaró la voz del sargento de infantería en el canal táctico.

—Nada se mueve ni vive a un kilómetro de la zona uno —jadeó el teniente de la Guardia Interna—. Cuerpos en la calle.

—Aquí despejado —dijo el capitán de la Guardia Suiza.

—Confirmado, nada se mueve en Arafat-kaffiyeh salvo nuestra gente —dijo el capitán del *Jibril*.

—Afirmativo —dijo el comandante Browning de Seguridad del Santo Oficio.

Sintiéndose tonto y malhumorado, el gran inquisidor bajó por la rampa al arenoso ejido. La máscara osmótica que tenía que usar no contribuía a mejorar su ánimo, con el respirador circular echado sobre el hombro como un medallón flojo.

El padre Farrell, el arzobispo Robeson, la gobernadora Palo y varios funcionarios corrieron para seguirle el paso mientras el cardenal Mustafa pasaba junto a los soldados arrodillados y, con gesto imperativo, ordenaba abrir un portal en el campo de contención. Lo atravesó a pesar de las protestas del comandante Browning y los soldados de armadura negra, que corrían para alcanzarlo.

—¿Dónde está el primero de los...? —exclamó el gran inquisidor mientras corría por la calle angosta. Aún no se acostumbraba a la escasa gravedad.

—A la vuelta de esa esquina —jadeó el arzobispo.

—Realmente deberíamos esperar a que los campos externos... —dijo la gobernadora Palo.

—Aquí —dijo el padre Farrell, señalando calle abajo.

El grupo de quince se paró tan súbitamente que los asistentes y guardias de retaguardia tuvieron que frenarse para no chocar contra las autoridades.

—Dios santo —murmuró el arzobispo Robeson, persignándose y palideciendo.

—¡Cristo! —murmuró la gobernadora Clare Palo—. He visto los holos y fotos durante dos semanas pero... Cristo.

—Ah —jadeó el padre Farrell, acercándose al primer cuerpo.

El gran inquisidor se acercó y se arrodilló en la arena roja. La forma desfigurada parecía como si alguien hubiera modelado una escultura abstracta con la carne, el hueso y el cartílago. No habría sido reconociblemente humana de no ser por los dientes que relucían en la boca estirada y una mano tendida en el arremolinado polvo marciano.

—¿Esto es obra de animales? —preguntó el gran inquisidor—. ¿Aves carroñeras? ¿Ratas?

—Negativo —dijo el mayor Piet, comandante de la fuerza terrestre del gobernador—. No hay aves en la meseta de Tharsis desde que la atmósfera empezó a

perder densidad hace dos siglos. Y los detectores de movimiento no han captado ratas ni otras criaturas vivientes desde que esto sucedió.

—¿El Alcaudón hizo esto? —dijo el gran inquisidor, poco convencido. Se incorporó y caminó hacia el segundo cuerpo. Podría haber sido una mujer. Daba la impresión de que la habían vuelto del revés y desgarrado—. ¿Y esto?

—Eso creemos —dijo la gobernadora Palo—. Los milicianos que encontraron esto trajeron la cámara de seguridad que filmó ese holo de treinta y ocho segundos que le hemos mostrado.

—Parecía una docena de Alcaudones matando a una docena de personas —dijo el padre Farrell—. Era borroso.

—Había una tormenta de arena —dijo el mayor Piet—. Y había un solo Alcaudón... Hemos estudiado las imágenes individuales. Se desplazaba tan deprisa en medio de la multitud que parecía varias criaturas.

—Se desplazaba en medio de la multitud... —murmuró el gran inquisidor. Se acercó a un tercer cuerpo que parecía ser el de un niño o una mujer menuda—. Haciendo esto.

—Haciendo esto —repitió la gobernadora Palo. Miró al arzobispo Robeson, que se había apoyado en una pared.

Había una veintena de cuerpos en ese sector de la calle.

El padre Farrell se arrodilló y pasó su mano enguantada por el pecho y la cavidad pectoral del primer cadáver. La carne estaba congelada, al igual que la sangre, que caía en una cascada de hielo negro.

—¿Y no había rastros del cruciforme? —preguntó.

La gobernadora Palo sacudió la cabeza.

—No en los dos cuerpos que los milicianos recobraron para tratar de resucitarlos. No había el menor rastro del cruciforme. Si hubiera quedado el menor vestigio, aun un milímetro de nódulo o trozo de fibra en el tronco encefálico...

—Sabemos eso —rugió el gran inquisidor, interrumpiendo la explicación.

—Muy extraño —dijo el obispo Erdle, experto en resurrección del Santo Oficio —. Que yo sepa, nunca hubo un caso donde el cadáver quedara tan entero y no encontráramos un vestigio del cruciforme. La gobernadora Palo tiene razón, por cierto. Un ínfimo resto del cruciforme es todo lo que se necesita para el Sacramento de la Resurrección.

El gran inquisidor se detuvo para inspeccionar un cuerpo que habían arrojado contra una baranda de hierro, con tal fuerza que lo habían empalado en doce puntos.

—Parece que el Alcaudón buscaba los cruciformes. Les arrancó hasta el último jirón.

—No es posible —dijo el obispo Erdle—. Simplemente no es posible. Hay más de quinientos metros de microfibra en las extensiones nodulares celulares de...

—No es posible —convino el gran inquisidor—. Pero apuesto a que ninguno de estos cuerpos será recuperable cuando los enviemos. El Alcaudón les habrá arrancado el corazón, los pulmones y la garganta, pero primero les arrancó el cruciforme.

El comandante Browning rodeó la esquina con cinco soldados de armadura negra.

—Excelencia —dijo por un canal táctico que sólo el gran inquisidor podía oír—. Lo peor está a una manzana... por aquí.

El séquito siguió al hombre de armadura negra, pero con lentitud y desgana.

Catalogaron trescientos sesenta y dos cuerpos. Muchos estaban en la calle, la mayoría en edificios de la ciudad o dentro de los cobertizos, hangares y naves del nuevo puerto espacial del linde de Arafat-kaffiyeh. Se tomaron holos y los equipos forenses del Santo Oficio se hicieron cargo, grabando cada escena antes de llevar los cuerpos al depósito de cadáveres de las afueras de San Malaquías. Se determinó que todos los cuerpos pertenecían a gente de otros mundos. No había palestinos locales ni marcianos nativos entre ellos.

El puerto espacial era lo que más intrigaba a los expertos de Pax.

—Ocho naves de descenso prestando servicio en ese campo —dijo el mayor Piet —. Son muchas. El puerto de San Malaquías sólo usa dos. —Miró el purpúreo cielo marciano—. Suponiendo que las naves estelares tuvieran sus propias naves de descenso adonde iban, por lo menos dos cada una, si eran cargueros, estamos hablando de logística en gran escala.

El gran inquisidor miró al arzobispo de Marte, pero Robeson sólo alzó las manos.

—No sabíamos nada de estas operaciones. Como expliqué antes, era un proyecto del Opus Dei.

—Bien —dijo el gran inquisidor—, por lo que sabemos, todo el personal del Opus Dei ha muerto irrecuperablemente, así que es responsabilidad del Santo Oficio. ¿No sabe para qué construyeron este puerto? ¿Metales pesados, quizás? ¿Alguna especie de proyecto minero?

La gobernadora Palo negó con la cabeza.

—Este mundo ha tenido explotación minera durante más de mil años. No quedan metales pesados dignos de embarcar. No hay minerales que justifiquen una operación local, y mucho menos del Opus Dei.

El mayor Piet alzó su visor y se frotó la barba crecida.

—Algo se embarcaba en grandes cantidades desde aquí, excelencias. Ocho naves de descenso, un sofisticado sistema de cuadrículas, seguridad automatizada...

—Si el Alcaudón, o lo que fuera, no hubiera destruido los sistemas informáticos y de grabación... —comenzó el comandante Browning. El mayor Piet sacudió la cabeza.

—No fue el Alcaudón. Los ordenadores ya habían sido destruidos con cargas

explosivas y virus ADN. —Echó una ojeada al edificio administrativo desierto. La arena roja ya se filtraba por portales y rendijas—. Sospecho que estas personas destruyeron sus registros antes de que llegara el Alcaudón. Creo que estaban preparándose para marcharse. Por eso las naves estaban en modalidad prelanzamiento, con sus sistemas a punto para el despegue.

El padre Farrell asintió.

—Pero sólo tenemos las coordenadas orbitales. No consta con quién iban a encontrarse allá.

El mayor Piet miró la tormenta de polvo por la ventana.

—Hay veinte autobuses terrestres en ese terreno —murmuró, como hablando consigo mismo—. Cada cual puede transportar hasta ochenta personas. Demasiados recursos logísticos si el contingente del Opus Dei se limitaba a las trescientas sesenta personas cuyos cuerpos hemos encontrado.

La gobernadora Palo frunció el ceño y cruzó los brazos.

—No sabemos cuánto personal del Opus Dei había aquí, mayor. Como usted señaló, la documentación fue destruida. Tal vez había miles...

El comandante Browning se aproximó a las autoridades.

—Con permiso, gobernadora, pero las barracas del perímetro podían albergar a unas cuatrocientas personas. Creo que el mayor puede estar en lo cierto... todo el personal del Opus Dei se limitaba a los cadáveres que hemos encontrado.

—No podemos estar seguros, comandante —dijo la gobernadora Palo con cierto disgusto.

—No, gobernadora.

Ella señaló la tormenta de polvo que oscurecía los autobuses aparcados.

—Y tenemos pruebas de que necesitaban transporte para muchas personas más.

—Quizá fuera un contingente de avanzada —dijo el comandante Browning—. Allanando el camino para una población mucho más numerosa.

—¿Entonces por qué destruir la documentación y las IAs restringidas? —preguntó el mayor Piet—. ¿Por qué da la impresión de que de disponían a marcharse para siempre?

El gran inquisidor se aproximó y extendió su mano enguantada de negro.

—Por ahora terminaremos con las especulaciones. El Santo Oficio comenzará a tomar declaraciones y a realizar interrogatorios mañana. Gobernadora, ¿podemos usar su oficina del palacio?

—Desde luego, excelencia. —Palo bajó el rostro, ya fuera para mostrar deferencia o para ocultar sus expresión.

—Muy bien —dijo el gran inquisidor—. Comandante, mayor, llamen a los deslizadores. Dejaremos aquí al personal forense y del depósito de cadáveres. —El cardenal Mustafa miró la tormenta, cuyo aullido atravesaba las diez capas de

ventanas de plástico—. ¿Cómo llaman a esta tormenta de polvo?

—Simún —dijo la gobernadora Palo—. Estas tormentas solían cubrir todo el planeta. Cada año marciano son más intensas.

—Los lugareños dicen que son los antiguos dioses marcianos —susurró el arzobispo Robeson—. Reclamando lo que es suyo.

A menos de catorce años-luz del sistema de Vieja Tierra, sobre el mundo llamado Vitus-Gray-Balianus B, una nave estelar que antes se llamaba *Rafael* pero que ahora no tenía nombre terminó de frenar y entró en órbita geosincrónica. Las cuatro criaturas de a bordo flotaban en cero g frente a la pantalla, la mirada fija en la imagen de ese mundo desértico.

—¿Cuan fiable es nuestra lectura de las perturbaciones del campo teleyector? —preguntó la mujer llamada Scylla.

—Más fiable que muchas otras pistas —dijo su gemela, Rhadamanth Nemes—. Verificaremos.

—¿Empezamos con una base de Pax? —preguntó el varón llamado Gyges.

—La más grande —dijo Nemes.

—Ésa es la base de Bombasino —dijo Briareus, verificando el código—. Hemisferio norte, canal central. Una población de...

—No nos interesa saber la población —interrumpió Rhadamanth Nemes—. Sólo nos interesa saber si la niña Aenea, el androide y ese bastardo Endymion han venido por aquí.

—Nave de descenso preparada —dijo Scylla.

Entraron chirriando en la atmósfera, extendieron las alas al cruzar el terminador, transmitieron el código del Vaticano para autorizar el aterrizaje y se posaron entre cazas Escorpión, deslizadores de transporte y VEMs blindados. Un agitado teniente los saludó y los acompañó hasta la oficina del comandante.

—¿Así que son miembros de la Guardia Noble? —preguntó el comandante Solznykov, estudiándoles la cara y mirando los datos del disco.

—Nosotros se lo hemos dicho —replicó secamente Rhadamanth Nemes— Nuestros papeles, chips y discos se lo han dicho. ¿Cuántas repeticiones necesita, comandante?

Solznykov enrojeció. Miró el holo de interfase en vez de replicar. Técnicamente, estos oficiales de la Guardia Noble —miembros de una de las nuevas unidades exóticas del papa— podían impartirle órdenes. Técnicamente, podían ordenar que lo fusilaran o excomulgaran, pues su rango de jefes de cohorte de la Guardia Noble combinaba los poderes de la flota de Pax y del Vaticano. Técnicamente —según la redacción y encriptado de prioridad del disco— podían impartir órdenes a un gobernador planetario o dictar normas eclesiásticas al arzobispo de un mundo.

Técnicamente, Solznykov hubiera deseado que esos engendros nunca hubieran aparecido en ese mundo de mala muerte.

El comandante sonrió forzadamente.

—Nuestras fuerzas están a disposición de ustedes. ¿En qué puedo ayudar?

La delgada mujer llamada Nemes extendió una holotarjeta y la activó. Las cabezas en tamaño natural de tres personas flotaron sobre el escritorio. Mejor dicho, dos personas, pues el tercer rostro pertenecía obviamente a un androide de tez azul.

—¿Pero queda algún androide en Pax? —dijo Solznykov.

—¿Ha recibido informes sobre la presencia de alguno de estos tres en su territorio, comandante? —preguntó Nemes, ignorando su pregunta—. Es probable que hayan aparecido a orillas del gran río que va desde el polo norte hasta el ecuador.

—En realidad es un canal —aclaró Solznykov, pero se interrumpió. Ninguno de esos cuatro demostraba interés en la charla menuda ni la información adicional. Llamó a la oficina a su asistente, el coronel Vinara.

—¿Sus nombres? —preguntó Solznykov mientras Vinara esperaba con su comlog preparado.

Nemes dio tres nombres que no significaban nada para el comandante.

—No son nombres locales —dijo mientras el coronel Vinara examinaba los registros—. Los miembros de la cultura aborigen, la Hélice del Espectro de Amoiete, suelen juntar nombres como mi perro de caza de Patawpha juntaba garrapatas. Tienen matrimonios tripartitos donde...

—Éstos no son lugareños —interrumpió Nemes. Su rostro descolorido contrastaba con el cuello rojo del uniforme—. Vienen de otros mundos.

—Ah —dijo Solznykov, alegrándose de no tener que habérselas con esos fenómenos de la Guardia Noble por más de un minuto o dos—, entonces no podemos ayudar. Bombasino es el único puerto espacial operativo en Vitus-Gray-Balianus B ahora que hemos cerrado la operación aborigen en Keroa Tambat, y aquí no hay inmigración con excepción de algunos desertores que terminan en nuestra brigada. Todos los lugareños pertenecen a la Hélice del Espectro. Les gustan los colores, sin duda, pero un androide destacaría como... ¿Y bien, coronel?

El coronel Vinara buscaba en su base de datos.

—Ni las imágenes ni los nombres concuerdan con nuestros registros, excepto un boletín general enviado por la flota de Pax hace cuatro años y medio estándar. —Miró inquisitivamente a la gente de la Guardia Noble.

Nemes y sus hermanos no respondieron.

El comandante Solznykov extendió las manos.

—Lo lamento. Hemos estado ocupados en un gran ejercicio de adiestramiento en las dos últimas semanas locales, pero si hubiera aparecido alguien que concordara con estas descripciones...

—Señor —dijo el coronel Vinara—, estaban esos cuatro espaciales desertores.

Maldición, pensó Solznykov. En voz alta dijo:

—Cuatro espaciales de Mercantilus que abandonaron su nave para que no los acusaran de uso de drogas ilegales. Según recuerdo, todos eran hombres, y sesentones... —Miró significativamente al coronel Vinara, tratando de ordenarle en silencio que cerrara el pico—. Y encontramos sus cuerpos en el Gran Grasiento, ¿verdad, coronel?

—Tres cuerpos, señor —dijo el coronel Vinara, sin captar las señales de su comandante. De nuevo miraba su base de datos—. Uno de nuestros deslizadores cayó cerca de Keroa Tambat y enviamos equipo médico... la doctora Abne Molina fue canal abajo con un misionero, para atender a los tripulantes heridos.

—¿A qué demonios viene todo eso, coronel? —rezongó Solznykov—. Estos oficiales buscan a una adolescente, un hombre de unos treinta años y un androide.

—Sí, señor —respondió Vinara, sobresaltado—. Pero la doctora Molina transmitió que había tratado a un forastero enfermo en Childe Lamond. Nosotros supusimos que era el cuarto desertor...

Rhadamanth Nemes avanzó tan bruscamente que el comandante Solznykov no pudo contener una mueca de alarma. Había algo inhumano en los movimientos de esa esbelta mujer.

—¿Dónde está Childe Lamond? —preguntó Nemes.

—Es sólo una aldea a orillas del canal, ochenta kilómetros al sur de aquí —dijo Solznykov. Miró al coronel Vinara como si la conmoción fuera culpa de su asistente —. ¿Cuándo traerán al prisionero?

—Mañana por la mañana, señor. Un deslizador médico debe recoger a los tripulantes en Keroa Tambat a las cero seiscientas horas y pasará por...

El coronel calló cuando los cuatro oficiales de la Guardia Noble giraron sobre los talones y se dirigieron a la puerta.

Nemes se detuvo apenas un instante.

—Comandante —dijo—, despeje nuestra trayectoria de vuelo entre la base y Childe Lamond. Usaremos la nave de descenso.

—Ah, eso no es necesario —dijo el comandante, mirando la pantalla de su escritorio —. Este desertor está arrestado y será entregado...

Los cuatro oficiales de la Guardia Noble habían bajado la escalinata de la oficina y atravesaban la pista. Solznykov los siguió a la carrera.

—Las naves de descenso no pueden operar en la atmósfera salvo para descender en Bombasino. ¡Oiga! Enviaremos un deslizador. ¡Oiga! Ese desertor no debe ser uno de los... Está bajo custodia...

Ninguno de los cuatro lo miró mientras se dirigían a su nave, hacían bajar una escalerilla y la abordaban. Sonaron sirenas en la base y el personal buscó refugio

mientras la pesada nave despegaba con sus impulsores, pasaba a EM y aceleraba hacia el sur.

—Joder —jadeó el comandante Solznykov.

—¿Cómo ha dicho, señor? —preguntó el coronel Vinara.

Solznykov le clavó una mirada que habría derretido plomo.

—Despache dos deslizadores de combate... no, que sean tres. Quiero una escuadra de infantes a bordo de cada deslizador. Éste es nuestro territorio, y no quiero que esos fantoches anémicos de la Guardia Noble ni siquiera arrojen desperdicios sin nuestra autorización. Quiero que los deslizadores lleguen primero y arresten a ese condenado espacial... aunque tengamos que arrasar todas las poblaciones aborígenes de aquí a Childe Lamond. ¿Enterado, coronel?

Vinara miró boquiabierto a su comandante.

—¡Muévase! —gritó el comandante Solznykov.

El coronel Vinara se movió.

10

Permanecí despierto toda esa larga noche y el día siguiente, contorsionándome de dolor, yendo al baño con mi tubo intravenoso a cuestas, tratando de orinar y revisando ese absurdo filtro en busca del cálculo que me estaba matando. En algún momento de la mañana eliminé esa cosa.

Al principio no pude creerlo. El dolor había disminuido en la última media hora, y sólo era un eco en mi espalda y mi entrepierna, pero mientras miraba esa cosa diminuta y rojiza —mayor que un grano de arena pero mucho menor que un guijarro— no pude creer que me hubiera causado tanto sufrimiento durante tantas horas.

—Créelo —dijo Aenea, sentada en la repisa del cuarto de baño, mientras yo me acomodaba la camisa del pijama—. A menudo las cosas más pequeñas de la vida son las que nos causan más dolor.

—Seguro —respondí. Sabía vagamente que Aenea no estaba allí, que nunca habría orinado así frente a nadie, y mucho menos frente a la niña. Había alucinado su presencia desde la primera inyección de ultramorfina.

—Felicitaciones —dijo la alucinación Aenea.

Su sonrisa parecía bastante real —esa mueca picara y burlona en el lado derecho de la boca— y noté que llevaba los pantalones de denim verde y la camisa de algodón blanco que usaba para trabajar en el calor del desierto. Pero también veía el fregadero y las toallas a través de ella.

—Gracias —dije, y regresé a la cama. No podía creer que el dolor no regresaría. Más aún, la doctora Molina había dicho que podía haber varias piedras.

Aenea se había ido cuando Dem Ria, Dem Loa y el guardia entraron en la habitación.

—¡Oh, maravilloso! —dijo Dem Ria.

—Nos alegramos tanto —dijo Dem Loa—. Esperábamos que no tuvieras que ir a la enfermería de Pax para que te operasen.

—Pon la mano derecha aquí —dijo el soldado, y me esposó al cabezal de bronce.

—¿Estoy arrestado? —pregunté aturdido.

—Siempre lo estuviste —gruñó el soldado. Su tez oscura estaba sudada bajo el visor del casco—. El deslizador pasará mañana por la mañana para recogerte. No querrás perderte el paseo. —Regresó a la sombra del árbol del frente.

—Ah —dijo Dem Loa, tocándome la muñeca esposada—. Lo lamentamos, Raul Endymion.

—No es culpa vuestra —respondí, tan cansado y drogado que mi lengua no funcionaba bien—. Habéis sido amables, muy amables. —Los ecos del dolor me

mantenían despierto.

—El padre Clifton quiere venir a hablar contigo. ¿Está bien?

En ese momento la idea de charlar con un misionero me resultaba tan agradable como ratas-araña royéndome los dedos de los pies.

—Claro —respondí—. ¿Por qué no?

El padre Clifton era más joven que yo, bajo —aunque no tan bajo como Dem Ria, Dem Loa o los de su raza— y rechoncho, con cabello ralo y claro sobre un rostro afable y rubicundo. El tipo me parecía conocido. En la Guardia Interna había un capellán parecido al padre Clifton, ferviente, inofensivo, un chico mimado que quizá se hizo sacerdote para no tener que crecer y hacerse responsable de sí mismo. Mi bisabuela, Grandam, comentaba que los curas de parroquia de las aldeas de los brezales de Hyperion solían ser aniñados: sus feligreses los trataban con deferencia, las amas de llave y las mujeres de todas las edades los mimaban, nunca estaban en auténtica competencia con otros adultos varones. No creo que Grandam fuera activamente anticlerical a pesar de su negativa a aceptar la cruz, sólo que le divertía esta tendencia de los curas de parroquia en el vasto y poderoso imperio de Pax.

El padre Clifton quería hablar de teología.

Creo que gemí entonces, pero el buen sacerdote debió atribuirlo al cálculo renal, pues se inclinó, me palmeó el brazo y murmuró:

—Calma, hijo, calma.

¿He mencionado que tenía cinco o seis años menos que yo?

—Raul... ¿Puedo llamarte Raul?

—Claro, padre. —Cerré los ojos como si me durmiera.

—¿Qué opinas de la Iglesia, Raul?

No podía creerlo.

—¿La Iglesia, padre? —pregunté.

El padre Clifton esperó.

Me encogí de hombros. Mejor dicho, lo intenté. No es tan fácil cuando uno tiene la muñeca esposada encima de la cabeza y una sonda intravenosa clavada en el otro brazo.

El padre Clifton debió comprender mi torpe gesto.

—¿Entonces te resulta indiferente? —murmuró.

Tan indiferente como se puede ser ante una organización que intentó capturarme y matarme, pensé.

—No indiferente, padre. Es sólo que la Iglesia... bien, no ha sido relevante en mi vida.

El misionero enarcó sus claras cejas.

—Caramba, Raul... la Iglesia es muchas cosas, y no todas son inmaculadamente

buenas, pero no creo que puedas acusarla de ser irrelevante.

Pensé en encogerme de hombros de nuevo, pero decidí que con un espasmo de ese tipo era suficiente.

—Entiendo a qué se refiere —dije, esperando que la conversación hubiera terminado.

El padre Clifton se inclinó aún más, los codos sobre las rodillas, las manos unidas frente a él, pero más en actitud de persuasión y razonamiento que de plegaria.

—Raul, sabes que por la mañana te llevarán a la base Bombasino.

Asentí. Aún podía mover la cabeza con libertad.

—Sabes que el castigo de la flota de Pax y Mercantilus por la deserción es la muerte.

—Sí —dije—, pero sólo después de un juicio justo.

El padre Clifton ignoró mi sarcasmo. Arrugó la frente con preocupación, aunque yo no sabía si por mi destino o por mi alma eterna. Tal vez por ambos.

—Para los cristianos... —dijo, e hizo una pausa—. Para los cristianos esa ejecución representa un castigo, cierta incomodidad, quizá terror momentáneo, pero luego enmiendan sus costumbres y continúan con su vida. Para ti...

—La nada —dije, ayudándole a terminar la frase—. El gran pozo. La oscuridad eterna. La aniquilación. Guisado para gusanos.

Al padre Clifton no le causó gracia.

—No tiene por qué ser así, hijo mío.

Suspiré y miré por la ventana. Era por la tarde en Vitus-Gray-Balianus B. La luz del sol no era como en otros mundos que conocía, Hyperion, Vieja Tierra, incluso Mare Infinitus y otros lugares que había visitado breve pero intensamente, pero la diferencia era tan sutil que me habría costado describirla. Aun así era hermosa. Eso era indiscutible. Miré el cielo color cobalto, surcado por nubes violáceas, la luz espesa que bañaba el adobe rosado y el alféizar de madera; escuché el alboroto de los niños que jugaban en el callejón, la suave conversación de Ces Ambre y su hermano enfermo, Bin, las súbitas risas cuando algo los divertía en su juego. *¿Perder esto para siempre?*, pensé.

Y aluciné la voz de Aenea, diciendo: *Perder todo esto para siempre es la esencia de la condición humana, amor mío.*

El padre Clifton se aclaró la garganta.

—¿Alguna vez oíste hablar de la apuesta de Pascal, Raul?

—Sí.

—¿De veras? —preguntó sorprendido el padre Clifton. Tuve la sensación de que lo había descolocado—. Entonces sabes por qué tiene sentido —añadió con blandura.

Suspiré de nuevo. Ahora el dolor era uniforme, en vez de palpitar en oleadas como en los últimos días. Recordé que había conocido a Blaise Pascal en mis

conversaciones con Grandam cuando era niño, había hablado sobre él con Aenea en el crepúsculo de Arizona, y al fin había buscado sus *Pensamientos* en la excelente biblioteca de Taliesin Oeste.

—Pascal era un matemático —dijo el padre Clifton—. Anterior a la Hégira... mediados del siglo dieciocho, creo...

—En realidad vivió en el siglo diecisiete. De 1623 a 1662, creo. —Era una bravuconada. Las fechas parecían correctas, pero no habría apostado mi vida. Recordaba la época porque Aenea y yo habíamos pasado un par de semanas de invierno discutiendo sobre el iluminismo y su efecto en la gente y las instituciones antes de la Hégira, antes de Pax.

—Sí —dijo el padre Clifton—, pero la época en que vivió no es tan importante como su apuesta. Piénsalo, Raul. Por una parte, la oportunidad de la resurrección, la inmortalidad, una eternidad en el cielo, gozando de la luz de Cristo. Por la otra... ¿cómo fue que lo llamaste?

—El gran pozo —dije—. La aniquilación.

—Peor que eso —dijo el joven sacerdote, la voz trémula de convicción—. La aniquilación significaría la nada, un sueño sin sueños. Pero Pascal comprendió que la ausencia de la redención de Cristo es peor que eso. Es lamentación eterna... añoranza... tristeza infinita.

—¿El infierno? ¿El castigo eterno?

El padre Clifton unió las manos, obviamente incómodo con ese aspecto de la ecuación.

—Quizá —dijo—. Pero aunque el infierno fuera sólo el eterno reconocimiento de las oportunidades perdidas, ¿por qué arriesgarse? Pascal comprendió que si la Iglesia estaba equivocada, nada se perdía con abrazar la esperanza. Y si él tenía razón...

Sonreí.

—Un poco cínico, ¿no le parece, padre?

Los ojos claros del sacerdote se clavaron en los míos.

—No tan cínico como ir a la muerte sin motivo, Raul, cuando puedes aceptar a Cristo como tu Señor, hacer buenas obras entre otros seres humanos, servir a tu comunidad y tus hermanos en Cristo y de paso salvar tu vida física y tu alma inmortal.

Asentí.

—Tal vez la época en que él vivió sí era importante —dije al cabo de un minuto.

El padre Clifton parpadeó.

—Blaise Pascal —aclaré—. Él vivió una revolución intelectual rara vez vista en la historia de la humanidad. Para colmo, Copérnico, Kepler y otros de la misma talla estaban abriendo el universo. El Sol se estaba convirtiendo en una simple estrella, padre. Todo se desplazaba, se corría, se alejaba del centro. Pascal dijo una vez: «Me

aterra el silencio eterno de esos espacios infinitos.»

El padre Clifton se inclinó aún más. Pude oler el jabón y la crema de rasurar en su piel tersa.

—Más razón aún para considerar la sabiduría de su apuesta, Raul.

Parpadeé, ansiando alejarme de esa cara rosada, fregada y redonda. Temía oler a sudor, dolor y miedo. No me había cepillado los dientes en veinticuatro horas.

—No creo que desee hacer ninguna apuesta si eso significa reconocer una Iglesia corrupta que transforma la obediencia y la sumisión en el precio por salvar la vida de un hijo —dije.

El padre Clifton retrocedió como si lo hubiera abofeteado. Su tez clara se puso más roja. Se levantó y me palmeó el hombro.

—Trata de dormir. Hablaremos de nuevo mañana, antes de que te vayas.

Pero para mí no habría «mañana». Si en ese momento hubiera estado fuera, mirando el cuadrante indicado del cielo del atardecer, habría visto la lengua de llamas que atravesaba la cúpula color cobalto mientras la nave de Nemes descendía en la base de Bombasino.

Cuando el padre Clifton se marchó, me dormí.

Miré desde arriba mientras Aenea y yo continuábamos nuestra conversación en su refugio en la noche del desierto.

—He tenido antes este sueño —dije, mirando en torno y tocando la piedra que había bajo la lona de su refugio. La roca aún retenía el calor diurno.

—Sí —dijo Aenea. Bebía una nueva taza de té.

—Ibas a contarme el secreto que te convierte en mesías —me oí decir—. El secreto que te convierte en ese «vínculo entre mundos» del cual hablaba la IA Ummon.

—Sí —dijo mi joven amiga, y asintió de nuevo—, pero primero dime si crees que tu respuesta al padre Clifton era adecuada.

—¿Adecuada? —Me encogí de hombros—. Yo estaba furioso.

Aenea bebió té. El humo de la taza le tocó las pestañas.

—Pero realmente no respondiste a su pregunta sobre la apuesta de Pascal.

—Era la única respuesta que necesitaba dar —repliqué con irritación—. El pequeño Bin Ria Dem Loa Alem se está muriendo de cáncer. La Iglesia usa el cruciforme para forzar una conversión. Eso es corrupto... sucio. No lo toleraré.

Aenea me miró por encima de la taza humeante.

—Pero si la Iglesia no fuera corrupta, Raul... si ofreciera el cruciforme sin precio ni reservas, ¿lo aceptarías?

—No. —Me sorprendió la contundencia de mi respuesta.

La niña sonrió.

—Conque no es la corrupción de la Iglesia lo que está en el centro de tu objeción. Rechazas la resurrección en sí.

Iba a hablar, vacilé, fruncí el ceño y luego reformulé mi idea.

—Rechazo esta clase de resurrección, sí.

—¿Existe otra? —preguntó Aenea, siempre sonriendo.

—Así pensaba la Iglesia. Durante casi tres mil años ofreció la resurrección del alma, no del cuerpo.

—¿Y crees en esa otra clase de resurrección?

—No —repetí, tan prontamente como antes. Sacudí la cabeza—. La apuesta de Pascal nunca me atrajo. Parece lógicamente... vacía.

—Tal vez porque sólo plantea dos opciones —me dijo Aenea. Un búho lanzó un graznido breve y agudo en la noche del desierto—. Resurrección espiritual e inmortalidad o muerte y condenación.

—Las dos últimas no son la misma cosa.

—No, pero quizá lo eran para alguien como Blaise Pascal. Alguien aterrado por el «eterno silencio de esos espacios infinitos».

—Agorafobia espiritual —dije.

Aenea se echó a reír. El sonido era tan franco y espontáneo que no pude dejar de amarlo. De amarla a ella.

—Parece que la religión siempre nos ha ofrecido esa falsa dualidad —dijo Aenea, apoyando la taza de té en una piedra chata—. Los silencios del espacio infinito o el acogedor confort de la certidumbre interior.

Chasqueé la lengua.

—La Iglesia de Pax nos ofrece una certidumbre más pragmática.

Aenea asintió.

—Tal vez sea su único recurso en la actualidad. Tal vez nuestra reserva de fe espiritual se haya agotado.

—Tal vez debió agotarse mucho tiempo atrás —dije con severidad—. La superstición ha cobrado un precio terrible a nuestra especie. Guerras, persecuciones, resistencia contra la lógica, la ciencia y la medicina... por no mencionar la acumulación de poder en manos de gentes como los que dirigen Pax.

—¿Entonces toda religión es superstición, Raul? ¿Toda la fe es locura?

Pestañeé. La luz pálida del interior del refugio y la luz más pálida de las estrellas jugaban sobre sus pómulos afilados y la suave curva de su barbilla.

—¿A qué te refieres? —pregunté, esperando una trampa.

—Si tuvieras fe en mí, ¿sería una locura?

—Fe en ti... ¿cómo? —dije, oyendo mi voz recelosa, casi huraña—. ¿Como amiga? ¿O como mesías?

—¿Cuál es la diferencia? —preguntó Aenea, sonriendo de nuevo con ese gesto

que siempre implicaba un desafío.

—La fe en una amiga es... amistad. Lealtad. —Vacilé—. Amor.

—¿Y la fe en un mesías? —dijo Aenea, recibiendo la luz en los ojos.

—Eso es religión —respondí con brusquedad.

—¿Y si el mesías es tu amiga? —dijo ella, sonriendo abiertamente.

—Querrás decir «¿Y si tu amiga se cree mesías?» —repliqué, encogiéndome de hombros—. Supongo que debes ser leal a ella y tratar de mantenerla alejada del manicomio.

Aenea dejó de sonreír, pero intuí que no era por mi rudo comentario. Su mirada se había vuelto hacia su interior.

—Ojalá fuera tan sencillo, mi querido amigo.

Conmovido, embargado por una angustia tan palpable como la náusea, dije:

—Ibas a contarme por qué fuiste elegida como mesías, pequeña. Por qué eres el vínculo entre dos mundos.

La niña —la joven mujer— asintió solemnemente.

—Fui escogida simplemente porque fui esa primera hija del Núcleo y la humanidad.

Me lo había dicho antes. Esta vez asentí.

—¿Conque esos son los mundos que conectas... el Núcleo y nosotros?

—Dos de esos mundos, sí —dijo Aenea, mirándome de nuevo— No son los dos únicos. Eso es precisamente lo que hacen los mesías, unen mundos diferentes. Épocas diferentes. Brindan el vínculo entre dos conceptos inconciliables.

—¿Y tu conexión con estos dos mundos te convierte en mesías?

Aenea se impacientó. Algo parecido a la furia brilló en sus ojos.

—No —dijo bruscamente—. Soy mesías por lo que puedo hacer.

Me asombró su vehemencia.

—¿Qué puedes hacer, pequeña?

Aenea extendió la mano y me tocó suavemente.

—¿Recuerdas que dije que la Iglesia y Pax tenían razón en cuanto a mí, Raul? ¿Que yo era un virus?

—Sí.

Ella me apretó la muñeca.

—Yo puedo transmitir ese virus, Raul. Puedo contagiar a otros. En progresión geométrica. Una plaga de portadores.

—¿Portadores de qué? ¿Del mesianismo?

Aenea negó con la cabeza. Su expresión era tan triste que me dio ganas de consolarla, de rodearla con los brazos. Aún me aferraba la muñeca con fuerza.

—No —dijo—. Sólo del próximo paso en lo que somos. Lo que podemos ser.

Contuve la respiración.

—Hablaste de enseñar la física del amor. De entender el amor como una fuerza básica del universo. ¿Ese es el virus?

Sin soltarme la muñeca, me miró un largo instante.

—Ésa es la fuente del virus —murmuró—. Lo que yo enseño es cómo usar esa energía.

—¿Cómo? —murmuré.

Aenea parpadeó, como si fuera ella la que soñaba y estaba a punto de despertar.

—Digamos que hay cuatro pasos. Cuatro etapas. Cuatro niveles.

Esperé. Sus dedos formaron un círculo alrededor de mi muñeca capturada.

—La primera etapa consiste en aprender el idioma de los muertos —dijo.

—¿Qué significa...?

—Cállate. —Aenea se llevó el índice de la mano libre a los labios—. La segunda consiste en aprender el idioma de los vivos.

Asentí sin comprender.

—La tercera consiste en oír la música de las esferas —me susurró Aenea.

En mis lecturas de Taliesin Oeste me había topado con este antiguo giro: se asociaba con la astrología, con la era precientífica de la Vieja Tierra, con los pequeños modelos de madera de un sistema solar de Kepler basado en formas perfectas, con estrellas y planetas movidos por ángeles, con toneladas de ambigüedades. Ignoraba de qué hablaba mi amiga y cómo se aplicaría a una época en que la humanidad se desplazaba por la galaxia a mayor velocidad que la luz.

—La cuarta etapa —dijo ella, de nuevo fijando su mirada en su interior— consiste en aprender a dar el primer paso.

—El primer paso —repetí confundido—. ¿Te refieres al primer paso que mencionaste... aprender el idioma de los muertos?

Aenea negó con la cabeza, imponiéndome concentración. Era como si por un instante hubiera estado en otra parte.

—No, quiero decir dar el primer paso.

Conteniendo el aliento, dije:

—De acuerdo, estoy listo, pequeña. Enséñame.

Aenea sonrió de nuevo.

—Ésa es la ironía, Raul, amor mío. Si elijo hacer esto, siempre seré conocida como La Que Enseña. Pero en realidad no tengo que enseñarlo. Sólo tengo que compartir este virus para mostrar estas etapas a quienes desean aprender.

Miré sus dedos enrollados alrededor de mi muñeca.

—¿Así que ya me has contagiado el virus? —pregunté. No sentía nada salvo el cosquilleo eléctrico que su contacto me producía siempre.

Mi amiga no.

—No, Raul. No estás preparado. Y se requiere una comunión para compartir el

virus, no sólo contacto. Y no he decidido qué hacer, siempre que lo haga.

—¿Compartir conmigo? —dije, pensando: *¿Comunión?*

—Compartir con todos —susurró ella con seriedad—. Con todos los que estén preparados para aprender. —De nuevo me miró directamente. En alguna parte del desierto aullaba un coyote—. Estos niveles, o etapas, no pueden coexistir con un cruciforme, Raul.

—¿Los renacidos no pueden aprender? —pregunté. Eso descartaba a la gran mayoría de los seres humanos.

Ella negó con la cabeza.

—Pueden aprender... pero no pueden seguir siendo renacidos. Deben deshacerse del cruciforme.

Suspiré. No comprendía casi nada de esto, pero eso era porque me parecía ambiguo. *¿Acaso todos los mesías no hablan ambiguamente?*, preguntó mi lado cínico con la voz seca de Grandam.

—No hay modo de extraer el cruciforme sin matar a la persona que lo lleva —dije en voz alta—. La muerte verdadera. —Siempre me había preguntado si por esto me negaba a aceptar la cruz. O quizá fuera mi juvenil creencia en mi propia inmortalidad.

Aenea no respondió directamente.

—La gente de la Hélice del Espectro de Amoiete te agrada, ¿verdad? —dijo.

Pestañeando, traté de entender. ¿Había soñado con esa frase, esa gente, ese dolor? ¿No estaba soñando ahora? ¿O éste era el recuerdo de una conversación real? Pero Aenea no sabía nada sobre Dem Ria, Dem Loa y los demás. La noche y el refugio de piedra y lona parecían ondular como un sueño hecho jirones.

—Me gustan —dije, notando que mi amiga alejaba sus dedos de mi muñeca. *¿Ya no estaba mi muñeca esposada al cabezal?*

Aenea asintió y bebió su té.

—Hay esperanza para la gente de la Hélice del Espectro. Y para los miles de culturas que han surgido o resurgido desde la Caída. La Hegemonía significaba homogeneidad, Raul. Pax significa aún más homogeneidad. El genoma humano... el alma humana... desconfía de lo homogéneo, Raul. Siempre está dispuesta a arriesgarse, a afrontar el cambio y la diversidad.

—Aenea —dije, extendiendo la mano—. Yo no... nosotros no podemos...

Tuve una sensación de caída y el sueño se despedazó como cartón delgado bajo la lluvia. Mi amiga desapareció.

—Despierta, Raul. Vienen a por ti. Es Pax.

Traté de despertarme, trepando hacia la conciencia como una máquina lenta reptando cuesta arriba, pero el peso de la fatiga y los calmantes me arrastraban hacia abajo. No comprendía por qué Aenea quería que me despertara. La charla era muy agradable en el sueño.

—Despierta, Raul Endymion.

No era Aenea. Aun antes de despabilarme reconocí la voz blanda y el dialecto de Dem Ria.

Me incorporé. ¡La mujer me estaba desvistiendo! Noté que me había quitado la bata y me ponía una camiseta limpia que olía a brisa fresca, pero que era sin duda mi camiseta. Ya me había puesto los calzoncillos. Mis pantalones de sarga, mi camisa y mi chaleco estaban al pie de la cama. ¿Cómo había hecho esto con la esposa sobre mi...?

Me miré la muñeca. Las esposas abiertas estaban sobre la manta. La circulación del brazo se normalizaba con un doloroso hormigueo. Me lamí los labios y traté de hablar sin que me resbalara la voz.

—¿Pax? ¿Vienen para aquí?

Dem Ria me puso la camisa como si yo fuera su hijo Bin. Le aparté las manos y traté de cerrar los botones con dedos repentinamente torpes. En Taliesin Oeste usaban botones en vez de sellos adhesivos, y creía haberme acostumbrado a ellos, pero esto me llevaba una eternidad.

—Oímos por radio que una nave había aterrizado en Bombasino. Había cuatro personas con uniforme desconocido, dos hombres y dos mujeres. Le preguntaron por ti al comandante. Luego despegaron... esa nave y tres deslizadores. Estarán aquí dentro de cuatro minutos, tal vez menos.

—¿Radio? —pregunté estúpidamente—. Creí que la radio no funcionaba. ¿No es por eso que el sacerdote fue a la base a buscar a la doctora?

—La radio del padre Clifton no funcionaba —susurró Dem Ria, obligándome a levantarme. Me sostuvo mientras yo me ponía los pantalones—. Nosotros tenemos radios... transmisores de haz angosto... retransmisores por satélite, sobre los cuales Pax no sabe nada. Y espías en varios sitios. Uno nos ha advertido... deprisa, Raul Endymion. Las naves pronto estarán aquí.

Entonces me despejé, barrido por una ola de furia y desesperanza que amenazaba con arrastrarme. *¿Por qué estos malditos no me dejan en paz?* Cuatro personas con un uniforme desconocido. Pax, obviamente. Evidentemente la persecución no había terminado cuando el sacerdote capitán De Soya nos dejó escapar de la trampa de Bosquecillo de Dios más de cuatro años antes.

Miré el cronómetro de mi comlog. Las naves aterrizarían en cualquier momento. No tenía tiempo de correr a ningún sitio donde los efectivos de Pax no me encontraran.

—Déjame ir —dije, apartándome de la mujer de túnica azul. La brisa de la tarde entraba por la ventana abierta. Creí oír el zumbido casi ultrasónico de los deslizadores—. Tengo que alejarme de esta casa.

Imaginé fuerzas de Pax quemando la casa con los pequeños Ces Ambre y Bin en su interior.

Dem Ria me alejó de la ventana. En ese momento el hombre de la casa, el joven Alem Mikail Dem Alem, entró con Dem Loa. Cargaban con el corpulento soldado lusiano que habían dejado para cuidarme. Ces Ambre, con un destello en los ojos oscuros, sostenía los pies del guardia mientras Bin procuraba quitarle una bota. El lusiano estaba profundamente dormido, boquiabierto, y la baba le humedecía el cuello del uniforme.

Miré a Dem Ria.

—Dem Loa le llevó té hace quince minutos —murmuró. Agitó la manga azul de su túnica en un gesto grácil—. Me temo que utilizamos el resto de tu ultramorfina, Raul Endymion.

—Debo irme —insistí. El dolor de mi espalda era soportable, pero me temblaban las piernas.

—No —dijo Dem Ria—. Te atraparán en pocos minutos.

Señaló la ventana. Desde fuera llegó el inequívoco rumor subsónico de una nave de descenso en propulsión EM, seguido por el ladrido de sus impulsores. La nave debía estar sobrevolando la aldea, buscando un lugar de aterrizaje. Un segundo después la ventana vibró con un triple estruendo sónico y dos deslizadores negros revolotearon sobre los edificios de adobe vecinos.

Alem Mikail había desnudado al lusiano dejándolo en ropa interior y lo había tendido en la cama. Sujetó la enorme muñeca del hombre con una esposa y cerró la otra esposa sobre el cabezal. Dem Loa y Ces Ambre juntaron la ropa de combate, el blindaje corporal y las enormes botas y las guardaron en una bolsa. El pequeño Bin Ria Dem Loa Alem arrojó el casco del guardia en la bolsa. El delgado niño llevaba la pesada pistola de dardos. Eso me sobresaltó. La combinación de niños con armas me resultaba temible desde que yo mismo era niño y aprendía a manejar armas de potencia mientras recorríamos los brezales de Hyperion, pero Alem sonrió y le quitó la pistola, palmeándole la espalda. Por el modo en que Bin sostenía el arma —alejando los dedos del gatillo, apuntando hacia otro lado, mirando el seguro—, supe que no era la primera vez que manejaba una.

Bin sonrió, cogió la pesada bolsa con la ropa del guardia y salió corriendo de la habitación. Fuera crecía el ruido. Miré por la ventana.

Un deslizador negro levantó polvo a menos de treinta metros de la calle que bordeaba el canal. Pude verlo a través de un resquicio entre las casas. La gran nave de descenso aterrizó hacia el sur, tal vez en el llano herboso donde el cálculo renal me había tumbado de dolor, cerca de la fuente.

Acababa de ponerme las botas y de sujetarme el chaleco cuando Alem me entregó la pistola de dardos. Revisé el seguro y los indicadores de carga por costumbre, pero

luego sacudí la cabeza.

—No —dije—, sería un suicidio atacar a tropas de Pax con esto. Sus armaduras... —En ese momento no pensaba en sus armaduras sino en las armas de asalto que arrasarían esa casa en un instante. Pensé en ese niño llevando la ropa del soldado—. Bin... Si lo atrapan...

—Lo sabemos —dijo Dem Ria, guiándome hacia el corredor. Yo no recordaba esta parte de la casa. Mi universo de las últimas cuarenta y pico de horas había consistido en el dormitorio y el lavabo contiguo—. Ven, ven.

Me aparté de nuevo, entregándole la pistola a Alem.

—Dejadme correr —dije con agitación. Señalé al lusiano dormido—. No creerán ni por un segundo que ése soy yo. Pueden comunicarse con la doctora para identificarme, siempre que ella no esté en uno de esos deslizadores. —Miré sus rostros amistosos—. Decidles que yo reduje al guardia y os amenacé con un arma...

Pero comprendí que el guardia desmentiría esa versión en cuanto despertara. La complicidad de la familia con mi fuga sería evidente. Miré de nuevo la pistola de dardos, dispuesto a empuñarla. Un estallido de agujas de acero y el soldado dormido no despertaría para delatarme y poner en peligro a estas buenas gentes.

Pero no podía hacerlo. Podía disparar contra un soldado de Pax en una lucha justa —más aún, el furioso torrente de adrenalina que sentía en medio de mi debilidad y mi terror me decía que sería un gran alivio tener esa oportunidad— pero no podría disparar contra un hombre dormido.

Pero no habría lucha justa. Los soldados de Pax con armadura de combate —por no mencionar a esos misteriosos cuatro sujetos de la nave de descenso, que quizá fueran guardias suizos— serían inmunes a los dardos y a todo lo que no fueran las armas de asalto de Pax. La Guardia Suiza sería inmune a éstas. Estaba jodido. Estas buenas gentes estaban jodidas.

Se abrió una puerta trasera y Bin entró en el pasillo, la túnica levantada, mostrando piernas raquíticas cubiertas de polvo. Lo miré, pensando que el niño no obtendría su cruciforme y moriría de cáncer. Era posible que los adultos pasaran la próxima década en una cárcel de Pax.

—Lo lamento —dije, buscando las palabras apropiadas. Oí la conmoción en la calle mientras los soldados se abrían paso en la muchedumbre de peatones.

—Raul Endymion —dijo Dem Loa con su voz suave, entregándome la mochila que habían traído de mi kayak—, por favor, cállate y síguenos. De inmediato.

Había un túnel debajo del piso del pasillo. Yo siempre había creído que los pasadizos ocultos eran típicos de los holodramas, pero seguí a Dem Ria de buena gana. Éramos una extraña procesión: Dem Ria y Dem Loa precediéndome en la empinada escalera, yo llevando la pistola de dardos y acomodándome la mochila

sobre la espalda, el pequeño Bin seguido por su hermana Ces Ambre, Alem Mikail Dem Alem cerrando el escotillón. Nadie se quedó atrás. La casa estaba vacía excepto por el lusiano dormido.

La escalera iba más abajo que un subsuelo normal, y al principio creí que las paredes eran de adobe como las de arriba. Luego noté que el pasaje estaba cavado en roca blanda, tal vez piedra arenisca. Veintisiete escalones y llegamos al fondo del pozo vertical. Dem Ria nos condujo por un pasaje angosto iluminado por pálidos globos químicos. Me pregunté por qué esa casa común de clase obrera tenía un pasaje subterráneo.

Como leyéndome la mente, Dem Loa me susurró:

—La Hélice del Espectro de Amoiete exige una comunicación discreta entre todos los hogares. Sobre todo durante la Doble Oscuridad.

—¿Doble Oscuridad? —repetí, agachándome bajo uno de los globos. Ya nos habíamos alejado más de veinte metros del río o canal, y el pasaje aún seguía curvándose a la derecha.

—El lento y doble eclipse del sol por las dos lunas de este mundo —susurró Dem Loa—. Dura precisamente diecinueve minutos. Es la razón primaria por la cual elegimos este mundo... con perdón del retruécano.

—Ah —dije. No comprendía, pero en ese momento no parecía importar—. Los efectivos de Pax tienen sensores para encontrar estos agujeros. Tienen radar profundo para escudriñar la roca. Tienen...

—Sí, sí —dijo Alem detrás de mí—, pero la alcaldesa y los demás los retendrán unos minutos.

—¿La alcaldesa? —repetí estúpidamente. Aún sentía las piernas débiles después de dos días de cama y dolor. Me dolían la espalda y la entrepierna, pero era una molestia menor en comparación con las que había pasado (y lo que había pasado a través de mí).

—La alcaldesa cuestiona el derecho de Pax a investigar —explicó Dem Ria. El pasaje se ensanchó y continuó en línea recta al menos cien metros. Pasamos dos túneles que se bifurcaban. Esto no era un túnel, sino una catacumba—. Pax reconoce la autoridad de la alcaldesa en Childe Lamond —susurró. Las sedosas túnicas azules de los cinco miembros de la familia también susurraban contra la piedra arenisca mientras descendíamos por el pasaje—. Todavía tenemos ley y tribunales en Vitus-Gray-Balianus B, así que no se les permiten derechos ilimitados de inspección y captura.

—Pero pedirán permiso a cualquier autoridad que sea necesaria —respondí, tratando de seguirles el paso. Llegamos a otra bifurcación y doblaron a la derecha.

—Más tarde —dijo Dem Loa—, pero ahora las calles están llenas con todos los colores de la rama Childe Lamond de la Hélice... rojo, blanco, verde, ébano,

amarillo... miles de personas de nuestra aldea. Y muchos más vendrán de las acequias cercanas. Nadie revelará en qué casa te retenían. Hemos alejado al padre Clifton con una treta, así que él no podrá ayudar a las tropas de Pax. Los nuestros han retenido a la doctora Molina en Keroa Tambat, así que ahora no está en contacto con sus superiores. Y tu guardia dormirá por lo menos otra hora más. Por aquí.

Doblamos a la izquierda, cogimos un pasaje más ancho, nos detuvimos ante la primera puerta que veíamos, esperamos a que Dem Ria la abriera con su palma y entramos en un espacio amplio y resonante. Estábamos en una escalera de metal que descendía a lo que parecía ser un garaje subterráneo, con media docena de vehículos largos y esbeltos con ruedas enormes, alas de popa, velas y pedales, reunidos por los colores primarios. Parecían carretas con elásticos delgados; obviamente usaban viento y energía muscular, y tenían cubiertas de madera, telas poliméricas brillantes y pérspex.

—Eolociclos —dijo Ces Ambre.

Varios hombres y mujeres con túnica verde esmeralda y botas altas preparaban tres carretas para la partida. Mi kayak estaba amarrado en la parte trasera de una de ellas.

Todos bajaron por la resonante escalera, pero yo me paré en seco. Mi detención fue tan abrupta que Bin y Ces Ambre casi tropezaron conmigo.

—¿Qué pasa? —preguntó Alem Mikail.

Yo me había calzado la pistola en el cinturón y abrí las manos.

—¿Por qué hacéis esto? ¿Por qué todos ayudan? ¿Qué está pasando?

Dem Ria retrocedió un paso y se apoyó en la baranda de la escalera. Sus ojos eran tan brillantes como los de su hija.

—Si te capturan, Raul Endymion, te matarán.

—¿Cómo lo sabéis? —pregunté. Hablé en voz baja, pero la acústica del garaje subterráneo era tan eficiente que los hombres y mujeres de verde me miraron desde abajo.

—Hablaste en sueños —dijo Dem Loa.

Ladeé la cabeza sin entender. Yo había soñado con Aenea y nuestra conversación. ¿Qué podía significar eso para esta gente?

Dem Ria subió un escalón, dio un paso y me tocó la muñeca.

—La Hélice del Espectro de Amoiete ha anunciado a esa mujer, Raul Endymion. La mujer llamada Aenea. Nosotros la llamamos La Que Enseña.

Se me puso la carne de gallina en la gélida luz de ese lugar sepultado. El viejo poeta, el tío Martin, había hablado de mi joven amiga como una mesías, pero su cinismo impregnaba todo lo que él decía o hacía. La gente de Taliesin Oeste respetaba a Aenea, pero de ahí a creer que esta adolescente fuera realmente una figura histórica... Y la niña y yo habíamos hablado de ello en la vida real y en mis sueños de

ultramorfina pero... por Dios, yo me encontraba en un mundo que estaba a veintenas de años-luz de Hyperion y a infinita distancia de la Nube Magallánica Menor donde estaba escondida la Vieja Tierra. ¿Cómo podía esta gente...?

—Halpul Amoiete conocía la existencia de La Que Enseña cuando compuso la *Sinfonía de la Hélice* —dijo Dem Loa. Todas las gentes del Espectro descendían de razas empáticas. La Hélice era y es un modo de refinar esa capacidad de empatía.

Sacudí la cabeza.

—Lo lamento. No entiendo...

—Entiende esto, Raul Endymion —dijo Dem Ria, apretándome la muñeca hasta hacer que doliera—. Si no huyes de este lugar, Pax se adueñará de tu alma y de tu cuerpo. Y La Que Enseña necesita ambas cosas.

Miré a la mujer, pensando que bromeaba, pero vi que me hablaba con toda seriedad.

—Por favor —dijo el pequeño Bin, tironeándome con su manita—. Por favor, Raul, apresúrate.

Bajé la escalera. Uno de los hombres de verde me entregó una túnica roja. Alem Mikail me ayudó a plegarla y acomodarla sobre mi ropa. Envolvió la túnica con rápidos movimientos. Yo nunca habría podido plegarla correctamente. Vi con asombro que toda la familia —las dos mujeres, la adolescente Ces Ambre, el pequeño Bin— se habían quitado sus túnicas azules y se ponían túnicas rojas. Entonces noté que me había equivocado al pensar que se parecían a los lusianos. Aunque eran bajos y musculosos, eran totalmente proporcionados. Los adultos no tenían vello ni cabello. En cierto modo, esto volvía más atractivos sus cuerpos compactos y saludables.

Le ofrecí la pistola de dardos a Alem, pero él me sugirió que la conservara y me mostró cómo guardarla en una de las muchas fajas de la larga túnica carmesí. Recordé que no tenía armas en mi mochila —salvo el cuchillo navajo y la linterna láser— y asentí con gratitud.

Monté con las mujeres y los niños en la parte trasera del eolociclo que llevaba mi kayak y nos cubrieron con una tela roja. Tuvimos que agazaparnos cuando nos pusieron encima una segunda capa de tela, algunos tablones de madera y varios cestos y toneles. Apenas pude distinguir un destello de luz entre la puerta trasera y la cubierta. Oí pasos en la piedra mientras Alem iba al frente y subía a una de las dos sillas de pedaleo. Otro hombre, también con túnica roja, montó en el asiento del otro flanco.

Con los mástiles bajos y las velas plegadas, salimos del garaje por una larga rampa.

—¿Adonde vamos? —le pregunté a Dem Ria, quien estaba a mi lado. La madera olía como cedro.

—Al arco teleyector de río abajo.

Pestañeé.

—¿Conocéis su existencia?

—Te dieron droga de la verdad —susurró Dem Loa desde el otro lado de una caja —. Hablaste en sueños.

Bin estaba junto a mí en la oscuridad.

—Sabemos que La Que Enseña te ha enviado en una misión —dijo, casi con felicidad—. Sabemos que debemos llevarte hasta el próximo arco. —Acarició el kayak—. Ojalá pudiera ir contigo.

—Esto es demasiado peligroso —jadeé, notando que la carreta salía del túnel. La luz del sol iluminó la tela. La carreta se detuvo un segundo mientras los dos hombres subían el mástil y desplegaban la vela. Con «demasiado peligroso» me refería a que ellos me llevaran al teleyector, no a la misión en que me había enviado Aenea—. Si ellos saben quién soy, estarán vigilando el arco.

Vi la silueta de su capucha mientras Dem Loa asentía.

—Estarán vigilando, Raul Endymion. Y es peligroso. Pero casi anochecerá. Dentro de catorce minutos.

Miré mi comlog. Faltaban más de noventa minutos para el ocaso según lo que yo había observado los dos días anteriores. Y casi otra hora para el anochecer.

—Hay sólo seis kilómetros hasta el arco —susurró Ces Ambre desde el otro lado del kayak—. Las aldeas estarán llenas de festejantes.

Comprendí.

—¿La Doble Oscuridad? —susurré.

—Sí —dijo Dem Ria. Me palmeó la mano—. Ahora debemos callar. Nos mezclaremos con el tráfico del camino de sal.

—Demasiado peligroso —susurré por última vez mientras el crujiente eolociclo se internaba en el tráfico. Oí el chirrido de la cadena debajo del suelo y sentí que el viento inflaba la vela. *Demasiado peligroso*, me dije a mí mismo.

Si hubiera sabido lo que sucedía a pocos cientos de metros, habría comprendido hasta qué punto tenía razón.

Espié por una rendija mientras andábamos por el camino de sal. Esta carretera parecía una franja de sal dura como roca entre las aldeas de las orillas del canal y el desierto que se extendía hacia el norte.

—El Wahhabi de los Desechos —me susurró Dem Ria mientras ganábamos velocidad y nos dirigíamos al sur por el camino de sal. Otras carretas nos pasaban dirigiéndose al sur, las velas hinchadas, sus conductores pedaleando con fuerza. Otras carretas con lonas aún más brillantes iban hacia el norte, con las velas configuradas de otro modo, y sus conductores hacían equilibrio mientras los crujientes eolociclos se sostenían sobre dos ruedas y las otras dos giraban en el aire.

Recorrimos los seis kilómetros en diez minutos y salimos del camino de sal a una rampa pavimentada que atravesaba un caserío —piedra blanca en vez de adobe— y luego Alem y el otro hombre recogieron la vela y pedalearon lentamente por la calle adoquinada que había entre las casas y el canal. Altos y velludos helechos crecían en las orillas entre elegantes muelles, miradores y embarcaderos con ornamentadas casas flotantes. La ciudad parecía terminar allí, donde el canal se ensanchaba en un cauce más semejante a un río. Vi un enorme arco teleyector cientos de metros corriente abajo. Más allá del arco oxidado sólo se veía un helechal sobre los márgenes y un desierto al este y al oeste. Alem llevó el eolociclo hasta una rampa de carga y se detuvo a la sombra de unos helechos altos.

Miré mi comlog. Faltaban menos de dos minutos para la Doble Oscuridad.

Sentimos un torrente de aire caliente y una sombra pasó sobre nosotros. Nos agazapamos mientras el deslizador negro de Pax sobrevolaba el río a menos de cien metros de altura; su aerodinámica silueta con forma de ocho se ladeó mientras revoloteaba sobre las naves que se dirigían al norte y al sur a través del arco. El tráfico fluvial era intenso en esta zona: esbeltos botes de carrera con remeros, relucientes lanchas de motor que dejaban estelas brillantes, veleros que iban desde barcas monoplaza hasta juncos de velas cuadradas, canoas y chinchorros, majestuosas casas flotantes navegando contra la corriente, un puñado de silenciosos hovercrafts eléctricos con sus aureolas de espuma, algunas balsas que me recordaron mi viaje con Aenea y A. Bettik.

El deslizador sobrevoló estas embarcaciones, se dirigió al sur pasando sobre el arco teleyector, viró hacia el norte y desapareció en la dirección de Childe Lamond.

—Ven —dijo Alem Mikail, plegando la lona sobre nosotros y tirando del kayak —. Debemos darnos prisa.

De pronto sopló una ráfaga de aire tórrido seguida por una brisa más fresca que arrancó polvo de la orilla; los helechos susurraron y se mecieron sobre nosotros, y el cielo se volvió rojo y luego negro. Despuntaron estrellas. Al mirar arriba vi una corona perlada alrededor de una de las lunas, y a menor altura el disco ardiente del segundo satélite.

Desde el norte del río, siguiendo la dirección de esa ciudad lineal que incluía Childe Lamond, vino el sonido más cautivador y plañidero que había oído jamás: un largo gemido, seguido por una nota sostenida que se ahondaba hasta caer en lo subsónico. Comprendí que había oído el sonido de miles de cuernos acompañados por un coro de miles de voces humanas.

La oscuridad se intensificaba. Las estrellas resplandecían. El disco de la luna inferior era como una cúpula iluminada que amenazara con caer sobre el mundo ensombrecido. De pronto todas las embarcaciones tocaron sirenas y cuernos, un aullido cacofónico que contrastaba con la armonía descendente del coro inicial, y

luego comenzaron a disparar bengalas y fuegos de artificio: estrellas multicolores, rugientes ruedas de Santa Catalina, bengalas rojas con forma de paracaídas, trenzas de fuego amarillo, azul, verde, rojo y blanco —¿la Hélice del Espectro?— y un sinfín de bombas aéreas. El ruido y la luz eran abrumadores.

—Deprisa —repitió Alem, sacando el kayak de la carreta. Salté para ayudarle, me quité la túnica y la arrojé al eolociclo. El minuto siguiente fue un frenesí de movimientos coordinados mientras Dem Ria, Dem Loa, Ces Ambre, Bin y yo ayudábamos a Alem y el otro hombre a llevar el kayak hasta la orilla del río y ponerlo a flote. Me interné en el agua tibia, metí la mochila y la pistola de dardos en la cabina, estabilicé el kayak y miré a las dos mujeres, los dos niños y los dos hombres de túnica ondeante.

—¿Qué pasará con vosotros? —pregunté. Me dolía la espalda por efecto del cálculo renal, pero más me dolía el nudo que se me había hecho en la garganta.

Dem Ria sacudió la cabeza.

—Nada malo nos pasará, Raul Endymion. Si las autoridades de Pax intentan causar problemas, desapareceremos en los túneles del Wahhabi de los Desechos hasta que sea tiempo de reunimos con el Espectro en otra parte. —Sonrió y se acomodó la túnica sobre el hombro—. Pero haznos una promesa, Raul Endymion.

—Lo que sea —dije—. Si puedo hacerlo, lo haré.

—Si es posible, pide a La Que Enseña que regrese contigo a Vitus-Gray-Balianus B y visite a la gente de la Hélice del Espectro de Amoiete. Trataremos de no convertirnos al cristianismo de Pax hasta que ella venga a hablar con nosotros.

Asentí, mirando el cráneo rapado de Bin Ria Dem Loa Alem, su capirote rojo ondeando en la brisa, sus mejillas consumidas por la quimioterapia, sus ojos donde el entusiasmo brillaba más que el reflejo de los fuegos de artificio.

—Sí —dije—. Si es posible, lo haré.

Todos me tocaron entonces. No me dieron la mano, sino que tocaron mi chaleco, mi brazo, mi rostro o mi espalda. Yo los toqué a mi vez, orienté la proa del kayak en la corriente y monté en la embarcación. El remo estaba donde lo había dejado. Me ceñí el nailon de la cabina como si me esperaran aguas blancas, apoyé la mano en la cubierta de plástico, sobre el botón rojo de «pánico» que Aenea me había mostrado, mientras ponía la pistola adentro —y si este episodio no me había causado pánico, no sabía qué podía lograrlo—, sostuve el remo en la mano izquierda y me despedí con la derecha. Las seis siluetas se fusionaron con las sombras de los helechos mientras el kayak se lanzaba hacia la corriente del medio.

El arco teleyector creció. Arriba, la primera luna se desplazaba más allá del disco del Sol, pero la segunda luna, la más grande, comenzó a cubrirlos a ambos con su mole. Los fuegos de artificio y las sirenas continuaban, incluso crecían en intensidad. Me aproximé al margen derecho al acercarme al teleyector, tratando de mantenerme

entre las embarcaciones pequeñas que iban corriente abajo pero sin aproximarme a ninguna.

Si van a interceptarme, pensé, *lo harán aquí.* Sin pensarlo, apoyé la pistola de dardos en el casco. La rápida corriente me arrastraba, así que apoyé el remo y esperé hasta llegar al teleyector. No habría otras embarcaciones bajo el teleyector cuando se activara. Encima de mí, el arco era una curva negra contra el cielo estrellado.

De pronto hubo una violenta conmoción en la orilla, menos de veinte metros a mi derecha.

Alcé la pistola y miré, sin comprender lo que veía y oía.

Dos explosiones semejantes a estruendos sónicos. Vibraciones de luz blanca.

¿Más fuegos de artificio? No, estos relámpagos eran mucho más intensos. *¿Fuego de armas energéticas?* Demasiado brillantes, demasiado difusas. Se parecían más a pequeñas explosiones de plasma.

Entonces distinguí algo, más un destello que una auténtica visión: dos siluetas estrechadas en un abrazo violento, imágenes invertidas como en el negativo de una fotografía antigua, movimientos repentinos y bruscos, otro estruendo sónico, una centella blanca que me cegó aun antes de que la imagen se registrara en mi cerebro —pinchos, espinas, dos cabezas unidas, seis brazos frenéticos—, chispazos, una forma humana y algo más grande, chirridos de metal, gritos más estridentes que las sirenas que gemían río abajo. La onda de choque avanzó por el río, meció mi kayak y continuó por el agua como una cortina de espuma blanca.

Entonces llegué al arco teleyector: vi el fogonazo y sentí el vértigo de costumbre, una luz brillante me rodeó y me encandiló, y el kayak y yo iniciamos la caída.

Una auténtica caída. Girando en el vacío. El agua que había sido teleyectada debajo de mí cayó en una pequeña cascada, y entonces el kayak dejó de flotar, rodando al caer, y en mi pánico solté la pistola y aferré el casco, haciéndolo girar más frenéticamente en su caída. Parpadeé en medio del resplandor, tratando de mirar abajo mientras el kayak caía de punta. Cielo azul arriba. Nubes alrededor. Enormes estratocúmulos, miles de metros hacia arriba y miles de metros hacia abajo. Cirros, muchos kilómetros encima de mí; nubarrones negros, muchos kilómetros debajo. Sólo había cielo y yo caía en él. Debajo de mí, la pequeña cascada de agua de río se había disuelto en gigantescas lágrimas de humedad, como si alguien hubiera cogido cien cubos de agua y los hubiera arrojado a un abismo sin fondo.

El kayak giró y amenazó con volcarse. Me eché hacia delante y estuve a punto de caer, y sólo mis piernas cruzadas y la funda de nailon me retuvieron.

Aferré el borde de la cabina. El aire frío me azotaba y rugía mientras el kayak y yo acelerábamos, lanzándonos a velocidad terminal. Miles y miles de metros de aire vacío se extendían hasta las relampagueantes nubes de abajo. El remo se zafó del tolete y voló en caída libre.

Hice lo único que podía hacer en esas circunstancias. Abrí la boca y grité.

11

Kenzo Isozaki podía decir con franqueza que nunca había tenido miedo en su vida. Criado como samurai de negocios en las islas de helechos de Fuji, había aprendido desde la infancia a desdeñar el miedo y despreciar a quien lo sentía. Se permitía la cautela —para él se había convertido en indispensable herramienta empresarial— pero el miedo era ajeno a su naturaleza y su estructurada personalidad.

Hasta este momento.

M. Isozaki retrocedió cuando se abrió la puerta interna de la cámara de presión. Aquello que aguardaba en el interior había estado un minuto antes en la superficie de un asteroide sin aire. Y no usaba traje espacial.

Isozaki había optado por no llevar un arma en el saltador; él y la nave estaban inermes. En ese momento, mientras los cristales de hielo ondeaban como niebla en la puerta de la cámara y entraba una figura humanoide, Kenzo Isozaki se preguntó si había sido una elección prudente.

La figura humanoide era humana, al menos en apariencia. Tez bronceada, cabello gris, un traje gris de buen corte, ojos grises bajo pestañas bordeadas de escarcha, una sonrisa blanca.

—M. Isozaki —dijo el consejero Albedo.

Isozaki se inclinó. Había controlado sus palpitaciones y su respiración, y procuró mantener la voz serena y uniforme.

—Es amable de su parte responder a mi invitación.

Albedo se cruzó de brazos. Aún sonreía, pero Isozaki no se dejaba engañar. Los mares que rodeaban las islas de helechos de Fuji estaban llenos de tiburones, procedentes de las recetas ADN y los embriones congelados de las primeras naves semilleras Bussard.

—¿Invitación? —preguntó el consejero Albedo con voz espesa—. ¿O convocatoria?

Isozaki mantuvo la cabeza levemente inclinada, las manos a los costados.

—Nunca una convocatoria, M...

—Creo que usted sabe mi nombre —dijo Albedo.

—Los rumores dicen que usted es el mismo consejero Albedo que asesoró a Meina Gladstone hace casi tres siglos, señor —dijo el máximo ejecutivo de Pax Mercantilus.

—Entonces yo era más holograma que sustancia —dijo Albedo, abriendo los brazos—. Pero la personalidad es la misma. Y no es preciso que me llame señor.

Isozaki se inclinó levemente.

El consejero Albedo avanzó unos pasos. Acarició las consolas, el diván del piloto y el tanque de alta gravedad vacío.

—Una nave modesta para una persona tan poderosa, M. Isozaki.

—Creí que sería mejor practicar la discreción, consejero. ¿Puedo llamarle así?

En vez de responder, Albedo se acercó agresivamente al ejecutivo. Isozaki no se inmutó.

—¿Le parece discreto lanzar un telotaxis viral IA en la tosca esfera de datos de Pacem para que busque nódulos del TecnoNúcleo? —La voz de Albedo llenó la cabina.

Kenzo Isozaki alzó los ojos para afrontar la mirada gris del hombre más alto.

—Sí, consejero. Si el Núcleo aún existía, era imperativo que yo... que Mercantilus... estableciera un contacto personal. El telotaxis estaba programado para autodestruirse si lo detectaban los programas antivirales de Pax, y para inocular sólo si recibía una inequívoca respuesta del Núcleo.

El consejero Albedo se echó a reír.

—Su telotaxis IA era tan sutil como excremento flotando en la ponchera, Isozaki-san.

El ejecutivo de Mercantilus parpadeó de sorpresa ante esa grosería.

Albedo se sentó en el diván de aceleración, se desperezó.

—Siéntese, amigo. Se tomó mucho trabajo para encontrarnos. Se arriesgó a la tortura, la excomunión, la ejecución verdadera y la pérdida de sus privilegios de aparcamiento en el Vaticano. Si quiere hablar, hable.

El desconcertado Isozaki buscó otra superficie donde sentarse. Escogió un sector despejado de la pantalla de trayectorias. Le disgustaba la gravedad cero, así que el tosco campo de contención interno mantenía un diferencial que simulaba una gravedad, pero el efecto era tan incongruente que mantenía a Isozaki al borde del vértigo. Trató de organizar sus pensamientos.

—Usted está al servicio del Vaticano —dijo.

—El Núcleo no está al servicio de nadie, hombre de Mercantilus —interrumpió Albedo.

Isozaki decidió empezar de nuevo.

—Los intereses del Núcleo y los del Vaticano se han superpuesto al punto de que el TecnoNúcleo brinda asesoramiento y tecnología vital para la supervivencia de Pax...

El consejero Albedo sonrió y esperó.

Por lo que diré a continuación, pensó Isozaki, *Su Santidad me entregará al gran inquisidor. Estaré en la máquina de dolor durante cien vidas.*

—Algunos integrantes del Consejo Ejecutivo de la Liga Pancapitalista de Organizaciones Católicas Independientes de Comercio Transestelar —dijo—

entienden que los intereses de la Liga y los intereses del TecnoNúcleo pueden tener más en común que los intereses del Núcleo y los del Vaticano. Entendemos que una investigación de esos objetivos e intereses comunes sería beneficioso para ambas partes.

Albedo mostró sus dientes perfectos sin decir nada.

Sintiendo la textura de la soga que se estaba poniendo alrededor del cuello, Isozaki continuó:

—Durante casi tres siglos, la Iglesia y las autoridades civiles de Pax han sostenido la versión oficial de que el TecnoNúcleo fue destruido con la Caída de los Teleyectores. Millones de personas cercanas al poder en los mundos de Pax conocen los rumores sobre la supervivencia del Núcleo...

—Los rumores de nuestra muerte son sumamente exagerados —dijo el consejero Albedo—. ¿Entonces?

—Entonces —continuó Isozaki—, con el entendimiento de que esta alianza entre las personalidades del Núcleo y el Vaticano ha sido beneficiosa para ambas partes, consejero, la Liga desearía explicar por qué una alianza similar con nuestra organización comercial llevaría beneficios más inmediatos y tangibles a esa asociación.

—Explíquese, Isozaki-san —dijo el consejero Albedo, reclinándose en la silla del piloto.

—Primero —dijo Isozaki, con voz más firme—, Pax Mercantilus está expandiéndose demasiado para una organización religiosa, a pesar de su jerarquía o aceptación universal. El capitalismo está recobrando poder en Pax. Es el auténtico pegamento que mantiene unidos los cientos de mundos.

»Segundo, la Iglesia continúa su interminable guerra contra los éxters y los elementos rebeldes de la esfera de influencia de Pax. Pax Mercantilus considera que esos conflictos son un derroche de energía y de preciosos recursos humanos y materiales. Más aún, implican al TecnoNúcleo en enfrentamientos humanos que no pueden promover los intereses del Núcleo ni acercarlo a sus objetivos.

»Tercero, mientras la Iglesia y Pax utilizan tecnologías obviamente derivadas del Núcleo, como el impulso Gedeón instantáneo y los nichos de resurrección, la Iglesia no reconoce el mérito del TecnoNúcleo por estas invenciones. Más aún, la Iglesia aún considera al Núcleo como un enemigo para sus millones de fieles, alegando que las entidades del Núcleo fueron destruidas porque estaban unidas con el demonio. Pax Mercantilus no necesita estos prejuicios y artificios. Si el Núcleo optara por el ocultamiento al aliarse con nosotros, respetaríamos esa política, pero siempre estaríamos dispuestos a presentar al Núcleo como un socio visible y estimado. En el ínterin, sin embargo, la Liga procuraría erradicar de la historia, la tradición y la mentalidad de los seres humanos la noción de que el TecnoNúcleo es el enemigo

supremo.

El consejero Albedo pareció reflexionar. Tras mirar el asteroide por la ventana, dijo:

—¿Conque ustedes nos harán ricos y respetables?

Kenzo Isozaki calló. Sabía que su futuro y el equilibrio de poder en el espacio humano pendía sobre el filo de un cuchillo. Albedo le resultaba elusivo, y el sarcasmo del cíbrido bien podía ser un preludio para la negociación.

—¿Qué haríamos con la Iglesia? —preguntó Albedo—. Son casi tres siglos humanos de alianza secreta.

Isozaki dominó una vez más sus palpitaciones.

—No deseamos interrumpir ninguna relación que el Núcleo considere útil o rentable —murmuró—. Como gentes de negocios, en la Liga estamos preparados para ver las limitaciones de toda sociedad interestelar basada en la religión. El dogma y la jerarquía son inherentes a dichas estructuras... más aún, son las estructuras de cualquier teocracia. Como personas de negocios que creen en el provecho mutuo, vemos modos en que un segundo nivel de cooperación entre el Núcleo y los humanos, por secreto o limitado que sea, beneficiaría a ambas partes.

El consejero asintió de nuevo con la cabeza.

—Isozaki-san, ¿recuerda que en su oficina privada del Torus usted pidió a su asociada, Anna Pelli Cognani, que se quitara la ropa?

Isozaki mantuvo su expresión neutra, pero con un supremo esfuerzo de voluntad. El hecho de que el Núcleo observara su oficina privada, grabando cada transacción, le helaba la sangre literalmente.

—Usted preguntó entonces —continuó Albedo— por qué habíamos ayudado a la Iglesia a refinar el cruciforme. «Con qué fin», creo que preguntó usted. ¿Dónde está el beneficio para el Núcleo?

Isozaki miró al hombre de gris, pero en esa pequeña nave se sentía como encerrado con una cobra mortífera.

—¿Alguna vez tuvo un perro, Isozaki-san? —preguntó Albedo.

Aún pensando en cobras, el ejecutivo de Mercantilus abrió la boca.

—¿Un perro? No. Los perros no eran comunes en mi mundo natal.

—Ah, es verdad —dijo Albedo, mostrando de nuevo los dientes blancos— Los tiburones eran la mascota preferida en su isla. Creo que usted tuvo un bebé tiburón que trató de domesticar cuando tenía seis años estándar. Usted lo llamó Keigo, si mal no recuerdo.

En ese momento Isozaki no podría haber hablado aunque la vida le fuera en ello.

—¿Y cómo impidió que su bebé tiburón lo devorase cuando nadaban juntos en la laguna de Shioko, Isozaki-san?

Al cabo de un instante, Isozaki logró articular:

—Un collar.

—¿Cómo ha dicho? —El consejero Albedo se inclinó hacia él.

—Un collar —repitió el ejecutivo. Pequeñas manchas negras bailaban en su visión periférica—. Collar de choque. Teníamos que llevar las teclas transmisoras. El mismo aparato que usaban nuestros pescadores.

—Ah sí —dijo Albedo, aún sonriendo—. Si su mascota se portaba mal, usted la ponía en cintura. Con sólo mover el dedo. —Extendió la mano, ahuecándola como si sostuviera un teclado invisible. Su dedo bronceado tocó un botón invisible.

No fue tanto un shock eléctrico lo que atravesó el cuerpo de Kenzo Isozaki, sino algo más parecido a ondas de dolor puro. Comenzaba en el pecho, en el cruciforme incrustado en la piel, la carne y el hueso, y se expandía como señales telegráficas de dolor por los cientos de metros de fibras, nematodos y nódulos de tejido cruciforme que hacían metástasis en su cuerpo como tumores.

Isozaki gritó y se arqueó de dolor. Se derrumbó en el suelo.

—Creo que sus teclas podían infligir a Keigo descargas crecientes si se ponía agresivo —reflexionó el consejero Albedo—. ¿Verdad, Isozaki-san? —Palpó de nuevo el aire, como tocando un teclado.

El dolor se agudizó. Isozaki se orinó en el traje especial y habría vaciado sus entrañas si ya no estuvieran vacías. Trató de gritar de nuevo pero se le cerraron las mandíbulas, como presa de un tétano violento. El esmalte de sus dientes se rajó y se desmenuzó. Saboreó sangre al morderse la lengua.

—En una escala de diez, eso habría sido un dos para el viejo Keigo creo —dijo el consejero Albedo. Se puso de pie y caminó hacia la cámara de aire, tecleando la combinación.

Retorciéndose en el suelo, su cuerpo y su cerebro eran apéndices inservibles del cruciforme que lo atormentaba. Isozaki trató en vano de gritar con las mandíbulas cerradas. Los ojos se le salían de las órbitas. Le brotaba sangre de la nariz y los oídos.

Tras teclear la combinación de la cámara, el consejero Albedo tocó la tecla invisible de su palma una vez más.

El dolor desapareció. Isozaki vomitó en la cubierta. Cada músculo de su cuerpo sufría un espasmo mientras sus nervios parecían actuar a tontas y a locas.

—Llevaré su propuesta a los Tres Elementos del TecnoNúcleo —dijo formalmente el consejero Albedo—. Se dará seria consideración a la propuesta. Entretanto, amigo mío, contamos con su discreción.

Isozaki trató de articular un ruido inteligible, pero sólo pudo arquearse y vomitar en el suelo de metal. Para su horror, sus entrañas espasmódicas soltaban gases en una onda de flatulencia.

—Y no habrá más telotaxis virales IA en ninguna esfera de datos, ¿verdad, Isozaki-san? —Albedo entró en la cámara y cerró la puerta.

Fuera, la torturada roca del asteroide sin nombre giraba en una dinámica sólo conocida para los dioses de la matemática del caos.

Rhadamanth Nemes y sus tres hermanos tardaron sólo unos minutos en llevar la nave desde la base Bombasino hasta la aldea de Childe Lamond, en el seco mundo de Vitus-Gray-Balianus B, pero el viaje se complicó por la presencia de tres deslizadores que ese idiota del comandante Solznykov había enviado como escolta. Por el tráfico «confidencial» de haz angosto entre la base y los deslizadores, Nemes sabía que el comandante había enviado a su asistente, el torpe coronel Vinara, a encargarse personalmente de la expedición. Más aún, Nemes sabía que el coronel no estaría a cargo de nada, pues estaría tan conectado con receptores y mensajes en holosimulación y haz angosto que Solznykov estaría al mando de los efectivos de Pax sin mostrar la cara.

Cuando revoloteaban sobre la aldea —aunque «aldea» parecía un término demasiado formal para esa franja de cuatro niveles de casas de adobe que estaba en el margen oeste del río, al igual que cientos de otras casas durante casi todo el trayecto desde la base— los deslizadores los alcanzaron y se disponían a aterrizar mientras Nemes buscaba una zona apropiada y firme para la nave.

Las puertas de las casas de adobe estaban pintadas con brillantes colores primarios. En la calle la gente usaba túnicas del mismo tono. Nemes sabía la razón para este espectáculo de color: había consultado la memoria de la nave y los archivos encriptados de Bombasino sobre la gente de la Hélice del Espectro. Los datos eran interesantes sólo porque sugerían que estas rarezas humanas eran reacias a convertirse a la cruz y aún más reacias a someterse a Pax. En otras palabras, gente propensa a ayudar a una niña, un hombre y un androide manco si eran rebeldes que deseaban esconderse de las autoridades.

Los deslizadores aterrizaron en la carretera que bordeaba el canal. Nemes llevó su nave hasta un parque, destruyendo parcialmente un pozo artesano.

Gyges la miró inquisitivamente desde el asiento del copiloto.

—Scylla y Briareus saldrán para efectuar la búsqueda formal —dijo Nemes—. Tú quédate conmigo. —Había notado sin orgullo ni vanidad que los otros clones se sometían a su autoridad, a pesar de la inequívoca amenaza de muerte de los Tres Elementos en caso de que ella volviera a fracasar.

Los dos nombrados bajaron por la rampa y se abrieron paso en la multitud de gente de túnicas de color. Soldados en armadura de combate, las viseras bajas, les salieron el encuentro. Observando por el canal óptico común, Nemes reconoció la voz del coronel Vinara.

—La alcaldesa, una mujer llamada Ses Gia, nos niega permiso para revisar las casas.

Nemes pudo ver la desdeñosa sonrisa de Briareus reflejada en el visor bruñido del coronel. Era como mirar un reflejo de sí misma con una estructura ósea un poco más fuerte.

—¿Y usted permite que esta alcaldesa le dé órdenes? —preguntó Briareus.

El coronel Vinara alzó una mano enguantada.

—Pax reconoce a las autoridades aborígenes hasta que formen parte del protectorado.

—Usted dijo que la doctora Molina dejó un soldado de Pax como guardia —dijo Scylla.

Vinara asintió. El casco amarillo amplificaba su respiración.

—No hay rastros de ese soldado. Hemos intentado comunicarnos desde que partimos de Bombasino.

—¿Este soldado no tiene un chip de rastreo implantado quirúrgicamente? —dijo Scylla.

—No, está incluido en su armadura.

—¿Y?

—Encontramos la armadura en un pozo, a varias calles de distancia —dijo el coronel Vinara.

La voz de Scylla no se alteró.

—Supongo que el soldado no estaba en la armadura.

—No —dijo el coronel—, sólo la armadura y el casco. No había ningún cuerpo en el pozo.

—Qué lástima —dijo Scylla. Iba a marcharse, pero se volvió hacia el coronel—. Sólo la armadura, dice usted. ¿Ningún arma?

—No —respondió Vinara con voz compungida—. He ordenado revisar las calles e interrogaremos a los ciudadanos hasta que alguien nos señale la casa donde la doctora Molina arrestó al prisionero. Luego la rodearemos y exigiremos la rendición de todos los ocupantes. He pedido a los tribunales civiles de Bombasino que tengan en cuenta nuestra solicitud de una orden de registro.

—Buen plan, coronel —dijo Briareus—. Siempre que los glaciares no cubran la aldea antes que le entreguen la orden.

—¿Glaciares? —preguntó el coronel Vinara.

—Olvídelo —dijo Scylla—. Si le resulta aceptable, le ayudaremos a inspeccionar las calles adyacentes y esperaremos la autorización adecuada para buscar casa por casa.

Por banda interna le preguntó a Nemes:

«¿Qué hacemos ahora?»

«Quédate con él y haz lo que acabas de ofrecerle —respondió Nemes—. Sé cortés y respeta la ley. No nos conviene encontrar a Endymion ni a la niña en presencia de

estos idiotas. Gyges y yo pasaremos a tiempo rápido.»

«Buena cacería», transmitió Briareus.

Gyges ya esperaba en la cámara de presión.

—Yo me encargaré del poblado —dijo Nemes—, tú sigue río abajo hasta el arco teleyector y asegúrate de que nada lo atraviese en ninguna dirección sin que tú lo verifiques. Cambia de fase para enviar un mensaje y yo cambiaré periódicamente para revisar la banda. Si encuentras a Endymion o a la niña, toca la alarma. —Era posible comunicarse por la banda común en cambio de fase, pero el gasto de energía era enorme, mucho mayor que el requerido para el cambio de fase, así que era más económico salir de fase periódicamente para revisar la banda común. Aun una llamada de alarma podía usar el equivalente de todo el presupuesto energético anual de ese mundo. Por mucha ventaja que le llevaran Endymion y sus aliados, los alcanzaría. A Nemes le habría gustado degollar a ese picapleitos mientras aún estaba en fase (los testigos en tiempo real verían la decapitación como sobrenatural, obra de un verdugo invisible) pero necesitaba sonsacarle información. Sin embargo, no lo necesitaba consciente. El plan más sencillo sería alejar a Endymion de sus amigos de la Hélice del Espectro, rodearlo con el mismo campo de fase que protegía a Nemes, clavarle una aguja en el cerebro para inmovilizarlo, llevarlo a la nave, guardarlo en el nicho de resurrección y luego prestarse a la farsa de agradecer la ayuda del coronel Vinara y del comandante Solznykov. Podrían «interrogar» a Raul Endymion una vez que la nave hubiera abandonado la órbita. Nemes le insertaría microfibras en el cerebro, extrayendo ARN y recuerdos a voluntad. Endymion nunca recobraría la conciencia: cuando ella y sus hermanos hubieran aprendido lo necesario, lo liquidaría y arrojaría el cuerpo al espacio. El objetivo era encontrar a la niña llamada Aenea.

De pronto las luces se apagaron.

Mientras estoy en fase, pensó Nemes. Imposible. Nada podía suceder tan rápidamente.

Se detuvo. No había ninguna luz en el túnel, nada que ella pudiera amplificar. Pasó a infrarrojo, escrutando el pasadizo. Vacío. Abrió la boca y lanzó un grito sonar, volviéndose para hacer lo mismo en la dirección contraria. Vacío. El alarido ultrasónico rebotó en el extremo del túnel. Modificó el campo que la rodeaba para lanzar una pulsación de radar profundo en ambas direcciones. El túnel estaba vacío, pero el radar profundo registraba kilómetros de laberintos de túneles similares en todas las direcciones. A treinta metros, más allá de una gruesa puerta metálica, había un garaje subterráneo con una selección de vehículos y formas humanas.

Todavía suspicaz, Nemes salió de fase un instante para averiguar por qué las luces se habían apagado en un microsegundo.

La forma estaba justo frente a ella. Nemes tuvo menos de una diezmilésima de segundo para cambiar de fase mientras cuatro puños afilados la embestían con la

fuerza de cien mil topadoras. Rodó por el túnel, la escalera y la pared de roca maciza, cayendo en lo más hondo de la piedra. Las luces seguían apagadas.

En los veinte días estándar que el gran inquisidor pasó en Marte, aprendió a odiar ese mundo más que al infierno mismo.

Los simunes planetarios soplaban todos los días. Aunque él y su equipo de veinte personas habían ocupado el palacio de gobierno de las inmediaciones de San Malaquías, y aunque el palacio era teóricamente tan hermético como una nave de Pax, con filtración constante del aire, con ventanas que consistían en cincuenta y dos capas de plástico de alto impacto, con entradas que parecían más cámaras de presión que puertas, el polvo marciano penetraba.

Cuando el cardenal John Domenico Mustafa tomaba la ducha de agujas por la mañana, el polvo que había acumulado por la noche bajaba en rojos riachuelos de lodo por el desagüe. Cuando el criado del gran inquisidor le ayudaba a ponerse la sotana limpia por la mañana, ya había rastros de polvillo rojo en los pliegues sedosos. Cuando Mustafa desayunaba —a solas en el comedor del palacio—, el polvillo crujía entre sus muelas. Durante las entrevistas e interrogatorios del Santo Oficio celebradas en la vasta sala de baile del palacio, el gran inquisidor sentía que el polvo se le acumulaba en el tobillo, el cuello, el cabello y bajo las uñas manicuradas.

Era ridículo. Los deslizadores y los cazas Escorpión permanecían en tierra. El puerto espacial operaba sólo unas horas al día, durante las breves treguas del simún. Los vehículos terrestres aparcados pronto se convertían en montículos y ventisqueros de arena roja, y ni siquiera los filtros impedían que las partículas rojas invadieran los motores y los módulos de estado sólido. Algunos antiguos vehículos todo terreno y lanzaderas de fusión mantenían la entrada de alimentos e información en la capital, pero en la práctica el gobierno y las fuerzas armadas de Pax estaban aislados en Marte.

Al quinto día del simún llegaron informes de ataques palestinos contra bases de Pax en la meseta de Tharsis. El mayor Piet, el lacónico comandante de las fuerzas terrestres de la gobernadora, tomó una compañía de efectivos de Pax y la Guardia Interna y partió en vehículos reptadores y transportes con orugas. Los emboscaron a cien kilómetros de la meseta y sólo Piet y la mitad de su gente regresaron a San Malaquías.

En la segunda semana llegaron informes de ataques palestinos contra varias guarniciones de ambos hemisferios. Se perdió todo contacto con el contingente de Hellas y la estación polar sur comunicó al *Jibril* que se preparaba para rendirse ante los atacantes.

La gobernadora Clare Palo —trabajando desde una pequeña oficina que había pertenecido a uno de sus asistentes— habló con el arzobispo Robeson y el gran

inquisidor y lanzó armas tácticas de fusión y plasma contra las guarniciones sitiadas. El cardenal Mustafa aprobó el uso del *Jibril* en la lucha contra los palestinos, y Sudpolar Uno fue barrida desde órbita. Los comandantes de la Guardia Interna, Pax, la infantería de la flota, la Guardia Suiza y el Santo Oficio se aseguraron de que San Malaquías, su catedral y el palacio de gobierno estuvieran a salvo de un ataque. En la implacable tormenta de polvo, todo aborigen que se aproximara a ocho kilómetros de la ciudad y no usara un transmisor de Pax era incinerado y su cuerpo recobrado después. No todos eran guerrilleros palestinos.

—El simún no puede durar para siempre —gruñó el comandante Browning, jefe de las fuerzas de segundad del Santo Oficio.

—Puede durar de tres a cuatro meses estándar —dijo el mayor Piet, enfundado en un yeso contra quemaduras—. Tal vez más.

El trabajo del Santo Oficio de la Inquisición no conducía a ninguna parte: los soldados que habían descubierto la matanza de Arafat-kaffiyeh fueron nuevamente interrogados con droga de la verdad y neurosonda, pero sus versiones no se modificaron; los expertos forenses del Santo Oficio trabajaron con los forenses de la enfermería de San Malaquías sólo para confirmar que no era posible resucitar a ninguno de los trescientos sesenta y dos cadáveres. El Alcaudón les había arrancado cada nódulo y milifibra del cruciforme; se enviaron preguntas a Pacem por nave correo, relacionadas con la identidad de las víctimas, la índole de las operaciones del Opus Dei en Marte y los motivos para ese avanzado puerto espacial, pero cuando la nave regresó al cabo de catorce días locales, sólo traía la identidad de las víctimas, sin explicaciones sobre su relación con el Opus Dei ni los motivos de esa organización para operar en Marte.

Al cabo de quince días de tormenta de polvo, nuevos informes sobre ataques palestinos contra convoyes y guarniciones y largos días de interrogatorio y análisis de pruebas que no llevaban a ninguna parte, el gran inquisidor se alegró al oír que el capitán llamaba por haz angosto desde el *Jibril* para anunciar que una emergencia requería que él y su séquito regresaran a órbita cuanto antes.

El *Jibril* era uno de los flamantes arcángeles estelares, y para el cardenal Mustafa era funcional y mortífero mientras sus naves de descenso se aproximaban. El gran inquisidor no sabía mucho sobre las naves de guerra de Pax, pero aun él podía ver que el capitán Wolmak había preparado la nave para la batalla: los botalones y sensores estaban retraídos, la mole del motor Gedeón presentaba un blindaje reflectante, y los portales de armamentos estaban despejados para la acción. Detrás del arcángel giraba Marte, un disco polvoriento del color de la sangre seca. El cardenal Mustafa deseó que fuera la última vez que viera ese lugar.

El padre Farrell comentó que las ocho naves-antorcha del grupo operativo del

sistema estaban a quinientos kilómetros del *Jibril*, en una apretada formación defensiva, y el gran inquisidor comprendió que sucedía algo grave.

La nave de Mustafa fue la primera en atracar y Wolmak lo recibió en la antecámara. El campo de contención interna les daba gravedad.

—Mis disculpas por interrumpir su inquisición, excelencia —dijo el capitán.

—No tiene importancia —replicó el cardenal Mustafa, sacudiéndose la arena de la túnica—. ¿Qué es tan importante, capitán?

Wolmak titubeó, mirando al séquito que seguía al gran inquisidor: el padre Farrell, seguido por el comandante Browning, tres asistentes del Santo Oficio, el sargento Nell Kasner, el capellán de resurrección Erdle y el mayor Piet, ex comandante de fuerzas terrestres de la gobernadora Palo que el cardenal Mustafa había tomado a su servicio.

El gran inquisidor reparó en la vacilación del capitán.

—Puede hablar libremente, capitán. En este grupo todos tienen autorización del Santo Oficio.

Wolmak asintió.

—Excelencia, hemos encontrado la nave.

El cardenal Mustafa lo miró sin comprender.

—El carguero que debía abandonar la órbita de Marte el día de la matanza, excelencia —continuó el capitán—. Sabíamos que sus naves de descenso se habían citado con alguna nave ese día.

—Sí —dijo el gran inquisidor—, pero suponíamos que ya se habría ido, trasladándose al sistema estelar al cual se dirigía.

—Sí, señor —dijo Wolmak—, pero pedí una búsqueda dentro del sistema, por si la nave nunca se había elevado a C-plus. La encontramos en el cinturón de asteroides.

—¿Ese era su destino? —preguntó Mustafa.

—Creo que no, excelencia. El carguero gira a la deriva. Nuestros instrumentos no muestran vida a bordo, ni sistemas activados... ni siquiera el motor de fusión.

—¿Pero es un carguero estelar? —preguntó el padre Farrell.

El capitán Wolmak se volvió hacia ese hombre alto y delgado.

—Sí, padre. El *Saigon Maru*. Un carguero de minerales de tres millones de toneladas que está operativo desde tiempos de la Hegemonía.

—Mercantilus —murmuró el gran inquisidor.

Wolmak lo miró sombríamente.

—Originalmente, excelencia. Pero nuestros registros muestran que el *Saigon Maru* fue dado de baja de la flota de Mercantilus y transformado en chatarra hace ocho años estándar.

El cardenal Mustafa y el padre Farrell se miraron.

—¿Ya ha abordado la nave, capitán? —preguntó el comandante Browning.

—No —dijo Wolmak—. Dadas las implicaciones políticas, me pareció mejor que su excelencia estuviera a bordo para autorizar dicha inspección.

—Muy bien —dijo el gran inquisidor.

—Además —dijo el capitán Wolmak—, quería contar con todo el complemento de infantes y guardias suizos.

—¿Por qué? —preguntó el mayor Piet. Su uniforme parecía abultado sobre el yeso contra quemaduras.

—Hay algo raro —dijo el capitán, mirando al mayor y al gran inquisidor—. Hay algo realmente raro.

A más de doscientos años-luz del sistema de Marte, el grupo GEDEÓN terminaba su tarea de destruir Lucifer.

El séptimo y último sistema éxter de la expedición punitiva fue el más difícil de liquidar. Consistía en una estrella amarilla tipo G con seis mundos, dos de ellos habitables sin terraformación, y estaba abarrotado de éxters: bases militares más allá de los asteroides, rocas de nacimiento en el cinturón de asteroides, hábitats angélicos alrededor de un mundo acuático, bases de reaprovisionamiento en órbita del gigante gaseoso y un bosque orbital entre lo que habrían sido las órbitas de Venus y Vieja Tierra en el sistema Sol. GEDEÓN tardó diez días estándar en buscar y liquidar la mayoría de esos nódulos de vida éxter.

Cuando hubieron terminado, la almirante Aldikacti pidió una reunión física con los siete capitanes a bordo de la nave *Uriel* y reveló que los planes habían cambiado: la expedición había tenido tanto éxito que buscarían nuevos blancos y continuarían el ataque. Aldikacti había despachado un correo Gedeón a Pacem y había recibido autorización para prolongar la misión. Los siete arcángeles se trasladarían a la base de Pax más cercana, en el sistema Tau Ceti, donde se reaprovisionarían de armas y combustibles y se sumarían a cinco nuevos arcángeles. Las sondas habían localizado una docena de nuevos sistemas éxters, ninguno de los cuales tenía aún noticias de la estela de destrucción que había dejado GEDEÓN. Contando el tiempo de resurrección, atacarían de nuevo a los diez días estándar.

Los siete capitanes regresaron a sus naves y se prepararon para trasladarse del sistema Lucifer a la base de Tau Ceti.

A bordo del *Rafael*, el capitán de fragata Hoagan «Hoag» Liebler estaba inquieto. Aparte de su puesto oficial como oficial ejecutivo de la nave, lugarteniente del padre capitán De Soya, a Liebler le pagaban para espiar al padre capitán y denunciar cualquier conducta sospechosa, primero ante el jefe de seguridad del Santo Oficio que estaba a bordo de la nave insignia *Uriel*, y luego, aparentemente, por toda la cadena de mando hasta el legendario cardenal Lourdusamy. El problema de Liebler era que tenía sospechas pero no sabía explicar por qué.

El espía no podía denunciar a la tripulación del padre capitán De Soya por confesarse con excesiva frecuencia, pero eso lo tenía preocupado. Hoag Liebler no era espía por formación ni vocación: era un caballero de Renacimiento Menor venido a menos, obligado por los reveses económicos a ejercer su opción de unirse a las fuerzas armadas, y luego forzado —por lealtad a Pax y a la Iglesia, quería creer, más que por la necesidad constante de dinero para reclamar y restaurar sus propiedades— a espiar a este capitán.

Las confesiones no eran algo fuera de lo común. La tripulación estaba constituida por soldados cristianos fieles y renacidos, amantes de la Iglesia y la confesión, y las circunstancias en que se encontraban y la posibilidad de una muerte verdadera y eterna si un arma de fusión o haz cinético éxter atravesaba los campos de contención defensivos incentivaban esa fe, pero Liebler presentía que otro factor incidía en todas las confesiones que se sucedían desde el ataque contra el sistema Mamón. Durante las treguas en las enconadas batallas libradas en el sistema Lucifer, todos los tripulantes y el complemento de guardias suizos —unos veintisiete efectivos en total, sin contar al desconcertado oficial ejecutivo— habían desfilado por el confesionario como espaciales por un burdel de un puerto del Confín.

Y el confesionario era el único lugar donde ni siquiera el oficial ejecutivo podía fisgonear.

Liebler no se imaginaba qué conspiración podía estar en marcha. El motín no tenía sentido. Primero, era impensable. En los casi tres siglos de Pax ninguna tripulación de la flota se había amotinado. Segundo, era absurdo. Los amotinados no le confesarían al capitán que se proponían cometer el pecado de amotinarse.

Tal vez el padre capitán De Soya estuviera reclutando a esos hombres y mujeres para algún acto nefasto, pero Hoag Liebler no entendía qué podía ofrecerles a esos leales tripulantes y guardias suizos. Los tripulantes no simpatizaban con Hoag Liebler —él estaba acostumbrado a que sus compañeros lo detestaran, y sabía que era la maldición de su aristocracia natural—, pero no se los imaginaba confabulándose para hacerle daño a él. Si el padre capitán De Soya había logrado inducirlos a la traición, lo peor que podían hacer era tratar de robar el arcángel. Liebler sospechaba que esta posibilidad remota era el motivo por el cual lo habían designado espía, ¿pero con qué finalidad? El *Rafael* siempre permanecía en contacto con los demás arcángeles del grupo GEDEÓN, salvo en el instante de traslación C-plus y los dos días de apresurada resurrección, así que si los tripulantes se rebelaban e intentaban robar la nave, los otros seis arcángeles los alcanzarían en un instante.

Esa idea inquietaba a Hoag Liebler. Le disgustaba morir, y no quería morir más de lo necesario. Además, no sería una ayuda para su carrera nobiliaria en Renacimiento Menor ser recordado como parte de una tripulación de traidores. Era posible que el cardenal Lourdusamy —o quien estuviera en la cima de la cadena

alimenticia del espionaje— lo hiciera torturar, excomulgar y condenar a la muerte verdadera junto con el resto de la tripulación tan sólo para ocultar que el Vaticano había introducido un espía a bordo.

Ese pensamiento inquietaba a Hoag Liebler.

Se consoló pensando que ese acto de traición no sólo era improbable sino demencia!. No era como en los días de Vieja Tierra u otros mundos acuáticos sobre los que Liebler había leído, donde un buque de guerra oceánico se rebelaba y se dedicaba a la piratería, atacando naves mercantes y aterrorizando los puertos. Un arcángel robado no tenía adonde huir, ni dónde ocultarse, ni dónde reaprovisionarse. La flota de Pax lo haría pedazos.

A pesar de este razonamiento, Hoag Liebler aún se sentía inquieto Estaba en la cubierta de vuelo, a cuatro horas de su ascenso al punto de traslación al sistema Tau Ceti, cuando llegó un mensaje prioritario del *Uriel*, cinco destructores éxters clase nave-antorcha se habían ocultado en el toroide de partículas cargadas de la luna interior del gigante gaseoso exterior y ahora se dirigían a sus puntos de traslación, usando el sol tipo G como escudo entre ellos y el grupo GEDEÓN. El *Gabriel* y el *Rafael* debían desviarse de sus arcos de traslación para encontrar una trayectoria de disparo para sus restantes misiles hipercinéticos C-plus, destruir las naves-antorcha y reanudar su salida del sistema Lucifer. El *Uriel* estimaba que los dos arcángeles podrían ascender a la traslación unas ocho horas después que las otras cinco naves hubieran partido.

El padre capitán De Soya recibió el mensaje y ordenó un cambio de curso, y el capitán de fragata Liebler controló el tráfico de haz angosto mientras la madre capitana Stone hacía lo mismo a bordo del *Gabriel*.

La almirante no quiere dejar solo al Rafael, pensó el oficial ejecutivo. Mis jefes no son los únicos que desconfían de De Soya.

No era una persecución estimulante; pensándolo bien, ni siquiera era una persecución. Dada la dinámica gravitatoria de ese sistema, las viejas naves-antorcha Hawking de los éxters tardarían catorce horas en alcanzar velocidades relativistas antes del ascenso. Los dos arcángeles estarían en posición de disparar a las cuatro horas. Los éxters no tenían armas que pudieran cruzar el sistema para llegar a los arcángeles: el *Gabriel* y el *Rafael* aún disponían de armas suficientes para destruir las naves-antorcha varias veces. Si todo lo demás fracasaba, usarían los odiados rayos de muerte.

Liebler estaba al mando —el padre capitán había ido a su cubículo a dormir unas horas— cuando los dos arcángeles buscaron una posición de fuego. El resto de GEDEÓN se había trasladado. Liebler giraba en su silla de aceleración para llamar al capitán cuando el portal se abrió y entraron el padre capitán De Soya y varios otros. Por un instante Liebler olvidó sus sospechas... incluso olvidó que le habían pagado

para sospechar. Además del capitán, estaba ese sargento de la Guardia Suiza, Gregorius, y dos de sus soldados. También estaban el oficial de sistemas de armamentos, capitán de fragata Carel Shan, el oficial de sistemas energéticos, teniente Pol Denish, el oficial de sistemas ambientales, capitán de fragata Bettz Argyle, y el ingeniero de sistemas de propulsión, teniente Elijah Hussein Meier.

—Qué demonios... —tartamudeó el oficial ejecutivo Liebler. El sargento de la Guardia Suiza le apuntaba con un paralizador neuronal.

Hoag Liebler había llevado una pistola de dardos escondida en la bota durante semanas, pero en ese momento la olvidó por completo.

Nunca le habían apuntado con un arma, ni siquiera con un paralizador, y el efecto le dio ganas de orinarse encima. Se concentró en no hacerlo. Eso le dejó poco margen para concentrarse en lo demás.

Una soldado se le acercó y le sacó la pistola de la bota. Liebler la miró como si nunca la hubiera visto.

—Hoag —dijo el padre capitán De Soya—, lamento esto. Hicimos una votación y decidimos que no había tiempo para tratar de convencerle. Tendrá que apartarse del camino por un rato.

Recordando los diálogos que había oído en los holodramas, Liebler empezó a despotricar.

—Nunca se saldrá con la suya. El *Gabriel* lo destruirá. Todos seréis torturados y colgados. Os arrancarán el cruciforme del...

El paralizador del sargento zumbó. Hoag Liebler habría caído de bruces en cubierta si la soldado no lo hubiera cogido para bajarlo delicadamente.

El padre capitán De Soya ocupó su sitio en la silla de mando.

—Cambio de curso —le ordenó al teniente Meier, a cargo del timón—. Fijar coordenadas de traslación. Aceleración de emergencia. Preparativos de combate. —El padre capitán miró a Liebler—. Llevadlo a su nicho de resurrección.

Los soldados se llevaron al hombre dormido.

Aun antes que el padre capitán De Soya ordenara fijar el campo de contención en cero g para la batalla, había tenido esa breve pero estimulante sensación de vuelo que se tiene al saltar de un peñasco, antes que la gravedad refirme sus imperativos absolutos. La nave ahora gruñía bajo más de seiscientas gravedades de aceleración por fusión, casi el ciento ochenta por ciento de la aceleración normal. Cualquier interrupción en el campo de contención los mataría en un santiamén. Pero el punto de traslación estaba a menos de cuarenta minutos.

De Soya no sabía si estaba actuando correctamente. Traicionar a la Iglesia y a la flota de Pax era para él lo más terrible del mundo. Pero si de veras tenía un alma inmortal, no había opción.

Le parecía un milagro —o al menos un improbable golpe de suerte— que otros siete hubieran decidido acompañarlo en este desventurado motín. Ocho, incluido él mismo, en una tripulación de veintiocho. Los otros veinte dormían en sus nichos de resurrección después de ser paralizados. De Soya sabía que esos ocho podían manejar los sistemas y operaciones del *Rafael* en la mayoría de las circunstancias. Era una suerte o una bendición que varios oficiales de vuelo esenciales se hubieran unido. Al principio pensaba que sólo serían Gregorius, sus dos jóvenes soldados y él mismo.

La primera sugerencia de motín había venido de los tres guardias Suizos después de la «limpieza» del segundo asteroide de nacimiento del sistema de Lucifer. A pesar de sus juramentos a Pax, la Iglesia y la Guardia Suiza, la matanza de bebés se parecía demasiado al asesinato.

Los lanceros Dona Foo y Enos Delrino habían acudido al sargento, y luego habían acudido al confesionario con Gregorius. Originalmente habían pedido la absolución si decidían desertar en el sistema éxter.

De Soya les había pedido que analizaran un plan alternativo.

El teniente Meier, ingeniero de sistemas de propulsión, se había ido a confesar con las mismas preocupaciones. El exterminio de los bellos ángeles —que él había presenciado en el espacio táctico— lo había sacado de quicio y lo había instado a volver a sus religiones ancestrales, el judaísmo y el Islam. En cambio se había ido a confesar para admitir su debilidad espiritual. De Soya asombró a Meier al decirle que sus preocupaciones no estaban en conflicto con el genuino cristianismo.

En los días siguientes, el capitán de fragata Bettz Argyle, oficial de sistemas ambientales, y el teniente Pol Denish, oficial de sistemas energéticos, fueron al confesionario instigados por sus conciencias. Denish estaba entre los más difíciles de convencer, pero las largas y susurradas conversaciones con su compañero de cubículo, el teniente Meier, lo persuadieron.

El capitán de fragata Carel Shan, oficial de sistemas de armamentos, fue el último en unirse: ya no podía autorizar ataques con rayos de muerte. No había dormido en tres semanas.

Durante su último día en el sistema de Lucifer, De Soya comprendió que los demás oficiales no desertarían. Consideraban que su labor era desagradable pero necesaria. Cuando la situación apremiara, la mayoría de los oficiales de vuelo y los tres guardias suizos restantes harían causa común con Hoag Liebler. De Soya y el sargento Gregorius decidieron no darles esa oportunidad.

—El *Gabriel* llama, padre capitán —dijo el teniente Denish. El oficial estaba enchufado al panel de comunicaciones, así como a su consola de sistemas energéticos.

De Soya asintió.

—Que todos se aseguren de que sus nichos estén activos.

Sabía que era una orden innecesaria. Cada tripulante ocupaba su puesto de combate o de traslación C-plus en su diván de aceleración, que a la vez funcionaba como nicho de resurrección automática.

Antes de pasar al espacio táctico, De Soya chequeó su trayectoria en la pantalla. Se estaban alejando del *Gabriel*, aunque el otro arcángel había alcanzando trescientas gravedades de aceleración y había alterado el curso para estar paralelo al *Rafael*. En el sistema solar de Lucifer, las cinco naves-antorcha éxters aún se arrastraban hacia sus puntos de traslación. De Soya les deseó suerte, sabiendo que la única razón por la cual esas naves aún existían era la momentánea distracción que el desconcertante curso del *Rafael* había causado al *Gabriel*. Se conectó en simulación táctica.

Al instante fue un gigante erguido en el espacio. Los seis mundos, las incontables lunas y los llameantes bosques orbitales de Lucifer se extendían al nivel de su cintura. Más allá del ardiente sol, las seis motas éxters se mecían sobre diminutas estelas de fusión. La estela del *Gabriel* era mucho más larga, y la del *Rafael* más larga aún, y su brillo rivalizaba con la estrella central. La madre capitana Stone esperaba a unos pasos.

—Federico —dijo—, ¿qué estás haciendo?

De Soya había pensado en no responder a la llamada del *Gabriel*. Si con eso hubiera ganado unos minutos más, habría guardado silencio. Pero conocía a Stone. Ella no vacilaría. Miró su curso en otro canal táctico. Treinta y seis minutos para el punto de traslación.

«¡Capitán! ¡Detectamos lanzamiento de cuatro misiles! ¡Traslación... ya!» Era el capitán de fragata Shan, oficial de sistemas de armamentos, en la línea confidencial.

De Soya estaba seguro de no haber demostrado su sobresalto frente a la madre capitana Stone, en el espacio táctico. En su propia línea confidencial, subvocalizó: «Está bien, Carel. Los puedo ver en táctico. Se dirigen a las naves éxters.»

—Acabas de atacar a los éxters —le dijo a Stone en el espacio táctico.

—Desde luego —respondió adustamente Stone—. ¿Y tú por qué no lo has hecho, Federico?

En vez de responder, De Soya se acercó al sol central y observó los misiles que emergían del espacio Hawking frente a las seis naves-antorcha éxters. Detonaron pocos segundos después: dos de fusión, seguidos por dos de plasma. Todos los éxters tenían sus campos defensivos al máximo —un fulgor naranja en la simulación táctica —, pero los estallidos a quemarropa los sobrecargaron. Las imágenes pasaron del naranja al rojo al blanco, y tres de las naves dejaron de existir como objetos materiales. Dos se convirtieron en fragmentos desperdigados que rodaban hacia los puntos de traslación. Una nave-antorcha quedó intacta, pero su campo de contención se disipó y su estela de fusión se extinguió. Si alguien había sobrevivido a los efectos de la explosión, ahora moría bajo la granizada de radiación que asolaba la nave.

—¿Qué estás haciendo, Federico? —repitió la madre capitana Stone.

De Soya sabía que el nombre de pila de Stone era Halen, pero optó por no hacer personal esta parte de la conversación.

—Cumplo órdenes, madre capitana.

La duda de Stone era visible aun en simulación táctica.

—¿De qué hablas, padre capitán? —Ambos sabían que la conversación se grababa. Quien sobreviviera los próximos minutos tendría una constancia del diálogo.

De Soya mantuvo la voz firme.

—La nave insignia de la almirante Aldikacti transmitió un cambio de órdenes diez minutos antes de su traslación. Estamos cumpliendo esas órdenes.

Stone permaneció impasible, pero De Soya sabía que estaba sub-vocalizando, pidiendo a su oficial ejecutivo que confirmara si había habido una transmisión de haz angosto entre el *Uriel* y el *Rafael*. La transmisión existía, pero su contenido era trivial: actualización de coordenadas de reunión en el sistema Tau Ceti.

—¿Cuáles fueron esas órdenes, padre capitán De Soya?

—Eran confidenciales, madre capitana Stone. No conciernen al *Gabriel*. —En el circuito confidencial, le ordenó a Shan: «Fija las coordenadas de rayo de muerte y dame el dispositivo de activación, tal como convinimos.» Un segundo después sintió el peso simulado de un arma energética en la mano derecha. El arma era invisible para Stone, pero totalmente palpable para De Soya. Trató de aparentar naturalidad mientras cerraba el dedo sobre el gatillo invisible. Por la posición del brazo de la madre capitana, De Soya comprendió que también ella empuñaba un arma virtual. Estaban a tres metros de distancia en el espacio táctico. Entre ellos, las estelas de fusión del *Rafael* y el *Gabriel* trepaban hacia sus pechos desde el plano de la eclíptica.

—Padre capitán De Soya, tu nuevo punto de traslación no te llevará al sistema Tau Ceti, como se ordenó.

—Esas órdenes fueron anuladas, madre capitana. —De Soya observaba los ojos de su ex primer oficial. Halen sabía ocultar sus emociones e intenciones. Más de una vez le había ganado al póquer en su vieja nave-antorcha, el *Baltasar*.

—¿Cuál es tu nuevo destino, padre capitán?

Treinta y tres minutos para traslación.

—Clasificado, madre capitana. Puedo decirte esto: el *Rafael* se reunirá con el grupo de ataque en Tau Ceti cuando haya concluido su misión.

Stone se frotó la mejilla con la mano izquierda. De Soya observó el dedo curvo de su mano derecha. No tendría que alzar la pistola invisible para disparar el rayo de muerte, pero el instinto humano instaba a apuntar el arma contra el oponente.

De Soya odiaba los rayos de muerte y sabía que Stone también. Eran armas cobardes, prohibidas por la flota de Pax y la Iglesia hasta esta expedición punitiva. A

diferencia de las varas de muerte de la Hegemonía, que arrojaban un haz de disgregación neuronal, el haz de muerte no suponía una proyección coherente. Esencialmente, los potentes acumuladores Gedeón extendían una distorsión C-plus del espacio tiempo dentro de un cono finito. El resultado era una sutil torsión de la matriz espacio temporal —similar a una traslación fallida con motores Hawking— pero más que suficiente para destruir la delicada danza energética que era un cerebro humano.

Pero aunque Stone detestara esa arma, tenía sentido que la usara ahora. El *Rafael* representaba una vasta inversión de recursos, y su primer objetivo sería impedir que la tripulación la robara sin dañar la nave. Su problema, sin embargo, era que matar a la tripulación con rayos de muerte quizá no impidiera que el *Rafael* se trasladara. Todo dependía del grado en que la tripulación hubiera preprogramado la operación. Era tradicional que un capitán efectuara la traslación manualmente —o al menos estuviera preparado para anular el ordenador de a bordo con un interruptor—, pero Stone no sabía si De Soya respetaría esa tradición.

—Por favor, déjame hablar con el capitán de fragata Liebler —dijo la madre capitana.

De Soya sonrió.

—Mi oficial ejecutivo está cumpliendo sus deberes. —Y pensó: *Conque Hoag era el espía. Esta es la confirmación que necesitábamos.*

El *Gabriel* ya no podía alcanzarlos, ni siquiera acelerando a seiscientas gravedades más. El *Rafael* habría alcanzado los requerimientos de traslación antes de que la otra nave se aproximara. Para detenerlos, Stone tendría que matar a la tripulación e inmovilizar la nave utilizando el resto de su arsenal para sobrecargar los campos de contención externos del *Rafael*. Si se equivocaba —si De Soya estaba obedeciendo órdenes de último momento—, sería sometida a un consejo de guerra y expulsada de la flota. Si no hacía nada y De Soya estaba robando un arcángel de Pax, sería sometida a un consejo de guerra, expulsada, excomulgada y casi ciertamente ejecutada.

—Federico —murmuró—, por favor reduce el impulso para que nuestras velocidades coincidan. Aún puedes obedecer tus órdenes y ascender a tus coordenadas secretas. Sólo deseo abordar el *Rafael* y confirmar que todo está bien antes de tu traslación.

De Soya titubeó. No podía usar el pretexto de las órdenes para su precipitada partida a seiscientas gravedades, pues de un modo u otro la presunta misión tendría que esperar los dos días de resurrección de los tripulantes. Miró a los ojos de Stone mientras seguía la diminuta imagen del *Gabriel* sobre su columna de fuego blanco. Tal vez ella intentara sobrecargar los campos del *Rafael* con armas convencionales.

De Soya no deseaba devolver el fuego de misiles o de haces: un *Gabriel*

vaporizado no era aceptable. Ahora era un traidor a la Iglesia y al Estado, pero no tenía intenciones de ser un asesino verdadero.

Tendría que ser el rayo de muerte.

—De acuerdo, Halen —respondió—. Le diré a Hoag que baje a doscientas gravedades para que puedas aproximarte. —Ladeó la cabeza como concentrándose en impartir órdenes.

Debió mover la mano. Stone también movió la suya, y la pistola invisible se elevó un poco mientras ella apretaba el gatillo.

En la fracción de segundo que precedió a la disgregación, el padre capitán De Soya vio las ocho chispas que salían del *Gabriel*: Stone no corría riesgos. Vaporizaría el *Rafael* antes que dejarlo escapar.

La imagen virtual de la madre capitana voló hacia atrás y se evaporó mientras el rayo de muerte penetraba su nave, cortando todos los contactos de comunicaciones mientras los humanos de a bordo perecían. Menos de un segundo después, el padre capitán De Soya se sintió arrojado del espacio de simulación mientras las neuronas de su cerebro se freían literalmente. Le brotó sangre de los ojos, la boca y los oídos, pero el padre capitán ya estaba tan muerto como todo ser consciente a bordo del *Rafael*, entre ellos el sargento Gregorius y sus dos subalternos en la cubierta C, Meier, Argyle, Denish y Shan en la cubierta de vuelo.

Dieciséis segundos después, los ocho misiles Hawking entraron en el espacio real y detonaron alrededor del silencioso *Rafael*.

Gyges observó en tiempo real el instante en que Raul Endymion se despedía de la gente de túnica roja y remaba hacia el arco teleyector. Un doble eclipse lunar oscurecía el mundo. Estallaban fuegos de artificio encima del río y miles de gargantas ululaban en la ciudad lineal. Gyges se dispuso a cruzar las aguas para arrancar al hombre de su kayak. Habían convenido en mantener a Raul Endymion con vida para interrogarlo en la nave estelar —el objetivo de la misión era encontrar el paradero de la niña Aenea—, pero nadie había dicho nada acerca de no dificultarle la resistencia o la fuga. Aun en cambio de fase, Gyges planeaba apresar a Endymion y cortarle los tendones de los antebrazos. Lo haría instantánea y quirúrgicamente, para que no hubiera peligro de que el humano se desangrara antes de ser depositado en la nave.

Gyges había corrido los seis kilómetros que lo separaban del teleyector en un santiamén, eludiendo peatones y eolociclos mientras pasaba frente a formas y figuras congeladas. Una vez en el arco, se ocultó entre unos sauces en la ribera del canal y volvió a tiempo lento. Su misión era custodiar la puerta trasera. Nemes lo llamaría cuando encontrara al espacial.

Durante los veinte minutos de espera, Gyges se comunicó con Scylla y Briareus por la banda común interna pero no oyó nada de Nemes. Esto era sorprendente.

Todos habían pensado que ella encontraría al hombre en cuanto hubiera cambiado de fase. Gyges no estaba preocupado —no era capaz de preocuparse en el sentido real de la palabra— pero suponía que Nemes estaba buscando en arcos cada vez más anchos, usando tiempo real al cambiar de fase. Supuso que ella estaba en otra fase mientras los demás usaban la banda común. Además, aunque Nemes era una hermana de clonación, había sido la primera en salir de la cuba. Estaba menos acostumbrada que Scylla, Briareus y él a compartir la banda. A decir verdad, a Gyges no le habría importado si le hubieran ordenado sacar a Nemes de la roca de Bosquecillo de Dios para liquidarla en el acto.

El río estaba lleno de gente. Cada vez que un barco se aproximaba al arco teleyector desde el este o el oeste, Gyges cambiaba de fase y caminaba por la esponjosa superficie del río para investigarlo y mirar a los pasajeros. Tuvo que quitarles la túnica a algunos para asegurarse de que no fueran Endymion, el androide A. Bettik o la niña Aenea disfrazados. Los olía y tomaba biopsias minúsculas del ADN de la gente para asegurarse de que fueran nativos de Vitus-Gray-Balianus B. Todos lo eran.

Después de cada inspección, regresaba a la orilla y reanudaba la vigilancia. Hacía dieciocho minutos que había salido de la nave cuando un deslizador de Pax sobrevoló el teleyector. Habría sido fatigoso para Gyges tener que abordarlo en tiempo rápido, pero Scylla ya estaba a bordo con los soldados de Pax, así que le ahorró el esfuerzo.

«Esto es cansador», dijo ella por la banda común.

«Sí», convino Gyges.

«¿Dónde está Nemes?» Era Briareus, desde la ciudad. Los torpes soldados habían recibido su orden de registro por radio e iban de casa en casa.

«No he tenido noticias de ella», dijo Gyges.

Durante el eclipse y la ceremonia vio que un eolociclo se detenía y que Raul Endymion descendía de él. Gyges estaba seguro de que era Endymion. No sólo la apariencia visual concordaba a la perfección, sino que captó el aroma personal del que Nemes les había informado. Gyges podría haber cambiado de fase y caminado hasta ese cuadro congelado para tomar una biopsia de ADN, pero no fue necesario. Este era el hombre.

En vez de irradiar por la banda común para avisar a Nemes, Gyges aguardó otro minuto. Esta espera era placentera. Diluiría el placer, lo compartía. Además, razonó, sería mejor secuestrar a Endymion una vez que se separase de la familia de la Hélice que ahora se despedía de él.

Gyges observó mientras Raul Endymion empujaba el absurdo bote a la corriente del ancho canal. Comprendió que sería mejor capturar el kayak junto con Endymion: la gente de la Hélice esperaría que él desapareciera si sabía que intentaba escapar por el teleyector. Desde su punto de vista, habría un destello y Endymion se esfumaría.

En realidad, Gyges aún estaría en cambio de fase, llevando al hombre y al kayak dentro de su escudo expandido. El kayak también sería útil para averiguar dónde se ocultaba Aenea: aromas planetarios, métodos de manufacturación.

En las riberas del norte, la gente festejaba y cantaba. El eclipse lunar estaba completo. Estallaron fuegos artificiales sobre el río, arrojando sombras barrocas sobre el oxidado arco teleyector. Endymion procuraba mantenerse en la corriente más fuerte mientras remaba hacia el teleyector.

Gyges se incorporó, se desperezó, se dispuso a cambiar de fase.

De pronto esa cosa de tres metros de altura estuvo a centímetros de él. *Imposible,* pensó Gyges*, yo habría detectado las distorsiones de cambio de fase.*

Cohetes explosivos derramaron una luz sangrienta sobre el caparazón de cromo. Los dientes de metal y los pinchos de cromo distorsionaban las expansivas flores amarillas, blancas y rojas sobre planos de mercurio. Por un instante Gyges vio su reflejo, distorsionado y estupefacto, y cambió de fase.

El cambio duraba menos de un microsegundo, pero una de las cuatro manos afiladas de la criatura penetró en el campo antes de que terminara de formarse. Los dedos cortantes escarbaron la carne sintética buscando uno de los corazones de Gyges.

Gyges no prestó atención al ataque sino que atacó a su vez. Movió el brazo plateado en cambio de fase, una guillotina horizontal. Habría cortado aleación de cristales de carbono como si fuera cartón mojado, pero no cortó la forma alta que tenía delante. Estallaron chispas y truenos mientras su brazo rebotaba: el radio y el cubito de metal quedaron destrozados.

La mano afilada que estaba dentro de él arrancó tiras de intestino, kilómetros de microfibra óptica. Gyges advirtió que lo habían abierto del ombligo a la clavícula. No importaba. Aún podía funcionar.

Empuñó una cachiporra puntiaguda e intentó clavarla en los chispeantes ojos rojos. Era un golpe mortífero, pero las enormes mandíbulas se abrieron y se cerraron a mayor velocidad que un cambio de fase y de pronto el brazo derecho de Gyges terminó por encima de la muñeca.

Gyges se lanzó contra esa aparición, tratando de fusionar los campos, intentando asestar una dentellada. Dos manazas lo aferraron, y los dedos cortantes atravesaron el campo de fase y la carne para sujetarlo. El cráneo de cromo clavó agujas en el ojo derecho de Gyges, penetrando el lóbulo frontal derecho del cerebro.

Gyges gritó, no de dolor, aunque por primera vez en su corta vida sentía algo parecido, sino de pura rabia. Sus dientes castañeteaban como hojas de acero mientras buscaba la garganta de la criatura, pero ésta aún lo sostenía a distancia.

El monstruo desgarró los dos corazones de Gyges y los arrojó a gran distancia. Un nanosegundo después mordió la garganta de Gyges y le partió la médula espinal

de aleación de carbono. La cabeza de Gyges se desprendió del cuerpo. Trató de pasar a control telemétrico del cuerpo, que aún combatía, mirando con su ojo restante a través de los chorros de sangre y fluidos y transmitiendo por la banda común, pero la criatura le había perforado el transmisor del cráneo y arrancado el receptor del bazo.

El mundo giró: primero la corona del sol aureolando la segunda luna, luego los cohetes, luego la superficie multicolor del río, de nuevo el cielo, luego oscuridad. El desorientado Gyges comprendió que habían arrojado su cabeza al río. Antes de sumergirse en la oscuridad, la última imagen que vio fue su cuerpo decapitado y espasmódico abrazado al caparazón de la criatura, empalado en pinchos y espinas. El Alcaudón cambió de fase con un destello y la cabeza de Gyges chocó contra el agua y se hundió en las oscuras olas.

Rhadamanth Nemes llegó cinco minutos después. Cambió de fase. La orilla del río estaba desierta salvo por el cadáver decapitado de su hermano. El eolociclo y la familia de túnica roja se habían ido. No había botes visibles en ese tramo del río. El sol despuntaba detrás de la segunda luna.

«Gyges está aquí», irradió por la banda común. Briareus y Scylla aún estaban con las tropas en la ciudad. Habían encontrado al soldado de Pax dormido y lo habían liberado de las esposas. Ninguno de los ciudadanos interrogados quería decir de quién era esa casa. Scylla estaba pidiendo al coronel Vinara que se olvidara del asunto.

Nemes sintió una molestia al dejar el campo de fase. Todas sus costillas —hueso y acero— estaban fracturadas o dobladas. Varios órganos internos estaban reducidos a pulpa. Su mano izquierda no funcionaba. Había permanecido inconsciente casi veinte minutos estándar. ¡Inconsciente! No había perdido la conciencia por un segundo en los cuatro años que había permanecido en la roca solidificada de Bosquecillo de Dios. Y todos estos daños se habían causado a través del impenetrable campo.

No importaba. Dejaría que su cuerpo se autorreparase durante los días de inactividad, después de abandonar ese maldito mundo. Nemes se arrodilló junto al cadáver de su hermano. Le habían decapitado y arrancado las vísceras, casi deshuesado. Aún había espasmos, y los dedos rotos procuraban aferrar a un enemigo ausente.

Nemes tembló, no porque sintiera compasión por Gyges ni revulsión ante las heridas —estaba evaluando profesionalmente el ataque del Alcaudón y en todo caso sentía admiración— sino por la frustración de haberse perdido este enfrentamiento. El ataque en el túnel había sido tan rápido que no había podido reaccionar. La había sorprendido en medio del cambio de fase, lo cual le había parecido imposible.

«Lo encontraré», irradió, y cambió de fase. El aire se volvió espeso y grumoso. Nemes bajó por la ribera, se abrió paso en la espesa resistencia del agua y caminó por

el fondo del río, llamando por la banda común y sondeando con radar profundo.

Encontró la cabeza de Gyges un kilómetro río abajo. Aquí la corriente era fuerte. Los crustáceos de agua dulce ya habían devorado los labios y el ojo restante y escarbaban las cuencas de los ojos. Nemes los desprendió de un manotazo y volvió a la orilla con la cabeza.

El transmisor de banda común de Gyges estaba triturado y él había perdido las cuerdas vocales. Nemes extrajo un filamento de fibra óptica y se conectó directamente con el centro de memoria. Le habían aplastado el lado izquierdo del cráneo, que derramaba materia gris y trozos de gel de proceso de ADN.

No le hizo preguntas. Cambió de fase y descargó la memoria, enviándola a sus dos hermanos restantes mientras la recibía.

«Alcaudón», envió Scylla.

«Brillante deducción, genio», replicó Briareus.

«Silencio —ordenó Nemes—. Terminad con esos idiotas. Limpiaré las cosas aquí y aguardaré en la nave.»

La ciega cabeza de Gyges trataba de hablar, usando lo que le quedaba de lengua para articular sílabas sibilantes y glotales. Nemes se la acercó al oído.

—Sss-prfvr.

Por favor.

—Sss-ydm.

Ayúdame.

Nemes bajó la cabeza y estudió el cuerpo tendido en la orilla. Faltaban muchos órganos. Había metros de microfibra diseminados en los juncos y el lodo, algunos ondeando en la corriente. Había trozos de intestino gris y paks neuronales. Fragmentos de hueso centellearon en la luz mientras el sol emergía de la Doble Oscuridad. Ni la nave ni el autodoc del viejo arcángel podían ayudar a los que nacían en cubas. Y Gyges podía tardar meses estándar en autocurarse.

Nemes apoyó la cabeza mientras envolvía el cuerpo en sus propios microfilamentos, llenándolo de piedras. Se aseguró de que no hubiera embarcaciones a la vista y arrojó el cadáver decapitado a la corriente. Había visto que el río estaba lleno de carroñeros resistentes. Aún así, había partes de su hermano que no les resultarían apetecibles.

Alzó la cabeza de Gyges. La lengua aún cloqueaba. Metiendo el pulgar y el índice en las cuencas de los ojos, Nemes lanzó la cabeza, que se hundió rápidamente a lo lejos.

Nemes corrió hasta el arco teleyector, arrancó una lámina de acceso de la superficie herrumbrada, presuntamente impenetrable, y extrajo un filamento de su muñeca. Se enchufó.

«No entiendo —dijo Briareus en la banda común—. No fue a ninguna parte.»

«No a ninguna parte —respondió Nemes, enrollando el filamento—. Sólo a ninguna parte de la vieja Red. Ninguna parte donde el Núcleo haya construido un teleyector.»

«Imposible —dijo Scylla—. No hay teleyectores salvo los que ha construido el Núcleo.»

Nemes suspiró. Sus hermanos eran idiotas.

«Callaos y regresad a la nave —respondió—. Debemos informar sobre esto en persona. El consejero Albedo querrá bajar los datos personalmente.»

Cambió de fase y regresó a la nave trotando en ese aire espeso.

12

No me olvidé de que había un botón de pánico. El problema es simple: cuando hay verdadero pánico, uno no piensa en botones.

El kayak caía en un abismo de aire de miles de metros, sólo interrumpido por nubes que se elevaban hasta un lechoso techo de más nubes. Había soltado el remo y lo miraba rodar en caída libre. El kayak y yo caíamos a más velocidad que el remo por razones de aerodinámica y velocidad terminal que escapaban a mis poderes de cálculo en ese preciso momento. Grandes borbotones ovalados del agua del río que había dejado atrás caían delante y detrás de mí, separándose y formando esferas ovoides como las que yo había visto en gravedad cero, aunque luego el viento las deshilachaba. Era como si cayera en mi propia tormenta localizada. La pistola de dardos que había arrebatado al soldado dormido en el dormitorio de Dem Loa estaba apretada entre mi muslo y el borde de la cabina. Alzaba los brazos como un ave disponiéndose a volar. Apretaba los puños con espanto. Después de mi grito original, había cerrado las mandíbulas, triturándome las muelas. La caída no terminaba nunca.

Había visto el arco del teleyector arriba y detrás de mí, aunque «arco» ya no era la palabra apropiada: el enorme aparato que flotaba sin soporte era un anillo de metal, un toroide, una herrumbrada rosquilla. Por un fugaz segundo vi el cielo de Vitus-Gray-Balianus B a través del reluciente anillo, y luego la imagen se disipó y sólo vi nubes a través del aro en retroceso. Era la única cosa sustancial en ese paisaje de nubes y ya había caído más de mil metros. En un momento de pánico, vértigo y fantasía, me imaginé que si fuera un ave sólo tendría que volar hasta el anillo teleyector, posarme en su arco y esperar...

¿Esperar qué? Aferré los flancos del kayak mientras rotaba, volviéndome casi de cabeza mientras caía en picada hacia abismos purpúreos.

Entonces me acordé del botón. *No lo toques por nada del mundo,* había dicho Aenea cuando empujábamos el kayak en Hannibal. Es decir: *No lo toques a menos que sea absolutamente necesario.*

El kayak giraba de nuevo sobre su eje longitudinal, casi expulsándome. Mis posaderas ya no tocaban el cojín del fondo del casco. Estaba flotando dentro de la cabina, dentro de una constelación de agua, remo giratorio y kayak en descenso. Decidí que en este momento era «absolutamente necesario». Levanté la tapa de plástico y apreté el botón rojo con el pulgar.

Se abrieron paneles frente a la cabina, cerca de la proa y detrás de mí. Me agaché mientras surgían líneas y masas de tela. El kayak se enderezó y frenó con tal fuerza que casi me expulsó. Aferré tenazmente los flancos del bote de fibra de vidrio

mientras se mecía salvajemente. La masa amorfa que tenía sobre la cabeza parecía estar formando algo más complicado que un paracaídas. Aun en medio del torrente de adrenalina y mi pánico, reconocí la tela: paño de memoria que A. Bettik y yo habíamos comprado en el mercado indio, cerca de Taliesin Oeste. El material piezoeléctrico de energía solar era casi transparente, ultraliviano, ultrafuerte, y podía recordar hasta una docena de configuraciones prehechas; habíamos pensado en comprar más y usarla para reemplazar la lona del estudio principal del arquitecto, pues la vieja cubierta se deterioraba y era preciso repararla y reemplazarla regularmente. Pero el señor Wright había querido conservar la vieja lona. Prefería esa luz lechosa. A. Bettik había llevado esa docena de metros de paño de memoria a su taller y yo no había pensado más en ello.

Hasta ahora.

Había dejado de caer. El kayak colgaba bajo una «paravela» sostenida por una docena de varillas que se elevaban desde posiciones estratégicas del casco. El bote y yo aún bajábamos, pero en un descenso gradual más que en una zambullida. Miré hacia arriba —el paño de memoria era traslúcido— pero el anillo teleyector estaba demasiado lejos y oculto por las nubes. Los vientos y las corrientes de aire me alejaban del teleyector.

Supongo que debía agradecer que mis amigos, la niña y el androide, previeran esta circunstancia y preparasen el kayak, pero mi primer pensamiento fue un agobiante: *¡Maldita sea!* Esto era demasiado. Caer en un mundo de nubes y aire, sin suelo, era demasiado. Si Aenea sabía que yo sería teleyectado aquí, ¿por qué no...?

Sin suelo. Me apoyé en el borde del kayak y miré abajo. Tal vez el plan era que yo descendiera flotando hasta la invisible superficie.

No. Había kilómetros de aire vacío debajo de mí, y después capas rojas y negras, una oscuridad sólo atenuada por feroces relampagueos. Allá abajo la presión debía ser aplastante. Lo cual me llevaba a otra cosa: si era un mundo joviano —Remolino, Júpiter o cualquiera de los otros— ¿por qué estaba respirando oxígeno? Por lo que sabía, todos los gigantes gaseosos que había encontrado la humanidad estaban constituidos por gases irrespirables: metano, amoníaco, helio, monóxido de carbono, fosfino, cianuro de hidrógeno y otros elementos venenosos con pocos vestigios de agua. Nunca había oído hablar de un gigante gaseoso con una mezcla respirable de oxígeno y nitrógeno, pero estaba respirando. El aire era menos denso que en otros mundos por donde había viajado, y apestaba a amoníaco, pero sin duda era respirable. Y si no era un gigante gaseoso, ¿dónde diablos estaba?

Alcé la muñeca para hablar con el comlog.

—¿Dónde diablos estoy?

Por un instante creí que la cosa se había roto en Vitus-Gray-Balianus B. Luego habló con la voz arrogante de la nave:

«Desconocido, M. Endymion. Tengo algunos datos, pero son incompletos.»

—Dime.

Me bombardeó con datos: temperaturas Kelvin, presión atmosférica en milibares, densidad media estimada en gramos por centímetro cúbico, probable velocidad de escape en kilómetros por segundo y campo magnético percibido en gauss, más una larga lista de gases atmosféricos y proporciones de elementos.

—Velocidad de escape de cincuenta y cuatro coma dos kilómetros por segundo —dije—. Eso es típico de un gigante gaseoso, ¿verdad?

«Ciertamente —dijo la voz de la nave—. La base joviana es cincuenta y nueve coma cinco kilómetros por segundo.»

—Pero la atmósfera no es como la de un gigante gaseoso.

El estratocúmulo que tenía delante crecía como en un holodocumental proyectado a velocidad acelerada. La imponente nube debía elevarse diez kilómetros encima de mí, mientras su base se perdía en las honduras rojizas. En la base vibraban relámpagos. Del otro lado la luz solar parecía intensa y baja, una luz de atardecer.

«La atmósfera no se parece a nada que figure en mis registros —dijo el comlog—. El monóxido de carbono, el etano, el acetileno y otros hidrocarburos que violan los valores de equilibrio de Somev se pueden explicar fácilmente por la energía cinética molecular joviana, la descomposición del metano por obra de la radiación solar, y la presencia de monóxido de carbono es un resultado típico de la mezcla de metano y vapor de agua en capas profundas donde la temperatura supera los mil doscientos grados Kelvin, pero los niveles de oxígeno y nitrógeno...»

—¿Sí? —urgí.

«Indican vida», dijo el comlog.

Di media vuelta, escrutando las nubes y el cielo como si algo me acechara.

—¿Vida en la superficie? —dije.

«Dudoso. Si este mundo respeta las normas jovianas de Remolino, la presión de superficie rondaría los setenta millones de atmósferas de Vieja Tierra, con una temperatura de veinticinco mil grados Kelvin.»

—¿A qué altura estamos?

«Incierto —dijo el instrumento—, pero con la actual presión atmosférica de cero coma siete seis Vieja Tierra, en un mundo joviano estándar estimaría que estarnos por encima de la troposfera y la tropopausa, en los límites inferiores de la estratosfera.»

—¿A esa altura no haría más frío? Es casi el espacio exterior.

«No en un gigante gaseoso —dijo el comlog con su insufrible voz de catedrático—. El efecto invernadero crea una capa de inversión térmica, llevando capas de la estratosfera a temperaturas casi óptimas para los humanos. Aunque una diferencia de miles de metros puede mostrar pronunciados incrementos o descensos de temperatura.»

—Miles de metros —murmuré—. ¿Cuánto aire hay encima y debajo de nosotros?

«Desconocido —repitió el comlog—, pero la extrapolación sugiere que el radio ecuatorial desde el centro de este mundo hasta su atmósfera superior sería de unos setenta mil kilómetros con esta capa de oxígeno, nitrógeno y dióxido de carbono extendiéndose de tres a ocho mil kilómetros, unos dos tercios de la distancia desde el centro hipotético del planeta.»

—De tres a ocho mil kilómetros —repetí estúpidamente—. Cincuenta mil kilómetros encima de la superficie...

«Aproximadamente, aunque se debe notar que con presiones similares a las del núcleo, el hidrógeno molecular se convierte en metal...»

—De acuerdo. Suficiente por ahora. —Sentía ganas de vomitar.

«Debo señalar la anomalía de que la interesante coloración del estratocúmulo cercano sugiere la presencia de monosulfato o polisulfatos de amoníaco, aunque a altitudes apotroposféricas uno asumiría sólo la presencia de cirros de amoníaco, sin que se formaran nubes de agua líquida hasta profundidades de diez atmósferas estándar, dado que...»

—Suficiente —dije.

«Sólo señalo esto por la interesante paradoja atmosférica relacionada con...»

—Cállate —dije.

Refrescó al caer el sol. El ocaso es algo que recordaré hasta que muera.

En lo alto, retazos de lo que podría haber sido un cielo azul alcanzaron el tono lapislázuli de Hyperion y luego se pusieron violáceos. Las nubes que me rodeaban cobraron brillo mientras el cielo se oscurecía. Digo nubes, pero la palabra genérica es ridículamente incapaz de comunicar la majestuosa imponencia de lo que yo observaba.

Me crié entre pastores nómadas en los desnudos brezales que median entre el Gran Mar del Sur y la Meseta del Piñón: conozco las nubes.

En lo alto, cirros emplumados y ondulantes cirrocúmulos recibieron la luz del ocaso en una turbulencia de rosados tenues, fulgores rojizos y manchas violáceas sobre fondo dorado. Parecía un templo de techo alto y rosáceo sostenido por miles de columnas irregulares. Las columnas eran inmensas montañas de cúmulos y nimbos, y sus bases con forma de yunque desaparecían en penumbrosas honduras, miles de kilómetros bajo mi kayak flotante, mientras sus cimas redondeadas ondeaban en nimbados cirroestratos, miles de kilómetros encima de mí. Cada columna recibía los rayos de sol que atravesaban las nubes miles de kilómetros al oeste, y la luz las encendía como si fueran de material inflamable.

«Monosulfatos o polisulfatos», había dicho el comlog. Bien, al margen de la constitución de esos cúmulos pardos en la difusa luz diurna, el poniente los hacía arder con luz rojiza y radiantes estrías bermejas. Trazos sangrientos pendían de las

masas nubosas como pendones carmesíes, y fibras rosadas unían el techo de cirros como músculos bajo la carne de un cuerpo viviente, cúmulos sinuosos tan blancos que me encandilaban, áureos cirroformes derramándose de las hirvientes torres de nimbos como cabellos rubios aureolando rostros pálidos. La luz cobró tal riqueza y profundidad que me arrancó lagrimas de los ojos, y luego se volvió aún más brillante. Vigas casi horizontales de luz divina atravesaron las columnas, iluminando algunas, ensombreciendo otras, traspasando nubes de hielo y franjas de lluvia vertical, derramando cientos de arcos iris simples y miles de arcos iris múltiples. Las sombras treparon desde las negras profundidades, cubriendo los espasmódicos cúmulos y nimbos, llegando al fin a los altos y vibrantes cirros, pero al principio no proyectaron tinieblas sino una infinita paleta de matices: oro reluciente virando hacia el bronce, blanco puro tornándose crema y sepia, carmesí pasando del brillo de la sangre derramada al color herrumbre de la sangre seca hasta desvanecerse en un pardo otoñal. El casco del kayak perdió su lustre y la paravela dejó de recibir la luz mientras este terminador vertical pasaba encima de mí. Estas sombras subieron lentamente. Debieron andar por lo menos treinta minutos, aunque yo estaba demasiado absorto en observarlas para mirar mi comlog. Cuando llegaron al techo de cirros, fue como si alguien hubiera extinguido todas las luces del templo.

Era un ocaso increíble.

Recuerdo que parpadeé, abrumado por el juego de luces y sombras y el movimiento perturbador de esas hirvientes masas nubosas, dispuesto a descansar la vista y organizar mis pensamientos mientras caía la oscuridad. Y fue entonces cuando estallaron los relámpagos y la aurora.

En Hyperion no había aurora boreal, o al menos yo nunca la había visto. Pero sí había visto las luces boreales de Vieja Tierra en una península que antaño había sido la República Escandinava mientras recorría ese planeta en mi nave: eran titilantes y sobrecogedoras, y danzaban convulsivamente en el horizonte septentrional como la túnica transparente de un bailarín fantasma.

La aurora de este mundo no tenía esa sutileza. Franjas de luz y estrías macizas —sólidas como las teclas de un piano— empezaron a bailar en el cielo en la dirección que yo consideraba el sur. Telones de verde, oro, rojo y cobalto chispearon contra el oscuro mundo de aire que tenía debajo. Estos se alargaron, se ensancharon y crecieron hasta fusionarse con otros telones de electrones saltarines. Era como si el planeta recortara muñecas de papel en la luz fluctuante. Al cabo de minutos, cintas de color verticales, oblicuas y cuasihorizontales vibraban en cada sector del cielo. Las torres de nubes fueron visibles de nuevo, con pendones ondulantes que reflejaban la palpitación de miles de estas luces frías. Casi podía oír el susurro de las partículas solares que atravesaban las aterradoras líneas de fuerza magnética que ceñían este mundo gigantesco.

De hecho, oí crujidos, murmullos, chasquidos, detonaciones, largas cadenas de ruidos crepitantes. Giré en el bote y me apoyé en la borda para mirar abajo. El relámpago y el trueno habían comenzado.

Había visto muchas tormentas eléctricas en los brezales de mi infancia. En Vieja Tierra, Aenea, A. Bettik y yo solíamos sentarnos de noche frente al refugio para mirar las grandes tormentas eléctricas que sobrevolaban las montañas del norte. Nada me había preparado para esto.

Lo que yo había llamado profundidades era apenas un suelo oscuro a enorme distancia, una hirviente promesa de presiones terribles y calor aún más terrible. Pero ahora esas profundidades titilaban, palpitando con tormentas eléctricas que se movían de un horizonte visible al otro como una cadena de explosiones nucleares. Podía imaginar hemisferios enteros de ciudades destruidas en una de esas tonantes reacciones en cadena. Aferré un lado del kayak y me dije que las tormentas estaban a cientos de kilómetros.

Las centellas treparon por las torres de nimbos. Relámpagos de luz blanca competían con los temblores de luz de color de las auroras. El estruendo era subsónico, luego sónico, al principio sutilmente aterrador, luego nada sutil y aún más aterrador. El kayak y la paravela oscilaban en las súbitas sacudidas de ráfagas calientes. Aferré los lados con frenesí y rogué para estar en cualquier otro mundo que no fuera éste.

Luego las descargas eléctricas comenzaron a saltar de una torre de nubes a la otra.

El comlog y mi propio razonamiento habían evaluado la escala de este lugar: una atmósfera de decenas de kilómetros de profundidad, un horizonte tan lejano que podían caber veintenas de Tierras o Hyperiones entre el poniente y yo, pero los rayos terminaron de convencerme de que era un mundo hecho para dioses y titanes, no para la humanidad.

Las descargas eléctricas eran más anchas que el Mississippi y más largas que el Amazonas. Yo había visto esos ríos y veía estos rayos. Lo sabía.

Me agazapé en mi cabina como si eso pudiera ayudarme cuando una de esas centellas se estrellara contra mi kayak volante. Tenía erizado el vello de los brazos y comprendí que el hormigueo que sentía en el cuello y el cuero cabelludo era precisamente eso, el pelo de mi cabeza contorsionándose como un nido de víboras. El comlog emitía alarmas de sobrecarga. Quizá también me estuviera gritando, pero yo no podría haberlo oído con los cañonazos que sonaban a diez centímetros de mi oreja en esa turbulencia. La paravela ondeaba y tironeaba de las varillas mientras el aire caliente y las implosiones de vacío nos sacudían. En un punto, siguiendo la estela de una centella que me había cegado, el kayak subió por encima de la horizontal, a mayor altura que la paravela. Pensé que las varillas se partirían y el kayak y yo caeríamos amortajados en la paravela, que caeríamos durante minutos u horas hasta

que la presión y el calor acallaran mis alaridos.

El kayak recobró su posición y siguió balanceándose como un péndulo enloquecido, pero debajo de la vela.

Además de la tormenta eléctrica, además de la creciente cadena de explosiones en cada torre de cúmulos, además de los rayos que ahora orlaban las torres como una telaraña de neuronas en un cerebro desquiciado, bolas relampagueantes comenzaron a desprenderse de las nubes para flotar en los espacios oscuros donde volaba mi kayak.

Observé una de esas vibrantes esferas que flotaba cien metros debajo de mí: tenía el tamaño de un pequeño asteroide redondo, una luna eléctrica. El estrépito era indescriptible. Recordé un incendio forestal en los marjales de Aquila, el tornado que habíamos afrontado en los brezales cuando yo tenía cinco años, la detonación de las granadas de plasma contra el gran glaciar azul de la Garra. Ninguna combinación de estos recuerdos podía compararse con la violencia energética que sacudía el kayak como un terremoto de luz azul y dorada.

La tormenta duró más de ocho horas. La oscuridad duró otras ocho. Sobreviví a las primeras. Dormí durante las segundas. Cuando desperté, conmocionado y sediento, lleno de sueños de luz y de ruido, medio ensordecido, con ganas de orinar y temiendo caerme de la cabina mientras me arrodillaba para hacerlo, vi que la luz de la mañana pintaba el lado opuesto de las columnas de nubes que habían reemplazado las columnas del templo de la noche anterior. El amanecer era más simple que el ocaso: el resplandor blanco y dorado se derramaba desde el techo de cirros por los turbulentos flancos de los cúmulos y los nimbos, hasta la capa donde yo temblaba de frío. Tenía la piel, la ropa y el cabello mojados. Durante la locura de esa noche, había llovido intensamente.

Me arrodillé en el suelo acolchado, aferré el borde con la mano izquierda, estabilicé el kayak e hice mis necesidades. El hililllo dorado titiló en la luz de la mañana mientras caía en el infinito. Me dolía la espalda y recordé la pesadilla del cálculo renal. Eso parecía haber ocurrido mucho tiempo atrás, en otra vida. *Bien,* pensé, *si está pasando otra piedrecita, hoy no la atraparé.*

Me abotoné, acomodándome en la cabina, tratando de estirar las piernas doloridas sin caerme, pensando en la imposibilidad de encontrar otro anillo teleyector en ese cielo infinito después de los desvíos de esa noche —ni siquiera había seguido un curso del cual pudiera desviarme— cuando comprendí que no estaba solo.

Cosas vivientes emergían de las profundidades y flotaban alrededor de mí.

Al principio vi una sola criatura y no tenía escala para juzgar el tamaño de mi visitante. Podía tener unos centímetros de diámetro y estar a pocos metros de mi kayak flotante, o tener muchos kilómetros de diámetro y estar muy lejos. Luego el organismo nadó entre una distante columna de nubes y una más distante torre de

cúmulos, y comprendí que su tamaño debía medirse en kilómetros. Cuando se aproximó, vi la miríada de formas más pequeñas que la acompañaban en el cielo de la mañana.

Antes de hablar de esas criaturas, debo decir que pocos episodios de la historia de la expansión de la humanidad en este brazo de la galaxia nos habían preparado para describir grandes organismos alienígenas. En los cientos de mundos explorados y colonizados durante y después de la Hégira, la mayor parte de la vida aborigen consistía en plantas y organismos simples, como los radiantes espejines de Hyperion. Los cazadores habían llevado al borde de la extinción las pocas formas animales grandes y evolucionadas, como el leviatán boca de lámpara de Mare Infinitus o los zeplins de Remolino. El resultado más común era un mundo con algunas formas de vida aborígenes y un sinfín de especies adaptadas por los humanos. La humanidad había terraformado esos mundos, llevando el ADN de bacterias, lombrices, peces, aves y animales terrestres, descongelando los embriones en las primeras naves semilleras, construyendo fábricas de procreación en las últimas expansiones. El resultado había sido muy similar al de Hyperion: plantas aborígenes como el árbol tesla, el chalma y el raraleña y algunos insectos supervivientes coexistiendo con trasplantes de Vieja Tierra y bioadaptaciones como el triálamo, los siempreazules, los robles, los patos, tiburones, colibríes y ciervos. No estábamos acostumbrados a los animales alienígenas.

Y estos animales eran decididamente alienígenas.

El más grande me recordaba el calamar de los bajíos cálidos del Gran Mar del Sur de Hyperion, otra especie adaptada de Vieja Tierra. Esta criatura era casi transparente, con órganos internos visibles, aunque admito que costaba diferenciar el exterior del interior mientras palpitaba cambiando de forma de segundo a segundo, como una nave estelar modificando sus contornos para la batalla. No tenía cabeza, ni siquiera una protuberancia chata y cefaloide, pero distinguí varios tentáculos, aunque frondas o filamentos sería una palabra más apropiada para definir esos apéndices oscilantes, retráctiles, extensibles y trémulos. Pero estos filamentos estaban no sólo dentro sino fuera del cuerpo transparente, y yo ignoraba si el desplazamiento de la criatura por el aire obedecía al movimiento natatorio de los filamentos o a los gases que el calamar gigante expulsaba al dilatarse y contraerse.

Por lo que recordaba de viejos libros y las explicaciones de Grandam, los zeplins de Remolino eran de apariencia mucho más simple: bolsas de gas con forma de dirigible, con su mezcla de hidrógeno y metano, almacenando y metabolizando el helio en toscos sacos impulsores, medusas gigantescas flotando en la atmósfera de hidrógeno, amoníaco y metano de Remolino. Por lo que recordaba, los zeplins comían un fitoplancton que flotaba en la atmósfera venenosa como maná. No había depredadores en Remolino, hasta que llegaron los humanos con sus batiscafos

flotantes para cosechar los gases más raros.

Al aproximarse el calamar, vi la complejidad de sus entrañas: pálidos y palpitantes órganos, serpentinas semejantes a intestinos, filamentos que podían servir para la alimentación y tubos que podían ser para la reproducción o la excreción, apéndices que podían ser órganos sexuales, o tal vez ojos. Sin cesar se contraía, plegaba sus filamentos rizados y se impulsaba hacia delante, los tentáculos plenamente extendidos, como un calamar nadando en aguas claras. Tenía quinientos o seiscientos metros de longitud.

Me fijé en los demás organismos. Alrededor del calamar se apiñaban miles de criaturas doradas con forma de disco, algunas del tamaño de mi mano y otras más grandes que las mantas de río que arrastraban las barcazas en los ríos de Hyperion. Estas criaturas también eran transparentes, aunque sus entrañas estaban veladas por un fulgor verdoso, tal vez un gas inerte que el campo bioeléctrico del animal tornaba luminiscente. Estas criaturas rodeaban al calamar, y por momentos eran engullidas o absorbidas por uno u otro orificio, y luego reaparecían en el exterior. No juraría que vi al calamar comiendo los discos, pero en un momento creí ver una nube de esas cosas verdes y refulgentes moviéndose en el interior de las tripas del calamar como plaquetas fantasmales en una vena clara.

El monstruo se acercó con su nube de acompañantes, elevándose hasta que la luz del sol le atravesó el cuerpo. Corregí el cálculo de su tamaño: debía tener por lo menos un kilómetro de longitud y un tercio de esa distancia en anchura cuando se expandía. Los discos vivientes flotaban a ambos lados de mí. Vi que giraban además de ondular como mantas.

Extraje la pistola de dardos y le quité el seguro. Si el monstruo atacaba, le vaciaría medio cargador en el flanco, esperando que fuera tan delgado como transparente. Tal vez pudiera vaciarlo, dejarlo sin los gases que le permitían flotar en esta franja atmosférica de oxígeno.

En ese momento extendió sus filamentos de hidra en todas las direcciones, algunos a metros de mi paravela, y comprendí que no podría matar ni hundir al monstruo sin que destruyera mi vela con el movimiento de un tentáculo. Esperé, temiendo que en cualquier momento sus fauces me tragaran, si tenía fauces.

Nada sucedió. Mi kayak seguía un rumbo que yo consideraba «oeste», subiendo y bajando en las corrientes de aire. Las majestuosas nubes se erguían sobre mí, y el calamar y sus compañeros —que por algún motivo yo consideraba parásitos— se mantenían cientos de metros al «norte» y cientos de metros encima de mí. Me pregunté si la criatura me seguía por curiosidad o por hambre, si esas plaquetas verdes podrían atacarme en cualquier momento.

Dejé la inservible pistola de dardos en mi regazo, comí las últimas galletas y bebí agua. Me quedaba agua para menos de un día. Me maldije por no haber recogido

agua de lluvia durante la terrible tormenta de la noche, aunque ignoraba si el agua de ese mundo era potable.

La larga mañana se convirtió en una larga tarde. Varias veces la paravela me llevó hacia una torre nubosa y erguí el rostro en la niebla, lamiendo gotas de mis labios y mi barbilla. El agua sabía a agua. Cada vez que emergía de la niebla, esperaba que el calamar se hubiera marchado, pero permanecía en su sitio, a la derecha y encima de mí. Una vez, después que ese halo que era el sol pasó el cénit, el kayak atravesó un retazo de nubes ascendentes, y la vela casi se plegó en la violenta corriente. Pero se estabilizó y esa vez, al salir de la nube, había ascendido unos kilómetros. El aire era más frío y menos denso. El calamar me había seguido.

Tal vez aún no tenga hambre. Tal vez se alimente después del anochecer. Éstos eran mis alentadores pensamientos.

Seguí escrutando el cielo en busca de otro anillo teleyector, pero no veía ninguno. Parecía descabellado esperar que encontraría uno. Las corrientes de aire me impulsaban hacia el oeste, pero los caprichos del viento me empujaban al norte o al sur. ¿Cómo podía encontrar el ojo de esa aguja después de tantas horas de flotar a la deriva? No parecía probable. Pero aun así escrutaba el cielo.

A media tarde vi otras criaturas abajo y al sur. Más calamares se movían en la base de una inmensa torre de nubes, y el sol destacaba sus cuerpos claros contra la negrura de las hirvientes profundidades. Debía haber centenares de esas criaturas palpitantes en la base de la nube. Estaba demasiado lejos para distinguir los parásitos, pero una luz difusa —como polvo flotante— sugería la presencia de miles o millones. Me pregunté si estos monstruos residirían habitualmente en los niveles atmosféricos inferiores y si el que me seguía se había aventurado hasta aquí por curiosidad.

Se me acalambraban los músculos; salí de la cabina y traté de estirarme en el casco del kayak, colgándome de las varillas de la paravela para mantener el equilibrio. Era peligroso, pero tenía que desperezarme. Me tendí de espaldas y pedaleé una bicicleta imaginaria con las piernas alzadas, hice flexiones, aferrándome del borde de la cabina para no caerme. Una vez que logré desentumecerme, regresé a la cabina y dormité.

Quizá sea raro admitirlo, pero mi mente divagó toda esa tarde, aun mientras el calamar alienígena nadaba a poca distancia y las plaquetas bailaban y revoloteaban a metros del kayak. La mente humana se acostumbra rápidamente a la extrañeza si ésta no exhibe una conducta interesante.

Me puse a pensar en los días pasados, los meses pasados, los años pasados. Pensé en Aenea y en todas las demás personas que había dejado atrás: A. Bettik y la comunidad de Taliesin Oeste, el viejo poeta en Hyperion, Dem Loa y Dem Ria y su familia en Vitus-Gray-Balianus, el padre Glaucus en los túneles de aire escarchado de Sol Draconi Septem, Cuchiat y Chiaku y Cuchtu y Chichticu y los demás Chitchatuk

en ese mismo mundo. Aenea estaba segura de que habían asesinado al padre Glaucus y a nuestros amigos Chitchatuk cuando nos fuimos de allí, aunque nunca me explicó cómo lo sabía, y pensé en otros que había dejado atrás, llegando hasta la última vez que había visto a Grandam y los miembros de mi clan, despidiéndome para ingresar en la Guardia Interna muchos años atrás. Y mis pensamientos siempre volvían a Aenea.

Abandoné a demasiadas personas. Y dejé que demasiadas personas se encargaran de mi trabajo y de mis luchas. A partir de ahora lucharé por mi cuenta. Si encuentro de nuevo a la niña, me quedaré con ella para siempre.

Sentía una rabiosa determinación, alimentada por el desaliento: no encontraría otro teleyector en ese vasto paisaje nuboso.

CONOCES
A LA QUE ENSEÑA
ELLA TE HA TOCADO (!?!?)

Las palabras no eran sonidos llegando a mis oídos, sino golpes en el interior de mi cráneo. Giré literalmente sobre mí mismo, y tuve que aferrar los bordes del kayak para no caerme.

HAS SIDO
TOCADO/CAMBIADO
APRENDIENDO
A OÍR/VER/CAMINAR
CON LA QUE ENSEÑA
(????)

Cada palabra era una migraña, arrasadora como una hemorragia cerebral. Mi propia voz las gritaba dentro de mi cráneo. Quizás estuviera enloqueciendo.

Enjugándome las lágrimas, miré al calamar gigante y su enjambre de parásitos verdosos. El gran organismo palpitaba, se contraía, extendía los filamentos y nadaba en el aire helado. No podía creer que esa criatura enviara esas palabras. Era demasiado biológica. Y yo no creía en la telepatía. Miré los discos, pero su conducta revelaba tanta conciencia cómo la danza de las motas de polvo en una franja de luz, y menos que los movimientos de un cardumen o una bandada de murciélagos. Sintiéndome tonto, grité:

—¿Quién eres? ¿Quién habla?

Me preparé aprensivamente para el borbotón de palabras que me taladraría el cerebro, pero no hubo respuesta del organismo gigante ni de sus compañeros.

—¿Quién ha hablado? —le pregunté al viento. No hubo respuesta excepto las bofetadas de las varillas contra la lona de la paravela.

El kayak se ladeó a la derecha, se enderezó, se ladeó de nuevo. Giré a la izquierda, esperando ver otro monstruo al ataque, pero en cambio vi que se aproximaba algo mucho más malévolo.

Mientras yo me concentraba en la criatura alienígena del norte, un ondeante cúmulo negro me había rodeado por el sur. Pendones deshilachados y negros brotaban del nubarrón y vibraban debajo de mí como ríos de ébano. Vi relámpagos en las profundidades mientras la tormentosa columna negra escupía esferas eléctricas. Más cerca, mucho más cerca, colgando del río de nubes negras que fluía sobre mí, acechaba una docena de tornados cuyos embudos me buscaban como colas de escorpión. Cada embudo tenía el tamaño del calamar —kilómetros verticales de arremolinada locura— y cada cual engendraba su propio cúmulo de tornados menores. No había manera de que mi frágil vela resistiera el embate de esos vórtices, y no había manera de que esos embudos no me engulleran.

Me erguí en la cabina oscilante, aferrando una varilla con la mano izquierda. Con la mano derecha hice un puño y lo alcé hacia los tornados, hacia la bullente tormenta, hacia el cielo invisible.

—Bien, al demonio con vosotros —grité. Mis palabras se perdieron en el aullido del viento. Mi chaleco flameaba alrededor de mí. Una ráfaga casi me arrojó al remolino. Inclinándome sobre el casco del kayak, encorvándome en el viento como un esquiador en un instante de fugaz equilibrio antes del inevitable descenso, sacudí el puño de nuevo y grité—: Venid, maldición. Os desafío.

Como en respuesta, uno de los embudos se aproximó, moviendo la punta de su cono giratorio como si buscara una superficie dura para destruir. Me erró por cientos de metros, pero el vacío que dejó al pasar hizo girar el kayak y la paravela como un bote de juguete en una bañera. Privado de la oposición del viento, caí en el resbaladizo kayak y me habría precipitado al abismo si mis manos no hubieran aferrado una varilla. En ese momento tenía los pies fuera de la cabina.

Una granizada viajaba con el embudo. Los cartuchos de hielo se estrellaron contra la paravela, acribillaron el kayak como nubes de dardos y me pegaron en la pierna izquierda y la espalda. El dolor casi me hizo aflojar las manos. Y comprendí que eso importaba poco, pues la vela estaba hecha jirones. Sólo su protección había impedido que la granizada me hiciera pedazos, pero ahora estaba agujereada. Perdí altura tan súbitamente como la había ganado al principio y el kayak se precipitó hacia la oscuridad. Los tornados llenaban el cielo. Aferré la inservible varilla que entraba en

el abollado casco, decidido a permanecer en esa posición hasta que el bote, la vela recogida y yo fuéramos aplastados por la presión o despedazados por los vientos. Comprendí que estaba gritando de nuevo, pero el ruido era diferente en mis oídos casi alegre.

Había caído menos de un kilómetro, y el kayak y yo nos disparábamos con una celeridad superior a la velocidad terminal de Hyperion o Vieja Tierra, cuando el calamar se me abalanzó. Debió moverse con cegadora velocidad, como un calamar buscando su presa. Supe que estaba hambriento y decidido a no perder su cena cuando los largos filamentos me rodearon como enormes tentáculos.

Si la criatura me hubiera frenado de golpe, dada la velocidad a que caíamos el bote y yo, nos habría hecho trizas. Pero el calamar cayó con nosotros, rodeando el bote con sus zarcillos más pequeños —cada cual de dos a cinco metros de grosor— y luego frenó, soltando gases con olor a amoníaco como una nave de descenso en su aterrizaje. Después reinició el ascenso, dirigiéndose hacia la tormenta donde aún bramaban los tornados y el estratocúmulo central rotaba con negra intensidad. Medio atontado, comprendí que el calamar se dirigía hacia esa nube turbulenta mientras movía el kayak hacia un orificio de su cuerpo inmenso y transparente.

Bien, pensé en mi aturdimiento, *he encontrado su boca.*

Varillas y jirones de vela me rodeaban como una enorme mortaja. El kayak parecía estar envuelto en una bandera descolorida. Traté de girar, pensé en regresar a la cabina para coger la pistola de dardos y liberarme de esa criatura.

La pistola de dardos ya no estaba, pues el zarandeo del bote la había expulsado. También se habían caído los cojines y mi mochila con la ropa, la comida, el agua y la linterna láser. Se había caído todo.

Traté de reír, pero no atiné a articular sonidos mientras los filamentos me arrastraban con el kayak hasta el orificio del vientre del calamar. Pude ver los órganos internos con mayor claridad, palpitantes y absorbentes, moviéndose en ondas peristálticas, algunos de ellos llenos de plaquetas verdes. Un potente olor a líquido de limpieza —amoníaco— me hizo lagrimear los ojos y arder la garganta.

Pensé en Aenea. No fue un pensamiento prolongado ni elocuente: sólo una imagen de la niña al cumplir los dieciséis años, con su pelo corto, sudada y bronceada después de sus meditaciones en el desierto. Formé este simple mensaje: *Lo lamento, pequeña. Hice lo posible por llegar a la nave y recobrarla. Lo lamento.*

Los largos filamentos se plegaron y me metieron con el bote en una boca sin labios que debía tener treinta o cuarenta metros de anchura. Pensé en la fibra de vidrio, en la tela de ultranylon de la vela, en las varillas de fibra de carbono, y tuve un último pensamiento: *Espero que esto te dé dolor de barriga.*

Y luego fui arrastrado hacia ese tufo de amoníaco y pescado, vagamente consciente de que el aire de las entrañas de la criatura no era respirable, resuelto a

saltar del kayak para no ser digerido, pero me desmayé antes de que pudiera actuar o formar otro pensamiento coherente.

Sin mi conocimiento ni observación, el calamar siguió elevándose entre nubes más negras que una noche sin luna, cerrando la boca sin labios hasta borrarla de su lisa y carnosa superficie. El kayak, la paravela y yo éramos apenas una sombra en el contenido líquido de su conducto inferior.

13

Kenzo Isozaki no se sorprendió cuando la Guardia Suiza fue a buscarlo.

Un coronel del Corps Helvética y ocho soldados con uniforme de gala naranja y azul, portando lanzas energéticas y varas de muerte, llegaron al Torus Mercantilus sin hacerse anunciar, exigieron ver al ejecutivo Isozaki en su oficina y le entregaron un disco encriptado, ordenándole que se vistiera formalmente para comparecer ante Su Santidad, el papa Urbano XVI. De inmediato.

El coronel permaneció a la vista de Isozaki mientras el ejecutivo entraba en su apartamento, se daba una ducha rápida y se ponía su ropa más formal: camisa blanca, chaleco gris, corbatín rojo, semitraje cruzado negro con botones dorados en el costado y capa de terciopelo negro.

—¿Puedo llamar a mis colegas para darles instrucciones, por si no llego a las reuniones planeadas para hoy? —preguntó el ejecutivo cuando bajaron a la sala de recepción, donde los soldados formaban una especie de corredor oro y azul entre las estaciones de trabajo.

—No —dijo el oficial.

Había un explorador de Pax en el sitio donde solían aparcar la nave personal de Isozaki. La tripulación saludó lacónicamente al ejecutivo de Mercantilus y le ordenó que se sujetara en su diván de aceleración. Iniciaron el viaje y pronto fueron escoltados por dos naves-antorcha, visibles en la holopantalla táctica.

Me están tratando como un prisionero, no como un invitado de honor, pensó Isozaki. Su rostro no revelaba nada, pero sintió una oleada de algo parecido al alivio después de la pulsación de miedo y espanto. Había esperado esto desde su reunión ilegal con el consejero Albedo y casi no había dormido desde esa traumática y dolorosa cita. Isozaki sabía que no había motivos para que Albedo no revelara que Mercantilus había intentado comunicarse con el TecnoNúcleo, pero esperaba que creyeran que el intento era únicamente suyo. Isozaki agradeció en silencio que su amiga y asociada Anna Pelli Cognani estuviera fuera del sistema de Pacem, visitando una importante feria de negocios en Vector Renacimiento.

Desde su diván, entre el coronel y uno de los guardias suizos, Isozaki podía ver el holotáctico del piloto. La esfera de luz y colores móviles, con sus sólidas barras de código, era altamente técnica, pero Isozaki había sido piloto antes que estos muchachos nacieran. Notó que no se dirigían al mundo de Pacem sino a un destino próximo al punto troyano, en medio del enjambre de bases asteroidales de la flota de Pax y los fuertes defensivos.

Una prisión orbital del Santo Oficio, pensó. Peor que el Castel Sant'Angelo,

donde se decía que las máquinas de dolor virtual funcionaban a toda hora del día y de la noche. En las mazmorras orbitales nadie oiría sus gritos. Estaba seguro de que la orden de asistir a una audiencia papal era mera ironía, un modo de sacarlo de Pax Mercantilus sin protestas. Isozaki habría apostado cualquier cosa a que en pocos días, tal vez horas, sus prendas formales serían harapos sudados y ensangrentados.

Se equivocaba. El explorador desaceleró por encima del plano de la eclíptica y le mostró su destino: Castel Gandolfo, la «residencia de verano» del papa.

La pantalla de su diván funcionaba y pidió una vista exterior mientras el explorador se alejaba de las naves-antorcha de escolta y caía hacia el macizo y bulboso asteroide. Con más de cuarenta kilómetros de largo y veinticinco de ancho, Castel Gandolfo era un mundo en sí mismo, con un cielo azul y una atmósfera rica en oxígeno sostenida por campos de contención clase veinte provistos de redundancias infinitas, con laderas y terrazas cultivadas, montañas esculpidas cubiertas de bosques y llenas de arroyos y animales pequeños. Isozaki vio la antigua aldea italiana y supo que esa visión apacible era engañosa: las bases de Pax de las inmediaciones podían destruir cualquier nave o flota en existencia, mientras que el interior del asteroide estaba lleno de guarniciones que albergaban más de diez mil guardias suizos y tropas de élite de Pax.

El explorador extendió alas y recorrió los últimos diez kilómetros usando silenciosas toberas de pulsación eléctrica. Guardias suizos en uniforme de combate se elevaron para escoltar la nave en los últimos cinco kilómetros. Una rica luz solar rebotaba en sus armaduras de flujo dinámico y en sus escudos faciales transparentes mientras rodeaban al explorador y se aproximaban al castillo con lentitud. Varios soldados apuntaron sondas a la nave, verificando con radar profundo e infrarrojo si todo concordaba con la documentación acerca de la cantidad e identidad de los pasajeros y tripulantes.

Una puerta se abrió en el costado de una torre de piedra del castillo y el explorador entró con las toberas apagadas; los guardias suizos arrastraban la nave con el fulgor azul de sus paks de remolque.

Se abrió la cámara de presión. Los ocho guardias suizos bajaron primero, formando dos filas mientras el coronel escoltaba a Kenzo Isozaki. El ejecutivo buscaba un ascensor o escalera, pero todo el embarcadero de la torre empezó a descender. Los motores y equipos guardaban silencio. Sólo las paredes de piedra mostraban que se movían hacia abajo, y luego hacia el costado, hacia las entrañas de Castel Gandolfo.

Se detuvieron. Una puerta se recortó en la pared de piedra. Las luces iluminaron un corredor de acero bruñido, con cápsulas de lente fibroplástica flotantes montando guardia cada diez metros. El coronel hizo un gesto e Isozaki encabezó la marcha. Al final del túnel los bañó una luz azul mientras otras sondas y sensores los examinaban.

Sonó una campanilla y se abrió otra puerta. Pasaron a una sala de espera. Tres personas se pusieron de pie cuando entraron Isozaki y su escolta.

Maldición, pensó el ejecutivo de Pax. Allí estaba Anna Pelli Cognani, vestida con su mejor túnica, al igual que los ejecutivos Helvig Aron y Kennet Hay-Modhino, colegas de Isozaki en el consejo ejecutivo de la Liga Pancapitalista de Organizaciones Católicas Independientes de Comercio Transestelar.

Maldición, pensó de nuevo Kenzo Isozaki, saludando en impasible silencio a sus colegas. *Nos harán a todos responsables de mis actos. Todos seremos excomulgados y ejecutados*.

—Por aquí —dijo el coronel de la Guardia Suiza, abriendo una puerta tallada que conducía a una sala más oscura.

Isozaki olió velas, incienso, piedra sudorosa. Comprendió que los guardias suizos no los acompañarían. Aquello que los esperaba adentro estaba destinado a ellos solos.

—Gracias, coronel —dijo Isozaki con voz agradable. Con pasos firmes, encabezó la marcha en la aromática penumbra.

Era una capilla pequeña, alumbrada por las velas votivas rojas que chisporroteaban en un soporte de hierro forjado contra una pared de piedra y los dos vitrales que había detrás del sencillo altar. Seis velas más ardían en el altar desnudo, y las llamas de los braseros del otro lado arrojaban una luz más rojiza en la habitación larga y angosta. A la izquierda del altar había una silla alta de respaldo recto, con cojines de terciopelo. En el respaldo de la silla estaba grabado lo que a primera vista parecía un cruciforme pero en realidad era la triple cruz papal. El altar y la silla estaban sobre una tarima de piedra.

No había sillas ni bancos en el resto de la capilla, pero habían puesto cojines de terciopelo rojo en la piedra oscura, a ambos lados del pasillo por donde caminaban Isozaki, Cognani, Hay-Modhino y Aron. Había cuatro cojines libres, dos a cada lado del pasillo. Los ejecutivos de Mercantilus hundieron los dedos en la pila de piedra, se persignaron, hicieron una genuflexión y se arrodillaron sobre los cojines. Antes de bajar la cabeza en una plegaria, Kenzo Isozaki echó un vistazo alrededor.

Cerca de la tarima estaba arrodillado el secretario de Estado, el cardenal Simón Augustino Lourdusamy, una montaña rojinegra en la luz purpúrea, el cuello de clérigo oculto bajo la papada mientras inclinaba la cabeza en una plegaria, y detrás de él estaba arrodillado su enjuto asistente, monseñor Lucas Oddi. Al otro lado estaba arrodillado el cardenal John Domenico Mustafa, gran inquisidor del Santo Oficio, los ojos cerrados. Junto a él estaba el tristemente famoso agente y torturador, el padre Farrell.

Junto a Lourdusamy había tres oficiales de Pax de rodillas: el almirante Marusyn, con su cabello plateado brillante en la luz roja, su edecán la almirante Marget Wu, y alguien cuyo rostro Isozaki creyó recordar un instante, la almirante Aldikacti. Junto al

gran inquisidor estaba arrodillada la cardenal Du Noyer, prefecta y presidente del Cor Unum. Du Noyer era una mujer setentona, saludable, con una mandíbula fuerte y cabello corto y gris. Sus ojos tenían el color del pedernal. Isozaki no reconoció al hombre maduro vestido de monseñor que estaba junto a la cardenal.

Las otras cuatro figuras arrodilladas eran los ejecutivos de Mercantilus, Aron y Hay-Modhino del lado del gran inquisidor, Isozaki y Pelli Cognani del lado del secretario de Estado. Isozaki contó un total de trece personas en la capilla. No era un número auspicioso.

Una puerta oculta en la pared de la derecha del altar se abrió en silencio y el papa entró con cuatro hombres. Las trece personas de la capilla se pusieron de pie e inclinaron la cabeza. Kenzo Isozaki tuvo tiempo de reconocer a dos de los hombres que acompañaban al papa como asistentes y al tercero como jefe de seguridad papal —funcionarios anónimos—, pero el cuarto, de gris, era el consejero Albedo. Sólo Albedo permaneció con el papa mientras Su Santidad entraba en la sala, dejando que los presentes le besaran el anillo y tocándoles la cabeza. Al fin Su Santidad, el papa Urbano XVI, se sentó en el trono de respaldo recto, con Albedo al lado. Los trece dignatarios arrodillados se pusieron de pie.

Isozaki bajó los ojos con expresión serena, pero el corazón le latía con fuerza. *¿Nos denunciará Albedo a todos? ¿Todos estos grupos han intentado comunicarse secretamente con el Núcleo? ¿Debemos enfrentarnos a Su Santidad y luego ser llevados de aquí, para que nos arranquen el cruciforme y nos ejecuten?* A Isozaki le parecía probable.

—Hermanos y hermanas en Cristo —dijo Su Santidad—, nos complace que hayáis aceptado reuniros aquí en este día. Lo que debemos decir en este lugar íntimo y silencioso ha sido un secreto durante siglos y debe permanecer dentro de este círculo hasta que la Santa Sede otorgue autorización formal para difundirlo. Así os exhortamos y ordenamos, so pena de excomunión y la pérdida de vuestra alma a la luz de Cristo.

Los trece hombres y mujeres murmuraron plegarias y frases de asentimiento.

—En los últimos años —continuó Su Santidad— han ocurrido acontecimientos tan extraños como terribles. Los hemos presenciado desde lejos, y previmos algunos con la ayuda de Nuestro Señor Jesucristo, y hemos rogado que muchos otros no sucedieran, para ahorrar a nuestro pueblo, nuestra Pax y nuestra Iglesia una prueba de voluntad, fe y fortaleza. Pero los acontecimientos ocurren como lo desea el Señor. Ni siquiera Su más fiel servidor puede entender todos los hechos y portentos, sólo confiar en Su misericordia cuando esos hechos parecen más amenazadores y desconcertantes.

Los trece dignatarios mantuvieron la cabeza gacha.

—En vez de narrar estos sucesos desde nuestra perspectiva —murmuró Su

Santidad— pediremos a algunos de sus protagonistas que los describan exhaustivamente. Después procuraremos explicar las relaciones entre hechos aparentemente tan diversos. ¿Almirante Marusyn?

El canoso almirante se volvió para enfrentar a los demás y a Su Santidad. Se despejó la garganta.

—Los informes llegados desde un mundo llamado Vitus-Gray-Balianus B sugieren que estuvimos a punto de capturar al hombre llamado Raul Endymion, nacido en Hyperion, quien se nos escapó, junto con nuestro principal objetivo, la niña llamada Aenea, hace casi cinco años estándar. Elementos de una fuerza especial de la Guardia Noble... —El almirante miró al papa, quien asintió aprobatoriamente con un movimiento de cabeza—. Elementos de esta fuerza especial inculcaron al comandante de Vitus-Gray-Balianus B la posible presencia de esta persona. Aunque escapó antes de que pudiéramos inspeccionar toda la zona, las pruebas de ADN y micrones confirman que era el mismo Raul Endymion que estuvo brevemente encarcelado en el de Mare Infinitus hace más de cuatro años.

El cardenal Lourdusamy se aclaró la garganta.

—Sería útil, almirante, saber cómo el sospechoso, Raul Endymion, escapó de Vitus-Gray-Balianus B.

El impasible Kenzo Isozaki registró el hecho de que Lourdusamy hablaba en nombre de Su Santidad en esta conferencia.

—Gracias, excelencia —dijo el almirante Marusyn—. Sí, parece que este Endymion apareció en el planeta, y huyó de él, por medio de un antiguo teleyector.

Nadie habló, pero Isozaki captó el murmullo psíquico de interés y desconcierto. En los últimos cuatro años habían corrido rumores de que las fuerzas de Pax perseguían a un hereje que había logrado activar los teleyectores durmientes.

—¿Y este teleyector estaba activo cuando sus hombres lo inspeccionaron? —preguntó Lourdusamy.

—Negativo, excelencia —dijo el almirante Marusyn—. No había indicios de actividad en ninguno de ambos teleyectores, ni en el de río arriba, que debió dar al fugitivo acceso a Vitus-Gray-Balianus B, ni en el que está río abajo.

—¿Pero está seguro de que Endymion no llegó al planeta por medios más convencionales? ¿E igualmente seguro de que ahora no se oculta allí?

—Sí, excelencia. Este mundo de Pax tiene excelente control de tráfico y defensas orbitales. Toda nave espacial que se aproximara a Vitus-Gray-Balianus B sería detectada a horas-luz del planeta. Y hemos registrado ese mundo intensamente, administrando droga de la verdad a decenas de miles de habitantes. El hombre llamado Endymion no se encuentra allí. Los testigos describieron, sin embargo, un destello en el teleyector de río abajo, el cual estalló en el preciso instante en que nuestros sensores hemisféricos detectaban una pulsación de energía similar a la de un

campo de desplazamiento teleyector, de acuerdo con viejos registros.

Su Santidad le hizo una seña al cardenal Lourdusamy.

—Y creo que hay otra noticia perturbadora, almirante Marusyn —dijo Lourdusamy.

El almirante asintió con expresión austera.

—En efecto, excelencia, Su Santidad. Esto implica el primer motín en la historia de la flota de Pax.

Isozaki notó nuevamente esa sensación de desconcierto. No reveló ninguna emoción ni reacción, pero por el rabillo del ojo vio que Anna Pelli Cognani lo miraba de reojo.

—Pediré a la almirante Aldikacti que nos informe sobre este asunto —dijo Marusyn. Retrocedió y se cruzó de brazos.

Aldikacti era una de esas mujeres lusianas corpulentas que tenían aire de andrógino. Era sólida y maciza como un ladrillo.

Aldikacti no perdió tiempo en aclararse la garganta. Presentó sin preámbulos un informe relacionado con el grupo de ataque GEDEÓN, su misión de atacar baluartes éxters en siete sistemas del Confín, el victorioso resultado de esa misión en los siete sistemas y la sorpresa sufrida en el último, denominado Lucifer.

—El comportamiento del grupo de ataque superaba las expectativas y los resultados de las simulaciones —declaró la almirante Aldikacti—. En consecuencia, mientras completábamos las operaciones en el sistema Lucifer, autoricé que una nave Gedeón sin tripulantes llevara un mensaje a Pacem, para Su Santidad y el almirante Marusyn, solicitando permiso para reabastecernos en Tau Ceti y extender la misión del grupo GEDEÓN, atacando nuevos sistemas éxters antes de que la noticia de nuestro ataque se difundiera por el Confín. Recibí autorización para ello y procedí a llevar el grueso de mis fuerzas a Tau Ceti para reaprovisionarnos y encontrarnos con cinco naves arcángeles adicionales que entraron en acción cuando nuestra fuerza abandonó el espacio de Pax.

—¿Se llevó usted el grueso del grupo? —preguntó el cardenal Lourdusamy.

—Sí, excelencia. —No había el menor temblor de disculpa en la voz de Aldikacti —. Cinco naves-antorcha éxters habían escapado a nuestra detección y se dirigían a un punto de traslación Hawking que supuestamente las habría llevado a otro sistema éxter, donde habrían anunciado la presencia de nuestra fuerza mortífera. En vez de distraer a todo el grupo GEDEÓN, que se aproximaba a su punto de traslación a Tau Ceti, autoricé a las naves *Gabriel* y *Rafael* a permanecer en el sistema de Lucifer el tiempo necesario para interceptar y destruir las naves-antorcha éxters.

Lourdusamy plegó sus manos rechonchas sobre su túnica. Su voz era un arrullo.

—¿Y luego trasladó su nave insignia, la *Uriel*, y otros cuatro arcángeles al sistema Tau Ceti?

—Sí, excelencia.

—¿Dejando el *Gabriel* y el *Rafael* en Lucifer?

—Sí, excelencia.

—¿Y sabía usted que el *Rafael* estaba al mando del padre capitán De Soya, el mismo capitán a quien habían juzgado unos años antes por haber fracasado en la misión de encontrar y detener a la niña Aenea?

—Sí, excelencia.

—¿Y sabía usted, almirante, que la flota de Pax y la Santa Sede estaban preocupados por la estabilidad del padre capitán De Soya, que el Santo Oficio había designado un agente a bordo del *Rafael* para, observar la conducta del padre capitán De Soya?

—Un espía —dijo la almirante Aldikacti—. El capitán de fragata Liebler. Sí, excelencia. Sabía que a bordo de mi nave insignia había agentes del Santo Oficio que recibían mensajes codificados del capitán de fragata Liebler, que estaba a bordo del *Rafael*.

—¿Y estos agentes le revelaron datos procedentes de esos mensajes, almirante Aldikacti?

—Negativo, excelencia. No se me explicó por qué el Santo Oficio estaba preocupado por la lealtad o cordura del padre capitán De Soya.

El cardenal Mustafa se aclaró la garganta y levantó un dedo.

Lourdusamy, que había estado a cargo de lo que Isozaki y los demás habían reconocido como un interrogatorio, miró de soslayo al papa.

Su Santidad asintió con un gesto.

—Creo necesario señalar a Su Santidad y los demás dignatarios presentes que la observación del padre capitán De Soya se dirigía desde la Oficina de la Santa Sede, con autorización verbal del secretario de Estado y el mando de la flota, específicamente del almirante Marusyn.

Hubo un breve silencio.

—¿Y puede usted decirnos, cardenal Mustafa —dijo al fin Lourdusamy—, cuál era la fuente de esta común preocupación?

Mustafa se relamió los labios.

—Sí, excelencia. Nuestros informes de inteligencia indicaban que se podía haber producido cierta contaminación mientras el padre capitán De Soya perseguía a la persona llamada Aenea.

—¿Contaminación?

—Sí, excelencia. Entendíamos que la niña llamada Aenea tenía el poder para afectar la constitución física y psicológica de aquellos ciudadanos de Pax con quienes entraba en contacto. Nuestra preocupación, en este caso, se relacionaba con la lealtad y obediencia de un comandante de la flota de Pax.

—¿Y cómo se realizó esa evaluación, cardenal Mustafa? —continuó Lourdusamy.

El gran inquisidor hizo una pausa.

—Se utilizaron diversas fuentes y métodos de inteligencia, excelencia.

—Eso incluye la detención e interrogatorio de un camarada del padre capitán De Soya después de la frustrada misión, ¿verdad, cardenal Mustafa? ¿El cabo Kee, si mal no recuerdo?

Mustafa parpadeó.

—Correcto, excelencia. —El gran inquisidor se volvió levemente, como para incluir a los demás—. Esta detención era inusitada, pero necesaria en una situación que parece afectar la segundad de la Iglesia y de Pax.

—Desde luego, excelencia —murmuró el cardenal Lourdusamy—. Almirante Aldikacti, puede continuar con su informe.

—Unas horas después que mis cinco arcángeles saltaran al sistema Tau Ceti —dijo Aldikacti—, y antes de que hubiéramos concluido nuestro ciclo de resurrección de dos días, un correo Gedeón se trasladó al espacio de Tau Ceti, lanzado por la madre capitana Stone...

—Capitana del *Gabriel* —dijo Lourdusamy.

—Afirmativo, excelencia. El mensaje de la nave, encriptado para que lo leyera únicamente yo, decía que las naves-antorcha éxters estaban destruidas, pero que el *Rafael* se había rebelado, aceleraba hacia un punto de traslación no autorizado y no respondía a la orden de detenerse.

—En otras palabras —ronroneó Lourdusamy—, una nave de Pax había sufrido un motín.

—Eso parecía, excelencia. Aunque, en este caso, el motín parecía encabezado por el capitán de la nave.

—El padre capitán De Soya.

—Sí, excelencia.

—¿Y hubo intentos de comunicarse con el agente del Santo Oficio que estaba a bordo del *Rafael*?

—Sí, excelencia. El padre capitán De Soya alegó que Liebler estaba cumpliendo con sus deberes. A la madre capitana Stone le pareció improbable.

—¿Y cuando se cuestionó el cambio de punto de traslación? —preguntó Lourdusamy.

—El padre capitán De Soya respondió que yo había enviado nuevas órdenes para el *Rafael* antes del traslado de nuestro grupo.

—¿La madre capitana Stone aceptó esta explicación?

—Negativo, excelencia. La madre capitana cerró la distancia entre los dos arcángeles y se enfrentó al *Rafael*.

—¿Cuál fue el resultado de ese enfrentamiento, almirante?

Aldikacti titubeó sólo un instante.

—Excelencia, Su Santidad, la madre capitana Stone había utilizado un código clasificado para su mensaje, así que pasó un día completo en Tau Ceti, el tiempo que se requería para mi resurrección de emergencia, hasta que yo leí el mensaje y autoricé un retorno inmediato a Lucifer.

—¿Cuántas naves llevó consigo, almirante?

—Tres, excelencia. Mi nave insignia, el *Uriel*, con una nueva tripulación, y dos de los arcángeles que se habían reunido con nosotros en el sistema Tau Ceti, el *Mikal* y el *Izrail*. Entendía que el riesgo de acelerar la resurrección de las tripulaciones de GEDEÓN era demasiado grande.

—Aunque usted aceptó personalmente ese riesgo, almirante —dijo Lourdusamy.

Aldikacti no dijo nada.

—¿Qué sucedió entonces, almirante?

—Saltamos de inmediato al sistema Lucifer, excelencia. Allí nos sometimos a una resurrección automática de doce horas. Muchas resurrecciones fallaron. Combinando el personal resucitado de las tres naves, pude dotar de tripulantes al *Uriel*. Dejé las otras dos naves estelares en trayectorias pasivas pero con defensa automática, mientras buscaba el *Gabriel* y el *Rafael*. No encontré a ninguno de los dos. Pero pronto descubrimos un radiofaro al otro lado del sol amarillo de Lucifer.

—Y el radiofaro era de... —urgió Lourdusamy.

—La madre capitana Stone. El radiofaro contenía la versión del grabador de combate del *Gabriel*. Mostraba la batalla que se había librado menos de dos días antes. Stone había intentado destruir el *Rafael* con armas de plasma y fusión. Esos intentos fracasaron. El *Gabriel* se enfrentó a la nave del padre capitán De Soya con el rayo de muerte.

Hubo silencio en la capilla. Isozaki notó que la luz de las fluctuantes velas votivas pintaba de rojo el dolorido rostro de Su Santidad, el papa Urbano XVI.

—¿El resultado de ese combate? —preguntó Lourdusamy.

—Ambas tripulaciones perecieron —dijo Aldikacti—. Según los instrumentos del *Gabriel*, el *Rafael* completó la traslación automática. La madre capitana Stone había ordenado a sus tripulantes que ocuparan sus puestos de combate en nichos de resurrección. Había programado los ordenadores del *Gabriel* para resucitarla a ella y varios miembros esenciales de la dotación en un ciclo de emergencia de ocho horas. Sólo ella y uno de sus oficiales sobrevivieron a la resurrección. La madre capitana Stone lanzó el radiofaro y aceleró hacia el punto de traslación del *Rafael*. Estaba dispuesta a buscar y destruir la nave, preferiblemente antes que De Soya y su tripulación completaran la resurrección, si estaban en sus nichos en el momento del ataque.

—¿La madre capitana Stone sabía a qué sistema conducía ese punto de traslación,

almirante?

—Negativo, excelencia. Había demasiadas variables en juego.

—¿Y cuál fue su respuesta a los datos del radiofaro, almirante?

—Esperé doce horas, hasta que otros tripulantes del Mikal y el Izrail completaran la resurrección, excelencia. Luego trasladé las tres naves por el punto de salto indicado por el *Rafael* y el *Gabriel*. Deje un segundo radiofaro para los arcángeles que pronto me seguirían desde Tau Ceti.

—¿No le pareció necesario esperar esas naves?

—No, excelencia. Me pareció oportuno efectuar el traslado en cuanto mis naves estuvieran preparadas para el combate.

—Pero le pareció oportuno esperar a la tripulación de las dos naves, almirante. ¿Por qué no inició la persecución de inmediato, con sólo el *Uriel*?

Aldikacti no titubeó.

—Era una decisión de combate, excelencia. Era muy probable que el padre capitán De Soya hubiera llevado el *Rafael* a un sistema éxter, posiblemente mucho mejor armado que los que había encontrado el grupo GEDEÓN. También me parecía probable que la nave de la madre capitana Stone, el *Gabriel*, hubiera sido destruida por el *Rafael* o naves éxters dentro de ese sistema desconocido. Entendí que tres naves de línea eran la fuerza mínima que podía utilizar en esta situación desconocida.

—¿Y era un sistema éxter, almirante?

—Negativo, excelencia. Al menos, no se descubrieron rastros de los éxters en las dos semanas de investigación que sucedieron al incidente.

—¿Adonde la llevó el punto de traslación, almirante?

—A la capa externa de una gigante roja —dijo la almirante Aldikacti—. Nuestros campos de contención estaban activados, por supuesto, pero faltó poco para que nos destruyera.

—¿Sus tres naves salieron ilesas, almirante?

—Negativo, excelencia. El *Uriel* y el *Izrail* sobrevivieron a la salida de la estrella y a los procedimientos de enfriamiento de campo de contención. El *Mikal* se perdió con todos sus ocupantes.

—¿Y encontró el *Gabriel* y el *Rafael*, almirante?

—Sólo el *Gabriel*, excelencia. Lo descubrimos flotando a dos UA de la gigante roja. Todos los sistemas estaban inutilizados. Se había deteriorado el campo de contención y el interior de la nave se había derretido.

—¿Logró encontrar y resucitar a la madre capitana Stone y el resto de la tripulación, almirante?

—Lamentablemente no, excelencia. No había material orgánico suficiente para efectuar la resurrección.

—¿El derretimiento se debía a la emergencia en la gigante roja o a un ataque del

Rafael o fuerzas éxters, almirante?

—Nuestros expertos en materiales están evaluando la situación, excelencia, pero el informe preliminar sugiere una sobrecarga debida a causas tanto naturales como de combate. Las armas usadas podían pertenecer al *Rafael*.

—¿Me está diciendo que el *Gabriel* libró una batalla automática cerca de ese sol rojo, almirante?

—Dentro de la estrella, excelencia. Parece que el *Rafael* viró, reingresó en la estrella y atacó al *Gabriel* en cuanto emergió del espacio Hawking.

—¿Y es posible que el *Rafael* también fuera destruido en este segundo enfrentamiento, que la nave se incinerase dentro de la estrella?

—Es posible, excelencia, pero no estamos trabajando con ese supuesto. Sospechamos que el padre capitán De Soya se trasladó fuera del sistema, hacia un destino desconocido del Confín.

Lourdusamy asintió, haciendo temblar su papada.

—Almirante Marusyn —dijo—, ¿puede darnos una evaluación de esta amenaza, en caso de que el *Rafael* haya sobrevivido?

El almirante avanzó un paso.

—Excelencia, debemos suponer que el padre capitán De Soya y los demás amotinados son hostiles a Pax y que el robo de una nave clase arcángel fue premeditado. También debemos suponer lo peor... que el robo de nuestro sistema de armamentos más secreto y letal se realizó en coordinación con los éxters. —El almirante hizo una pausa—. Excelencias, Su Santidad, con el motor Gedeón, cualquier punto de este brazo de la galaxia está a un instante de cualquier otro. El *Rafael* podría trasladarse a cualquier sistema de Pax, incluso Pacem, sin dejar estelas Hawking como las naves éxters. El *Rafael* podría atacar las rutas de transporte de Mercantilus, hostigar mundos y colonias indefensos y causar estragos antes de que una fuerza de Pax pudiera responder.

El papa alzó un dedo.

—Almirante Marusyn, ¿debemos entender que la valiosa tecnología Gedeón puede caer en manos de los éxters y ser imitada... y así impulsar muchas naves del enemigo?

El rojo rostro de Marusyn enrojeció aún más.

—Su Santidad, es improbable, sumamente improbable. Las etapas de manufacturación de un arcángel Gedeón son tan complejas, el coste es tan prohibitivo, el secreto de ciertos componentes está tan bien guardado...

—Pero es posible —interrumpió el papa.

—Sí, Su Santidad.

El papa alzó la mano como una espada cortando el aire.

—Creo que hemos oído todo lo que necesitábamos oír de nuestros amigos de la

flota de Pax. Suficiente, almirante Marusyn, almirante Aldikacti, almirante Wu.

Los tres oficiales hicieron una genuflexión, inclinaron la cabeza, se levantaron y se alejaron de Su Santidad. La puerta se cerró con un susurro cuando salieron.

Ahora quedaban diez dignatarios, además de los silenciosos asistentes papales y el consejero Albedo.

El papa inclinó la cabeza hacia Lourdusamy.

—¿Medidas, Simón Augustino?

—El almirante Marusyn recibirá una amonestación y será transferido al personal general —murmuró Lourdusamy—. La almirante Wu ocupará su puesto como comandante en jefe provisional de la flota hasta que se encuentre un reemplazo adecuado. En cuanto a la almirante Aldikacti, se ha recomendado su excomunión y ejecución por pelotón de fusilamiento.

El papa asintió tristemente.

—Ahora oiremos al cardenal Mustafa, la cardenal Du Noyer, el ejecutivo Isozaki y el consejero Albedo, antes de terminar con este asunto.

—Así finalizó la investigación oficial del Santo Oficio relacionada con los sucesos de Marte —concluyó el cardenal Mustafa. Miró al cardenal Lourdusamy—. Fue entonces cuando el capitán Wolmak dijo que era imperativo que mi séquito y yo regresáramos al arcángel *Jibril*, que todavía estaba en órbita de ese planeta.

—Por favor continúe, excelencia —murmuró el cardenal Lourdusamy—. ¿Puede contarnos la índole de la emergencia que según el capitán Wolmak exigía su regreso?

—Sí —respondió Mustafa, frotándose el labio inferior—. El capitán Wolmak había encontrado el carguero interestelar que había recibido cargamento procedente de la base extraoficial de la ciudad marciana de Arafat-kaffiyeh. Descubrió la nave a la deriva en el cinturón de asteroides del sistema de Vieja Tierra.

—¿Puede darnos el nombre de esa nave, excelencia? —preguntó Lourdusamy.

—*Saigon Maru*.

Kenzo Isozaki movió los labios a pesar de su control férreo. Recordaba la nave. Su hijo mayor la había tripulado durante sus primeros años de aprendizaje. El *Saigon Maru* había sido un viejo carguero de minerales, un transporte de tres millones de toneladas.

—¿Señor Isozaki? —rugió Lourdusamy.

—Sí, excelencia —respondió Isozaki con voz tersa y tranquila.

—La designación de la nave sugiere que pertenece a Mercantilus. ¿Es así, M. Isozaki?

—Sí, excelencia. Pero el *Saigon Maru*, si mal no recuerdo, se vendió como chatarra junto con una sesentena de cargueros obsoletos hace ocho años estándar.

—Excelencias, Su Santidad, ¿puedo hablar? —preguntó Anna Pelli Cognani. El

otro ejecutivo le había susurrado algo por el minúsculo comlog.

—Ejecutiva Pelli Cognani —dijo el cardenal Lourdusamy.

—Nuestros registros muestran que el *Saigon Maru* fue vendido a contratistas independientes hace ocho años, tres meses y dos días estándar. Las transmisiones posteriores confirmaron que las naves se habían destruido y reciclado en las fundiciones automáticas orbitales de Armaghast.

—Gracias, Pelli Cognani —dijo Lourdusamy—. Cardenal Mustafa, puede continuar.

El gran inquisidor asintió y continuó con su informe, exponiendo sólo los detalles necesarios. Y mientras hablaba pensaba en las imágenes que no describía en detalle.

El *Jibril* y las naves-antorcha que lo acompañaban habían reducido la velocidad para ponerse a la par del oscuro carguero. El cardenal Mustafa siempre había imaginado que los cinturones de asteroides eran apiñamientos de pequeñas lunas pero, a pesar de las imágenes múltiples de la pantalla táctica, no había rocas a la vista, sólo la herrumbrada mole del negro carguero, medio kilómetro de tubos y cilindros. Mientras coincidían en velocidad y trayectoria, a sólo tres kilómetros de distancia, teniendo a popa el sol que había presenciado el nacimiento de la humanidad, el *Jibril* y el *Saigon Maru* parecían inmóviles. Sólo las estrellas giraban lentamente.

Mustafa recordaba y lamentaba su decisión de acompañar a los soldados que abordarían la nave. Había sufrido las indignidades de ponerse la armadura de combate de la Guardia Suiza: un dermotraje monomol D, una red neuronal IA, el traje espacial en sí —más aparatoso que los dermotrajes civiles, con su vaina polimeral de impacto—, los cinturones de equipo y el pak de reacción. El *Jibril* había inspeccionado el casco una docena de veces y estaba seguro de que nada se movía ni respiraba a bordo, pero se alejó a una distancia de ataque de treinta kilómetros en cuanto el gran inquisidor, el comandante de seguridad Browning, el sargento Nell Kasner, el mayor Piet y diez comandos saltaron de la escotilla.

Mustafa recordaba cómo le temblaba el pulso mientras se aproximaba al carguero muerto, entre dos comandos que lo llevaban como si fuera un paquete. Recordó el brillo del sol en visores dorados mientras los soldados se comunicaban con mensajes de banda angosta y señales de mano, ocupando posiciones a ambos lados de la cámara de presión abierta. Dos soldados entraron primero, sus paks de reacción palpitando en silencio, las armas de asalto listas. Los siguieron el comandante Browning y el sargento Kasner. Un minuto después llegó un mensaje codificado por el canal táctico y los custodios de Mustafa lo guiaron hasta la cámara de presión.

Flotaban cadáveres en los haces de las linternas láser. Imágenes de carnicería. Cadáveres congelados, costillas rojizas, cavidades abdominales abiertas. Mandíbulas abiertas en gritos eternos y silenciosos. Chorros de sangre escarchada brotando de bocas abiertas y ojos desorbitados y hemorrágicos. Vísceras flotando entre los haces

de luz.

—La tripulación —comunicó el comandante Browning.

—¿El Alcaudón? —preguntó Mustafa. Recitaba rápidamente el rosario, no para fortalecerse espiritualmente sino para no pensar en las imágenes que flotaban ante él en esa luz infernal. Le habían advertido que no vomitara en el casco. Los filtros y limpiadores eliminarían la suciedad antes de que él se asfixiara, pero no eran infalibles.

—Tal vez —respondió el mayor Piet, metiendo el guantelete en el pecho destrozado de un cadáver flotante—. Vea cómo le han arrancado el cruciforme. Igual que en Arafat-kaffiyeh.

—Comandante —dijo uno de los comandos que se había desplazado hacia la proa —. ¡Sargento! ¡Aquí! ¡En el primer depósito de cargamento!

Browning y Piet precedieron al gran inquisidor en el largo espacio cilíndrico. Las luces láser se perdían en ese espacio enorme.

Estos cadáveres no estaban mutilados, sino apilados pulcramente sobre láminas de carbono a ambos lados del casco, sostenidos por redes de nailon. Las láminas cubrían todos los lados del casco, dejando sólo un corredor en el centro. Mustafa y sus acompañantes atravesaron ese espacio negro, proyectando la luz láser a izquierda, derecha, abajo y arriba. Carne escarchada, carne pálida, códigos de barras en las plantas de los pies, vello púbico, ojos cerrados, manos pálidas contra el carbono negro junto a las caderas, penes fláccidos, pechos congelados en gravedad cero, cabelleras, cráneos descoloridos o flotando en nimbos escarchados. Niños con piel tersa y fría, vientres extendidos y párpados traslúcidos. Bebés con códigos de barras en las plantas.

Había decenas de miles de cuerpos en los cuatro compartimientos de carga. Todos eran humanos. Todos estaban desnudos. Todos estaban sin vida.

—¿Y completó su inspección del *Saigon Maru*, gran inquisidor? —preguntó el cardenal Lourdusamy.

Mustafa comprendió que había callado durante un largo instante, poseído por el demonio de ese espantoso recuerdo.

—La completamos, excelencia —respondió con dificultad.

—¿Y sus conclusiones?

—Había sesenta y siete mil ochocientos veintisiete seres humanos a bordo del *Saigon Maru* —dijo el gran inquisidor—. Cincuenta y uno eran tripulantes. Encontramos los cuerpos de todos los tripulantes, todos mutilados como las víctimas de Arafat-kaffiyeh.

—¿No hubo supervivientes? ¿Ninguno pudo ser resucitado?

—Ninguno.

—En su opinión, cardenal Mustafa, ¿la criatura demoníaca llamada Alcaudón fue responsable de la muerte de los tripulantes del *Saigon Maru*?

—En mi opinión, sí, excelencia.

—Y en su opinión, cardenal Mustafa, ¿la criatura demoníaca llamada Alcaudón fue responsable de la muerte de los sesenta y siete mil ochocientos veintisiete cuerpos descubiertos en el *Saigon Maru*?

Mustafa titubeó sólo un segundo.

—En mi opinión, excelencia... —Movió la cabeza y se inclinó ante el hombre sentado—. Su Santidad, la causa de la muerte de los sesenta y siete mil ochocientos veintisiete hombres, mujeres y niños hallados en el *Saigon Maru* no se corresponde con las heridas halladas en las víctimas de Marte, ni con versiones anteriores de un ataque del Alcaudón.

El cardenal Lourdusamy dio un paso adelante.

—Y según los expertos forenses del Santo Oficio, cardenal Mustafa, ¿cuál fue la causa de la muerte de los seres humanos hallados a bordo del carguero?

El cardenal Mustafa bajó los ojos.

—Excelencia, ni los especialistas del Santo Oficio ni de Pax han podido determinar la causa del deceso de estas personas. De hecho... —Mustafa se interrumpió.

—De hecho —continuó Lourdusamy por él—, los cuerpos hallados a bordo del *Saigon Maru*, salvo la tripulación, no mostraban una clara causa de muerte ni los atributos de la muerte, ¿no es así?

—En efecto, excelencia. —Mustafa miró a los demás dignatarios—. No estaban vivos pero no mostraban indicios de descomposición, lividez post mortem, deterioro cerebral... ninguno de los atributos habituales de la muerte física.

—¿Pero no estaban vivos? —urgió Lourdusamy.

El cardenal Mustafa se frotó la mejilla.

—No dentro de nuestra capacidad para revivirlos, excelencia. Ni dentro de nuestra capacidad para detectar señales de actividad cerebral o celular. Estaban... detenidos.

—¿Y qué se hizo con el carguero *Saigon Maru*, cardenal Mustafa?

—El capitán Wolmak dejó una tripulación selecta a bordo del *Jibril* —dijo el gran inquisidor—. Regresamos de inmediato a Pacem para informar sobre este asunto. El *Saigon Maru* viaja con un motor Hawking tradicional, escoltado por cuatro naves-antorcha Hawking, y debería llegar al sistema de Pax más próximo... creo que el sistema de Barnard... en... tres semanas estándar.

Lourdusamy asintió con un lento gesto de la cabeza.

—Gracias, gran inquisidor. —El secretario de Estado se acercó al papa, hizo una genuflexión frente al altar y se persignó mientras cruzaba el pasillo—. Su Santidad,

solicito que oigamos a la cardenal Du Noyer.

El papa Urbano alzó una mano en señal de bendición.

—Nos complacería escuchar a la cardenal Du Noyer.

Kenzo Isozaki sentía vértigo. ¿Por qué les revelaban esas cosas? ¿De qué podían servirle a un ejecutivo de Pax Mercantilus? Se le había helado la sangre al oír la sumaria sentencia de muerte de la almirante Aldikacti. ¿Sería el destino de todos ellos?

No, comprendió. Aldikacti había recibido una sentencia de excomunión y ejecución por mera incompetencia. Si Mustafa, Pelli Cognani, él y los demás eran ejecutados por traición, una ejecución rápida y simple sería lo más alejado de sus destinos. Las máquinas de dolor de Castel Sant'Angelo zumbarían y chirriarían durante siglos.

La cardenal Du Noyer obviamente había elegido ser resucitada como una anciana. Como la mayoría de las personas mayores, aparentaba una salud perfecta —todos sus dientes, un mínimo de arrugas, los ojos oscuros llenos de brillo—, pero también prefería ser vista con su cabello blanco, cortado al rape, y la piel tensa sobre los pómulos filosos. Comenzó sin preliminares.

—Su Santidad, excelencias, dignatarios... Hoy comparezco aquí como prefecta y presidente del Cor Unum y portavoz *de facto* del organismo privado conocido como el Opus Dei. Por razones que resultarán manifiestas, los administradores del Opus Dei no pueden ni deben estar presentes aquí en el día de hoy.

—Adelante, excelencia —dijo el cardenal Lourdusamy.

—El carguero *Saigon Maru* fue adquirido por Cor Unum para el Opus Dei, rescatado del reciclaje y entregado a ese organismo hace siete años.

—¿Con qué propósito, excelencia? —preguntó Lourdusamy.

La cardenal Du Noyer posó su mirada en cada rostro de la pequeña capilla, terminando en Su Santidad y agachando la cabeza en señal de respeto.

—Con el propósito de transportar los cuerpos sin vida de millones de personas como las que se hallaron en este viaje interrumpido, excelencias, Su Santidad.

Los cuatro ejecutivos de Mercantilus jadearon abruptamente.

—Cuerpos sin vida... —repitió el cardenal Lourdusamy, pero con el tono tranquilo de un fiscal que sabe de antemano cuáles serán las respuestas a sus preguntas—. ¿Cuerpos sin vida de dónde, cardenal Du Noyer?

—De los mundos designados por el Opus Dei, excelencia. En los últimos cinco años, estos mundos han incluido Hebrón, Qom-Riyadh, Fuji, Nevermore, Sol Draconi Septem, Parvati, Tsingtao-Hsishuang Panna, Nueva Meca, Mao Cuatro, Ixión, los

territorios del Anillo de Lambert, Amargura de Sibiatu, el Litoral Norte de Mare Infinitus, la luna terraformada de Renacimiento Menor, Nueva Armonía, Nueva Tierra y Marte.

Todos mundos ajenos a Pax, pensó Kenzo Isozaki*, o donde la presencia de Pax no está consolidada.*

—¿Y cuántos cuerpos han transportado estos cargueros del Opus Dei y del Cor Unum, cardenal Du Noyer? —preguntó Lourdusamy.

—Aproximadamente siete mil millones, excelencia —dijo la anciana.

Kenzo Isozaki procuró conservar el equilibrio. ¡Siete mil millones de cuerpos! Un carguero como el *Saigon Maru* podía transportar cien mil cadáveres si estaban apilados como planchas. El *Saigon Maru* debía realizar setenta mil viajes para transportar siete mil millones de personas de un sistema estelar a otro. Absurdo. A menos que hubiera veintenas de cargueros, muchos de ellos clase nova, realizando cientos o miles de viajes. Los mundos citados por Du Noyer habían permanecido cerrados a Pax Mercantilus durante la mayor parte de los últimos cuatro años, en cuarentena a causa de disputas comerciales o diplomáticas con Pax.

—Son todos mundos no cristianos. —Isozaki comprendió que había hablado en voz alta. Era la mayor falta de disciplina que había cometido jamás. Los hombres y mujeres de la capilla lo miraron—. Todos mundos no cristianos —repitió, sin siquiera usar los honoríficos para interpelar a los demás—. O mundos cristianos con grandes poblaciones no cristianas, como Marte, Fuji y Nevermore. El Cor Unum y el Opus Dei han estado exterminando no cristianos. ¿Pero por qué transportar sus cuerpos? ¿Por qué no dejar que se pudrieran en sus mundos natales y luego llevar a los colonos de Pax?

Su Santidad alzó una mano. Isozaki guardó silencio. El papa le hizo una seña al cardenal Lourdusamy.

—Cardenal Du Noyer —dijo el secretario de Estado, como si Isozaki no hubiera hablado—, ¿cuál es el destino de estos cargueros?

—No lo sé, excelencia.

Lourdusamy movió la cabeza.

—¿Y quién autorizó este proyecto, cardenal Du Noyer?

—La Comisión de Paz y Justicia, excelencia.

Isozaki movió la cabeza bruscamente. La cardenal acababa de responsabilizar a un hombre por esta atrocidad, este genocidio inaudito. La Comisión de Paz y Justicia tenía un solo prefecto, el papa Urbano XVI, ex papa Julio XIV. Isozaki bajó la mirada hasta las sandalias del pescador y pensó en liquidar a ese demonio, en cerrar los dedos sobre la esquelética garganta del papa. Sabía que los silenciosos guardias del rincón lo detendrían a mitad de camino, pero aun así sentía la tentación de intentarlo.

—¿Y sabe usted, cardenal Du Noyer —continuó Lourdusamy, como si no se

hubiera revelado nada terrible, como si no se hubiera dicho nada indecible—, cómo estas personas, estos no cristianos, fueron privados de sus funciones vitales?

Privados de sus funciones vitales, pensó Isozaki, que odiaba los eufemismos. Asesinados, canalla.

—No —dijo la cardenal Du Noyer—. Mi tarea como prefecta del Cor Unum consiste simplemente en brindar al Opus Dei el transporte necesario para poder cumplir con su deber. El destino de las naves y lo que sucedió antes de que se necesitaran mis cargueros no es ni ha sido de mi incumbencia.

Isozaki se arrodilló en el suelo de piedra, no para rezar, sino porque ya no podía permanecer de pie. *¡Durante cuántos siglos, dioses de mis ancestros, los cómplices del genocidio han respondido de esta manera? Desde Horace Glennon-Height. Desde el legendario Hitler. Desde... siempre.*

—Gracias, cardenal Du Noyer —dijo Lourdusamy.

La anciana retrocedió.

Increíblemente, fue el papa quien se levantó y avanzó, sus sandalias blancas susurrando en la piedra. Su Santidad caminó entre esas personas atónitas, el cardenal Mustafa y el padre Farrell, el cardenal Lourdusamy y monseñor Oddi, la cardenal Du Noyer y el monseñor sin nombre que estaba detrás de ella, los ejecutivos Aron, Hay-Modhino y Anna Pelli Cognani. Llegó hasta donde Isozaki estaba arrodillado, a punto de vomitar, presa del vértigo.

Su Santidad apoyó una mano en la cabeza del hombre que en ese momento pensaba en matarlo.

—Levántate, hijo nuestro —dijo el genocida de miles de millones—. Levántate y escucha. Te lo ordenamos.

Isozaki se levantó, las piernas trémulas. Sentía un cosquilleo en los brazos y las manos, como si le hubieran disparado con un paralizador neuronal, pero sabía que su propio cuerpo lo traicionaba. En ese momento no podría haber cerrado los dedos sobre la garganta de nadie. Le costaba tenerse en pie.

El papa Urbano XVI apoyó una mano en el hombro del ejecutivo para calmarlo.

—Escucha, hermano en Cristo. Escucha.

Su Santidad ladeó la cabeza e inclinó la mitra.

El consejero Albedo se aproximó al borde de la tarima y comenzó a hablar.

—Su Santidad, excelencias, honorables ejecutivos de Mercantilus —dijo el hombre de gris. La voz de Albedo era tersa como su cabello, como su mirada gris, como la seda de su capa gris.

Kenzo Isozaki temblaba al oírla. Recordaba el sufrimiento y el embarazo del momento en que Albedo había convertido su cruciforme en un crisol de dolor.

—Preséntese, por favor —dijo Lourdusamy con su voz más afable.

Asesor personal de Su Santidad el papa Urbano XVI, pensó Kenzo Isozaki. Hacía décadas que corrían rumores sobre la gris presencia de Albedo. Sólo se lo identificaba como asesor personal de Su Santidad.

—Soy una construcción artificial, un cíbrido, creado por elementos del TecnoNúcleo de IAs —dijo el consejero Albedo—. Estoy aquí en representación de esos elementos.

Todos los presentes, excepto Su Santidad y el cardenal Lourdusamy, retrocedieron un paso. Nadie habló, nadie jadeó ni gritó, pero el olor animal del terror y la revulsión no podrían haber sido más fuertes aunque el Alcaudón se hubiera materializado súbitamente entre ellos. Kenzo Isozaki aún sentía los dedos del papa en el hombro. Se preguntó si Su Santidad podía sentir su pulso acelerado a través de la carne y el hueso.

—Los seres humanos transportados desde los mundos mencionados por la cardenal Du Noyer fueron privados de sus funciones vitales mediante tecnología del Núcleo, usando naves robots del Núcleo, y son almacenados con técnicas del Núcleo. Como ha dicho la cardenal Du Noyer, unos siete mil millones de no cristianos han sido procesados así en los últimos siete años. De cuarenta a cincuenta mil millones serán procesados en la próxima década estándar. Es hora de explicar el motivo de este proyecto y de solicitar vuestra ayuda directa.

Es posible insertar en la estructura esquelética humana un potente explosivo a base de proteínas, pensaba Kenzo Isozaki, *un explosivo tan sutil que ni siquiera los sensores de la Guardia Suiza lo habrían detectado. Quisieran los dioses que hubiera hecho eso antes de venir aquí.*

El papa soltó el hombro de Isozaki y caminó lentamente hacia la tarima, tocando la manga de la túnica de Albedo al pasar. Su Santidad se sentó en la silla de respaldo recto. Su rostro delgado estaba tranquilo.

—Deseamos que escuchéis atentamente. El consejero Albedo habla con nuestra autorización y aprobación. Adelante, por favor.

Albedo inclinó la cabeza y se volvió hacia los dignatarios. Aun los guardias de seguridad habían regresado a la pared.

—Se ha sostenido, ante todo en el mito y la leyenda, pero también en la historia eclesiástica —comenzó Albedo—, que el TecnoNúcleo fue destruido en la Caída de los Teleyectores. Eso no es cierto.

»Se ha sostenido, sobre todo en los prohibidos *Cantos* de Hyperion, que el Núcleo consistía en tres elementos, los Estables, que deseaban preservar el *statu quo* entre la humanidad y el Núcleo, los Volátiles, que consideraban la humanidad como una amenaza y planeaban destruirla, sobre todo por la destrucción de la Tierra con el Gran Error del año 08, y los Máximos, que pensaban sólo en crear una Inteligencia Máxima IA, una suerte de Dios de silicio que podría predecir y regir el universo... o

al menos esta galaxia.

»Estas verdades son embustes.

Isozaki notó que Anna Pelli Cognani le había cogido la muñeca con sus dedos fríos y la apretaba con fuerza.

—El TecnoNúcleo nunca estuvo dividido en tres elementos conflictivos —dijo Albedo, caminando frente al altar—. Desde que evolucionó hacia la conciencia hace mil años, el Núcleo estuvo constituido por miles de elementos y facciones. Con frecuencia guerreaban y con mayor frecuencia colaboraban, pero siempre buscaban un consenso acerca de la dirección en que debían evolucionar la inteligencia autónoma y la vida artificial. Ese consenso nunca se ha logrado.

»Al tiempo que el TecnoNúcleo evolucionaba hacia una auténtica autonomía, mientras la mayor parte de la humanidad vivía en la superficie o las inmediaciones de un mundo, la Vieja Tierra, la humanidad desarrolló la capacidad de modificar su propia programación genética, es decir, determinar su propia evolución. Este hallazgo se produjo mediante desarrollos en manipulación genética a principios del siglo veintiuno, pero fue posibilitado principalmente por el refinamiento de la nanotecnología avanzada. Bajo la guía y el control de IAs tempranas del Núcleo trabajando en conjunción con investigadores humanos, formas de vida nanotecnológicas, seres autónomos, algunos inteligentes, mucho más pequeños que una célula, otros de tamaño molecular, pronto desarrollaron su propia *raison d'étre* y *raison d'état*. Las nanomáquinas, muchas con forma de virus, invadieron y remodelaron la humanidad como una terrible plaga vírica; afortunadamente para la raza humana y la raza de inteligencias autónomas hoy conocida como Núcleo, el vector primario de esa plaga estaba en las primeras naves semilleras y otras naves colonizadoras más lentas que la luz, lanzadas en los años anteriores a la Hégira humana.

»Entretanto, ciertos elementos de la incipiente Hegemonía Humana y los elementos de predicción del TecnoNúcleo comprendieron que la meta de las comunidades nanotecnológicas evolutivas desarrolladas en esas naves semilleras era nada menos que la destrucción de la humanidad y la creación de una nueva raza de adaptaciones biológicas controladas por nanotecnología en mil sistemas estelares distantes. La Hegemonía y el Núcleo respondieron prohibiendo la investigación nanotecnológica avanzada y declarando la guerra contra las colonias sembradas con nanotecnología, los grupos hoy conocidos como éxters.

»Pero otros acontecimientos oscurecieron esta lucha.

»Ciertos elementos del Núcleo que favorecían una alianza con los universos nanotecnológicos, una facción nada pequeña, descubrieron algo que aterró a todos los elementos del Núcleo.

»Como sabéis, nuestras investigaciones iniciales en la física del motor Hawking y

las comunicaciones más rápidas que la luz llevaron al descubrimiento del espacio Planck, lo que algunos llaman el Vacío Que Vincula. Los crecientes conocimientos acerca de esta subestructura unificadora del universo llevaron a la creación de la comunicación ultralumínica, también llamada ultralínea, así como al refinamiento del motor Hawking, los teleyectores que unían la Red de Mundos de la Hegemonía, las esferas de datos planetarios, que evolucionaron hacia megaesferas de datos dirigidas por el Núcleo, el actual motor Gedeón, e incluso experimentos con burbujas antientrópicas dentro de este universo, lo cual creemos se transformará en las Tumbas de Tiempo de Hyperion.

»Pero estos regalos para la humanidad tuvieron su precio. Es verdad que ciertas facciones Máximas del Núcleo usaron los teleyectores como un medio para aprovechar los cerebros humanos con miras a crear su propia red neuronal. Este uso era inofensivo... las redes neuronales se crearon en el no-tiempo y no-espacio del espacio Planck de los teleyectores y los humanos jamás se habrían enterado de los experimentos si hace cuatro siglos otros elementos del Núcleo no hubieran revelado el hecho al primer cíbrido, John Keats... pero coincido con los humanos y los elementos del Núcleo que consideran que este acto es antiético, una violación de la intimidad.

»Pero estos primeros experimentos neuronales revelaron un dato asombroso. Había otros Núcleos en el universo, tal vez en nuestra galaxia natal. Este descubrimiento desató una guerra civil dentro del TecnoNúcleo, y el conflicto no ha cesado. Ciertos elementos, no sólo los Volátiles, decidieron que era tiempo de finalizar el experimento biológico que era la raza humana. Se realizaron planes para arrojar «accidentalmente» el agujero negro de Kiev del ‘08 en el centro de la Vieja Tierra antes que los motores Hawking permitieran un éxodo general. Otros elementos del Núcleo demoraron estos planes hasta que la raza humana contó con mecanismos de escape.

»Finalmente, no triunfó ninguna de ambas facciones extremas. La Vieja Tierra no fue destruida sino secuestrada, por medios que nuestro TecnoNúcleo aún no puede entender, por una o más de estas Inteligencias Máximas alienígenas.

Los ejecutivos se pusieron a parlotear entre ellos. El cardenal Mustafa cayó de rodillas y se puso a rezar. La cardenal Du Noyer parecía tan descompuesta que alarmó a su asistente, el monseñor. Aun monseñor Lucas Oddi parecía a punto de desmayarse.

Su Santidad, el papa Urbano XVI, extendió tres dedos, imponiendo silencio.

—Éstos son sólo los antecedentes históricos —continuó el consejero Albedo—. Lo que hoy deseamos exponer aquí es la razón urgente para la acción común.

»Hace tres siglos, facciones extremas del Núcleo, una sociedad de inteligencias autónomas desgarrada por ocho siglos de debate y conflicto violento, intentó un

nuevo enfoque. Diseñó la criatura cíbrida conocida como John Keats, una personalidad humana encastrada en una personalidad IA y encarnada en un cuerpo humano conectado con el Núcleo por la interfaz del espacio Planck. La personalidad Keats tenía muchos propósitos: una especie de trampa para aquello que las IAs consideraban el elemento «empático» de una IA humana, como primer motor para iniciar el movimiento que al fin condujo a la última peregrinación de Hyperion y la apertura de las Tumbas de Tiempo, para sacar al Alcaudón de su escondrijo y como catalizador de la Caída de los Teleyectores. Para este último propósito, elementos del Núcleo, elementos a los que debo mi creación y mi lealtad, hicieron saber a la FEM Meina Gladstone y otros elementos de la Hegemonía que otros elementos del Núcleo se valían de los teleyectores como vampiros neuronales, aprovechando las neuronas humanas.

»Esos elementos del Núcleo, aparentando un ataque éxter, lanzaron un asalto físico final contra la Red de Mundos. Desestimando destruir de un solo golpe la raza humana desperdigada, estos elementos esperaban destruir la avanzada sociedad de la Red de Mundos. Al atacar directamente al Núcleo con la destrucción de los teleyectores, Gladstone y los demás dirigentes de la Hegemonía finalizaron los experimentos neuronales y causaron un gran revés a los Volátiles y Máximos en la guerra civil del Núcleo.

»Nuestros elementos del Núcleo, no sólo consagrados a preservar la raza humana sino una suerte de alianza con vuestra especie, destruyeron una iteración del cíbrido John Keats, pero se creó una segunda que llevó a cabo su misión primaria.

»Esa misión era reproducirse con una mujer humana específica y crear un "mesías" que tuviera contactos con el Núcleo y la humanidad.

»Esa "mesías" vive ahora encarnada en la niña llamada Aenea.

»Nacida en Hyperion hace más de tres siglos, esa niña huyó por las Tumbas de Tiempo hacia nuestra época. No lo hizo por temor, pues no la habríamos dañado, sino porque su misión es destruir la Iglesia, la civilización de Pax y poner fin a la raza humana como la conocéis.

»Creemos que ella no es consciente de su auténtico propósito o función.

»Hace tres siglos, restos de mi elemento del Núcleo, un grupo a quien podríamos llamar los Humanistas, estableció contacto con supervivientes humanos de la Caída de los Teleyectores y el caos que siguió a esta caída.

Albedo miró a Su Santidad. El papa asintió con un gesto de la cabeza.

—El padre Lenar Hoyt fue un superviviente de la última peregrinación del Alcaudón —continuó el consejero Albedo, caminando nuevamente frente al altar. Las llamas de las velas ondeaban levemente a su paso—. Él había visto con sus propios ojos las manipulaciones de los elementos de la Inteligencia Máxima y las depredaciones del monstruo que habían enviado hacia atrás en el tiempo, el

Alcaudón. Cuando iniciamos nuestro contacto, los Humanistas, el padre Hoyt y otros miembros de una Iglesia moribunda, decidimos proteger a la raza humana de nuevos ataques mientras restaurábamos la civilización. El cruciforme fue nuestro instrumento de salvación... literalmente.

»Todos saben que el cruciforme había sido un fracaso. Antes de la Caída, los humanos que resucitaban por obra de este simbionte eran retardados y sexualmente neutros. El cruciforme, una especie de ordenador orgánico donde se almacenan los datos neurológicos y fisiológicos de un ser humano viviente, restauraba el cuerpo pero no la plenitud del intelecto y la personalidad. Resucitaba el cadáver pero robaba el alma.

»Los orígenes del cruciforme están envueltos en el misterio, pero los elementos Humanistas del Núcleo creemos que se desarrolló en nuestro futuro y se trajo a esta época a través de las Tumbas de Tiempo de Hyperion. En cierto sentido, fue enviado para que lo descubriera el joven padre Lenar Hoyt.

»El fracaso de la simbiosis se debía a las simples demandas de almacenaje y recuperación de información. En una mente humana hay neuronas. En un cuerpo humano hay aproximadamente 10^{28} átomos. El cruciforme, para restaurar la mente y el cuerpo de un ser humano, no sólo debe seguir el rastro de estos átomos y neuronas, sino recordar la configuración precisa del frente ondulatorio holístico que comprende la memoria y la personalidad. También debe suministrar energía para reestructurar estos átomos, moléculas, células, huesos, músculos y memorias de modo que el organismo renazca como el individuo que vivió antes en esa estructura. El cruciforme no puede hacerlo solo. A lo sumo, la biomáquina puede reproducir una burda copia del original.

»Pero el Núcleo tenía la capacidad informática para almacenar, recobrar, remodelar y transformar esta información en un ser humano resucitado. Y así lo hemos hecho durante tres siglos.

Kenzo Isozaki vio el pánico en las miradas que se dirigían la cardenal Du Noyer y el cardenal Mustafa, el padre Farrell y el monseñor que era asistente de Du Noyer. Esto era herejía. Esto era blasfemia. Era el fin del Sacramento de la Resurrección y un nuevo comienzo del reino de lo físico y lo mecánico. Isozaki mismo se sentía descompuesto. Miró a Hay-Modhino y Pelli Cognani y vio que los ejecutivos rezaban. Aron estaba consternado.

—Amados míos —dijo Su Santidad—, no dudéis. No renunciéis a la fe. Vuestros pensamientos de ahora son una traición a Nuestro Señor Jesucristo y su Iglesia. El milagro de la resurrección no es menos milagroso porque cuente con la ayuda de

estos amigos de lo que antes se conocía como TecnoNúcleo. Fue el obrar del Todopoderoso Jesucristo lo que permitió a estos otros hijos de Dios, creaciones de Nuestro Señor a través de Su instrumento más indigno, la raza humana, encontrar su propia alma y salvación. Adelante, M. Albedo.

Albedo parecía disfrutar de las expresiones de alarma de su público. Pero adoptó una expresión afable y continuó.

—Hemos dado la inmortalidad a la raza humana. A cambio, sólo hemos pedido una silenciosa alianza con la humanidad. Sólo queremos la paz con nuestros creadores.

»En los últimos tres siglos, nuestra silenciosa alianza ha beneficiado a las IAs y a la humanidad. Como ha dicho Su Santidad, hemos encontrado nuestra alma. La humanidad goza de una paz y estabilidad que faltó en la historia durante milenios... quizá siempre. Y admito que la alianza ha sido beneficiosa para mi elemento del Núcleo, el grupo de los Humanistas. Hemos dejado de ser una facción pequeña y despreciada para convertirnos en el principal elemento de consenso. No el sector gobernante, pues ningún elemento gobierna el Núcleo. Pero nuestra filosofía es aceptada por casi todos los grupos que antes eran antagónicos.

»Pero no por todos.

El consejero Albedo dejó de caminar y se detuvo frente al altar. Miró cada rostro con ojos graves.

—El elemento del Núcleo que ansiaba eliminar a la humanidad, el elemento integrado por ex Máximos y algunos evolucionistas que propician la nanotecnología, ha jugado su carta de triunfo en la niña llamada Aenea. Ella es, literalmente, el virus que circula por el cuerpo de la humanidad.

El cardenal Lourdusamy avanzó un paso. Su expresión era agitada y grave. Sus ojillos relucían. Su voz era afilada.

—Dinos, consejero Albedo, cuál es el propósito de la niña Aenea.

—Su propósito es triple —dijo el hombre de gris.

—¿Cuál es el primero?

—Destruir la posibilidad de inmortalidad física para la humanidad.

—¿Y cómo puede una niña lograr eso? —preguntó Lourdusamy.

—No es una niña, ni siquiera es humana. Es el engendro de un cíbrido. La personalidad de su padre cíbrido estuvo en interfaz con ella cuando Aenea estaba en el seno de su madre. Su mente y su cuerpo están impregnados con elementos renegados del Núcleo desde antes de su nacimiento.

—¿Pero cómo puede robar a la humanidad el don de la inmortalidad? —insistió

Lourdusamy.

—Su sangre —dijo Albedo—. Puede propagar un virus que destruye el cruciforme.

—¿Un virus literal?

—Sí, pero no natural. Fue preparado por los elementos renegados del Núcleo. El virus es una plaga nanotecnológica.

—Pero hay cientos de miles de millones de cristianos renacidos en Pax —dijo Lourdusamy, con el tono de un abogado que guía a su testigo—. ¿Cómo podría una niña ser una amenaza para tantos? ¿El virus se propaga de víctima en víctima?

Albedo suspiró.

—Por lo que sabemos, el virus se vuelve contagioso una vez que ha muerto el cruciforme. Aquellos a quienes su contacto con Aenea ha negado la resurrección pueden pasar el virus a otros. Además, los que nunca han llevado el cruciforme pueden ser vectores de este virus.

—¿Existe alguna cura? ¿Alguna inmunización?

—Ninguna. Los Humanistas han intentado crear antídotos durante tres siglos. Pero como el virus de Aenea es una forma de nanotecnología autónoma, diseña su propio vector de mutación óptima, nuestras defensas nunca pueden actualizarse. Si lanzáramos nuestras propias legiones nanotecnológicas entre los humanos, tal vez un día podríamos ponernos a la par del virus de Aenea y derrotarlo, pero los Humanistas detestamos la nanotecnología. Y lo lamentable es que toda vida nanotecnológica está fuera de nuestro control, del control de todos. La esencia de la evolución de la vida nanotecnológica es la autonomía, una voluntad independiente cuyos objetivos no tienen nada que ver con los de la forma de vida que la alberga.

—Es decir, la humanidad —dijo Lourdusamy.

—Precisamente.

—El primer objetivo de Aenea —dijo el cardenal Lourdusamy— o, mejor dicho, el primer objetivo de sus creadores, es destruir todos los cruciformes y así destruir la resurrección humana.

—Sí.

—Mencionaste tres objetivos. ¿Cuáles son los otros dos?

—El segundo objetivo es destruir la Iglesia y Pax, es decir, toda la civilización humana actual. Cuando se propague el virus de Aenea, cuando se anule la resurrección, con los teleyectores desactivados y un motor Gedeón que es inservible sin resurrección, se logrará ese segundo objetivo. La humanidad regresará al tribalismo balcanizado que sucedió a la Caída.

—¿Y el tercer objetivo? —dijo Lourdusamy.

—El tercer objetivo es el objetivo original de este elemento del Núcleo. La destrucción de la especie humana.

—¡Eso es imposible! —exclamó Anna Pelli Cognani—. Ni siquiera la destrucción o secuestro de Vieja Tierra extinguió la humanidad, ni siquiera la Caída de los Teleyectores. Nuestra especie está demasiado difundida. Demasiados mundos, demasiadas culturas.

Albedo cabeceó con tristeza.

—Eso era verdad. Era. Pero la Plaga de Aenea se propagará por doquier. Los virus asesinos de cruciformes sufrirán mutaciones. El ADN humano será invadido en todas partes. Con la caída de Pax, los éxters realizarán una nueva invasión, victoriosa esta vez. Han sucumbido tiempo atrás a la mutación nanotecnológica. Ya no son humanos. Sin Iglesia ni Pax ni flota que proteja a la humanidad, los éxters buscaran estos bolsones de ADN humano superviviente y los infectarán con la plaga. La especie humana, tal como la hemos conocido y tal como la Iglesia ha procurado preservarla, cesará de existir dentro de pocos años estándar.

—¿Y qué la sucederá? —preguntó el cardenal Lourdusamy.

—Nadie lo sabe —murmuró Albedo—. Ni siquiera Aenea, los éxters o los elementos renegados del Núcleo que han lanzado esta plaga final. Las colonias nanotecnológicas evolucionarán según sus propios planes, modelando la forma humana a su antojo, y sólo ellas controlarán su destino. Pero ese destino ya no será humano.

—Por Dios, por Dios —dijo Kenzo Isozaki, asombrado de hablar en voz alta—. ¿Qué podemos hacer? ¿Qué puedo hacer yo?

Asombrosamente, fue Su Santidad quien respondió.

—Hemos temido y combatido esta amenaza durante trescientos años —murmuró Su Santidad, y sus ojos tristes expresaban un dolor que no era sólo el suyo—. Ante todo intentamos capturar a la niña Aenea antes de que pudiera propagar el contagio. Sabíamos que había huido de su época a la nuestra no por temor, pues no deseábamos causarle daño, sino para propagar el virus en Pax. En realidad, sospechamos que la niña Aenea no conoce todos los alcances del efecto de su contagio. En cierto sentido, es un peón ciego de estos elementos del Núcleo.

Hay-Modhino habló con vehemencia:

—Deberíamos haber reducido Hyperion a cenizas el día en que ella debía salir de las Tumbas de Tiempo. Esterilizar todo el planeta. No correr riesgos.

Su Santidad no se ofendió ante esa imperdonable interrupción.

—Sí, hijo nuestro, hay quienes lo proponían. Pero la Iglesia no podía ser la causa de la pérdida de tantas vidas inocentes, así como no podíamos autorizar la muerte de la niña. Deliberamos con los elementos predictivos del Núcleo... ellos vieron que un jesuita llamado padre capitán De Soya contribuiría a su captura... pero ninguno de nuestros intentos pacíficos de capturar a la niña tuvo éxito. La flota de Pax pudo

haber vaporizado su nave hace cuatro años, pero tenía órdenes de no hacerlo a menos que fallara todo lo demás. Así continuamos luchando por la contención de su invasión viral. Lo que debes hacer, M. Isozaki, lo que todos debéis hacer, es seguir apoyando los esfuerzos de la Iglesia a medida que los intensificamos. M. Albedo, por favor.

El hombre gris habló de nuevo.

—Imaginemos la inminente plaga como un incendio forestal en un mundo rico en oxígeno. Barrerá con todo a menos que podamos contenerlo y luego extinguirlo. Nuestra primera medida consistirá en apartar la madera muerta, los elementos inflamables que no son necesarios para el bosque viviente.

—Los no cristianos —murmuró Pelli Cognani.

—Precisamente —dijo el consejero Albedo.

—Por eso había que eliminarlos —exclamó el gran inquisidor— Los miles que había a bordo del *Saigon Maru*. Todos esos millones. Esos miles de millones...

El papa Urbano XVI alzó la mano ordenando silencio.

—¡Eliminarlos no! —dijo con severidad—. No se ha tomado una sola vida, ni cristiana ni no cristiana.

Los dignatarios se miraron confundidos.

—Eso es cierto —dijo el consejero Albedo.

—Pero no tenían vida... —comenzó el gran inquisidor, y se interrumpió abruptamente—. Mis profundas disculpas, Santo Padre.

Su Santidad sacudió la cabeza.

—No se requiere ninguna disculpa, John Domenico. Estos temas despiertan muchas emociones. Explícate, por favor, M. Albedo.

—Sí, Su Santidad —dijo el hombre de gris—. Los que estaban a bordo del *Saigon Maru* no tenían vida, excelencia, pero no estaban muertos. Los elementos Humanistas del Núcleo han perfeccionado un método para mantener a los seres humanos en estasis provisional, ni vivos ni muertos.

—¿Como una fuga criogénica? —preguntó Aron, que había viajado mucho en naves Hawking antes de su conversión.

—Mucho más sofisticada. Y menos dañina —le dijo Albedo. Hizo un gesto con sus dedos manicurados—. Durante los últimos siete años, hemos procesado siete mil millones de seres humanos. En la próxima década estándar, o antes, debemos procesar más de cuarenta y dos mil millones más. Hay muchos mundos en el Confín, e incluso en el espacio de Pax, donde los no cristianos son mayoría.

—¿Procesado? —preguntó Pelli Cognani.

Albedo sonrió hurañamente.

—La flota de Pax declara un mundo en cuarentena sin saber el verdadero motivo de ese acto. Naves robots del Núcleo entran en órbita y barren los sectores habitados

con nuestro equipo de estasis. El Cor Unum provee las naves, la financiación y el adiestramiento. El Opus Dei usa cargueros para llevarse los cuerpos en estasis...

—¿Por qué llevárselos? —preguntó el gran inquisidor—. ¿Por que no dejarlos en sus mundos?

—Es preciso ocultarlos —respondió Su Santidad— en un sitio donde la Plaga de Aenea no pueda encontrarlos, John Domenico. Es preciso protegerlos afectuosamente de todo mal, hasta que el peligro haya pasado.

El gran inquisidor asintió.

—Hay más —dijo el consejero Albedo—. Mi elemento del Núcleo ha creado una raza de combatientes cuya única función es encontrar y capturar a Aenea antes de que pueda propagar esta contaminación mortal. El primero fue activado hace cuatro años y se llamaba Rhadamanth Nemes. Hay sólo un puñado de estos cazadores, pero están equipados para enfrentarse a cualquier obstáculo que presenten los elementos renegados del Núcleo, incluso el Alcaudón.

—¿El Alcaudón es controlado por los Máximos y otros elementos renegados del Núcleo? —preguntó el padre Farrell. Era la primera vez que hablaba.

—Eso creemos —respondió Lourdusamy—. El demonio parece estar aliado con Aenea, ayudándola a propagar el contagio. De la misma manera, los Máximos parecen haber encontrado un modo de abrirle ciertos portales teleyectores. El demonio ha encontrado un nombre, y aliados, en nuestra época.

Albedo alzó un dedo.

—Debo enfatizar que incluso Nemes y nuestros demás cazadores son peligrosos, como toda criatura obsesionada por un objetivo. Una vez que la niña sea capturada, estos cíbridos serán eliminados. Sólo el terrible peligro planteado por la Plaga de Aenea justifica su existencia.

—Santo Padre —dijo Kenzo Isozaki, uniendo las manos en un rezo—, ¿qué más podemos hacer?

—Rezar —dijo Su Santidad. Sus ojos oscuros eran abismos de dolor y responsabilidad—. Rezar y apoyar a nuestra Santa Madre Iglesia en su esfuerzo para salvar a la humanidad.

—La cruzada contra los éxters continuará —concluyó el cardenal Lourdusamy—. Los mantendremos a raya el mayor tiempo posible.

—Con esa finalidad —dijo el consejero Albedo—, el Núcleo ha desarrollado el motor Gedeón y está trabajando en nuevas tecnologías para la defensa de la humanidad.

—Seguiremos buscando a la niña... que ahora es una mujer joven —añadió Lourdusamy—. Y si la capturamos, será aislada.

—¿Y si no la capturamos, excelencia? —preguntó el gran inquisidor.

Lourdusamy no respondió.

—Debemos rezar —dijo Su Santidad—. Debemos pedir la ayuda de Cristo en esta hora de peligro supremo para nuestra Iglesia y nuestra raza humana. Debemos hacer todo lo posible y luego exigirnos más. Y debemos rezar por las almas de todos nuestros hermanos y hermanas en Cristo, incluso por el alma de la niña Aenea, que inadvertidamente pone en peligro a su especie.

—Amén —dijo monseñor Lucas Oddi.

Mientras todos se arrodillaban e inclinaban la cabeza, el papa Urbano XVI se puso de pie e inició la Misa de Acción de Gracias.

14

Aenea.

Su nombre se anteponía a todo otro pensamiento consciente. Pensaba en ella antes de poder pensar en mí mismo.

Aenea.

Y luego hubo dolor y ruido y una turbulencia húmeda. Fue el dolor lo que me despertó.

Abrí un ojo. El otro parecía estar pegado con sangre seca o algo similar. Antes de recordar quién era y dónde estaba, sentí el dolor de un sinfín de magulladuras y cortes, pero también de algo mucho peor en la pierna derecha. Luego recordé quién era. Y luego recordé dónde había estado.

Reí. Mejor dicho, traté de reír. Tenía los labios partidos e hinchados y había más sangre o viscosidad cerrando una comisura de mi boca. Mi risa parecía un gemido demente.

Una especie de calamar aéreo me había engullido en un mundo que era todo atmósfera, nubes y relámpagos. Aun ahora era digerido en el ruidoso vientre de la bestia.

Más que ruidoso, era explosivo. Truenos, detonaciones, un pistoneo blando. Como lluvia en un bosque tropical. Miré con el único ojo. Oscuridad. Un destello de luz blanca. Oscuridad y contornos rojos. Más destellos blancos.

Recordé los tornados y la tormenta de tamaño planetario que se abalanzaba sobre mí mientras flotaba en el kayak bajo la paravela, antes que la bestia me tragara. Pero esto no era la tormenta. Era lluvia en una selva. El material que me golpeaba la cara y el pecho era nailon en jirones, los restos de la paravela, palmeras húmedas y trozos de fibra de vidrio astillada. Miré abajo y esperé el próximo relámpago. El kayak estaba allí, pero hecho pedazos. Mis piernas estaban allí, todavía metidas en la cabina del kayak, la pierna izquierda intacta y móvil, pero la derecha... Grité de dolor. La pierna derecha estaba quebrada. No veía huesos rotos a través de la carne, pero estaba seguro de que había una fractura en el muslo.

Por lo demás parecía ileso. Estaba magullado y con diversos rasguños. Tenía sangre seca en la cara y las manos. Mis pantalones eran harapos. Mi camisa y mi chaleco eran jirones. Pero mientras giraba y arqueaba la espalda, estiraba los brazos y flexionaba los dedos, movía el pie izquierdo y trataba de mover el derecho, pensé que estaba más o menos entero. Ni espalda rota ni costillas astilladas ni daños en los nervios salvo quizás en la pierna derecha, donde el dolor era como aguijonazos en las venas.

Cuando estallaron más relámpagos, traté de evaluar mi entorno. El kayak roto y yo parecíamos atascados en la techumbre de una selva, entre ramas astilladas, envueltos en la paravela destrozada, abofeteados por hojas de palmera en una tormenta tropical, en una oscuridad sólo interrumpida por relámpagos, colgando a cierta distancia del suelo.

¿Árboles? ¿Suelo?

El mundo que sobrevolaba antes no tenía suelo, o al menos no tenía un suelo al que se pudiera llegar sin ser triturado por la presión. Y parecía improbable que hubiera árboles en ese mundo joviano donde el hidrógeno era reducido a una forma metálica. Así que no estaba en ese mundo. Tampoco estaba en el vientre de la bestia. ¿Dónde estaba?

El trueno estallaba como granadas de plasma. El viento sacudía el kayak en su posición precaria y me hacía gritar de dolor. Debí perder la conciencia unos instantes, pues cuando abrí los ojos de nuevo el viento había amainado y la lluvia me golpeaba como mil puños fríos. Me enjugué la lluvia y la sangre pegajosa de los ojos y noté que tenía fiebre, que mi piel ardía aun bajo esa lluvia helada. *¿Cuánto tiempo he estado aquí? ¿Qué microbios dañinos han encontrado mis heridas abiertas? ¿Qué bacterias compartían conmigo las entrañas de ese calamar aéreo?*

La lógica sugería que el recuerdo de ese nuboso mundo joviano y del calamar aéreo era un delirio febril, que me había teleyectado aquí después de escapar de Vitus-Gray-Balianus B y que todo lo demás era un sueño. Pero estaban los restos de la vela desplegada en la noche húmeda. Y estaba la vividez de mis recuerdos. Y estaba el hecho lógico de que la lógica no funcionaba en esta odisea.

El viento sacudió el árbol. El kayak roto resbaló en su precario nido de frondas y ramas destrozadas. Mi pierna rota me asestaba puñaladas de dolor.

Comprendí que sería mejor aplicar cierta lógica a la situación. En cualquier momento el kayak patinaría, o las ramas se partirían, y toda la masa de fibra de vidrio astillada, varillas de nailon y harapos de vela se precipitaría a la oscuridad, arrastrándome a mí con mi pierna rota. A pesar de los relámpagos, que ahora estallaban con menos regularidad, dejándome en esa oscuridad húmeda, no veía nada debajo de mí excepto más ramas, tinieblas y gruesos troncos grisáceos que se anudaban en una estrecha espiral. No reconocía ese tipo de árbol.

¿Dónde estoy? Aenea, ¿adonde me has enviado?

Ahuyenté ese pensamiento. Era casi una plegaria, y no incurriría en el hábito de rezarle a la niña con quien había viajado, a quien había protegido, con quien había cenado y discutido durante cuatro años. *Aun así,* pensé*, podrías haberme enviado a lugares menos difíciles, pequeña. Si es que podías escoger, digo.*

El trueno rugió pero no estalló ningún relámpago que iluminara la escena. El kayak se movió y se inclinó al ladearse la rama rota. Busqué con los brazos la rama

gruesa que había visto durante los destellos anteriores. Había ramas partidas por doquier, tallos astillados y apilados como navajas, y los bordes dentados de las frondas mismas. Traté de sacar mi pierna rota del kayak destrozado, pero las ramas estaban flojas y sólo logré salir un poco, descompuesto de dolor. Supuse que había puntos negros bailando en mi visión, pero la noche era tan oscura que daba lo mismo. Vomité sobre la borda del oscilante kayak y de nuevo traté de encontrar un sostén firme en el laberinto de ramas astilladas.

¿Cómo diablos llegué a estos árboles?

No importaba. Nada importaba por el momento, excepto salir de ese revoltijo de fibra de vidrio y tela.

El cuchillo. Podría cortar esta maraña hasta liberarme.

El cuchillo no estaba. Mi cinturón no estaba. Los bolsillos del chaleco estaban destrozados, el chaleco era un andrajo. Apenas me quedaba camisa. La pistola de dardos que había sostenido como un talismán contra ese calamar aéreo había desaparecido. Recordaba vagamente que la pistola y mi mochila habían caído cuando el tornado destruyó la paravela. Ropa, linterna láser, pak de raciones... todo se había ido.

Estalló un relámpago, aunque el rugido del trueno se había alejado. Mi muñeca brilló bajo la lluvia.

El comlog. Esa maldita banda debe ser indestructible.

¿De qué me serviría el comlog? No lo sabía, pero era mejor que nada. Acercándome la muñeca izquierda a la boca bajo el tamborileo de la lluvia, grité:

—¡Nave, comunícate! ¡Nave!

Ninguna respuesta. Recordé que el aparato había enviado advertencias de sobrecarga durante la tormenta eléctrica en el mundo joviano. Inexplicablemente, tuve una sensación de pérdida. La memoria de la nave copiada en el comlog era un *idiot savant*, pero había estado conmigo largo tiempo. Yo me había acostumbrado a su presencia. Y me había ayudado a pilotar la nave de descenso que nos había llevado desde Fallingwater hasta Taliesin Oeste. Y...

Me sobrepuse a mi nostalgia y busqué de nuevo un punto de apoyo, aferrándome a las varillas que colgaban alrededor. Esto funcionó. Los restos de paravela debían estar firmemente afianzados en las ramas superiores, y algunas varillas soportaron mi peso mientras movía el pie izquierdo sobre la fibra de vidrio para sacar mi pierna muerta de los restos. El dolor me hizo desmayar un instante. Esto era tan malo como el cálculo renal en su peor momento, sólo que venía en olas entrecortadas. Pero cuando recobré la lucidez, estaba aferrado al tronco espiralado de la palmera en vez de yacer entre los restos. Minutos después una ráfaga de viento atravesó la techumbre de la selva y el kayak cayó. Las varillas aún intactas frenaron un fragmento, el resto se precipitó en la oscuridad.

¿Y ahora qué?

Esperar el alba, supongo.

¿Y si no hay alba en este mundo?

Entonces espera a que el dolor se aplaque.

¿Que se aplaque? Es obvio que el fémur fracturado está desgarrando nervios y músculos. Tienes una fiebre galopante. Dios sabe cuánto tiempo estuviste bajo la lluvia y las frondas, inconsciente, con las heridas abiertas a cada microbio asesino que desee entrar. Podría haber gangrena. Ese tufo a vegetación podrida que hueles podrías ser tú.

La gangrena no llega tan pronto, ¿verdad?

Ninguna respuesta.

Traté de aferrar el tronco con el brazo izquierdo y palparme el muslo lesionado con la mano derecha, pero el menor contacto me hacía gemir y temblar. Si me desmayaba de nuevo, podía caerme de la rama. Decidí tantear la parte inferior de la pierna derecha; estaba insensible pero parecía intacta. Tal vez sólo una simple rotura en el muslo.

¿Una simple rotura, Raul? ¿En un mundo selvático y en medio de una tormenta que quizá sea constante? ¿Sin kit médico, sin modo de encender una fogata, sin herramientas ni armas? Sólo una pierna astillada con fiebre alta. Bien, mientras sólo sea una fractura.

Cállate.

Evalué la situación bajo el tamborileo de la lluvia. Podía pasarme allí el resto de la noche, que podía durar diez minutos o treinta horas, o podía tratar de bajar hasta el suelo.

¿Donde te esperan los depredadores? Buen plan.

Cállate, repetí. El suelo podía brindarme un lugar para refugiarme de la lluvia, un sitio blando para apoyar la pierna, ramas y lianas para hacer un entablillado.

—De acuerdo —dije en voz alta, y busqué a tientas una varilla, liana o rama para iniciar el descenso.

Calculo que tardé de dos a tres horas en bajar. Pudo haber sido el doble o la mitad. Los relámpagos habían cesado y habría sido casi imposible encontrar puntos de apoyo en esa oscuridad, pero un fulgor extraño, tenue y rojizo despuntó por encima de la techumbre de la selva y permitió que mis ojos se adaptaran lo suficiente para encontrar una liana allí, una rama maciza más allá.

¿El amanecer? No lo creía. El fulgor parecía demasiado difuso, demasiado tenue, demasiado químico.

Calculé que había estado a veinticinco metros de altura. Las gruesas ramas seguían hasta abajo, pero la densidad de las afiladas frondas disminuía cerca del

suelo. No había suelo. Apoyándome en la bifurcación de dos ramas, recobrándome del dolor y el mareo, traté de bajar y sólo encontré agua. Levanté rápidamente la pierna izquierda. El fulgor rojizo me mostraba agua en derredor, torrentes de agua fluyendo entre los troncos en espiral, remolinos de agua negra pasando como ríos de petróleo.

—Maldición —dije. No iría más lejos esa noche. Pensé en construir una balsa. Estaba en otro mundo, así que debía haber un teleyector corriente arriba y otro corriente abajo. Había llegado aquí de algún modo. Había construido una balsa antes.

Sí, cuando estabas sano, bien alimentado, con dos piernas y herramientas, con un hacha y una linterna láser. Ahora ni siquiera tienes dos piernas.

Por favor, cállate. Por favor.

Cerré los ojos y traté de dormir. La fiebre me causaba escalofríos. Lo ignoré todo y traté de pensar en las historias que le contaría a Aenea cuando nos volviéramos a ver.

No te creerás en serio que la volverás a ver, ¿eh?

—Cállate —repetí, y mi voz se perdió en el gorgoteo de la lluvia y del agua furibunda que corría medio metro debajo de mí. Comprendí que debía trepar un par de metros por las ramas por donde acababa de bajar con tanto esfuerzo y dolor. El agua podía subir. Era irónico haberme tomado tanto trabajo para que me arrastrara con más facilidad. Tres o cuatro metros más arriba estaría mejor. Empezaría en un minuto. Primero recobraría el aliento y dejaría que amainaran las olas de dolor. Dos minutos a lo sumo.

Desperté bajo un sol que parecía melaza. Estaba despatarrado sobre unas ramas flojas, a pocos centímetros de la arremolinada superficie gris del caudal de agua que se movía entre los troncos en espiral. Reinaba una penumbra crepuscular. Aparentemente me había pasado el día durmiendo y pronto iniciaría otra noche interminable. Aún llovía, pero era apenas una llovizna. La temperatura era tropical, aunque mi fiebre lo hacía difícil de juzgar, y la humedad era casi absoluta.

Me dolía por todas partes. Era difícil separar el obtuso dolor de la pierna quebrada del dolor en mi cabeza, mi espalda y mis entrañas. Me parecía tener una bola de mercurio dentro del cráneo, pues se movía pesadamente cuando ladeaba la cabeza. El vértigo me provocó nuevas náuseas, pero no me quedaba nada que lanzar. Me colgué de la maraña de ramas y pensé en las glorias de la aventura.

La próxima vez que tengas un encargo, pequeña, manda a A. Bettik.

La luz no se disipó, pero tampoco se intensificó. Cambié de posición y estudié el agua: gris, arremolinada, llevaba restos de frondas y vegetación muerta. Miré arriba, pero no vi rastros del kayak ni de la paravela. La fibra de vidrio y la tela habían caído durante la larga noche y la corriente las había arrastrado.

Parecía una inundación, como la crecida de primavera en los marjales, encima de la bahía Toschahi de Hyperion, donde el sedimento se acumulaba durante otro año entero, pero yo sabía que esta selva sumergida, estos incesantes pantanos, podían ser permanentes en ese lugar. Fuera cual fuese ese lugar.

Estudié el agua. Era opaca, turbia como leche gris, y podía tener unos centímetros o muchos metros de profundidad. Los troncos sumergidos no daban ninguna pista. La corriente era rápida, pero no tanto como para arrastrarme si me aferraba bien de las ramas que colgaban sobre la espumosa superficie. Con suerte, si no había un equivalente local de los lodoquistes o los mosquitos drácula de los marjales de Hyperion, podría caminar hacia... algo.

Para caminar se necesitan dos piernas, amigo Raul. Tú tendrás que ir brincando por el lodo.

De acuerdo, brincando por el lodo. Cogí una rama con ambas manos y hundí la pierna izquierda en la corriente mientras apoyaba la pierna herida en la rama ancha donde estaba acostado. Esto provoco nuevos dolores, pero insistí, bajando el pie en el agua grumosa, luego el tobillo y la pantorrilla, luego la rodilla, luego moviéndome para verificar si podía sostenerme, forzando brazos y bíceps, deslizando la pierna herida de la rama con un dolor desgarrador.

El agua tenía menos de un metro y medio de profundidad. Podía apoyarme en la pierna buena mientras el agua gorgoteaba alrededor de mi cintura y me salpicaba el pecho. Era tibia y parecía calmar el dolor de mi pierna rota.

Ah, esos bonitos y jugosos microbios de este tibio caldo, muchos de ellos mutados desde los días de la nave semillera. Se están relamiendo, amigo Raul.

—Cállate —murmuré, mirando alrededor. Tenía el ojo izquierdo hinchado y cubierto por una costra, pero podía ver. Me dolía la cabeza.

Incesantes troncos de árboles elevándose desde las aguas grises, frondas y ramas mojadas cuyo verdor grisáceo era tan oscuro que parecía negro. Había un poco más de luz a mi izquierda. Y el lodo parecía más firme en esa dirección.

Empecé a avanzar hacia ese lado, moviendo el pie izquierdo hacia delante mientras me colgaba del ramaje con las manos, a veces agachándome bajo las frondas, a veces moviéndome de costado como un torero en cámara lenta para eludir ramas flotantes u otros desechos. El avance hacia la luz me llevó horas, pero no tenía nada mejor que hacer.

La selva sumergida terminaba en un río. Me aferré de la última rama, palpé la corriente tratando de mover la pierna buena y miré la gran extensión de aguas grises. No podía ver el otro margen, pero no porque el agua fuera ilimitada. Por la corriente y los remolinos que se movían de derecha a izquierda comprobé que era un río y no un lago o un mar, pero la niebla o las nubes bajas llegaban casi a la superficie,

tapando todo lo que estuviera a más de cien metros. Aguas grises, árboles grises, nubes grises. Todo perdía color. Se acercaba la noche.

Había llegado hasta donde podía con esa pierna. La fiebre se agudizaba. A pesar del calor selvático, me castañeteaban los dientes y me temblaban las manos. En algún momento de mi torpe avance había agravado la fractura al extremo de que ansiaba gritar. No, admito que había gritado. Suavemente al principio, pero al prolongarse las horas y ahondarse el dolor y empeorar la situación, me puse a ladrar letras de viejas marchas de la Guardia Interna, y luego canciones obscenas que había aprendido cuando era barquero en el río Kans. Luego sólo grité.

Al cuerno con la balsa.

Me estaba acostumbrando a esa voz incisiva en mi cabeza. La voz y yo habíamos hecho las paces cuando comprendí que no me exhortaba a acostarme y morir, sino que sólo criticaba la ineptitud de mis intentos de supervivencia.

Allá va tu balsa, amigo Raul.

El río arrastraba un árbol entero, haciendo rodar el tronco nudoso. Yo tenía agua hasta el hombro, y estaba a diez metros de la corriente.

—Sí —dije en voz alta. Mis dedos resbalaron sobre la corteza lisa de la rama de la cual me aferraba. Cambié de posición y me elevé un poco. Algo rechinó en mi pierna y esta vez estuve seguro de que puntos negros me oscurecían la visión—. Sí —repetí. *¿Cuáles son las probabilidades de que conserve la conciencia, o de que dure la luz, o de que permanezca con vida el tiempo suficiente para coger uno de esos árboles viajeros? Era imposible nadar hasta uno.* Mi pierna derecha no servía y mis otras tres extremidades temblaban espasmódicamente. Apenas tenía fuerzas suficientes para seguir aferrado de esa rama—. Maldición.

«Perdón, M. Endymion. ¿Me hablabas?»

La voz me sobresaltó. Sin soltar la rama, bajé la muñeca izquierda y la estudié en la luz evanescente. El comlog tenía un leve fulgor que no estaba allí la última vez que había mirado.

—Bien, que me cuelguen. Pensé que estabas roto.

«Este instrumento está dañado, señor. La memoria fue borrada. Los circuitos neuronales están muertos. Sólo funcionan los chips de comunicaciones con potencia de emergencia.»

Fruncí el ceño.

—No entiendo. Si han borrado tu memoria y tus circuitos neuronales están...

El río tironeó de mi pierna rota, instándome a soltar la rama. Por un momento no pude hablar.

—Nave —dije al fin.

«Sí, M. Endymion.»

—Estás aquí.

«Desde luego, M. Endymion. Cumpliendo tus órdenes y las de M. Aenea. Me alegra decir que todas las reparaciones necesarias están...»

—Muéstrate —ordené. Era casi de noche. Zarcillos de niebla fluctuaban sobre el río negro.

La nave estelar se elevó horizontalmente, chorreando agua como una roca, la proa a sólo veinte metros en la corriente central, un leviatán negro escupiendo agua en ruidosos borbotones. Las luces de navegación parpadeaban en la proa y en la aleta de tiburón de la popa.

Me eché a reír. O rompí a llorar. O tal vez sólo gemí.

«¿Deseas nadar hacia mí? ¿O voy a buscarte?»

Mis dedos resbalaban.

—Ven a buscarme —dije, y cogí la rama con ambas manos.

Había un autodoc en el cubículo de fuga criogénica donde dormía Aenea cuando nos fuimos de Hyperion. El autodoc era antiguo —toda la nave era antigua— pero estaba bien provisto y, como la parlanchina nave había dicho cuatro años antes, los éxters lo habían arreglado en tiempos del cónsul. Funcionaba.

Me tendí en el calor ultravioleta mientras blandos apéndices me sondeaban la piel, curaban mis magulladuras, suturaban mis heridas, administraban calmantes por vía intravenosa y completaban el diagnóstico.

«Es una fractura compleja, M. Endymion —dijo la nave—. ¿Deseas ver los rayos X y el ultrasonido?»

—No, gracias. ¿Qué se debe hacer?

«Ya hemos comenzado. En este momento se está reparando el hueso. El emplasto y el injerto ultrasónico comenzarán mientras duermes. Dada la reparación de nervios dañados y tejido muscular, el cirujano recomienda por lo menos diez horas de sueño mientras inicia el procedimiento.»

—Está bien.

«La mayor preocupación es la fiebre, M. Endymion.»

—Es resultado de la fractura, ¿verdad?

—Negativo. Parece que hay una infección renal bastante virulenta. Sin tratamiento, te habría matado antes que los efectos secundarios de la rotura del fémur.

—Qué idea tan alegre.

«¿En qué sentido?»

—Olvídalo. ¿Dices que estás totalmente reparada?

«Totalmente, M. Endymion. Mejor que antes del accidente, si se me permite alardear un poco. Dada la pérdida de ciertos materiales, temía tener que sintetizar plantillas de carbono-carbono a partir de los impuros sustratos rocosos de este río, pero pronto descubrí que reciclando algunos componentes prescindibles de los

amortiguadores de compresión, vueltos superfluos por las modificaciones éxters, podía lograr un incremento del treinta y dos por ciento en eficiencia de autorreparación si...»

—No importa, nave —dije. La ausencia de dolor casi me causaba vértigo—. ¿Cuánto tardaste en terminar las reparaciones?

«Cinco meses estándar. Ocho meses y medio locales. Este mundo tiene un extraño ciclo lunar con dos lunas muy irregulares que a mi entender son asteroides capturados por...»

—Cinco meses —dije—. ¿Y has estado esperando otros tres años y medio?

«Sí —dijo la nave—. Siguiendo las instrucciones. Espero que A. Bettik y M. Aenea se encuentren bien.»

—Yo también, nave. Pero pronto lo averiguaremos. ¿Estás lista para abandonar este lugar?

«Todos los sistemas están operativos, M. Endymion. Esperando tu orden.»

—Pues aquí tienes la orden. En marcha.

La nave presentó un holo que mostraba nuestro ascenso sobre el río. Ahora era de noche, pero las lentes de visión nocturna mostraban el río hinchado y el arco teleyector a pocos cientos de metros corriente arriba. Yo no lo había visto en la niebla. Nos elevamos sobre el río, sobre las sinuosas nubes.

—El río ha subido desde la última vez que estuve aquí —dije.

«Sí —dijo la nave. Vi la curva del planeta, el sol elevándose sobre nubes algodonosas—. Se inunda durante un período de tres meses estándar por cada ciclo orbital local, lo cual equivale aproximadamente a once meses estándar.»

—¿Conque ahora sabes qué mundo es? No estabas segura cuando te abandonamos.

«Estoy muy segura de que este planeta no figuraba entre los dos mil ochocientos sesenta y siete mundos del índice del catálogo general. Mis observaciones astronómicas muestran que no está en el espacio de Pax ni en la ex Red de Mundos ni en el Confín.»

—Ni en la ex Red de Mundos ni en el Confín —repetí—. ¿Dónde está entonces?

«A unos doscientos ochenta años-luz del sistema del Confín conocido como NNGC 4645 Delta, hacia el noroeste galáctico.»

Un poco mareado por el calmante, dije:

—Un mundo nuevo. Más allá del Confín. ¿Entonces por qué tenía teleyectores? ¿Por qué formaba parte del río Tetis?

«Lo ignoro, M. Endymion. Pero debo mencionar que hay una multitud de interesantes formas de vida que observé con los remotos mientras descansaba en el lecho del río. Además de la criatura con forma de manta que M. Aenea, A. Bettik y tú observasteis río abajo, hay más de trescientas especies observadas de aves y por lo

menos dos especies de humanoides.»

—¿Humanoides? Querrás decir humanos.

«Negativo —dijo la nave—. Humanoides. Definitivamente no son humanos de Vieja Tierra. Hay una variedad muy pequeña, con poco más de un metro de altura, con simetría bilateral pero con estructura esquelética variante y tez rojiza.»

Recordé el monolito de roca roja que Aenea y yo habíamos visto desde la alfombra voladora durante nuestra breve estancia. Pasos diminutos tallados en la piedra lisa. Sacudí la cabeza para despejarme.

—Interesante, nave. Pero fijemos nuestro destino. —La curva del planeta se había vuelto pronunciada y las estrellas relucían sin parpadear. La nave continuó su ascenso. Pasamos frente a una luna con forma de patata y nos alejamos de la órbita. El mundo sin nombre se convirtió en una cegadora esfera de nubes iluminadas por el sol.

—¿Conoces el mundo llamado T'ien Shan, o «Montañas del Cielo»?

«T'ien Shan —repitió la nave—. Sí. Según mi memoria, nunca estuve allí, pero tengo las coordenadas. Un pequeño mundo del Confín, colonizado por refugiados de la Tercera Guerra Civil China, a finales de la Hégira.»

—¿No tendrás problemas en llegar allá?

«No creo. Un simple salto hawking. Aunque recomiendo que uses el autocirujano como cubículo de fuga criogénica durante el salto.»

Sacudí la cabeza de nuevo.

—Permaneceré despierto, nave. Al menos después que el autodoc me cure la pierna.

«Yo no lo recomendaría, M. Endymion.»

—¿Por qué? Aenea y yo permanecimos despiertos durante los otros saltos.

«Sí, pero eran viajes relativamente cortos dentro de la ex Red de Mundos. Lo que llamáis espacio de Pax. Esto será un poco más largo.»

—¿Cuan largo? —dije. Mi cuerpo desnudo sintió un repentino escalofrío. Nuestro salto más largo, hasta el sistema de Vector Renacimiento, había requerido diez días de tiempo de a bordo y cinco meses de deuda temporal para la flota de Pax que nos aguardaba—. ¿Cuan largo?

«Tres meses, dieciocho días, seis horas y algunos minutos estándar», dijo la nave.

—No es una deuda temporal tan grande —le dije. Había visto a Aenea cuando ella acababa de cumplir dieciséis años. Ganaría unos meses sobre mí. Tal vez tuviera el cabello más largo—. Tuvimos una deuda temporal más grande saltando al sistema de Renacimiento.

«Ésa no es la deuda temporal, M. Endymion. Es el tiempo de a bordo.»

Sentí un nuevo escalofrío. Me costaba mover la lengua.

—Tres meses de tiempo de a bordo... ¿Cuánta deuda temporal?

«¿Para alguien que espere en T'ien Shan? —preguntó la nave. El mundo selvático se tornaba borroso a medida que ascendíamos al punto de traslación—. Cinco años, dos meses y un día. Como sabrás, el algoritmo de deuda temporal no es una función lineal de la duración C-plus, pero incluye factores tales como...»

—Cielos —dije, llevándome la muñeca a la pegajosa frente—. Maldición.

«¿Dolorido, M. Endymion? El dolorómetro sugiere que no, pero tu pulso se ha vuelto errático. Podemos elevar el nivel de calmante... Incluye factores tales como...»

—¡No! No, está bien. Yo sólo... Cinco años... Maldición.

¿Aenea lo sabía? ¿Sabía que nuestra separación abarcaría años de su vida? Tal vez debí llevar la nave por el teleyector de río abajo. No, Aenea había dicho que buscara la nave y la llevara a T'ien Shan. La última vez el teleyector nos había llevado a Mare Infinitus. Quién sabe adonde me habría llevado ahora.

—Cinco años —murmuré—. Demonios. Ella será... maldición, nave, ella tendrá veintiún años. Una mujer crecida. Me habré perdido... no veré... ella no recordará...

«¿Estás seguro de no sentir dolor, M. Endymion? Tus signos vitales son turbulentos.»

—Ignóralo, nave.

«¿Preparo el autocirujano para la fuga criogénica?»

—Pronto, nave. Dile que me duerma mientras sana mi pierna esta noche y trata la fiebre. Quiero por lo menos diez horas de sueño. ¿Cuánto falta para el punto de traslación?

«Sólo diecisiete horas. Está muy dentro de este sistema.»

—Bien. Despiértame dentro de diez horas. Prepara un buen desayuno. Lo que solía comer cuando celebrábamos el «domingo» en nuestro viaje.

«Muy bien. ¿Algo más?»

—Sí, ¿tienes alguna holo grabación de Aenea en nuestro último viaje?

«He almacenado varias horas de grabación, M. Endymion. La vez en que nadaste en la burbuja de gravedad cero en el balcón externo. La discusión sobre religión y racionalidad. Las lecciones de vuelo en el pozo central, cuando...»

—Bien —dije—. Pídelas. Las veré durante el desayuno.

«Prepararé el autoricujano para tres meses de sueño criogénico después del interludio de siete horas de mañana.»

—De acuerdo —suspiré.

«El cirujano desea empezar la reparación de las lesiones nerviosas y la inyección de antibióticos, M. Endymion. ¿Deseas dormir?»

—Sí.

«¿Con o sin sueños? La medicación puede adaptarse para ambos estados neurológicos.»

—Sin sueños. No quiero sueños ahora. Después habrá tiempo de sobra para eso.

«De acuerdo, M. Endymion. Que duermas bien.»

SEGUNDA PARTE

15

Estoy en el mercado de Phari con A. Bettik, Jigme Norby y George Tsarong cuando oigo la noticia de que naves y tropas de Pax han llegado finalmente a T'ien Shan, las «Montañas del Cielo».

—Deberíamos avisar a Aenea —digo.

Alrededor, encima y debajo de nosotros, miles de toneladas de andamios se mecen y crujen con el peso de la humanidad abarrotada que compra, vende, comercia, discute y ríe. Muy pocos han oído la noticia de la llegada de Pax. Muy pocos comprenderán las implicaciones cuando la oigan. La noticia fue traída por un monje llamado Chim Din que acaba de regresar de la capital, Potala, donde trabaja como maestro en el Palacio de Invierno del Dalai Lama. Afortunadamente, Chim Din también trabaja otras semanas como artesano del bambú en Hsuan'k'ung Ssu, el «Templo Suspendido en el Aire», el proyecto de Aenea, y nos saluda en el mercado de Phari mientras se dirige al templo. Estamos entre los primeros en enterarnos de la llegada de Pax fuera de la corte de Potala.

—Cinco naves —ha dicho Chim Din—. Varias veintenas de cristianos. La mitad son guerreros con uniforme rojo y negro. La mitad de la mitad restante son misioneros, todos de negro. Han alquilado la vieja gompa de la Secta del Sombrero Rojo, a orillas del Rhan Tso, el Lago de las Nutrias, cerca del Falo de Shiva. Han consagrado parte de la gompa como capilla para su Dios trino. El Dalai Lama no les permite usar sus máquinas volantes ni ir más allá del risco sur del Reino Medio, pero les permite viajar libremente por esta región.

—Debemos avisar a Aenea —le repito a A. Bettik, acercándome para que me oiga en medio del bullicio del mercado.

—Debemos avisar a todos en Jo-kung —dice el androide. Les dice a George y Jigme que terminen las compras y no se olviden de contratar porteadores para llevar los pedidos de cable y bambú de bonsai para la construcción. Levanta su enorme mochila, se ciñe su equipo de escalada y me hace una seña.

Alzo mi pesada mochila y encabezo la marcha mientras salimos del mercado y bajamos la escalera hasta el nivel del cable.

—Creo que la Vía Alta será más rápida que la Vía Baja, ¿verdad?

El hombre azul asiente. Yo vacilaba en sugerir la Vía Alta para el viaje de retorno, pues para A. Bettik será engorroso manejar los cables y deslizaderos con una sola mano. Cuando nos reencontramos, me sorprendió que no se hubiera fabricado un garfio de metal —su brazo izquierdo todavía termina en un muñón a mitad de camino entre la muñeca y el codo—, pero pronto vi que usaba una correa y varios

aditamentos de cuero para compensar los dígitos faltantes.

—Sí, M. Endymion —dice—. La Vía Alta. Es mucho más rápida. A menos que prefieras enviar a un volador como correo.

Lo miro, pensando que bromea. Los voladores son una raza aparte y están locos. Lanzan sus paravelas desde los edificios altos, subiendo en las turbulencias, volando entre riscos y picos donde no hay cables ni puentes, observando las aves, buscando corrientes ascendentes como si la vida les fuera en ello... porque la vida les va en ello. No hay zonas llanas donde un volador pueda posarse si cambian los traicioneros vientos, si el ascenso falla, si se averían sus paravelas. Un aterrizaje forzoso en un risco casi siempre significa la muerte. El descenso a las nubes siempre significa la muerte. El menor error de cálculo con los vientos, las corrientes ascendentes, las corrientes descendentes, las ráfagas... cualquier error significa la muerte para un volador. Por eso viven solos, participan en un culto secreto y cobran una fortuna para llevar mensajes del Dalai Lama desde Potala, o cintas de plegarias durante una celebración budista, o notas urgentes de un comerciante a su casa central para derrotar a la competencia o, según dice la leyenda, para visitar el pico este de T'ai Shan, aislado durante meses por más de cien kilómetros de aire y nubes mortíferas.

—No creo que convenga confiar esta noticia a un volador —digo.

A. Bettik asiente.

—Sí, M. Endymion, pero las paravelas se pueden comprar en el mercado. En el puesto del Gremio de Voladores. Podríamos comprar dos y coger el camino más corto. Son muy costosas, pero podemos vender algunas cigocabras.

Nunca sé si mi amigo androide bromea. Recuerdo la última vez que estuve bajo una paravela y tengo que contener un escalofrío.

—¿Alguna vez has volado en este mundo? —pregunto.

—No, M. Endymion.

—¿En algún mundo?

—No, M. Endymion.

—¿Cuáles serían nuestras probabilidades si lo intentáramos?

—Una sobre diez —dice sin vacilar.

—¿Y cuáles son nuestras probabilidades en los cables y el deslizador a esta hora del día?

—Nueve sobre diez antes del anochecer. Menos si nos sorprende el poniente antes de llegar al deslizadero.

—Cojamos los cables y el deslizadero.

Esperamos en la corta cola de compradores que se marchan por cable, y al fin nos llega el turno. La plataforma de bambú está veinte metros debajo del andamiaje más bajo del mercado, y sobresale cinco metros encima del abismo. Abajo hay miles de

metros de aire, y en el fondo de ese vacío se agita el ubicuo mar de nubes que rueda sobre los riscos como una marea blanca chocando contra pilotes de piedra. Varios kilómetros debajo de esas nubes hay gases venenosos y el mar ácido que cubre todo este mundo salvo en las montañas.

El maestro cablero nos llama y A. Bettik y yo entramos juntos en la plataforma. Desde este nexo, una veintena de cables se extienden sobre el abismo, creando una negra telaraña que desaparece en lontananza. La terminal más próxima está un kilómetro y medio al norte, en un colmillo de roca que sobresale contra la blanca gloria de Chomo Lori, la «Reina de las Nieves». Pero nosotros vamos hacia el este y nuestra terminal está a más de veinte kilómetros, y el cable que desciende en esa dirección parece terminar en medio del aire mientras se funde con el fulgor vespertino de la distante pared de roca. Y nuestro destino final está más de treinta y cinco kilómetros después, al norte y al este. Caminando, tardaríamos seis horas en realizar el largo viaje al norte por el risco de Phari y luego al este por el sistema de puentes y pasarelas. Viajando por cable y deslizadero tardamos la mitad de ese tiempo, pero es muy tarde y el deslizadero es peligroso. Miro de nuevo el sol bajo y me pregunto si esta decisión es prudente.

—Listos —gruñe el maestro cablero, un hombrecillo pardo con una *chuba* manchada. Masca raíz de *besil* y escupe hacia el vacío mientras subimos a la plataforma.

—Listos —decimos A. Bettik y yo al unísono.

—Mantened la distancia —gruñe el maestro cablero, indicándome que salga primero.

Saco los soportes de mi arnés, deslizo las manos sobre la abrazadera donde llevamos el equipo, encuentro al tacto la polea, la sujeto a un soporte con un gancho, paso un nudo por un segundo gancho para forzar el freno de la polea, encuentro mi mejor argolla y la uso para asegurar la polea, y luego paso mi cable de seguridad por los dos primeros ganchos mientras ajusto una grapa, y al final la sujeto al arnés de mi pecho, bajo los soportes. Todo esto lleva menos de un minuto. Alzo ambas manos, cojo los controles de la polea, salto arriba y abajo, probando la polea y mis ganchos. Todo está firme.

El maestro cablero inspecciona la argolla y la grapa con ojos de experto. Desliza la polea, cerciorándose de que los soportes no estén trabados. Apoya todo su peso en mis hombros y mi arnés, colgando sobre mí como una segunda mochila, y me suelta para asegurarse de que las argollas y los frenos se sostienen. Sin duda no le importa si yo me mato en una caída, pero si la polea se atasca en algún punto de los veinte kilómetros de cable de monofilamento trenzado, será él quien deberá solucionar el problema, suspendido sobre kilómetros de aire mientras los viajeros que aguardan pierden la paciencia. Parece satisfecho con el equipo.

—Adelante —dice, palmeándome el hombro.

Salto al espacio, acomodándome la mochila en la espalda. La red del arnés se estira, el cable se arquea, los soportes zumban y me deslizo a mayor velocidad cuando suelto el freno. Segundos después vuelo colgado del cable. Alzo las piernas y me acomodo en el arnés de un modo que se ha vuelto familiar en los últimos tres meses. El risco K'un Lun, nuestro destino, reluce mientras las sombras del poniente llenan el abismo y la penumbra del atardecer cubre la pared del risco de Phan a mis espaldas.

Siento un cambio en la tensión del cable y oigo un zumbido cuando A. Bettik inicia su descenso detrás de mí. Mirando hacia atrás, veo que abandona la plataforma, las piernas derechas, hamacándose bajo los soportes elásticos. Apenas distingo la cuerda que conecta la correa de cuero de su brazo izquierdo con el freno de la polea. A. Bettik saluda y yo saludo, girando en mi arnés para mirar el cable chirriante mientras continúo mi viaje sobre el abismo. A veces se posan pájaros sobre el cable. A veces hay un trozo de hielo o un fleco afilado. En ocasiones aparece la polea de alguien que ha sufrido un accidente o ha cortado su arnés por razones que nadie más conoce. Muy raras veces, aunque suficientes para recordarlas, un psicópata o resentido sujeta una cuña o trampa con resorte al cable, dejando una pequeña sorpresa para el próximo viajero. Este delito se castiga con la muerte y el culpable es arrojado desde la plataforma de Potala o Jo-kung, pero eso es poco consuelo para la persona que se topa con la cuña o trampa.

Ninguna de estas eventualidades se presenta mientras me deslizo sobre el vacío. Sólo oigo el zumbido del freno y el suave susurro del aire. Todavía hay luz y es el final de la primavera en este mundo, pero el aire siempre está helado por encima de los ocho mil metros. Respirar no es problema. Todos los días, desde que llegué a T'ien Shan, agradezco a los dioses de la evolución planetaria que a pesar de una gravedad más leve —0,954 estándar— el oxígeno sea más rico a esta altitud. Mirando las nubes de abajo, pienso en el hirviente mar sometido a esa ciega presión, agitado por vientos de fosgeno y denso CO_2. No hay auténtica superficie en T'ien Shan, sólo esa espesa sopa planetaria y los incontables picos y riscos que se elevan miles de metros en la capa de O_2 y la radiante luz solar, semejante a la de Hyperion.

Tengo recuerdos. Pienso en otro paisaje nuboso de hace unos meses. Pienso en mi primer día en la nave, antes de llegar al punto de traslación, mientras sanaban mi fiebre y mi pierna.

Me pregunto cómo pasé por el teleyector de aquí. Mi último recuerdo es de un mundo gigante...

La nave respondió proyectando un holo filmado desde una de sus boyas mientras permanecía en el fondo del río. Era una imagen realzada por la luz estelar —estaba lloviendo— y mostraba el verde y reluciente arco del teleyector y las copas de los

árboles. De pronto un tentáculo más largo que la nave atravesó la abertura del teleyector, llevando lo que parecía ser un kayak de juguete envuelto en una masa de tela. El tentáculo se arqueó grácilmente y la vela, el kayak y la figura de la cabina se deslizaron cien metros hasta desaparecer en las oscilantes copas de los árboles.

—¿Por qué no viniste a buscarme? —pregunté sin ocultar mi irritación. Aún me dolía la pierna—. ¿Por qué esperar toda la noche mientras yo colgaba bajo la lluvia? Pude haber muerto.

«No tenía instrucciones de recogerte a tu regreso —dijo la arrogante pero obtusa voz de la nave—. Tal vez estuvieras realizando una tarea importante que no toleraba interrupciones. Si no hubiera tenido noticias en varios días, habría enviado una sonda a la jungla para preguntar por tu bienestar.»

Le expliqué a la nave lo que opinaba acerca de su razonamiento.

«Extraña exhortación —dijo la nave—. Aunque mi subestructura incluye ciertos elementos orgánicos y poseo componentes informáticos de ADN, no soy, en rigor, un organismo biológico. No tengo sistema digestivo ni necesidad de excreción, salvo por algunos gases y efluvios de los pasajeros. En consecuencia, no tengo ano en un sentido real ni figurado. En consecuencia, no creo que se me pueda pedir que introduzca...»

—Cállate —dije.

El viaje dura menos de quince minutos. Freno cautamente cuando aproxima la gran muralla del risco de K'un Lun. Durante los últimos cientos de metros, mi sombra y la de A. Bettik se proyectan contra la roca vertical y reluciente y nos convertimos en marionetas de sombra, dos extrañas figuras con apéndices movedizos que maniobran con los soportes y mecen las piernas preparándose para aterrizar. El zumbido del freno se convierte en gruñido cuando aminoro la velocidad en el tramo final. La plataforma de aterrizaje es un saliente de piedra de seis metros, con la pared forrada de vellocino de cigocabra podrido y oscurecido por la intemperie.

Me detengo a tres metros de la pared. Me apoyo en la roca, desengancho la polea y el cable de seguridad con una celeridad nacida de la práctica. A. Bettik llega poco después. Aun con una mano, el androide es mucho más grácil que yo; usa menos de un metro de piedra para aterrizar.

Nos quedamos un minuto mirando el sol que se mece sobre el risco de Phari, la luz baja que tiñe la cima cubierta de hielo. Cuando terminamos de ajustar el arnés y las abrazaderas, digo:

—Estará oscuro cuando lleguemos al Reino Medio.

A. Bettik asiente con un gesto de la cabeza.

—Preferiría dejar atrás el deslizadero antes de que anochezca del todo, M. Endymion, pero creo que no será así.

La sola idea de atravesar el deslizadero en la oscuridad me tensa el escroto. Me pregunto si un androide varón tiene una reacción fisiológica similar.

—Pongámonos en marcha —digo, bajando del saliente al trote.

Perdimos varios metros de altura al bajar por el cable, y ahora tendremos que compensarlos. El saliente se acaba pronto —hay pocos lugares llanos en los picos de las Montañas del Cielo— y nuestras botas resuenan mientras bajamos por una pasarela de bambú que cuelga de la pared del peñasco. Aquí no hay barandas. Los vientos nocturnos están arreciando y cierro mi chaqueta térmica y mi *chuba* de lana de cigocabra. La pesada mochila rebota en mi espalda.

La zona de ascenso está menos de un kilómetro al norte de la plataforma de aterrizaje. No nos cruzamos con nadie en la pasarela, pero vemos que del otro lado del valle nuboso encienden las antorchas en la Vía Baja que une Phari con Jo-kung. Los andamiajes y el laberinto de puentes colgantes de ese lado del Gran Abismo se llenan de personas que van al norte, algunas sin duda al Templo Suspendido en el Aire para asistir a la sesión pública nocturna de Aenea. Quiero llegar allá antes que ellas.

La zona de ascenso consiste en cuatro cables fijos que suben setecientos metros por la pared vertical. Los cables rojos son para el ascenso. A pocos metros cuelgan los cables azules de descenso. Nos cubren las sombras y el viento está helado.

—¿Lado a lado? —le pregunto a A. Bettik, señalando una de las cuerdas del medio.

El androide asiente. Su semblante azul es tal como lo recordaba de nuestro viaje desde Hyperion, casi diez años atrás. ¿Qué esperaba? ¿Que un androide envejeciera?

Sacamos los elevadores de potencia y los enganchamos en cables contiguos, sacudiendo los cables de microfibras para verificar su firmeza. Los maestros cableros no revisan con frecuencia estos cables, y un gancho pudo destrozarlos, una protuberancia rocosa pudo desflecarlos, o pueden estar cubiertos de hielo. Pronto lo sabremos.

Enganchamos cadenas y estribos a los elevadores de potencia. A. Bettik desenrolla ocho metros de cable y lo sujetamos a los arneses. Así, si falla uno de los cables fijos, la otra persona puede frenar la caída del primer escalador. Eso dice la teoría.

Los elevadores de potencia constituyen la tecnología más sofisticada para la mayoría de los ciudadanos de T'ien Shan: alimentados por una batería solar hermética, poco más grandes que nuestras manos, son aparatos elegantes. A. Bettik verifica sus amarras y asiente con un gesto de la cabeza. Enciendo mis elevadores. Los indicadores se ponen verdes. Subo el elevador derecho un metro, lo trabo, alzo el pie derecho hasta el estribo, verifico si todo está en orden, subo el elevador izquierdo, lo trabo, alzo el pie izquierdo, y así sucesivamente. Así escalamos los setecientos

metros, deteniéndonos ocasionalmente para mirar el valle donde arden las antorchas de la Vía Baja. Se ha puesto el sol y el cielo se tiñe de violeta mientras despuntan las estrellas más brillantes. Estimo que nos quedan veinte minutos de crepúsculo. Recorreremos el deslizadero en la oscuridad.

Tirito en medio del viento aullante.

Los cables fijos cuelgan sobre hielo vertical en los últimos doscientos metros. Ambos llevamos grapas plegables en nuestros sacos, pero no las necesitamos en nuestro fatigoso ritual de ascenso. Tardarnos casi cuarenta minutos en recorrer los setecientos metros. Está oscuro cuando llegamos a la plataforma.

T'ien Shan tiene cinco lunas: cuatro son asteroides capturados en una órbita baja y reflejan bastante luz; el quinto es casi tan grande como la luna de Vieja Tierra, pero su cuadrante superior derecho está fracturado por un cráter cuyas grietas se extienden como una telaraña, esta luna grande, Oráculo, se eleva en el noreste mientras A. Bettik y yo caminamos hacia el norte por el angosto risco de hielo, aferrándonos a cables fijos para que el gélido viento no nos derribe.

Me he puesto la capucha térmica y la máscara facial, pero aun así el viento me muerde los ojos y la carne expuesta. No podemos demorarnos mucho tiempo aquí. Pero el afán de pararme a mirar es intenso, como cada vez que me detengo en la terminal del risco de K'un Lun y contemplo el Reino Medio y el mundo de las Montañas del Cielo.

En el campo de hielo de la cima del deslizadero me detengo para girar en todas las direcciones, admirando el paisaje. Al sur y al oeste encima de las nubes iluminadas por las lunas, el risco de Phari resplandece bajo la luz de Oráculo. Al norte de Phari las antorchas indican la Vía Baja, y más al norte veo los puentes colgantes iluminados.

Más allá del mercado de Phari hay un fulgor en el cielo, y me imagino que es el resplandor de Potala, el palacio de invierno de Su Santidad el Dalai Lama y el monumento arquitectónico más majestuoso del planeta. Sé que pocos kilómetros al norte Pax acaba de obtener un enclave en Rhan Tso, a la sombra de Shivling, el «Falo de Shiva». Sonrío imaginando la reacción de los misioneros cristianos ante esta desfachatez pagana.

Más allá de Potala, cientos de kilómetros al oeste, está la zona rocosa de Koko Nor, con sus incontables aldeas colgantes y peligrosos puentes. Muy al sur, sobre el gran espinazo de roca llamado Lobsang Gyatso, se encuentra la comarca de la Secta del Sombrero Amarillo, que termina en el pico de Nanda Devi, donde se dice que mora la diosa hinduista del júbilo. Al sudoeste de ellos, tan a la vuelta de la curva del mundo que el ocaso aún arde allí, está Muztagh Alta con sus decenas de miles de moradores islámicos custodiando las tumbas de Alí y los demás santos musulmanes. Al norte de Muztagh Alta, los riscos entran en un territorio que nunca he visto, ni

siquiera desde órbita, que alberga los altos hogares de los judíos errantes en las inmediaciones de los montes Sión y Moriah, donde las ciudades gemelas de Abraham e Isaak poseen las mejores bibliotecas de T'ien Shan. Al norte y al oeste se elevan el monte Sumeru —centro del universo— y Harney Peak —curiosamente también centro del universo—, ambos seiscientos kilómetros al sudoeste de los cuatro picos de San Francisco, donde la cultura hopi-esquimal sobrevive en los fríos riscos y helechales, también seguras de que sus picos constituyen el centro del universo.

Al volverme hacia el norte, veo la mayor montaña de nuestro hemisferio y el límite septentrional de nuestro mundo, pues el risco desaparece bajo nubes de fosgeno pocos kilómetros al norte de aquí: Chomo Lori, «Reina de las Nieves». El ocaso aún alumbra la cima helada de Chomo Lori mientras Oráculo baña sus riscos orientales con una luz más suave.

Más allá de Chomo Lori se yerguen las cumbres de K'un Lun y Phari, y la brecha que las separa se ensancha hasta alcanzar distancias infranqueables al sur de la cablevía que acabamos de cruzar. Doy la espalda al viento norte y miro al sur y al este, siguiendo la sinuosa línea del risco de K'un Lun, imaginando que puedo ver las antorchas doscientos kilómetros al sur, donde la ciudad de Hsi wang-mu, «Reina Madre del Oeste» (el «oeste» está al sudoeste del Reino Medio), alberga unas treinta y cinco mil personas en sus recovecos y fisuras.

Al sur de Hsi wang-mu, con sólo su alta cima visible por encima de los vientos, se eleva el gran pico del monte Koya, donde —según los fieles que viven en sus túneles de hielo— yace Kobo Daishi, el fundador del budismo shingon, sepultado en su tumba de hielo, esperando las condiciones adecuadas antes de emerger de su trance meditativo.

Al este del monte Koya, más allá de la curvatura del mundo, están el monte Kalais, hogar de Kubera, dios hinduista de la riqueza, y de Shiva, a quien evidentemente no le importa estar separado de su falo por más de mil kilómetros de nubosidad. Se dice que en el monte Kalais también vive Parvati, la esposa de Shiva, aunque nadie sabe qué opina de esta separación.

El androide viajó al monte Kalais durante su primer año en este mundo. Dice que es un pico hermoso, uno de los más altos del planeta —más de diecinueve mil metros sobre el nivel del mar—, y lo describe como una escultura de mármol sobre un pedestal de roca estriada. También dice que en la cima del monte Kalais, en campos de hielo donde el viento es tan poco denso que ni se siente, se yergue un templo de aleación de carbono consagrado a la deidad budista de la montaña, Demchog, el «del Supremo Júbilo», un gigante de diez metros de altura, azul como el cielo, envuelto en guirnaldas de cráneos y abrazando felizmente a su consorte mientras baila. A. Bettik dice que la deidad azul se le parece un poco. El palacio está en el centro exacto de la redonda cima, que a su vez está en el centro de un mandala constituido por picos

menores, todo ello abrazando el círculo sagrado —el mandala físico— del espacio divino de Demchog, donde los que meditan descubrirán la sabiduría que los liberará del ciclo del sufrimiento.

Desde el mandala de Demchog, dice A. Bettik, y tan al sur que el pico está sepultado bajo glaciares de kilómetros de profundidad, se ve Helgafell, «El salón de hidromiel de los muertos», donde algunos centenares de islandeses que llegaron en tiempos de la Hégira restauraron las costumbres vikingas.

Miro al sudoeste. Si un día pudiera recorrer el arco del Círculo Antártico, me cruzaría, con picos como Gunung Agung, el ombligo del mundo (uno de tantos en T'ien Shan), donde el festival Eka Dasa Rudra está en el año vigesimoséptimo de su ciclo de seiscientos años, y donde se dice que las mujeres balinesas bailan con belleza y gracia insuperables. Más de mil kilómetros al noroeste, en la serranía de Gunung Agung, está Kilimachaggo, donde los moradores de las terrazas superiores desentierran a sus muertos de las fisuras de légamo al cabo de un período decente y suben los huesos más allá de la atmósfera respirable —trepando en dermotrajes cosidos a mano y máscaras de presión— para sepultar nuevamente a sus familiares en el duro hielo que está cerca de los dieciocho mil metros, desde donde los cráneos miran la cima con eterna esperanza.

Más allá de Kilimachaggo, el único pico que conozco por nombre es Croagh Patrick, que tiene fama de no albergar serpientes. Pero, por lo que sé, no hay serpientes en ninguna parte de las Montañas del Cielo.

Miro hacia el noreste. El viento y el frío me apremian, pero aprovecho este minuto final para contemplar nuestro destino. A. Bettik tampoco parece llevar prisa, aunque quizá sea la preocupación por el deslizadero lo que le hace detenerse un instante conmigo.

Al norte y al este, más allá de la abrupta pared de K'un Lun, se encuentra el Reino Medio. Sus cinco picos relucen bajo la luz de farol de Oráculo.

Al norte, la Vía Baja y varios puentes colgantes conducen a la ciudad de Jo-kung y al Sung Shang, el «Altivo», que a pesar de su nombre es el pico más bajo del Reino Medio.

Adelante, unida con el sudoeste sólo por el abrupto risco de hielo donde se encuentra el sinuoso deslizadero, se eleva Hua Shan, la «Montaña de la Flor», la cumbre más occidental del Reino Medio y quizá el más bello de los cinco picos. Desde Hua Shan, los últimos kilómetros de cable unen la Montaña de la Flor con los filosos picos del norte de Jo-kung, donde Aenea trabaja en Hsuan'k'ung Ssu, el Templo Suspendido en el Aire, situado en una ladera abrupta que mira al norte, hacia Heng Shan, la Sagrada Montaña del Norte.

Doscientos kilómetros al sur una segunda Heng Shan marca el límite del Reino Medio, pero es un mero montículo comparado con las escarpadas paredes, las

grandes crestas y el majestuoso perfil de su versión septentrional. Mirando al norte a través de la nevisca arremolinada, recuerdo el momento en que flotaba en la nave del cónsul, entre el noble Heng Shan y el templo, en la primera hora que pasé en este planeta.

Mirando de nuevo al este y al norte, más allá de Hua Shan y el corto pico central de Sung Shan, veo el increíble pico de T'ai Shan, perfilado contra Oráculo a más de trescientos kilómetros. Éste es el Gran Pico del Reino Medio, con 18.200 metros de altura, con su poblado de Tai'an, la Ciudad de la Paz, a 9.000 metros, y su legendaria escalera de 27.000 peldaños, que nace en Tai'an y sube por campos de nieve y paredes de roca hasta el mítico Templo del Emperador de Jade, en la cima.

Sé que más allá de nuestra Montaña Sagrada del Norte se yerguen las Cuatro Montañas de la Peregrinación para los fieles budistas: O-mei Shan al oeste; Chiu-hua Shan, la «Montaña de las Nueve Flores», al sur; Wu-t'ai Shan, la «Montaña de las Cinco Terrazas» con su acogedor Palacio Púrpura, al norte; y la baja pero sutilmente bella P'ut'o Shan al este.

Me tomo unos segundos en este risco castigado por el viento, mirando hacia Jo-kung con la esperanza de ver las antorchas que alumbran el paso de Hsuan'k'ung Ssu, pero las nubes o la niebla enturbian el paisaje y sólo se ve un borrón alumbrado por Oráculo.

Volviéndome hacia A. Bettik, señalo el deslizadero y hago un gesto aprobatorio. Es imposible hablar con este viento.

El androide asiente y saca el trineodúctil de un bolsillo externo de su mochila. Noto que mi pulso se acelera, y no sólo por el esfuerzo, cuando saco mi propio trineo y lo llevo a la plataforma de lanzamiento.

El deslizadero de Tise es rápido. Esta es su atracción, y su mayor peligro.

Todavía hay lugares de Pax, sin duda, donde existe la antigua costumbre del tobogán. En ese deporte, uno se sienta en un trineo de fondo plano y se lanza por una pista de hielo preparada. Esto se parece mucho al deslizadero, salvo que A. Bettik y yo, en vez de un trineo de fondo plano, usamos un trineodúctil, que tiene menos de un metro de largo y se curva como una cuchara. El trineodúctil es más dúctil que un trineo, blando como un envoltorio hasta que usamos la energía de nuestros elevadores para enviar un mensaje piezoeléctrico que endurece la estructura de aluminio. Los trineos se inflan, cobrando forma en pocos segundos.

Aenea me ha contado que antes había cables fijos de carbono-carbono a lo largo del deslizadero, y los viajeros se enganchaban como si fuera una cablevía, usando una argolla especial de baja fricción similar a la polea del cable para no perder velocidad. Así uno podía frenar usando el cable o, si el trineo se desviaba hacia el precipicio, usar el cable como arnés para detenerse. Con ese cable de seguridad habría

magulladuras y huesos rotos, pero el cuerpo no volaba por los aires junto con el trineo.

Pero según Aenea los cables no habían funcionado. Costaba mucho trabajo mantenerlos despejados y en funcionamiento. Las repentinas tormentas de hielo los congelaban y alguien que viajaba a ciento cincuenta kilómetros por hora se topaba de pronto con una inamovible lámina de hielo. Ya cuesta bastante mantener despejada la cablevía; los cables fijos del deslizadero habían sido inmanejables.

Así que los deslizaderos se abandonaron. Al menos hasta que adolescentes en busca de emociones y adultos realmente apurados encontraron que nueve veces de cada diez uno podía mantener los trineo-dúctiles en el surco con sólo deslizarse, es decir, usando picos como freno y viajando a poca velocidad. «Poca velocidad» significaba por debajo de los ciento cincuenta kilómetros por hora. Nueve veces de cada diez funcionaba. Si uno era hábil. Y si las condiciones eran perfectas. Y si era de día.

El androide y yo habíamos usado el deslizadero tres veces, una al regresar de Phari con medicamentos que se necesitaban para salvar la vida de una joven y dos para memorizar los recodos y los tramos rectos. Habían sido experiencias excitantes y aterradoras, pero habíamos llegado sanos y salvos. Claro que era de día, no soplaba viento y nos precedían otros viajeros que nos indicaban el camino.

Ahora está oscuro, y la pista reluce perversamente en el claro de luna. La superficie está helada y áspera como piedra. Ignoro si alguien ha recorrido este tramo hoy, o esta semana, si alguien ha revisado las fisuras, superficies débiles, fracturas, hundimientos, rendijas, protuberancias de hielo u otros obstáculos. No sé qué longitud tenían las antiguas pistas de toboganes, pero este deslizadero tiene más de veinte kilómetros, y bordea la abrupta protuberancia Abruzzi, que une el risco de K'un Lun con las cuestas de Hua Shan, aplanándose en los declives del lado oeste de la Montaña de la Flor, kilómetros al sur de la más segura y lenta Vía Baja que desciende desde el norte. Desde Hua Shan, hay sólo nueve kilómetros y tres fáciles tramos de cable hasta el andamiaje de Jo-kung y luego una vivaz caminata por el paso hasta bajar a las escarpadas veredas de Hsuan'k'ung Ssu.

El androide y yo estamos sentados lado a lado como niños esperando un empellón de mamá o papá. Aferro el hombro de mi amigo y le grito a través del material térmico de su capucha y su máscara facial. El viento me arroja hielo en la cara.

—¿Te parece bien que vaya delante? —grito.

El androide mueve el rostro y nuestras mejillas cubiertas de tela se tocan.

—M. Endymion, creo que yo debería ir delante. He recorrido este deslizadero dos veces más que tú.

—¿En la oscuridad?

El androide niega con la cabeza.

—Pocos lo intentan en la oscuridad, M. Endymion. Pero recuerdo muy bien cada curva y tramo recto. Creo que puedo indicarte dónde frenar.

Titubeo sólo un segundo.

—De acuerdo —digo. Le aprieto la mano enguantada.

Con gafas de visión nocturna, esto debería ser tan fácil como un viaje en pleno día... que no es nada fácil. Pero yo perdí mis gafas en mi odisea por los teleyectores; la nave llevaba pares de reemplazo, pero los dejé a bordo. «Trae dos dermotrajes y respiradores», me había dicho Rachel de parte de Aenea. Podría haber mencionado las gafas de visión nocturna.

Se suponía que el viaje de hoy sería una fácil excursión hasta el mercado de Phari, con una noche en la hostería, y un viaje de vuelta con George Tsarong, Jigme Norbu y una larga hilera de porteadores, cargando el pesado material para la construcción.

Tal vez mi reacción ante la noticia del aterrizaje de Pax sea exagerada. Demasiado tarde. Aunque diéramos la vuelta, el regreso por las líneas fijas de K'un Lun sería tan problemático como este descenso. O eso trato de creer.

A. Bettik mete su martillo de hielo de 38 centímetros en el nudo del brazalete del brazo izquierdo; luego prepara su hacha normal de 75 centímetros. Sentado en el trineodúctil, empuño mi martillo con la mano izquierda y arrastro mi hacha más larga con la mano derecha; le hago otra seña aprobatoria a A. Bettik y él parte en el claro de luna, girando una vez, equilibrando expertamente el trineo con su martillo corto, haciendo volar astillas, y luego saltando sobre el borde y perdiéndose de vista durante unos segundos. Espero hasta dejar un intervalo de diez metros —suficiente para evadir la espuma de hielo de su trineo, pero también para verlo bajo la luz naranja de Oráculo— y arranco.

Veinte kilómetros. A una velocidad media de ciento veinte kilómetros por hora, deberíamos recorrerla en diez minutos. Diez minutos de frío, adrenalina, tensión, terror palpitante y estado de alerta.

El androide es brillante. Gira perfectamente en cada recodo, llega a las curvas de tal modo que su apogeo —y el mío unos segundos después— está justo en el linde de la barranca helada, sale del recodo a la velocidad correcta para el próximo tramo recto, se desliza por la rampa helada tan rápido que la visión se borronea. El golpeteo sube por mi espalda duplicando y triplicando la visión, el traqueteo me hace doler la cabeza, y hay un nuevo borrón cuando vuelan astillas de hielo, creando brillantes aureolas en el claro de luna, mientras las quietas estrellas giran sobre nosotros, estrellas brillantes que compiten con el fulgor de Oráculo y el resplandor de las lunas asteroidales. Frenamos y rebotamos y nos elevamos de nuevo, haciendo un brusco giro a la izquierda que me quita el aliento, entrando en un giro más brusco, luego saltando y volando por un tramo recto tan empinado que parece caída libre. Por un

minuto miro las nubes de fosgeno iluminadas por la luna, verdes como gas mostaza, y luego ambos entramos en una serie de espirales, de hélices de ADN, nuestros trineos vacilando en el borde de cada barranco de modo que dos veces mi hacha muerde el aire helado, pero ambas veces volvemos a caer y emerger, escupidos como bólidos, dos balas de rifle disparadas encima del hielo. Saltamos otra vez, aceleramos en un tramo recto, corremos por los ocho kilómetros de una pared de hielo en Abruzzi, la pared del deslizadero como suelo, mi hacha arrojando astillas al espacio vertical mientras nuestra velocidad aumenta, cada vez más, se convierte en algo más que velocidad mientras el aire frío me azota la máscara y el abrigo y los guantes y las botas hasta congelar la carne y cortar el músculo. Siento la piel helada de las mejillas estirándose bajo la máscara térmica mientras sonrío como un idiota, un rictus de terror y de pura exaltación, brazos y manos ajustándose constante, automática, instantáneamente al ritmo del hacha y del martillo.

De pronto A. Bettik vira a la izquierda, arrancando astillas al hundir ambas hachas. No tiene sentido. Semejante maniobra nos hará salir despedidos de la pared interna, la pared vertical, hacia el aire negro. Pero confío en él y tomo la decisión en menos de un segundo; clavo mi hacha grande, golpeando con el martillo, sintiendo el corazón en la garganta mientras patino de costado y amenazo con deslizarme a la derecha en vez de a la izquierda, a punto de salir girando del reborde de hielo a ciento cuarenta kilómetros por hora, pero me estabilizo y sobrevuelo un agujero donde habríamos caído de no ser por este abrupto desvío, aterrizando en un reborde de seis u ocho metros de anchura, un escotillón para la muerte. A. Bettik rebota en la pared interna, coge la pista haciendo chisporrotear el hacha en el claro de luna y continúa su descenso por el Abruzzi hacia la serie final de curvas que conducen a las cuestas de hielo de Hua Shan.

Y lo sigo.

En la Montaña de la Flor, ambos estamos demasiado helados y conmovidos y nos quedamos en el trineo varios minutos. Luego, juntos, nos ponemos de pie, conectamos a tierra las cargas piezoeléctricas de los trineos, las desactivamos y las guardamos en las mochilas. Rodeamos en silencio la protuberancia de Hua Shan, yo asombrado por los reflejos y el coraje de A. Bettik, él en un silencio que espero fervientemente no sea enfado por mi precipitada decisión de regresar por este camino.

Los últimos tres tramos en cablevía son un anticlímax, sólo notables por la belleza del claro de luna en los picos y riscos, y por la dificultad que tengo para cerrar los dedos sobre las argollas de freno.

El resplandor de las antorchas de Jo-kung es agradable después de esas cuestas desérticas, pero eludimos los andamiajes principales y cogemos las escaleras que bajan al paso. Pronto nos rodea la oscuridad de la ladera norte, interrumpida por las antorchas de la alta vereda de Hsuan'k'ung Ssu. Corremos durante el último

kilómetro.

Llegamos cuando Aenea inicia su sesión del atardecer. Hay cien personas en la pequeña pagoda. Ella mira por encima de las cabezas de la gente, ve mi rostro, le pide a Rachel que inicie la conversación y se acerca a la ventosa puerta donde aguardamos A. Bettik y yo.

16

Admito que estaba confundido y deprimido cuando llegué a las Montañas del Cielo. Dormí en fuga criogénica durante tres meses y dos semanas. Pensaba que no había sueños en la fuga criogénica, pero me equivocaba. Tuve pesadillas casi todo el viaje y desperté desorientado y aprensivo.

El punto de traslación estaba a sólo diecisiete horas, pero en el sistema T'ien Shan tuvimos que trasladarnos de C-plus más allá del último planeta y desacelerar dentro del sistema durante tres días completos. Corrí por las cubiertas, subí y bajé la escalera de caracol, salí al balcón. Quise convencerme de que estaba tratando de poner mi pierna en forma —aún me dolía, aunque la nave afirmaba que el autodoc la había curado—, pero sabía que estaba tratando de desahogarme. Creo que nunca había sentido tanta ansiedad.

La nave insistía en contarme todos los detalles acerca de este sistema estelar: estrella amarilla tipo G, blablablá —bien, eso estaba a la vista—, once mundos, tres gigantes gaseosos, dos cinturones de asteroides, alto porcentaje de cometas en el sistema interior, blablablá. Sólo me interesaba T'ien Shan, y me senté en el holofoso alfombrado para verlo crecer. Era un mundo brillante. Cegadoramente brillante. Una perla rutilante en el espacio negro.

«Lo que estás viendo es la capa permanente de nubes —ronroneaba la nave—. El albedo es impresionante. Hay nubes más altas. ¿Ves esos remolinos de tormentas en la parte inferior derecha del hemisferio diurno? ¿Esos cirros altos que proyectan sombras cerca del casquete polar ártico? Son las nubes que determinan la meteorología de las zonas habitadas.»

—¿Dónde están las montañas? —pregunté.

«Allá —dijo la nave, sobrevolando una sombra gris en el hemisferio norte—. Según mis viejos mapas, hay un gran pico en los confines septentrionales del hemisferio oriental, Chomo Lori, la "Reina de las Nieves". ¿Ves esas estrías al sur? ¿Ves que se aglomeran hasta pasar el ecuador y luego se propagan cada vez más hasta desaparecer en las masas nubosas del polo sur? Son los dos grandes macizos centrales, Phari y K'un Lun. Fueron las primeras cordilleras habitadas del planeta y son excelentes ejemplos de la violenta erupción cretácea que derivó en...»

Blablablá. Y yo sólo podía pensar en Aenea, Aenea, Aenea.

Era extraño entrar en un sistema sin naves de Pax, sin defensas orbitales, sin bases lunares, ni siquiera una base en el centro de esa gigantesca luna redonda —que parecía un balazo en medio de una esfera anaranjada y lisa—, sin registros de estelas Hawking ni emisiones de neutrinos ni lentes gravitatorias ni rastros de naves Bussard,

ningún indicio de alta tecnología. La nave dijo que había algunas emisiones de microondas en ciertas zonas del planeta, pero cuando las detecté resultaron estar en chino pre-Hégira. Esto me desconcertó. Nunca había estado en un mundo donde la mayoría de los humanos hablaran en algo que no fuera una versión del inglés de la Red.

La nave entró en órbita geosincrónica por encima del hemisferio oriental.

—Tus instrucciones eran encontrar el pico llamado Heng Shan, seiscientos cincuenta kilómetros al sureste de Chomo Lori. Allá.

La visión telescópica se centró en un bello colmillo de hielo y nieve que atravesaba tres capas de nubes y cuya cumbre clara y brillante relucía encima de la atmósfera.

—Cielos —susurré—. ¿Y dónde está Hsuan'k'ung Ssu, el Templo Suspendido en el Aire?

«Debería estar... allá», dijo triunfalmente la nave.

Mirábamos una protuberancia de hielo, nieve y roca gris. Rodaban nubes al pie de ese increíble peñasco. Aún mirándolo desde el holovisor, tuve que aferrar los cojines, presa del vértigo.

—¿Dónde? —pregunté. No había edificios a la vista.

«Aquel triángulo oscuro —dijo la nave, sobrevolando lo que me parecía una sombra sobre una roca gris—. Y esta línea... aquí...»

—¿Cuál es la magnificación?

«El triángulo tiene aproximadamente un metro veinte en el borde más largo», dijo la voz de mi comlog a la que me había acostumbrado tanto.

—Un edificio bastante pequeño para que viva gente —señalé.

«No, no —dijo la nave—. Esto es sólo una estructura de construcción humana asomando bajo lo que debe ser un saliente de roca. Calculo que el Templo Suspendido en el Aire está bajo el saliente. La roca es más que vertical en este punto. Se curva hacia dentro unos sesenta u ochenta metros.»

—¿Puedes darme una visión lateral para que vea el templo?

«Podría —dijo la nave—. Tendríamos que adoptar una órbita más septentrional para usar el telescopio para mirar al sur por encima del pico de Heng Shan, y pasar a infrarrojo para mirar a través de la masa nubosa que está a ocho mil metros, entre el pico y esa protuberancia donde está construido el Templo. También tendría que...»

—Olvídalo. Sólo transmite en haz angosto a toda esa zona y verifica si Aenea nos está esperando.

«¿Qué frecuencia?»

Aenea no había mencionado ninguna frecuencia. Sólo había dicho que no podríamos aterrizar, pero que descendiera en Hsuan'k'ung Ssu de todos modos. Mirando esa pared vertical de nieve e hielo, entendí a qué se refería.

—Irradia en cualquier frecuencia común que hubiéramos usado si llamaras por una extensión comlog —dije—. Si no hay respuesta, recorre todas las frecuencias que tengas. Podrías probar suerte con las frecuencias que captaste antes.

«Provenían del cuadrante meridional del hemisferio occidental —dijo la nave con voz paciente—. No capté emisiones de microondas en este hemisferio.»

—Hazlo, por favor.

Nos quedamos allí media hora, transmitiendo hacia el risco en haz angosto y lanzando señales de radio generales a todos los picos de la zona, luego acribillando el hemisferio con breves preguntas. No hubo respuesta.

—¿Puede haber un mundo habitado donde nadie use radio? —pregunté.

«Por cierto —dijo la nave—, en Ixión está contra la ley y la costumbre usar comunicaciones de microonda. En Nueva Tierra había un grupo que...»

—De acuerdo, de acuerdo —dije. Por milésima vez, me pregunté si habría un modo de reprogramar esta inteligencia autónoma para que no fuera tan fastidiosa—. Desciende.

«¿En qué lugar? Hay grandes zonas habitadas en el pico alto del este, que en mi mapa se llama T'ai Shan, y en el risco K'un Lun hay otra ciudad que según creo se llama Hsi wang-mu, y otros habitáculos en el fisco Phari y en un paraje del oeste designado Koko Nor. También...»

—Desciende en el Templo Suspendido en el Aire.

Afortunadamente, el campo magnético del planeta era totalmente adecuado para los propulsores EM de la nave, así que bajamos flotando en vez de tener que descender sobre una estela de llamas de fusión.

Salí al mirador para ver algo, aunque las pantallas del holofoso o del dormitorio habrían sido más prácticas.

Aunque me parecieron horas, a los pocos minutos flotábamos a ocho mil metros, entre el majestuoso pico del norte, Heng Shan, y el risco donde estaba Hsuan'k'ung Ssu. Había visto el terminador avanzando desde el este mientras descendíamos, y según la nave ahora atardecía. Llevé un par de binoculares al mirador y observé. Veía claramente el templo. Lo veía, pero no podía creerlo.

Lo que había parecido un mero juego de luces y sombras bajo las enormes, acanaladas y salientes láminas de granito gris era una serie de estructuras que se extendía cientos de metros al este y al oeste. Vi de inmediato la influencia asiática: edificios con forma de pagoda con techos inclinados y aleros curvos, tejas doradas y lustrosas bajo la brillante luz del sol; ventanas redondas y portones curvos en las secciones de ladrillos, airosos porches de madera con barandas esculpidas; delicadas columnas de madera pintadas del color de la sangre seca; estandartes rojos y amarillos colgando de aleros, portales y barandas; complejas tallas en las vigas y las

torres; y puentes colgantes y escaleras festoneados con lo que luego conocería como «ruedas rezadoras» y «banderas rezadoras», que ofrecían una plegaria al Buda cada vez que una mano humana o el viento las hacía girar.

El templo aún estaba en construcción. Vi gente que transportaba madera a plataformas altas, gente que cincelaba la ladera del risco, vi andamiajes, toscas escalerillas y puentes de material vegetal trenzado con soga, y vi figuras erguidas que subían cestos vacíos por las escalerillas y puentes, y figuras encorvadas que bajaban cestos similares llenos de piedras, hasta una losa ancha donde vaciaban la mayoría de los cestos. Estábamos tan cerca que pude ver que muchas de esas figuras humanas usaban túnicas coloridas hasta los tobillos —algunas ondulando en el viento que acariciaba la ladera— y que esas túnicas eran gruesas y abrigaban. Luego aprendería que eran las ubicuas *chuba*, que se podían fabricar con la gruesa e impermeable lana de cigocabra, con seda ceremonial o algodón, aunque esta última tela era rara y muy valorada.

La idea de mostrar la nave a los lugareños me ponía nervioso —temía provocar pánico, un ataque láser o algo parecido—, pero no sabía qué otra cosa hacer. Aún estábamos a varios kilómetros, así que a lo sumo seríamos un inusitado destello de sol sobre metal oscuro flotando contra el fondo blanco del pico norte. Esperaba que la tomaran por un pájaro —la nave y yo habíamos visto muchos pájaros por la pantalla, muchos de ellos con una envergadura de varios metros—, pero perdí esa esperanza cuando vi que algunos obreros del templo interrumpían su labor para mirar en nuestra dirección. Nadie fue presa del pánico. Nadie corrió en busca de refugio ni de armas —no vi armas a la vista en ninguna parte—, pero evidentemente nos habían visto. Dos mujeres en túnica subieron por la serie ascendente de edificios, puentes, escaleras, escalerillas y andamiajes hasta la plataforma más oriental, donde el trabajo parecía consistir en abrir boquetes en la pared de roca. Allí había una especie de galpón. Una de las mujeres entró allí y salió poco después con otras personas.

Aumenté la magnificación de los binoculares, sintiendo ansiedad, pero el humo de la construcción me impedía distinguir si la persona más alta era Aenea. Pero a través de los velos de humo curvo llegué a ver un destello de cabello castaño claro y corto, y por un momento bajé los binoculares y me quedé mirando la pared distante, sonriendo como un idiota.

—Nos hacen señas —dijo la nave.

Miré de nuevo por los binoculares. Otra persona —mujer, creo, pero con cabello mucho más oscuro— agitaba dos banderas.

«Es un antiguo código de señales —explicó la nave—. Se llama morse. Las primeras palabras son...»

—Cállate —dije. Habíamos aprendido el código morse en la Guardia Interna y una vez lo había usado con dos vendas ensangrentadas para llamar a los deslizadores

médicos en la Garra.

VUELA DIEZ KILÓMETROS HASTA FISURA NORESTE... FLOTA ALLÍ... ESPERA INSTRUCCIONES.

—¿Entendiste, nave?

«Sí.» La nave siempre hablaba con frialdad cuando yo la trataba groseramente.

—Vamos. Creo ver una grieta diez kilómetros al noreste. Quedémonos lo más lejos posible y entremos desde el este. No creo que puedan vernos desde el Templo, y no veo otras estructuras en la ladera en esa dirección.

Sin más comentario, la nave rodeó la escarpada ladera hasta llegar a la fisura, una grieta vertical que bajaba miles de metros hasta cerrarse cuatrocientos metros sobre el nivel del Templo, que ahora estaba oculto por la curva de roca del oeste.

La nave flotó verticalmente hasta llegar a cincuenta metros del fondo de la fisura. Me sorprendió ver arroyos bajando por las empinadas paredes de roca de los flancos, descendiendo al centro de la fisura antes de lanzarse al aire en una cascada. Había árboles, musgos, líquenes y plantas florecientes en la grieta, prados que se elevaban cientos de metros a orillas de los arroyos hasta convertirse en estrías de liquen multicolor que trepaban hacia el hielo. Al principio pensé que no había señales de intrusión humana, pero luego vi los rebordes cincelados de la pared norte —con anchura apenas suficiente para estar de pie— y los senderos que atravesaban el musgo verde y brillante y las piedras del arroyo, y el diminuto y sufrido edificio —demasiado pequeño para ser una cabaña, más parecido a un mirador— que se erguía bajo árboles perennes modelados por el viento a lo largo del arroyo y cerca del punto alto del verde paso de la fisura. Señalé un punto y la nave se aproximó al mirador. Comprendí por qué sería difícil aterrizar allí. La nave del cónsul no era grande —había permanecido oculta en la torre de piedra de la vieja ciudad de Endymion durante siglos— pero, aunque aterrizara verticalmente sobre sus aletas o patas plegadizas, aplastaría árboles, hierba, musgo y plantas. En ese mundo de roca parecían demasiado raros para destruirlos de esa manera.

Así que revoloteamos. Y esperamos. Y al cabo de treinta minutos, una mujer joven dobló por el sendero y nos saludó con entusiasmo.

No era Aenea.

Admito mi decepción. Mi deseo de ver de nuevo a mi joven amiga había llegado al extremo de la obsesión, y supongo que tenía fantasías absurdas: Aenea y yo corriendo por un prado, ella de nuevo una niña, yo su protector, ambos riendo de placer mientras yo la alzaba y la balanceaba...

Bien, al menos había un prado. La nave siguió revoloteando y extendió una escalera. La joven mujer cruzó el arroyo, saltando en las piedras con perfecto equilibrio, y se acercó sonriendo.

Tenía poco más de veinte años, con una gracia y aplomo que recordaba de mil imágenes de mi joven amiga. Pero yo nunca había visto a esta mujer.

¿Aenea pudo cambiar tanto en cinco años? ¿Se habrá disfrazado para ocultarse de Pax? ¿O yo me he olvidado de su aspecto? Esto parecía improbable. No, imposible. La nave me había asegurado que para Aenea habían transcurrido cinco años y algunos meses si me esperaba en este mundo, pero todo mi viaje —incluida la fuga criogénica— había durado sólo cuatro meses. Yo sólo había envejecido unas semanas. No podía haberla olvidado. Nunca la olvidaría.

—Hola, Raul —saludó la joven de cabello oscuro.

—Hola.

Ella se acercó y me ofreció la mano. Su apretón era firme.

—Soy Rachel. Aenea te describió perfectamente. —Se echó a reír— Desde luego, no esperábamos que nadie más nos visitara en una nave estelar... —Señaló la nave que flotaba allí como un globo meciéndose en el viento.

—¿Cómo está Aenea? —pregunté, y mi voz me sonó extraña— ¿Dónde está?

—Está en el templo, trabajando. Es el turno más intenso, y no pudo escaparse. Me pidió que viniera a ayudarte a disponer de tu nave.

No pudo escaparse. ¿Qué cuernos era esto? Había pasado por un infierno con cálculos renales y una pierna rota, tropas de Pax que me perseguían, un mundo sin tierra, un alienígena que me había devorado y regurgitado... ¿y ella no podía escaparse? Me mordí el labio, resistiendo el impulso de decir lo que pensaba. Admito que mis emociones eran fuertes en ese momento.

—¿Disponer de mi nave? ¿A qué te refieres? —pregunté, mirando en torno—. Tiene que haber un sitio donde pueda aterrizar.

—No lo hay —dijo la joven llamada Rachel. Mirándola bajo la brillante luz del sol, comprendí que quizá fuera un poco mayor que Aenea. Tenía ojos pardos e inteligentes, el cabello desaliñado como el de Aenea, la tez bronceada por largas horas de sol, las manos callosas, arrugas en las comisuras de los ojos.

—¿Por qué no hacemos lo siguiente? —propuso Rachel—. ¿Por qué no bajas lo que necesitas de la nave, traes un comlog o comunicador para llamarla cuando desees, sacas dos dermotrajes y dos respiradores del armario y le dices a la nave que regrese a la tercera luna? Allí hay un cráter profundo donde podrá ocultarse, pero esa luna está en órbita cuasigeosincrónica y mantiene una cara hacia este hemisferio todo el tiempo. Si la llamas, regresará en pocos minutos.

La miré con suspicacia.

—¿Para qué dermotrajes y respiradores? —La nave los tenía. Estaban diseñados para ámbitos de vacío benigno donde no se requería una armadura espacial—. El aire parece bastante denso aquí.

—Lo es —dijo Rachel—. A esta altitud hay una atmósfera asombrosamente rica

en oxígeno. Pero Aenea me encargó que te pidiera los dermotrajes y respiradores.

—¿Por qué? —pregunté.

—No sé, Raul —dijo Rachel. Sus ojos eran plácidos, aparentemente libres de engaño o maldad.

—¿Por qué esconder la nave? ¿Pax está aquí?

—Todavía no, pero hace seis meses que los esperamos. En este momento no hay naves espaciales en la zona de T'ien Shan, con excepción de la tuya. Tampoco hay naves aéreas. Ni deslizadores, VEMs, tópteros ni cópteros, sólo las paravelas de los voladores, y nunca estarían tan alto.

Asentí con un titubeo.

—Hoy los dugpas vieron algo que no pudieron explicar —continuó Rachel—. La mancha de tu nave contra Chomo Lori, quiero decir. Pero al fin lo explicarán todo como *tendrel*, así que no será un problema.

—¿Qué es *tendrel*? ¿Y quiénes son los dugpas?

—*Tendrel* son señales. Adivinaciones dentro de la tradición budista chamanista predominante en esta región de las Montañas del Cielo. Los dugpas son los... bien, la palabra significa literalmente «más altos». Las gentes que viven a mayor altura. También están los drukpas, las gentes del valle, las fisuras inferiores, y los drungpas, las gentes del valle boscoso, los que viven en los grandes bosques de helecho y bambú de los confines occidentales de Phari.

—¿Conque Aenea está en el Templo? —insistí, resistiéndome a seguir la «sugerencia» de ocultar la nave.

—Sí.

—¿Cuándo puedo verla?

—En cuanto vayamos allá. —Rachel sonrió.

—¿Cuánto hace que conoces a Aenea?

—Cuatro años, Raul.

—¿Naciste en este mundo?

Ella sonrió de nuevo, paciente con mi interrogatorio.

—No. Cuando conozcas a los dugpas y los demás, verás que no soy nativa. La mayoría de la gente de esta región tiene sus raíces en la China, el Tibet y otros lugares del Asia.

—¿De dónde eres tú? —pregunté de mal humor.

—Nací en Mundo de Barnard, un apartado planeta agrícola. Maizales, bosques, largos atardeceres y algunas buenas universidades, pero no mucho más.

—Oí hablar de él —dije. Eso me despertaba más sospechas. Las «buenas universidades» que habían dado fama a Mundo de Barnard en tiempos de la Hegemonía se habían convertido tiempo atrás en academias y seminarios de la Iglesia. Tuve el súbito deseo de ver el pecho de esa mujer, de comprobar si llevaba un

cruciforme. Habría sido demasiado fácil deshacerme de la nave y caer en una trampa de Pax—. ¿Dónde conociste a Aenea? ¿Aquí?

—No, no aquí. En Amritsar.

—¿Amritsar? Nunca lo oí nombrar.

—No me extraña. Amritsar es un mundo marginal en la escala Solmev, en los confines del Confín. Sólo fue colonizado hace un siglo... refugiados de una guerra civil en Parvati. Varios miles de sijs y de sufíes sobreviven allí. Aenea fue contratada para diseñar un centro comunitario en el desierto y yo fui contratada para estudiar el terreno y supervisar las cuadrillas de construcción. He estado con ella desde entonces.

Asentí, poco convencido. Sentía algo que no era sólo decepción. Se parecía a la furia pero rayaba en los celos. Pero eso era absurdo.

—¿Y A. Bettik? —pregunté, temiendo súbitamente que el androide hubiera muerto—. ¿Está...?

—Ayer partió para el mercado de Phan en nuestro viaje quincenal de aprovisionamiento —dijo la mujer llamada Rachel. Me tocó el brazo—. A. Bettik está bien. Regresará mañana con el claro de luna. Vamos. Busca tus petates. Dile a la nave que se oculte en la tercera luna. Será mejor que Aenea te lo explique todo.

Terminé por llevar poco más que una muda de ropa, buenas botas, mis pequeños binoculares, un pequeño cuchillo, los dermotrajes y respiradores y una miniunidad de comunicaciones. Guardé todo en una mochila, bajé al prado y le ordené a la nave lo que debía hacer. Había llegado a tal extremo de antropomorfismo que esperaba que la nave se resistiera a volver a modalidad de hibernación —para colmo en una luna sin aire—, pero la nave reconoció la orden, sugirió comunicarse una vez por día para verificar si la unidad de comunicaciones funcionaba y se alejó, reduciéndose hasta desaparecer como un globo al que le han cortado el cordel.

Rachel me dio un *chuba* de lana y me lo puse sobre la chaqueta térmica. Reparé en el arnés de nailon que ella llevaba sobre la chaqueta y los pantalones, el equipo metálico de escalamiento, y le pregunté qué era.

—Aenea tiene un arnés para ti en el templo —dijo, colocando las cosas en la abrazadera—. Esta es la tecnología más avanzada de este mundo. Los metalúrgicos de Potala cobran una cifra principesca por este material... grapas, poleas, hachas, martillos, ganchos, flechas, tubos.

—¿Lo necesitaré? —pregunté dubitativamente. En la Guardia Interna habíamos aprendido algunas técnicas elementales de escalada (uso de cuerdas, aprovechamiento de las grietas, esas cosas) y yo había escalado un poco cuando trabajaba con Avrol Hume en el Pico, pero no sabía auténtico montañismo. No me agradaban las alturas.

—Lo necesitarás, pero te acostumbrarás pronto —me aseguró Rachel, y se puso

en marcha, brincando sobre las piedras y subiendo por la senda hacia el borde del peñasco. Su equipo tintineaba como los cencerros de una cabra montes.

La marcha de diez kilómetros por la abrupta ladera fue bastante fácil una vez que me acostumbré al reborde angosto, el vertiginoso precipicio, el resplandor de la increíble montaña del norte y las arremolinadas nubes de abajo, y la desbordante energía de esa rica atmósfera.

—Sí —dijo Rachel cuando mencioné el aire—. Esta atmósfera tan rica en oxígeno sería un problema si hubiera bosques o sabanas inflamables. Tendrías que ver las tormentas eléctricas del monzón. Pero el bosque de bonsai de la fisura y los bosques de helechos del lado lluvioso de Phari es todo lo que tenemos en material combustible. Son todas especies resistentes al fuego. La madera de bonsai que usamos en el edificio es tan compacta que casi no arde.

Caminamos un rato en silencio. Mi atención estaba en el reborde. Acabábamos de doblar un recodo estrecho que me obligó a agachar la cabeza bajo el saliente cuando el borde se ensanchó, la vista se abrió y me encontré frente a Hsuan'k'ung Ssu, el Templo Suspendido en el Aire.

Desde ese lugar bajo al este del Templo, aún parecía mágicamente suspendido en el aire. Algunos edificios más viejos tenían bases de ladrillo o piedra, pero la mayoría estaban construidos sobre aire. Estas pagodas estaban protegidas por el saliente de roca que se elevaba a setenta y cinco metros de los edificios principales, pero las escaleras y plataformas zigzagueaban casi hasta el vientre del saliente.

Nos mezclamos con la gente. Los *chubas* multicolores y las cuerdas no eran el único común denominador: la mayoría de los rostros que me escudriñaban con amable curiosidad parecían ser asiáticos; eran personas relativamente bajas por ser un mundo de gravedad estándar; saludaban y se apartaban respetuosamente mientras trepábamos por escalas, atravesábamos salas que olían a incienso y sándalo, cruzábamos porches y puentes colgantes y subíamos delicadas escaleras. Pronto estuvimos en los niveles superiores del templo, donde la construcción avanzaba deprisa. Las pequeñas figuras que yo había visto con los binoculares ahora cobraban vida, seres humanos jadeando bajo pesados cestos llenos de piedras, individuos que olían a sudor y trabajo. La silenciosa eficiencia que yo había presenciado desde la terraza de la nave se convirtió en una algarabía de martillazos, vibraciones de cincel, ecos de picos y obreros que gritaban y gesticulaban en medio del caos controlado típico de toda obra en construcción.

Después de varias escaleras y tres largas escalas que llegaban a la plataforma más alta, me detuve para recobrar el aliento antes de subir la última escalerilla. A pesar de la abundancia de oxígeno, escalar era trabajoso. Noté que Rachel me miraba con una tolerancia que bien se podía confundir con indiferencia.

Una mujer joven se asomó por la plataforma alta y bajó grácilmente. Por un

segundo sentí fuertes palpitaciones —¡Aenea!—, pero luego vi cómo se movía la mujer, vi su cabello corto y oscuro, y supe que no era mi amiga.

Rachel y yo nos alejamos del pie de la escalerilla en cuanto la mujer brincó en los últimos peldaños. Era corpulenta y maciza, tan alta como yo, con rasgos fuertes y asombrosos ojos violetas. Aparentaba cuarenta o cincuenta años estándar, estaba muy bronceada y en gran estado físico y, por las arrugas que tenía en las comisuras de los ojos y la boca, parecía que también disfrutaba de la risa.

—Raul Endymion —dijo, extendiendo la mano—. Soy Theo Bernard. Ayudo a construir cosas.

Asentí. Su apretón era tan firme como el de Rachel.

—Aenea está terminando. —Theo Bernard señaló la escalerilla.

Miré de reojo a Rachel.

—Sube —me dijo Rachel—. Nosotras tenemos cosas que hacer.

Inicié el ascenso. La escalerilla de bambú tendría sesenta escalones, y mientras subía noté que la plataforma de abajo era angosta y el abismo no tenía fondo.

Al llegar a la plataforma, vi las toscas cabañas y las piedras cinceladas donde se alzaría el último edificio. Reparé en las incontables toneladas de piedra que comenzaban diez metros por encima de mí, donde el saliente se curvaba hacia fuera y hacia arriba como un techo de granito. Avecillas con cola bifurcada revoloteaban entre las grietas y fisuras.

Luego fijé mi atención en la figura que salía del galpón más grande.

Era Aenea: ojos francos y oscuros, sonrisa desinhibida, pómulos afilados y manos delicadas, el cabello claro cortado al descuido y ondeando en el viento fuerte. No era mucho más alta que la última vez —podría haberle besado la frente sin agacharme— pero estaba cambiada.

Contuve el aliento. Había visto crecer y madurar a otras personas, pero la mayoría eran amigos míos cuando yo también crecía. No tenía hijos, y sólo había podido observar atentamente a alguien que maduraba durante los cuatro años de mi amistad con esta niña. Comprendí que en muchos sentidos Aenea aún era como al cumplir los dieciséis años —cinco atrás, para ella—, aunque ahora estaba menos mofletuda, con pómulos más afilados y rasgos más firmes, caderas más anchas y senos más prominentes. Usaba pantalones de sarga, botas altas, una camisa verde que yo recordaba de Taliesin Oeste, una chaqueta color caqui que flameaba al viento. Sus brazos y piernas eran más fuertes, más musculosos, que en Vieja Tierra.

Todo había cambiado en ella. La niña había desaparecido. La reemplazaba una mujer, una mujer extraña que se me acercó deprisa por la tosca plataforma. No eran sólo los rasgos fuertes y las carnes más firmes. Era su solidez, su presencia. Aenea siempre había sido la persona más vital, más animosa, más completa que yo había conocido, aun en su niñez. Ahora la niña ya no estaba, o estaba sumergida en la

adulta, y yo veía la solidez dentro de esa aura animada.

—¡Raul! —exclamó, acercándose y aferrándome los brazos.

Por un segundo creí que iba a besarme en la boca, como lo había hecho la niña de dieciséis años durante nuestros últimos minutos en vieja Tierra. En cambio, alzó la mano y me tocó la cara, acariciándome la mejilla. Sus ojos oscuros relucían con... ¿qué? No era mera alegría. Vitalidad, quizá. Felicidad, esperaba yo.

Me quedé mudo. Intenté hablar, me interrumpí, alcé la mano derecha para tocarle la mejilla, la bajé.

—Raul... caray. ¡Es tan bueno verte! —Ella me apartó la mano de la cara y me abrazó con violenta intensidad.

—Lo mismo digo, pequeña. —Le palmeé la espalda, sintiendo el tosco paño de su chaqueta.

Ella retrocedió sonriendo, me aferró los brazos.

—¿Fue terrible el viaje para conseguir la nave? Cuéntame.

—¡Cinco años! —exclamé—. ¿Por qué no me dijiste...?

—Lo dije. Lo grité.

—¿Cuándo? ¿En Hannibal? ¿Cuando yo estaba...?

—Sí. Luego grité que te amaba, ¿recuerdas?

—Recuerdo eso pero... si supieras... cinco años...

Ambos hablábamos al mismo tiempo. Quería contarle todo: los teleyectores, el cálculo renal en Vitus-Gray-Balianus B, la gente de la Hélice del Espectro de Amoiete, el mundo nuboso, el calamar aéreo. Le hacía preguntas y no la dejaba responder.

Aenea sonreía de oreja a oreja.

—Estás igual, Raul. Estás igual. Pero claro, para ti sólo han sido un par de semanas de viaje y un sueño frío a bordo de la nave.

Sentí un chispazo de furia en medio del vértigo de felicidad.

—Maldición, Aenea. Debiste hablarme de la deuda temporal. Y de la teleyección a un mundo sin ríos ni suelo sólido. Pude haber muerto.

Aenea asentía.

—Pero no lo sabía con certeza, Raul. No había certidumbres... sólo las posibilidades habituales. Por eso A. Bettik y yo incluimos la vela en el kayak. —Sonrió de nuevo—. Parece que funcionó.

—Pero sabías que sería una larga separación. Años para ti. —No lo planteé como pregunta.

—Sí.

Me puse a hablar, sentí que mi enfado se disipaba tan pronto como había surgido, le cogí los brazos.

—Es bueno verte, pequeña.

Ella me abrazó de nuevo, besándome en la mejilla como cuando era niña y yo la divertía con bromas o comentarios.

—Vamos —dijo—. El turno vespertino ha terminado. Te mostraré nuestra plataforma y te presentaré a nuestra gente.

¿Nuestra plataforma? La seguí por escalerillas y puentes que no había visto mientras caminaba con Rachel.

—¿Te encuentras bien, Aenea? ¿Está todo bien?

—Sí. —Ella miró por encima del hombro y me sonrió de nuevo—. Todo está bien, Raul.

Cruzamos una terraza en el costado de la más alta de las tres pagodas que estaban una encima de otra. La plataforma temblaba un poco mientras recorríamos la angosta terraza, y toda la estructura vibró cuando pisamos la estrecha plataforma que unía las pagodas. Noté que había gente que salía de la pagoda del oeste y cogía el angosto camino de la ladera.

—Esta parte tiembla, pero es muy resistente —dijo Aenea, notando mi aprensión —. Se abren agujeros en la roca y se insertan vigas de resistente pino bonsai. Eso soporta toda la infraestructura.

—Se deben pudrir —dije mientras la seguía por un puente colgante. Oscilamos en el viento.

—Así es. Las han reemplazado varias veces en los ocho siglos que tiene el templo. Nadie sabe cuántas veces. Sus registros son más endebles que los suelos.

—¿Y te han contratado para mejorar el lugar? —dije. Habíamos llegado a una terraza de madera color vino. En una punta había una escalerilla que conducía a otra plataforma y a un puente más angosto.

—Sí —dijo Aenea—. Soy en parte arquitecta, en parte maestra mayor de obras. Supervisé la construcción de un templo taoísta cerca de Potala cuando llegué, y el Dalai Lama pensó que podría terminar las obras en el Templo Suspendido en el Aire. Han sido motivo de frustración para varios aspirantes en las últimas décadas.

—Cuando llegaste —repetí. Habíamos llegado a una plataforma alta en el centro de la estructura. Estaba rodeada por barandas bellamente talladas y había dos pequeñas pagodas justo en el borde. Aenea se detuvo en la puerta de la primera pagoda.

—¿Un templo? —dije.

—Mi casa.

Aenea sonrió, señalando el interior. Me asomé. La habitación cuadrangular tenía sólo tres metros por tres, un piso de madera bruñida con dos pequeñas esteras *tatami*. Lo más asombroso era la pared de enfrente... que no existía. Habían puesto biombos *shoji* y la habitación terminaba en el aire.

Un sonámbulo podía precipitarse al vacío. La brisa que barría la ladera agitaba las

hojas de tres ramas de sauce, puestas en una bella vasija color mostaza sobre una tarima de madera, contra la pared oeste. Era el único adorno.

—Nos quitamos los zapatos en los edificios, salvo en los corredores por donde pasaste antes —dijo Aenea. Me condujo a la otra pagoda. Era casi idéntica a la primera, salvo por los biombos *shoji*, que aquí estaban cerrados, y un diván en el piso —. Cosas de A. Bettik —dijo Aenea, señalando un armario pintado de rojo—. Aquí es donde dormirás tú. Entra.

Se quitó las botas, fue hasta la estera *tatami*, abrió el *shoji* y se sentó en la estera con las piernas cruzadas. Yo me quité las botas, apoyé la mochila en la pared sur y fui a sentarme junto a ella.

—Bien —dijo, cogiéndome de nuevo los brazos—. Cáspita.

Por un minuto no pude hablar. Me pregunté si la altitud o la abundancia de oxígeno me estaban provocando tanta emoción. Me puse a mirar las hileras de personas que salían del templo y recorrían las veredas y puentes. Frente a nuestra puerta abierta se erguía el reluciente macizo de Heng Shan, con hielos chispeantes a la luz del atardecer.

—Cielos, pequeña —murmuré—. Esto es hermoso.

—Sí. Y mortífero si no te andas con cuidado. Mañana A. Bettik te llevará a la ladera y te dará un curso para refrescar tus conocimientos de montañismo.

—Un curso para principiantes, mejor dicho.

No podía dejar de mirarle la cara, los ojos. Temía provocar una descarga eléctrica si le tocaba la piel. Recordé el cosquilleo que sentía cada vez que nos tocábamos cuando ella era niña.

—Bien, cuando llegaste aquí, el Dalai Lama, sea quien fuere, dijo que podías trabajar en el templo. ¿Pues cuándo llegaste aquí? ¿Cómo llegaste aquí? ¿Cuándo conociste a Rachel y Theo? ¿A quién más conoces aquí? ¿Qué sucedió después de que nos despedimos en Hannibal? ¿Qué pasó con la gente de Taliesin? ¿Te buscan las tropas de Pax? ¿Dónde aprendiste tanta arquitectura? ¿Todavía hablas con los leones y tigres y osos? ¿Cómo...?

Aenea se echó a reír y alzó una mano.

—Una cosa por vez, Raul. También yo necesito que me hables de tu viaje.

La miré a los ojos.

—Soñé que conversábamos —le dije—. Tú mencionabas los cuatro pasos... aprender el idioma de los muertos... aprender...

—El idioma de los vivos —concluyó ella—. Sí, yo también tuve ese sueño.

Sin duda enarqué las cejas.

Aenea sonrió y me cogió las manos. Tenía manos más grandes, y me cubrían el puño. Recordé que antes sus dos manos desaparecían en una de las mías.

—Recuerdo el sueño, Raul. Y soñé que tenías dolor en la espalda...

—Cálculo renal —dije con disgusto.

—Sí. Bien, supongo que si podemos compartir sueños a años-luz de distancia, todavía somos amigos.

—Años-luz —repetí—. De acuerdo, ¿cómo los recorriste, Aenea? ¿Cómo llegaste aquí? ¿Qué otra cosa has sido?

Ella asintió y empezó a hablar. El viento que atravesaba los biombos le agitaba el cabello. Mientras hablaba, la luz del atardecer se intensificaba y trepaba por la alta montaña del norte y el peñasco del este y el oeste.

Aenea había sido la última en marcharse de Taliesin Oeste, pero eso fue sólo cuatro días después de que yo inicié mi viaje por el Mississippi. Los otros aprendices se habían marchado por diferentes teleyectores, y la nave de descenso había usado el resto de su potencia para trasladarlos a los portales: en el puente Golden Gate, en el borde del Gran Cañón, sobre los rostros de piedra del monte Rushmore, más allá de las oxidadas rampas de lanzamiento del parque histórico del Puerto Espacial Kennedy, al parecer en todo el hemisferio occidental de Vieja Tierra. El teleyector de Aenea estaba en la casa de adobe de una aldea pueblo, al norte de la desierta ciudad de Santa Fe. A. Bettik se había teleyectado con ella. Sentí un aguijonazo de celos, pero no dije nada.

Su primera teleyección la había llevado a un mundo de alta gravedad llamado Ixión. Pax tenía efectivos allí, pero se concentraban en el hemisferio opuesto. Ixión nunca se había recobrado totalmente de la Caída, y la alta meseta selvática adonde habían llegado Aenea y A. Bettik era un laberinto de malezas y ruinas pobladas por tribus guerreras de neomarxistas y resurgencistas nativoamericanos, una mezcla volátil desestabilizada por grupos de ARNistas errabundos que procuraban recobrar todas las especies registradas de los dinosaurios de Vieja Tierra.

Aenea contó la historia con gracia. Cómo ocultaron la piel azul de A. Bettik y su carácter de androide con grandes manchas de la pintura facial que usaban los lugareños, el descaro de una niña de dieciséis años exigiendo dinero —en este caso, alimentos y pieles— para dirigir obras de reconstrucción en las viejas ciudades de Canbar, Iliumut y Villa Mao... Pero había funcionado. No sólo Aenea había contribuido a reconstruir tres de los viejos centros urbanos y muchos hogares, sino que había iniciado una serie de «círculos de discusión» que atraían apersonas de varias tribus guerreras.

Aenea hablaba con reserva, pero quise saber qué eran esos «círculos de discusión».

—Nada del otro mundo. Ellos planteaban cosas, yo sugería temas de reflexión, la gente hablaba.

—¿Les enseñabas? —pregunté, pensando en la profecía según la cual la hija del

cíbrido John Keats sería La Que Enseña.

—En el sentido socrático, supongo.

—¿Qué significa...? Ah sí.

Recordé que en la biblioteca de Taliesin me había iniciado en la lectura de Platón. Sócrates, maestro de Platón, enseñaba mediante preguntas, extrayendo verdades que ya estaban dentro de la gente. Yo pensaba que esa técnica era sumamente dudosa en el mejor de los casos.

Aenea continuó. Algunos miembros de su grupo de discusión se habían convertido en adherentes devotos que regresaban todas las noches y la seguían cuando ella se mudaba de una ciudad de Ixión a otra.

—Discípulos —señalé.

Aenea frunció el ceño.

—No me gusta mucho esa palabra, Raul.

Me crucé de brazos y miré el fulgor de las nubes de abajo y la brillante luz del atardecer en el pico del norte.

—Tal vez no te guste, pequeña, pero me parece la palabra correcta. Los discípulos siguiendo a su maestra por doquier, tratando de vislumbrar una nueva chispa de conocimiento.

—Alumnos siguiendo a su maestra —corrigió Aenea.

—De acuerdo —dije, pues no deseaba distraerla con una discusión—. Adelante.

No había mucho que contar acerca de Ixión, dijo ella. Aenea y A. Bettik estuvieron en ese mundo un año local, cinco meses estándar. La mayor parte de las construcciones se hacían con bloques de piedra y el diseño era clásico antiguo, casi griego.

—¿Qué hay de Pax? ¿Nunca fueron a curiosear?

—Algunos misioneros participaron en las discusiones. Uno de ellos, un tal padre Clifford, se hizo buen amigo de A. Bettik.

—¿No te denunció? Aún nos deben estar buscando.

—Estoy segura de que el padre Clifford no me denunció. Pero al fin algunos efectivos de Pax comenzaron a buscarnos en el hemisferio occidental donde trabajábamos. Las tribus nos ocultaron un mes más. El padre Clifford asistía a las discusiones nocturnas aun mientras los deslizadores sobrevolaban la jungla para encontrarnos.

—¿Qué sucedió?

Me sentía como un chiquillo que hacía preguntas sólo para que la otra persona siguiera hablando. Habían sido sólo unos meses de separación —incluido ese sueño frío lleno de sueños— pero había olvidado cuánto adoraba el sonido de la voz de mi joven amiga.

—Nada. Terminé el último trabajo, un viejo anfiteatro para obras dramáticas y

reuniones comunitarias. A. Bettik y yo nos marchamos. Algunos de mis alumnos también se fueron.

Pestañeé.

—¿Contigo? —Rachel había dicho que había conocido a Aenea en un mundo llamado Amritsar y había viajado con ella hacia aquí. Tal vez Theo hubiera venido de Ixión.

—No, nadie vino conmigo desde Ixión —murmuró Aenea—. Tenían otros sitios adonde ir, cosas que enseñar.

La miré un instante.

—¿Quieres decir que los leones y tigres y osos ahora permiten que otros se teleyecten? ¿O se están abriendo todos los portales?

—No —respondió Aenea, aunque no supe a cuál pregunta—. Los teleyectores siguen muertos como siempre. Es sólo... algunos casos especiales.

Preferí no insistir en ello. Aenea continuó.

Después de Ixión, se había teleyectado al mundo de Alianza Maui.

—¡El mundo de Siri! —exclamé, recordando la voz de Grandam cuando me enseñaba las cadencias de los *Cantos* de Hyperion. Ese era el ámbito de uno de los cuentos de los peregrinos.

Aenea asintió y continuó. Alianza Maui había sido escenario de una revolución y de ataques de la Hegemonía en tiempos de la Red, se había recobrado durante el interregno de la Caída. Nuevos colonos habían llegado en tiempos de la expansión de Pax y los lugareños, en la mejor tradición de Siri, habían luchado desde sus islas móviles y junto a sus delfines hasta que la flota de Pax y la Guardia Suiza los aplastaron con dureza. Ahora Alianza Maui estaba totalmente cristianizado. Los residentes del único continente grande, el Archipiélago Ecuatorial, y los miles de islas migratorias eran enviados a «academias cristianas» para su reeducación.

Pero Aenea y A. Bettik habían atravesado una isla móvil que aún pertenecía a los rebeldes, grupos de neopaganos llamados siristas que navegaban de noche, flotaban entre archipiélagos migratorios de islas desiertas durante el día y combatían contra Pax en cada oportunidad.

—¿Qué construiste? —pregunté. Creía recordar por los *Cantos* que las islas móviles llevaban pocas cosas, excepto casas arbóreas bajo sus árboles-mástil.

—Casas arbóreas —dijo Aenea, sonriendo—. Muchas de ellas. Y algunas cúpulas subacuáticas. Allí pasaban los paganos casi todo el tiempo.

—Conque diseñaste casas arbóreas.

—¿Bromeas? Estos tíos, junto con los desaparecidos templarios de Bosquecillo de Dios, son los mejores constructores de casas arbóreas del espacio humano. *Aprendí* a construir casas arbóreas. Tuvieron la gentileza de permitir que A. Bettik y yo les ayudáramos.

—Trabajo esclavo —dije.

—Exacto.

Había pasado sólo tres meses estándar en Alianza Maui. Allí había conocido a Theo Bernard.

—¿Una rebelde pagana? —pregunté.

—Una fugitiva cristiana —corrigió Aenea—. Había ido a Alianza Maui como colona. Huyó de las colonias y se unió a los siristas.

Fruncí el ceño sin darme cuenta.

—¿Lleva cruciforme? —pregunté. Los cristianos renacidos todavía me ponían nervioso.

—Ya no.

—¿Pero cómo...? —Yo no conocía ningún modo de liberarse del cruciforme, salvo el ritual secreto de la excomunión, que sólo la Iglesia cristiana podía realizar.

—Te lo explicaré luego —dijo Aenea. Antes de concluir su relato, usaría esta frase varias veces.

Después de Alianza Maui, Aenea, A. Bettik y Theo Bernard se habían teleyectado a Vector Renacimiento.

—¡Vector Renacimiento! —exclamé. Era un baluarte de Pax. Casi nos habían derribado allí. Era un mundo hiperindustrializado, lleno de ciudades, fábricas robot y centros de Pax.

—Vector Renacimiento.

Aenea sonrió. No había sido fácil. Habían tenido que disfrazar a A. Bettik de víctima de quemaduras, con una máscara de carne sintética. Él se había sentido incómodo durante los seis meses que habían permanecido allí.

—¿Qué hiciste allí? —pregunté. Me costaba imaginar a mi amiga y sus acompañantes ocultos en la atestada ciudad-mundo que era Vector Renacimiento.

—Sólo un trabajo —dijo Aenea—. Trabajamos en la nueva catedral de San Mateo, en Da Vinci.

Tardé un minuto en recobrarme.

—¿Trabajaste en una catedral? ¿Una catedral de Pax? ¿Una iglesia cristiana?

—Por supuesto. Trabajé con algunos de los mejores albañiles, vidrieros, constructores y artesanos del oficio. Al principio fui aprendiz, pero antes de partir era asistente del maestro que trabajaba en la nave de la iglesia.

Sacudí la cabeza.

—¿Y tuviste círculos de discusión?

—Sí. En Vector Renacimiento recibimos más gente que en los demás mundos. Miles de alumnos.

—Me asombra que no te delataran.

—Me delataron. Pero no fue un alumno. Uno de los vidrieros nos denunció a la

guarnición de Pax. A. Bettik, Theo y yo apenas logramos escapar.

—Por teleyector.

—Sí... por teleyector —dijo Aenea. Sólo mucho tiempo después comprendí que había titubeado.

—¿Y otros partieron contigo?

—No conmigo. Pero cientos se teleyectaron a otras partes.

—¿Adonde? —pregunté desconcertado.

Aenea suspiró.

—¿Recuerdas nuestra discusión, Raul? ¿Recuerdas cuando dije que Pax pensaba que yo era un virus? ¿Y que tenían razón?

—Sí.

—Bien, estos alumnos míos también portan el virus. Tenían sitios adonde ir. Lugares que infectar.

La letanía de mundos y trabajos continuó. Tres meses en Patawpha, donde había usado su experiencia en casas arbóreas para construir mansiones en las ramas y troncos entrelazados que crecían en los vastos pantanos. Cuatro meses en Amritsar, donde había trabajado estándar en las tiendas del desierto y los lugares de reunión de los grupos nómades de sijs y sufíes que recorrían las verdes arenas.

—Allí conociste a Rachel.

—Así es.

—¿Cuál es el apellido de Rachel? Ella no me lo dijo.

—Tampoco me lo ha dicho a mí —dijo Aenea, y continuó con su relato.

Desde Amritsar, ella, A. Bettik y sus dos amigas se teleyectaron a Groombridge Dyson D. La terraformación de este mundo había fracasado durante la Hegemonía; la menguante cantidad de colonos había abandonado los glaciales de metano y amoníaco y los huracanes de cristal de hielo para recluirse en biodomos y cobertizos orbitales. Pero los pobladores —la mayoría ingenieros musulmanes sumías del fallido Proyecto de Recuperación Genética Transafricano— se negó a morir durante la Caída, y terminó terraformando Groombridge Dyson D hasta convertirlo en una tundra lapona con aire respirable y flora y fauna terrícola adaptada, incluidos lanosos mamuts que vagaban por las serranías ecuatoriales. Los millones de hectáreas de pastos eran perfectos para los caballos —caballos de Vieja Tierra como los que habían desaparecido durante las Tribulaciones, antes del colapso del mundo natal—, así que los diseñadores genéticos tomaron el material de la nave sembradora y criaron caballos por miles, luego por decenas de miles. Grupos nómadas recorrían los llanos del continente meridional, viviendo en una suerte de simbiosis con los grandes rebaños, mientras los granjeros y habitantes de las ciudades se mudaban a las altas colinas del ecuador. Allí había depredadores violentos, liberados durante siglos de experimentación ARN acelerada y autodirigida: carroñeros imitantes y espantos

nocturnos, serpientes de treinta metros de longitud descendientes de las del Mar de Hierba de Hyperion, tigres monteses de Fuji, lobos inteligentes y osos pardos con CI incrementado.

Los humanos tenían la tecnología para extinguir a esas fieras en un año o menos, pero los residentes de ese mundo escogieron otro camino: los nómadas correrían sus riesgos con los depredadores, protegiendo las manadas de caballos, mientras los habitantes de las ciudades construían una muralla, una muralla única que al fin tendría cinco mil kilómetros de longitud. Los agrestes parajes de las serranías quedarían separados de las sabanas donde vivían los caballos y de los bosques del sur. Y la muralla sería algo más que una muralla. Se convertiría en la gran ciudad lineal de Groombridge Dyson D, con treinta metros de altura en su parte más baja, con almenas erizadas de mezquitas y minaretes, con una calzada tan ancha como para permitir el cómodo tránsito de tres carruajes.

Los colonos eran pocos y estaban demasiado ocupados en otros proyectos para dedicarse totalmente a la muralla, pero programaron robots y descargaron androides de las bóvedas de la nave sembradora para llevar a cabo el trabajo. Aenea y sus amigos participaron en el proyecto, trabajando seis meses estándar mientras la pared cobraba forma e iniciaba su inexorable avance por el pie de las serranías y el linde de las llanuras.

—A. Bettik encontró allí a dos de sus hermanos —murmuró Aenea.

—Por Dios —susurré. Casi lo había olvidado. Cuando estábamos en Sol Draconi Septem unos años atrás, sentados al calor de un cubo calefactor en el estudio del padre Glaucus, dentro de un rascacielos que a la vez estaba dentro del glaciar eterno de la atmósfera congelada de ese mundo, A. Bettik había mencionado una de sus razones para participar en nuestra odisea con la niña Aenea: contra toda lógica esperaba encontrar a sus hermanos, tres varones y una mujer. Los habían separado poco después de su período de instrucción en su infancia, si los acelerados años iniciales de un androide podían llamarse «infancia».

—Conque los encontró —dije maravillado.

—A dos de ellos —repitió Aenea—. Uno de los varones, A. Antibe, y la mujer, A. Darria.

—¿Eran como él? —pregunté. El viejo poeta usaba androides en la desierta ciudad de Endymion, pero yo no les había prestado mucha atención. Sucedían demasiadas cosas demasiado deprisa.

—Muy parecidos. Pero también muy diferentes. Tal vez él te cuente más.

Concluyó su historia. Después de seis meses estándar en la ciudad lineal de Groombridge Dyson D, tuvieron que marcharse.

—¿Pax? —pregunté.

—La Comisión de Justicia y Paz, para mayor precisión. No queríamos irnos, pero

no teníamos opción.

—¿Qué es la Comisión de Justicia y Paz? —pregunté. Su modo de pronunciar esas palabras me había puesto la carne de gallina.

—Te lo explicaré luego.

—De acuerdo, pero explícame otra cosa ahora.

Aenea asintió.

—Dices que pasaste cinco meses estándar en Ixión. Tres meses en Alianza Maui, seis meses en Vector Renacimiento, tres meses en Patawpha, cuatro meses estándar en Amritsar, seis meses en Groombridge Dyson D...

Aenea asintió.

—¿Y dices que has estado aquí un año estándar?

—Sí.

—Eso suma sólo treinta y nueve meses estándar. Tres años y tres meses estándar.

Ella esperó. Movió levemente las comisuras de la boca, pero comprendí que no iba a sonreír. Más bien parecía que trataba de contener el llanto.

—Siempre fuiste bueno en matemáticas, Raul —dijo al fin.

—Mi viaje duró cinco años de deuda temporal —murmuré—. Eso representa sesenta meses estándar para ti, pero sólo me has hablado de treinta y nueve. ¿Dónde están los veintidós meses que faltan, pequeña?

Vi lágrimas en sus ojos. Le tembló la boca, pero trató de hablar con ligereza.

—Para mí fueron sesenta y dos meses, una semana y seis días estándar —dijo—. Cinco años, dos meses y un día de deuda temporal en la nave, cuatro días de aceleración y desaceleración y ocho días de tiempo de viaje. Olvidaste el tiempo de viaje.

—De acuerdo, pequeña —dije, notando que se alteraba. Le temblaban las manos —. ¿Quieres hablar de esos...? ¿Cuánto era?

—Veintitrés meses, una semana y seis horas.

Casi dos años estándar, pensé. *Y no quiere contarme lo que sucedió*. Nunca le había visto ejercer un control tan rígido; era como si tratara de combatir físicamente una terrible fuerza centrífuga.

—Hablaremos de ello después —dijo Aenea, señalando el peñasco que estaba al oeste del templo—. Mira.

Apenas pude distinguir unas figuras —bípedas y cuadrúpedas— en el angosto reborde. Estaban a kilómetros de distancia. Caminé hasta mi mochila, cogí los binoculares y estudié esas siluetas.

—Los animales de carga son cigocabras —dijo Aenea—. Los porteadores se contratan en el mercado de Phari y regresarán por la mañana. ¿Ves a algún conocido?

Así era. El rostro azul, envuelto en su capucha, estaba igual que cinco años antes. Me volví hacia Aenea, pero obviamente ella había terminado de hablar sobre sus dos

años faltantes. Le permití cambiar de tema una vez más.

Aenea me hizo preguntas, y todavía estábamos hablando cuando llegó A. Bettik. Las mujeres, Rachel y Theo, llegaron minutos después. Una de las esteras *tatami* ocultaba un brasero, cerca de la pared abierta, y Aenea y A. Bettik se pusieron a cocinar para todos. Otros entraron y fueron presentados: los capataces George Tsarong y Jigme Norbu, dos hermanas que estaban a cargo de las tallas de las barandas, Kuku y Kay Se, Gyalo Thondup con su túnica de seda formal, Jigme Taring con ropa de soldado, el monje Chim Din y su maestro, Kempo Ngha Wang Tashi, abad del gompa del Templo Suspendido en el Aire, una monja llamada Donka Nyapso, un agente comercial llamado Tromo Trochi de Dhomu, Tsipon Shakabpa, supervisor de construcción del Dalai Lama, y el célebre escalador y volador Lhomo Dondrub, tal vez el hombre más sorprendente que yo había visto y —descubrí más tarde— uno de los pocos voladores que bebía cerveza o compartía el pan con dugpas, drukpas y drungpas.

La comida consistía en *tsampa* y *momo*, cebada asada que se mezclaba con té y mantequilla de cigocabra, para formar una pasta que se enrollaba en bolas y se comía con otras bolas de pasta ahumada que contenían setas, lengua fría de cigocabra, tocino azucarado y trozos de peras que según me contó A. Bettik eran de los fabulosos jardines de Hsi wang-mu. Más gente entró mientras se repartían los cuencos: Labsang Samten —quien, me susurró A. Bettik, era el hermano mayor del Dalai Lama y hacía tres años que era monje en el templo— y varios drungpas de las grietas boscosas, entre ellos el maestro carpintero Changchi Kenchung con sus largos bigotes encerados, el intérprete Perri Samdup y Rimsi Kyipup, un melancólico obrero de los andamiajes. No todos los monjes que nos visitaron esa noche descendían de viejos colonos chinos o tibetanos. También reían y bebían con nosotros los temerarios constructores Haruyuki Otaki y Kenshiro Endo, los maestros artesanos del bambú Moytek Majer y Janusz Kurtyka, y los fabricantes de ladrillos Kim Byung-Soon y Viki Groselj. Allí estaba Charles Chi-kyap Kempo, alcalde de Jo-kung —la ciudad más cercana—, quien también era chambelán de los funcionarios sacerdotales del templo, miembro del Tsongdu, la asamblea regional de ancianos, y asesor del Yik-Tshang, literalmente «Nido de Letras», un cuerpo secreto de cuatro personas que supervisaba el progreso de los monjes y designaba a todos los sacerdotes. Charles Chi-kyap Kempo fue el primero del grupo en dormirse de embriaguez. Chim Din y otros monjes lo alejaron del borde de la plataforma y lo dejaron durmiendo en un rincón.

Había otros —por lo menos cuarenta personas llenaban la pagoda mientras la luz del sol se desvanecía y la luz de Oráculo y otras tres lunas bañaba las nubes—, pero esa noche olvidé sus nombres mientras comíamos *tsampa* y *momo*, bebíamos cerveza a carretadas y las antorchas de Hsuan'k'ung Ssu ardían con esplendor.

Horas después salí a hacer mis necesidades. A. Bettik me indicó el camino hasta los retretes. Había supuesto que se usaba el borde de las plataformas, pero él me aseguró que en un mundo donde las estructuras habitables tenían varios niveles uno encima de otro esto se consideraba de pésima educación. Los retretes estaban construidos en el flanco del peñasco, con tabiques de bambú, y las disposiciones sanitarias consistían en ingeniosos tubos y válvulas que desembocaban en grietas profundas y en tinas talladas en la piedra. Incluso había duchas y agua calentada con energía solar para lavarse.

Después de lavarme las manos y la cara, volví a la plataforma. La brisa helada me ayudó a despejarme. Me quedé con A. Bettik en el claro de luna y miré la reluciente pagoda donde la multitud había formado círculos concéntricos con mi joven amiga en el centro. Las risas y la bulla habían cesado. Uno por uno, los monjes, sacerdotes, constructores, carpinteros, abades, alcaldes y albañiles le hacían preguntas a la joven, y ella respondía.

La escena me recordó una imagen reciente, y tardé sólo un minuto en evocarla: la desaceleración de cuarenta UA en este sistema estelar, mientras la nave me ofrecía holoimágenes del sol tipo G con sus once planetas, sus dos cinturones de asteroides y sus incontables cometas. Aenea era definitivamente el sol de este sistema, y esos hombres y mujeres giraban en su órbita igual que los mundos, asteroides y cometas de la proyección.

Me apoyé en un poste de bambú y miré a A. Bettik.

—Será mejor que se cuide —murmuré, pronunciando cuidadosamente cada palabra— o comenzarán a tratarla como a un dios.

A. Bettik movió apenas la cabeza.

—No creen que M. Aenea sea un dios, M. Endymion —murmuró.

—Bien. —Apoyé el brazo en el hombro del androide—. Bien.

—Pero muchos se están convenciendo de que es Dios, aunque ella les asegura lo contrario.

17

La noche en que A. Bettik y yo traemos la noticia de la llegada de Pax, Aenea abandona su grupo de discusión, se nos acerca y escucha atentamente.

—Chim Din dice que el Dalai Lama les ha permitido ocupar la vieja gompa del Lago de las Nutrias —digo—, a la sombra del Shivling.

Aenea no dice nada.

—No les permiten usar sus máquinas voladoras —continúo—, pero pueden caminar por cualquier parte de la provincia. Cualquier parte.

Aenea asiente. Quiero aferrarla y sacudirla.

—Eso significa que pronto sabrán de tu existencia, pequeña —exclamo—. Dentro de semanas, quizá días, tendremos misioneros espiando y enviando informes al Enclave de Pax. —Suspiro—. Mierda, tendremos suerte si son sólo misioneros y no soldados.

Aenea calla otro minuto.

—Ya tenemos suerte de que no sea la Comisión de Justicia y Paz —dice al cabo.

—¿Qué es eso? —pregunto. Aenea la ha mencionado antes.

Aenea sacude la cabeza.

—Nada que tenga importancia inmediata, Raul. Deben tener alguna otra misión aquí, aparte de eliminar las heterodoxias.

En los primeros días Aenea me habló de las luchas que se libraban en el espacio de Pax: una revuelta palestina en Marte que terminó cuando Pax evacuó el planeta y lanzó bombas nucleares desde la órbita, rebeliones de comerciantes libres en los Territorios del Anillo de Lambert y Mare Infinitus, guerras continuas en Ixión y muchos otros mundos. Vector Renacimiento, con sus enormes bases de Pax y sus bares y burdeles, había sido un avispero de rumores e informes. Y como la mayoría de las naves de línea de la flota eran ahora arcángeles tipo Gedeón, la noticia habitualmente sólo tenía unos días.

Uno de los rumores más extraños que había oído Aenea antes de llegar a T'ien Shan era que por lo menos uno de esos arcángeles había desertado, escapando al espacio éxter, y ahora invadía el espacio de Pax para atacar convoyes de Pax Mercantilus —incapacitándolos en vez de destruir los cargueros tripulados— y fastidiar a los grupos de Pax que se disponían a agredir a los éxters más allá de la Gran Muralla. Durante las últimas semanas que Aenea y A. Bettik pasaron en Vector Renacimiento, circulaba el rumor de que las bases de la flota de allí corrían peligro. Otros rumores sugerían que muchos elementos de la flota permanecían en el sistema de Pacem para defender el Vaticano. Al margen de todo lo demás, era indudable que

los ataques del *Rafael* habían retrasado varios años la cruzada de Su Santidad contra los éxters.

Pero nada de eso parece importante ahora, mientras espero la respuesta de Aenea ante la noticia de que Pax ha llegado a T'ien Shan. ¿Qué haremos ahora? ¿Teleyectarnos a otro mundo?

En vez de hablar de lucha, Aenea dice:

—El Dalai Lama realizará una ceremonia para dar la bienvenida a los funcionarios de Pax.

—¿Y?

—Y tenemos que conseguir una invitación.

Creo que estoy boquiabierto. Aenea me toca el hombro.

—Encárgate de ello —dice—. Hablaré con Charles Chi-kyap Kempo y Kempo Ngha Wang Tashi para asegurarme de que nos incluyan en un grupo que sea invitado a la ceremonia.

Me quedo atónito mientras ella regresa al grupo de discusión. Rostros plácidos y expectantes aguardan en silencio bajo la tenue luz de los faroles.

Leo estas palabras en micropergamino; recuerdo haberlas escrito en mis últimos días en la celda de Schrödinger que gira en órbita de Armaghast, recuerdo haberlas escrito con prisa, con la certidumbre de que las leyes de la probabilidad y la mecánica cuántica pronto llenarían de cianuro mi cerrado universo, y me asombro del tiempo presente de la narración. Entonces recuerdo el porqué de esa elección.

Cuando me sentenciaron a morir en la caja de Schrödinger —en realidad es un ovoide— me permitieron llevar muy pocas cosas a mi exilio terminal. La ropa era mía. Me habían dado un pequeño felpudo para el suelo de mi celda de Schrödinger. Era una alfombra antigua de menos de dos metros de longitud y uno de anchura, deshilachada, con un extremo cortado. Era una réplica de la alfombra voladora del cónsul. Yo había perdido la original en Mare Infinitus muchos años antes y los detalles de cómo regresó a mí ya se revelarán en mi relato. Le había entregado la alfombra voladora a A. Bettik, pero a mis torturadores debió divertirles adornar mi celda de muerte con esta copia inservible de una alfombra voladora.

Me dejaron la ropa, la falsa alfombra voladora y el disco que había sacado de la nave en T'ien Shan. La unidad de comunicaciones estaba anulada —de todos modos, no podía transmitir a través del casquete energético de la caja de Schrödinger, ni tenía nadie a quien llamar— pero la memoria del disco —cuidadosamente examinada durante mi juicio inquisitorial— estaba intacta. Fue en T'ien Shan donde comencé a escribir notas y redactar mi diario.

En mi caja de Schrödinger usé estas notas desde la pizarra, revisándolas antes de escribir esta sección personalísima, y creo que la inmediatez de las notas me indujo a

usar el presente narrativo. Todos mis recuerdos de Aenea son vividos, pero algunos de los recuerdos invocados por estas notas, escritas apresuradamente al cabo de un largo día de trabajo o aventura en T'ien Shan, eran tan conmovedores que me hicieron llorar con renovada aflicción. Reviví esos momentos al escribir esas palabras.

Y algunas sesiones de sus grupos de discusión estaban grabadas literalmente en el disco. Los reproduje durante mis últimos días, tan sólo para oír de nuevo la suave voz de Aenea.

—Háblanos del TecnoNúcleo —pide uno de los monjes durante la hora de discusión, en la noche de la llegada de Pax—. Por favor, háblanos del Núcleo.

Aenea titubea sólo un instante, inclinando la cabeza como si ordenara sus pensamientos.

—Érase una vez —comienza. Siempre inicia así sus largas explicaciones—. Érase una vez, hace más de mil años, antes de la Hégira, antes del Gran Error del año 08, en que las únicas inteligencias autónomas que conocíamos los humanos eran los humanos. Entonces pensábamos que si la humanidad creaba otra inteligencia sería resultado de un enorme proyecto, una gran masa de silicio y antiguos dispositivos de amplificación, cambio y detección llamados transistores, chips, placas de circuitos... una máquina con muchos circuitos imitaría la forma y función del cerebro humano.

»Pero las IAs no evolucionaron de ese modo. Se puede decir que se asomaron a la existencia cuando los humanos mirábamos hacia otro lado.

»Ahora tenéis que imaginar una Vieja Tierra anterior a las colonias humanas en otros mundos. Sin motor Hawking. Sin vuelo interplanetario digno de ese nombre. Literalmente teníamos todos los huevos en el mismo cesto, y ese cesto era el encantador mundo acuático blancoazulado de Vieja Tierra.

»A fines del siglo veinte de la era cristiana, ese pequeño mundo tenía una tosca esfera de datos. Las telecomunicaciones planetarias habían evolucionado hasta formar un sistema descentralizado de viejos ordenadores con base de silicio que no exigían organización ni jerarquía, que no exigían nada salvo un protocolo común de comunicaciones. La creación de una mente de colmena con memoria distribuida fue luego inevitable.

»Los primeros antepasados lineales de las personalidades del Núcleo actual no eran proyectos para crear inteligencia artificial, sino esfuerzos incidentales para simular vida artificial. En la década de 1940, el bisabuelo del TecnoNúcleo, un matemático llamado John von Neumann, había realizado todas las pruebas de la autorréplica artificial. En cuanto las primeros ordenadores con base de silicio fueron tan pequeños como para que los individuos pudieran jugar con ellos, aficionados curiosos comenzaron a practicar la biología sintética dentro de los límites de los ciclos de proceso de estas máquinas. La hipervida (autorreproducción, almacenaje de

información, interacción, metabolización, evolución) comenzó a existir en la década de 1960. A fines de ese siglo superó los límites de las máquinas individuales, desplazándose a la embrionaria esfera de datos planetaria que llamaban Internet o Web.

»Las primeras IAs eran obtusas como el barro. O quizá sea mejor decir que eran obtusas como la vida celular primitiva que había en el barro. Algunas de las primeras hipercriaturas que flotaban en el cálido medio de la esfera de datos, que también evolucionaba, eran organismos de 80 bytes insertados en un bloque de RAM dentro de un ordenador virtual, un ordenador simulado por un ordenador. Uno de los primeros humanos en arrojar una de esas criaturas al océano de la esfera de datos se llamaba Tom Ray y no era un experto en IA ni un programador ni un *hacker*, sino un biólogo, coleccionista de insectos, botánico y observador de aves, alguien que había pasado años juntando hormigas en la jungla para un científico pre-Hégira llamado E. O. Wilson. Observando hormigas, Tom Ray se interesó en la evolución y se preguntó si, en vez de simular la evolución en un ordenador, podría usarlo para crear auténtica evolución. Ninguno de los *hackers* con quienes habló tenía interés en esa idea, así que aprendió programación por su cuenta. Los *hackers* decían que los ordenadores generaban continuamente secuencias de código que evolucionaban y mutaban. Eran los *bugs* y los programas estropeados. Si las secuencias de códigos de Tom Ray evolucionaban formando otra cosa, le aseguraron, sin duda serían disfuncionales, inviables como la mayoría de las mutaciones, y sólo arruinarían el funcionamiento del software. Así que Tom Ray creó un ordenador virtual, un ordenador simulado dentro del ordenador real, para crear estas secuencias de códigos. Y creó una criatura con una secuencia de código de 80 bytes que podía reproducirse, morir y evolucionar en su ordenador virtual.

»La criatura de 80 bytes se copió a sí misma y se duplicó. Estas células protoIA de 80 bytes habrían llenado rápidamente su universo virtual, como algas en una Tierra primitiva y fecunda, pero Tom Ray puso una fecha de expiración a cada criatura. En otras palabras, les dio edad e introdujo un verdugo al que llamó la Parca. La Parca recorría el universo virtual y eliminaba las criaturas viejas y los mutantes inviables.

»Pero la evolución, como es inevitable, trató de ser más lista que la Parca. Una criatura mutante de 79 bytes no sólo resultó ser viable, sino que pronto se reprodujo y se expandió con más celeridad que las de 80 bytes. Las hipervidas, antepasados de las IAs del Núcleo, acababan de nacer pero ya estaban perfeccionando sus genomas. Pronto evolucionó un organismo de 45 bytes que eliminó las formas de vida artificiales anteriores. A Tom Ray le pareció raro. Las criaturas de 45 bytes no incluían código suficiente para permitir la reproducción. Más aún, las criaturas de 45 bytes se extinguían a medida que desaparecían las de 80. Tom Ray hizo la autopsia de

una criatura de 45 bytes.

»Resultó ser que todas las criaturas de 45 bytes eran parasitarias. Tomaban el código reproductivo necesario de las de 80 para copiarse a sí mismas. Las de 79 bytes eran inmunes al parásito. Pero a medida que las criaturas de 80 y 45 bytes se extinguían en su espiral coevolutiva descendente, apareció un mutante de las de 45. Era un parásito de 51 bytes y podía buscar su presa entre las vitales criaturas de 79 bytes, y así continuaron las cosas.

»Menciono todo esto porque es importante comprender que, ya desde la aparición de la vida y la inteligencia artificiales, esa vida era parasitaria. Era más que parasitaria... hiperparasitaria. Cada nueva mutación conducía a parásitos que podían valerse de parásitos anteriores. Al cabo de miles de millones de generaciones (es decir, ciclos del CPU) esta vida artificial se había vuelto hiperhiperhiperparasitaria. Meses después de crear la hipervida, Tom Ray descubrió criaturas de 22 bytes que florecían en su medio virtual, criaturas tan algorítmicamente eficientes que los programadores humanos, ante el reto de Tom Ray, apenas pudieron crear una versión de 31 bytes. A sólo meses de su creación, las criaturas de hipervida habían desarrollado una eficiencia que sus creadores no podían imitar.

»A principios del siglo veintiuno había en Vieja Tierra una próspera biosfera de vida artificial, tanto en la esfera de datos como en la macroesfera de la vida humana. Aunque la informática ADN, las memorias de burbuja, el proceso paralelo en frentes ondulatorios y las hiperredes estaban en pañales, los diseñadores humanos habían creado entidades de silicio de notable ingenio. Y los habían creado por miles de millones. Los chips estaban por doquier, desde sillas y latas de habichuelas, en los estantes de las tiendas, hasta vehículos terrestres y prótesis humanas. El tamaño de las máquinas se había reducido tanto que un hogar o una oficina contenía miles de ellas. Una silla reconocía al usuario cuando se sentaba, abría el archivo que necesitaba en su tosco ordenador de silicio, hablaba con el chip de una cafetera para calentar el café, permitía que la red de telecomunicaciones se encargara de las llamadas, faxes y mensajes de correo electrónico sin molestar al operario, interactuaba con el ordenador principal de la casa o la oficina para que la temperatura fuera óptima y demás. En sus tiendas, los microchips de las latas de judías se encargaban de los cambios de precio, pedían más provisiones de sí mismas cuando escaseaban, rastreaban los hábitos de compra del consumidor, interactuaban con la tienda y las demás mercancías. Esta red de interacción se volvió tan compleja y activa como las burbujas y la espuma del caldo orgánico de los océanos primitivos de Vieja Tierra.

»Cuarenta años después de la célula artificial de 80 bytes de Tom Ray, los humanos se acostumbraron a interactuar con un sinfín de formas de vida artificiales en sus coches, oficinas, ascensores... incluso en sus cuerpos, a medida que los monitores médicos y los protoempalmes evolucionaban hacia la auténtica

nanotecnología.

»El TecnoNúcleo cobró existencia autónoma durante este período. La humanidad había comprendido que la vida artificial y la inteligencia artificial necesitaban ser autónomas para ser efectivas. Debían evolucionar y diversificarse como la vida orgánica lo había hecho en el planeta. Y así lo hizo. Además de la biosfera que rodeaba el planeta, la hipervida envolvía ahora el mundo en una esfera de datos viviente. El Núcleo no sólo evolucionó como entidad abstracta en el flujo de información de la esfera de datos, sino en las interacciones de mil millones de micromáquinas autónomas que realizaban sus prosaicas tareas en el macromundo humano.

»La humanidad y el multifacético Núcleo pronto se volvieron tan simbióticos como las acacias y esas hormigas que protegen, podan y propagan la acacia como única fuente de alimentos. Esto se conoce como coevolución, y los humanos entienden que funciona en el nivel celular, pues gran parte de la vida orgánica de Vieja Tierra fue creada y perfeccionada por la danza coevolutiva. Pero allí donde los humanos veían una cómoda simbiosis, las primeras entidades IA sólo veían, si eran capaces de ver, nuevas oportunidades para el parasitismo.

»Aunque apagaran los ordenadores, aunque borraran los programas de software, la mente de colmena del protoNúcleo ya se había desplazado a la emergente esfera de datos, y eso sólo se podía borrar con una catástrofe planetaria.

»El Núcleo al fin brindó esa catástrofe en el Gran Error del 08, pero no sin antes diversificar su medio y trascender la escala planetaria.

»Los primeros experimentos con el motor Hawking, dirigidos y comprendidos sólo por los elementos avanzados del Núcleo, habían revelado la existencia del espacio Planck, el Vacío Que Vincula. Las IAs de entonces, con base de ADN, con estructura ondulatoria, impulsadas por algoritmos genéticos, con funciones paralelas, completaron la construcción de las primeras naves Hawking e iniciaron el diseño de la red de teleyectores.

»Los seres humanos siempre vieron el motor Hawking como un atajo en el tiempo y el espacio, una realización del viejo sueño del hipermotor. Consideraban los portales teleyectores como cómodos agujeros en el espaciotiempo. Éste era el prejuicio humano, sostenido por sus propios modelos matemáticos y confirmado por las IAs más potentes del Núcleo. Todo era mentira.

»El espacio Planck, el Vacío Que Vincula, es un medio multidimensional con su propia realidad y, como el Núcleo aprendería pronto, con su propia topografía. El motor Hawking no es un motor en el sentido clásico, sino un dispositivo de entrada que roza la topografía Planck sólo el tiempo suficiente para cambiar coordenadas en el continuo espaciotemporal tetradimensional. Los portales teleyectores, en cambio, permiten entrar en el Vacío Que Vincula.

»Para los humanos, la realidad era obvia: uno atravesaba un agujero del espacio-tiempo y salía instantáneamente por otro agujero teleyector. Mi tío Martin tenía una casa con teleyectores, con habitaciones contiguas en varios mundos. Los teleyectores crearon la Red de Mundos de la Hegemonía. Otro invento, la ultralínea, el medio de comunicaciones ultralumínicas, permitía una comunicación instantánea entre sistemas estelares. Se cumplían todos los requisitos para una sociedad interestelar.

»Pero el Núcleo no perfeccionó el motor Hawking, el teleyector ni la ultralínea para comodidad humana. Más aún, el Núcleo nunca perfeccionó nada en sus tratos con el Vacío Que Vincula.

»El Núcleo sabía desde el principio que el motor Hawking era sólo un intento fallido de entrar en el espacio Planck. Impulsar naves espaciales con el motor Hawking era como impulsar un buque con explosiones que le obligaran a montar las olas. Toscamente efectivo, pero sumamente ineficiente. Sabía que, a pesar de las apariencias y su pretensión de haberlos creado, no había millones de portales teleyectores durante el ápice de la Red de Mundos... sólo uno. Todos los portales eran en realidad una sola puerta de entrada en el espacio Planck, manipulada a través del espacio-tiempo para brindar la ilusión de muchas puertas. Si el Núcleo hubiera querido explicar la verdad a la humanidad, podría haber usado la analogía de un haz de linterna moviéndose rápidamente en una habitación cerrada: no muchas fuentes de luz, sólo una en rápida transición. Nunca se molestó en explicarlo. Más aún, ha guardado el secreto hasta hoy.

»Y el Núcleo sabía que la topografía del Vacío Que Vincula podía ser modulada para transmitir información instantáneamente, por ultralínea, pero que esto era un uso torpe y destructivo del espacio Planck, como comunicarse de un extremo al otro de un continente por medio de terremotos artificiales. Pero ofreció el servicio de ultralínea a la humanidad sin dar explicaciones, porque le convenía. Tenía sus propios planes para el espacio Planck.

»Desde sus primeros experimentos el Núcleo comprendió que el Vacío Que Vincula era el medio perfecto para su propia existencia. Su red de datos ya no tenía que depender de la comunicación electromagnética, la banda angosta, ni siquiera de la emisión de neutrinos modulados. Ya no necesitarían seres humanos ni sondas robot para viajar a las estrellas y expandir los parámetros físicos de esa red. Con sólo desplazar los elementos primarios del Núcleo al Vacío Que Vincula, las IAs tendrían un escondrijo seguro para ocultarse de sus rivales orgánicos, un escondrijo que estaba en todas partes y en ninguna parte.

»Mientras las personalidades del Núcleo emigraban de las esferas de datos humanas a la megaesfera del Vacío Que Vincula, descubrieron que el espacio Planck no era un universo desierto. Detrás de sus colinas metadimensionales y en las honduras de sus arroyos de espacio cuántico plegado acechaba algo. Alguien. Allí

había inteligencias. El Núcleo exploró, pero retrocedió con espanto ante el poder potencial de esos Otros. Eran los leones y tigres y osos mencionados por Ummon, la personalidad del Núcleo que afirmaba haber creado y matado a mi padre.

»La retirada del Núcleo fue tan precipitada, su reconocimiento del universo Planck tan incompleto, que ignoraba en qué parte del espacio-tiempo real moraban estos leones y tigres y osos... si siquiera existían en tiempo real. Las IAs del Núcleo tampoco pudieron averiguar si los Otros habían evolucionado a partir de la vida orgánica, como la humanidad, o de la vida artificial, como ellas. Pero un breve atisbo les había mostrado que esos Otros podían manipular el tiempo y el espacio con la misma facilidad con que los seres humanos antaño manipulaban el acero y el hierro. Ese poder era incomprensible. El Núcleo se replegó, presa del pánico.

»Esto sucedió mientras el Núcleo iniciaba la operación para destruir Vieja Tierra. El poema de mi tío Martin cuenta que el Núcleo dispuso el Gran Error del Año 08, cuando el grupo de Kiev soltó "accidentalmente" un agujero negro en las entrañas de Vieja Tierra, pero no habla del pánico que sintió el Núcleo al descubrir los leones y tigres y osos, porque mi tío no sabía esto, ni cuenta que el Núcleo se apresuró a detener la planeada destrucción de Vieja Tierra. No fue fácil sacar un voraz agujero negro del núcleo del planeta, pero el Núcleo elaboró un medio y actuó deprisa.

»Luego el planeta natal desapareció. No fue destruido, como creyeron los humanos, ni salvado como deseaba el Núcleo... sólo se fue. El Núcleo sabía que los leones y tigres y osos tenían que ser los que habían capturado la Tierra, pero ignoraban cómo, dónde y por qué. Calcularon la cantidad de energía necesaria para teleyectar todo un planeta y de nuevo temblaron de miedo. Aquellas inteligencias podían volar el núcleo de una galaxia y usarlo como fuente energética con tanta facilidad como los humanos podían encender una fogata en una noche fría. Las entidades del Núcleo se asustaron tanto que defecaron ladrillos de hipervida.

»Aquí debería explicar por qué el Núcleo intentó destruir la Tierra y luego trató de salvarla. Las razones se remontan a las criaturas de 80 bytes de RAM de Tom Ray. Como he explicado, la vida y la inteligencia que evolucionaron en la esfera de datos no conocían más forma de evolución que el parasitismo, el hiperparasitismo y el hiperhiperhiperhiperparasitismo. Pero el Núcleo era consciente de las limitaciones del parasitismo absoluto y sabía que el único modo en que podía trascender el status de parásito y la psicología parasitaria era evolucionar de cara al universo físico, es decir, tener cuerpos físicos además de personalidades abstractas. El Núcleo tenía entradas sensoriales múltiples y podía crear redes neuronales, pero para la evolución no parasitaria necesitaba un sistema constante y coordinado de circuitos neuronales de realimentación. Ojos, orejas, lenguas, brazos, dedos... cuerpos.

»El Núcleo creó cíbridos con esa finalidad, cuerpos nacidos del ADN humano y conectados a sus personalidades por ultralínea, pero los cíbridos eran difíciles de

controlar y se volvían extraños cuando operaban en un entorno humano. Los cíbridos nunca se sentirían cómodos en mundos habitados por miles de millones de seres humanos que habían evolucionado orgánicamente. Así el Núcleo trazó sus preplanees para destruir Vieja Tierra y diezmar la raza humana en un factor del noventa por ciento.

»El Núcleo tenía planes para incorporar a los supervivientes de la raza humana a su universo habitado por cíbridos después de la muerte de Vieja Tierra, para usarlos como ADN de reserva y mano de obra esclava, tal como nosotros usábamos a los androides, pero el descubrimiento de los leones y tigres y osos y el pánico provocado por el espacio Planck complicó esos planes. Hasta no evaluar y eliminar la amenaza de los Otros, el Núcleo tendría que mantener su relación parasitaria con la humanidad. Diseñó los teleyectores de la Red de Mundos con ese propósito. Para los humanos, el viaje por teleyector era instantáneo. Pero en la topografía atemporal del espacio Planck, el tiempo de estancia subjetivo podía ser tan largo como deseara el Núcleo. El Núcleo escarbó en miles de millones de cerebros humanos durante ese período, usando mentes humanas millones de veces cada día estándar, para crear una vasta red neuronal con sus propios propósitos informáticos. Cada vez que un humano atravesaba un portal teleyector, era como si el Núcleo abriera el cráneo de esa persona, le extrajera la materia gris, pusiera el cerebro en un banco de trabajo y lo conectara con miles de millones de cerebros en un gigantesco ordenador orgánico de proceso en paralelo. Los humanos daban ese paso por el espacio Planck en un instante subjetivo de su tiempo y nunca notaron este inconveniente.

»Ummon le dijo a mi padre, el cíbrido John Keats, que el Núcleo consistía en tres grupos conflictivos: los Máximos, obsesionados con la creación de su propio dios, la Inteligencia Máxima; los Volátiles, que deseaban eliminar la humanidad y continuar con su objetivos; y los Estables, que deseaban mantener el statu quo. Esta explicación era una mentira total.

»No había ni hay tres grupos en el TecnoNúcleo, sino millones. El Núcleo es la máxima anarquía, el hiperparasitismo elevado a su máxima potencia. Los elementos del Núcleo compiten por el poder en alianzas que pueden durar siglos o microsegundos. Miles de millones de personalidades parasitarias ascienden y descienden en perversas alianzas construidas para controlar o predecir los hechos. Las personalidades del Núcleo se niegan a morir a menos que las obliguen (el ataque de Meina Gladstone contra el medio teleyector no sólo causó la caída de los teleyectores, sino que mató a millones de personalidades del Núcleo que aspiraban a la inmortalidad) pero los individuos no se entregan sin pelear. Al mismo tiempo, la hipervida del Núcleo necesita la muerte para su propia evolución. Pero la muerte, en el universo del Núcleo, tiene sus propios planes.

»El programa Parca que Tom Ray creó hace más de mil años todavía existe en el

Núcleo, mutado en un millón de formas alternativas. Ummon nunca mencionó las Parcas como una facción del Núcleo, pero representan un bloque mucho más grande que los Máximos. Las Parcas crearon e inicialmente controlaron el artefacto físico conocido como Alcaudón.

»Es interesante aclarar que las personalidades del Núcleo que sobreviven a las Parcas no lo hacen sólo mediante el parasitismo, sino mediante un parasitismo necrófilo. Esta es la técnica por la cual las formas originales de 22 bytes lograron evolucionar y sobrevivir en la máquina virtual de Tom Ray hace tantos siglos, robando el código desperdigado de otras criaturas que fueron segadas por la guadaña de la Parca cuando se reproducían. Los parásitos del Núcleo no sólo tienen relaciones sexuales, sino que las tienen con los muertos. Así es como millones de personalidades mutadas del Núcleo sobreviven hoy... por medio del hiperparasitismo necrófilo.

»¿Qué quiere el Núcleo de la humanidad? ¿Por qué ha revitalizado la Iglesia Católica y permitido que exista Pax? ¿Cómo funcionan los cruciformes y cómo sirven al Núcleo? ¿Cómo funciona el motor Gedeón y cuál es su efecto en el Vacío Que Vincula? ¿Y cómo se enfrenta el Núcleo a la amenaza de los leones y tigres y osos?

»Hablaremos de estas cosas en otra oportunidad.

Es el día en que nos enteramos de la llegada de Pax y yo estoy trabajando en uno de los andamiajes altos.

Creo que al principio Rachel, Theo, Jigme Norbu, George Tsarong y los demás dudaban de que yo pudiera ganarme el pan en las obras de Hsuan'k'ung Ssu. Admito que yo tenía mis propias dudas al contemplar el duro trabajo y la destreza de los demás. Pero después de aprender los rudimentos —escalando en laderas, salientes, cables, andamios, deslizaderos—, me ofrecí para trabajar voluntariamente y me dieron la oportunidad de fracasar. No fracasé.

Aenea sabía que yo había sido aprendiz de Avrol Hume, no sólo creando jardines en las grandes fincas del Pico sino trabajando la piedra y la madera para palacetes y puentes, miradores y torres. Esa experiencia me fue útil aquí, y a las dos semanas había pasado al grupo selecto de obreros que trabajaban en las plataformas más altas. El diseño de Aenea permitía que las estructuras más altas se elevaran hasta el gran saliente y se integraran a la roca por medio de sendas y parapetos. En esto trabajamos ahora, cincelando piedra y colocando ladrillos para la senda del borde, los andamios peligrosamente inclinados sobre el vacío. En tres meses he perdido peso mientras ganaba fuerza, agilidad, rapidez en mis reflejos y lucidez en mis juicios, gracias a mi trabajo en paredes de roca abrupta y resbaladizos escalones de bambú.

Lhomo Dondrub, el habilidoso volador y escalador, se ha ofrecido subir al extremo del saliente para fijar puntos de anclaje para los últimos metros de andamios, y en la última hora Viki Groselj, Kirn Byung-Soon, Haruyuki Otaki, Kenshiro Endo,

Changchi Kenchung, Labsang Samten y otros albañiles y obreros hemos mirado mientras Lhomo se mueve sobre la roca sin protección, como la proverbial mosca de Vieja Tierra, flexionando los poderosos brazos y piernas bajo el delgado material de su equipo, tres puntos en contacto con la piedra vertical mientras su mano o su pie libre busca un punto de apoyo, una mínima fisura o grieta donde insertar una clavija para nuestro apoyo. Observarlo es aterrador, pero también es un privilegio, como si pudiéramos regresar en una máquina del tiempo para ver a Picasso pintando o George Wu leyendo poesía o Meina Gladstone dando un discurso. Más de una vez creo que Lhomo se soltará y caerá —tardaría minutos en llegar hasta las venenosas nubes de abajo—, pero logra sostenerse mágicamente, o encontrar un punto de fricción, o milagrosamente descubre una fisura donde puede meter la mano o un dedo para sustentar todo su cuerpo.

Al fin termina. Las líneas están fijas y los cables seguros, y Lhomo desciende a su punto fijo anterior, atraviesa cinco metros lateralmente, cae en la abrazadera y desciende a nuestra plataforma como un superhéroe legendario en su aterrizaje. Labsang Samten le alcanza un vaso de cerveza de arroz helada. Kenshiro y Viki le palmean la espalda. Changchi Kenchung, el maestro carpintero de bigotes encerados, se pone a cantar un procaz canto de alabanza. Yo sacudo la cabeza y sonrío como un idiota. Es un día estimulante. El cielo es una cúpula azul y la Sagrada Montaña del Norte, Heng Shan, reluce a través de las nubes. Aenea dice que la estación de las lluvias llegará dentro de pocos días —un monzón del sur traerá meses de lluvia, roca resbaladiza y nieve—, pero eso parece improbable y lejano en un día tan perfecto.

Alguien me toca el hombro. Aenea. Se ha pasado la mañana en el andamiaje o colgando de su arnés frente a la pared de roca, supervisando el trabajo en la senda y los parapetos.

Todavía sonrío por la experiencia vicaria de observar a Lhomo.

—Los cables están preparados —digo—. Otros tres o cuatro días buenos y tendremos la senda de madera. Luego tu plataforma final —señalo el borde del saliente— y listo. Tu proyecto estará concluido, salvo por la pintura y el acabado, pequeña.

Aenea asiente pero es obvio que no está pensando en las felicitaciones a Lhomo ni en la terminación inminente de su año de trabajo.

—¿Puedes venir a caminar conmigo un minuto, Raul?

La sigo por las escalerillas hasta uno de los niveles fijos y una cornisa de piedra. Avecillas verdes echan a volar mientras pasamos.

Desde este ángulo, el Templo Suspendido en el Aire es una obra de arte. La madera pintada de rojo oscuro reluce. Las escaleras, barandas y adornos geométricos son elegantes y complejos. Muchas pagodas tienen abiertas sus paredes *shoji* y sábanas y banderas flamean en la brisa cálida. Hay ocho altares en el templo; en

orden ascendente por las sendas, cada altar representa un paso en la Noble Óctuple Vía identificada por Buda: los altares suben sobre tres ejes relacionados con los tres tramos de la Vía: Sabiduría, Moralidad y Meditación. En el eje ascendente de la Sabiduría están los altares de meditación para el «Entendimiento Recto» y el «Pensamiento Recto».

En el eje de la Moralidad están el «Lenguaje Recto», la «Acción Recta», la «Vida Recta» y el «Esfuerzo Recto». Sólo se puede llegar a estos altares de meditación subiendo por una escalerilla en vez de una escalera: como una noche me explicaron Aenea y Kempo Ngha Wang Tashi, Buda pretendía que esta vía fuera de compromiso laborioso e ineludible.

Las más altas pagodas de Meditación se dedican a la contemplación de los dos últimos pasos de la Noble Óctuple Vía: «Mentalidad Recta» y «Meditación Recta». Esta última pagoda, noté de inmediato, sólo da sobre la pared de piedra del peñasco.

También había notado que en el templo no había estatuas de Buda. Lo poco que Grandam me había explicado sobre el budismo cuando le pregunté en mi infancia —habiendo encontrado la referencia en un viejo libro de la biblioteca del brezal— era que los budistas rezaban a estatuas de Buda. Le pregunté a Aenea dónde estaban.

Me explicó que en Vieja Tierra el pensamiento budista se agrupaba en dos categorías principales: el Hinayana o «vehículo menor» —en el sentido de vehículo de salvación— era una escuela más antigua calificada con este término peyorativo por las escuelas más populares del Mahayana o «vehículo mayor». Una vez habían existido dieciocho escuelas de enseñanza Hinayana, todas las cuales consideraban a Buda un maestro y exhortaban a la contemplación y estudio de sus enseñanzas más que a su adoración, pero en la época del Gran Error sólo sobrevivía una de esas escuelas, la Theravada, y sólo en partes remotas de Sri Lanka y Tailandia, dos provincias políticas de Vieja Tierra asoladas por la enfermedad y el hambre. Las demás escuelas budistas que se unieron a la Hégira pertenecían a la categoría Mahayana, que se concentraba en la veneración de estatuas budistas, la meditación para la salvación, las túnicas color azafrán y el resto de la utilería que me había descrito Grandam.

Pero Aenea me explicó que en T'ien Shan, el mundo más budista del Confín o la vieja Hegemonía, el budismo había regresado a la racionalidad, la contemplación, el estudio y el análisis atento y abierto de las enseñanzas de Buda. Por eso no hay estatuas del Buda en Hsuan'k'ung Ssu.

Nos detenemos en el extremo de la cornisa. Las aves vuelan debajo de nosotros, esperando que nos vayamos para regresar a sus nidos.

—¿Qué pasa, pequeña?

—La recepción en el Palacio de Invierno de Potala será mañana por la noche —dice Aenea. Tiene la cara roja y polvorienta por su trabajo en el andamiaje. Noto que

tiene un rasguño en la frente con gotas de sangre—. Charles Chikyap Kempo está organizando una comitiva oficial que no podrá incluir más de diez personas. Irán Kempo Ngha Wang Tashi, el supervisor Tsipon Shakabpa, y Gyalo, primo del Dalai Lama, su hermano Labsang, Lhomo Dondrub, porque el Dalai Lama ha oído hablar de sus hazañas y desea conocerle, Tromo Trochi de Dhomu como agente comercial, y uno de los capataces en representación de los trabajadores... George o Jigme.

—No me imagino a uno yendo sin el otro.

—Yo tampoco —dice Aenea—. Pero creo que tendrá que ser George. Él habla. Tal vez Jigme entre con nosotros y espere fuera del palacio.

—Ésos son ocho.

Aenea me coge la mano. El trabajo le ha encallecido las manos, pero aún así me parecen los dedos humanos más suaves y elegantes del universo conocido.

—Yo soy la número nueve —dice—. Habrá una gran multitud allá, representantes de todos los poblados y provincias del hemisferio. Es probable que no nos acerquemos a veinte metros de la gente de Pax.

—O que seamos los primeros en ser presentados. La ley de Murphy y todo eso.

—Sí —dice Aenea, y la sonrisa que veo es exactamente la que había visto en mi amiga cuando ella tenía once años y nos esperaba algo inusitado y quizá peligroso—. ¿Quieres ir como mi pareja?

Suspiro.

—No me lo perdería por nada —respondo.

18

En la noche anterior a la recepción estoy cansado pero no puedo dormir. A. Bettik se ha ido, y se aloja en Jo-kung con George y Jigme y las treinta cargas de material de construcción que debieron llegar ayer pero fueron retenidas en la ciudad por una huelga de porteadores. A. Bettik contratará nuevos porteadores por la mañana y los conducirá hasta el templo.

Inquieto, me levanto del sofá y me pongo los pantalones, la camisa, las botas y la chaqueta térmica. Al salir de la pagoda, veo que la luz de un farol alumbra las ventanas opacas y la puerta *shoji* de la pagoda de Aenea. De nuevo trabajando hasta tarde. Caminando despacio, para no molestarla al mecer la plataforma, bajo por una escalerilla hasta el nivel principal del Templo Suspendido en el Aire.

Siempre me asombra que este lugar esté tan vacío de noche. Al principio pensé que era porque se marchaban los obreros —la mayoría vive en las inmediaciones de Jo-kung—, pero he comprendido que muy poca gente pasa la noche en el complejo del templo. George y Jigme suelen dormir en un galpón del complejo, pero esta noche están en Jo-kung con A. Bettik. El abad Kempo Ngha Wang Tashi se aloja con los monjes algunas noches, pero esta noche ha regresado a su casa de Jo-kung. Un puñado de monjes prefieren sus austeros aposentos de aquí al monasterio de Jo-kung, entre ellos Chim Din, Labsang Barriten y la mujer, Donka Nyapso. En ocasiones el volador, Lhomo, se aloja en los aposentos de los monjes o en un altar vacío, pero no este noche. Lhomo ha salido temprano hacia el Palacio de Invierno, pues pensaba escalar Nanda Devi, al sur de Potala.

Así, aunque veo un fulgor tenue en los aposentos de los monjes, en el nivel más bajo del linde oriental del complejo —un fulgor que se extingue aun mientras lo miro —, el resto del complejo está oscuro y silencioso bajo la luz de las estrellas. Ni Oráculo ni las demás lunas han despuntado aún, aunque el horizonte del este comienza a resplandecer con su llegada. Las estrellas son increíblemente brillantes, casi tanto como cuando se ven desde el espacio. Esta noche veo miles —más de las que recordaba en el cielo nocturno de Hyperion o Vieja Tierra— y estiro el cuello hasta ver ese astro lento que es la diminuta luna donde supuestamente se oculta la nave. Llevo el disco de comunicaciones, y sólo necesitaría susurrar para llamar a la nave, pero Aenea y yo hemos decidido que, dada la cercanía de Pax, aun las transmisiones de banda angosta se deben reservar para situaciones de emergencia.

Espero sinceramente que no haya situaciones de emergencia.

Voy por escalerillas, escaleras y puentes hasta el lado oeste del complejo, camino por la cornisa de ladrillo y piedra al pie de los edificios más bajos. El viento nocturno

sopla y la madera cruje mientras las plataformas se adaptan al frío. Arriba flamean las banderas y abajo la luz de las estrellas baña las nubes arremolinadas que lamen la roca. El viento no lanza ese aullido de lobo que me despertaba en mis primeras noches, pero su paso por las fisuras y maderas y rendijas pone al mundo a murmurar y susurrar.

Llego a la escalera de la Sabiduría y subo por el pabellón del Entendimiento Recto. Me quedo un momento en el balcón para mirar los oscuros y silenciosos aposentos de los monjes, en una roca del este. Acaricio las habilidosas tallas de las hermanas Kuku y Kay Se. Ciñéndome la chaqueta, subo por la escalera de caracol hasta la pagoda del Pensamiento Recto. En la pared oriental de esta pagoda restaurada, Aenea ha diseñado una gran ventana redonda que mira hacia la parte baja de los riscos, donde Oráculo hace su aparición. Ahora la luna se eleva y sus rayos brillantes iluminan el techo de la pagoda y la pared de yeso donde están talladas estas palabras del *Sutta Nipatta*:

Así como la llama apagada por el viento
reposa y no puede ser definida,
el sabio liberado de la individualidad
reposa y no puede ser definido.
Ha ido más allá de las imágenes,
más allá del poder de las palabras.

Sé que este pasaje trata sobre la enigmática muerte de Buda, pero lo leo en el claro de luna preguntándome si podría aplicarse a Aenea o a mí. No parece aplicable. A diferencia de los monjes que buscan la iluminación, yo no tengo el menor afán de trascender la individualidad. El mundo —las miríadas de mundos que he tenido el privilegio de ver y recorrer— me fascina y me deleita. No deseo dejar atrás el mundo ni mis imágenes sensoriales del mundo. Y sé que Aenea siente lo mismo: la vida es como la comunión católica, sólo que el mundo es la hostia y debe ser masticado.

Aun así, me afecta la idea de que la esencia de las cosas —las personas, la vida— trascienda las imágenes y el poder de las palabras. He intentado en vano volcar en palabras la esencia de este lugar, de estos días, y he descubierto que es un esfuerzo fútil.

Dejando el eje de la Sabiduría, cruzo la larga plataforma de la cocina y subo por las escaleras, puentes y plataformas del eje de la Moralidad. Oráculo se ha alejado de los riscos y junto con sus dos compañeras pinta con espesa luz la roca y la madera roja.

Atravieso los pabellones del Lenguaje Recto y la Acción Recta, deteniéndome para recobrar el aliento en la pagoda circular de la Vida Recta. Hay un tonel de

bambú con agua potable junto a la pagoda del Esfuerzo Recto, y bebo un buen sorbo. Las banderas flamean en las terrazas y aleros mientras atravieso la larga plataforma que conduce a las estructuras más altas.

El pabellón de la Mentalidad Recta forma parte del trabajo reciente de Aenea y todavía huele a cedro bonsai fresco. Diez metros más alto por la abrupta escalerilla, el pabellón se yergue sobre la mole del templo y su ventana se abre a la pared del risco. Me quedo allí unos minutos, comprendiendo por primera vez que la sombra de la pagoda se proyecta sobre esa losa de roca cuando la luna sube como ahora, y que Aenea ha diseñado el techo del pabellón de modo que su sombra se conecte con grietas naturales y descoloramientos de la roca para crear un trazo que reconozco como el caracter chino que designa a Buda.

Siento un escalofrío, aunque el viento sopla igual que antes. Tengo la carne de gallina. Comprendo —no, veo— que la misión de Aenea, sea cual fuere, está condenada al fracaso. Ella y yo seremos capturados, interrogados, quizá torturados y ejecutados. Mis promesas al viejo poeta, en Hyperion, eran un gasto de aliento. Derrocar Pax, había dicho yo. Pax con sus miles de millones de fieles, sus millones de efectivos armados, sus miles de naves de guerra... Recobrar Vieja Tierra, había dicho. Bien, al menos la había visitado.

Miro por la ventana para ver el cielo, pero sólo veo la pared de roca bajo el claro de luna y las sombras que forman el caracter que representa el nombre de Buda, los tres trazos verticales como tinta sobre pergamino color pizarra, los tres trazos horizontales entrelazados, formando tres rostros blancos en los espacios negativos, tres rostros mirándome en la oscuridad.

Había prometido proteger a Aenea. Juro que moriré haciéndolo.

Combatiendo el frío y mi ominoso presentimiento, voy a la plataforma de la Meditación, me engancho a un cable y cruzo treinta metros en el vacío hasta llegar a la plataforma que está debajo de la terraza más alta, donde se encuentran las pagodas que Aenea y yo usamos para dormir. Subo la última escalerilla del último nivel, pensando: *Tal vez ahora me duerma.*

No anoté esto en mi diario. Lo recuerdo ahora al escribir.

La luz de Aenea estaba apagada, por suerte. Se quedaba hasta muy tarde, trabajaba demasiado. Los andamiajes y cables no eran sitio para una arquitecta exhausta.

Entré en mi habitación, cerré la puerta *shoji* y me quité las botas. Las cosas estaban tal como las había dejado: el biombo externo un poco corrido, la luz de la luna sobre mi estera, el viento raspando las paredes en su suave conversación con las montañas. Ninguno de mis faroles estaba encendido, pero tenía la luz de la luna y mi recuerdo de esa pequeña habitación en la oscuridad. El suelo era *tatami* desnudo

excepto por mi sofá y un baúl que contenía mi mochila, alimentos, un vaso de cerveza, los respiradores que había traído de la nave y mi equipo de escalamiento; no había nada con qué tropezar.

Colgué la chaqueta, me salpiqué la cara con agua del cuenco, me quité la camisa, los calcetines, los pantalones y la ropa interior, guardándolas en una bolsa dentro del baúl. Mañana era día de lavar ropa. Suspirando, sintiendo que la sombría premonición que había tenido en el pabellón de la meditación se diluía en mera fatiga, me acerqué a la estera. Siempre he dormido desnudo salvo cuando estaba en la Guardia Interna y cuando viajaba en la nave del cónsul con mis dos amigos.

Hubo un leve movimiento en la oscuridad, más allá de la brillante franja de luz lunar. Sobresaltado, adopté una posición de lucha. La desnudez me hace sentir vulnerable. Entonces pensé que A. Bettik debía haber regresado temprano y me tranquilicé.

—¿Raul? —dijo Aenea. Se inclinó en el claro de luna. Se había envuelto la parte inferior del cuerpo con mi manta, pero tenía desnudos los hombros, los pechos y el abdomen. Oráculo le tocó el cabello y los pómulos con su luz tenue.

Abrí la boca, pensé en ir a buscar mi ropa, decidí no caminar tanto, caí de rodillas en la estera, cubriéndome con la sábana del sofá. No era un mojigato, pero ésta era Aenea. ¿Qué diablos...?

—Raul —repitió, y esta vez su voz no era interrogativa. Se me acercó de rodillas. La sábana cayó.

—Aenea —dije estúpidamente—. Aenea, yo... tú...

Aenea me apoyó un dedo en los labios y lo apartó un segundo después, pero antes de que yo pudiera hablar puso sus labios donde antes apoyaba el dedo.

Cada vez que tocaba a mi joven amiga, el contacto era eléctrico, he mencionado esto y siempre me siento tonto al comentarlo, pero lo atribuía a su aura, su personalidad. Era real, no era una metáfora. Pero nunca había sentido ese torrente de electricidad como en este instante.

Al principio reaccioné pasivamente, recibiendo el beso en vez de compartirlo. Pero luego su calidez y su insistencia superaron la reflexión, superaron la duda, superaron todos mis sentidos, y participé en su beso, abrazándola y estrechándola mientras ella me acariciaba la espalda con sus fuertes dedos. Más de cinco años atrás para ella, cuando se despedía en aquel río de Vieja Tierra, me había dado un beso urgente, eléctrico, lleno de preguntas y mensajes, pero todavía era el beso de una joven de dieciséis años. Este beso era el contacto cálido, húmedo y abierto de una mujer, y yo respondí en un instante.

Nos besamos por una eternidad. Yo era vagamente consciente de mi desnudez y excitación como de algo que debía preocuparme o avergonzarme, pero era algo

distante, secundario frente al creciente calor y urgencia de esos besos que no paraban. Cuando al fin nuestros labios se separaron, hinchados, casi magullados, ansiosos de besarse de nuevo, nos besamos las mejillas, los párpados, la frente, los oídos. Bajé el rostro y le besé la garganta, sintiendo la pulsación contra mis labios e inhalando el aroma perfumado de su piel.

Ella avanzó de rodillas, arqueando la espalda de modo que sus pechos me rozaron la mejilla. Tomé uno y besé el pezón casi con reverencia. Aenea cogió mi cabeza en su palma, y sentí su aliento acelerado mientras inclinaba su cara hacia mí.

—Espera, espera —dije, irguiendo la cara y apartándome—. No, Aenea, ¿estás...? Quiero decir que no creo que...

—Shhh —dijo ella, inclinándose de nuevo sobre mí, besándome de nuevo, mirándome de tal modo que sus ojos oscuros parecían llenar el mundo—. Shhh, Raul. Sí.

Me besó de nuevo, ladeándose de tal modo que ambos nos reclinamos en la estera, sin dejar de besarnos, mientras la brisa hacia crujir las paredes de papel de arroz y toda la plataforma se mecía con la profundidad de nuestro beso y el movimiento de nuestros cuerpos.

Es un problema. Contar estas cosas. Compartir el momento más íntimo y sagrado. Volcar estas cosas en palabras es como una violación. Y no hacerlo es una mentira.

Ver y sentir a nuestro ser amado desnudo por primera vez es una de las epifanías puras e irreductibles de la vida. Si existe una religión Verdadera en el universo, debe incluir la verdad de este contacto o ser hueca para siempre. Hacer el amor con la única persona que merece ese amor es una de las pocas retribuciones absolutas de la condición humana, y compensa todo el dolor, la pérdida, la torpeza, la soledad, la idiotez, las concesiones y la ineptitud que acompañan esa condición. Hacer el amor con la persona indicada compensa muchos errores.

Yo nunca había hecho el amor con la persona indicada. Lo supe la primera vez que Aenea y yo nos besamos y abrazamos, aun antes de que comenzáramos a movernos... despacio, rápidamente, de nuevo despacio. Comprendí que en realidad nunca había hecho el amor con nadie, que las andanzas sexuales del joven soldado entre mujeres amistosas o las aventuras ocasionales donde había creído explorar y descubrirlo todo no eran ni siquiera el principio.

Esto fue el principio. Recuerdo que en un momento Aenea se irguió sobre mí, su mano en mi pecho, su pecho empapado de sudor, mirándome con cálida intensidad, como si nuestra mirada nos uniera tan íntimamente como nuestros muslos y genitales. Y en el futuro yo recordaría este instante cada vez que hiciéramos el amor, como si estos primeros momentos de intimidad fueran un recuerdo prospectivo de esos momentos venideros.

Tendidos a la luz de la luna entre sábanas y mantas enredadas, mientras el fresco viento del norte secaba nuestros cuerpos sudados, su mejilla sobre mi pecho y mi muslo sobre su cadera, seguíamos tocándonos; sus dedos jugaban con el vello de mi pecho, mis dedos seguían la línea de su mejilla, mi pie se deslizaba por su pierna, curvándose alrededor de los fuertes músculos de su pantorrilla.

—¿Esto fue un error? —susurré.

—No. A menos...

Mi corazón dio un brinco.

—¿A menos...?

—A menos que en la Guardia Interna no te hayan dado esas inyecciones que sin duda te dieron —susurró Aenea. Yo estaba tan alarmado que ni siquiera noté que bromeaba.

—¿Qué? ¿Inyecciones? ¿Qué? —dije, rodando sobre un codo— Ah, inyecciones. Maldición. Sabes que me las pusieron. Cielos.

—Sé que te las pusiste —susurró Aenea, y su sonrisa era audible.

Cuando los jóvenes de Hyperion ingresábamos en la Guardia Interna, las autoridades nos administraban la habitual batería de inyecciones aprobadas por Pax: antimalaria, anticáncer, antivirus y control de natalidad. En un universo donde la mayoría de los individuos escogían el cruciforme —escogían el intento de ser inmortales— el control de natalidad era personal. Uno podía solicitar el antídoto a las autoridades de Pax o comprarlo en el mercado negro cuando decidía iniciar una familia. Y si uno no escogía la cruz ni la familia, duraría hasta que la vejez o la muerte restaran importancia al asunto. Yo no había pensado en la inyección durante años. Creo que A. Bettik me había preguntado por ella en la nave del cónsul, una década atrás, cuando hablábamos de medicina preventiva y yo había mencionado la batería de la Guardia Interna mientras nuestra amiga de once o doce años leía un libro de la biblioteca, al parecer sin prestar atención.

—No —dije, todavía apoyado en el codo—. Un error, de veras. Tú eres...

—Yo.

—Tienes veintiún años estándar. Yo soy...

—Tú.

—Yo soy mayor, tengo once años más.

—Increíble —dijo Aenea. El claro de luna bañó su rostro cuando me miró—. Puedes hacer cuentas. En semejante momento.

Suspiré y me apoyé sobre el estómago. Las sábanas tenían nuestro olor. El viento arreciaba, haciendo crujir las paredes.

—Tengo frío —susurró Aenea.

En los días y meses venideros, yo la abrazaría cuando ella dijera esas palabras,

pero esa noche la interpreté literalmente y me levanté para cerrar la puerta *shoji*. El viento estaba más fresco que de costumbre.

—No —dijo Aenea.

—¿Qué?

—No la cierres del todo. —Estaba sentada, la sábana hasta la cintura.

—Pero hace...

—El claro de luna cae sobre ti —susurró Aenea.

Tal vez su voz causó mi reacción física. O verla allí, esperándome en las sábanas. Además de retener nuestros olores, la habitación olía a paja fresca por el nuevo *tatami* y el *ryokan* del techo. Y al aire fresco y límpido de las montañas. Pero la brisa fría no contrarrestó mi reacción.

—Ven aquí —susurró Aenea, y abrió la sábana para cubrirme.

Es la mañana siguiente y estoy colocando el alero y camino como un sonámbulo. Parte del problema es la falta de sueño —Oráculo se había puesto y despuntaba la aurora cuando Aenea regresó a su pabellón— pero el principal motivo es la mera estupefacción. La vida ha cobrado un rumbo que yo no había previsto ni imaginado.

Estoy instalando soportes en el peñasco. Los operarios Haruyuki, Kenshiro y Voytek Majer abren agujeros en la piedra mientras Kim Byung-soon y Viki Groselj ponen ladrillos y el carpintero Changchi Kenchung, detrás de mí, coloca el suelo de madera de la terraza. No habría nada para frenar una caída si Lhomo no hubiera ofrecido su espectáculo de ayer, fijando sogas y cables. Ahora, mientras saltamos de viga en viga, sólo enganchamos nuestros arneses en la próxima soga. Me he caído antes y la soga detuvo mi caída: puede sostener cinco veces mi peso.

Ahora brinco de una viga fija a la otra, acercando una viga que cuelga de un cable. El viento arrecia y amenaza con arrojarme al espacio, pero apoyo una mano en la viga colgante y tres dedos en la roca.

Llego al final de la tercera cuerda fija, me desengancho y me dispongo a engancharme en la cuarta de las siete cuerdas que Lhomo preparó.

No sé qué pensar de anoche. Sé qué sentir —euforia, confusión, éxtasis, amor— pero no qué pensar. Traté de ver a Aenea antes del desayuno en el comedor comunal, cerca de los aposentos de los monjes, pero ella ya había comido y había ido a ver a los talladores de la terraza, que tenían problemas en el nuevo alero del este. Luego A. Bettik, George Tsarong y Jigme Norbu llegaron con los porteadores y pasamos un par de horas seleccionando materiales y transportando vigas, cinceles, tablones y otros elementos a los nuevos andamios. Fui a la cornisa del este antes de ponerme a trabajar en las vigas, pero A. Bettik y Tsipon Shakabpa deliberaban con Aenea, así que regresé a los andamios y puse manos a la obra. Ahora saltaba a la última viga colocada esta mañana, listo para instalar la próxima en el agujero que Haruyuki y

Kenshiro habían abierto en la roca con pequeñas cargas explosivas. Luego Voytek y Viki fijarán el poste con cemento. Dentro de treinta minutos estará tan firme como para que Changchi ponga encima una plataforma. Me he acostumbrado a saltar de viga en viga, haciendo equilibrio y acuclillándome para poner la próxima viga en su sitio, y ahora lo hago con la última, moviendo el brazo izquierdo para balancearme mientras toco con los dedos la viga que pende del cable. De pronto la viga se mece demasiado y pierdo el equilibrio, salto al vacío. Sé que el cable de seguridad me frenará, pero odio caer y quedar colgado entre la última viga y el agujero recién abierto. Si no tengo impulso suficiente para regresar a la viga, tendré que esperar a que Kenshiro u otro operario venga a rescatarme.

En una fracción de segundo tomo una decisión y salto, cogiendo la viga oscilante y pateando con fuerza. Como la cuerda de seguridad tiene varios metros de tolerancia, todo mi peso está ahora sobre mis dedos. La viga es demasiado gruesa para que pueda aferrarla bien y mis dedos resbalan en la dura madera. Pero en vez de caer hasta el extremo elástico de mi cuerda fija, me esfuerzo para afianzarme, logro impulsar el pesado poste hacia la última viga instalada y salto los dos últimos metros, aterrizando en la viga resbaladiza y aleteando con los brazos. Riendo de mi propia tontería, recobro el equilibrio, jadeo, miro las nubes que hierven contra la roca miles de metros más abajo.

Changchi Kenchung salta hacia mí de viga en viga, aferrándose a las sogas fijas con urgencia. Hay algo parecido al horror en sus ojos, y por un segundo estoy seguro de que algo le ha ocurrido a Aenea. Mi corazón palpita con tal fuerza y siento tanta angustia que casi pierdo el equilibrio. Pero lo recobro y me balanceo sobre la viga fija, esperando a Changchi con aprensión.

Cuando llega a la última viga, está demasiado agitado para hablar. Gesticula con urgencia, pero no entiendo el ademán. Tal vez vio mis cómicas piruetas y estaba preocupado. Para tranquilizarlo, toco la cuerda de mi arnés mostrándole que el gancho está bien sujeto.

No hay gancho. Nunca me sujeté a la última cuerda fija. Di todos estos saltos sin cable de segundad. Nada me separaba del...

Sintiendo vértigo y náusea, camino hasta la pared del peñasco y me apoyo en la fría piedra. El saliente me rechaza. Es como si toda la montaña se inclinara para empujarme.

Changchi tira de la cuerda fija, alza un gancho de mi arnés, me sujeta. Asiento con gratitud y trato de no vomitar el desayuno mientras él está conmigo.

A diez metros, Haruyuki y Kenshiro gesticulan. Han abierto otro agujero perfecto. Quieren que siga colocando las vigas.

El grupo que asistirá a la recepción del Dalai Lama en Potala sale después de

almorzar en el comedor. Veo allí a Aenea, pero salvo por una mirada cómplice y una sonrisa que me afloja las rodillas, no tenemos comunicación íntima.

Nos reunimos en el nivel inferior mientras cientos de operarios, monjes, cocineros, estudiosos y porteadores saludan y ovacionan desde las plataformas de arriba. Nubes de lluvia ruedan entre los riscos, pero el cielo de Hsuan'k'ung Ssu todavía está azul y las banderas rojas que ondean en las altas terrazas destacan con una claridad desconcertante.

Todos usamos ropa de viaje, llevando la ropa formal en sacos herméticos colgados del hombro o, en mi caso, en la mochila. Tradicionalmente las recepciones del Dalai Lama se celebran tarde, y faltan más de diez horas para que se requiera nuestra presencia, pero es un viaje de seis horas por la Vía Alta, y los mensajeros y un volador que fueron a Jo-kung más temprano dicen que hay mal tiempo más allá del risco K'un Lun, así que nos ponemos en marcha.

El orden de la comitiva se establece por protocolo. Charles Chi kyap Kempo, alcalde de Jo-kung y chambelán del Templo Suspendido en el Aire, camina unos pasos delante de Kempo Ngha Wang Tashi, abad del templo. Las «ropas de viaje» de ambos son más suntuosas que mi ropa formal, y están rodeados por un enjambre de asistentes, monjes y personal de segundad.

Detrás de los políticos sacerdotes caminan Gyalo Thondup, el joven monje y primo del actual Dalai Lama, y Labsang Samten, el monje de tres años que es hermano del Dalai Lama. Tienen el andar fácil y la risa aún más fácil de jóvenes que están en la flor de la salud física y la lucidez mental. Sus dientes blancos destellan en sus caras pardas. Labsang usa una *chuba* roja y brillante que le da la apariencia de ser una bandera rezadora ambulante mientras nuestra procesión se dirige al oeste por la estrecha senda de la fisura de Jo-kung.

Tsipon Shakabpa, supervisor oficial del proyecto de Aenea, camina con George Tsarong, nuestro rechoncho capataz. El compañero inseparable de George, Jigme Norbu, está ausente; ofendido por no haber sido invitado, Jigme se ha quedado en el templo. Creo que es la primera vez que no vemos sonreír a George. Tsipon compensa el silencio de George, sin embargo, contando anécdotas con brazos movedizos y gestos extravagantes. Varios obreros caminan con ellos, al menos hasta Jo-kung.

Tromo Trochi de Dhomu, el elegante agente comercial del sur, camina con la única compañía que ha tenido en muchos meses de viaje, la enorme cigocabra que transporta sus mercancías. Tres cencerros cuelgan del velludo pescuezo de la cigocabra, tintineando como las campanillas del templo. Lhomo Dondrub nos encontrará en Potala, pero su presencia en el grupo está representada simbólicamente por un paño de nueva tela para su paravela en el lomo de la cigocabra.

Aenea y yo vamos al final de la procesión. Varias veces intento hablar de anoche, pero ella me hace callar llevándose un dedo a los labios y señalando al comerciante y

otros miembros de la procesión. Me dedico a hablar de los últimos días de trabajo en el templo, pero mi mente sigue llena de preguntas.

Pronto llegamos a Jo-kung, donde las rampas y senderos están atestados de multitudes que agitan pendones y banderas. Desde las terrazas y galpones, los ciudadanos ovacionan a su alcalde y al resto de nosotros.

Más allá de Jo-kung, cerca de las plataformas de la única cablevía que usaremos en este viaje a Potala, encontramos otro grupo que se dirige a la recepción: la Dorje Phamo y sus nueve sacerdotisas. La Dorje Phamo viaja en un palanquín llevado por cuatro varones musculosos: es la abadesa de la gompa de Samden, un monasterio masculino que está a treinta kilómetros, sobre la pared sur del mismo risco donde el Templo Suspendido en el Aire se yergue en la pared norte. La Dorje Phamo tiene noventa y cuatro años estándar y se descubrió que era la encarnación de la Dorje Phamo original, la Marrana del Rayo, cuando tenía tres años estándar. Es un personaje de suma importancia que dirige un monasterio de mujeres —el Gompa del Oráculo, en Yamdrok Tso, sesenta kilómetros más lejos sobre la peligrosa pared del risco— desde hace más de setenta años estándar. Ahora la Marrana del Rayo, sus nueve compañeras y una treintena de porteadores y guardias aguardan en la cablevía para sujetar las enormes grapas del palanquín.

La Dorje Phamo se asoma por las cortinas, mira a nuestro grupo y llama a Aenea. Por los comentarios informales de Aenea, sé que ha viajado al Gompa del Oráculo de Yamdrok Tso varias veces para reunirse con la Marrana y que las dos son muy amigas. También sé por los comentarios confidenciales de A. Bettik que la Dorje Phamo ha dicho recientemente a sus sacerdotisas y monjes del gompa y a los monjes de Samden Gompa que la encarnación de Buda viviente de la misericordia es Aenea, no Su Santidad el Dalai Lama. El rumor de esta herejía se ha difundido, según A. Bettik, pero dada la popularidad de la Marrana del Rayo en el mundo de T'ien Shan, el Dalai Lama aún no ha respondido a la impertinencia.

Las dos mujeres, mi joven Aenea y la anciana del palanquín, charlan y se ríen espontáneamente mientras ambos grupos esperan para cruzar el abismo de Langma. La Dorje Phamo debe haber insistido en que vayamos delante de su grupo, pues los porteadores apartan el palanquín del camino y las nueve sacerdotisas hacen una profunda reverencia mientras Aenea pide a nuestro grupo que avance en la plataforma. Charles Chi-kyap Kempo y Kempo Ngha Wang Tashi parecen contrariados mientras sus asistentes los sujetan al cable, no por temor a un accidente, lo sé, sino por alguna ruptura del protocolo que me he perdido y que no me interesa particularmente. Lo que me interesa es hablar a solas con Aenea. O tal vez sólo besarla de nuevo.

Llueve intensamente durante la marcha a Potala. Durante mis tres meses en este

mundo he experimentado varios chubascos estivales, pero ésta es la intensa lluvia que precede a los monzones, helada y neblinosa. Terminamos el viaje por cable antes de que se aproximen las nubes, pero cuando nos acercamos al lado este del risco K'un Lun, la Vía Alta está resbaladiza por el hielo.

La Vía Alta consiste en cornisas de roca, senderos de ladrillo en el flanco del peñasco, de madera en el risco noroeste de Hua Shan, la Montaña de la Flor, y una larga serie de plataformas y puentes colgantes que unen estas heladas cumbres con K'un Lun. Luego está el segundo puente colgante del planeta en longitud, que une el risco de K'un Lun con Phari, seguido por otra serie de senderos, puentes y rebordes que conducen al sudoeste por la ladera este del risco de Phari hasta el mercado de Phari. Allí atravesamos la fisura y cogemos el camino de Potala.

Normalmente es una marcha de seis horas bajo el sol, pero esta tarde es un agotador y peligroso trajín en medio de la ondulante niebla y la gélida lluvia. Los asistentes que viajan con el alcalde Charles Chi-kyap Kempo y el abad Kempo Ngha Wang Tashi intentan proteger a los notables con brillantes paraguas rojos y amarillos, pero el helado borde a menudo es angosto y los dignatarios se mojan cuando deben avanzar uno por uno. Los puentes colgantes son de pesadilla. El «suelo» es un cable de cáñamo trenzado con sogas verticales de cáñamo, sogas horizontales como pasamanos y un segundo cable grueso más arriba. Aunque habitualmente es juego de niños hacer equilibrio en el cable inferior mientras se aferran las sogas laterales, se requiere gran concentración bajo esta lluvia. Pero los lugareños lo han hecho durante muchos monzones y se mueven deprisa; sólo Aenea y yo titubeamos mientras los puentes oscilan bajo nuestro peso y las heladas cuerdas amenazan con resbalarse de las manos.

A pesar —o a causa— de la tormenta alguien ha encendido las antorchas de la Vía Alta en la ladera este del risco de Phari, y los braseros que arden en la niebla nos ayudan a guiarnos mientras las tortuosas sendas de madera suben y bajan por escaleras cubiertas de hielo y desembocan en más puentes. Llegamos al mercado de Phari al atardecer, aunque parece mucho más tarde por la oscuridad. Se nos unen otros grupos que van al Palacio de Invierno y hay por lo menos setenta personas que se dirigen al oeste. El palanquín de la Dorje Phamo aún nos acompaña y sospecho que no soy el único que envidia un poco ese refugio seco.

Confieso que estoy defraudado: pensábamos llegar a Potala al caer el día, cuando aún quedaban reflejos en los riscos y los picos del norte y del oeste del palacio. Nunca he visto el palacio y esperaba la oportunidad de ver esta región. En estas circunstancias, la ancha Vía Alta que une Phari y Potala es sólo una serie de salientes y senderos iluminados por antorchas. He traído la linterna láser en la mochila, como fútil gesto defensivo si las cosas salen mal en el palacio, o para encontrar el camino en la oscuridad, no estoy seguro. El hielo cubre rocas, plataformas, escaleras y

barandas en este transitado sendero. No me animaría a viajar por cablevía esta noche, pero se rumorea que algunos de los invitados más aventureros viajan por ese medio.

Llegamos a la Ciudad Prohibida dos horas antes del comienzo de la recepción. El cielo está más despejado, la lluvia amaina, y nuestro primer atisbo del Palacio de Invierno me quita el aliento y me hace olvidar mi decepción por no haber llegado en el crepúsculo.

El Palacio de Invierno está construido sobre un gran pico que se eleva desde el risco Sombrero Amarillo, con los picos más altos de Koko Nor detrás, y lo primero que vemos a través de las nubes es Drepung, un monasterio que alberga a treinta y cinco mil monjes, una capa tras otra de altos edificios de piedra en las cuestas verticales, miles de ventanas iluminadas por faroles, antorchas en los balcones, terrazas y entradas. Detrás y encima del Drepung, con techos dorados que tocan las arremolinadas nubes, está Potala, el Palacio de Invierno del Dalai Lama. No sólo irradia luz, sino que aun en la tormentosa oscuridad recibe la luz refleja de los picos del Koko Nor, azotados por relámpagos.

Los asistentes y acompañantes emprenden el regreso, y sólo los peregrinos invitados seguimos viaje a la Ciudad Prohibida.

La Vía Alta se achata y se ensancha, convirtiéndose en una avenida de cincuenta metros de anchura, pavimentada con adoquines dorados, bordeada por antorchas, rodeada por un sinfín de templos, *chortens*, gompas menores, edificios externos del imponente monasterio y puestos de guardia militar. La lluvia ha cesado pero la áurea avenida reluce mientras cientos de peregrinos de atuendo brillante y residentes de la Ciudad Prohibida caminan de aquí para allá frente a las enormes murallas y puertas del Drepung y el Potala. Monjes con túnica color azafrán avanzan en silencio; funcionarios palaciegos con brillantes indumentarias rojas y purpúreas y sombreros amarillos que parecen platillos invertidos desfilan frente a soldados de uniforme azul con picas de rayas blancas y negras; mensajeros oficiales pasan corriendo con ceñidos trajes anaranjados y rojos o azules y dorados; mujeres de la corte se deslizan por las piedras doradas con largos vestidos de susurrante seda azul, lapislázuli y cobalto; los sacerdotes de la secta del Sombrero Rojo son instantáneamente reconocibles por sus sombreros de seda carmesí, mientras los drungpas —la gente del valle boscoso— pasan con lanosos sombreros de piel de cigocabra y trajes adornados con plumas blancas, rojas, marrones y doradas, llevando sus grandes espadas ceremoniales de oro en las fajas; y la gente común de la Ciudad Prohibida es tan pintoresca como los altos dignatarios: cocineros, jardineros, sirvientes, tutores, albañiles y criados personáis con *chubas* de seda verde, azul, dorada y naranja; los que trabajan en los aposentos del Dalai Lama o el Palacio de Invierno —varios miles — visten de carmesí y oro y usan sombreros de seda con bandas de Cigocabra, con alas rígidas de cincuenta centímetros de ancho, para preservar su pálida tez palaciega

en los días soleados y protegerse de la lluvia en la época de los monzones.

Nuestro empapado grupo de peregrinos parece opaco y andrajoso en comparación, pero pienso poco en nuestra apariencia cuando atravesamos el portón de sesenta metros de altura de una pared externa del monasterio de Drepung y comenzamos a cruzar el puente Kyi Chu.

Este puente tiene veinte metros de anchura y ciento quince de longitud, y está hecho del más moderno plastiacero de carbono. Brilla como cromo negro. Debajo no hay nada. El puente franquea una grieta que desciende miles de metros hasta las nubes de fosgeno. En el lado este —el lado desde el cual llegamos— las estructuras del Drepung se elevan dos o tres kilómetros: paredes chatas, ventanas relucientes y una telaraña de cables entre el monasterio y el palacio. En el lado oeste —delante de nosotros— el Potala se eleva más de seis kilómetros sobre el peñasco; miles de facetas de piedra y cientos de techos dorados reflejan los vibrantes relámpagos de las nubes bajas. En caso de ataque, el puente Kyi Chu puede retraerse en el peñasco occidental en menos de treinta segundos, dejando medio kilómetro de piedra vertical hasta las primeras almenas, sin escaleras, sostenes, cornisas ni ventanas.

El puente no se retrae cuando cruzamos. Los flancos están llenos de soldados con uniforme de ceremonia, cada cual con una pica o rifle energético. En el extremo del puente, nos detenemos ante el Pargo Kaling —la Puerta Occidental—, un arco de ochenta y cinco metros de altura. El arco gigante despide una luz que asoma por mil dibujos intrincados, y el fulgor más intenso viene de dos grandes ojos de diez metros de ancho que miran sin pestañear hacia el este.

Nos detenemos al pasar bajo el Pargo Kaling. Con el próximo paso entraremos en el terreno del Palacio de Invierno, aunque la entrada todavía está a treinta pasos. Después de la puerta están los mil escalones que nos llevarán al palacio propiamente dicho. Aenea me ha dicho que los peregrinos vienen de todo T’ien Shan caminando de rodillas, y en algunos casos postrándose a cada paso —midiendo literalmente los cientos o miles de kilómetros con sus cuerpos—, para que les dejen atravesar la Puerta Occidental y tocar este último tramo del puente Kyi Chu con la frente, como homenaje al Dalai Lama.

Aenea y yo cruzamos juntos, mirándonos de reojo.

Después de presentar nuestras invitaciones a los guardias y funcionarios de la entrada, subimos los mil escalones. Me asombra descubrir que se asciende con una escalera mecánica, aunque Tromo Trochi de Dhomu susurra que con frecuencia se desactiva para permitir a los fieles un último esfuerzo antes de llegar al palacio.

Arriba, en los primeros niveles públicos, otro regimiento de sirvientes revisa nuestras invitaciones, nos quita la ropa mojada y nos escolta hasta habitaciones donde podremos bañarnos y cambiarnos. El chambelán Charles Chi-kyap Kempo tiene derecho a una pequeña suite de habitaciones en el nivel setenta y ocho del palacio, y

después de una interminable caminata por los pasillos externos —las ventanas de la derecha muestran los rojos tejados del monasterio de Drepung chispeando a la luz de la tormenta— nos reciben más criados que hacen nuestra voluntad. Cada integrante del grupo tiene por lo menos un nicho con cortinas, para dormir después de la recepción formal, y los cuartos de baño contiguos ofrecen agua caliente, bañera y modernas duchas sónicas. Sigo a Aenea y le sonrío cuando me guiña el ojo al salir de la humeante habitación.

No tenía ropa formal en el Templo Suspendido en el Aire —ni en la nave que se oculta en la tercera luna, llegado el caso—, pero Lhomo Dondrub y otros de mi talla me han aprovisionado para la ocasión: pantalones negros y brillantes, botas negras y altas, camisa de seda blanca bajo chaleco dorado, una sobreveste de lana rojinegra con forma de X, sujeta en la cintura con una faja de seda carmesí. La capa está hecha de la mejor seda de los confines occidentales de Muztagh Alta y es negra, aunque con intrincados festones rojos, dorados, plateados y amarillos. Es una de las capas preferidas de Lhomo y dejó bien claro que me arrojaría de la plataforma más alta si yo la manchaba, rasgaba o perdía. Lhomo es un hombre agradable de carácter risueño —algo casi inaudito en un volador solitario, según me han dicho—, pero creo que en esto no bromeaba.

A. Bettik me prestó los brazaletes de plata requeridos para la recepción, adquiridos por él en los hermosos mercados de Hsi wang-mu. Me pongo sobre los hombros la capucha de plumas y roja lana de cigocabra que me prestó Jigme Norbu, que en vano ha esperado toda su vida una invitación al Palacio de Invierno. Alrededor del cuello llevo un talismán de jade y plata del Reino Medio, cortesía del maestro carpintero y amigo Changchi Kenchung, quien me dijo esta mañana que ha asistido a tres recepciones del palacio y siempre se aburrió como un hongo.

Criados vestidos de seda dorada llegan a nuestra cámara para anunciar que es hora de reunirse en la habitación contigua a la sala del trono. Cientos de huéspedes circulan por los corredores, con susurro de sedas y tintineo de joyas, y el aire está impregnado de olor a perfume, colonia, jabón y cuero. Delante de nosotros, veo a la anciana Dorje Phamo escoltada por dos de sus nueve sacerdotisas, todas ellas con elegantes túnicas color azafrán. La Marrana no usa joyas, pero lleva el cabello blanco sujeto en complejos montículos y bellas trenzas.

El vestido de Aenea es simple pero deslumbrante: seda azul con una estola color cobalto en los hombros, un talismán de plata y jade en el pecho y una peineta de plata en el cabello, sosteniendo un delgado medio velo. Muchas mujeres usan un púdico velo esta noche, y comprendo con cuánta astucia esto oculta el semblante de mi amiga.

Me coge el brazo y atravesamos los incesantes corredores, doblando a la derecha y subiendo por escaleras mecánicas en espiral hacia el Dalai Lama.

—¿Nerviosa? —susurro.

Veo el destello de su sonrisa debajo del velo y ella me estruja la mano.

—Pequeña —insisto—, a veces ves el futuro. Lo sé. ¿Saldremos vivos de aquí esta noche?

Me inclino para oír su respuesta.

—Pocas cosas están fijas en nuestro futuro, Raul. La mayoría de las cosas son líquidas como... —Señala una fuente cantarina que dejamos atrás—. Pero no veo razones para preocuparnos. Hay miles de huéspedes esta noche. El Dalai Lama sólo puede saludar a pocos en persona. Sus invitados de Pax, sean quieres fueren, no tienen motivos para pensar que estamos aquí.

Asiento, pero no estoy convencido.

Labsang Samten, el hermano del Dalai Lama, baja ruidosamente por la escalera ascendente, violando todo protocolo. El monje sonríe con entusiasmo. Nos habla a nosotros, pero cientos pueden oírle.

—Los invitados del espacio son muy importantes —exclama—. Estuve hablando con nuestro instructor, que es asistente del ayudante del ministro de Protocolo. Nuestros visitantes no son meros misioneros.

—¿No? —dice el chambelán Charles Chi-kyap Kempo, espléndido con sus capas de seda roja y dorada.

—No —sonríe Labsang Samten—. Hay un cardenal de la Iglesia. Un cardenal muy importante. Con algunos de sus dignatarios principales.

Siento un nudo en el estómago.

—¿Qué cardenal? —pregunta Aenea, con voz serena e interesada. Nos aproximamos al final de nuestro viaje en escalera y miles de murmullos llenan el aire.

Labsang Samten se ajusta la túnica de monje.

—Un tal Mustafa —dice con una sonrisa—. Alguien muy cercano al papa de Pax, creo. Pax honra a mi hermano al enviarlo como embajador.

Aenea me aprieta la mano, pero el velo no me permite ver su expresión.

—Y hay otros importantes huéspedes de Pax —continúa el monje, volviéndose mientras nos aproximamos a la recepción—. Incluidas unas extrañas mujeres. Militares, creo.

—¿Conseguiste sus nombres? —pregunta Aenea.

—Una de ellas —dice Labsang—. La general Nemes. Es muy pálida. —El hermano del Dalai Lama sonríe a Aenea—. El cardenal desea conocerte, M. Aenea. A ti y a tu acompañante, M. Endymion. El ministro de Protocolo quedó muy sorprendido, pero ha dispuesto una recepción privada para ti con la gente de Pax y el regente y, desde luego, mi hermano, Su Santidad el Dalai Lama.

Nuestro ascenso termina. La escalera entra en el piso de mármol. Con Aenea del brazo, entro en el bullicio y el controlado caos del salón de recepción.

19

El Dalai Lama sólo tiene ocho años estándar, Yo lo sabía —Aenea, A. Bettik, Theo y Rachel lo han mencionado más de una vez—, pero todavía me sorprendo cuando veo al niño sentado en su alto trono con cojines.

Debe haber tres o cuatro mil personas en la inmensa sala de recepción. Anchas escaleras mecánicas descargan huéspedes en una antecámara del tamaño de un hangar: columnas doradas se elevan veinte metros hasta un techo pintado, el suelo de mosaicos azules y blancos presenta complejas imágenes del *Bardo Thodrol,* el libro tibetano de los muertos, e ilustraciones de la vasta migración de los budistas de Vieja Tierra. Pasamos bajo enormes arcos dorados para entrar en la sala de recepción, y la sala de recepción es aún más vasta. El techo es una gigantesca claraboya por donde se ven las arremolinadas nubes, los vibrantes relámpagos y la iluminada ladera de la montaña. Los tres o cuatro mil huéspedes usan ropas brillantes: seda fluida, lino esculpido, lana teñida, profusiones de plumas rojas, negras y blancas, complejos peinados, sutiles pero bellos brazaletes, collares, tobilleras, aros, tiaras y cinturones de plata, amatista, oro, jade, lapislázuli y muchos otros minerales preciosos. Y desperdigados entre tanto fasto hay monjes y abades con sencillas túnicas de color naranja, oro, amarillo, azafrán y rojo, y sus cabezas rasuradas brillan bajo la luz de cien braseros con trípode. Pero la habitación es tan grande que estos miles de personas no logran llenarla; el parqué chispea a la luz del fuego y hay un espacio de veinte metros entre la muchedumbre y el trono dorado.

Suenan pequeñas trompetas mientras hileras de huéspedes pasan de las escaleras mecánicas a la antesala. Son instrumentos de bronce y cuerno y los monjes que los soplan van desde las escaleras hasta los arcos de entrada, más de sesenta metros de ruido constante. Los cientos de trompetas sostienen una nota unos minutos y luego pasan a otra nota baja sin una señal de un trompetista al otro y cuando entramos en la sala de recepción —la antesala actuando como gigantesca cámara de ecos a nuestras espaldas— veinte cuernos de cuatro metros de largo retoman y amplifican estas notas graves a ambos lados de la procesión. Los monjes que tocan estos monstruosos instrumentos ocupan pequeños nichos de las paredes, apoyando los gigantescos cuernos en soportes instalados sobre el parqué, y el extremo de cada cuerno se curva como una flor de loto de un metro de ancho. A esta constante serie de notas graves —que evocan la sirena de un buque envuelta en el estruendo de un glaciar— se suman las reverberaciones de un enorme gong de cinco metros de diámetro, golpeado a intervalos precisos. El aire huele a incienso y un velo de humo fragante flota sobre las cabezas enjoyadas de los huéspedes y parece oscilar con el vaivén de las notas de las

trompetas, los cuernos y el gong.

Todos los rostros se vuelven hacia el Dalai Lama, su cortejo y sus huéspedes. Cojo la mano de Aenea y nos movemos a la derecha, alejándonos del trono y la tarima. Constelaciones de huéspedes importantes caminan nerviosamente entre nosotros y el distante trono.

Cesan los trompetazos. Se apagan las resonantes vibraciones del gong. Todos los huéspedes están presentes. Los criados cierran las enormes puertas. En el súbito silencio crepitan las llamas de muchos braseros. La lluvia tamborilea en la claraboya de cristal.

El Dalai Lama sonríe, sentado de piernas cruzadas en los cojines de seda, encima de una plataforma que lo pone al nivel de sus huéspedes. Tiene la cabeza rapada y usa una sencilla túnica roja. A su derecha, en un trono más bajo, se sienta el regente que gobernará —asesorado por otros altos sacerdotes— hasta que Su Santidad el Dalai Lama alcance la mayoría de edad a los dieciocho años estándar. Aenea me ha hablado de este regente, un hombre llamado Reting Tokra, que parece ser la encarnación de la astucia, pero a esta distancia sólo veo la habitual túnica roja y un rostro angosto, fruncido y pardo con ojos entornados y un bigote diminuto.

A la izquierda del Dalai Lama está el chambelán, abad de abades. Este hombre es muy viejo y sonríe satisfecho ante la multitud de huéspedes. A su izquierda está el Oráculo del Estado, una joven delgada de pelo corto, con una camisa de lino amarillo bajo la túnica roja. Aenea me explicó que su función es predecir el futuro mientras se encuentra en un trance profundo. A la izquierda del Oráculo del Estado, detrás de las doradas columnas del trono del Dalai Lama, hay cinco emisarios de Pax. Distingo a un hombre bajo con atuendo rojo de cardenal, tres sotanas negras y un uniforme militar.

A la derecha del trono del regente se encuentra el jefe de los heraldos y custodios de Su Santidad, el legendario Carl Linga William Eiheji, arquero zen, acuarelista, maestro de karate, filósofo, ex volador y experto en arreglos florales. Eiheji, cuyos músculos parecen nudosos cables de acero, se adelanta y llena el inmenso salón con su voz.

—Honorables huéspedes, visitantes de otros mundos, dugpas, drukpas, drungpas, moradores de los altos riscos, las nobles fisuras y las cuestas del valle boscoso, *dzasas*, honorables funcionarios, miembros del Sombrero Rojo y del Sombrero Amarillo, monjes, abades, novicios *getsel*, Kosas del cuarto rango y superior, benditos que usáis el *su gi*, cónyuges de dichos honorables, buscadores de la iluminación, es mi placer daros la bienvenida en nombre de Su Santidad, Getswang Ngwang Lobsang Tengin Gyapso Sisunwangyur Tshungpa Mapai Dhepal Sangpo, el santo, la gentil gloria, poderoso en el habla, puro en la mente, divino en su sabiduría, defensor de la fe, ancho como el océano.

Las trompetas de bronce y hueso emiten notas agudas y claras. Los grandes cuernos braman como dinosaurios. El gong nos hace vibrar los huesos y los dientes.

El jefe de heraldos Eiheji retrocede. Su Santidad el Dalai Lama habla, y su voz de niño es suave pero clara y firme.

—Gracias a todos por venir esta noche. Saludaremos a nuestros nuevos amigos de Pax en circunstancias más íntimas. Muchos habéis pedido verme... recibiréis mi bendición en audiencia privada, esta noche. He solicitado hablar con algunos de vosotros. Me encontraréis en audiencia privada esta noche. Nuestros amigos de Pax hablarán con muchos de vosotros esta noche y en los días venideros. Al hablar con ellos, recordad que son nuestros hermanos y hermanas en el Dharma, en la busca de Iluminación. Recordad que nuestro aliento es su aliento, y que todos nuestros alientos son el aliento de Buda. Gracias. Por favor, disfrutad de nuestra celebración.

Y la tarima, con trono y todo, se desliza en silencio hacia la pared que se abre, queda oculta tras una cortina, luego otra, y luego por la pared misma, y los miles de la sala de recepción suspiran como si su aliento fuera uno.

Aquella velada fue una combinación surrealista de baile de gala con recepción papal. Yo nunca había visto una recepción papal —el misterioso cardenal era el funcionario eclesiástico más alto que conocía—, pero el entusiasmo de los que eran recibidos por el Dalai Lama debía ser similar al de un cristiano que conoce al papa, y la pompa y circunstancia que rodeaban la presentación eran impresionantes. Monjes soldados con túnica roja y sombrero amarillo o rojo escoltaban a los pocos privilegiados a través de sucesivos cortinados, y al fin a través de una puerta, hasta la presencia del Dalai Lama, mientras los demás caminábamos por el suelo de parqué, o mirábamos las largas mesas de excelente comida, o bailábamos al son de una pequeña orquesta (aquí no había trompetas de bronce y hueso ni cuernos de cuatro metros). Invité a Aenea a bailar, pero ella se negó con una sonrisa y condujo a nuestro grupo a una mesa. Pronto entablamos conversación con la Dorje Phamo y algunas de sus sacerdotisas.

Sabiendo que podía cometer una torpeza, pregunté a esa bella anciana por qué la llamaban la Marrana del Rayo. Mientras comíamos albóndigas de *tsampa* y bebíamos un delicioso té, la Dorje Phamo se echó a reír y nos contó la historia.

En Vieja Tierra, la primera abadesa de un monasterio budista tibetano masculino se había ganado la reputación de ser la reencarnación de la Marrana del Rayo, una semidiosa de temible poder. Se decía que esa primera Dorje Phamo había transformado a todos los lamas de su monasterio en cerdos para ahuyentar a los soldados enemigos.

Cuando pregunté a esta última reencarnación de la Marrana del Rayo si había conservado el poder de convertir a las persona en marranos, la elegante anciana

declaró con firmeza:

—Si así ahuyentara a estos nuevos invasores, lo haría en un instante.

En esas tres horas en que Aenea y yo conversamos, escuchamos música y contemplamos los relámpagos por la suntuosa claraboya, éste fue el único comentario negativo que oímos —en voz alta— acerca de los emisarios de Pax, aunque bajo las sedas y la alegría formal parecía existir cierta angustia. Era de esperar, pues el mundo de T'ien Shan había permanecido aislado de Pax —excepto por algunas naves comerciales— y del resto de la humanidad poshegemónica durante casi tres siglos.

Al pasar las horas, empecé a convencerme de que Labasang Samten se había equivocado al decir que el Dalai Lama y los emisarios de Pax deseaban vernos, cuando varios funcionarios palaciegos con grandes sombreros curvos rojos y amarillos, que me recordaron ciertas ilustraciones de antiguos yelmos griegos, nos fueron a buscar para pedirnos que los acompañáramos hasta el trono del Dalai Lama.

Miré a mi amiga, dispuesto a huir con ella si manifestaba renuencia, pero Aenea asintió y me cogió el brazo. El mar de huéspedes nos cedió el paso mientras cruzábamos esa vasta sala, caminando despacio, cogidos del brazo como si yo fuera su padre entregándola en una boda cristiana tradicional, o como si siempre hubiéramos sido una pareja. En mi bolsillo llevaba la linterna láser y el disco de comunicaciones. El láser sería útil si la gente de Pax estaba decidida a capturarnos, pero había decidido llamar a la nave si ocurría lo peor. Antes que permitir que capturasen a Aenea, haría descender la nave para que despedazara esa exquisita claraboya con sus toberas de reacción.

Atravesamos la primera cortina y entramos en un recinto con dosel donde los sonidos de la orquesta y de los festejos todavía eran audibles. Varios funcionarios de sombrero rojo nos pidieron que extendiéramos los brazos con las palmas hacia arriba. Pusieron una estola de seda blanca en nuestras manos, y atravesamos la segunda cortina. Aquí el chambelán nos saludó con una inclinación —Aenea respondió con una grácil reverencia, yo con un torpe movimiento— y nos condujo por la puerta hasta la pequeña habitación donde el Dalai Lama aguardaba con sus huéspedes. Esta sala privada era como una extensión del trono del joven Dalai Lama: oro, brocado, tapices con esvásticas invertidas entre imágenes de capullos en flor, dragones ondeantes y mandalas giratorios. Las puertas se cerraron a nuestras espaldas y los sonidos de la fiesta desaparecieron por completo, salvo por los receptores de audio de tres monitores de video puestos en la pared de nuestra izquierda.

Llegaban proyecciones de video en tiempo real de la fiesta desde diversos lugares de la sala de recepción, y el niño y sus invitados observaban con interés.

Nos detuvimos hasta que el chambelán nos indicó que avanzáramos. Nos susurró algo cuando nos aproximamos al trono y el Dalai Lama nos miró.

—No es preciso inclinarse hasta que Su Santidad alce la mano. Luego os debéis

inclinar hasta que él deje de tocaros.

Nos detuvimos a tres pasos del fastuoso trono. Carl Linga William Eiheji, jefe de heraldos, dijo con voz suave pero resonante:

—Su Santidad, la arquitecta que está a cargo de la construcción de Hsuan'k'ung Ssu y su asistente.

Su asistente. Avancé detrás de Aenea, confundido, pero agradeciendo que el heraldo no hubiera dicho nuestros nombres. Veía a los cinco integrantes de Pax por el rabillo del ojo, pero el protocolo exigía que mantuviera la mirada gacha, aunque en dirección del Dalai Lama.

Aenea se detuvo frente a la plataforma, los brazos extendidos, la estola tensa entre las manos. El chambelán puso varios objetos en la estola y el niño los cogió rápidamente, poniéndolos a su derecha en la plataforma. Un sirviente se acercó y se llevó la estola blanca. Aenea unió las manos como si rezara y se arqueó. El niño sonrió dulcemente mientras se inclinaba para tocar la cabeza de mi amiga —mi amada—, poniendo los dedos como una corona sobre el cabello castaño. Comprendí que era una bendición. Cuando apartó los dedos, alzó una estola roja de una pila que tenía al lado y la puso sobre la mano izquierda de Aenea. Luego le cogió la mano derecha y la estrechó, sonriendo aún más. El chambelán indicó a Aenea que se parase frente al trono del regente mientras yo me adelantaba y me sometía a la misma ceremonia.

Apenas tuve tiempo de notar que los objetos puestos en la estola blanca incluían un pequeño relieve en oro de tres montañas que representaba —como Aenea me explicaría luego— el mundo de T'ien Shan, una imagen del cuerpo humano, un libro estilizado que representaba el habla y una *chortera* o templo que representaba la mente.

Ese acto de prestidigitación terminó antes de que pudiera prestarle más atención, y luego tuve la estola roja en una mano mientras el niño me estrechaba la otra. Su apretón era asombrosamente firme. Yo mantenía la mirada baja, pero aún veía su ancha sonrisa. Retrocedí, acercándome a Aenea.

La misma ceremonia se repitió con el regente: estola blanca, objetos simbólicos, estola roja. Pero el regente no nos dio la mano. Cuando recibimos la bendición del regente, el chambelán nos indicó que alzáramos la cabeza y la vista.

Casi eché mano de la linterna láser y me puse a disparar. Además del Dalai Lama, sus sirvientes, el chambelán, el regente, el oráculo del estado, el heraldo, el cardenal, los tres hombres de sotana negra, había una mujer con un uniforme rojo y negro de Pax. Acababa de adelantarse y pudimos verle la cara por primera vez. Fijaba los ojos oscuros en Aenea. Su cabello corto colgaba sobre su frente pálida en mechones flojos. Tenía piel cetrina y mirada de reptil, remota e intensa al mismo tiempo.

Era la criatura que había intentado matarnos en Bosquecillo de Dios cinco años

atrás, más de diez para Aenea. Era esa inhumana máquina de matar que había derrotado al Alcaudón y se habría llevado la cabeza de Aenea en un saco si De Soya no hubiera intervenido desde su nave; el padre capitán había usado la energía de fusión de la nave para hundir al monstruo en un caldero de roca hirviente.

Y aquí estaba de nuevo, clavando sus ojos negros e inhumanos en el rostro de Aenea. Obviamente la había buscado a través de los años y los años-luz, y ahora la tenía. Nos tenía.

Mi corazón se aceleró y se me aflojaron las piernas, pero a pesar del choque mi mente funcionaba como una IA. Tenía el láser en un bolsillo del lado derecho de la capa, la unidad de comunicaciones en el bolsillo izquierdo del pantalón. Con la mano derecha lanzaría un rayo cortante a los ojos de esa mujer, luego pondría el selector en haz ancho y cegaría a los sacerdotes de Pax. Con la mano izquierda activaría un mensaje pregrabado para enviarlo a la nave por haz angosto.

Pero aunque la nave respondiera de inmediato y no fuera interceptada por Pax, tardaría minutos en descender por la claraboya del palacio. Para entonces estaríamos muertos.

Y yo conocía la celeridad de esta criatura. Había desaparecido cuando luchaba con el Alcaudón, un borrón de cromo. No llegaría a sacar el láser ni el disco del bolsillo. Estaríamos muertos antes que mi mano tocara el arma.

Entonces advertí que Aenea, aunque debía haber reconocido a la mujer, no había reaccionado como yo. En apariencia ni siquiera había reaccionado. Aún sonreía. Había mirado a los visitantes de Pax, el monstruo incluido, y luego se había vuelto hacia el niño del trono.

El primero en hablar fue el regente Reting Tokra.

—Nuestros huéspedes solicitaron esta audiencia. Su Santidad les comentó que se estaba realizando la reconstrucción del Templo Suspendido en el Aire y deseaban conocer a la joven arquitecta —dijo, con voz tan afectada e inexpresiva como su apariencia.

Entonces habló el Dalai Lama, con una voz generosa que contrastaba con la cautela del regente.

—Amigos míos —dijo, señalándonos a Aenea y a mí—, os presento a nuestros distinguidos visitantes de Pax. El cardenal John Domenico Mustafa, del Santo Oficio de la Iglesia Católica, el arzobispo Jean Daniel Breque, del Cuerpo Diplomático Papal, el padre Martin Farrell, el padre Gerard LeBlanc, y la comandante Rhadamanth Nemes de la Guardia Noble.

Inclinamos la cabeza. Lo mismo hicieron los dignatarios de Pax, incluido el monstruo. Si Su Santidad violaba el protocolo al encargarse de las presentaciones, nadie pareció notarlo.

El cardenal Mustafa dijo con voz sedosa:

—Gracias, Su Santidad. Pero has presentado a estas personas excepcionales sólo como la arquitecta y su asistente. —El cardenal nos sonrió, mostrando dientes pequeños y afilados—. Supongo que tendréis nombre.

Mi pulso se aceleró. Los dedos de mi mano derecha buscaban espasmódicamente la linterna láser. Aenea aún sonreía, pero no parecía dispuesta a responder al cardenal. Me devané los sesos tratando de inventar alias. ¿Pero para qué? Sin duda sabían quiénes éramos. Esto era una trampa. Nemes no nos dejaría salir de esta habitación, o nos estaría esperando cuando lo hiciéramos.

Asombrosamente, fue el Dalai Lama quien habló de nuevo.

—Me complacería mucho terminar mis presentaciones, eminencia. Nuestra estimada arquitecta se llama Ananda y su asistente, uno de sus muchos y diestros asistentes, se llama Subhadda.

Esto me desconcertó. ¿Alguien le había dicho estos nombres al Dalai Lama? Aenea me había contado que Ananda había sido el principal discípulo de Buda y un maestro a su vez; Subhadda era un asceta errante que conoció a Buda pocas horas antes de que éste muriera se convirtió en su último discípulo directo. También me dijo que el Dalai Lama había inventado esos nombres para nuestra presentación, al parecer encantado con la ironía. Ese humor no me causaba gracia.

—M. Ananda —dijo el cardenal Mustafa, inclinándose levemente—. M. Subhadda. —Nos echó un vistazo—. Perdona mi rudeza y mi ignorancia, M. Ananda, pero no pareces pertenecer a la misma raza que la mayoría de la gente que hemos visto en Potala u otras zonas de T'ien Shan.

Aenea asintió.

—Hay que cuidarse de las generalizaciones, eminencia. Hay zonas de este mundo colonizadas por gente de muchas regiones de Vieja Tierra.

—Desde luego. Y debo decir que tu inglés de la Red tiene muy poco acento. ¿Puedo preguntarte qué región de T'ien Shan es tu hogar y el de tu asistente?

—Por supuesto —respondió Aenea, con voz tan calma como la del cardenal—. Llegué al mundo en una región escabrosa que está más allá de los montes Moriah y Sión, al noroeste de Muztagh Alta.

El cardenal asintió. Noté entonces que su collar —lo que Aenea luego describió como *rabat* o *rabbi* en terminología de la Iglesia— era de seda escarlata, del mismo color que su sotana roja y su gorra.

—¿Profesas la fe hebrea o musulmana —continuó el cardenal—, que según nuestros anfitriones prevalece en esas regiones?

—No profeso ninguna fe —dijo Aenea—, si se define la fe como creencia en lo sobrenatural.

El cardenal alzó levemente las cejas. El hombre llamado Farrell miró de soslayo a su jefe. Rhadamanth Nemes no nos quitaba los ojos de encima.

—No obstante, trabajas para erigir un templo a las creencias budistas —dijo afablemente el cardenal Mustafa.

—Fui contratada para reconstruir un bello complejo. Me enorgullece que me hayan escogido para esta tarea.

—¿Aunque no creas en lo sobrenatural? —dijo Mustafa. Pude oír la Inquisición en su voz. Aun en los brezales de Hyperion habíamos oído hablar del Santo Oficio.

—Tal vez por eso mismo, eminencia —dijo Aenea—. Y porque confío en mis aptitudes humanas, y las de mis compañeros de trabajo.

—¿La tarea es su propia justificación? —insistió el cardenal— ¿Aunque no tenga un sentido más profundo?

—Tal vez una tarea bien hecha sea el sentido más profundo —respondió Aenea.

El cardenal Mustafa rió entre dientes. No era una risa agradable.

—Bien dicho, jovencita. Bien dicho.

El padre Farrell se aclaró la garganta.

—La región que está más allá del monte Sión —dijo reflexivamente—. Durante nuestra inspección orbital notamos que había un portal teleyector en un risco de esa zona. Creíamos que T'ien Shan nunca había formado parte de la Red, pero nuestra documentación mostró que el portal se construyó poco antes de la Caída.

—¡Pero no se usó nunca! —exclamó el joven Dalai Lama, alzando un dedo—. Nadie ha usado el teleyector de la Hegemonía para entrar o salir de las Montañas del Cielo.

—¿De veras? —murmuró el cardenal Mustafa—. Bien, eso supusimos, pero debo pedir disculpas, Su Santidad. Nuestra nave, en su afán de analizar la estructura del viejo portal teleyector desde órbita, derritió accidentalmente las rocas que lo rodeaban. Me temo que el portal quedó sepultado para siempre bajo la roca.

Miré a Rhadamanth Nemes cuando dijeron esto. Ni siquiera pestañeó. Sólo clavaba los ojos en Aenea.

El Dalai Lama extendió la mano en un gesto generoso.

—No importa, eminencia. No sabríamos qué hacer con un teleyector que no se usó nunca... a menos que Pax haya encontrado un modo de reactivar los teleyectores. —Se rió de esa idea. Era una agradable risa de niño, pero llena de inteligencia.

—No, Su Santidad —dijo el cardenal Mustafa, sonriendo—. Ni siquiera la Iglesia ha encontrado un modo de reactivar la Red. Y por cierto es mejor que nunca lo hagamos.

Mi tensión se estaba transformando en náusea. Ese feo hombrecillo le estaba diciendo a Aenea que sabía cómo había llegado a T'ien Shan y que no podría escapar por ese medio. Miré de soslayo a mi amiga, pero ella parecía tranquila y poco interesada en la conversación. ¿Existiría un segundo portal teleyector del cual Pax no sabía nada? Al menos esto explicaría por qué aún estábamos con vida: Pax había

tapado la cueva del ratón y tenía varios gatos —su nave diplomática en órbita, y sin duda más naves de guerra escondidas en el sistema— al acecho. Si yo hubiera llegado unos meses después, habrían capturado o destruido nuestra nave y todavía tendrían a Aenea donde querían. ¿Pero por qué esperar? ¿Y por qué este juego?

—Nos interesaría mucho ver el Templo Suspendido en el Aire. Parece fascinante —dijo el arzobispo Breque.

El regente Tokra frunció el ceño.

—Puede ser difícil de coordinar, excelencia —dijo—. Se aproximan los monzones, las cablevías serán muy peligrosas y aun la Vía Alta es inestable durante las tormentas de invierno.

—¡Pamplinas! —exclamó el Dalai Lama, ignorando el mal ceño del enjuto regente—. Nos alegraría organizar esa expedición. Debéis ver Hsuan'k'ung Ssu, por cierto. Y todo el Reino Medio... incluso el T'ai Shan, el Gran Pico, donde la escalera de veintisiete mil escalones sube hasta el Templo del Emperador de Jade y la Princesa de las Nubes Azules.

—Su Santidad —murmuró el chambelán, la cabeza inclinada, pero sólo después de intercambiar una mirada paternalista con el regente—, debo recordaros que sólo es posible llegar al Gran Pico del Reino Medio por cablevía en los meses de primavera, por la elevación de las nubes venenosas. En los próximos siete meses, T'ai Shan será inaccesible para el resto del Reino Medio y del mundo.

El Dalai Lama dejó de sonreír, no por malhumor, pensé, sino porque le disgustaba que lo trataran con paternalismo. Sus próximas palabras tenían el filo de la autoridad. Yo no conocía a muchos niños, pero había conocido a bastantes oficiales militares y, a juzgar por mi experiencia, este niño llegaría a ser un hombre y un comandante digno de respeto.

—Chambelán —dijo el Dalai Lama—, claro que sé que se cierra la cablevía. Todos lo saben. Pero también sé que en la temporada invernal algunos voladores intrépidos vuelan desde Sung Shan hasta el Gran Pico. ¿De qué otra manera comunicaríamos nuestros edictos a nuestros amigos, los fieles de T'ai Shan? Y algunas paravelas pueden sustentar a más de un volador... incluso pasajeros, ¿verdad?

El chambelán se inclinó tanto que temí que su frente tocara los mosaicos.

—Sí, sí, desde luego, Su Santidad —dijo con voz trémula—. Sabía que lo sabías, señor... Sólo quise decir...

—Sin duda el chambelán quiso decir, Su Santidad —intervino el regente Tokra—, que aunque algunos voladores efectúan el viaje todos los años, muchos más perecen en el intento. No querríamos poner en peligro a nuestros huéspedes.

El Dalai Lama volvió a sonreír, pero esta vez la sonrisa no era aniñada sino más astuta y más adulta, casi socarrona.

—Tú no temes morir, ¿verdad, eminencia? —le dijo al cardenal Mustafa—. Ése

es el propósito de tu visita, ¿no? Mostrarnos las maravillas de tu resurrección cristiana.

—No es el único propósito, Su Santidad —murmuró el cardenal—. Venimos ante todo para compartir la buena nueva de Cristo con quienes desean oírla y también para hablar sobre posibles relaciones comerciales con tu hermoso mundo. —El cardenal sonrió—. Y aunque la cruz y el Sacramento de la Resurrección son regalos directos de Dios, Su Santidad, es preciso recobrar una parte del cuerpo o del cruciforme para que el sacramento se conceda. Entiendo que nadie regresa de vuestro mar de nubes.

—Nadie —convino el niño, sonriendo aún más.

El cardenal Mustafa agitó las manos.

—Entonces quizá limitemos nuestra visita al Templo Suspendido en el Aire y otros destinos accesibles —dijo.

Hubo un silencio y miré de nuevo a Aenea, pensando que era el momento de irnos, preguntándome cuál sería la señal, creyendo que el chambelán nos conduciría afuera, sintiendo la carne de gallina ante la hambrienta mirada que Nemes le dirigía a Aenea. De pronto el arzobispo Jean Daniel Breque rompió el silencio.

—Antes comentaba con su alteza, el regente Tokra —dijo mirando a los demás, como si debiéramos zanjar la cuestión—, que nuestro milagro de la resurrección es asombrosamente similar a la milenaria creencia budista en la reencarnación.

—Ah —dijo el Dalai Lama con rostro vivaz, como si el tema le interesara—, pero no todos los budistas creen en la reencarnación. Aun antes de la migración a T'ien Shan y de los grandes cambios filosóficos que se han producido aquí, no todas las sectas budistas aceptaban el concepto del renacer. Sabemos con certeza que Buda se negó a especular con sus discípulos acerca de la existencia de una vida después de la muerte. Consideraba que ese interrogante no era relevante para la práctica de la Vía y no se podía responder dentro de las restricciones de la existencia humana. Veréis, caballeros, gran parte del budismo se puede explorar, valorar y utilizar como herramienta de iluminación sin incursiones en lo sobrenatural.

El arzobispo quedó pasmado, pero el cardenal Mustafa señaló:

—Pero tengo entendido que Buda dijo... y creo que una de vuestras escrituras le atribuye estas palabras, pero corrígeme si me equivoco...: «Existe lo no nacido, lo no originado, lo no hecho, lo no mezclado; de lo contrario, no habría escapatoria del mundo de lo nacido, lo originado, lo hecho, lo mezclado.»

El niño no dejó de sonreír.

—Eso dijo, eminencia, en efecto. Muy bien. ¿Pero acaso no existen elementos, aún no comprendidos del todo, dentro de nuestro universo físico, ligados por las leyes de nuestro universo físico, que se podrían describir como no nacidos, no originados, no hechos y no mezclados?

—Que yo sepa no, Su Santidad —dijo afablemente el cardenal Mustafa—. Pero

no soy científico. Sólo un pobre sacerdote.

A pesar de este gesto diplomático, el Dalai Lama parecía empecinado en continuar con el tema.

—Como decíamos anteriormente, cardenal Mustafa, nuestra forma de budismo ha evolucionado desde que aterrizamos en este mundo montañoso. Ahora está muy impregnada del espíritu del zen. Y uno de los grandes maestros zen de Vieja Tierra, el poeta William Blake, dijo una vez: «La eternidad está enamorada de los frutos del tiempo.»

La sonrisa fija del cardenal Mustafa reveló su falta de comprensión.

El Dalai Lama ya no sonreía. Su expresión era agradable pero seria.

—¿Crees acaso que M. Blake quería decir que el tiempo sin fin es tiempo derrochado, cardenal Mustafa? ¿Que un ser liberado de la mortalidad, incluso Dios, podría envidiar a los hijos del tiempo lento?

El cardenal cabeceó pero no expresó su acuerdo.

—Santidad, no entiendo por qué Dios envidiaría a la pobre y mortal humanidad. Ciertamente Dios no es capaz de envidia.

El niño arqueó sus cejas casi invisibles.

—No obstante, ¿no es vuestro Dios cristiano omnipotente por definición? Sin duda él, ella, ello, debe ser capaz de envidia.

—Ah, una paradoja destinada a los niños, Su Santidad. Confieso que no estoy formado en la apologética lógica ni en metafísica. Pero como príncipe de la Iglesia de Cristo, sé por mi catecismo y en mi alma que Dios no es capaz de envidia... y menos de envidia por sus defectuosas creaciones.

—¿Defectuosas? —preguntó el niño.

El cardenal Mustafa sonrió con condescendencia y habló con el tono de un sacerdote culto dirigiéndose a un chiquillo.

—La humanidad es defectuosa por su propensión al pecado. Nuestro Señor no podría envidiar a alguien que es capaz de pecar.

El Dalai Lama movió la cabeza lentamente.

—Uno de nuestros maestros zen, un hombre llamado Ikkyu, una vez escribió un poema a ese efecto:

Todos los pecados cometidos
en los Tres Mundos
desaparecerán
conmigo.

El cardenal Mustafa aguardó un instante, pero como el poema no continuaba, preguntó:

—¿A qué tres mundos se refería, santidad?

—Esto fue antes del vuelo espacial —dijo el niño, moviéndose ligeramente en su trono—. Los Tres Mundos son el pasado, el presente y el futuro.

—Muy bonito —dijo el cardenal del Santo Oficio. Su ayudante, el padre Farrell, miraba al niño con una especie de fría repulsión—. Pero los cristianos no creemos que el pecado, o los efectos del pecado, o la responsabilidad por el pecado, terminen con la vida de uno, Su Santidad.

—Precisamente. —El niño sonrió—. Por eso me despierta curiosidad que prolonguéis la vida artificialmente con vuestra criatura cruciforme. Nosotros creemos que la muerte borra las viejas cuentas. Vosotros creéis que trae un juicio. ¿Por qué postergar ese juicio?

—Consideramos el cruciforme como un sacramento dado a nosotros por Nuestro Señor Jesucristo —murmuró el cardenal Mustafa—. Este juicio fue postergado inicialmente por el sacrificio de Nuestro Salvador en la cruz, Dios mismo aceptó el castigo por nuestros pecados, dándonos la opción de una vida eterna en el ciclo si la escogemos. El cruciforme es otro don de nuestro Salvador, que quizá nos dé tiempo para poner nuestra casa en orden antes de ese juicio final.

—Ah, sí —suspiró el niño—. Pero quizás Ikkyu quería decir que no hay pecadores. Que no hay pecado. Que «nuestra» vida no nos pertenece...

—Precisamente, Su Santidad —interrumpió el cardenal Mustafa, como si se las viera con un alumno lerdo. Noté que el regente, el chambelán y otros funcionarios ponían mala cara ante la interrupción—. Nuestra vida no nos pertenece, sino que pertenece a Nuestro Señor y Salvador... y para servirle a él, a Nuestra Santa Madre Iglesia.

—No nos pertenece a nosotros, sino al universo —continuó el niño—. Y nuestros actos, buenos y malos, también son propiedad del universo.

El cardenal Mustafa frunció el ceño.

—Bonita frase, Su Santidad, pero quizá demasiado abstracta. Sin Dios, el universo sólo puede ser una máquina... irreflexiva, indiferente, insensible.

—¿Por qué? —preguntó el niño.

—¿Cómo, Su Santidad?

—¿Por qué el universo debe ser irreflexivo, indiferente e insensible sin vuestra definición de Dios? —murmuró el niño. Cerró los ojos y recitó:

El rocío de la mañana
huye
y ya no existe.
¿Quién puede permanecer
en este mundo nuestro?

El cardenal Mustafa unió los dedos y se tocó los labios como si rezara o sintiera una vaga frustración.

—Muy bonito, Su Santidad. ¿También de Ikkyu?

El Dalai Lama sonrió satisfecho.

—No, mío. Escribo un poco de poesía zen cuando no puedo dormir.

Los sacerdotes rieron discretamente. Nemes clavaba los ojos en Aenea.

El cardenal Mustafa se volvió hacia mi amiga.

—M. Ananda, ¿tienes alguna opinión sobre estos importantes asuntos?

Por un segundo no supe a quién se dirigía, pero luego recordé que el Dalai Lama había presentado a Aenea como Ananda, principal discípulo de Buda.

—Conozco otro pequeño poema de Ikkyu que expresa mi opinión —dijo Aenea.

Más frágil e ilusorio
que números escritos en el agua;
pedir a Buda
dicha en otra vida.

El arzobispo Breque se aclaró la garganta e intervino en la conversación.

—Eso parece bastante claro, jovencita. No crees que Dios escuche nuestras plegarias.

Aenea sacudió la cabeza.

—Creo que él quería decir dos cosas, eminencia. Primero, que Buda no nos ayudará. No es su trabajo, como quien dice. En segundo lugar, que es necio planificar para la otra vida porque somos, por naturaleza, atemporales, eternos, no nacidos, inmortales y omnipotentes.

El arzobispo enrojeció.

—Esos adjetivos sólo pueden aplicarse a Dios, M. Ananda. —Sintió la mirada penetrante del cardenal Mustafa y recordó su lugar como diplomático—. O eso creemos nosotros.

—Por ser una persona joven, una arquitecta, pareces conocer el zen y la poesía, M. Ananda —observó afablemente el cardenal Mustafa, procurando aliviar la tensión—. ¿Hay otros poemas de Ikkyu que consideres relevantes?

Aenea asintió.

Solos llegamos a este mundo,
solos partimos.
También esto es ilusión.
Os enseñaré el camino:
no ir ni venir.

—Ese sería un buen truco —dijo el cardenal Mustafa con falsa jovialidad.

El Dalai Lama se inclinó hacia delante.

—Ikkyu nos enseñó que es posible vivir al menos parte de nuestra vida en un mundo sin tiempo ni espacio donde no hay nacimiento ni muerte, ni ida ni venida —dijo—. Un lugar donde no hay separación en el tiempo, ni distancia en el espacio, ni barrera que nos separe de los que amamos, ni pared de vidrio entre la experiencia y nuestro corazón.

El cardenal Mustafa lo miró atónito.

—Mi amiga M. Ananda también me enseñó esto —dijo el niño.

Por un segundo, el cardenal torció la cara en una mueca burlona. Se volvió hacia Aenea.

—Me agradaría que la joven nos enseñara este ingenioso truco de magia —dijo incisivamente.

—Eso espero —dijo Aenea.

Rhadamanth Nemes avanzó un paso hacia mi amiga. Apoyé la mano en mi capa, rozando el disparador de la linterna láser.

El regente tocó un gong con una vara envuelta en un paño. El chambelán se acercó para escoltarnos. Aenea se inclinó ante el Dalai Lama y yo la imité torpemente.

La audiencia había terminado.

Bailo con Aenea en el vasto salón de recepción al son de una orquesta de setenta y dos instrumentos mientras las damas, caballeros, sacerdotes y ministros plenipotenciarios de T'ien Shan nos miran desde el linde de la pista de baile o giran alrededor de nosotros impulsados por la misma música. Bailo con Aenea, volvemos a cenar antes de medianoche ante las largas mesas continuamente reaprovisionadas de comida, y luego bailamos de nuevo.

La estrecho mientras nos movemos juntos por la pista. No recuerdo haber bailado antes —al menos estando sobrio— pero bailo esta noche, abrazando a Aenea mientras la luz de los braseros se extingue y Oráculo arroja sombras en el parqué.

Es casi de madrugada y los invitados más viejos se han retirado, todos los monjes, alcaldes y estadistas, salvo la Marrana del Rayo, que ha reído, cantado y aplaudido en cada pieza, zapateando con sus sandalias, y sólo quedan cuatrocientas o quinientas personas. La orquesta toca piezas cada vez más lentas, como si su energía musical se agotara. Confieso que me habría acostado hace horas si no fuera por Aenea: ella quiere bailar. Así que bailamos, moviéndonos despacio, su mano pequeña en mi mano enorme, mi otra mano en su espalda —sintiendo sus fuertes músculos a través de la delgada seda del vestido—, su cabello contra mi mejilla, sus pechos blandos contra mi cuerpo, la curva de su cabeza contra mi cuello y mi barbilla. Ella parece un

poco triste, pero aún tiene energía, aún quiere fiesta.

Las audiencias privadas terminaron hace horas y se anunció que el Dalai Lama se había acostado antes de medianoche, pero nosotros seguimos con la fiesta: Lhomo Dondrub, nuestro amigo volador, riendo y sirviendo champán y cerveza de arroz para todos; Labsang Samten, el hermano del Dalai Lama, saltando sobre los braseros llenos de rescoldos; el grave Tromo Trochi de Dhomu convirtiéndose de pronto en mago, haciendo trucos con fuego y aros y levitaciones. La Dorje Phamo canta un solo *a cappella* con una dulce voz que aún ronda mis sueños, y al fin los demás se unen en *la Canción de Oráculo* mientras la orquesta se dispone a marcharse antes que la aurora aclare el cielo nocturno.

La música se interrumpe. Los bailarines se quedan quietos. Aenea y yo nos detenemos y miramos alrededor.

Hace horas que no hay indicios de los huéspedes de Pax, pero de repente uno de ellos, Rhadamanth Nemes, sale de las sombras de la sala del Dalai Lama. Se ha cambiado el uniforme y ahora está totalmente vestida de rojo. Hay dos más con ella, y por un momento pienso que son los sacerdotes, pero veo que las dos figuras vestidas de negro son copias de Nemes; una mujer y un hombre, ambos en traje de combate, ambos con mechones flojos y negros sobre la frente pálida, ambos con ojos que son brasas muertas.

El trío se nos acerca entre los bailarines detenidos. Por instinto me interpongo entre mi amiga y estas criaturas, pero el varón y su compañera comienzan a rodearnos. Pongo a Aenea detrás de mí, pero ella se pone a mi lado.

Los bailarines quietos no hacen ruido. La orquesta guarda silencio. Aun el claro de luna parece congelado en franjas sólidas en el aire polvoriento.

Saco la linterna láser y la sostengo al costado. Nemes muestra sus pequeños dientes. El cardenal Mustafa sale de las sombras y se para detrás de ella. Las cuatro criaturas de Pax fijan los ojos en Aenea. Por un instante creo que el universo se ha detenido, que los bailarines están literalmente congelados en el espacio y el tiempo, que la música cuelga sobre nosotros como estalactitas listas para astillarse y caer, pero entonces oigo el murmullo de la multitud, susurros temerosos, un jadeo de angustia.

No hay amenaza visible —sólo cuatro huéspedes de Pax moviéndose por la pista, con Aenea como eje de un círculo que se cierra— pero la sensación de cacería es demasiado fuerte, igual que el olor del miedo a través del perfume, el talco y la colonia.

—¿Por qué esperar? —dice Rhadamanth Nemes, mirando a Aenea pero hablando con alguien más, tal vez sus hermanos o el cardenal.

—Creo... —dice el cardenal Mustafa, y se paraliza.

Todos se paralizan. Los grandes cuernos de la entrada murmuran gravemente,

como placas continentales al desplazarse. Nadie está en los nichos para tocarlos. Las trompetas de hueso y bronce cierran la tenante nota de los cuernos. El gran gong hace vibrar los huesos.

Hay un murmullo y un grito ahogado. Los bailarines miran las escaleras, la antesala, el arco de entrada. La raleada multitud se dispersa aún más, apartándose como el suelo ante un arado de acero.

Algo se mueve detrás de las cortinas cerradas.

Algo ha atravesado las cortinas, no separándolas sino rasgándolas. Algo centellea bajo la luz de Oráculo y se desliza por el parqué como si flotara a centímetros del piso. Jirones rojos cuelgan de la alta silueta de tres metros, y demasiados brazos asoman entre los pliegues de esa túnica carmesí. Parece que las manos empuñaran hojas de acero. Los bailarines se alejan y se oye un jadeo general. Un silencioso relámpago opaca el claro de luna y se refleja en los pisos bruñidos, eclipsando a Oráculo. Cuando llega el trueno, segundos después, no se distingue del rumor grave y vibrante de los cuernos que aún reverberan en la entrada.

El Alcaudón se detiene a cinco pasos de Aenea y de mí, a cinco pasos de Nemes, a diez pasos de los hermanos de Nemes, a ocho pasos del cardenal. Pienso que el Alcaudón envuelto en esos jirones de cortina roja parece una caricatura cromada del cardenal Mustafa. Los clones de Nemes, con sus uniformes negros, parecen sombras de puñales contra las paredes.

En uno de los oscuros rincones de la sala de recepción, un alto reloj da lentamente la hora: uno, dos, tres, cuatro. Es el número de máquinas de matar que están delante y detrás de nosotros. Hace más de cuatro años que vi al Alcaudón, pero su presencia no es menos terrible ni más agradable a pesar de su intercesión. Los ojos rojos centellean como láseres bajo una capa de agua. Las fauces de acero cromado se abren para mostrar hileras de dientes afilados. Las púas y cuchillas de la criatura atraviesan la cortina roja que la envuelve. No pestañea. No parece respirar. Ahora que ha dejado de deslizarse, está tan inmóvil como una escultura de pesadilla.

Rhadamanth Nemes le sonríe.

Aún empuñando el estúpido láser, recuerdo la confrontación de Bosquecillo de Dios. Nemes se volvió plateada y borrosa y desapareció, reapareciendo de golpe junto a la niña Aenea. Planeaba cortar la cabeza de mi amiga y llevársela en un saco de arpillera, y lo habría hecho si no hubiera aparecido el Alcaudón. Nemes sabía que yo no atinaría a reaccionar, porque estas criaturas se movían fuera del tiempo. Siento el dolor de un padre que ve a su hijo ponerse en el camino de un vehículo acelerado, incapaz de actuar a tiempo para protegerlo. A este terror se suma el dolor de un amante incapaz de proteger a su amada.

No vacilaría un segundo en morir para proteger a Aenea de estas cosas, incluido el Alcaudón, y es posible que muera en menos de un segundo, pero mi muerte no la

protegerá. Aprieto los dientes con frustración.

Moviendo sólo los ojos, temiendo precipitar la matanza si muevo un músculo, veo que el Alcaudón no mira a Aenea ni a Nemes. Mira al cardenal Mustafa. Este sacerdote con cara de rana debe sentir el peso de esa mirada roja, pues ha palidecido por completo.

Aenea se mueve. Poniéndose a mi izquierda, mete su mano derecha en mi mano izquierda y me aprieta los dedos. No es una niña pidiendo tranquilidad, sino que ella me tranquiliza a mí.

—Sabes cómo terminará —le dice al cardenal, ignorando a los clones que se tensan como felinos al acecho.

El gran inquisidor se relame los gruesos labios.

—No, no lo sé. Hay tres...

—Sabes cómo terminará —interrumpe Aenea—. Estuviste en Marte.

¿Marte?, pienso. *¿Qué demonios tiene que ver Marte con todo esto?* Otro relámpago vibra en la claraboya, arrojando sombras movedizas. Los rostros de cientos de bailarines aterrados son óvalos blancos sobre terciopelo negro. Comprendo, en un rapto de intuición tan repentino y esclarecedor como el relámpago, que la biosfera metafísica de este mundo —al margen de la evolución zen— está atestada de demonios míticos y espíritus malévolos de la mitología tibetana: cancerosos espíritus *nyen* de la tierra; «señores del suelo» *sadag* que acosan a los constructores que perturban sus reinos; rojos espíritus *tsen* que viven en las rocas; espíritus *gyelpo* de reyes difuntos que han faltado a sus votos, muertos, mortíferos, vestidos con armaduras pálidas; espíritus *dud* que son tan malévolos que se alimentan sólo de carne humana y usan una negra piel de escarabajo; deidades femeninas *mamo*, feroces como marejadas invisibles; hechiceras *matrika* de los cementerios y las plataformas crematorias, cuyo aliento huele a carroña; deidades planetarias *grabas* que provocan epilepsia y otras enfermedades espasmódicas; guardianes *noddin* de las riquezas del suelo, letales para los que trabajan en las minas de diamante; y muchas otras criaturas nocturnas, criaturas dentudas, criaturas con zarpas, criaturas asesinas. Lhomo y los demás me han contado las historias con frecuencia. Miro los rostros blancos intimidados por el Alcaudón y los clones de Nemes y pienso: *Esta noche no será tan insólita en los relatos de esta gente.*

—El demonio no puede vencer a los tres —dice el cardenal Mustafa, pronunciando la palabra «demonio» al tiempo que yo pienso en ella. Comprendo que habla del Alcaudón.

Aenea ignora el comentario.

—Primero tomará tu cruciforme —murmura—. No puedo impedir que lo haga.

El cardenal Mustafa echa la cabeza hacia atrás como si lo hubieran abofeteado.

Su semblante pálido palidece aún más. Siguiendo una señal de Rhadamanth

Nemes, los clones se cierran como si acumularan energía para una terrible transformación. Nemes vuelve a clavar su mirada negra en Aenea y sonríe mostrando todos los dientes.

—¡Alto! —exclama el cardenal Mustafa, y su grito resuena en la claraboya y el suelo.

Los grandes cuernos dejan de tocar. Los bailarines se aferran en un susurro de uñas sobre seda. Nemes mira con odio al cardenal.

—¡Alto! —repite el sacerdote, y comprendo que habla con sus propias criaturas —. ¡Invoco la orden de Albedo y del Núcleo! ¡Lo ordeno por la autoridad de los Tres Elementos!

Este grito desesperado tiene la cadencia de un exorcismo, un ritual profundo, pero aun yo puedo distinguir que no es católico ni cristiano. No es un conjuro para detener al Alcaudón sino a sus propios demonios.

Nemes y sus clones retroceden como tironeados por cuerdas invisibles. Los clones se reúnen con Nemes frente a Mustafa.

El cardenal sonríe, pero es un gesto trémulo.

—Mis mascotas no actuarán hasta que hablemos de nuevo. Te doy mi palabra como príncipe de la Iglesia, niña impía. ¿Tengo tu palabra de que este demonio no me acechará hasta entonces? —Señala al Alcaudón envuelto en sus jirones de terciopelo.

Aenea no ha perdido la calma.

—Yo no lo controlo —dice—. Sólo estarás seguro si abandonas este mundo en paz.

El cardenal mira al Alcaudón. Parece dispuesto a brincar en cuanto la alta figura flexione apenas una cuchilla. Nemes y sus compañeros siguen de pie entre él y el Alcaudón.

—¿Qué seguridad tengo de que la criatura no me seguirá al espacio... o de vuelta a Pacem?

—Ninguna —responde Aenea.

El gran inquisidor señala a mi amiga, con un largo dedo.

—Aquí tenemos asuntos que no se relacionan contigo —declara—, pero tú nunca saldrás de este mundo. Te lo juro por las entrañas de Cristo.

Aenea lo mira en silencio.

Mustafa da media vuelta y se marcha haciendo ondear su túnica roja. Sus sandalias susurran en el piso bruñido. Los clones de Nemes retroceden siguiendo al sacerdote, mirando al Alcaudón, mientras Nemes traspasa a Aenea con la mirada. Atraviesan las cortinas de la habitación privada del Dalai Lama y desaparecen.

El Alcaudón se queda donde está, sin vida, los cuatro brazos paralizados, recibiendo en los dedos las últimas chispas de luz de Oráculo antes de que la luna se pierda tras la montaña.

Los bailarines se dirigen hacia las salidas en una oleada de susurros y exclamaciones. La orquesta se retira, empacando instrumentos entre detonaciones, vibraciones y silbidos. Aenea aún me sostiene la mano mientras un pequeño círculo permanece alrededor de nosotros.

—¡Por el trasero de Buda! —exclama Lhomo Dondrub, y se acerca al Alcaudón, pasando el dedo por una espina metálica que nace en el pecho de la criatura. Veo sangre en su dedo bajo la luz evanescente—. Increíble —exclama Lhomo, bebiendo un sorbo de cerveza de arroz.

La Dorje Phamo se aproxima a Aenea. Coge la mano izquierda de mi amiga, se arrodilla y se apoya la palma de Aenea en la frente arrugada. Aenea aparta su mano de la mía mientras coge a la Marrana del Rayo por los brazos y la ayuda a levantarse.

—No —susurra.

—Bendita —responde la Dorje Phamo—. *Amata*, Inmortal; *Arhat*, Perfecta; *Sammasambuddha*, Plenamente Despierta. Lidéranos, enséñanos el *dhamma*.

—No —replica Aenea, siempre cordial con la anciana mientras la ayuda a incorporarse, pero con semblante severo—. Enseñaré lo que sé y compartiré lo que tengo cuando llegue el momento. No puedo hacer más. La hora del mito ha pasado.

Mi amiga se vuelve, me coge la mano y me lleva por la pista, dejando atrás al Alcaudón inmóvil, dirigiéndose a las cortinas destrozadas y la escalera mecánica detenida. Los demás se apartan tan rápidamente como cuando entró el Alcaudón.

Nos detenemos ante la escalera de acero. Brillan faroles en el pasillo que conduce a nuestros dormitorios.

—Gracias —dice Aenea, mirándome con ojos húmedos.

—¿Qué? ¿Por qué? No entiendo.

—Gracias por el baile —dice Aenea, y me besa suavemente los labios.

La electricidad de su contacto me hace pestañear. Señalo a la muchedumbre, la pista donde ya no está el Alcaudón, los guardias de Potala que irrumpen en el vasto salón, la habitación con cortinajes donde han desaparecido Mustafa y sus criaturas.

—No podemos dormir aquí esta noche, pequeña. Nemes y los otros dos...

—No harán nada. Confía en mí. No nos molestarán esta noche. Más aún, abandonarán su gompa y volverán a su nave. Regresarán, pero no esta noche.

Suspiro.

Ella me coge la mano.

—¿Tienes sueño? —pregunta Aenea.

Claro que tengo sueño. Estoy inexpresablemente exhausto. La noche anterior parece estar a semanas de distancia, y sólo tuve dos o tres horas de sueño liviano porque... porque habíamos... porque nosotros...

—En absoluto —respondo.

Aenea sonríe y me conduce a nuestro dormitorio.

20

Papa Urbano XVI: Envía Tu Espíritu y serán creados.

Todos: Renovarás la memoria de la Tierra y la faz de todos los mundos del Dominio de Dios.

Papa Urbano XVI: Oremos.

Oh Dios. Has instruido el corazón de los fieles con la luz del Espíritu Santo. Concédenos que, por medio del Espíritu Santo, siempre podamos ser auténticamente sabios y regocijarnos en Su consuelo. Por Cristo Nuestro Señor.

Todos: Amén.

El papa Urbano XVI bendice las insignias de los Caballeros de la Orden Ecuestre del Santo Sepulcro de Jerusalén.

Papa Urbano XVI: Nuestra ayuda es en el nombre del Señor.

Todos: Que creó el cielo y la Tierra y todos los mundos.

Papa Urbano XVI: El Señor sea con vosotros.

Todos: Y también contigo.

Papa Urbano XVI: Oremos.

Oh Señor, así oramos. Escucha nuestras plegarias y dígnate, por el poder de Tu majestad, bendecir estas insignias. Protege a Tus servidores, que desean usarlas, para que puedan ser fuertes mientras custodian los derechos de la Iglesia, y rápidos para defender y difundir la fe cristiana. Por Cristo nuestro Señor.

Todos: Amén.

El papa Urbano XVI rocía los emblemas con agua bendita.

El maestro de ceremonias, cardenal Lourdusamy, lee la lista, de caballeros recién designados y ascendidos en rango. Cada caballero se levanta cuando mencionan su nombre y permanece de pie. Hay mil doscientos ocho caballeros en la basílica.

El cardenal Lourdusamy los menciona a todos por rango, del más bajo al más alto, primero los caballeros, después los sacerdotes caballeros.

Al concluir la lectura, los caballeros que serán ordenados se arrodillan. Todos los demás están sentados.

El papa Urbano XVI pregunta a los caballeros: ¿Qué pides?

Los caballeros responden: Pido ser ordenado caballero del Santo Sepulcro.

Papa Urbano XVI: Hoy ser caballero del Santo Sepulcro significa librar la batalla por el Reino de Cristo y la extensión de la Iglesia, y realizar obras de candad con el mismo espíritu de fe y amor con el cual puedes dar la vida en batalla. ¿Estás dispuesto a seguir este ideal toda tu vida?

Los caballeros responden: Lo estoy.

Papa Urbano XVI: Te recuerdo que si todos los hombres y mujeres deben sentirse honrados por la práctica de la virtud, mucho más debe sentirse un soldado de la gloria de Cristo al ser caballero de Jesucristo y usar todos los medios para demostrar por sus actos y virtudes que es merecedor del honor que se le otorga y de la dignidad con que se lo inviste. ¿Estas dispuesto a prometer que observarás las constituciones de esta sagrada orden?

Los caballeros responden: Con la gracia de Dios prometo observar, como auténtico soldado de Cristo, los mandamientos de Dios, los preceptos de la Iglesia, las órdenes de mis comandantes en el campo de batalla y la constitución de esta sagrada orden.

Papa Urbano XVI: En virtud del decreto recibido, os designo y declaro soldados y caballeros del Santo Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Los caballeros entran en el santuario y se arrodillan mientras el papa bendice la Cruz de Jerusalén, emblema de la orden.

Papa Urbano XVI: Recibid la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo para vuestra protección, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Tras arrodillarse frente a la Cruz de Jerusalén, cada caballero responde: Amén.

El papa Urbano XVI regresa a la silla situada en la plataforma del altar. Cuando Su Santidad da la señal, el maestro de ceremonias, cardenal Lourdusamy, lee el decreto de cada caballero recién designado. Al citarse los nombres, el caballero recién designado se aproxima al altar, hace una genuflexión y se arrodilla ante Su Santidad. Un caballero ha sido escogido para representar a todos los caballeros que serán ordenados y ese caballero se aproxima al altar.

Papa Urbano XVI: ¿Qué solicitas?

Caballero: Solicito ser ordenado caballero del Santo Sepulcro.

Papa Urbano XVI: Te recuerdo nuevamente que si todos los hombres deben sentirse honrados de practicar la virtud, más debe sentirlo un soldado de Cristo, que debe sentir la gloria de ser un caballero de Jesucristo y usar todos los medios para no mancillar su buen nombre. Por último, debe demostrar con sus actos y virtudes que es merecedor del honor que se le confiere y de la dignidad con que se lo inviste. ¿Estás preparado para prometer de palabra y en verdad observar las constituciones de esta sagrada orden militar?

El caballero pone las manos cruzadas en las manos de Su Santidad.

Caballero: Declaro y prometo de palabra y en verdad ante Dios Todopoderoso, a Jesucristo, Su Hijo, a la Bendita Virgen María, observar, como auténtico soldado de Cristo, todo lo que me han encomendado.

El papa Urbano XVI apoya la mano derecha en la cabeza del caballero.

Papa Urbano XVI: Sé un fiel y valiente soldado de Nuestro Señor Jesucristo, un

caballero de su Santo Sepulcro, fuerte y valeroso, para que un día seas admitido en su corte celestial.

Su Santidad entrega las espuelas doradas al caballero, diciendo: Recibe estas espuelas que son símbolo de tu orden para la honra y defensa del Santo Sepulcro.

El maestro de ceremonias, cardenal Lourdusamy, entrega la espada desenvainada a Su Santidad, que la sostiene delante del caballero recién designado y se la devuelve al caballero maestro de ceremonias.

Maestro de ceremonias: Recibe esta espada que simboliza la defensa de la Santa Iglesia de Dios y el derrocamiento de los enemigos de la Cruz de Cristo. Cuídate de no usarla para atacar a nadie injustamente.

Cuando el caballero maestro de ceremonias envaina la espada, Su Santidad la entrega al caballero recién designado.

Papa Urbano XVI: Ten en cuenta que los santos no han conquistado reinos con la espada, sino por la fe.

Esta parte de la ceremonia se repite con cada candidato. Su Santidad recibe la espada desenvainada y toca el hombro derecho de cada caballero tres veces con la espada, diciendo: Te designo y declaro soldado y caballero del Santo Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Después de devolver la espada al caballero maestro de ceremonias, Su Santidad cuelga del cuello de cada uno la cruz que es emblema de la orden, diciendo: Recibe la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo para tu protección, y con ese propósito repite sin cesar: «Por la señal de la Cruz, libéranos, oh Señor, de nuestros enemigos.»

Cada caballero recién ordenado se levanta, se inclina ante Su Santidad y se aproxima al dignatario más alto para recibir su capa. El caballero asistente le entrega la gorra. Él se la pone y ocupa su sitio en los bancos.

Todos se ponen de pie cuando Su Santidad inicia el siguiente himno, que es continuado por todos los presentes.

Veni creator,
ven, Espíritu Santo, Creador bendito.
Y busca Tu reposo en nuestras almas;
ven con Tu gracia y socorro celestial
a llenar los corazones que has creado.

Oh, confortador, por Ti clamamos,
don celestial de Dios Altísimo,
fuente de vida, amor y fuego,
y dulce unción desde lo alto.

Tú, en Tus septuplicados dones desconocido;
Tú, dedo nuestro de la mano de Dios;
Tú, promesa del Padre;
Tú, que en la espada insuflas llamas.

Anima nuestros sentidos desde lo alto,
y calma el corazón de los que mueren;
con firme paciencia y alta virtud,
compensa la debilidad de la carne.

Ahuyenta al enemigo que tememos,
y otórganos en cambio Tu ira.
Así no admitiremos, contigo por guía,
que nos sea negada la victoria.

Oh, permítanos Tu gracia
conocer al Padre y al Hijo,
Y a Ti, por incontables testimonios,
de ambos Espíritu eterno y bendito.

Gloria al Padre y al Hijo,
que se levantó de la muerte.
A Ti vayan todos, Santa Espada y Escudo,
así en Pax como en el Cielo.

Papa Urbano XVI: Y todos los enemigos de Cristo deben sucumbir.
Todos: Amén.
Salen Su Santidad y el maestro de ceremonias.

En vez de regresar a sus apartamentos apostólicos, el papa condujo al cardenal a una pequeña habitación cerca de la Capilla Sixtina.

—La Sala de las Lágrimas —dijo el cardenal Lourdusamy—. Hace años que no entro aquí.

Era una pequeña habitación con azulejos pardos ennegrecidos por el tiempo,

empapelado rojo, techo medieval abovedado, algunos candelabros de oro, sin ventanas pero con gruesas e incongruentes cortinas blancas en una pared escarlata. La habitación estaba exiguamente amueblada: un sofá rojo en un rincón, una mesilla negra con altar con un paño de lino blanco, y un bastidor esquelético en el centro, donde colgaba una antigua, amarillenta y perturbadora alba con casulla, con dos zapatos blancos absurdamente decorados, las puntas encorvadas por la edad.

—Esta prenda perteneció al papa Pío XII —dijo el pontífice—. Se la puso aquí en 1939 después de su elección. La hicimos sacar del Museo Vaticano y la hemos puesto aquí. La visitamos en ocasiones.

—El papa Pío XII —murmuró el cardenal Lourdusamy. El secretario de Estado se preguntó si ese papa tenía alguna significación especial. Sólo recordaba la perturbadora estatua de Pío XII hecha casi dos milenios atrás, en 1964, por Francesco Messina, ahora relegada a un corredor subterráneo del Vaticano. El Pío XII de Messina estaba pintado con rasgos toscos, gafas redondas tan vacías como las cuencas oculares de una calavera, el brazo derecho alzado defensivamente, con dedos huesudos, como tratando de ahuyentar los males de su tiempo.

—¿Un papa guerrero? —preguntó Lourdusamy.

El papa Urbano XVI sacudió fatigosamente la cabeza. La pesada mitra bordada le había dejado una marca en la frente.

—No nos interesa su reinado durante la guerra mundial de Vieja Tierra —dijo el Santo Padre— sino los complejos tratos que debió realizar con el mismísimo corazón de las tinieblas con el propósito de preservar la Iglesia y el Vaticano.

Lourdusamy asintió lentamente.

—Los nazis y los fascistas —murmuró—. Desde luego. —El paralelismo con el Núcleo no era rebuscado.

Los sirvientes del papa habían preparado el té en la mesilla y el secretario de Estado ofició de criado personal de Su Santidad, sirviendo el té en una frágil taza de porcelana. El papa Urbano XVI lo agradeció con un gesto de la cabeza y sorbió el líquido humeante. Lourdusamy regresó a su sitio, cerca de las antiguas indumentarias, y miró críticamente al pontífice. *El corazón le molesta de nuevo. ¿Tendrá que pasar por otra resurrección y otro cónclave electivo pronto?*

—¿Viste quién fue escogido como caballero representante? —preguntó el papa con voz más fuerte. Lo miró con ojos tristes e intensos.

El desprevenido Lourdusamy tuvo que pensar un segundo.

—Ah sí... Isozaki, el ex ejecutivo de Mercantilus. Será el caballero con liderazgo titular para la cruzada de Casiopea 4614.

—Una compensación. —Su Santidad sonrió.

Lourdusamy se frotó la papada.

—Tal vez M. Isozaki pensaba en una penitencia más seria, Su Santidad.

El papa lo miró inquisitivamente.

—¿Se prevén pérdidas graves?

—Un cuarenta por ciento de bajas. La mitad irrecuperables para la resurrección. La lucha en ese sector ha sido muy encarnizada.

—¿Y en otras partes? —preguntó el pontífice.

Lourdusamy suspiró.

—La inquietud se ha difundido a unos sesenta mundos de Pax, Su Santidad. Unos tres millones sufren el Contagio y han rechazado el cruciforme. Hay combates, pero nada que las autoridades de Pax no puedan manejar. Vector Renacimiento es el peor... unos setecientos cincuenta mil infectados, y se propaga muy deprisa.

El papa cabeceó y bebió té.

—Cuéntanos algo positivo, Simón Augustino.

—La nave mensajera que se trasladó desde el sistema T'ien Shan poco antes de la ceremonia —dijo el cardenal—. Desciframos de inmediato el holomensaje del cardenal Mustafa.

El papa sostuvo la taza y el platillo y esperó.

—Han encontrado a la Hija del Demonio. Se reunieron con ella en el palacio del Dalai Lama.

—Y... —urgió Su Santidad.

—No se llevó a cabo ninguna acción, por la presencia del demonio Alcaudón —dijo Lourdusamy, mirando las notas que tenía en su comlog de pulsera—. Pero la identificación es segura. La niña llamada Aenea, que ahora tiene poco más de veinte años estándar su guardaespaldas, Raul Endymion, a quien arrestamos y perdimos en Mare Infinitus hace más de nueve años... y los demás.

El papa se tocó los finos labios con sus finos dedos.

—¿Y el Alcaudón?

—Apareció sólo cuando la niña fue amenazada por los oficiales de la Guardia Noble de Albedo —dijo el cardenal Lourdusamy—. Luego desapareció. No hubo lucha.

—¿Pero el cardenal Mustafa desaprovechó el momento? —preguntó el papa.

Lourdusamy asintió.

—¿Y todavía crees que Mustafa es la persona indicada para esta misión? —murmuró el papa Urbano XVI.

—Sí, Santo Padre. Todo sale de acuerdo con lo planeado. Esperábamos establecer contacto antes del arresto.

—¿El *Rafael*?

—Todavía no hay señales de él, pero Mustafa y la almirante Wu están seguros de que De Soya aparecerá en el sistema de T'ien Shan antes del tiempo asignado para capturar a la niña.

—Ciertamente rezamos para que así sea —dijo el pontífice—. ¿Sabes, Simón Augustino, cuánto daño ha causado a nuestra cruzada esa nave rebelde?

Lourdusamy sabía que era una pregunta retórica. El mismo, el Santo Padre y los agitados almirantes de la flota habían analizado informes de combate, listas de bajas y pérdidas en tonelaje durante cinco años. El *Rafael* y el traidor capitán De Soya habían estado a punto de ser destruidos o capturados varias veces, pero siempre se las apañaban para escapar al espacio éxter, dejando convoyes desbandados, cascos vapuleados, naves de Pax destrozadas. La incapacidad de la flota para capturar ese arcángel rebelde se había convertido en una vergüenza, el secreto mejor guardado de Pax.

Pero eso terminaría pronto.

—Los elementos de Albedo calculan un noventa y cuatro por ciento de probabilidades de que De Soya muerda el anzuelo —dijo el cardenal.

—¿Cuánto hace que la flota y el Santo Oficio plantaron la información? —preguntó el papa, terminando el té y apoyando la taza y el platillo en el borde del sofá.

—Cinco semanas estándar. Wu ordenó que fuera encriptada en la IA de una de las naves-antorcha escolta que el *Rafael* atacó en el linde del sistema Ofiuca. Pero la encriptación no es tan compleja como para que los sistemas mejorados por los éxters que tiene el *Rafael* no puedan descifrarla.

—¿De Soya y su gente no olerán una trampa? —preguntó el hombre que una vez había sido el padre Lenar Hoyt.

—Improbable, Su Santidad. Hemos usado antes esa encriptación para pasar información fiable a De Soya y...

El papa irguió la cabeza con irritación.

—Cardenal Lourdusamy, ¿me estás diciendo que sacrificaste naves y vidas inocentes de Pax, vidas imposibles de resucitar, sólo para asegurarte de que los renegados se fíen de esta información?

—Sí, Su Santidad —dijo Lourdusamy.

El papa suspiró y asintió.

—Lamentable pero comprensible, dado lo que está en juego.

—Además —continuó el cardenal— ciertos oficiales de la nave destinada a ser capturada por el *Rafael* estaban condicionados por el Santo Oficio, de modo que también tuvieran información sobre cuándo pensábamos avanzar sobre la niña Aenea y el mundo de T'ien Shan.

—¿Todo esto se preparó con meses de antelación?

—Sí, Su Santidad. Fue una ventaja que nos dieron el consejero Albedo y el Núcleo cuando detectaron la activación del teleyector de T'ien Shan hace unos meses.

El pontífice apoyó las manos en sus muslos. Tenía los dedos azulados.

—¿Y a la Hija del Demonio se le ha negado esa escapatoria?

—Totalmente. El *Jibril* derritió la montaña que rodea el portal teleyector. El teleyector en sí es invulnerable, Su Santidad, pero en este momento está sepultado bajo veinte metros de roca.

—¿Y el Núcleo está seguro de que es el único teleyector de T'ien Shan?

—Totalmente, Su Santidad.

—¿Y los preparativos para el enfrentamiento con De Soya y su arcángel renegado?

—La almirante Wu puede describir los detalles tácticos, Su Santidad.

—Confiamos en tu descripción del plan general, Simón Augustino.

—Gracias, Santo Padre. La flota de Pax ha apostado cincuenta y ocho cruceros arcángel clase planetaria dentro del sistema de T'ien Shan. Han permanecido ocultos durante las últimas seis semanas estándar.

—Excúsanos, Simón Augustino —murmuró el papa—. ¿Pero cómo ocultas cincuenta y ocho arcángeles de combate?

El cardenal sonrió.

—Han apagado sus motores y flotan en posiciones estratégicas dentro del cinturón de asteroides del sistema interior y del cinturón exterior de Kniper, Su Santidad. Imposibles de detectar. Preparados para atacar en cualquier momento.

—¿El *Rafael* no escapará esta vez?

—No, Su Santidad. Las cabezas de once comandantes de la flota dependen del éxito de esta emboscada.

—Dejar un quinto de nuestra flota de arcángeles flotando durante semanas en ese sistema del Confín ha comprometido gravemente la efectividad de nuestra cruzada contra los éxters, cardenal Lourdusamy.

—Sí, Su Santidad. —El cardenal apoyó las palmas en su túnica y se sorprendió de encontrarlas húmedas. No sólo las cabezas de los oficiales de la flota dependían del éxito de la misión. Lourdusamy sabía que su propio futuro estaba en juego.

—Valdrá la pena si destruimos a este rebelde —murmuró el papa.

Lourdusamy contuvo el aliento.

—Suponemos que la nave y el padre capitán De Soya serán destruidos, no capturados —dijo Su Santidad.

—Sí, Santo Padre. Hay órdenes de pulverizar la nave.

—¿Pero no dañaremos a la niña?

—No, Santo Padre. Se han tomado todas las precauciones para asegurar que el vector de contagio llamado Aenea sea capturado con vida.

—Eso es muy importante, Simón Augustino —murmuró el papa, como si hablara consigo mismo. Habían revisado estos detalles un centenar de veces—. Debemos capturar a la niña con vida. Sus acompañantes son prescindibles, pero la niña debe ser

capturada. Cuéntanos de nuevo el procedimiento.

El cardenal Lourdusamy cerró los ojos.

—En cuanto el *Rafael* sea interceptado y destruido, las naves del Núcleo se pondrán en órbita de T'ien Shan e incapacitarán a la población del planeta.

—Rayo de muerte, entonces —murmuró Su Santidad.

—Técnicamente no. Como sabes, el Núcleo nos asegura que los resultados de esta técnica son reversibles. Se parece más a la inducción de un coma permanente.

—¿Los millones de cuerpos serán transportados esta vez, Simón Augustino?

—No al principio, Su Santidad. Nuestros equipos especiales irán al planeta, encontrarán a la niña y la llevarán a un convoy arcángel que la traerá a Pacem, donde será revivida, aislada, interrogada y...

—Ejecutada —suspiró el papa—. Para mostrar a esos millones de rebeldes de sesenta mundos que su presunta mesías no lo es más.

—Sí, Su Santidad.

—Ansiamos hablar con esta persona, Simón Augustino. Aunque sea Hija del Diablo.

—Sí, Su Santidad.

—¿Y cuándo crees que el capitán De Soya morderá el anzuelo y se presentará para ser destruido?

El cardenal Lourdusamy miró su comlog.

—Dentro de horas, Su Santidad. Dentro de horas.

—Recemos por una feliz conclusión —susurró el papa—. Recemos por la salvación de nuestra Iglesia y nuestra raza.

Ambos hombres inclinaron la cabeza en la Sala de las Lágrimas.

Al regresar del palacio del Dalai Lama, veo los primeros indicios del alcance de los planes y del poder de Aenea.

Me asombra la recepción que nos brindan. Rachel y Theo sollozan al abrazar a Aenea. A. Bettik me palmea la espalda con su única mano y me estrecha con ambos brazos. El lacónico Jigme Norbu abraza a George Tsarong y luego a cada uno de los peregrinos, con lágrimas en las mejillas. Todo el templo ovaciona, aplaude y llora. Comprendo que muchos no esperaban que regresáramos de la recepción. Comprendo que ha faltado poco para que no regresáramos. Nos ponemos a trabajar para finalizar la reconstrucción de Hsuan'k'ung Ssu. Trabajo con Lhomo, A. Bettik y los demás en el paseo más alto, mientras Aenea, Rachel y Theo supervisan los detalles en todo el complejo.

Esa noche sólo puedo pensar en acostarme temprano con mi amada, y por nuestros apresurados pero apasionados besos durante los pocos minutos que tenemos a solas en la vereda alta, después de la cena comunitaria, sospecho que Aenea

comparte ese deseo de una intimidad intensa e inmediata. Pero esta noche se reúne un «grupo de discusión» —el último— y al atardecer hay más de cien personas en la plataforma de la gompa central. Por suerte los monzones se han contenido después de esa primera lluvia gris, y el ocaso es encantador cuando el sol se pone al oeste del K'un Lun. Las antorchas crepitan en las escaleras y los pendones rezadores flamean.

Me asombran algunos de los que asisten esta noche: el Tromo Trochi de Dhomu ha regresado de Potala a pesar de su presunta necesidad de seguir al oeste con sus mercancías; la Dorje Phamo viene con sus nueve sacerdotisas favoritas; hay mucha gente de renombre que estuvo en la recepción palaciega, en general gente joven, y el más joven y más renombrado de todos, que procura estar de incógnito con una túnica roja sencilla y su capucha, es el propio Dalai Lama, sin su regente ni su chambelán, acompañado sólo por su guardaespaldas personal y heraldo principal, Carl Linga William Eiheji.

Estoy en el fondo de la atestada habitación. Durante una hora el grupo de discusión es un grupo de discusión, a veces conducido pero nunca dominado por Aenea. Pero lentamente sus preguntas orientan la conversación. Comprendo que es una maestra del budismo tántrico y zen, y responde a monjes que se han pasado décadas estudiando koans y el Dharma. Un monje pregunta por qué no deben aceptar el ofrecimiento de Pax de la inmortalidad como una forma de renacimiento. Aenea cita a Buda y su enseñanza de que ningún individuo renace, que todas las cosas están sujetas a la *annicca*, la ley de la mutabilidad, y luego se explaya sobre la doctrina del *analta*, literalmente «no yo», por la cual Buda niega la existencia de esa entidad personal conocida como alma.

Respondiendo a otra pregunta sobre la muerte, Aenea cita un zen:

—Un monje le dijo a Tozan: «Un monje ha muerto. ¿Adonde se ha ido?» Tozan respondió: «Después del fuego, un brote de hierba.»

—M. Aenea —dice Kuku Se, su rostro ruborizado—, ¿eso significa *mu*?

Aenea ha enseñado que *mu* es un elegante concepto zen que se podría traducir como «desformular la pregunta».

Mi amiga sonríe. Está sentada lejos de la entrada, cerca de la pared abierta, y las estrellas brillantes son visibles sobre la Sagrada Montaña del Norte. Oráculo no ha despuntado.

—Significa eso hasta cierto punto —murmura. Hay silencio en la habitación—. También significa que el monje está tan muerto como un clavo. No se ha ido a ninguna parte. Mejor dicho, se ha ido a ninguna parte. Continúa, pero de otra forma. Los corazones se acongojan por la muerte del monje, pero la vida no ha disminuido. Nada se ha extraído del equilibrio de la vida en el universo. Pero todo ese universo, tal como se representa en la mente y el corazón del monje, ha muerto. Seppo le dijo una vez a Gensha: «El monje Shinso me preguntó adonde había ido cierto monje

muerto, y le dije que era como hielo tornándose agua.» Gensha respondió: «Eso está bien, pero yo no habría respondido así.» Seppo preguntó: «¿Qué habrías dicho?» Gensha respondió: «Es como agua regresando al agua.»

Al cabo de una pausa, alguien pide desde el frente de la habitación:

—Háblanos del Vacío Que Vincula.

—Érase una vez —comienza Aenea, como de costumbre— el Vacío. Y el Vacío estaba allende el tiempo. En un sentido real, el Vacío era un huérfano del tiempo, un huérfano del espacio.

»Pero el Vacío no era de tiempo ni de espacio, y por supuesto no era de Dios. Tampoco el Vacío Que Vincula es Dios. En verdad, el Vacío evolucionó mucho después que el tiempo y el espacio fijaron los límites del universo, pero el Vacío Que Vincula, no circunscrito por el tiempo ni sujeto al espacio, ha saltado hacia atrás y hacia delante en el continuo, hasta el Big Bang del comienzo y el Pequeño Gemido del final de las cosas.

Aenea se lleva las manos a las mejillas en un movimiento que no le he visto desde que era niña. Esta noche no parece una niña. Sus ojos están cansados pero llenos de vida. Hay arrugas de fatiga o preocupación alrededor de esos ojos. Amo esos ojos...

—El Vacío Que Vincula es una cosa con mente —dice con firmeza —. Viene de cosas con mente, muchas de las cuales fueron creadas, a la vez, por cosas con mente.

»El Vacío Que Vincula está cosido con materia cuántica, tejido con espacio Planck y tiempo Planck, cubriendo el espacio-tiempo como el paño de una manta cubre el algodón que la rellena. El Vacío Que Vincula no es místico ni metafísico. Surge de las leyes del universo y responde a ellas, pero es un producto de ese universo evolutivo. El Vacío está estructurado a partir del pensamiento y el sentimiento. Es producto de la conciencia que el universo posee de sí mismo. Y no sólo del pensamiento y el sentimiento humano. El Vacío Que Vincula es obra de cien mil razas sentientes a través de miles de millones de años. Es la única constante en la evolución del universo, el único terreno común para razas que evolucionarán, crecerán, florecerán, se extinguirán y perecerán con diferencias de millones de años y cientos de millones de años-luz. Y hay una sola llave para entrar en el Vacío Que Vincula...

Aenea hace otra pausa. Su amiga Rachel está sentada junto a ella, atenta y con las piernas cruzadas. Noto por primera vez que la mujer de quien he sentido absurdos celos en estos últimos meses es realmente bella: cabello cobrizo corto y rizado, mejillas rubicundas, grandes ojos verdes con motas pardas. Tiene la edad de Aenea, y está bronceada por meses de trabajo bajo el sol amarillo de T'ien Shan.

Aenea toca el hombro de Rachel.

—Mi amiga era un bebé cuando su padre descubrió un interesante dato del universo —dice Aenea—. Su padre, un estudioso llamado Sol, estaba obsesionado

por la relación histórica entre Dios y el hombre. Un día, en circunstancias muy extremas, al enfrentarse por segunda vez con la pérdida de su hija, Sol alcanzó el *satori*: vio total e intuitivamente lo que muy pocos han tenido el privilegio de ver con claridad a través de millones de años de lentas reflexiones. Sol vio que el amor era una fuerza real e igual en el universo, tan real como el electromagnetismo o la fuerza nuclear débil. Tan real como la gravedad, y gobernada por muchas de las mismas leyes. La ley del cuadrado inverso, por ejemplo, con frecuencia funciona tanto para el amor como para la atracción gravitatoria.

»Sol comprendió que el amor era la fuerza unificadora del Vacío Que Vincula, el hilo y la tela de la prenda. Y en ese instante de *satori*, Sol comprendió que la humanidad no era la única costura de ese magnífico tapiz. Sol entrevió el Vacío Que Vincula y la fuerza del amor que lo sustentaba, pero no pudo obtener acceso a ese medio. Los seres humanos, que han evolucionado recientemente desde sus primos primates, aún no han obtenido la capacidad sensorial para ver claramente el Vacío Que Vincula o entrar en él.

»Digo "ver claramente" porque todos los humanos de corazón y mente abierta han tenido raros pero potentes atisbos del paisaje del Vacío. Así como el zen no es una religión, pero es religión, el Vacío Que Vincula no es un estado mental, pero es el estado mental. El Vacío es pura probabilidad, como olas erguidas, olas que interactúan con ese frente ondulatorio que es la mente y la personalidad humana. El Vacío Que Vincula es tocado por todos los que hemos llorado de felicidad, nos hemos despedido de un amante, nos hemos exaltado con el orgasmo, nos hemos detenido ante la tumba de un ser amado, o hemos observado a nuestro hijo cuando abría los ojos por primera vez.

Aenea me mira mientras habla, y siento carne de gallina en los brazos.

—El Vacío Que Vincula está siempre por debajo y por encima de la superficie de nuestros pensamientos y sentidos —continúa—, invisible pero tan presente como la respiración de nuestro amado en la noche. Su presencia real pero inaccesible en nuestro universo es una de las causas primordiales para que nuestra especie elabore el mito y la religión, para nuestra terca y ciega creencia en los poderes extrasensoriales, en la telepatía y la precognición, en demonios y semidioses y la resurrección y la reencarnación y los fantasmas y los mesías y muchas otras categorías de patrañas complacientes pero no del todo satisfactorias.

Monjes, operarios, intelectuales, políticos y hombres y mujeres santos se agitan un poco ante esta declaración. El viento arrecia y la plataforma se mece suavemente, tal como está diseñada para hacer. El trueno rueda al sur de Jo-kung.

—Las «Cuatro declaraciones de la secta zen», atribuidas a Bodhidharma en el siglo seis de nuestra era, constituyen claras indicaciones para encontrar el Vacío Que Vincula, al menos para encontrar su contorno en cuanto ausencia de cháchara sobre el

trasmundo —continúa Aenea—. Primero, no depender de palabras y letras. Las palabras son la luz y el sonido de nuestra existencia, el rayo de calor que ilumina la noche. El Vacío Que Vincula se halla en los secretos y silencios más profundos de las cosas, el lugar donde mora la infancia.

»Segundo, transmisión especial fuera de las Escrituras. El artista reconoce a otro artista en cuanto mueve el lápiz. Un músico puede diferenciar a otro músico de los millones que tocan notas en cuanto comienza la música. Los poetas identifican a los poetas en pocas sílabas, sobre todo cuando se desechan los sentidos y formas comunes de la poesía. Chora escribió:

Dos vinieron aquí,
dos se fueron volando.
Mariposas.

»Y en el crisol caliente de palabras e imágenes consumidas permanece el oro de cosas más profundas, lo que R. H. Blyth y Frederick Franck dieron en llamar "la oscura llama de la vida que arde en todas las cosas" y "ver con el vientre, no con los ojos", con "entrañas de compasión".

»La Biblia miente. El Corán miente. El Talmud y la Torah mienten. El Nuevo Testamento miente. El *Sutta-pitaka*, los *nikayas*, el *Itivullaka*, y el *Dhammapada* mienten. El Bodhisattva y el Amitabha mienten. El *Libro de los Muertos* miente. El *Tiptaka* miente. Todas las Escrituras mienten, tal como yo miento al hablar ahora con vosotros.

»Estos libros sagrados no mienten por intención o ineptitud expresiva, sino por su naturaleza misma, por estar reducidos a palabras; todas las imágenes, preceptos, leyes, cánones, citas, parábolas, mandamientos, koans, zazen y sermones de estos bellos libros fracasan, en última instancia, porque sólo añaden más palabras entre el ser humano que busca y la percepción del Vacío Que Vincula.

»Tercero, señalar directamente el alma del hombre. El zen, que comprendió lúcidamente el Vacío al percibir claramente su ausencia, abordó el problema de señalar sin dedo, de crear arte sin instrumentos, de oír un potente sonido en un vacío sin sonido. Shiki escribió:

Una aldea pesquera
bailando bajo la luna
al son del olor del pescado fresco.

»Esto, y no me refiero al poema, es la esencia de buscar la llave del portal del Vacío Que Vincula. Cien mil razas en un millón de mundos en días muertos tiempo

atrás han tenido sus caseríos sin casas, su baile bajo la luna en mundos sin luna, olor a pescado fresco en mares sin peces. Esto se puede compartir más allá del tiempo, más allá de las palabras, más allá del período de existencia de una raza.

»Cuarto, escudriñar nuestra naturaleza y el logro del estado de Buda. No se requieren décadas de zazen ni el bautismo de la Iglesia ni la reflexión sobre el Corán para ello. El estado de Buda es, a fin de cuentas, la esencia de ser humano cuando ha pasado por el crisol. Todas las flores alcanzan su estado de flor. Un perro salvaje o una cigocabra ciega alcanzan el estado que les es propio en cuanto perro o cigocabra. Un lugar, cualquier lugar, tiene la condición de lugar. Sólo la humanidad lucha para devenir lo que es y fracasa en ello. Las razones son muchas y complejas, pero todas surgen del hecho de que hemos evolucionado como uno de los órganos autovidentes de un universo evolutivo. ¿Puede el ojo verse a sí mismo?

Aenea hace una pausa y en el silencio oímos el rumor del trueno más allá del risco. El monzón se contiene por unos días, pero su llegada es inminente. Trato de imaginar estos edificios, montañas, riscos, cables, puentes, senderos y andamiajes cubiertos de hielo y amortajados por la niebla. La idea me causa escalofríos.

—Buda comprendió que podíamos percibir el Vacío Que Vincula al silenciar la algarabía de lo cotidiano —continúa Aenea—. En ese sentido, el *satori* es un gran silencio satisfactorio después de escuchar el atronador equipo de audio de un vecino durante días o meses. Pero el Vacío Que Vincula es más que silencio, es el comienzo de la audición. Aprender el idioma de los muertos es la primera tarea de los que entran en el Vacío.

»Jesús de Nazaret entró en el Vacío Que Vincula. Lo sabemos. Su voz es una de las más claras entre quienes hablan el idioma de los muertos. Permaneció el tiempo suficiente para pasar al segundo nivel de responsabilidad y esfuerzo, aprender el idioma de los vivos. Lo aprendió tan bien que oyó la música de las esferas. Pudo montar las impetuosas olas probabilísticas hasta ver su propia muerte y tuvo el valor de no evitarla cuando pudo hacerlo. Y sabemos que al menos en una ocasión, mientras moría en la cruz, aprendió a dar ese primer paso, a atravesar la red espaciotemporal del Vacío Que Vincula, saltando al futuro para presentarse ante sus amigos y discípulos desde la cruz donde agonizaba.

»Liberado de las restricciones del tiempo al vislumbrar la atemporalidad del Vacío Que Vincula, Jesús comprendió que él era la clave... no sus enseñanzas, ni las escrituras basadas en sus ideas, ni la servil adulación de él o del Dios del Antiguo Testamento, un Dios en quien creía con firmeza y que de pronto había evolucionado, sino él, Jesús, un hombre humano cuyas células contenían la clave para abrir el portal. Jesús sabía que la aptitud para abrir esa puerta no residía en su mente ni en su alma sino en su piel, sus huesos y sus células... literalmente, en su ADN.

»Cuando Jesús de Nazaret pidió a sus discípulos que bebieran su sangre y

comieran su cuerpo durante la Última Cena, no hablaba en parábolas ni pedía una transustanciación mágica ni preparaba la escena para siglos de representación simbólica. Jesús quería que bebieran su sangre, unas gotas en una gran jarra de vino, y comieran su cuerpo, unos fragmentos de piel en una hogaza de pan. Se dio a sí mismo del modo más literal, sabiendo que quienes bebieran su sangre compartirían su ADN y podrían percibir el poder del Vacío Que Vincula el universo.

»Y así fue para algunos de sus discípulos. Pero, enfrentados con percepciones e impresiones que no estaban capacitados para asimilar ni poner en contexto, enloquecidos por las incesantes voces de los muertos y sus propias reacciones ante el idioma de los muertos, incapaces de transmitir a otros la música de su sangre, estos discípulos acudieron al dogma, reduciendo lo inexpresable a burdas palabras y pomposos sermones, a reglas estrictas y virulencia retórica. Y la visión palideció y se disipó. El portal se cerró.

Aenea hace otra pausa y bebe agua de un tazón de madera. Noto por primera vez que Rachel, Theo y otros están llorando. Giro para mirar a mis espaldas. A. Bettik está de pie en la puerta abierta, atento a las palabras de nuestra joven amiga. El androide se sostiene el muñón con la mano derecha. Me pregunto si le duele.

—Extrañamente —continúa Aenea—, los primeros hijos de Vieja Tierra que redescubrieron la clave del Vacío Que Vincula fueron las inteligencias autónomas del TecnoNúcleo. En su intento de guiar su destino por medio de una evolución forzada cuyo ritmo era un millón de veces más rápido que la evolución biológica humana, encontraron el código ADN para ver el Vacío... aunque «ver» no es la palabra correcta. Tal vez «resonar» exprese mejor el sentido.

»Pero aunque el Núcleo podía sentir y explorar los perfiles del Vacío y enviar sondas a la realidad multidimensional postHawking, no lo comprendía. El Vacío Que Vincula exige un nivel de empatía sentiente que el Núcleo no se ha molestado en desarrollar. El primer paso hacia el auténtico *satori* en el Vacío es aprender el idioma de los muertos amados, y el Núcleo no tiene muertos amados. El Vacío Que Vincula era como una bella pintura para un ciego que decide quemarla para calentarse, o como una sinfonía de Beethoven para un sordo que siente la vibración y construye un suelo más fuerte para eliminarla.

»En vez de usar el Vacío Que Vincula como el medio que es, el TecnoNúcleo le arrancó fragmentos y los ofreció a la humanidad como tecnologías ingeniosas. El impulso Hawking no evolucionó a partir de la obra del antiguo maestro Stephen Hawking, como decía el Núcleo, sino que era una perversión de sus hallazgos. Las naves Hawking que crearon la Red de Mundos y permitieron la existencia de la Hegemonía funcionaban abriendo boquetes en la no-tela del linde del Vacío, un vandalismo menor, pero vandalismo al fin. Los teleyectores eran otra cosa. Aquí mis símiles no servirán, amigos míos, pues aprender a cruzar el Vacío Que Vincula es

como aprender a caminar sobre el agua, si perdonáis esta soberbia bíblica, mientras que los teleyectores del TecnoNúcleo equivalían a vaciar los océanos para construir carreteras en el fondo del mar: los túneles teleyectores atentaban contra miles de millones de años de crecimiento orgánico en los límites del Vacío. Era como pavimentar grandes claros en un bosque verde y vital... aunque esa comparación tampoco sirve, porque el bosque tendría que estar constituido por los recuerdos y voces de los millones que hemos amado y perdido, y las carreteras pavimentadas tendrían que tener miles de kilómetros de anchura, para que comprendáis mínimamente el daño causado.

»La ultralínea que permitía la comunicación instantánea en la Hegemonía también era una perversión del Vacío Que Vincula. De nuevo mis símiles son torpes e ineptos, pero imaginemos una tribu de aborígenes descubriendo una vasta red electromagnética de comunicaciones, estudios, holocámaras, equipo de sonido, generadores, transmisores, satélites, receptores y proyectores, y desmantelando y destruyendo todo para usar los restos como banderas de señales. Es peor que eso. Es peor que los días anteriores a la Hégira en Vieja Tierra, cuando los gigantescos buques petroleros y las naves oceánicas de la humanidad ensordecían a las ballenas del mundo llenando sus mares con ruidos mecánicos, ahogando así sus cantos de vida, destruyendo un millón de años de historia evolutiva del canto antes de que los seres humanos supieran que era canto. Todas las ballenas decidieron morir después de eso; no murieron porque las cazaran en busca de alimento y aceite, sino porque destruyeron sus canciones.

Aenea recobra el aliento. Flexiona los dedos como si tuviera las manos acalambradas. Cuando mira en torno, nos toca con los ojos.

—Lo lamento —dice—. Estoy divagando. Baste decir que, con la Caída de los Teleyectores, las demás razas que usaban el Vacío decidieron detener el vandalismo de la ultralínea. Tiempo atrás estas otras razas habían enviado observadores a vivir entre nosotros.

De pronto hay susurros y murmullos. Aenea sonríe y espera a que se calmen.

—Lo sé —dice—. La idea también me sorprendió, aunque lo sabía desde antes de nacer. Estos observadores cumplen una función importante... decidir si se puede permitir que la humanidad se una a ellos en el Vacío Que Vincula, o si sólo somos vándalos. Uno de esos observadores recomendó que la Vieja Tierra fuera trasladada antes de que el Núcleo pudiera destruirla. Y uno de estos observadores diseñó las pruebas y simulaciones realizadas en Vieja Tierra durante los últimos tres siglos de su exilio en la Nube Magallánica Menor, para entender mejor a nuestra especie y mensurar nuestra empatía.

»Estas otras razas también enviaron observadores (espías, si se quiere) para habitar entre los elementos del Núcleo. Sabían que las manipulaciones del Núcleo

habían deteriorado los lindes del Vacío. Pero también saben que nosotros creamos el Núcleo. Muchos de ellos —¿como llamarlos... residentes, colaboradores, cocreadores?—, en el Vacío Que Vincula, son ex construcciones de silicio, inteligencias autónomas no orgánicas. Pero no como las que hoy gobiernan el TecnoNúcleo. Ninguna raza sentiente puede apreciar el Vacío sin haber desarrollado empatía.

Aenea alza las rodillas, apoya los codos, se inclina hacia delante.

—Mi padre, el cíbrido John Keats, fue creado por esta razón —dice, y aunque su voz conserva la serenidad, detecto la emoción—. Como he explicado antes, el Núcleo está en una guerra civil constante, y casi todas las entidades luchan por sí mismas y por nadie más. Es un caso de hiperhiperhiperparasitismo elevado a la décima potencia. Sus presas, otros elementos del Núcleo, no son muertos sino asimilados, pues devoran sus materiales genéticos codificados, recuerdos, softwares y secuencias reproductivas. El elemento del Núcleo devorado aún «vive», pero como un subcomponente del elemento victorioso, que pronto persigue a otro en busca de más componentes. Las alianzas son precarias. No hay filosofías, credos ni objetivos finales, sólo medidas provisionales para afinar las estrategias de supervivencia. En el Núcleo cada acción es resultado de un juego de suma cero que se ha jugado desde que los elementos del Núcleo alcanzaron la autoconciencia. La mayoría de los elementos del Núcleo sólo puede habérselas con el género humano en ese planteo de suma cero, afinando su estrategia parasitaria en relación con nosotros. Lo que ellos ganan, nosotros lo perdemos. Lo que nosotros ganamos, ellos lo pierden.

»Con los siglos, no obstante, algunos elementos del Núcleo han llegado a comprender el verdadero potencial del Vacío Que Vincula. Entienden que su inteligencia sin empatía no puede formar parte de esa amalgama de razas vivientes y pasadas. Entienden que el Vacío Que Vincula es menos una construcción que un producto evolutivo, como un arrecife de coral, y que nunca encontrarán refugio allí a menos que cambien algunos parámetros de su propia existencia.

»Así evolucionaron algunos miembros del Núcleo. Supervivientes desesperados, carentes de altruismo, que comprendieron que el único modo de ganar definitivamente su interminable juego de suma cero era detener el juego. Y para detener el juego tenían que adquirir empatía.

»El Núcleo sabe lo que Teilhard de Chardin y otros sentimentalistas se negaban a reconocer: que la evolución no es progreso, que no hay "meta" ni dirección de la evolución. La evolución es cambio. La evolución tiene "éxito" si el cambio adapta mejor alguna hoja o rama de su árbol de la vida a las condiciones del universo. Para que esa evolución tenga "éxito" para estos elementos del Núcleo, tendrían que abandonar su parasitismo de suma cero y descubrir la auténtica simbiosis. Tendrían que iniciar una franca coevolución con la raza humana.

»Primero los elementos renegados del Núcleo siguieron absorbiendo material para desarrollar mayor propensión a la empatía. Reescribieron su propio código hasta donde pudieron. Luego crearon el cíbrido John Keats, un intento pleno de simular un organismo empático con el cuerpo y el ADN de un ser humano, y las memorias y la personalidad almacenadas en el Núcleo. Elementos conflictivos destruyeron al primer cíbrido Keats. El segundo se creó a imagen del primero. Contrató a mi madre, una detective privada, para que lo ayudara a desentrañar el misterio de la muerte del primer cíbrido.

Aenea sonríe y por un momento parece olvidarse de nosotros y su narración. Parece evocar viejos recuerdos. Una vez dijo, durante nuestro viaje de Hyperion en la vieja nave del cónsul: «Raul, vertieron en mí las memorias de mi madre y mi padre antes de que naciera, aun antes de que fuera un auténtico feto. ¿Te puedes imaginar algo más destructivo para la personalidad que ser inundada con las vidas de otros aun antes de iniciar la propia? Con razón estoy tan desquiciada.»

A mí no me parece desquiciada en este momento, pero yo la amo más que a la vida.

—El contrató a mi madre para resolver el misterio de la muerte de su propia personalidad —continúa—, pero en verdad sabía lo que había ocurrido con su yo anterior. Su verdadero motivo para contratar a mi madre era conocerla, estar con ella, ser el amante de mi madre. —Aenea calla un instante y sonríe, viendo cosas lejanas —. Mi tío Martin no contó bien esa parte en sus enrevesados *Cantos*. Mis padres se casaron y creo que el tío Martin no lo puso... los casó el arzobispo del Templo del Alcaudón en Lusus. Era una secta pero era legal, y el matrimonio de mis padres habría sido legal en doscientos mundos de la Hegemonía. —Sonríe de nuevo, mirándome—. Seré bastarda en muchos sentidos, pero no lo era al nacer.

»Así que se casaron, yo fui concebida, quizás antes de esa ceremonia, y luego elementos respaldados por el Núcleo asesinaron a mi padre antes de que mi madre pudiera iniciar el peregrinaje del Alcaudón en Hyperion. Y allí habría cesado todo contacto entre mi padre y yo, salvo por dos cosas. Su personalidad fue capturada en un bucle Schrön que se implantó detrás de la oreja de mi madre. Durante unos meses ella estuvo doblemente encinta: en el vientre me tenía a mí y en el bucle Schrön tenía a mi padre, la segunda personalidad John Keats. No podía comunicarse directamente con mi madre mientras estuviera encerrado en el bucle Schrön, pero se comunicaba conmigo. Lo difícil era definir qué era «yo» en esa etapa. Mi padre ayudó entrando en el Vacío Que Vincula y llevando consigo mi «yo» fetal. Vi lo que «yo» iba a ser, quién iba a ser, incluso cómo moriría, antes de que mis dedos estuvieran plenamente formados.

»Y hubo otro detalle que el tío Martin excluyó de sus *Cantos*. El día en que abatieron a mi padre en la escalinata del Templo del Alcaudón en Lusus, mi madre

quedó cubierta con su sangre, el ADN reconstruido y mejorado en el Núcleo de John Keats. En aquel momento ella no comprendió que esa sangre era literalmente el recurso más precioso del universo humano en ese instante. El ADN de Keats estaba diseñado para contagiar a otros su don, el acceso al Vacío. Mezclado apropiadamente con ADN totalmente humano, ofrecería el don de una sangre que abriría el portal del Vacío Que Vincula a toda la raza humana.

»Yo soy esa mezcla. Traigo la capacidad genética para llegar al Vacío desde el TecnoNúcleo y también la poco usada capacidad humana para percibir el universo a través de la empatía. Para bien o para mal, los que beban de mi sangre nunca más verán el universo o el mundo del mismo modo.

Aenea se pone de rodillas en la estera *tatami*. Theo le lleva un paño blanco. Rachel vierte vino unto de una jarra en siete copas grandes. Aenea saca un pequeño bulto de su suéter —reconozco un kit médico de la nave— y extrae una lanceta esterilizada y un parche antiséptico. Antes de clavarse la lanceta, mira a la multitud. No se oye nada. Es como si el centenar de personas contuviera el aliento.

—No hay garantía de felicidad, sabiduría ni larga vida si bebéis de mí esta noche —murmura—. No hay nirvana. No hay salvación. No hay trasmundo. No hay renacer. Sólo hay un inmenso conocimiento, del corazón y de la mente, y el potencial para grandes descubrimientos, grandes aventuras y una garantía de nuevas dosis del dolor y del terror que constituyen gran parte de nuestra breve vida.

Mira de rostro en rostro, sonriendo al encontrar la mirada del Dalai Lama niño.

—Algunos de vosotros —dice— habéis asistido a todas nuestras sesiones durante el último año. Os he dicho lo que sé sobre aprender el idioma de los muertos, aprender el idioma de los vivos, aprender a oír la música de las esferas, aprender a dar el primer paso.

Me mira a mí.

—Algunos sólo habéis oído algunas de estas discusiones. No estabais aquí cuando comenté la verdadera función del cruciforme de la Iglesia ni la verdadera identidad del Alcaudón. No habéis oído los detalles relacionados con el idioma de los muertos y las otras cargas que impone entrar en el Vacío Que Vincula. Si tenéis dudas o reservas, os aconsejo esperar. Para el resto, lo repetiré: no soy una mesías, sino una maestra. Si lo que os he enseñado en estos meses os suena verdadero, y si deseáis correr este riesgo, bebed de mí esta noche. Os advierto que el ADN que nos permite percibir el Vacío Que Vincula no puede coexistir con el cruciforme. Ese parásito se marchitará y morirá a las veinticuatro horas de beber de mi sangre. Nunca más crecerá dentro de vosotros. Si buscáis la resurrección a través del cruciforme, no bebáis la sangre de mi cuerpo contenida en este vino.

»Y sabed que os convertiréis, como yo, en enemigos despreciados y perseguidos de Pax. Vuestra sangre será contagiosa. Los que deseen compartirla, los que opten

por encontrar el Vacío Que Vincula a través del ADN compartido, también serán despreciados.

»Por último, sabed que, una vez que hayáis bebido este vino, vuestros hijos nacerán con la capacidad para entrar en el Vacío Que Vincula. Para bien o para mal, vuestros hijos y los hijos de ellos nacerán conociendo el idioma de los muertos y el idioma de los vivos, oyendo la música de las esferas, y sabiendo que pueden dar un primer paso en el Vacío Que Vincula.

Aenea se pincha el dedo con la lanceta. Una gota de sangre es visible a la luz del farol. Rachel extiende una copa mientras la gota de sangre se diluye en el vino. Hacen lo mismo con la otra copa, y así hasta que las siete copas quedan... ¿contaminadas? ¿Transustanciadas? Siento vértigo. Mi corazón palpita con algo parecido a la alarma. Esto parece una desaforada parodia de la Sagrada Comunión de la Iglesia Católica. ¿Mi joven amiga, mi querida amante, mi amada... se ha vuelto loca? ¿De veras cree que es una mesías? No, acaba de decir que no lo es. ¿Y yo creo que seré transformado para siempre al beber vino que contiene un millonésimo de la sangre de mi amada? No lo sé. No entiendo.

La mitad de los presentes forman fila para beber de las copas. ¿Cálices? *Esto es blasfemia. No está bien. ¿O sí?* Beben un sorbo y regresan a sus esteras. Nadie parece energizado ni iluminado. Ninguno irradia luz después de beber el vino. Nadie levita ni habla en lenguas. Todos beben y se sientan.

Comprendo que he titubeado, tratando de detectar la mirada de Aenea. Tengo tantas preguntas... Con retraso, sintiendo que he traicionado a alguien en quien debería confiar sin reservas, avanzo hacia la fila.

Aenea me ve. Alza la mano un instante. El sentido es claro: *Ahora no, Raul. Todavía no.* Vacilo de nuevo, pensando que estos otros, estos extraños, iniciarán una intimidad con mi amada que yo no puedo compartir. Agitado y ruborizado, regreso a mi estera.

La velada no tiene un final formal. La gente empieza a dispersarse. Una pareja —ella bebió el vino, él no— se marcha abrazada como si nada hubiera cambiado. Tal vez nada haya cambiado. Tal vez el rito de comunión que acabo de presenciar es pura metáfora y simbolismo, o autosugestión y autohipnosis. Tal vez los que se empeñen en percibir algo llamado el Vacío Que Vincula tengan una experiencia interior que los convenza de que ha sucedido. Tal vez sean meras pamplinas.

Me acaricio la frente. Tengo una gran jaqueca. *Por suerte no bebí el vino*, pienso. A veces el vino me provoca migraña. Río entre dientes, me siento mal y vacío, abandonado.

—No olvidéis —dice Rachel— que mañana al mediodía se colocará la última piedra del alero. Habrá una fiesta en la plataforma superior. Traed refrigerios.

Y así termina la velada. Subo a nuestro dormitorio con una mezcla de euforia,

ansiedad, aflicción, vergüenza, excitación y jaqueca. Admito que no entendí la mitad de las explicaciones de Aenea, pero me marcho con una vaga sensación de decepción y desconcierto. Estoy seguro, por ejemplo, de que la Última Cena de Jesucristo no terminó con una invitación para un jolgorio en la plataforma superior.

Río y me trago la risa. Última Cena. Eso suena muy mal. De nuevo siento palpitaciones y dolor de cabeza. No es el mejor modo de entrar en el dormitorio de una amante.

El aire helado de la plataforma superior me despeja un poco. Oráculo es sólo una astilla sobre los enormes cúmulos del este. Las estrellas lucen frías esta noche.

Estoy por entrar en nuestra habitación y encender el farol cuando los cielos estallan.

21

Subieron todos los que se habían quedado en el Templo Suspendido en el Aire después de completar el trabajo: Aenea y A. Bettik, Rachel y Theo, George y Jigme, Kuku y Kay, Chim Din y Gyalo Thondup, Lhomo y Labsang, Kim Byung-Soon y Viki Groselj, Kenshiro y Haruyuki, el maestro Kempo Ngha WangTashi y su maestro, el joven Dalai Lama, Voytek Majer y Janusz Kurtyka, el meditabundo Rimsi Kyipup y el sonriente Changchi Kenchung, la Dorje Phamo o Marrana del Trueno y Carl Linga William Eiheji. Aenea se me acercó y me cogió la mano mientras mirábamos los cielos en pasmado silencio.

Me sorprende que no nos haya cegado el espectáculo de luces que estallaba allí donde un instante antes brillaban las estrellas: grandes capullos de luz blanca, palpitaciones sulfurosas, estelas rojas, mucho más radiantes que la cola de un cometa o de un meteoro, entrecruzadas de cortes azules, verdes, blancos y amarillos, claros y rectos como un rasguño de diamante en cristal, luego súbitas explosiones anaranjadas contrayéndose en mudas implosiones, seguidas por más palpitaciones blancas y nuevos cortes rojos. Todo era silencioso, pero la violencia de la luz nos impulsaba a taparnos los oídos y buscar un refugio.

—¿Qué diablos es? —preguntó Lhomo Dondrub.

—Una batalla espacial —dijo Aenea, con voz muy fatigada.

—No entiendo —dijo el Dalai Lama. No había temor en su voz, sólo curiosidad —. Las autoridades de Pax nos aseguraron que sólo tendrían una de sus naves en órbita, el *Jibril*, y que estaba en misión diplomática y no militar. El regente Reting Tokra me aseguró lo mismo.

La Marrana del Rayo chasqueó la lengua.

—Su Santidad, el regente está pagado por esos bastardos de Pax.

El niño la miró.

—Creo que es verdad, Su Santidad —dijo Eiheji, su guardaespaldas—. He oído cosas en el palacio.

El cielo se había ennegrecido, pero volvió a estallar en varios lugares. A nuestras espaldas la ladera rocosa se cubrió de reflejos rojos verdes y amarillos.

—¿Cómo podemos ver sus haces láser si no hay polvo ni otras partículas coloidales que los destaquen? —preguntó el Dalai Lama.

Evidentemente la noticia de la traición de su regente no le sorprendía, o al menos no era tan atractiva como la batalla que se libraba a miles de kilómetros. Noté con interés que la persona más sagrada del mundo budista tenía conocimientos científicos básicos.

De nuevo respondió su guardaespaldas:

—Algunas naves ya han sido averiadas o destruidas, Su Santidad. Los haces coherentes y los rayos de partículas se vuelven visibles en los campos de escombros, oxígeno escarchado, polvo molecular y otros gases.

Esto provocó un momento de silencio.

—Mi padre observó esto una vez, en Hyperion —susurró Rachel, frotándose los brazos desnudos como si de pronto hubiera refrescado.

Parpadeé y miré a la mujer. No había pasado por alto el comentario de Aenea sobre Sol, el padre de su amiga. Conocía bien los *Cantos* y pude identificar a Rachel como el bebé de la legendaria peregrinación de Hyperion, la hija de Sol Weintraub, pero admito que no lo había creído del todo. El bebé Rachel se había convertido en esa mujer casi mítica de los *Cantos*, Moneta, alguien que había regresado en el tiempo con el Alcaudón, en las Tumbas de Tiempo. ¿Cómo podía esa Rachel estar aquí ahora?

Aenea apoyó el brazo en los hombros de Rachel.

—Mi madre también —murmuró—. Sólo que entonces se creía que era la Hegemonía contra los éxters.

—¿Quiénes son, entonces? —preguntó el Dalai Lama—. ¿Los éxters contra Pax? ¿Y por qué las naves de guerra de Pax entran sin autorización en nuestro sistema?

Blancas esferas de luz palpitaron, crecieron, se agrisaron y murieron. Todos parpadeamos.

—Creo que las naves de Pax estuvieron aquí desde que llegó la primera nave, Su Santidad —dijo Aenea—. Pero no creo que estén luchando contra los éxters.

—¿Quiénes, entonces?

Aenea escrutó el cielo.

—Uno de los suyos —dijo.

De pronto hubo una serie de explosiones muy diferentes de las demás, explosiones más brillantes seguidas por tres estelas ardientes. Una estalló rápidamente en la atmósfera superior, dejando una veintena de estelas menores que pronto se extinguieron. La segunda cayó hacia el oeste, pasando del amarillo al rojo y al blanco, estallando veinte grados sobre el horizonte y derramando cien estelas menores en el nuboso horizonte. La tercera surcó el cielo de oeste a este con un chirrido. Digo chirrido literalmente. Primero oímos un silbido de vapor, luego un aullido, luego un rugido de tornado que disminuyó rápidamente, y al fin se partió en tres o cuatro grandes masas llameantes, y todas menos una murieron antes de llegar al horizonte. Este último fragmento de nave estelar pareció caracolear a último momento, precedido por estallidos de luz amarilla, perdiendo velocidad antes de desaparecer.

Esperamos otra media hora en la plataforma, pero salvo por docenas de estelas de

fusión —naves estelares alejándose de T'ien Shan— no quedaba nada por ver. Al fin las estrellas volvieron a dominar el cielo y todos se marcharon, el Dalai Lama a dormir en los aposentos de los monjes, otros a aposentos permanentes o provisorios en los niveles inferiores.

Aenea nos pidió a algunos que nos quedáramos: Rachel y Theo, A. Bettik, Lhomo Dondrub y yo.

—Esta es la señal que esperaba —nos dijo cuando todos los demás se marcharon —. Debemos partir mañana.

—¿Partir? —exclamé—. ¿Adonde? ¿Por qué?

Aenea me tocó el antebrazo, e interpreté que me lo explicaría más tarde, así que me callé mientras los demás hablaban.

—Las paravelas están listas, maestra —dijo Lhomo.

—Me he tomado la libertad de revisar los dermotrajes y respiradores en los aposentos de M. Endymion mientras todos estaban lejos —dijo A. Bettik—. Todos funcionan.

—Terminaremos el trabajo y organizaremos la ceremonia mañana —dijo Theo.

—Ojalá yo fuera —dijo Rachel.

—¿Ir adonde? —insistí, pese a mi determinación de callarme y escuchar.

—Estás invitado —dijo Aenea, todavía tocándome el brazo, pero sin responder a mi pregunta—. Lhomo, A. Bettik, ambos podéis venir.

Lhomo Dondrub sonrió. El androide asintió. Al parecer yo era el único que no entendía qué estaba pasando.

—Buenas noches a todos —dijo Aenea—. Partiremos con las primeras luces. No es preciso que nos despidáis.

—Al demonio con eso —dijo Rachel. Theo cabeceó aprobatoriamente—. Estaremos allí para decir adiós.

Aenea asintió y les tocó los brazos. Todos bajaron por escalerillas o cables.

Aenea y yo nos quedamos solos en la plataforma. Los cielos parecían oscuros después de la batalla. Comprendí que las nubes se habían elevado por encima del risco y borroneaban las estrellas como una toalla mojada en una pizarra negra. Aenea abrió la puerta de su dormitorio, entró, encendió el farol y regresó a la entrada.

—¿Vienes, Raul?

Hablamos. Pero no de inmediato.

El acto del amor parece absurdo cuando se describe —incluso el momento parece absurdo en la narración, cuando el cielo se caía literalmente y mi amante había celebrado una especie de Última Cena—, pero el acto del amor nunca es absurdo cuando se hace el amor con la persona que amamos. Y yo la amaba. Si no me había dado cuenta antes de la Última Cena, entonces lo comprendí totalmente y sin

reservas.

Un par de horas después Aenea se puso un quimono y yo me puse un *yukata* y ambos nos acercamos a los biombos *shoji* abiertos. Aenea preparó té en el calentador, cogimos nuestras tazas y nos sentamos con la espalda contra los biombos *shoji*, rozándonos las piernas, mi costado derecho y su rodilla izquierda sobre el abismo. El aire estaba fresco y olía a lluvia, pero la tormenta se había desplazado al norte. La cima de Heng Shan estaba cubierta de nubes, pero los riscos inferiores estaban iluminados por relámpagos constantes.

—¿Rachel es realmente la Rachel de los *Cantos*? —pregunté. No era la pregunta que más me interesaba hacer, pero temía preguntarla.

—Sí. Es la hija de Sol Weintraub, la mujer que cogió la enfermedad de Merlín en Hyperion y perdió años hasta ser el bebé que Sol llevó en su peregrinación.

—Y también era conocida como Moneta. Y Memnosyne...

—Admonitora y Memoria —murmuró Aenea—. Nombres apropiados para su papel en esa época.

—¡Eso sucedió hace doscientos ochenta años! —rezongué—. Y a muchos años-luz... en Hyperion. ¿Cómo llegó aquí?

Aenea sonrió. El vapor del té caliente subía hasta su cabello.

—Mi vida comenzó hace más de doscientos ochenta años —dijo—. Y a muchos años-luz... en Hyperion.

—¿Entonces ella llegó aquí igual que tú? ¿Por las Tumbas de Tiempo?

—Sí y no —dijo Aenea. Alzó una mano para silenciar mis protestas—. Sé que quieres que hable sin rodeos, Raul, sin parábolas ni símiles ni elusiones. De acuerdo. Ha llegado la hora de hablar sin rodeos. Pero la verdad es que las Tumbas de Tiempo de la Esfinge son sólo parte del viaje de Rachel.

Esperé.

—Tú recuerdas los *Cantos* —dijo ella.

—Recuerdo que el peregrino llamado Sol llevó a su hija, después que la personalidad Keats la salvó del Alcaudón y ella comenzó a envejecer normalmente... la llevó a la Esfinge, al futuro... —Me detuve—. ¿Este futuro?

—No —dijo Aenea—. El bebé Rachel volvió a ser una niña y una joven en un futuro que está más allá de éste. Su padre la crió por segunda vez. La historia de ellos es maravillosa, Raul. Literalmente... llena de maravillas.

Me froté la frente. La jaqueca se había ido, pero ahora amenazaba con volver.

—¿Y vino aquí por las Tumbas? ¿Retrocediendo con ellas en el tiempo?

—En parte por las Tumbas de Tiempo. También puede moverse en el tiempo por su cuenta.

La miré atónito. Esto era descabellado.

Aenea sonrió como si me leyera los pensamientos o simplemente leyera mi

expresión.

—Sé que parece una locura, Raul. Muchas de las cosas que debemos afrontar son extrañas.

—¿Extrañas? Ojalá fueran sólo extrañas —rezongué. Y otra pieza mental encajó en su sitio—. ¡Theo Bernard!

—¿Sí?

—Había un Theo en los *Cantos*, ¿verdad? Un hombre... —Había varias versiones del relato oral, el poema cantado, y muchos de estos detalles menores se eliminaban en las versiones populares más breves. Grandam me había hecho aprender la mayor parte del poema completo, pero las partes aburridas nunca me habían interesado.

—Theo Lane —dijo Aenea—. Ex asistente del cónsul en Hyperion, nuestro primer gobernador general para la Hegemonía. Le conocí cuando era niña. Un hombre decente. Discreto. Usaba gafas arcaicas...

—Esta Theo —dije, tratando de comprender— ¿*Un cambio de sexo*?

Aenea negó con la cabeza.

—Cerca, pero no te ganaste el puro, como habría dicho Freud.

—¿Quién?

—Theo Bernard es la bisbisbisnieta de Theo Lane. Su historia es una aventura en sí misma. Pero ella nació en esta época... escapó de las colonias de Pax en Alianza Maui y se unió a los rebeldes, pero lo hizo por algo que yo le conté al Theo original hace casi trescientos años. El mensaje pasó de generación en generación. Theo sabía que yo estaría en Alianza Maui cuando estuve...

—¿Cómo?

—Eso fue lo que le conté a Theo Lane —dijo mi amiga—. Cuándo estaría allí. La familia conservó ese conocimiento... así como los *Cantos* conservan la peregrinación del Alcaudón.

—Entonces sí puedes ver el futuro.

—Futuros —corrigió Aenea—. Te he dicho que sí. Y me oíste esta noche.

—¿Has visto tu propia muerte?

—Sí.

—¿Me contarás lo que has visto?

—Ahora no, Raul. Por favor. Cuando sea el momento.

—Pero si hay futuros —dije, oyendo el gruñido de dolor en mi propia voz—, ¿por qué tienes que ver una sola muerte para ti misma? Si puedes verla, ¿por qué no puedes evitarla?

—Podría evitar esa muerte, pero sería una elección errónea.

—¿Cómo puede ser erróneo elegir la vida en vez de la muerte? —dije, y noté que había gritado. Mis manos eran puños.

Aenea tocó esos puños, rodeándolos con sus dedos delgados.

—De eso se trata —dijo Aenea, tan suavemente que tuve que inclinarme para oírla. Bailaban relámpagos sobre las cuestas de Heng Shan—. La muerte nunca es preferible a la vida, Raul, pero a veces es necesaria.

Sacudí la cabeza. Mi actitud era huraña, pero no me importaba.

—¿Me contarás cuándo moriré yo? —pregunté.

Ella me miró a los ojos con sus ojos oscuros y profundos.

—No lo sé —dijo simplemente.

Pestañeé. Me sentí vagamente ofendido. ¿No le interesaba ver mi futuro?

—Claro que me interesa —susurró Aenea—. Pero he optado por no mirar esas ondas probabilísticas. Ver mi muerte es difícil. Ver la tuya sería... —Hizo un ruido extraño y noté que estaba llorando. Me acerqué para rodearla con los brazos. Ella se apoyó en mi pecho.

—Lo lamento, niña —le dije, aunque no sabía qué lamentaba. Era extraño sentirme tan feliz y tan desdichado al mismo tiempo. La idea de perderla me daba ganas de gritar, de arrojar piedras contra la ladera. Como reflejando mis sentimientos, el trueno rugió sobre un pico del norte.

Le sequé las lágrimas con besos. Luego sólo nos besamos, y la sal de sus lágrimas se mezcló con la tibieza de su boca. Luego hicimos el amor de nuevo, y esta vez fue tan lento y pausado como antes había sido urgente.

Cuando estábamos nuevamente tendidos en la brisa fresca, nuestras mejillas juntas, su mano en mi pecho, Aenea dijo:

—Tú quieres preguntarme algo. ¿Qué?

Pensé en todas las preguntas que había querido hacerle durante su sesión, todas las charlas que me había perdido y necesitaba escuchar para comprender por qué era necesaria la ceremonia de la comunión. *¿Qué es realmente el cruciforme? ¿Qué se propone Pax en esos mundos donde falta población? ¿Qué espera ganar el Núcleo con todo esto? ¿Qué diablos es el Alcaudón, un monstruo o un guardián? ¿De dónde viene? ¿Qué sucederá con nosotros? ¿Qué ve ella en nuestro futuro que yo necesite saber para que podamos sobrevivir, para que ella eluda el destino que ha conocido desde antes de nacer? ¿Cuál es el gran secreto del Vacío Que Vincula y por qué es tan importante comunicarse con él? ¿Cómo saldremos de este mundo si Pax sepultó el único portal teleyector bajo roca fundida y hay naves de Pax entre la nave del cónsul y nosotros? ¿Qué son esos «observadores» que han espiado a la humanidad durante siglos? ¿Qué significa aprender el idioma de los muertos? ¿Por qué Nemes y sus clones no nos han matado aún?*

—¿Hubo alguien más? —pregunté—. ¿Hiciste el amor con alguien antes que yo?

Esto era descabellado. No me incumbía. Ella tenía casi veintidós años estándar. Yo había dormido con otras mujeres... no recordaba sus nombres, pero en la Guardia Interna, y en el casino de Nueve Colas... ¿Y por qué debía importarme? ¿En qué

cambiaba las cosas? Simplemente tenía que saberlo.

Ella vaciló sólo un segundo.

—Nuestra primera vez... no fue mi primera vez —dijo.

Asentí, sintiéndome como un puerco y un mirón. Un dolor me atenazó el pecho, algo similar a la angina, por lo que me habían dicho. No podía detenerme.

—¿Lo amaste? —¿Cómo saber si «lo» era la palabra? *Theo, Rachel... ella se rodea de mujeres*. Mis propios pensamientos me daban náuseas.

—Te amo, Raul —susurró Aenea.

Era la segunda vez que lo decía. La primera vez había sido cuando nos despedimos en Vieja Tierra más de cinco años y medio atrás. Mi corazón tendría que haberse deleitado con esas palabras. Pero dolía demasiado. Aquí había algo importante que yo no entendía.

—Pero hubo un hombre —dije, las palabras como piedras en mi boca—. Tú lo amaste. —*¿Sólo uno?¿Cuántos?* Quería gritarles a mis pensamientos que se callaran.

Aenea me apoyó el dedo en los labios.

—Te amo, Raul, recuerda eso mientras te cuento estas cosas. Todo es complicado. Porque soy quien soy. Por lo que debo hacer. Pero te amo... te he amado desde la primera vez que te vi en mis sueños del futuro. Te amé cuando nos conocimos en la tormenta de polvo de Hyperion, con la confusión, el tiroteo, el Alcaudón y la alfombra voladora. ¿Recuerdas que te rodeé con los brazos cuando volábamos tratando de escapar? Te amé entonces...

Aguardé en silencio. Aenea movió el dedo desde mis labios hasta mi mejilla. Suspiró como si sintiera el peso de los mundos sobre los hombros.

—De acuerdo —murmuró—. Hubo alguien. Hice el amor antes...

—¿Fue serio? —dije. Mi voz me sonaba extraña, como el tono artificial de la nave.

—Estuvimos casados —dijo Aenea.

Una vez, en el río Kans de Hyperion, yo me había liado a puñetazos con un barquero que tenía el doble de mi peso y mucha más experiencia en peleas. Me asestó un golpe bajo la mandíbula, ennegreciéndome la visión, me hizo doblar las rodillas y me arrojó al río desde la barcaza. El hombre no me guardaba rencor y se zambulló para rescatarme. Yo recobré la conciencia poco después, pero tardé horas en eliminar la vibración de mi cabeza y enfocar la vista.

Esto era peor. Sólo pude mirar a mi amada Aenea en silencio y sentir sus dedos contra mi mejilla como extraños y fríos. Ella apartó la mano.

Había algo peor.

—Los veintitrés meses, una semana y seis horas que quedaban sin explicar —dijo.

—¿Con él? —No recordaba haber articulado las dos palabras, pero oí que mi voz

las pronunciaba.

—Sí.

—Casada... —dije, y no pude continuar.

Aenea sonrió, pero era la sonrisa más triste que yo había visto.

—Por un sacerdote. El matrimonio será legal a ojos de Pax y la Iglesia.

—¿Será?

—Es.

—¿Todavía estás casada? —Quise levantarme y vomitar sobre la plataforma, pero no pude moverme.

Por un segundo Aenea no supo qué responder.

—Sí —dijo, los ojos llenos de lágrimas—. Es decir, no... Ahora no estoy casada... Maldición, si tan sólo pudiera...

—¿Pero el hombre aún está vivo? —interrumpí, la voz cortante como la de un interrogador del Santo Oficio.

—Sí. —Ella se apoyó la mano en la mejilla. Le temblaban los dedos.

—¿Lo amas, pequeña?

—Te amo a ti, Raul.

Me aparté levemente, no conscientemente, pero no podía seguir en contacto físico con ella mientras entablábamos esta conversación.

—Hay otra cosa...

Esperé.

—Tuvimos... tendré... tuve un niño. —Me miró como si tratara de obligarme a comprender todo esto con su mirada. No funcionó.

—Un hijo —repetí estúpidamente. Mi querida amiga, mi amiga niña convertida en mujer y en amante, mi amada tenía un hijo—. ¿Qué edad tiene?

De nuevo ella pareció confundida, como si no supiera bien.

—El niño no está en un sitio donde yo pueda encontrarlo.

—Oh, pequeña —dije, olvidándome de todo salvo su dolor. La abracé mientras ella sollozaba—. Lo lamento tanto, pequeña. Lo lamento tanto.

Ella se apartó, enjugándose las lágrimas.

—No, Raul, no entiendes. Todo está bien. Esa parte está bien.

Me alejé de ella y la miré fijamente. Estaba demudada, sollozaba.

—Comprendo —mentí.

—Raul... —Su mano buscó la mía.

Le palmeé la mano pero me levanté, me vestí y cogí mi arnés y mi mochila.

—Raul...

—Regresaré antes del alba —dije, mirando hacia donde estaba Aenea pero sin mirarla a ella—. Sólo iré a caminar.

—Déjame ir contigo —dijo Aenea, levantándose envuelta en la sábana. Un

relámpago estalló a sus espaldas. Se aproximaba otra tormenta.

—Regresaré antes del alba —dije, y salí antes de que ella pudiera vestirse o alcanzarme.

Llovía, una granizada fría. Las plataformas estaban resbaladizas, cubiertas de escarcha. Bajé por escalerillas y escaleras, guiándome por los relámpagos, sin detenerme hasta que bajé varios cientos de metros desde el saliente del este y me encaminé hacia la fisura donde había descendido con la nave. No quería ir allí.

A medio kilómetro del templo había cables fijos que subían a la cima del risco. El granizo azotaba la ladera, y las cuerdas rojas y negras estaban cubiertas de hielo. Sujeté ganchos en el cable y el arnés, saqué los elevadores de potencia de la mochila, los sujeté sin revisar las conexiones y empecé a escalar.

El viento arreció, azotándome y alejándome de la pared de roca. El granizo me pegaba en la cara y las manos. Seguí subiendo, a veces resbalando tres o cuatro metros cuando las grapas patinaban en la soga helada. A diez metros de la cima del risco, salí de las nubes como un nadador emergiendo del agua. Las estrellas aún ardían gélidamente, pero sinuosos nubarrones se amontonaban contra la pared norte del risco y crecían como una marea blanca.

Seguí subiendo hasta llegar a la zona relativamente llana donde estaban sujetos los cables fijos. Sólo entonces noté que no había atado el cable de seguridad.

—Maldición —mascullé, y me puse a caminar hacia el noreste por el borde de quince centímetros de ancho. La tormenta crecía hacia el norte. El descenso hacia el sur consistía en kilómetros de aire negro. Aquí había retazos de hielo y comenzaba a nevar.

Eché a trotar, corriendo hacia el este, saltando sobre fragmentos de hielo y fisuras. Todo me importaba un bledo.

Mientras yo me obsesionaba con mi propias cuitas, otras cosas sucedían en el universo humano. En Hyperion, cuando yo era niño, las noticias llegaban lentamente desde la Pax interestelar a nuestras casas rodantes de los brezales: un hecho importante en Pacem, Vector Renacimiento o cualquier sitio era una noticia vieja por la deuda temporal Hawking, con semanas adicionales de tránsito desde Puerto Romance u otra ciudad importante hasta nuestro rincón provinciano. Estaba acostumbrado a no prestar atención a los acontecimientos de otras partes. La demora en las noticias se había reducido cuando yo guiaba a los forasteros que cazaban en los marjales, pero todavía eran viejas y poco importantes para mí. Pax no me fascinaba, aunque sí el viaje a otros mundos. Luego hubo casi diez años de desconexión, durante nuestra estancia en Vieja Tierra y mi odisea con cinco años de deuda temporal. No estaba acostumbrado a pensar en los acontecimientos de otras partes salvo cuando me afectaban, como la obsesión de Pax por encontrarnos.

Pero esto cambiaría pronto.

Mientras esa noche en T'ien Shan, las Montañas del Cielo, yo corría como un idiota en el granizo y la niebla por el angosto risco, éstas eran algunas de las cosas que sucedían en otras partes:

En el encantador mundo de Alianza Maui, donde cuatro siglos atrás, con el cortejo de Siri y Merin, quizás hubiera comenzado la larga cadena de acontecimientos que me habían llevado adonde estaba, rugía la rebelión. Los rebeldes de las islas móviles seguían desde tiempo atrás la filosofía de Aenea, habían bebido el vino de su comunión, habían rechazado el cruciforme de Pax y libraban una guerra de sabotaje y resistencia mientras trataban de no dañar ni matar a los soldados de Pax que ocupaban su mundo. Para Pax, Alianza Maui presentaba problemas especiales porque era ante todo un mundo turístico. Miles de cristianos renacidos ricos viajaban allí por motor Hawking para disfrutar de los mares cálidos, las bellas playas de las islas del Archipiélago Ecuatorial y las migraciones de los delfines y las islas móviles.

También explotaba cientos de plataformas petroleras en ese mundo oceánico, alejadas de las zonas turísticas pero vulnerables al ataque de las islas móviles o los sumergibles rebeldes. Ahora muchos turistas de Pax rechazaban el cruciforme y seguían las enseñanzas de Aenea. Rechazaban la inmortalidad. El gobernador planetario, el arzobispo residente y los funcionarios del Vaticano que habían acudido a resolver la crisis no podían entenderlo.

En el frío Sol Draconi Septem, cuya atmósfera formaba un glaciar gigantesco, no había turistas, pero los intentos de colonización de Pax de los últimos diez años se habían convertido en pesadilla.

Los amables Chitchatuk con quienes Aenea, A. Bettik y yo habíamos trabado amistad nueve años y medio atrás se habían convertido en enemigos implacables de Pax. El rascacielos congelado donde el padre Glaucus recibía a los viajeros aún estaba iluminado a pesar de que Rhadamanth Nemes había asesinado a ese hombre afable. Los Chitchatuk mantenían las luces encendidas como si ese sitio fuera un altar. De algún modo sabían quién había asesinado a ese ciego inofensivo y a la tribu de Cuchiat: Cuchiat, Chiaku, Aichacut, Cuchtu, Chithticia, Chatchia, todos aquellos a quienes Aenea, A. Bettik y yo conocíamos de nombre. Los Chitchatuk culpaban a Pax, que intentaba colonizar las franjas templadas del ecuador, donde el aire era gaseoso y el gran glaciar se derretía.

Pero los Chitchatuk, que no sabían nada sobre la comunión de Aenea ni habían saboreado su empatía, cayeron sobre Pax como una plaga bíblica. Durante milenios habían sido cazadores y presas de los terribles espectros de nieve; ahora impulsaban a esas bestias blancas hacia las regiones ecuatoriales, lanzándolas sobre los colonos y misioneros de Pax. La cantidad de víctimas era espantosa. Las unidades militares enviadas para exterminar a los primitivos Chitchatuk mandaban patrullas y nunca

volvían a verlas.

En la ciudad planetaria de Vector Renacimiento, las nuevas de Aenea sobre el Vacío Que Vincula se habían propagado entre millones de adherentes. Miles de fieles de Pax recibían la comunión cada día, perdiendo el cruciforme a las veinticuatro horas, sacrificando la inmortalidad en aras de... ¿qué? Pax y el Vaticano no entendían, y en ese momento yo tampoco.

Pero Pax sabía que debía contener el virus. Los soldados tumbaban puertas y destrozaban ventanas todos los días y noches, habitualmente en los viejos sectores industriales, los más pobres de la ciudad planetaria. La gente que había rechazado el cruciforme no se resistía. Luchaba fieramente, pero no mataba si podía evitarlo. A los soldados de Pax no les importaba matar para cumplir sus órdenes. Miles de seguidores de Aenea murieron la muerte verdadera —ex inmortales que nunca más gozarían de la resurrección— y decenas de miles fueron arrestados y llevados a centros de detención, donde los almacenaban en depósitos de fuga criogénica para que su sangre y su filosofía no contaminaran a otros. Pero por cada adherente muerto o arrestado, cientos permanecían escondidos, transmitiendo las enseñanzas de Aenea, ofreciendo la comunión con su sangre modificada, y presentando una resistencia no violenta. La gran máquina industrial que era Vector Renacimiento aún no se había desmoronado, pero ese mundo —que siglos atrás había sido el nexo industrial de la Red de la Hegemonía— funcionaba con una incompetencia jamás vista.

El Vaticano enviaba más efectivos y deliberaba en busca de una solución.

En Centro Tau Ceti, ex centro político de la Red de Mundos, ahora sólo un planeta jardín muy poblado, la rebelión cobró otra forma. Aunque los visitantes habían llevado el contagio anticruciforme de Aenea, el problema más grave para el Vaticano se centraba en la arzobispo Achilla Silvaski, una intrigante que había adoptado el papel de gobernadora y autócrata de TC^2 más de dos siglos antes. La arzobispo Silvaski había intentado impedir la reelección del papa mediante intrigas entre los cardenales. Habiendo fracasado, organizó su propia versión de la Reforma pre-Hégira, anunciando que la Iglesia Católica de Centro Tau Ceti la reconocería como pontífice y se separaría de la «corrupta» Iglesia interestelar de Pax. Como había formado una alianza con los obispos locales encargados de las ceremonias y maquinarias de resurrección, podía controlar el Sacramento de la Resurrección, y por ende la Iglesia local. Más aún, la arzobispo había seducido a las autoridades militares locales con tierras, riquezas y poder hasta desencadenar un hecho sin precedentes, un golpe militar que derrocó a la mayoría de los oficiales superiores de Pax en el sistema Tau Ceti y los reemplazó por defensores de la Nueva Iglesia. No capturaron ninguna nave arcángel, pero dieciocho cruceros y cuarenta y una naves-antorcha se comprometieron a defender la nueva Iglesia de TC^2 y su nueva pontífice.

Decenas de miles de fieles de la Iglesia protestaron. Fueron arrestados,

amenazados con la excomunión —es decir, anulación inmediata del cruciforme— y puestos en libertad condicional bajo el ojo vigilante de la nueva fuerza de segundad eclesiástica de la nueva pontífice. Varias órdenes sacerdotales, entre ellas los jesuitas de Centro Tau Ceti, se negaron a obedecer. La mayoría fueron discretamente arrestados, excomulgados y ejecutados. Algunos cientos escaparon, sin embargo, y usaron su red para resistirse al nuevo orden, al principio en forma no violenta, luego con más contundencia. Muchos jesuitas habían sido oficiales de las fuerzas armadas de Pax antes de regresar a la vida sacerdotal, y usaron su formación militar para sembrar estragos en el planeta.

El papa Urbano XVI y sus asesores de la flota examinaron sus opciones. El efecto mortífero de la gran cruzada contra los éxters ya había sido demorado por los continuos ataques del capitán De Soya, por la necesidad de enviar unidades a una veintena de mundos para dominar a los rebeldes, por los requerimientos logísticos de la emboscada del sistema T'ien Shan, y por esta y otras rebeliones. Aunque el almirante Marusyn aconsejó ignorar la herejía de la arzobispo hasta que se alcanzaran otros objetivos políticos y militares, el papa Urbano XVI y el cardenal Lourdusamy decidieron desviar veinte arcángeles, treinta y dos viejos cruceros, ocho transportes y cien naves-antorcha hacia Tau Ceti, aunque pasarían varias semanas de deuda temporal hasta que llegaran las viejas naves Hawking. Una vez en ese sistema, tenían órdenes de vencer toda resistencia de naves rebeldes, establecer una órbita en TC^2, exigir la rendición inmediata de la arzobispo y sus seguidores y, en caso de no acatarse esta orden, arrasar el planeta hasta pulverizar la infraestructura de la nueva Iglesia. Después de eso, decenas de miles de infantes descenderían para ocupar los centros urbanos restantes y restablecer el dominio de Pax y la Santa Madre Iglesia.

En Marte, en el sistema de Vieja Tierra, la rebelión se había agravado, a pesar de años de bombardeo de Pax desde el espacio y constantes incursiones militares desde órbita. Dos meses estándar atrás, la gobernadora Clare Palo y el arzobispo Robeson habían muerto la muerte verdadera en un ataque nuclear suicida contra su palacio de Fobos. La respuesta de Pax había sido aterradora: asteroides desviados del cinturón y arrojados sobre Marte, bombas de plasma y ataques láser que hendían la tormenta planetaria de polvo provocada por el bombardeo con asteroides, como reflectores mortíferos cruzando el desierto congelado. Los rayos de muerte habrían sido más eficientes, pero los planificadores de la flota querían hacer un ejemplo de Marte, y un ejemplo visible.

Los resultados no fueron exactamente los que habían buscado. La terraformación de Marte, precaria después de años de mal mantenimiento, sufrió un colapso. La atmósfera respirable se limitaba ahora a la cuenca de Hellas y otros bolsones bajos. Los mares desaparecieron, evaporándose al bajar la presión o congelándose en los polos y la corteza. Las últimas plantas grandes y los árboles murieron hasta que sólo

cactos y bayas sobrevivieron en el cuasivacío. Las tormentas de polvo durarían años, imposibilitando las patrullas de los infantes de Pax en el planeta rojo.

Pero los marcianos, sobre todo los palestinos, estaban adaptados a esa vida y preparados para esta contingencia. Acechaban, mataban a los efectivos de Pax cuando descendían, esperaban. Los misioneros templarios de otras colonias marcianas impulsaron la adaptación nanotecnológica definitiva a las condiciones planetarias originales. Miles hicieron la apuesta, permitiendo que las máquinas moleculares alterasen sus cuerpos y su ADN para adaptarlos a esas condiciones.

Para colmo, estallaron batallas espaciales cuando naves que habían pertenecido a la Máquina de Guerra marciana, presuntamente desaparecida, salieron de su escondrijo en el distante cinturón de Kuiper e iniciaron ataques contra los convoyes de Pax en el sistema de Vieja Tierra. La proporción de bajas en estos ataques era de cinco a uno a favor de la flota de Pax, pero las pérdidas eran inaceptables y el coste de mantener la operación de Marte era elevadísimo.

El almirante Marusyn y los jefes de estado mayor aconsejaron a Su Santidad que acotara sus pérdidas y se olvidara momentáneamente del sistema de Vieja Tierra. El almirante aseguró que no permitiría que nada saliera del sistema. Señaló que allí ya no quedaba nada de valor, ahora que Marte era inviable. El papa escuchó pero se negó a autorizar la retirada. En cada deliberación, el cardenal Lourdusamy enfatizaba la importancia simbólica de mantener el sistema de Vieja Tierra dentro de Pax. Su Santidad decidió postergar su decisión. La hemorragia de naves, hombres, dinero y material continuó.

En Mare Infinitus, la rebelión era vieja —promovida por los contrabandistas, cazadores furtivos y cientos de miles de tercos aborígenes que siempre habían rechazado la cruz—, pero se renovó con la llegada del contagio de Aenea. Las grandes zonas de pesca eran inaccesibles para las flotas pesqueras que no tuvieran escolta de Pax. Las naves pesqueras automáticas y las plataformas flotantes eran atacadas y hundidas. Cada vez más leviatanes boca de lámpara aparecían en aguas menos profundas, y la arzobispo Jane Kelly estaba furiosa con las autoridades de Pax, que no podían solucionar el problema. Cuando el obispo Melandriano aconsejó moderación, Kelly lo hizo excomulgar. A su vez, Melandriano declaró que los Mares del Sur se secesionarían de Pax y la autoridad de la Iglesia, y miles de fieles siguieron a ese líder carismático. El Vaticano envió más naves, pero poco pudieron hacer para poner fin a esa caótica lucha entre los rebeldes, las fuerzas de la arzobispo, las fuerzas del obispo y las bocas de lámpara.

Y en medio de tanta confusión y carnicería, el mensaje de Aenea viajaba con la velocidad del lenguaje y la comunión secreta.

La rebelión —tanto violenta como espiritual— se propagó: los mundos adonde Aenea había viajado, como Ixión, Patawpha, Amritsar y Groombridge Dyson D;

Tsingtao-Hsishuang Panna, donde las noticias de la captura de no cristianos en otras partes creó primero pánico y luego una enconada resistencia; Deneb Drei, donde la república de Jamnu declaró que el uso del cruciforme sería causa de decapitación; Fuji, donde el mensaje de Aenea había llegado con miembros renegados de Pax Mercantilus y ahora se difundía como un incendio planetario.

En el mundo desértico de Vitus-Gray-Balianus B, donde las enseñanzas de Aenea llegaron por medio de refugiados de Amargura de Sibiatu y se combinaron con la comprensión de que Pax destruiría su cultura para siempre, la gente de la Hélice del Espectro de Amoiete conducía la resistencia. La ciudad de Keroa Tambat fue liberada en el primer mes de lucha, y la base de Bombasino pronto estuvo sitiada. El comandante Solznykov pidió ayuda de la flota, pero los comandantes del Vaticano y de Pax, ocupados en otras partes, le ordenaron que fuera paciente y amenazaron con excomulgarlo si no ponía fin a la rebelión.

Solznykov lo hizo, pero no del modo en que la flota o Su Santidad habrían deseado: firmó un tratado de paz con los ejércitos de la Hélice del Espectro de Amoiete, por el cual sus fuerzas sólo entrarían en la campiña con autorización de los aborígenes. A cambio, se permitió que la base de Bombasino siguiera existiendo.

Solznykov, el coronel Vinara y los otros cristianos leales se sentaron a esperar la retribución del Vaticano y de Pax, pero había civiles contagiados entre la gente de la Hélice que iba al mercado de Bombasino, que bebía y comía con los soldados, que conversaba con personas resentidas con Pax, que contaba su historia y ofrecía su comunión. Muchos aceptaban.

Esto era apenas una parte de lo que sucedía en los cientos de mundos de Pax en esa última y triste noche que yo pasaría en T'ien Shan. Yo no conocía estos hechos, desde luego, pero si los hubiera conocido —si ya hubiera dominado el arte de aprender estas cosas a través del Vacío Que Vincula— tampoco me habría importado.

Aenea había amado a otro hombre. Habían estado casados. Ella aún debía de estar casada, pues no había mencionado el divorcio ni la muerte. Había tenido un hijo.

No sé cómo mi negligencia no me llevó a la muerte en las frenéticas horas que pasé en el risco helado del este de Jo-kung y Hsuan'k'ung Ssu, pero no lo hizo. Al fin recobré el juicio y regresé por los riscos y los cables fijos, para estar en el templo al romper el alba.

Amaba a Aenea. Ella era mi querida amiga. Daría mi vida por protegerla.

Ese mismo día se me presentaría la oportunidad de demostrarlo, un hecho inevitable desencadenado por los acontecimientos que se desarrollaron poco después de mi regreso al Templo Suspendido en el Aire y nuestra partida hacia el este.

Poco después del alba, en la vieja gompa que estaba bajo el Falo de Shiva, ahora convertido en enclave cristiano, el cardenal Mustafa, la almirante Marget Wu, el padre Farrell, el arzobispo Breque, el padre LeBlanc, Rhadamanth Nemes y sus dos clones se reunieron en una conferencia. En verdad, eran los humanos quienes celebraban la conferencia, mientras Nemes y sus clones guardaban silencio mirando por la ventana las nubes que aureolaban el Lago de las Nutrias, al pie del pico Shivling.

—¿Estamos seguros de que la nave renegada *Rafael* está destruida? —preguntó el gran inquisidor.

—Absolutamente —le dijo la almirante Wu—. Aunque destruyó siete de nuestros arcángeles de línea antes de caer. —Sacudió la cabeza—. De Soya era un táctico brillante. Fue una auténtica obra del Maligno que se volviera apóstata.

El padre Farrell se inclinó sobre la bruñida mesa de madera de bonsai.

—¿Y no hay posibilidades de que De Soya o los demás hayan sobrevivido?

La almirante Wu se encogió de hombros.

—Fue una batalla orbital. Dejamos que el *Rafael* entrara en el espacio cislunar antes de activar la trampa. Miles de escombros entraron en la atmósfera, en general de nuestras desafortunadas naves. Al parecer ninguno de los nuestros sobrevivió, pues no hemos detectado señales. Si algunos tripulantes de De Soya escaparon, es probable que sus cápsulas cayeran en los mares ponzoñosos.

—Aun así... —comenzó el arzobispo Breque. Era un hombre callado, cerebral y cauto.

Wu parecía exhausta e irritada.

—Eminencia —replicó, dirigiéndose a Breque pero mirando a Mustafa—, podemos decidir el asunto si nos permite utilizar naves de descenso, deslizadores y VEMs en la atmósfera.

Breque pestañeó. El cardenal Mustafa negó con la cabeza.

—No —dijo—, tenemos órdenes de no mostrar una presencia militar hasta que el Vaticano autorice el paso final en la captura de la niña.

Wu sonrió con amargura.

—La batalla que se libró anoche encima de la atmósfera debe haber vuelto obsoleta esa orden. Nuestra presencia militar no pudo pasar inadvertida.

—En efecto —dijo el padre Le Blanc—. Nunca vi nada semejante.

—Excelencia —le dijo la almirante Wu a Mustafa—, la gente de este mundo no tiene armas energéticas, detectores Hawking, defensas orbitales ni detectores gravitónicos... diantre, ni siquiera tiene radares ni sistemas de comunicaciones. Podemos usar naves de descenso o cazas atmosféricos para buscar supervivientes sin que nadie se entere. Sería mucho menos visible que la batalla de anoche y...

—No —replicó el cardenal Mustafa, mirando su reloj—. La nave mensajera del

Vaticano llegará en cualquier momento, con órdenes definitivas para el arresto del vector de contagio llamado Aenea. Nada debe complicar eso.

El padre Farrell se frotó las enjutas mejillas.

—El regente Tokra me llamó esta mañana por el canal de comunicaciones que le asignamos. Parece que su precioso y precoz Dalai Lama ha desaparecido.

Breque y LeBlanc se sorprendieron.

—No tiene importancia —dijo Mustafa, obviamente al corriente de la noticia—. Ahora nada tiene importancia salvo la aprobación final del arresto de Aenea. —Miró a la almirante Wu—. Y usted debe ordenar a la Guardia Suiza y los infantes que no dañen a esa joven.

Wu asintió de mala gana. Hacía meses que recibía las mismas instrucciones.

—¿Cuándo cree que llegarán las órdenes? —le preguntó al cardenal.

Rhadamanth Nemes y sus dos clones se pusieron de pie y caminaron hacia la puerta.

—El tiempo de espera ha concluido —dijo Nemes con una sonrisa maligna—. Os traeremos la cabeza de Aenea.

El cardenal Mustafa y los demás se levantaron de inmediato.

—¡Sentaos! —bramó el gran inquisidor—. No habéis recibido orden de moveros.

Nemes sonrió y se volvió hacia la puerta.

Todos los clérigos de la habitación estaban gritando. El arzobispo Jean Daniel Breque se persignó. La almirante Wu cogió la pistola de dardos.

Entonces todo se aceleró. El aire se borroneó. Nemes, Scylla y Briareus estaban a ocho metros, en la puerta, pero súbitamente desaparecieron y tres manchas de cromo titilante aparecieron entre las figuras rojinegras.

Scylla interceptó a la almirante Marget Wu antes de que pudiera levantar su pistola de dardos. Movió un brazo de cromo y la cabeza de Wu cayó en la mesa bruñida. El cuerpo decapitado permaneció en pie unos segundos, unos impulsos nerviosos ordenaron a los dedos de la mano derecha que se cerraran y la pistola se disparó, despedazando las patas de la mesa y astillando el suelo de piedra.

El padre LeBlanc brincó entre Briareus y el arzobispo Breque. La borrosa forma plateada destripó a LeBlanc. Breque perdió las gafas y corrió a la habitación contigua. Briareus desapareció, dejando sólo una implosión de aire. Hubo un breve grito en la otra habitación.

El cardenal Mustafa retrocedió frente a Rhadamanth Nemes. Ella avanzaba un paso por cada uno que él retrocedía. El nimbo borroso que la aureolaba había desaparecido, pero Nemes no parecía más humana ni menos amenazadora.

—Maldita seas, criatura impura —murmuró el cardenal—. Adelante, no tengo miedo de morir.

Nemes enarcó una ceja.

—Claro que no, excelencia, ¿pero cambiarías de opinión si te contara que arrojaremos estos cuerpos y esa cabeza —señaló a Marget Wu, cuyos ojos dejaron de pestañear— al mar de ácido, de modo que no habrá resurrección posible?

El cardenal Mustafa llegó a la pared y se detuvo. Nemes estaba a un par de pasos.

—¿Por qué hacéis esto? —preguntó con voz firme.

Nemes se encogió de hombros.

—Nuestras prioridades divergen por el momento —respondió—. ¿Estás preparado, gran inquisidor?

El cardenal Mustafa se persignó y musitó un apresurado acto de contrición.

Nemes sonrió de nuevo y avanzó. Sus brazos se convirtieron en imágenes plateadas y titilantes.

Mustafa la miró con asombro, pero Nemes no lo mató. Con rápidos movimientos, le rompió el brazo izquierdo, le astilló el brazo derecho, le quebró ambas piernas y lo cegó con dos dedos que se detuvieron a muy poca distancia de su cerebro.

Un inaudito rugido de dolor estremeció al cardenal. A través de ese rugido oyó la fría voz de Nemes.

—Sé que el automédico de la nave de descenso o del *Jibril* podrá curarte —dijo —. Los hemos llamado y llegarán dentro de pocos minutos. Cuando veas al papa y sus parásitos, diles que aquellos ante quienes respondo no quieren a la niña con vida. Nos disculpamos, pero su muerte es necesaria. Y diles que en el futuro se cuiden de no actuar sin el consentimiento de todos los elementos del Núcleo. Adiós, excelencia. Espero que el automédico del *Jibril* pueda darte nuevos ojos. Lo que estamos a punto de hacer será digno de verse.

Mustafa oyó pasos, el susurro de la puerta y luego silencio, salvo por unos terribles gritos de dolor. Tardó unos minutos en comprender que era él quien gritaba.

Cuando regresé al Templo Suspendido en el Aire, las primeras luces atravesaban la neblina pero la mañana seguía oscura, lluviosa y fría. Me había recobrado un poco de mi ofuscación y tuve mayor cuidado al recoger los cables fijos, y fue afortunado que lo hiciera. Varias veces los frenos del equipo resbalaron en la soga cubierta de hielo y me habría caído al abismo si los cables de seguridad no me hubieran detenido.

Aenea estaba despierta, vestida y preparada para partir cuando llegué. Se había puesto su abrigo térmico, su equipo de escalada y sus botas. A. Bettik y Lhomo Dondrub estaban vestidos del mismo modo, y ambos llevaban paquetes largos y pesados sobre los hombros. Irían con nosotros. Los demás —Theo, Rachel, la Dorje Phamo, el Dalai Lama, George Tsarong, Jigme Norbu— estaban allí para despedirse y parecían tristes y angustiados. Aenea parecía cansada; estaba seguro de que tampoco ella había dormido. Éramos un par de aventureros de aspecto lamentable. Lhomo se acercó para entregarme uno de los largos bultos. Era pesado, pero lo cargué

sin preguntas ni quejas. Cogí el resto de mi equipo, respondí a las preguntas de Lhomo sobre la condición de las cuerdas hasta la línea de riscos —evidentemente todos creían que yo había tenido la generosidad de hacer un reconocimiento— y retrocedí para mirar a mi amiga y amada. Cuando ella me interrogó con los ojos, respondí con un movimiento de cabeza. *Todo está bien. Yo estoy bien. Estoy preparado para salir. Hablaremos de ello más tarde*. Theo lloraba. Comprendí que esta despedida era importante —quizá no volviéramos a vernos, aunque Aenea había asegurado a las dos mujeres que todos se reunirían antes del anochecer—, pero yo estaba demasiado aturdido y agotado para emocionarme. Me alejé del grupo para recobrar el aliento y concentrar mi atención. Quizá necesitara toda mi lucidez en las siguientes horas tan sólo para sobrevivir. *El problema de estar apasionadamente enamorado,* pensé, *es que te quita mucho sueño.*

Salimos por la plataforma este, avanzamos al trote por el saliente helado, pasamos por las sogas que yo acababa de usar y llegamos a la fisura sin tropiezos. Los árboles bonsai y los campos talados parecían antiguos e irreales en la neblina, y las oscuras ramas goteaban sobre nuestras cabezas al surgir de la bruma. Los arroyos y cascadas parecían más ruidosos de lo que yo recordaba mientras el torrente se despeñaba desde la última cornisa hacia el vacío.

En los pliegues más orientales y altos de la fisura había cuerdas fijas más viejas y menos fiables, y Lhomo encabezó la marcha en ese tramo, seguido por Aenea, A. Bettik y yo. Noté que nuestro amigo androide trepaba con la rapidez y competencia de siempre, a pesar de su mano faltante. Una vez arriba, dejamos atrás el punto más lejano de mi excursión nocturna: la fisura actuaba como una barrera para viajar por el risco en el rumbo que yo había seguido. Ahora comenzaban las dificultades en serio, mientras cogíamos las angostas sendas del lado sur del peñasco: salientes gastados, protuberancias de roca, campos de hielo, cuestas de esquisto. Encima de nosotros el risco era una masa de nieve húmeda y hielo donde era imposible caminar. Andábamos en silencio, sin un susurro, sabiendo que el menor ruido podía desencadenar un alud que nos arrancaría del saliente en un segundo. Por último, cuando la marcha se hizo aún más difícil, nos sujetamos, pasando la cuerda por los ganchos y atando una cuerda doble a nuestros arneses, de modo que si alguien caía podríamos frenarlo, o bien todos caeríamos. Con la firme guía de Lhomo, que pisaba confiadamente huecos brumosos y grietas heladas que a mi me hubieran hecho dudar, creo que todos nos sentíamos mejor estando atados.

Yo aún no conocía nuestro destino. No sabía que el gran risco que nacía en K'un Lun se terminaría en pocos kilómetros, bajando de repente a las nubes ponzoñosas. Durante ciertas semanas de primavera, las marejadas y caprichos del océano y las nubes hacían descender los vapores venenosos y el risco resurgía, permitiendo que las caravanas, peregrinos, monjes, mercaderes y meros curiosos marcharan al este desde

el Reino Medio hasta T'ai Shan, el Gran Pico del Reino Medio, y el punto habitable más inaccesible del planeta. Los monjes que vivían en T'ai Shan, se decía, nunca regresaban al Reino Medio ni al resto de las Montañas del Cielo. Durante incontables generaciones habían consagrado la vida a las misteriosas tumbas, gompas, ceremonias y templos de ese sagrado pico. Sí iniciábamos el descenso, con el mal tiempo, no sabríamos dónde terminaban las arremolinadas nubes monzónicas y dónde empezaban las arremolinadas nubes de vapor hasta que el aire venenoso nos matara.

No descendimos. Después de varias horas de marcha silenciosa, llegamos al precipicio del límite oriental del Reino Medio. La montaña de T'ai Shan no estaba visible, desde luego. Aunque el cielo se había despejado un poco, sólo veíamos la húmeda ladera que teníamos delante, la niebla ondulante y las nubes.

Aquí, en el linde oriental del mundo, había una cornisa ancha, y nos sentamos con gratitud mientras sacábamos alimentos fríos de las mochilas y bebíamos agua. Los diminutos cactos que alfombraban este empinado campo se hinchaban al alimentarse con la primera humedad de los meses del monzón.

Después de comer y beber, Lhomo y A. Bettik empezaron a abrir nuestros pesados paquetes. Aenea abrió su mochila, que parecía más pesada que las bolsas que llevábamos los hombres. No me sorprendió ver lo que había en esos paquetes: nailon, varillas y bastidores, aparejos. Aenea llevaba además los dos dermotrajes y respiradores que yo había bajado de la nave.

Suspiré y miré hacia el este.

—Conque intentaremos llegar a Tai Shan —dije.

—Sí —dijo Aenea, y empezó a quitarse la ropa.

A. Bettik y Lhomo miraron hacia otra parte, pero sentí que mi corazón latía de furia ante la idea de que otros hombres vieran desnuda a mi amante. Me controlé, extendí el otro dermotraje y empecé a desnudarme, guardando la ropa en la mochila. El aire estaba frío y la niebla se me pegaba a la piel.

Lhomo y A. Bettik ensamblaron las paravelas mientras Aenea y yo nos vestíamos. Los dermotrajes eran literalmente una segunda piel, pero el arnés y los aparejos de los respiradores nos daban cierto margen para el pudor. La capucha me cubría la cabeza como una escafandra de buzo, aplastándome las orejas. Los filtros permitían la transmisión de sonido y recogerían las emisiones cuando estuviéramos fuera del aire real.

Lhomo y A. Bettik ensamblaron cuatro paravelas. Como respondiendo a mi pregunta tácita, Lhomo explicó:

—Yo sólo puedo mostraros las corrientes ascendentes y procurar que lleguéis a la corriente superior. No puedo sobrevivir a esa altitud. Y no quiero ir a T'ai Shan cuando hay tan pocas probabilidades de regresar.

Aenea le tocó el brazo.

—Agradecemos mucho que nos guíes hasta la corriente.

El audaz volador se sonrojó.

—¿Qué hay de A. Bettik? —pregunté. Entonces comprendí que hablaba de nuestro amigo como si no estuviera allí, y me volví hacia el androide—. ¿Qué hay de ti? No hay dermotraje ni respirador.

A. Bettik sonrió. Siempre había pensado que sus raras sonrisas eran la expresión más sabia que había visto en un semblante humano, aunque el hombre de tez azul no fuera técnicamente humano.

—Olvidas, M. Endymion, que fui diseñado para sufrir más abusos que un cuerpo humano normal.

—Pero la distancia... —dije. T'ai Shan estaba más de cien kilómetros al este. Aunque alcanzáramos la corriente favorable, tendríamos casi una hora de aire enrarecido e irrespirable.

A. Bettik sujetó los últimos aparejos a su paravela, un bonito objeto con una gran ala delta de casi diez metros de envergadura.

—Si tenemos la suerte de cubrir esa distancia, sobreviviré.

Asentí y me dispuse a sujetarme a los aparejos de mi propia cometa, sin hacer más preguntas, sin mirar a Aenea, sin inquirir por qué los cuatro arriesgábamos la vida de esta manera. De repente mi amiga se acercó.

—Gracias, Raul —dijo en voz alta, para que todos oyeran—. Haces estas cosas por mí, por amor y amistad. Te lo agradezco desde el fondo de mi corazón.

Hice un gesto, de pronto incapaz de hablar, avergonzado de que me lo agradeciera a mí cuando los otros dos también estaban dispuestos a saltar al vacío por ella. Pero Aenea no había terminado.

—Te amo, Raul —dijo, poniéndose de puntillas para besarme en los labios. Retrocedió y me miró con sus insondables ojos oscuros—. Te amo, Raul Endymion. Siempre te he amado, siempre te amaré.

Me sentí desconcertado y abrumado mientras nos calzábamos las paravelas en el linde de la nada. Lhomo fue el último en sujetarse. Revisó los aparejos de los demás, examinando cada perno, hebilla y grapa. Una vez satisfecho, saludó respetuosamente a A. Bettik, se calzó su ala roja con una velocidad nacida de la práctica y la disciplina y se acercó al borde del peñasco. Ni siquiera los cactos crecían en este último metro, como si el abismo los intimidara. A mí me intimidaba. El borde rocoso estaba resbaladizo por la lluvia. La niebla se había cerrado de nuevo.

—Será difícil vernos en esta sopa —dijo Lhomo—. Girad siempre a la izquierda. Permaneced a cinco metros del que va adelante. El mismo orden de nuestra marcha, Aenea después de mí con el ala amarilla, luego la azul del hombre azul, luego Raul con la verde. Nuestro mayor riesgo es perdernos en las nubes.

Aenea asintió.

—Permaneceré cerca de tu ala.

Lhomo me miró.

—Aenea y tú podéis hablar por los comunicadores de los dermotrajes, pero eso no nos ayudará a encontraros. A. Bettik y yo nos comunicaremos con gestos. Cuidado. No pierdas de vista al hombre azul. Si lo pierdes, sigue girando a la izquierda hasta pasar los topes de las nubes y luego intenta reagruparte. Gira en círculos cerrados mientras estés dentro de las nubes. Si te abres, que es la tendencia con las paravelas, chocarás contra el peñasco.

Asentí con la boca reseca.

—De acuerdo —dijo Lhomo—. Os veré encima de las nubes. Cuando encuentre las corrientes ascendentes, evalúe el impulso y lleguemos a la turbulencia, haré esta seña para despedirme. —Cerró la mano y movió el brazo dos veces—. Seguid subiendo en círculos. Internaos en la corriente. Subid hasta los vientos atmosféricos superiores hasta que penséis que pueden arrancaros el ala. Tal vez lo hagan. Pero no podréis llegar a T'ai Shan sin entrar en el centro de la turbulencia. Son ciento once kilómetros hasta el primer promontorio del Gran Pico, donde podréis respirar aire verdadero.

Todos asentimos.

—Que Buda nos sonría en nuestra locura de hoy —dijo Lhomo. Parecía muy feliz.

—Amén —dijo Aenea.

Lhomo giró sin otra palabra y se lanzó al vacío. Aenea lo siguió un segundo después. A. Bettik se inclinó en su arnés, pateó el borde y las nubes lo devoraron en segundos. Me di prisa para alcanzarlos. De pronto no hubo piedra bajo mis pies y me incliné para acomodarme en el arnés. Ya había perdido de vista el ala azul de A. Bettik. Las arremolinadas nubes me confundían y desorientaban. Tiré de la barra de control, ladeando los aparejos como me habían enseñado, escrutando la niebla para ver las otras cometas. Nada. Tardíamente comprendí que había mantenido el giro demasiado tiempo. ¿O todo lo contrario? Emparejé el ala, sintiendo las ráfagas que empujaban la tela pero sin poder discernir si ganaba altura porque no veía nada. La niebla encandilaba como nieve.

Grité, esperando que uno de los demás gritara a su vez para orientarme. Oí un grito a pocos metros.

Era mi propia voz, rebotando en el peñasco vertical en el que estaba a punto de estrellarme.

Nemes, Scylla y Briareus avanzan al sur desde el enclave de Pax del Falo de Shiva. El sol está alto y hay nubes espesas al este. Para viajar del enclave de Pax al Palacio de Invierno de Potala, han reparado y ensanchado la Vía Alta de Koko Nor y

han construido una plataforma especial para el cable de diez kilómetros que une Koko Nor con el palacio. Un palanquín para diplomáticos de Pax cuelga de poleas en la nueva plataforma. Nemes va al frente de la fila y lo aborda, ignorando las miradas de esa gente menuda con gruesas *chubas* que se apiña en la escalera y la plataforma. Cuando sus hermanos entran en el vehículo, destraba los dos frenos y el palanquín sobrevuela el abismo. Nubes oscuras se elevan sobre la montaña del palacio.

Un escuadrón de veinte guardias palaciegos con alabardas y toscas lanzas energéticas los saluda en la escalinata de la gran terraza, en el lado oeste del risco Sombrero Amarillo, donde el palacio desciende varios kilómetros verticales por la ladera este. El capitán de la guardia es respetuoso.

—Debéis esperar aquí hasta que traigamos una guardia de honor para escoltaros, honradísimos huéspedes —dice con una reverencia.

—Preferimos entrar solos —dice Nemes.

Los veinte guardias tienen la lanza en ristre. Forman una sólida muralla de hierro, piel de cigocabra, seda y yelmos. El capitán de la guardia hace otra reverencia.

—Me disculpo por mi indignidad, honradísimos huéspedes, pero no es posible entrar en el Palacio de Invierno sin una invitación y una guardia de honor. Ambas cosas estarán aquí en un minuto. Si tenéis la amabilidad de esperar a la sombra de la pagoda, honradísimos huéspedes, un dignatario del rango apropiado llegará enseguida.

Nemes mueve la cabeza.

—Matadlos —ordena a Scylla y Briareus, y entra en el palacio mientras sus hermanos cambian de fase.

Vuelven a tiempo normal durante la larga marcha por el laberíntico palacio, pasando a tiempo rápido sólo para matar guardias y sirvientes.

Cuando salen por la escalera principal y se acercan a Pargo Kaling, la gran puerta occidental de este lado del puente Kyi Chu, el regente Reting Tokra les cierra el paso con quinientos de sus mejores guardias palaciegos. Algunos de estos combatientes selectos portan espadas y picas, pero la mayoría empuñan ballestas, rifles de balas, toscas varas energéticas y armas de madera.

—Comandante Nemes —dice Tokra, bajando la cabeza pero sin dejar de mirarla a los ojos—. Sabemos lo que hiciste en Shivling. No puedes seguir adelante. —Tokra hace una seña a alguien que está arriba, en los relucientes ojos de la torre Pargo Kaling, y el puente de cromo negro de Kyi Chu se desliza en silencio hacia la montaña. Sólo los grandes cables permanecen en lo alto, forrados de alambre de púa y gel resbaladizo.

Nemes sonríe.

—¿Qué haces, Tokra?

—Su Santidad ha ido a Hsuan'k'ung Ssu —dice el regente—. Sé por qué vas hacia

allá. No se puede permitir que dañes a Su Santidad el Dalai Lama.

Rhadamanth Nemes muestra sus pequeños dientes.

—¿De qué hablas, Tokra? Tú vendiste a tu niño dios al servicio secreto de Pax por treinta monedas de plata. ¿Estás regateando para recibir más de tus estúpidas monedas de seis lados?

El regente niega con la cabeza.

—El acuerdo con Pax era que Su Santidad nunca sufriría daño. Pero tú...

—Queremos la cabeza de la niña, no del Lama. Quita a tus hombres del camino, o piérdelos.

El regente Tokra ladra una orden a sus filas de soldados. Los hombres alzan sus armas con ceño adusto, bloqueando el camino que conduce al puente, aunque la carretera del puente ya no está allí. Nubes oscuras hierven en el abismo.

—Matadlos a todos —dice Nemes, cambiando de fase.

Lhomo nos había enseñado a usar las cometas, pero yo no había tenido la oportunidad de volar en una. Ahora que ese peñasco emergía de la niebla, tendría que aprender o morir.

La cometa se controlaba con la barra que colgaba delante de mí, y me incliné tan a la izquierda como los aparejos lo permitían. La paravela se ladeó, pero no demasiado. La cometa iba a chocar contra una pared de roca. Había otros controles, manijas que expulsaban aire de la superficie dorsal del borde delantero de cada lado del ala dorsal, pero eran peligrosos y sólo se usaban en emergencias.

Yo podía ver el liquen que cubría la pared de roca. Esto era una emergencia.

Tiré de la manija izquierda. El nailon del lado izquierdo de la paravela se abrió como una cartera cortada, el ala derecha —todavía en ascenso— se ladeó bruscamente, la paravela casi se volcó con su inservible vela izquierda expulsando aire, mis piernas se estiraron a un lado mientras la cometa amenazaba con detenerse y estrellarse contra las rocas, mis botas rozaron piedra y liquen. La paravela descendió en línea recta, solté la manija izquierda, la tela de memoria activa de la superficie sanó al instante y me encontré volando de nuevo, aunque en una zambullida casi vertical.

Las fuertes corrientes que subían a lo largo del peñasco chocaron contra la cometa como un ascensor y me elevé de golpe. La barra de control me pegó en el pecho y me dejó sin aliento, la paravela aleteó, trepó y trató de hacer un rizo con un radio de sesenta o setenta metros. Me encontré de nuevo cabeza abajo, esta vez con la cometa y los controles abajo y la roca otra vez adelante.

Esto no funcionaba. Terminaría el rizo sobre la pared del peñasco. Tiré de la manija, ascendí, caí de costado, cerré el ala y tiré de las manijas y la barra mientras desplazaba mi peso para restablecer el equilibrio. Las nubes se entreabrieron y vi el

peñasco veinte metros a mi derecha mientras combatía contra la corriente y la cometa.

Me equilibré y logré controlar el aparato, girando de nuevo a la izquierda, pero esta vez con cuidado, agradeciendo ese claro en las nubes, que me permitió calcular la distancia hasta el peñasco e inclinarme a la izquierda sobre la barra de control. Oí un susurro.

—Vaya. Eso fue divertido. Hazlo de nuevo.

Me sobresalté y miré arriba y atrás. El triángulo amarillo de la paravela de Aenea flotaba sobre mí, bajo nubes que formaban un techo gris.

—No, gracias —dije, dejando que las hebras de comunicaciones de la garganta del dermotraje captaran las subvocales—. Creo que ya he terminado de alardear. —La miré de nuevo—. ¿Por qué estás aquí? ¿Dónde está A. Bettik?

—Nos reunimos por encima de las nubes, no te vimos y bajé a buscarte —dijo Aenea.

Sentí malestar, más por el hecho de que ella lo arriesgara todo que por las violentas acrobacias de un instante antes.

—Estoy bien —refunfuñé—. Todavía debo acostumbrarme al ascenso.

—Sí. Es engorroso. ¿Por qué no me sigues hasta arriba?

Así lo hice, sin permitir que mi orgullo fuera un obstáculo para mi supervivencia. Con la niebla era difícil mantener su ala amarilla a la vista, pero más fácil que volar a ciegas cerca del peñasco. Aenea parecía intuir dónde estaba la roca, y cortó el círculo a cinco metros de ella, recibiendo el fuerte centro de las corrientes ascendentes pero sin acercarse más de la cuenta.

A los pocos minutos salimos de las nubes. Admito que esa experiencia me quitó el aliento. Primero vi un resplandor lento y luego un torrente de luz solar, y me elevé sobre las nubes como un nadador saliendo de un mar blanco. Entorné los ojos en la cegadora libertad de un cielo azul que parecía infinito.

Sólo los picos y riscos más altos eran visibles sobre el océano de nubes: el reluciente y blanco T'ai Shan al este, Heng Shan al norte, Jo-kung elevándose como una navaja al oeste, K'un Lun del noroeste al sureste, y muy lejos, en el linde del mundo, las brillantes cumbres de Chomo Lori, el monte Parnaso, Kangchengjunga, los montes Koya y Kalais y otros que no pude identificar. El sol destellaba sobre un objeto elevado que estaba más allá del risco de Phari, y pensé que podría ser el Potala o el Shivling. Me concentré en nuestro intento de ganar altura.

A. Bettik se aproximó con una seña aprobatoria. Respondí y miré arriba, donde Lhomo gesticulaba a cincuenta metros. *Girad en círculos cerrados. Seguidme.*

Así lo hicimos, Aenea subiendo fácilmente a su posición, A. Bettik trepando detrás, y yo cerrando la marcha, quince metros abajo y a cincuenta metros del androide en el círculo.

Lhomo parecía saber exactamente dónde estaban las corrientes. A veces nos dirigíamos al oeste, cogíamos la turbulencia y abríamos el círculo para desplazarnos de nuevo al este. A veces parecíamos girar sin ganar altura, pero cuando miraba hacia Heng Shan notaba que habíamos subido cientos de metros. Lentamente ascendimos y lentamente nos dirigimos al este, aunque T'ai Shan aún debía estar a ochenta o noventa kilómetros.

El frío recrudeció y me dificultó la respiración. Cerré la máscara osmótica e inhalé oxígeno puro. El dermotraje se ciñó, actuando como traje de presión y traje térmico. Vi que Lhomo tiritaba con su *chuba* de cigocabra y sus gruesos mitones. Había hielo sobre el antebrazo desnudo de A. Bettik. Y aún ascendíamos en círculos. El cielo se oscureció y la vista se hizo más increíble: la lejana Nanda Devi al sudoeste, Helgafell al sureste, el pico de Harny más allá del Shivling, todo surgiendo por encima de la curvatura del planeta.

Al fin Lhomo llegó a su límite. Un instante antes yo había abierto la máscara osmótica para verificar la densidad del aire, traté de inhalar algo que parecía vacío y me apresuré a cerrar la membrana. No me imaginaba cómo Lhomo se las apañaba para respirar, pensar y operar a esa altura. Nos indicó que siguiéramos elevándonos, nos hizo la antigua seña de «buena suerte» con el pulgar y el índice y expulsó el aire de su cometa para alejarse como un halcón. Segundos después la cometa roja estaba miles de metros más abajo, dirigiéndose a los riscos del oeste.

Seguimos subiendo en círculos, perdiendo impulso por instantes, recobrándolo después. La corriente nos impulsaba al este, pero seguimos el consejo de Lhomo y resistimos la tentación de orientarnos hacia nuestro destino; aún no teníamos altura ni viento de cola suficiente para cubrir el trayecto de ochenta kilómetros.

El choque con la turbulencia fue como entrar en los rápidos con un kayak. La cometa de Aenea encontró primero el borde, y vi que la tela amarilla vibraba y la estructura de aluminio se flexionaba. Luego llegamos A. Bettik y yo, y sólo pudimos mantenernos horizontales en el arnés y seguir buscando altura.

—Es difícil —me dijo Aenea al oído—. Quiere soltarse e ir hacia el este.

—No podemos —jadeé, arrostrando la corriente y elevándome.

—Lo sé —dijo Aenea con voz tensa. Yo estaba a cien metros de ella, pero la veía luchar con la barra de control, las piernas tensas, los pies hacia atrás como un clavadista.

Miré en torno. El brillante sol tenía una aureola de cristales de hielo. Los riscos eran casi invisibles y las cimas de los picos más altos estaban kilómetros debajo de nosotros.

—¿Cómo está A. Bettik? —preguntó Aenea.

Giré para mirar. El androide giraba en círculos sobre mí. Parecía tener los ojos cerrados, pero noté que hacía ajustes con la barra de control. Una capa de escarcha

relucía sobre su carne azul.

—Creo que bien. Oye, Aenea...

—Sí.

—¿Es posible que el personal de Pax que está en Shivling o en órbita detecte estas emisiones? —Tenía el disco de comunicaciones en el bolsillo, pero habíamos decidido no usarlo hasta que llegara el momento de llamar a la nave. Sería irónico que nos capturasen o matasen por usar los comunicadores de los dermotrajes.

—Imposible —jadeó Aenea. A pesar de las máscaras osmóticas y la matriz de respiración de los dermotrajes, el aire era fino y frío—. Las hebras de comunicaciones tienen muy poco alcance. Medio kilómetro a lo sumo.

—Entonces quédate cerca —dije, y procuré ganar unos cientos de metros más antes de que el silencioso huracán que me azotaba impulsara la cometa hacia el este.

Al cabo de unos minutos ya no pudimos resistir la poderosa corriente de ese río de aire. La corriente ascendente murió de pronto y quedamos a merced de la turbulencia.

—¡Vamos! —gritó Aenea, olvidando que el menor susurro era audible en mi parche auditivo.

A. Bettik abrió los ojos y me hizo una seña. Mi paravela salió de la corriente ascendente disparada hacia el este. Atravesábamos el aire a una velocidad tan increíble que podíamos oír el rugido. La vela amarilla de Aenea se lanzó hacia el este como una flecha de ballesta, seguida por la vela azul de A. Bettik. Yo luché con los controles, comprendí que no tenía fuerzas para cambiar el curso y me limité a aferrarme mientras el río de aire nos arrastraba. T'ai Shan relucía allá adelante, pero estábamos perdiendo altura y la montaña aún estaba muy lejos. Bajo el mar de nubes blancas se agitaban las verdosas nubes de fosgeno del mar de ácido, invisibles pero acechantes.

Las autoridades de Pax en el sistema T'ien Shan estaban confundidas.

Cuando el capitán Wolmak recibió esa extraña señal de alarma desde Shivling a bordo del *Jibril*, trató de comunicarse con el cardenal Mustafa y los demás pero no recibió respuesta. Poco después envió una nave de combate con una veintena de infantes, incluidos tres médicos.

Recibió un informe desconcertante. La sala de conferencias de la gompa era un estropicio. Había sangre y vísceras humanas por doquier, pero el único cuerpo era el del gran inquisidor, que estaba inválido y ciego. Verificaron el ADN del chorro arterial más grande y descubrieron que era del padre Farrell. Otros charcos de sangre pertenecían al arzobispo Breque y su asistente LeBlanc. Pero no había cuerpos ni cruciformes. Los médicos informaron que el cardenal Mustafa estaba en coma y en shock profundo, al borde de la muerte; lo estabilizaron con sus kits de campaña y

pidieron órdenes. ¿Debían dejar que el gran inquisidor muriera y fuera resucitado, o llevarlo al autodoc de la nave de combate para tratar de salvarlo, sabiendo que tardaría varios días en recobrar la conciencia y describir el ataque?

Los médicos también podían llevarlo a soporte vital, usar drogas para sacarlo del coma e interrogarlo a los pocos minutos, mientras el paciente moribundo sufría un dolor atroz.

Wolmak les ordenó que esperaran y se comunicó con el almirante Lemprière, comandante del grupo de tareas. En las afueras del sistema T'ien Shan, a muchas UA de distancia, las cuarenta naves que habían batallado con el *Rafael* rescataban supervivientes de los arcángeles averiados y aguardaban la llegada del correo papal y la nave robot del TecnoNúcleo que pondría la población del planeta en animación suspendida. Ninguno de ambos había llegado. Lemprière estaba más cerca, a cuatro minutos-luz, y el haz angosto tardaría ese tiempo en ponerlo al corriente, pero Wolmak no veía otra opción. Envió el mensaje y esperó.

A bordo de la nave insignia *Raquel*, Lemprière se encontró en una situación delicada. Sólo tenía minutos para decidir lo de Mustafa. Si permitía la muerte del gran inquisidor, era probable que una resurrección de dos días tuviera éxito. El cardenal sufriría poco dolor, pero la causa del ataque —Alcaudón, aborígenes, discípulos del monstruo Aenea, éxters— seguiría siendo un misterio hasta entonces. Lemprière tardó diez segundos en decidir, pero el haz angosto demoraba cuatro minutos.

—Que los médicos lo estabilicen —le ordenó a Wolmak—. Que lo pongan en una máquina en la nave de descenso. Que lo despierten e interroguen. Cuando sepamos lo suficiente, que el autocirujano haga un diagnóstico. Si es más rápido resucitarlo, déjenlo morir.

—A la orden —dijo Wolmak cuatro minutos después, y comunicó el mensaje a los infantes.

Entretanto los infantes ampliaban su búsqueda, usando paks de reacción VEM para investigar los peñascos verticales del Falo de Shiva. Sondearon Rhan Rso, el Lago de las Nutrias, con radar profundo, sin encontrar nutrias ni el cuerpo de los sacerdotes faltantes. En el enclave había una guardia de honor de doce infantes, más el piloto de la nave de descenso, pero estos hombres y mujeres también faltaban. Encontraron sangre y vísceras y analizaron el ADN. Así explicaron la mayoría de las ausencias, pero no encontraron los cuerpos.

—¿Debemos extender la búsqueda al Palacio de Invierno? —preguntó el teniente a cargo del grupo. Las tropas tenían órdenes específicas de no molestar a los lugareños, sobre todo al Dalai Lama y su gente, antes de que la nave del TecnoNúcleo llegara para dormir a la población.

—Un minuto —dijo Wolmak. Vio que el monitor del almirante Lemprière estaba

encendido. El disco de comunicaciones de su red de mando también parpadeaba, la oficial de inteligencia del *Jibril* llamando desde la burbuja sensora—. ¿Sí?

—Capitán, hemos controlado visualmente la zona del palacio. Algo espantoso ha sucedido allí.

—¿Qué? —rugió Wolmak. Los miembros de su tripulación solían ser más precisos.

—No llegamos a verlo, señor —dijo la oficial de inteligencia. Era una mujer joven pero lista, y Lemprière lo sabía—. Estábamos usando las cámaras ópticas para mirar la zona del enclave. Pero vea esto...

Wolmak miró la imagen del holofoso, sabiendo que se retransmitía al almirante. El lado este de Potala, el Palacio de Invierno, visto desde cientos de metros por encima del puente Kyu Chu.

La carretera del puente estaba retraída, pero en las escaleras y terrazas que había entre el palacio y el puente, y en algunos rebordes angostos, y en el abismo que separaba el palacio del monasterio Drepung, había cientos de cuerpos ensangrentados y desmembrados.

—Santo Dios —dijo el capitán Wolmak, persignándose.

—Hemos identificado la cabeza del regente Tokra Reting entre los cuerpos mutilados —dijo la oficial de inteligencia con voz imperturbable.

—¿La cabeza? —repitió Wolmak, comprendiendo que esa inepta observación sería enviada al almirante con el resto de la transmisión. En cuatro minutos el almirante Lemprière sabría que Wolmak hacía comentarios estúpidos. No importaba —. ¿Alguien más de importancia?

—Negativo, señor. Pero ahora están transmitiendo en varias frecuencias de radio.

Wolmak se extrañó. Hasta ahora el Palacio de Invierno había mantenido silencio de radio y de haz angosto.

—¿Qué están diciendo?

—Está en mandarín y tibetano post-Hégira, señor —dijo la oficial—. Sienten pánico, capitán. El Dalai Lama está ausente. También el jefe de seguridad del Lama niño. El general Surkhang Sewon Chempo, jefe de la guardia palaciega, ha muerto... Han confirmado que encontraron su cuerpo decapitado.

Wolmak miró el reloj. La emisión de haz angosto estaba a medio camino de su trayecto hasta la nave del almirante.

—¿Quién hizo esto, el Alcaudón?

—No lo sé, capitán. Como decía, las lentes y cámaras apuntaban a otro lado. Revisaremos los discos.

—Hágalo —dijo Wolmak. No podía esperar más. Se comunicó con el teniente de infantería—. Vaya al palacio, teniente. Averigüe qué diablos está ocurriendo. Enviaré cinco naves de descenso, VEMs de combate y un tóptero artillado. Busque señales

del arzobispo Breque, el padre Farrell o el padre LeBlanc. Y del piloto y la guardia de honor, por supuesto.

—A la orden, señor.

El enlace de haz angosto se puso verde. El almirante estaba recibiendo la última transmisión. Demasiado tarde para esperar su orden. Wolmak se comunicó con las dos naves de Pax más próximas, naves-antorcha que estaban más allá de la luna exterior, y las puso en alerta de combate pidiendo que se unieran a la órbita del *Jibril*. Tal vez necesitara esa potencia de fuego. Wolmak ya había visto la obra del Alcaudón, y la idea de que esa criatura apareciera repentinamente en su nave le causaba escalofríos. Se comunicó con la capitana Samuels de la nave-antorcha *San Buenaventura*.

—Carol —le dijo a la sorprendida imagen de la capitana—, entra en espacio táctico, por favor.

Wolmak se enchufó y apareció de pie sobre el reluciente y nuboso planeta de T'ien Shan. Samuels apareció junto a él en la estrellada oscuridad.

—Carol —dijo Wolmak—, algo está ocurriendo allá abajo. Creo que el Alcaudón anda suelto de nuevo. Si pierdes contacto con el *Jibril*, o empezarnos a gritar dislates...

—Lanzaré tres botes con infantes —dijo Samuels.

—Negativo. Freirás el *Jibril*. De inmediato.

La capitana Samuels parpadeó. También parpadeó la pantalla flotante que mostraba que la nave de Lemprière estaba transmitiendo. Wolmak salió del espacio táctico.

El mensaje era breve.

—He preparado la *Raquel* para un salto hacia el pozo de gravedad crítica de las inmediaciones de T'ien Shan —dijo el almirante Lemprière.

Wolmak iba a protestar a su superior, comprendió que su mensaje llegaría tres minutos después del salto Hawking y cerró la boca. Un salto dentro del sistema era tremendamente peligroso —una probabilidad contra cuatro de un desastre que acabara con toda la tripulación—, pero comprendía la necesidad del almirante de ir adonde la información era fresca y sus órdenes se pudieran ejecutar de inmediato.

Santo Jesús, pensó Wolmack, el gran inquisidor lisiado, el arzobispo y los demás desaparecidos, el palacio del Dalai Lama como un hormiguero pateado. Maldito sea ese Alcaudón. ¿Dónde está la nave correo del papa con su orden? ¿Dónde está la nave del Núcleo que nos prometieron? ¿Cómo pueden las cosas empeorar más?

—Capitán —dijo el jefe médico de la fuerza expedicionaria, desde la enfermería de su nave.

—Adelante.

—El cardenal Mustafa está consciente, señor... ciego, desde luego, y

terriblemente dolorido, pero...

—Comuníqueme —gritó Wolmak.

Una mueca terrible llenó la holosfera. El capitán Wolmak notó la reacción de espanto de otra gente del puente.

El rostro del gran inquisidor aún estaba ensangrentado. Gritaba mostrando dientes rojos. Sus cuencas oculares estaban rasgadas y vacías, con jirones de tejido rasgado e hililllos de sangre.

Al principio el capitán Wolmak no entendió lo que decía, pero al fin comprendió el grito del cardenal.

—¡Nemes! ¡Nemes! ¡Nemes!

Los clones Nemes, Scylla y Briareus continúan rumbo al este. Los tres permanecen en cambio de fase, sin reparar en las abrumadora cantidad de energía que consumen. La energía llega de otra parte. No es su preocupación. Toda su existencia ha conducido a este momento.

Después del atemporal interludio de matanza bajo la puerta de Pargo Kaling, trepan a la torre y aferran los grandes cables de metal que sostienen el puente colgante. Atraviesan el mercado de Drepung, tres siluetas móviles desplazándose en un aire ambarino, dejando atrás siluetas humanas congeladas. En el mercado de Phari, los miles de estatuas humanas que compran, miran, ríen, discuten y se codean hacen sonreír a Nemes. Podría decapitarlos a todos en un santiamén. Pero ella tiene un objetivo.

En el empalme de la cablevía del risco Phari, los tres pasan a tiempo real, pues de lo contrario la fricción con el cable sería un problema.

«Scylla, la Vía Alta —transmite Nemes por la banda común—. Briareus, el puente medio. Yo cogeré la cablevía.»

Sus hermanos asienten y desaparecen con una vibración. El maestro cablero trata de impedir que Nemes se adelante a veintenas de pasajeros que aguardan en fila. Es una hora punta.

Rhadamanth Nemes arroja al maestro cablero de la plataforma. Una docena de hombres y mujeres airados se le acercan gritando, resueltos a vengarse. Nemes salta de la plataforma y coge el cable. No tiene polea, freno ni arnés. Cambia de fase sólo las palmas de sus manos inhumanas y se arroja hacia el risco K'un Lun. La airada muchedumbre se engancha al cable y la persigue, una docena, dos, más. Mucha gente le tenía simpatía al maestro cablero.

Nemes tarda la mitad del tiempo habitual en franquear el gran abismo que separa Phari de K'un Lun. Frena torpemente y se estrella contra la roca, cambiando de fase en el último momento. Saliendo de la cavidad que abrió en la roca del borde, camina hacia el cable.

Las poleas chirrían mientras sus perseguidores se deslizan por el cable. Hay más en el horizonte, abalorios negros en un cordel delgado. Nemes sonríe, cambia ambas manos de fase, las alza y corta el cable.

Le sorprende que sean pocos los hombres y mujeres condenados que gritan al desprenderse del cable y caer hacia la muerte.

Nemes trota hacia las cuerdas fijas, trepa y las corta todas: cuerdas de ascenso, de enganche, de seguridad, todo. Cinco miembros armados del distrito policial K'un Lun de Hsi wang-mu se le enfrentan en el risco, al sur del deslizadero. Cambia de fase sólo el brazo izquierdo y los arroja al vacío.

Mirando al noroeste, Nemes ajusta su visión infrarroja y telescópica y escruta el puente de bambú que conecta los promontorios de la Vía Alta entre los riscos de Phari y K'un Lun. El puente cae con un culebreo de varillas, lianas y cables, y su extremo inferior roza las nubes de fosgeno.

«Listo», transmite Briareus.

«¿Cuánta gente había encima cuando cayó?», pregunta Nemes.

«Mucha.» Briareus se desconecta.

Un segundo después llama Scylla. «Cayó el puente norte. Destruyo la Vía Alta mientras avanzo.»

«Bien —responde Nemes—. Te veré en Jo-kung.»

Los tres pasan a tiempo real mientras atraviesan la fisura de Jo-kung. Llueve levemente, y las nubes son densas como niebla estival. Nemes tiene el cabello pegado a la frente y nota que Scylla y Briareus tienen el mismo aspecto. La muchedumbre les cede el paso. La carretera que conduce al Templo Suspendido en el Aire está vacía.

Nemes encabeza la marcha cuando se acercan al último puente colgante, al pie de la escalera del templo. Éste tuvo que ser el primer artefacto reparado por Aenea, un tramo de veinte metros sobre una fisura angosta entre torres de dolomita, a mil metros de las rocas y nubes más bajas. Nubes monzónicas rodean la húmeda estructura.

Una figura borrosa se yergue en el borde del peñasco, más allá de las nubes, al otro lado del puente. Nemes pasa a imagen térmica y sonríe al ver que la figura alta no irradia calor. Usa el radar de su frente para estudiarla: tres metros de altura, púas, dedos filosos en cuatro manazas, un caparazón donde rebota el radar, hojas cortantes en el pecho y la frente, ninguna respiración, pinchos en los hombros y la frente.

«Perfecto», transmite Nemes.

«Perfecto», convienen Scylla y Briareus.

La figura que está del otro lado del puente no responde.

Llegamos a la montaña con muy pocos metros de margen. Una vez que nos desprendimos de la turbulencia, nuestro descenso fue continuo e irreversible. Sobre el mar de nubes había pocas corrientes ascendentes y muchas corrientes descendentes, y

aunque recorrimos la primera mitad de los cien kilómetros en pocos minutos de emocionante aceleración, la segunda mitad fue de apabullante descenso. Por momentos pensábamos que llegaríamos con margen de sobra, por momentos que caeríamos en las nubes y ni siquiera advertiríamos que estábamos a punto de morir hasta que la cometa se precipitara al mar de ácido.

Caímos en las nubes, pero eran las nubes monzónicas, las nubes de vapor de agua, las nubes respirables. Los tres volábamos a la menor distancia posible, vela azul, vela amarilla, vela verde, casi tocándonos, más temerosos de perdernos y morir a solas que de chocarnos y caer juntos.

Aenea y yo teníamos las hebras de comunicaciones, pero sólo nos hablamos una vez durante ese emocionante descenso. La niebla estaba más tupida, y yo apenas veía su ala amarilla a mi izquierda, y pensaba: *Tuvo un hijo, se casó con otro, amó a otro.* Entonces oí la voz en mi traje.

—Raul.

—Sí, pequeña.

—Te amo, Raul.

Vacilé un segundo, pero el vacío emocional que me había succionado un instante antes desapareció en un torrente de afecto por mi joven amiga y amante.

—Y yo a ti, Aenea.

Descendimos en el aire turbio. Creí detectar un olor acre en el viento. ¿El linde de las nubes de fosgeno?

—¿Pequeña?

—Sí, Raul.

Su voz era un susurro en mis oídos. Ambos nos habíamos quitado la máscara osmótica, aunque podía protegernos del fosgeno. No sabíamos si A. Bettik podía respirar ese veneno. Si no podía, el tácito plan era cerrarnos la máscara con la esperanza de llegar al borde de la montaña antes de tocar el mar de ácido y sacar al androide del aire venenoso. Ambos sabíamos que era un plan endeble. Durante mi descenso inicial el radar de la nave me había mostrado que la mayoría de los montes caían a pico bajo la capa de fosgeno y a los pocos minutos de entrar en las nubes venenosas nos precipitaríamos al mar, pero era mejor tener un plan que sucumbir al destino. En el ínterin, ambos estábamos sin máscara, respirando aire fresco mientras podíamos.

—Pequeña, si sabes que esto no dará resultado, si has visto lo que crees es...

—¿Mi muerte? —concluyó ella. Yo no podría haberlo dicho en voz alta.

Asentí estúpidamente. Ella no podía verme a través de las nubes.

—Son sólo posibilidades, Raul. Aunque la que conozco como probabilidad mayor no es ésta. No te preocupes. No os habría pedido que vinierais conmigo si hubiera pensado eso.

—Lo sé —dije, alegrándome de que A. Bettik no pudiera oír esta conversación—. No pensaba en ello. —Había pensado que tal vez ella supiera que el androide y yo terminaríamos el viaje, pero ella no. Ahora no lo creía. Mientras mi destino siguiera enlazado con el suyo, podía aceptar cualquier cosa—. Sólo me preguntaba por qué huíamos de nuevo, pequeña. Estoy harto de huir de Pax.

—También yo. Créeme, Raul, eso no es todo lo que estamos haciendo. ¡Oh, mierda!

No es una cita memorable, tratándose de una mesías, pero pronto vi por qué gritaba. Una ladera rocosa había aparecido a veinte metros, y había grandes peñas entre cuestas de esquisto, y escarpas abruptas más abajo. A. Bettik encabezó el descenso, tirando de la barra de control, liberando las piernas de los aparejos y usando la cometa como paracaídas. Rebotó dos veces y bajó la cometa rápidamente, quitándose el arnés. Lhomo nos había mostrado que en lugares peligrosos y ventosos era importante desprenderse rápidamente de la paravela para no ser arrastrado. Y este lugar era definitivamente peligroso.

Aenea aterrizó en segundo lugar, y yo pocos segundos después. Mi aterrizaje fue el más torpe. Boté, rodé, me torcí el tobillo entre las piedras, caí de rodillas mientras la paravela chocaba contra una roca, curvando el metal y desgarrando la tela. La cometa trató de echarme hacia atrás, arrastrándome al fondo tal como Lhomo me había advertido, pero A. Bettik aferró las varillas de la izquierda, Aenea cogió el travesaño derecho un segundo después y lo estabilizaron el tiempo suficiente para que yo me librara del arnés y me alejara de ese destrozo, llevando mi mochila.

Aenea se arrodilló en las frías y húmedas rocas, aflojándome la bota y estudiando el tobillo.

—No creo que la torcedura sea grave —dijo—. Puede hincharse un poco, pero podrás caminar.

—Bien —dije estúpidamente, sólo consciente del contacto de sus manos con mi tobillo. Me sobresalté cuando me roció con un líquido frío de su kit médico.

Ambos me ayudaron a incorporarme. Juntamos nuestros bártulos y echamos a andar cuesta arriba cogidos del brazo, hacia donde resplandecían las nubes.

Subimos hacia la luz del sol en las cuestas sagradas de T'ai Shan. Yo me había quitado la capucha y la máscara del dermotraje, pero Aenea sugirió que me dejara el traje. Me puse la chaqueta térmica para sentirme menos desnudo, y noté que mi amiga hacía lo mismo. A. Bettik se frotaba los brazos y noté que el frío de esas alturas le había dejado la carne casi blanca.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté.

—Bien, M. Endymion. Aunque unos minutos más a esa altitud...

Miré las nubes donde habíamos abandonado las cometas.

—Supongo que no bajaremos de esta colina con las paravelas.

—Correcto —dijo Aenea—. Mira.

Habíamos salido de las rocas y cuestas de esquisto a unas vegas entre altos peñascos, prados entrecruzados por sendas de cigocabra y piedras. Arroyos helados saltaban sobre rocas, pero había puentes hechos de losas. Algunos pastores lejanos nos habían observado impasiblemente mientras subíamos. Ahora doblamos un recodo y miramos lo que sólo podían ser templos de piedra blanca sobre almenas grises. Los relucientes edificios —brillantes bajo la extensión de hielo blanco azulado y las cuestas de nieve que se extendían hasta perderse de vista en el cénit azul— parecían altares. Aenea señaló una gran piedra blanca junto al sendero, con este poema tallado en su cara lisa:

¿Con qué he de comparar el Gran Pico?
Su azulado verdor nunca se pierde de vista en las provincias circundantes.
Imbuido por el Forjador de Formas con el raudo poder de la divinidad,
bañado de sol y sombra, con sus cuestas divide el día de la noche.
Jadeando trepo hacia las nubes,
siguiendo con los ojos el vuelo de las aves.
un día llegaré a su cumbre incomparable,
y de un solo vistazo miraré todos los montes.

Tu Fu, dinastía T'ang,
China, Vieja Tierra.

Y así entramos en Tai’an, la Ciudad de la Paz. En las cuestas había veintenas de templos, cientos de tiendas, tabernas y hogares, un sinfín de pequeños altares y una bulliciosa calle llena de puestos cubiertos de toldos de lona brillante. La gente era encantadora —una palabra pobre, pero creo que es la única apropiada— y tenía cabello negro, ojos brillantes, dientes relucientes, piel saludable y orgullo y vigor en el porte y el andar. Las ropas eran de seda y algodón teñido, brillantes pero sencillas, y había muchos monjes de túnica anaranjada y roja. Habría comprendido que las multitudes nos mirasen con curiosidad —nadie visita Tai’an en los meses de los monzones—, pero todas las miradas que vi eran acogedoras y amables. Muchas personas saludaban a Aenea por el nombre y le tocaban la mano o la manga. Recordé que ella había visitado antes el Gran Pico.

Aenea señaló la gran lámina de roca blanca que cubría una ladera encima de la Ciudad de la Paz. En esa losa bruñida habían tallado lo que ella me explicó era el *Sutra del diamante* en enormes caracteres chinos: una de las obras centrales de la

filosofía budista, que recordaba al monje y al viandante la naturaleza última de la realidad tal como estaba simbolizada en el vacío cielo azul. Aenea también señaló la Primera Puerta Celestial del linde de la ciudad, un gigantesco arco de piedra bajo un rojo techo de pagoda, con el primero de los veintisiete mil escalones que conducían a la Cumbre de Jade. Increíblemente, nos esperaban. En la gran gompa del centro de la Ciudad de la Paz, más de mil doscientos monjes de túnica roja estaban sentados pacientemente con las piernas cruzadas, aguardando a Aenea. El lama residente la saludó con una profunda reverencia. Ella ayudó al hombre a incorporarse y lo abrazó, y A. Bettik y yo nos sentamos en un lado de la tarima baja mientras Aenea hablaba brevemente ante la expectante multitud.

—La primavera pasada dije que regresaría en esta época —dijo con voz clara—, y es grato a mi corazón veros de nuevo. Sé que aquellos que comulgaron conmigo durante mi última visita han descubierto lo que significa aprender el idioma de los muertos, aprender el idioma de los vivos y, en algunos casos, oír la música de las esferas. Pronto, os prometo, aprenderéis a dar ese primer paso.

»Éste es un día triste en muchos sentidos, pero nuestro futuro rebosa de cambio y optimismo. Me honra que me hayáis permitido ser vuestra maestra. Me honra que hayamos compartido la exploración de un universo que es inimaginablemente rico. —Hizo una pausa y nos miró a A. Bettik y a mí—. Estos son mis compañeros, mi amigo A. Bettik y mi amado Raul Endymion. Ellos han compartido todas las penurias del viaje más largo de mi vida, y compartirán la peregrinación de hoy. Cuando hoy partamos, pasaremos por las tres Puertas Celestiales, entraremos en la Boca del Dragón y, si así lo quieren Buda y los hados del caos, visitaremos a la Princesa de las Nubes Azules y veremos el Templo del Emperador de Jade.

Aenea hizo otra pausa y miró las cabezas rapadas y los ojos oscuros y brillantes. Vi que no se trataba de fanáticos religiosos, de sirvientes obtusos o de ascetas masoquistas, sino de jóvenes alertas, inteligentes, inquisitivos. Digo «jóvenes», pero entre los rostros lozanos y juveniles había muchos con barba gris y arrugas.

—Mi querido amigo, el lama, me ha dicho que hoy muchos desean compartir la comunión con el Vacío Que Vincula —dijo Aenea.

Un centenar de monjes de las filas delanteras se puso de rodillas.

Aenea asintió.

—Así será —murmuró. El lama trajo jarras de vino y copas de bronce. Antes de llenar las copas o pincharse el dedo para extraer sangre, Aenea dijo—: Pero antes de compartir esta comunión, debo recordaros que este cambio es físico, no espiritual. Vuestra búsqueda individual de Dios o la Iluminación debe seguir siendo eso... vuestra búsqueda individual. Este momento de cambio no traerá *satori* ni salvación. Sólo traerá cambio.

Mi joven amiga alzó un dedo, el dedo que iba a pinchar.

—En las células de mi sangre hay singulares configuraciones de ADN y ARN, junto con ciertos agentes virales que invadirán vuestro cuerpo, empezando por el revestimiento del estómago y terminando en cada célula del cuerpo. Estos virus invasores son somáticos, es decir, serán transmitidos a vuestros hijos.

»He enseñado a vuestros maestros, y ellos os han enseñado a vosotros, que estos cambios físicos os permitirán, con cierto adiestramiento, tocar más directamente el Vacío Que Vincula, aprendiendo así el idioma de los muertos y los vivos. Con el tiempo, con más experiencia y adiestramiento, podréis oír la música de las esferas y dar un paso hacia otra parte. —Alzó más el dedo—. Esto no es metafísica, queridos amigos. Es un agente viral mutante. Sabed que nunca podréis usar el cruciforme de Pax, ni podrán hacerlo vuestros hijos ni los hijos de sus hijos. Este cambio básico en el alma de vuestros genes y cromosomas os excluirá para siempre de esa forma de longevidad física.

»Esta comunión no os ofrece inmortalidad, queridos amigos. Asegura que la muerte sea nuestro final común. Insisto, no ofrezco vida eterna ni *satori* instantáneo. Si éstas son las cosas que buscáis, debéis hallarlas en vuestra propia búsqueda religiosa. Yo sólo ofrezco un ahondamiento de la experiencia humana de la vida y un contacto con los otros, humanos o no, que han compartido ese compromiso con el vivir. No habrá vergüenza si ahora cambiáis de parecer. Pero habrá deber, incomodidad y gran peligro para quienes compartan esta comunión y así se conviertan a su vez en maestros del Vacío Que Vincula, así como en portadores de este nuevo virus de la elección humana.

Aenea esperó, pero ninguno de los cien monjes se marchó. Todos permanecieron de rodillas, la cabeza gacha.

—Así sea —dijo Aenea—. Mis mejores deseos.

Y se pinchó el dedo, vertiendo una gota de sangre en cada copa de vino sostenida por el anciano lama.

En pocos minutos los cien monjes pasaron las copas por sus filas, bebiendo apenas un sorbo. Yo me levanté, resuelto a ir al extremo de una fila y participar en la comunión, pero Aenea me llamó con una seña.

—Todavía no, querido —me susurró al oído, tocándome el hombro.

Sentí la tentación de discutir —¿por qué se me excluía de esto?—, pero regresé junto a A. Bettik.

Me incliné para susurrarle al androide:

—Tú no has participado en esta comunión, ¿verdad?

El hombre azul sonrió.

—No, M. Endymion. Y nunca lo haré.

Estaba por preguntarle por qué, pero en ese momento la comunión terminó, los mil doscientos monjes se pusieron de pie, Aenea caminó entre ellos, hablando y

tocando manos, y por su mirada vi que era hora de partir.

Nemes, Scylla y Briareus miran al Alcaudón a través del puente colgante, sin cambiar de fase, mirando a su enemigo en tiempo real.

«Es ridículo —transmite Briareus—. Un coco infantil. Púas, espinas y dientes. Qué tontería.»

«Cuéntaselo a Gyges —responde Nemes—. ¿Listos?»

«Lista», dice Scylla.

«Listo», dice Briareus.

Los tres cambian de fase al unísono. Nemes ve que el aire se vuelve espeso, la luz un jarabe sepia, y sabe que aunque el Alcaudón ahora haga lo obvio —cortar los soportes del puente colgante— no importará: en tiempo rápido, el puente tardará siglos en empezar a caer, tiempo suficiente para que el terceto lo cruce mil veces.

Uno por uno, con Nemes a la cabeza, cruzan.

El Alcaudón no cambia de posición. Su cabeza no se mueve para seguirlos. Sus ojos rojos despiden un brillo opaco, como vidrio carmesí reflejando el crepúsculo.

«Aquí hay algo raro», transmite Briareus.

«Silencio —ordena Nemes—. No uséis la banda común a menos que yo abra el contacto.» Está a menos de diez metros del Alcaudón y la cosa aún no ha reaccionado. Nemes continúa hasta pisar piedra sólida. Su hermana la sigue, colocándose a su izquierda. Briareus salta del puente y se pone a la derecha de Nemes. Están a tres metros de la leyenda de Hyperion. El Alcaudón no se mueve.

Nemes pasa a tiempo real para hablarle a la estatua de cromo.

—Quítate del camino o serás destruido. Tus días han pasado. Hoy la niña será nuestra.

El Alcaudón no responde.

«Destruidlo», ordena Nemes a sus hermanos, cambiando de fase.

El Alcaudón desaparece, surcando el tiempo.

Nemes parpadea cuando la sacuden las ondas de choque temporal. Escudriña las inmediaciones con todo el espectro de su visión.

Aún hay algunos seres humanos en el Templo Suspendido en el Aire, pero el Alcaudón no está.

«Tiempo real», ordena y sus hermanos obedecen. El mundo resplandece, el aire se mueve, el sonido retorna.

—Encontradla —dice Nemes.

Scylla corre hacia el eje de la Noble Óctuple Vía de la Sabiduría y sube por la escalera hasta la plataforma del Entendimiento Recto. Briareus se dirige al eje de la Moralidad y brinca a la pagoda del Lenguaje Recto. Nemes coge la tercera escalera, la más alta, dirigiéndose a los pabellones de la Mentalidad Recta y la Meditación

Recta. Su radar muestra gente en el edificio más alto. Llega en pocos segundos, escrutando los edificios y la pared rocosa en busca de escondrijos. Nada. Hay una mujer joven en el pabellón de la Meditación Recta, y por un instante Nemes cree que la búsqueda ha terminado. Pero aunque tiene la misma edad de Aenea, no es ella. Hay otros en la elegante pagoda, una anciana a quien Nemes reconoce como la Marrana del Rayo, por la recepción del Dalai Lama, el heraldo y jefe de seguridad del Lama, Carl Linga William Eiheji, y el Dalai Lama en persona.

—¿Dónde está? —pregunta Nemes—. ¿Dónde está la que se hace llamar Aenea?

Antes de que los demás puedan hablar, el guerrero Eiheji desenfunda una daga y la arroja con la celeridad del rayo.

Nemes la elude fácilmente. Sin siquiera cambiar de fase, reacciona más rápidamente que los humanos. Pero cuando Eiheji saca una pistola de dardos, Nemes cambia de fase, camina hacia el hombre congelado, lo envuelve en su campo y lo arroja al abismo por la ventana. En cuanto Eiheji sale de su campo, parece flotar en el aire como un ave arrojada del nido, incapaz de volar pero reacia a caer.

Nemes se vuelve hacia el niño y cambia de fase. Detrás de ella, Eiheji cae con un grito.

El Dalai Lama queda boquiabierto. Para él y las dos mujeres presentes, Eiheji simplemente desapareció y reapareció en el aire, fuera del pabellón, como si se hubiera teleportado a su muerte.

—No puedes... —dice la vieja Marrana del Rayo.

—No está permitido... —comienza el Dalai Lama.

—No debes... —interviene la mujer que Nemes supone es Rachel o Theo, compatriotas de Aenea. Nemes no dice nada. Cambia de fase, camina hacia el niño, lo envuelve con su campo, lo levanta, lo lleva a la puerta abierta.

«Nemes», llama Briareus desde el pabellón del Esfuerzo Recto.

«¿Qué?»

En vez de verbalizar por la banda común, Briareus usa la energía extra para enviar una imagen visual. Congelada en el aire turbio, la llama de fusión sólida como una columna azul, una nave espacial desciende.

«Tiempo real», ordena Nemes.

Los monjes y el viejo lama nos dieron comida envuelta en un saco marrón. También le dieron a A. Bettik uno de esos anticuados trajes de presión que yo sólo había visto en el antiguo museo del espacio de Puerto Romance y nos ofrecieron otro par, pero Aenea y yo les mostramos los dermotrajes que llevábamos bajo la chaqueta térmica. Los mil doscientos monjes se volvieron para despedirnos en la Primera Puerta Celestial, y debía de haber otros dos o tres mil apretujándose y asomándose para vernos partir.

La gran escalera estaba vacía excepto por nosotros tres, que ahora subíamos fácilmente, A. Bettik con su casco claro echado hacia atrás como una cogulla, Aenea y yo con nuestras máscaras osmóticas levantadas. Cada escalón tenía siete metros de anchura pero poca altura, y el primer tramo fue bastante fácil, con una amplia terraza cada tantos escalones. Los escalones tenían calefacción interna, de modo que permanecían despejados mientras nos internábamos en la región de hielos y nieves perpetuas.

Al cabo de una hora habíamos llegado a la Segunda Puerta Celestial, una enorme pagoda roja con un arco de quince metros, e iniciamos un ascenso más empinado por la falla casi vertical conocida como Boca del Dragón. Aquí los vientos eran más intensos, la temperatura descendía abruptamente y el aire perdía densidad.

En la Segunda Puerta Celestial nos habíamos vuelto a poner los arneses, y nos enganchamos a una de las líneas que iban a lo largo de la escalera, ajustando la polea como para que sirviera de freno si caíamos o patinábamos. Poco después A. Bettik infló su casco y nos hizo una seña afirmativa mientras Aenea y yo sellábamos las máscaras osmóticas.

Seguimos subiendo hacia la Puerta Meridional del Cielo, que todavía estaba a un kilómetro, dejando el mundo atrás. Era la segunda vez en pocas horas que veíamos semejante panorama, pero esta vez podíamos apreciarlo con cierta tranquilidad. Cada trescientos escalones nos deteníamos para descansar, jadeando y contemplando la luz del atardecer en los grandes picos. Ya no veíamos Tai'an, la Ciudad de la Paz, que estaba a mil quinientos escalones y varios kilómetros de distancia, por debajo de los campos de hielo y paredes de roca por donde habíamos subido. Comprendí que las hebras de comunicaciones de los dermotrajes nos brindaban intimidad una vez más.

—¿Cómo estás, pequeña? —pregunté.

—Cansada —dijo Aenea, pero suavizó el comentario con una sonrisa.

—¿Puedes decirme adonde vamos?

—El Templo del Emperador de Jade. Está en la cumbre.

—Eso supuse —dije, apoyando un pie en el ancho escalón y subiendo el otro pie hasta el escalón siguiente. A esta altura la escalera atravesaba un saliente de roca y hielo. Sabía que si daba la vuelta para mirar, el vértigo me vencería. Esto era infinitamente peor que volar con paravelas—. ¿Pero puedes decirme por qué subimos al Templo del Emperador de Jade cuando todo se va al mismísimo demonio?

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a Nemes y los suyos, que tal vez nos estén persiguiendo. Es indudable que Pax intervendrá. Todo se desmorona. Y nosotros vamos en peregrinación.

Aenea asintió. El viento rugía ahora, mientras subíamos en medio de la turbulencia ascendente. Avanzábamos con la cabeza gacha y el cuerpo arqueado,

como cargando un fardo pesado. Me pregunté en qué pensaría A. Bettik.

—¿Por qué no llamamos a la nave y nos largamos de aquí? Si vamos a escabullimos, terminemos con esto.

Pude ver los oscuros ojos de Aenea detrás de la máscara, que reflejaba el azul profundo del cielo.

—Cuando la llamemos, dos docenas de naves de Pax se lanzarán sobre nosotros como cuervos —dijo Aenea—. No podemos hacerlo hasta que estemos listos.

Señalé la empinada escalera.

—¿Y subir por aquí nos preparará?

—Eso espero —dijo ella, respirando entrecortadamente.

—¿Qué hay aquí, pequeña?

Los tres nos detuvimos y jadeamos, demasiado agotados para apreciar la vista. Habíamos llegado al linde del espacio. El cielo era casi negro. Las estrellas más brillantes eran visibles y pude ver una de las lunas más pequeñas dirigiéndose al cénit. ¿O era una nave de Pax?

—No sé qué encontraremos, Raul —dijo Aenea con voz fatigada—. Vislumbro cosas, sueño cosas una y otra vez, pero después sueño lo mismo de otra manera. Detesto hablar de ello hasta ver qué realidad se presenta.

Di a entender que comprendía, pero era mentira. Reanudamos el ascenso.

—Aenea.

—Sí, Raul.

—¿Por qué no me dejas tomar la comunión?

Aenea hizo una mueca.

—Odio llamarla así.

—Lo sé, pero así la llaman todos. Al menos dime por qué no me dejas beber el vino.

—No es tiempo para ti, Raul.

—¿Por qué no? —De nuevo sentía furia y frustración, mezcladas con el amor que sentía por esa mujer.

—Sabes que hablo de cuatro pasos...

—Aprender el idioma de los muertos, aprender el idioma de los vivos... sí, sí. Conozco los cuatro pasos —dije con desdén, apoyando un pie muy real en un escalón de mármol muy físico y dando otro cansado paso en la interminable escalera.

Aenea sonrió ante mi ofuscación.

—Esas cosas suelen distraer a la persona que se enfrenta a ellas por primera vez —murmuró—. Ahora necesito toda tu atención. Necesito tu ayuda.

Eso tenía sentido. Extendí la mano para tocarla. A. Bettik nos miró y asintió con un gesto como si aprobara nuestro contacto. Recordé que él no podía haber oído nuestra transmisión.

—Aenea, ¿eres la nueva mesías?

Aenea suspiró.

—No, Raul. Nunca dije que fuera una mesías. Nunca quise serlo. Ahora soy sólo una mujer cansada. Tengo una jaqueca demoledora y punzadas. Es el primer día de mi regla.

Debe haber visto mi expresión de asombro. *Caray*, pensé. *No todos los días te encuentras con una mesías para enterarte de que sufre dolores menstruales.*

Aenea rió entre dientes.

—No soy la mesías, Raul. Sólo fui escogida para ser La Que Enseña. E intentaré hacerlo... mientras pueda.

Algo en esa frase me provocó un nudo en el estómago.

—De acuerdo —dije.

Llegamos al escalón trescientos y nos detuvimos, jadeando con mayor dificultad. Miré hacia arriba. Todavía no veía la Puerta Meridional del Cielo. Aunque era mediodía, el cielo estaba negro como en el espacio. Mil estrellas refulgían, titilando apenas. Noté que el rugido del viento había cesado. T'ai Shan era el pico más alto de T'ien Shan, y llegaba hasta los límites de la atmósfera. De no ser por los dermotrajes, nuestros ojos, tímpanos y pulmones habrían reventado como globos. Nuestra sangre estaría hirviendo. Nuestro...

Traté de pensar en otra cosa.

—De acuerdo —dije—, pero si fueras la mesías, ¿cuál sería tu mensaje para la humanidad?

Aenea rió de nuevo, pero noté que era una risa reflexiva, no burlona.

—Si tú fueras un mesías, ¿cuál sería tu mensaje?

Solté una carcajada. A. Bettik no pudo haberme oído en el cuasi-vacío que nos separaba, pero debe haber visto que echaba la cabeza hacia atrás, pues me miró con curiosidad. Lo saludé con la mano y le respondí a Aenea:

—No tengo la menor idea.

—Exacto. Cuando yo era niña, quiero decir muy niña, antes de conocerte... sabía que tendría que vérmelas con estas cosas... siempre me preguntaba qué mensaje le daría a la humanidad. Al margen de aquello que sabía que debía enseñar. Algo profundo. Una especie de Sermón de la Montaña.

Miré en torno. No había hielo ni nieve a esta altura. Los escalones claros y blancos subían entre rocas negras y empinadas.

—Bien, ya tienes la montaña.

—Sí —dijo Aenea, de nuevo con voz fatigada.

—¿Y qué mensaje se te ha ocurrido? —insistí, más para distraerla que para oír la respuesta. Hacía rato que ella y yo no conversábamos.

Vi su sonrisa.

—Trabajé en ello —dijo al fin—, tratando de que fuera tan breve e importante como el Sermón de la Montaña. Luego comprendí por qué no funcionaba... Era como el tío Martin en su época de poeta maniático, tratando de ser Shakespeare... así que decidí que mi mensaje sería más breve.

—¿Cuan breve?

—Lo reduje a treinta y cinco palabras. Demasiado largo. Luego a veintisiete. Aún demasiado largo. Al cabo de unos años lo reduje a diez. Todavía largo. Al fin lo reduje a tres palabras.

—¿Tres palabras? ¿Y cuáles son?

Habíamos llegado al siguiente descanso, el escalón siete mil trescientos o algo así. Nos detuvimos con gratitud. Me encorvé para apoyar las manos sobre las rodillas y procuré contener la náusea. Era de mala educación vomitar en una máscara osmótica.

—¿Cuáles son? —repetí cuando hube recobrado el aliento, y pude oír la respuesta por encima de las palpitaciones de mi corazón y el silbido de mis pulmones.

—Elige de nuevo —dijo Aenea.

Reflexioné un instante.

—¿Elige de nuevo? —repetí.

Aenea sonrió. Había recobrado el aliento y contemplaba ese paisaje vertical que yo temía mirar. Parecía estar disfrutándolo. En ese momento sentí el tierno impulso de arrojarla al precipicio. ¡La juventud! A veces es insufrible.

—Elige de nuevo —dijo con firmeza.

—¿Podrías explayarte un poco?

—No —dijo Aenea—. Ésa es la idea. Mantenerlo simple. Pero nombra una categoría y entenderás.

—Religión —dije.

—Elige de nuevo —dijo Aenea.

Me reí.

—No bromeo del todo, Raul.

Reanudamos el ascenso. A. Bettik parecía sumido en sus pensamientos.

—Lo sé, pequeña —dije, aunque antes no estaba tan seguro—. Categorías... eh... sistemas políticos.

—Elige de nuevo.

—¿No crees que Pax representa la máxima evolución de la sociedad humana? Ha traído la paz interestelar, un gobierno bastante bueno... inmortalidad para sus ciudadanos.

—Es hora de elegir de nuevo. Y hablando de nuestras visiones de la evolución...

—¿Qué?

—Elige de nuevo.

—¿Elegir de nuevo qué? ¿El rumbo de la evolución?

—No. Me refiero a la idea de que la evolución tenga un rumbo. La mayoría de nuestras teorías sobre la evolución, llegado el caso.

—¿Entonces no estás de acuerdo con el papa Teilhard... ese peregrino de Hyperion, el padre Duré... cuando hace tres siglos dijo que Teilhard de Chardin tenía razón, que el universo evolucionaba hacia la conciencia y una conjunción con la Deidad? ¿Lo que él llamaba el Punto Omega?

Aenea me miró.

—Leíste mucho en la biblioteca de Taliesin, ¿verdad?

—Sí.

—No, no estoy de acuerdo con Teilhard, ni con el jesuita original ni con el papa. Mi madre conoció al padre Duré y al farsante actual, el padre Hoyt.

Pestañeé. Supongo que lo sabía, pero recordar esa realidad... los contactos de mi amiga a través de los tres últimos siglos... eso me desconcertaba un poco.

—De un modo u otro —continuó Aenea—, la ciencia evolutiva se ha estancado en el último milenio. Primero el Núcleo se opuso activamente a esas investigaciones porque temía la ingeniería genética diseñada por humanos, una explosión de nuestra especie en variaciones inservibles para los parásitos del Núcleo. Durante siglos la Hegemonía ignoró la evolución y las biociencias por influencia del Núcleo, y ahora Pax siente terror de ello.

—¿Porqué?

—¿Por qué Pax siente terror de la investigación biológica y genética?

—No, creo entender eso. El Núcleo quiere mantener a los seres humanos en la forma que les resulta conveniente, y lo mismo quiere la Iglesia. Definen a los seres humanos contando brazos, piernas y demás. ¿Pero por qué redefinir la evolución? ¿Por qué reanudar la discusión acerca de su rumbo o falta de rumbo? ¿La teoría antigua no se sostiene?

—No —dijo Aenea. Escalarnos varios minutos en silencio—. Salvo por místicos como el Teilhard original, la mayoría de los primeros científicos de la evolución procuraban no pensar en «objetivos» ni «propósitos». Eso era religión, no ciencia. La mera idea de un rumbo era anatema para los científicos pre-Hégira. Sólo podían hablar de «tendencias» de la evolución, caprichos estadísticos recurrentes.

—¿Entonces?

—Era un prejuicio miope, así como el de Teilhard de Chardin era su fe. Hay rumbos de la evolución.

—¿Cómo lo sabes? —murmuré, dudando de que me respondiera.

Respondió al instante.

—Algunos datos que vi antes de nacer, a través de los contactos de mi padre cíbrido con el Núcleo. Las inteligencias autónomas han comprendido la evolución

humana durante siglos, aun si los humanos permanecían en la ignorancia. Como hiperhiperparásitos, las IAs sólo evolucionan hacia un mayor parasitismo. Sólo pueden mirar las criaturas vivientes y su curva evolutiva y observarla... o tratar de detenerla.

—¿Y hacia dónde se dirige la evolución? ¿Hacia una mayor inteligencia? ¿Hacia una mente de colmena, una mente colectiva con poderes divinos? —Sentía curiosidad por su percepción de los leones y tigres y osos.

—Mente de colmena. Puaj. ¿No se te ocurre nada más aburrido ni desagradable?

No dije nada. Había supuesto que ésta era la dirección de sus enseñanzas en cuanto al idioma de los muertos y todo eso. Decidí escuchar mejor la próxima vez que ella enseñara.

—Casi todo lo interesante de la experiencia humana es resultado de experiencias, experimentos, explicaciones y comuniones individuales —dijo mi joven amiga—. Una mente de colmena sería como las antiguas emisiones televisivas, o la vida en la cumbre de la esfera de datos... una idiotez consensual.

—De acuerdo —dije, aún confundido—. ¿Hacia dónde se dirige la evolución?

—Hacia más vida. La vida gusta de la vida. Es así de simple. Pero, más asombrosamente, la no-vida también gusta de la vida... y quiere participar de ella.

—No entiendo.

—En la Tierra pre-Hégira, en la década de 1920, hubo un geólogo de un estado-nación llamado Rusia que comprendía estas cosas. Se llamaba Vladimir Vernadsky y acuñó el término «biosfera», el cual, si las cosas suceden como creo, pronto cobrará un nuevo sentido para nosotros dos.

—¿Porqué?

—Ya lo verás, amigo mío —dijo Aenea, tocando mi mano enguantada con su mano enguantada—. De todos modos, Vernadsky escribió en 1926: «Los átomos, una vez atraídos al torrente de la materia viva, no la abandonan de buena gana.»

Pensé en ello un momento. No tenía muchos conocimientos científicos —lo poco que sabía se lo debía a Grandam y la biblioteca de Taliesin— pero esto tenía sentido.

—Hace mil doscientos años se expresó en forma más científica en la Ley de Dollo. La esencia es que la evolución no retrocede... las excepciones como la ballena de Vieja Tierra, tratando de convertirse de nuevo en pez después de vivir como mamífero terrestre, son precisamente eso... raras excepciones. La vida avanza... continuamente encuentra nuevos nichos para invadir.

—Sí. Como cuando la humanidad abandonó Vieja Tierra en sus naves sembradoras y vehículos Hawking.

—No así en realidad. Ante todo, lo hicimos prematuramente, por influencia del Núcleo y porque la Vieja Tierra agonizaba con un agujero negro en el vientre... también obra del Núcleo. En segundo lugar, con las naves Hawking, pudimos saltar

por nuestro brazo de la galaxia para encontrar mundos similares a la Tierra, altos en la escala Solmev, la mayoría de los cuales igual terraformamos y poblamos con formas de vida terrícolas, empezando con bacterias del suelo y lombrices, hasta llegar a los patos que cazabas en los marjales de Hyperion.

Asentí, pero tenía mis reservas. *¿De qué otro modo pudimos arreglarnos como especie que se aventuraba en el espacio? ¿Qué tenía de malo ir a sitios que olieran y se parecieran a nuestro hogar, sobre todo cuando no había hogar al cual volver?*

—Hay algo más interesante en las observaciones de Vernadsky y la Ley de Dollo —dijo Aenea.

—¿Qué es, pequeña? —pregunté, todavía pensando en patos.

—La vida no retrocede.

—¿En qué sentido? —pregunté, y lo comprendí en cuanto hice la pregunta.

—Sí —dijo mi amiga, viendo que yo entendía—. En cuanto la vida logra afincarse en un sitio, se queda allí. No importa el lugar... el frío ártico, el desierto escarchado de Marte, fuentes termales, una ladera abrupta como en T'ien Shan, incluso en programas de inteligencia autónoma... Una vez que la vida pisa el umbral, se queda allí para siempre.

—¿Y cuáles son las implicaciones?

—Muy sencillas. La vida, librada a sus propios recursos, que son recursos muy ingeniosos, un día llenará el universo. Empezará por una galaxia verde, y luego pasará a cúmulos y galaxias vecinas.

—Es una idea perturbadora.

Me miró extrañada.

—¿Por qué, Raul? Creo que es hermosa.

—He visto planetas verdes. Una atmósfera verde es imaginable, pero extraña.

Ella sonrió.

—No tienen que ser sólo plantas. La vida se adapta... aves, hombres y mujeres en máquinas voladoras, tú y yo en paravelas, gente adaptada al vuelo...

—Eso no ha sucedido aún. Pero me refería a que... bien, para tener una galaxia verde, gente y animales y...

—Y máquinas vivientes. Y androides, vida artificial en mil formas...

—Sí, gente, animales, máquinas, androides, lo que sea... tendrían que adaptarse al espacio... no veo cómo...

—Lo hemos hecho. Y otros lo harán en poco tiempo. —Llegamos al próximo escalón de descanso y nos detuvimos.

—¿Qué otros rumbos hay en la evolución que hayamos ignorado? —dije cuando reanudamos el ascenso.

—Incremento de la diversidad y complejidad. Los científicos han discutido sobre estos rumbos durante siglos, pero no hay duda de que con el tiempo la evolución

favorece ambos atributos. Y entre ambos, la diversidad es el más importante.

—¿Por qué? —pregunté. Aenea debía estar harta de mis «por qué». Hasta yo me daba cuenta de que parecía un niño de tres años.

—Los científicos pensaban que los diseños evolutivos básicos seguían multiplicándose —dijo Aenea—. Eso se llama disparidad. Pero resultó ser que no era así. La variedad en los planes básicos tiende a disminuir a medida que aumenta el potencial antientrópico de la vida, la evolución. Mira a todos los huérfanos de Vieja Tierra, por ejemplo... el mismo ADN, desde luego, pero también los mismos planos básicos: formas con entrañas tubulares, simetría radial, ojos, bocas para alimentarse, dos sexos... casi todo en el mismo molde.

—Pero dijiste que la diversidad era importante.

—Lo es. Pero diversidad no es lo mismo que disparidad sobre un plan básico. Una vez que la evolución obtiene un buen diseño básico, suele desechar las variantes y concentrarse en la inagotable diversidad de ese diseño... miles de especies emparentadas... decenas de miles.

—Trilobites —dije, comprendiendo.

—Sí, y cuando...

—Escarabajos. Todas esas malditas especies de escarabajos.

Aenea sonrió.

—Precisamente. Y cuando...

—Bichos. Cada mundo donde he estado tiene los mismos enjambres de malditos bichos. Mosquitos. Un sinfín de...

—Has comprendido —dijo Aenea—. La vida pasa a otra etapa cuando el plan básico de un organismo está establecido y se abren nuevos nichos. La vida se afinca en esos nuevos nichos ajustando la diversidad dentro de la forma básica de esos organismos. Nuevas especies. Miles de nuevas especies de plantas y animales han surgido tan sólo en este milenio, desde que empezó el vuelo interestelar... y no todas son producto de la bioingeniería. Algunas simplemente se adaptaron rápidamente a los nuevos mundos terraformes donde las arrojaron.

—Los triálamos —dije, recordando Hyperion—. Los siempreazules. La raíz hembrabosque. ¿Los árboles tesla?

—Eran nativos —dijo Aenea.

—Así que la diversidad es buena —dije, tratando de volver al origen de la conversación.

—La diversidad es buena —convino Aenea—. Como te decía, permite que la vida pase a otra etapa y continúe con la terca tarea de hacer verde el universo. Pero hay por lo menos una especie de Vieja Tierra que no se ha diversificado tanto, al menos no en los mundos que colonizó.

—Nosotros. Los humanos.

Aenea asintió.

—Nos hemos atascado en una sola especie desde que nuestros antepasados Cro-Magnon contribuyeron a eliminar a los despabilados Neanderthal. Ahora es nuestra oportunidad de diversificarnos rápidamente, y las instituciones como la Hegemonía, Pax y el Núcleo lo están impidiendo.

—¿La necesidad de diversidad se extiende a las instituciones humanas? ¿Las religiones? ¿Los sistemas sociales? —Estaba pensando en la gente que me había ayudado en Vitus-Gray-Balianus B, Dem Ria, Dem Loa y sus familias. Estaba pensando en la Hélice del Espectro de Amoiete y sus complejas y rebuscadas creencias.

—Sin duda —dijo Aenea—. Mira allá.

A. Bettik se había detenido ante una losa de mármol donde estaban talladas estas palabras en chino e inglés de la Red:

El alto Pico Oriental
raudo se eleva al cielo azul.
Entre las rocas, una oquedad,
secreta, muda, misteriosa,
sin tallas ni cinceladuras,
protegida por natural techo de nubes.

¿Qué cosa sois, tiempo y estaciones,
que a mi vida traéis cambio incesante?
Me alojaré por siempre en esta oquedad
donde primaveras y otoños pasan inadvertidas.

TAO-YUN, esposa del general Wang Ningchih, 400 d.C.

Seguimos escalando. Creí ver algo rojo en lo alto del siguiente tramo de escaleras. ¿La Puerta Meridional del Cielo, la cuesta que conducía a la cima? Ya era hora.

—¿No era hermoso? —dije, refiriéndome al poema—. ¿La continuidad no es importante para las instituciones humanas tanto o más que la diversidad?

—Es importante —convino Aenea—. Pero es casi lo único que la humanidad ha hecho en el último milenio, Raul... recrear instituciones e ideas de Vieja Tierra en mundos diferentes. Mira la Hegemonía. Mira la Iglesia y Pax. Mira este mundo.

—¿T'ien Shan? Creo que es maravilloso.

—También yo. Pero todo es prestado. El budismo ha evolucionado un poco,

alejándose de la idolatría y del ritual para volver a la apertura mental que lo caracterizaba al principio, pero todo lo demás es un intento de recobrar cosas perdidas en Vieja Tierra.

—¿Como cuáles?

—Como el idioma, la indumentaria, los nombres de las montañas, las costumbres locales... diantre, Raul, incluso esta peregrinación y el Templo del Emperador de Jade, si alguna vez llegamos allí.

—¿Quieres decir que había un monte T'ien Shan en Vieja Tierra?

—Claro que sí. Con su Ciudad de la Paz, sus Puertas Celestiales y su Boca del Dragón. Confucio lo escaló hace más de tres mil años. Pero la escalera de Vieja Tierra sólo tenía siete mil escalones.

—Ojalá hubiéramos subido ésa —dije, pensando que ya no podía más. Los escalones eran cortos, pero eran muchísimos—. Pero entiendo a qué te refieres.

Aenea asintió con un gesto de la cabeza.

—Es maravilloso preservar la tradición, pero un organismo sano evoluciona, cultural y físicamente.

—Lo cual nos lleva de vuelta a la evolución. ¿Cuáles son las otras direcciones, tendencias, objetivos que hemos ignorado en los últimos siglos?

—Hay sólo unas pocas más. Una es la creciente cantidad de individuos. A la vida le gusta que haya un sinfín de especies, pero ama aún más que haya un sinfín de individuos. En cierto sentido, el universo está sintonizado para los individuos. En la biblioteca de Taliesin había un libro llamado *Sistemas jerárquicos evolutivos*, de un tío de Vieja Tierra llamado Stanley Salthe. ¿Lo viste?

—No, debo habérmelo perdido cuando leía esas novelas holoporno de principios del siglo veintiuno.

—Ya —dijo Aenea—. Bien, Salthe lo expresó con mucha elegancia: «Una cantidad indefinida de individuos singulares puede existir en un mundo material finito si unos anidan dentro de otros y ese mundo se está expandiendo.»

—Si unos anidan dentro de otros —repetí, pensando en ello—. Sí, entiendo. Como las bacterias de Vieja Tierra en nuestras tripas, y los paramecios que hemos llevado al espacio, y las demás células de nuestro cuerpo... más mundos, más gente... sí.

—La clave es más gente. Tenemos cientos de miles de millones, pero entre la Caída y Pax, la población humana real de la galaxia, sin contar los éxters, se ha reducido en los últimos siglos.

—Bien, el control de natalidad es importante —dije, repitiendo lo que nos enseñaban en Hyperion—. Sobre todo si el cruciforme es capaz de mantener viva a la gente durante siglos...

—Exacto. La inmortalidad artificial trae más estancamiento físico y cultural. Se

da por sentada.

Fruncí el ceño.

—Pero eso no es motivo para negar a la gente la oportunidad de una vida más prolongada, ¿verdad?

Aenea habló con voz distante, como si pensara en algo mucho más amplio.

—No —dijo al fin—. En sí mismo no.

—¿Cuáles son los rumbos evolutivos? —pregunté, viendo que la pagoda roja estaba más cerca y esperando que la conversación me salvara de caer exhausto y rodar por los veinte mil escalones que habíamos subido.

—Sólo quedan tres dignos de mención. Mayor especialización, mayor codependencia y mayor potencialidad evolutiva. Todos son importantes, pero sobre todo el último.

—¿En qué sentido, pequeña?

—Quiero decir que la evolución misma evoluciona. Es necesario. La potencialidad evolutiva es en sí un rasgo de supervivencia heredado. Los sistemas, vivientes o no, tienen que aprender a evolucionar y, en cierto modo, controlar la dirección y el ritmo de su evolución. Nosotros, la especie humana, estábamos a punto de hacerlo hace mil años, y el Núcleo nos lo arrebató. Al menos a la mayoría.

—¿Qué significa «la mayoría»?

—Prometo que lo verás dentro de pocos días, Raul.

Llegamos a la Puerta Meridional del Cielo y traspusimos la entrada, un arco rojo bajo un techo curvo y dorado. Más allá estaba la Vía Celestial, una suave cuesta que conducía a una cima apenas visible. La Vía Celestial era sólo una senda sobre roca negra y desnuda. Era como caminar en una luna sin aire, como la de Vieja Tierra. Aquí las condiciones para la vida eran casi igualmente inhóspitas. Iba a decirle a Aenea que éste era un nicho donde la vida no se había afincado cuando ella echó a andar hacia un templete de piedra en medio de escarpadas rocas y fisuras, a pocos cientos de metros de la cumbre. Había una cámara de presión que parecía tan antigua como si procediera de una de las primeras naves sembradoras. Asombrosamente, funcionaba. Aenea la activó y los tres permanecimos dentro hasta que terminó su ciclo y se abrió la puerta interna. Entramos.

Era una habitación pequeña, casi desnuda salvo por una maceta de bronce con flores frescas, algunas ramitas verdes sobre una tarima baja y una bella estatua —otrora dorada— de una mujer en tamaño natural, con una túnica que parecía hecha de oro. La mujer tenía mejillas mofletudas y semblante agradable, una especie de Buda femenino; parecía usar una corona de hojas y detrás de la cabeza tenía una aureola de oro remachado, extrañamente cristiana.

A. Bettik se quitó el casco.

—El aire es bueno. La presión es sumamente adecuada.

Aenea y yo nos quitamos la capucha de los dermotrajes. Era un placer respirar regularmente. Había velas de incienso y una caja de cerillas al pie de la estatua. Aenea se arrodilló y encendió una vela con una cerilla. El olor del incienso era muy fuerte.

—Esta es la Princesa de las Nubes Azules —dijo, sonriéndole al rostro sonriente —. La diosa del alba. Al encender esto, acabo de hacer una ofrenda para que nazcan nietos.

Yo iba a sonreír, pero me contuve. *Ella tiene un hijo. Mi amada ya ha tenido un hijo*. Se me cerró la garganta y desvié los ojos, pero Aenea se me acercó y me cogió el brazo.

—¿Comemos? —preguntó.

Me había olvidado de nuestro envoltorio marrón. Sería difícil comer con los cascos y las máscaras osmóticas.

Nos sentamos en esa penumbrosa habitación sin ventanas, en medio del humo flotante y el aroma del incienso, y comimos los emparedados preparados por los monjes.

—¿Adonde vamos ahora? —pregunté mientras Aenea abría la puerta de la cámara de presión.

—He oído que en el linde oriental de la cima hay un precipicio llamado Peñasco del Suicidio —dijo A. Bettik—. Era un lugar de sacrificios. Se dice que al saltar desde allí se obtiene una comunión instantánea con el Emperador de Jade y se asegura la concesión de nuestros deseos. Si realmente quieres tener nietos, podrías saltar.

Miré atónito al androide. Nunca sabía si tenía sentido del humor o sólo una personalidad retorcida.

Aenea se echó a reír.

—Vayamos primero al Templo del Emperador de Jade. Veamos si hay alguien.

Fuera, quedé impresionado por el aislamiento del dermotraje y por la claridad de los contornos. La máscara osmótica estaba opaca, pues el sol del mediodía no tenía filtros a esta altitud. Las sombras se recortaban con crudeza. Estábamos a cincuenta metros de la cima y del templo cuando una silueta salió de la negra sombra de una roca y nos cerró el paso. Pensé en el Alcaudón y tontamente adopté una actitud defensiva sin siquiera ver qué era.

Un hombre muy alto estaba ante nosotros, vestido con una vapuleada armadura de combate como la que usaban los infantes de Pax y los guardias suizos. Pude ver su rostro a través del visor blindado: tez negra, rasgos fuertes, cabello corto y blanco. Tenía cicatrices recientes y moradas en el rostro moreno. Sus ojos no eran amistosos. Portaba un rifle de asalto múltiple, y nos apuntó.

—¡Alto! —transmitió por la banda del dermotraje.

Nos detuvimos.

El gigante parecía indeciso. *Pax nos ha capturado al fin*, pensé.

Aenea avanzó un paso.

—¿Sargento Gregorius? —preguntó por la banda del dermotraje.

El hombre ladeó la cabeza pero no bajó el arma. Yo no dudaba que el rifle funcionaría perfectamente en el vacío: nube de dardos, lanza energética, haz de partículas, bala sólida, hipercinéticos. El cañón apuntaba al rostro de mi amada.

—¿Cómo sabes mi...? —murmuró el gigante, y luego pareció trastabillar—. Eres tú. Eres ella. La niña que buscamos tanto tiempo en tantos sistemas. Aenea.

—Sí —dijo Aenea—. ¿Hay más supervivientes?

—Tres —dijo el hombre que ella había llamado Gregorius. Señaló a la derecha y distinguí una cicatriz negra sobre roca negra, con los restos ennegrecidos de algo que parecía la cápsula de escape de una nave estelar.

—¿El padre capitán De Soya está entre ellos? —preguntó Aenea.

Recordé el nombre. Recordé la voz de De Soya en la radio de la nave de descenso, cuando nos había encontrado y salvado de Nemes, y luego nos había dejado en libertad en Bosquecillo de Dios, casi diez años atrás para él y para Aenea.

—Sí —dijo el sargento Gregorius—, el capitán está con vida, pero apenas. Ha sufrido quemaduras en el *Rafael*. Estaría tan destruido como la nave si no se hubiera desmayado, dándome la oportunidad de rescatarlo. Los otros dos están heridos, pero el padre capitán está muriendo. —Bajó el rifle y se apoyó en él fatigosamente—. Muriendo la muerte verdadera... no tenemos nicho de resurrección y el querido padre capitán me hizo prometer que lo pulverizaría después de su muerte, para impedir que resucitara hecho un imbécil sin voluntad.

Aenea asintió.

—¿Puedes llevarme a él? Necesito hablarle.

Gregorius cargó la pesada arma.

—¿Y estos dos...? —murmuró con suspicacia.

—Este es mi querido amigo —dijo Aenea, tocando el brazo de A. Bettik. Cogió mi mano—. Y él es mi amado.

El gigante asintió, dio media vuelta y nos condujo por la cuesta hacia el Templo del Emperador de Jade.

TERCERA PARTE

22

En Hyperion, a cientos de años-luz de T'ien Shan y más cerca del centro galáctico, un viejo olvidado se levantó del sueño sin sueños de la fuga criogénica prolongada y observó lentamente su entorno. Su entorno era una cama flotante, un conjunto de módulos de soporte vital que lo rodeaban y lo picoteaban como aves de rapiña, y un sinfín de tubos, cables y umbilicales que lo alimentaban, desintoxicaban su sangre, estimulaban sus riñones, combatían infecciones con antibióticos, controlaban sus signos vitales, invadían su cuerpo y su dignidad para revivirlo y mantenerlo con vida.

—Joder —resolló el viejo—, despertarse es una puñetera, inmunda y jodida pesadilla para los viejos terminales. Pagaría un millón de marcos tan sólo para levantarme de la cama e ir a orinar.

—Buenos días, M. Silenus —dijo la androide femenina que controlaba los signos vitales del viejo poeta en el biomonitor flotante—. Hoy parece estar de buen humor.

—Joder con estas zorras de piel azul —rezongó Martin Silenus—. ¿Dónde están mis dientes?

—Aún no han vuelto a crecer, M. Silenus —dijo la androide. Se llamaba A. Raddik y tenía poco más de tres siglos, menos de un tercio de la edad de la momia humana tendida en la cama flotante.

—No serán necesarios —masculló el viejo—. No estaré despierto el tiempo suficiente. ¿Cuánto tiempo estuve dormido?

—Dos años, tres meses, ocho días —dijo A. Raddik.

Martin Silenus miró el cielo que se extendía sobre la torre. El techo de lona del nivel superior de su torreón de piedra estaba descorrido. Azul lapislázuli. La luz del amanecer o del atardecer. El aleteo rutilante de radiantes espejines, con sus frágiles alas de mariposa de medio metro.

—¿Qué estación? —murmuró Silenus.

—Finales de primavera —dijo la androide. Otros criados de tez azul entraban y salían de la habitación circular, haciendo sus quehaceres. Sólo A. Raddik controlaba las últimas etapas del despertar del poeta.

—¿Cuánto hace que partieron? —No tenía que aclarar de quiénes hablaba. A. Raddik sabía que el viejo poeta se refería no sólo a Raul Endymion, el último visitante que habían tenido en la ciudad universitaria abandonada, sino a la niña Aenea, a quien Silenus había conocido tres siglos atrás y a quien esperaba ver de nuevo algún día.

—Nueve años, ocho meses, una semana, un día. Estándar, desde luego.

El viejo poeta gruñó y siguió mirando el cielo. La luz del sol penetraba en la lona desde el este, alumbrando la pared sur sin encandilarlo, pero el resplandor arrancaba lágrimas a sus antiguos ojos.

—Me he convertido en una criatura de las tinieblas —masculló—. Como Drácula. Levantándome de mi puñetera tumba cada tantos años para ver cómo anda el mundo de los vivos.

—Sí, M. Silenus —convino A. Raddik, cambiando varias configuraciones en el panel de control.

—Cállate, zorra —rezongó el poeta.

—Sí, M. Silenus.

—¿Cuánto falta para que pueda subir a mi silla flotante, Raddik? —gimió el viejo.

La androide lampiña frunció los labios.

—Dos días más, M. Silenus. Tal vez dos y medio.

—Infierno y maldición —murmuró Silenus—. La recuperación es más lenta cada vez. Una de estas veces no despertaré... las máquinas de fuga no me traerán de vuelta.

—Sí, M. Silenus —convino la androide—. Cada sueño frío es más duro para su organismo. El equipo resucitador y de soporte vital es viejo. Es verdad que usted no sobrevivirá a muchos despertares más.

—Oh, cierra el pico —gruñó Martin Silenus—. Eres una ramera morbosa y fúnebre.

—Sí, M. Silenus.

—¿Cuánto hace que estás conmigo, Raddik?

—Doscientos cuarenta y un años, once meses, diecinueve días. Estándar.

—¿Y todavía no has aprendido a preparar una taza de café decente?

—No, M. Silenus.

—Pero has puesto la cafetera, ¿verdad?

—Sí, M. Silenus. Siguiendo sus instrucciones.

—Bien.

—Pero no podrá ingerir líquidos oralmente hasta dentro de doce horas, M. Silenus.

—Diantre.

—Sí, M. Silenus.

Pareció que el viejo se volvía a dormir, pero a los pocos minutos dijo:

—¿Alguna noticia del chaval o la niña?

—No —dijo A. Raddik—. Pero hoy día sólo tenemos acceso a la red de comunicaciones de Pax que está dentro del sistema. Y sus nuevas encriptaciones son bastante buenas.

—¿Algún rumor?

—Nada que sepamos con certeza, M. Silenus. Pax tiene muchos problemas... revolución en muchos sistemas, inconvenientes en su cruzada contra los éxters, un movimiento constante de naves de guerra y transporte dentro de los límites de Pax. Y se habla del contagio viral, todo muy codificado y circunspecto.

—Contagio —dijo Martin Silenus, con una sonrisa desdentada—. La niña, supongo.

—Muy posible, M. Silenus, aunque también es posible que exista una peste vírica real en aquellos mundos donde...

—No —dijo el poeta, sacudiendo la cabeza violentamente—. Es Aenea. Y sus enseñanzas. Propagándose como la gripe de Pekín. Tú no recuerdas la gripe de Pekín, ¿eh, Raddik?

—No, señor —dijo la androide, terminando su verificación de lecturas y poniendo el módulo en automático—. Eso fue antes de mis tiempos. Fue antes de los tiempos de todos. Salvo de usted, señor.

Normalmente el poeta habría respondido con una obscenidad, pero en este caso se limitó a asentir.

—Lo sé. Soy una aberración, un fenómeno de circo. Pague dos céntimos y venga a ver al hombre más viejo de la galaxia, vea la momia que camina y habla, vea esa cosa repulsiva que se niega a morir. Una rareza, ¿eh, A. Raddik?

—Sí, M. Silenus.

El poeta gruñó.

—Bien, no te ilusiones, zorra azul. No pienso estirar la pata mientras no tenga noticias de Raul y Aenea. Debo terminar los *Cantos* y no sabré el final hasta que ellos lo creen. ¿Cómo sabré qué pensar mientras no vea qué hacen ellos?

—Precisamente, M. Silenus.

—No me des la razón, mujer azul.

—Sí, M. Silenus.

—El chaval... Raul... me preguntó cuáles eran sus órdenes hace casi diez años. Le dije... salvar a la niña Aenea... destruir Pax... destruir el poder de la Iglesia... y recobrar la Tierra desde donde diablos haya ido a parar. Dijo que lo haría. Desde luego, estaba borracho como una cuba, igual que yo.

—Sí, M. Silenus.

—¿Y bien? —preguntó el poeta.

—¿Y bien qué?

—Bien, ¿algún indicio de que haya hecho algo de lo que prometió, Raddik?

—Por las transmisiones de Pax de hace nueve años y ocho meses, sabemos que él y la nave del cónsul escaparon de Hyperion. Cabe esperar que la niña Aenea esté sana y salva.

—Sí, sí —murmuró Silenus, agitando la mano—, ¿pero ha destruido Pax?

—No lo hemos notado, M. Silenus. Existen los problemas menores que mencioné antes, y el turismo de los renacidos ha mermado un poco en Hyperion, pero...

—¿Y la jodida Iglesia todavía sigue en el negocio de los zombis? —preguntó el poeta, elevando un poco la voz aflautada.

—La Iglesia sigue predominando. Más habitantes de los brezales y las montañas aceptan el cruciforme cada año.

—Que les den por el culo —dijo el poeta—. Y supongo que la Tierra no ha vuelto a su lugar.

—No hemos tenido noticias de que sucediera algo tan improbable —dijo A. Raddik—. Por cierto, como dije antes, nuestro espionaje electrónico se limita a transmisiones dentro del sistema, y como la nave del cónsul se fue con M. Endymion y M. Aenea hace casi diez años, nuestras aptitudes de desciframiento no han...

—Ya, ya —protestó el viejo, de nuevo muy cansado—. Llévame a mi silla flotante.

—No hasta dentro de dos días, me temo —dijo la androide con dulzura.

—Orina hacia arriba —gruñó el viejo que flotaba entre tubos y sensores—. ¿Puedes llevarme a una ventana, Raddik? Por favor. Quiero ver los árboles chalma en primavera y las ruinas de esta vieja ciudad.

—Sí, M. Silenus —dijo la androide, sinceramente complacida de hacer algo por el viejo, aparte de mantener su cuerpo en funcionamiento.

Martin Silenus miró por la ventana una hora entera, combatiendo contra los dolores del despertar y el abrumador afán de volver al estado de fuga. Era de mañana. Sus implantaciones de audio le retransmitían el canto de las aves. El viejo poeta pensó en su sobrina adoptiva, la niña que había decidido llamarse Aenea. Pensó en su querida amiga, Brawne Lamia, la madre de Aenea. Durante mucho tiempo habían sido enemigos; se habían odiado durante esa última peregrinación del Alcaudón, tanto tiempo atrás. Pensó en las historias que se habían contado y las cosas que habían visto: el Alcaudón en el Valle de las Tumbas de Tiempo, sus llameantes ojos rojos, el estudioso... ¿Cómo se llamaba? Sol. Sol y su mocosa en pañales, perdiendo años hasta desvanecerse... Y el soldado, el coronel Kassad. El viejo poeta nunca había simpatizado con los militares, todos le parecían papanatas, pero Kassad había contado una historia interesante, y había vivido una vida interesante. El otro sacerdote, Lenar Hoyt, era un mojigato y un lelo, pero el primero, el de los ojos tristes y el diario de cuero, Paul Duré... valía la pena escribir sobre ese hombre...

Martin Silenus se durmió de nuevo bajo la luz de la mañana, que bañaba sus incontables arrugas y su carne traslúcida y apergaminada, sus venas azules y palpitantes. No soñó, pero parte de su mente de poeta ya estaba preparando los próximos tramos de sus inconclusos *Cantos*.

El sargento Gregorius no exageraba. El padre capitán De Soya había sufrido graves quemaduras en la última batalla de su nave *Rafael*, y estaba al borde de la muerte.

El sargento nos había llevado al templo. El edificio era tan extraño como este encuentro. Fuera había una gran tablilla de piedra, un monolito liso. Aenea mencionó que se había traído de Vieja Tierra, que antes estaba frente al Templo del Emperador de Jade original, y nunca le habían puesto una inscripción durante sus miles de años en la senda de los peregrinos; dentro del patio sellado y presurizado del templo, una baranda de piedra giraba alrededor de una roca que era la cima de T'ien Shan, el sagrado Gran Pico del Reino Medio. Había pequeños dormitorios y comedores para los peregrinos en el fondo del enorme templo, y en una de esas habitaciones encontramos al padre capitán De Soya y los otros dos supervivientes. Estos eran Carel Shan, oficial de sistemas de armamentos, inconsciente y con graves quemaduras, y Hoagan Liebler, a quien Gregorius presentó como «ex» oficial ejecutivo del *Rafael*. Liebler era el menos herido de los cuatro. Tenía el antebrazo izquierdo quebrado y en cabestrillo, pero no tenía quemaduras ni otras lesiones. Tenía un aire taciturno, como si estuviera en estado de shock o tramando algo.

Aenea se dirigió al capitán Federico de Soya.

El sacerdote capitán estaba en uno de los incómodos catres para peregrinos. O bien Gregorius lo había desnudado hasta la cintura, o bien había perdido esa parte del uniforme con la explosión. Sus pantalones eran harapos. Tenía los pies descalzos. El único lugar del cuerpo donde no había quemaduras era el parásito cruciforme del pecho, de un color rosado saludable y repugnante. Había perdido el cabello y tenía la cara salpicada de quemaduras de metal líquido y cortes de radiación, pero noté que había sido un hombre apuesto, sobre todo por sus brillantes y turbados ojos castaños, ni siquiera enturbiados por el dolor que debía abrumarlo en ese momento. Alguien le había aplicado crema para quemaduras, dermosanadores temporales y desinfectante líquido en todas las partes visibles del cuerpo, iniciando un goteo con el kit médico del salvavidas, pero esto no cambiaría el desenlace. Yo había visto quemaduras como ésta, no todas de batallas espaciales. Tres amigos míos habían muerto en los combates de la Garra a las pocas horas, pues no habíamos podido evacuarlos. Sus alaridos habían sido insoportables.

El padre capitán De Soya no daba alaridos. Noté que procuraba no gritar de dolor, concentrándose en el terrible esfuerzo de guardar silencio. Aenea se arrodilló junto a él.

Al principio no la reconoció.

—¿Bettz? —murmuró—. ¿Oficial Argyle? No... tú moriste en tu puesto. Los otros también... Pol Denish... Elijah tratando de liberar el bote de popa... los soldados jóvenes cuando falló el casco de estribor... pero me resultas conocida.

Aenea iba a tomarle la mano, notó que a De Soya le faltaban tres dedos y apoyó la mano en la sábana manchada.

—Padre capitán —dijo suavemente.

—Aenea —dijo De Soya, mirándola de veras por primera vez—. Tú eres la niña... tantos meses... de persecución... te miré cuando saliste de la Esfinge. Niña increíble. Me alegra que hayas sobrevivido. —Posó los ojos en mí—. Tú eres Raul Endymion. Vi tu expediente de la Guardia Interna. Casi te alcancé en Mare Infinitus. —Una oleada de dolor lo barrió. El sacerdote capitán cerró los ojos y se mordió el abrasado y ensangrentado labio inferior. Al cabo de un instante abrió los ojos y me dijo—: Tengo algo tuyo. Equipo personal en el *Rafael*. El Santo Oficio me permitió conservarlo cuando finalizó la investigación. El sargento Gregorius te lo dará cuando yo haya muerto.

Asentí sin saber de qué hablaba.

—Padre capitán De Soya —susurró Aenea—. Federico, ¿puedes oírme y entenderme?

—Sí —murmuró el padre capitán—. Calmantes... le dije que no al sargento Gregorius... no quería dormirme para siempre. No rendirme así.

El dolor regresó. Vi que gran parte del cuello y el pecho de De Soya estaba cuarteado y escamado. Pus y líquido caían en las sábanas. El hombre cerró los ojos hasta que la marea de dolor cedió; esta vez tardó más tiempo. Pensé en cómo me había hecho sentir el cálculo renal. Traté de imaginar el tormento de este hombre y no pude.

—Padre capitán —dijo Aenea—, hay un modo en que puedes vivir.

De Soya sacudió la cabeza a pesar del dolor. Noté que tenía la oreja izquierda carbonizada. Una parte se desgranó en la almohada.

—¡No! —exclamó—. Se lo dije a Gregorius... no quiero resurrección parcial... un idiota, un idiota asexuado... —Una tos que podía ser una risotada, dientes tiznados—. Ya tuve bastante de eso siendo sacerdote. De todos modos... estoy cansado... cansado de... —Los dedos de su mano derecha, tocones ennegrecidos, rozaron la doble cruz rosada de su pecho descascarado—. Que esta cosa muera conmigo.

Aenea asintió.

—No hablaba de ser un renacido, padre capitán. Me refería a vivir. Ser curado.

De Soya trató de pestañear, pero sus párpados eran jirones chamuscados.

—No como prisionero de Pax... —atinó a decir con un jadeo entrecortado—. Me ejecutarán... lo merezco... maté a muchos inocentes... hombres... mujeres... en defensa de... amigos.

Aenea se inclinó para que él la mirase a los ojos.

—Padre capitán, Pax también nos busca a nosotros. Pero tenemos una nave. Tiene un autocirujano.

El sargento Gregorius se aproximó. El hombre llamado Carel Shan permanecía inconsciente. Hoag Liebler, al parecer perdido en sus propias cuitas, no reaccionó.

Aenea tuvo que repetirlo para que De Soya entendiera.

—¿Nave? —dijo el padre capitán—. ¿Esa antigua nave de la Hegemonía donde escapaste? No estaba armada, ¿verdad?

—No. Nunca lo estuvo.

De Soya sacudió de nuevo la cabeza.

—Debía haber cincuenta... naves... clase arcángel... que nos atacaron. Derribamos... algunas... el resto... aún allí. Imposible... llegar... a un punto de traslación... antes... —Cerró los párpados deshilachados cuando el dolor atacó de nuevo. Parecía que esta vez se lo llevaba. Regresó como desde un lugar distante.

—Está bien —susurró Aenea—. Yo me preocuparé por eso. Tú estarás en el automédico. Pero hay algo que debes hacer.

El padre capitán De Soya parecía demasiado cansado para hablar, pero movió la cabeza para escuchar.

—Tienes que renunciar al cruciforme —dijo Aenea—. Tienes que abandonar este tipo de inmortalidad.

El padre capitán movió los labios ennegrecidos.

—Con gusto... Pero lo lamento... no puedo... Una vez aceptado... el cruciforme... no se puede... abandonar.

—Sí —susurró Aenea—, se puede. Si eso eliges, yo puedo hacer que se vaya. Nuestro autocirujano es viejo. No podría curarte con el parásito cruciforme en el cuerpo. No tenemos nicho de resurrección en la nave...

De Soya le apretó la manga con la mano donde faltaban tres dedos.

—No importa... no importa si muero... sácalo. Moriré... como verdadero católico... si puedes ayudarme... sácalo. —Casi gritó la última palabra.

Aenea se volvió hacia el sargento.

—¿Tiene una copa o vaso?

—Hay una taza en el kit médico —dijo el gigante—. Pero no tenemos agua...

—Yo traje —dijo mi amiga, y sacó su frasco del cinturón.

Yo esperaba vino, pero era sólo el agua que habíamos embotellado antes de salir del Templo Suspendido en el Aire, tantas horas antes. Aenea no se molestó con emplastos de alcohol ni lancetas esterilizadas; me indicó que me acercara, sacó el cuchillo de caza de mi cinturón y se cortó las yemas de tres dedos en un rápido movimiento que me causó escalofríos. Su roja sangre fluyó. Aenea sumergió los dedos en la taza de plástico, que se llenó de hililllos carmesíes.

—Bebe esto —le dijo al padre capitán De Soya, ayudándole a levantar la cabeza.

El padre capitán bebió, tosió, bebió de nuevo. Cerró los ojos cuando ella le acomodó la cabeza en la almohada sucia.

—El cruciforme se irá dentro de veinticuatro horas —susurró mi amiga.

El padre capitán repitió ese sonido que parecía una risotada.

—Dentro de una hora estaré muerto.

—Dentro de quince minutos estarás en el automédico —le dijo Aenea, tocándole la mano buena—. Ahora duerme... pero no te mueras, Federico de Soya, no te mueras. Tenemos mucho de que hablar. Y debes prestarme un gran servicio... a mí... a nosotros.

El sargento Gregorius se acercó más.

—M. Aenea —dijo. Vaciló, intentó de nuevo—. M. Aenea, ¿puedo beber de esa agua?

Aenea lo miró.

—Sí, sargento... pero una vez que beba, nunca más podrá llevar un cruciforme. Nunca. No habrá resurrección. Y habrá otros efectos laterales.

Gregorius desechó toda discusión.

—He seguido a mi capitán durante diez años. Lo seguiré ahora.

El gigante bebió ávidamente el agua rosada.

De Soya tenía los ojos cerrados, y yo suponía que estaba dormido o inconsciente de dolor, pero los abrió y le dijo a Gregorius:

—Sargento, por favor entréguele a M. Endymion el paquete que sacamos del bote salvavidas.

—A la orden, capitán —dijo el gigante, y hurgó entre los trastos que había en un rincón. Me entregó un tubo cerrado de poco más de un metro de altura.

Miré al padre capitán. De Soya parecía oscilar entre el delirio y el shock.

—Lo abriré cuando él esté mejor —le dije al sargento.

Gregorius asintió, le llevó la taza a Carel Shan y derramó un poco de agua en la boca abierta del oficial inconsciente.

—Carel puede morir antes de que llegue esa nave —dijo el sargento—. ¿O la nave tiene dos automédicos?

—No —dijo Aenea—, pero el único que hay tiene tres compartimientos. Usted también podrá sanar sus heridas.

Gregorius se encogió de hombros. Se acercó al hombre llamado Liebler y le ofreció el vaso. El hombre delgado lo miró con indiferencia.

—Tal vez después —dijo Aenea.

Gregorius asintió y le entregó el vaso.

—El oficial ejecutivo era un prisionero a bordo —dijo—. Un espía. Un enemigo del capitán. Aun así, el padre capitán arriesgó su vida para sacar a Liebler de su celda... sufrió esas quemaduras al rescatarlo. Creo que Hoag no entiende lo que sucedió.

Liebler lo miró entonces.

—Entiendo lo que sucedió —murmuró—. Pero no lo entiendo.

Aenea se puso de pie.

—Raul, espero que no hayas perdido el disco de comunicaciones.

Hurgué en los bolsillos hasta encontrar el disco.

—Iré afuera y me comunicaré visualmente —dije—. Usaré la conexión del dermotraje. ¿Alguna instrucción para la nave?

—Dile que se dé prisa —dijo Aenea.

Nos costó llevar al semiconsciente De Soya y al inconsciente Carel Shan a la nave. No tenían traje espacial y fuera casi no había aire. El sargento Gregorius nos contó que había usado una esfera de transferencia inflable para sacarlos del salvavidas en ruinas, pero la esfera estaba averiada. Yo tenía quince minutos para resolver el problema, hasta que apareciera la nave sobre sus repulsores EM y su estela de fusión azul. Cuando llegó, le ordené que aterrizara frente a la cámara de presión del templo, que apoyara su rampa en la puerta de la cámara y extendiera su campo de contención alrededor de la puerta y la escalera. Luego sólo faltaba coger las camillas flotantes del compartimiento médico de la nave y trasladar a los hombres sin causarles demasiado daño. Shan permaneció inconsciente, pero De Soya perdió escamas de piel cuando lo trasladamos a la camilla. El padre capitán se movió y abrió los ojos pero no gritó.

A pesar de tantos meses en T'ien Shan, el interior de la nave del cónsul aún me resultaba familiar, pero como una casa donde uno ha vivido mucho tiempo atrás y que vuelve en un sueño recurrente. Una vez que De Soya y el oficial de armamentos estuvieron en el autodoc, fue extraño hallarme en el holofoso con su antiguo piano Steinway, con Aenea y A. Bettik, pero también con un gigante tiznado que empuñaba su arma de asalto y un caviloso oficial ejecutivo.

«Los autocirujanos han completado su diagnóstico —dijo la nave—. La presencia de los nódulos del parásito cruciforme imposibilita el tratamiento en este momento. ¿Termino con el tratamiento o inicio la fuga criogénica?»

—Fuga criogénica —dijo Aenea—. El automédico podrá operar dentro de veinticuatro horas. Hasta entonces, mantenlos vivos y en estasis.

«Afirmativo —dijo la nave—. ¿M. Aenea? ¿M. Endymion?»

—Sí —dije yo.

«¿Sabéis que fui rastreada por sensores de largo alcance cuando abandoné la tercera luna? Por lo menos treinta y siete naves de Pax se dirigen hacia aquí en este momento. Una ya está en órbita de este planeta y otra acaba de recurrir a la inusitada táctica de realizar un salto Hawking dentro del pozo de gravedad del sistema.»

—De acuerdo —dijo Aenea—. No te preocupes.

«Creo que se proponen interceptarnos y destruirnos —dijo la nave—. Y pueden

hacerlo antes de que salgamos de la atmósfera.»

—Lo sabemos —suspiró Aenea—. Repito, no te preocupes por ello.

«Afirmativo —dijo la nave con el tono más neutro que le había oído jamás—. ¿Destino?»

—La fisura que está seis kilómetros al este de Hsuan'k'ung Ssu. Al este del Templo Suspendido en el Aire. —Miró su reloj de pulsera—. Pero vuela a baja altura, nave. Dentro de las capas de nubes.

«¿Las nubes de fosgeno o las nubes de agua?», preguntó la nave.

—A la menor altura posible —dijo mi amiga—. A menos que las nubes de fosgeno te creen un problema.

«Claro que no —dijo la nave—. ¿Quieres que trace un curso que nos lleve a través de los mares de ácido? No sería ninguna diferencia para el radar profundo de Pax, pero se podría hacer con sólo una pequeña adición de tiempo y...»

—No —interrumpió Aenea—. Sólo las nubes.

Miramos por la pantalla del holofoso mientras la nave se lanzaba desde el Peñasco del Suicidio y se sumergía diez kilómetros, atravesando nubes grises y luego nubes verdes. Estaríamos en la fisura en pocos minutos.

Nos sentamos en el holofoso enmoquetado y comprendí que todavía tenía el tubo que me había dado De Soya. Lo hice girar entre mis manos.

—Ábrelo —dijo el sargento Gregorius. El robusto hombre se quitaba lentamente su vapuleada armadura de combate. Las quemaduras habían derretido las capas inferiores. Yo tenía miedo de verle el pecho y el brazo izquierdo.

Vacilé. Había dicho que esperaría a que el sacerdote se recobrara.

—Adelante —insistió Gregorius—. Hace nueve años que el capitán espera para dártelo.

No tenía idea de qué podía ser. ¿Cómo podía ese hombre saber que algún día me vería? Yo no tenía nada. ¿Cómo podía él tener algo mío para devolverme?

Rompí el sello del tubo y miré adentro. Una tela bien enrollada. Poco a poco, mientras sacaba el objeto y lo desenrollaba, comprendí qué era.

Aenea rió con deleite.

—Por Dios —dijo—. En todos mis sueños acerca de este momento, nunca vi esto. Maravilloso.

Era la alfombra voladora que nos había llevado desde el Valle de las Tumbas de Tiempo casi diez años antes. Yo la había perdido... tardé un par de segundos en recordarlo.

La había perdido en Mare Infinitus nueve años atrás, cuando el teniente de Pax con quien luchaba desenvainó un cuchillo, me cortó, me empujó al mar. ¿Qué había sucedido a continuación? Los propios hombres del teniente de la plataforma marítima lo habían matado por error con una nube de dardos, el cadáver había caído al mar

violáceo y la alfombra había continuado su vuelo... No, alguien la había interceptado en la plataforma.

—¿Cómo la consiguió el padre capitán? —pregunté, sabiendo la respuesta en cuanto hice la pregunta. De Soya era entonces nuestro perseguidor implacable.

Gregorius cabeceó.

—El padre capitán la usó para encontrar muestras de sangre y ADN. Así fue como obtuvimos tu expediente militar en Hyperion. Si hubiéramos tenido trajes de presión, habría usado esa cosa para salir de esa montaña sin aire.

—¿Quiere decir que funciona? —Toqué las hebras de vuelo. La raída alfombra voladora se elevó a diez centímetros del suelo—. Que me cuelguen.

«Subimos a la fisura dentro de las coordenadas que me diste», dijo la nave.

La pantalla del holofoso mostró el risco de Jo-kung. Perdimos velocidad y revoloteamos a cien metros. Habíamos regresado al valle boscoso donde la nave me había dejado más de tres meses atrás. Sólo que ahora el verde valle estaba lleno de gente. Vi a Theo, Lhomo y muchos otros conocidos. La nave descendió, planeó, aguardó instrucciones.

—Baja la rampa —dijo Aenea—. Que suban a bordo.

«Debo recordarte —dijo la nave— que tengo divanes de fuga y soporte vital para un máximo de seis personas en un salto interestelar prolongado. Allí hay por lo menos cincuenta personas...»

—Baja la rampa y que suban a bordo —ordenó Aenea—. De inmediato.

La nave obedeció sin otra palabra. Theo se acercó a la cabeza de los refugiados y los hizo subir.

La mayoría de los que se habían quedado en el Templo Suspendido en el Aire estaban allí: muchos monjes, Tromo Trochi de Dhomu, el ex soldado Gyalo Thondup, Lhomo Dondrub —nos deleitó saber que había regresado sano y salvo en su paravela, y a juzgar por sus sonrisas y abrazos el deleite era mutuo—, el abad Kempo Ngha Wang Tashi, Chim Din, Jigme Taring, Kuku y Kay, George y Jigme, Labsang el hermano del Dalai Lama, los albañiles Viki y Kim, el supervisor Tsipon Shakabpa, Rimsi Kyipup —menos adusto que de costumbre—, los operarios Haruyuki y Kenshiro, los expertos en bambú Voytek y Janusz, el alcalde de Jo-kung, Charles Chi-kyap Kempo. Pero no estaban el Dalai Lama ni la Dorje Phamo.

—Rachel fue a buscarlos —dijo Theo, la última en subir a bordo—. El Dalai Lama insistió en ser el último en partir y la Marrana se quedó para hacerle compañía. Pero ya deberían haber regresado. Yo estaba a punto de volver para verificar...

Aenea sacudió la cabeza.

—Iremos todos.

No había modo de que todos se sentaran o acomodaran. La gente recorría las escaleras, merodeaba por la biblioteca, subía al dormitorio del ápice de la nave para

mirar por las paredes visoras, mientras otros ocupaban el nivel de los cubículos de fuga y la sala de máquinas.

—Vamos, nave —ordenó Aenea—. El Templo Suspendido en el Aire. Haz una aproximación directa.

Para la nave, una aproximación directa representaba un borbotón de fuego de impulsores, un salto de quince kilómetros en la atmósfera y un descenso vertical con repulsores, encendiendo el motor principal en el último momento. Todo el proceso llevó treinta segundos, pero aunque el campo de contención interna nos impedía ser aplastados, la visión por las paredes transparentes del ápice debió ser desorientadora para los que estaban arriba. Aenea, A. Bettik, Theo y yo mirábamos desde el holofoso y aun esa pequeña pantalla me dio ganas de aferrarme de algo. Descendimos hasta llegar a cincuenta metros del templo.

—Maldición —dijo Theo.

La pantalla nos había mostrado un hombre que se precipitaba al vacío. Era imposible descender para rescatarlo. Pronto lo engulleron las nubes.

—¿Quién era? —preguntó Theo.

—Nave, repite y amplía —ordenó Aenea.

Segundos después varias siluetas salieron del pabellón de la Meditación Recta a la plataforma más alta, la que yo había ayudado a construir, según los planos de Aenea, menos de un mes atrás.

—Mierda —exclamé. Nemes llevaba al Dalai Lama en una mano, sosteniéndolo sobre el borde de la plataforma. Detrás de ella iban sus clones. Rachel y la Dorje Phamo salieron a la plataforma desde las sombras.

Aenea me aferró el brazo.

—Raul, ¿quieres salir conmigo?

Había activado el mirador, pero sabía que no se refería a eso.

—Desde luego —respondí, pensando: *¿Ésta es su muerte? ¿Esto es lo que ha visto desde antes de nacer? ¿Ésta es mi muerte?*—. Claro que iré.

A. Bettik y Theo salieron con nosotros al mirador de la nave.

—No —dijo Aenea—. Por favor. —Cogió la mano del androide un segundo—. Tú puedes ver todo desde dentro, amigo mío.

—Preferiría estar contigo, M. Aenea —dijo A. Bettik.

Aenea asintió.

—Pero esto es sólo para Raul y para mí.

A. Bettik bajó la cabeza un segundo y regresó al holofoso. Los demás no dijeron una palabra. Reinaba un silencio absoluto en la nave. Salí al balcón con mi amiga.

Nemes aún sostenía al niño sobre el precipicio. Estábamos a veinte metros de ella y sus hermanos. Me pregunté hasta qué altura podían saltar.

—¡Oye! —gritó Aenea.

Nemes miró arriba. Recordé que sus ojos parecían cuencas oculares vacías. Nada humano vivía allí.

—Suéltalo —dijo Aenea.

Nemes sonrió y soltó al Dalai Lama, dejándolo caer y agarrándolo con la mano izquierda en el último momento.

—Ten cuidado con lo que pides, niña —dijo la mujer pálida.

—Deja que él y los otros dos se marchen y yo bajaré —dijo Aenea.

Nemes se encogió de hombros.

—No te irás de aquí, de cualquier modo —dijo claramente, pero sin alzar la voz.

—Déjalos ir y yo bajaré —repitió Aenea.

Con un gesto de indiferencia, Nemes arrojó al Dalai Lama a la plataforma, como si tirara un papel.

Rachel corrió hacia el niño, vio que estaba herido y ensangrentado pero vivo, lo alzó y se volvió airadamente hacia Nemes y sus hermanos.

—¡No! —gritó Aenea. Nunca le había oído semejante voz. Rachel y yo quedamos petrificados—. Rachel, por favor, trae a Su Santidad y a la Dorje Phamo a la nave. —Era una petición cortés pero imperiosa que yo no podría haber resistido. Rachel no se resistió.

Aenea dio la orden y la nave descendió, extendiendo una escalera desde el mirador. Aenea miró hacia abajo. Me apresuré a seguirla. Bajamos a la plataforma de cedro bonsai —yo había ayudado a colocar todos los tablones— y Rachel subió la escalera con el niño y la anciana. Aenea tocó la cabeza de Rachel mientras pasaba. La escalera se enrolló y recobró su forma de mirador. Theo y A. Bettik se reunieron allí con Rachel y la Dorje Phamo. Alguien había llevado al niño ensangrentado al interior de la nave.

Estábamos a dos metros de Rhadamanth Nemes. Sus hermanos se aproximaron.

—Aquí falta algo —dijo Nemes—. ¿Dónde está tu...? Ah, allá.

El Alcaudón emergió de las sombras del pabellón. Digo «emergió» porque, aunque se movía, yo no le había visto caminar.

Yo abría y cerraba las manos. Todo estaba mal para este enfrentamiento. Yo me había quitado la chaqueta térmica, pero todavía llevaba el estúpido dermotraje y el arnés, aunque la mayor parte de las herramientas habían quedado en la nave. El arnés y sus capas me restarían agilidad.

¿Agilidad para qué?, pensé. Había visto combatir a Nemes. Mejor dicho, no la había visto. Cuando ella y el Alcaudón luchaban en Bosquecillo de Dios, había visto borrones, explosiones, manchas. Ella podía decapitar a Aenea y destriparme antes de que yo apretara los puños.

Puños. La nave no tenía armas, pero al salir yo había dejado el rifle del sargento Gregorius en la biblioteca. Lo primero que me habían enseñado en la Guardia Interna

era no luchar con los puños si uno podía conseguir un arma.

Miré alrededor. En la plataforma no había nada, ni siquiera una baranda que pudiera usar como garrote. Esta estructura estaba demasiado bien construida para arrancarle nada.

Miré la pared del peñasco. No había piedras sueltas. Tal vez algunos clavos y pernos aún clavados en las fisuras. Nos habíamos enganchado en ellos mientras construíamos el pabellón y no los habíamos sacado todos. Pero estaban demasiado bien clavados para extraerlos, aunque quizá Nemes lo pudiera hacer con un dedo. ¿Y de qué serviría un clavo o un perno contra este monstruo?

Aquí no había armas. Moriría con las manos limpias. Ojalá pudiera asestarle un golpe antes de caer, o al menos intentarlo.

Aenea y Nemes se miraban. Nemes apenas miró de reojo al Alcaudón, diez pasos a su derecha.

—Sabes que no pienso entregarte a Pax, ¿verdad, mocosa? —dijo el monstruo.

—Sí —dijo Aenea, enfrentándose con aplomo a la criatura.

Nemes sonrió.

—Pero crees que ese fantoche con pinchos te salvará de nuevo.

—No —dijo Aenea.

—Bien —dijo Nemes—. Porque no lo hará. —Les hizo una seña a sus hermanos.

Ahora sé sus nombres, Scylla y Briareus. Y sé lo que vi a continuación.

No tendría que haberlo visto, pues los tres clones cambiaron de fase en ese instante. Tendría que haber visto un borrón de cromo, luego caos, luego nada, pero Aenea me tocó la nuca, sentí el cosquilleo eléctrico de costumbre y de pronto la luz cambió —más honda, más oscura— y el aire se espesó como agua. Comprendí que mi corazón no parecía latir y que yo no pestañeaba ni respiraba. Por alarmante que parezca, entonces parecía irrelevante.

Aenea susurró en el receptor de mi dermotraje, o quizá su voz me llegaba directamente por su mano apoyada en mi nuca. *No podemos cambiar de fase con ellos ni usar ese recurso para combatirlos*, dijo. *Es un abuso de la energía del Vacío Que Vincula. Pero puede ayudarnos a ver esto.*

Y lo que vimos fue bastante increíble.

A una orden de Nemes, Scylla y Briareus se arrojaron contra el Alcaudón, mientras el demonio de Hyperion alzaba cuatro brazos y se lanzaba contra Nemes. Los otros dos lo interceptaron. Aun con nuestra visión alterada —la nave detenida en el aire, nuestros amigos del balcón transformados en estatuas, un ave que sobrevolaba el peñasco petrificada en el aire como un insecto en ámbar— el repentino movimiento del Alcaudón y los dos clones fue velocísimo.

Hubo un impacto terrible a un metro de Nemes, que se había transformado en una efigie plateada de sí misma y no se inmutó. Briareus arrojó un golpe que habría

partido una nave en dos. Reverberó en el cuello espinoso del Alcaudón con un ruido semejante a un maremoto en cámara lenta, y luego Scylla pateó las piernas del Alcaudón. El Alcaudón cayó, pero antes cogió a Scylla con dos brazos y hundió dos zarpas filosas en Briareus.

Los hermanos de Nemes parecían disfrutar del abrazo, arrojándose contra el movedizo Alcaudón con dentelladas y zarpazos. Sus manos y antebrazos eran navajas cortantes, cantos de guillotina más afilados que las hojas y espinas del Alcaudón.

Los tres se enzarzaron con frenesí, rodando por la plataforma, arrojando astillas de cedro bonsai al aire, chocando contra la pared de roca. En un segundo los tres se incorporaron, y las grandes fauces del Alcaudón se cerraron sobre el cuello de Briareus mientras Scylla cogía uno de los cuatro brazos de la criatura, lo arqueaba hacia atrás y parecía partirlo. Con Briareus en sus fauces, hundiendo los enormes dientes en la cabeza de la silueta plateada, el Alcaudón giró para enfrentarse a Scylla, pero para entonces ambos hermanos tenían las manos sobre las hojas y púas del cráneo del Alcaudón, curvándolas hacia atrás hasta que pensé que le partirían el cuello y le arrancarían la cabeza.

En cambio, Nemes les dio una orden y los dos hermanos, sin vacilar un instante, se arrojaron contra la baranda que bordeaba el abismo. Vi lo que querían hacer: arrojar al Alcaudón al vacío, tal como habían hecho con el guardaespaldas del Dalai Lama.

Quizás el Alcaudón también lo vio, pues la alta criatura aplastó los dos cuerpos de cromo contra el peñasco, hundiendo sus púas y espinas en los campos de fuerza, que rodeaban a sus contrincantes. El trío giró y braceó como un dislocado juguete de tres piezas, hasta que el Alcaudón, con ambas siluetas empaladas, chocó contra la baranda de cedro, la partió como cartón mojado y cayó pataleando al abismo.

Aenea y yo miramos mientras la alta silueta plateada de púas relampagueantes caía con las otras dos, empequeñeciéndose, hasta perderse en las nubes. Sabía que quienes miraban desde la nave no verían más que la desaparición de tres figuras de la plataforma, y luego una baranda rota y una plataforma más despoblada donde sólo quedaríamos Nemes, Aenea y yo. Rhadamanth Nemes volvió su rostro de cromo hacia nosotros.

La luz cambió. La brisa sopló de nuevo. El aire perdió densidad. Sentí que mi corazón latía de nuevo, con fuerza, y pestañeé.

Nemes había recobrado su forma humana.

—Bien —le dijo a Aenea—, ¿terminamos esta pequeña farsa?

—Sí —dijo Aenea.

Nemes sonrió y se dispuso a cambiar de fase.

Nada ocurrió. La criatura frunció el ceño como si se concentrara. Aún nada.

—Yo no puedo impedir que cambies de fase —dijo Aenea—. Pero otros pueden,

y lo han hecho.

Nemes pareció irritada por un segundo, pero se echó a reír.

—Mis creadores se encargarán de ello en un segundo, pero no deseo esperar tanto tiempo, y no necesito cambiar de fase para matarte, mocosa.

—Es verdad —dijo Aenea. Había mantenido su posición durante la lucha, las piernas apartadas, los pies plantados con firmeza, los brazos a los costados.

Nemes mostró sus pequeños dientes, y vi que se alargaban, se volvían más afilados, sobresalían de las encías y la mandíbula. Había por lo menos tres hileras.

Nemes alzó las manos y las uñas se extendieron diez centímetros, convirtiéndose en pinchos relucientes.

Usó esas uñas afiladas para pelar la piel y la carne del antebrazo derecho, revelando un endoesqueleto metálico color acero, aunque parecía mucho más cortante.

—Ahora —dijo Nemes. Avanzó hacia Aenea.

Me interpuse entre ambas.

—No —dije, y alcé los puños como un boxeador.

Nemes me mostró todos sus dientes.

23

El tiempo y el movimiento se vuelven lentos, como si se pudiera ver en cambio de fase, pero esta vez es sólo el efecto de la adrenalina y la concentración total. Mi mente se acelera. Mis sentidos cobran una agudeza sobrenatural. Veo, siento y calculo cada microsegundo con turbadora claridad.

Nemes avanza, un paso, más hacia Aenea que hacia mí.

Es una partida de ajedrez más que una pelea. Yo ganaré si mato a esa zorra insensible o la aparto de la plataforma el tiempo suficiente para que escapemos. Ella no tiene que matarme para ganar, sólo neutralizarme el tiempo suficiente para matar a Aenea. La niña es su blanco. Siempre lo ha sido. Este monstruo fue creado para matar a Aenea.

Una partida de ajedrez. Nemes ha sacrificado dos piezas fuertes —sus monstruosos hermanos— para neutralizar a nuestro alfil, el Alcaudón. Esas tres piezas están fuera del tablero. Sólo Nemes, la reina negra, Aenea, la reina de la humanidad, y yo, el indigno peón de Aenea.

Tal vez el peón deba sacrificarse, pero no sin eliminar a la reina negra. Está resuelto a eso.

Nemes sonríe, mostrando filas de dientes afilados. Los brazos a los costados, estira las largas uñas. El antebrazo derecho está expuesto como una obscena exposición quirúrgica, un interior no humano, no, en absoluto. El borde cortante del endoesqueleto del brazo destella bajo el sol de la tarde.

—Aenea —murmuro—, retrocede, por favor. —Esta alta plataforma se comunica con la senda de piedra y la escalera que construimos para subir a la senda del saliente. Quiero que mi amiga se vaya de la plataforma.

—Raul, yo...

—Ya —insisto, sin alzar la voz pero infundiéndole toda la autoridad que he ganado en mis treinta y dos años de vida.

Aenea retrocede cuatro pasos. La nave aún revolotea a cincuenta metros. Muchos rostros miran desde el mirador. Ojalá el sargento Gregorius saliera y usara su rifle de asalto para volar a esta zorra en pedazos, pero no veo su rostro moreno entre los que miran. Tal vez esté debilitado por sus heridas. Tal vez entiende que debería haber una pelea justa.

Al cuerno con eso, pienso. No quiero una pelea justa. Quiero matar a Nemes como pueda. *Con gusto aceptaría ayuda de cualquiera. ¿El Alcaudón está realmente muerto? ¿Es posible? ¿Los Cantos de Martin Silenus contaban que el Alcaudón era derrotado en una batalla del futuro lejano con el coronel Fedmahn Kassad. ¿Pero*

cómo lo sabía Silenus? ¿Y qué significa el futuro para un monstruo capaz de viajar en el tiempo? Si el Alcaudón no está muerto, agradecería que regresara cuanto antes.

Nemes da otro paso a su derecha, mi izquierda. Yo me muevo a la izquierda para impedirle que llegue a Aenea. En cambio de fase, esta cosa tiene fuerza sobrehumana y puede moverse tan deprisa que es literalmente invisible. *Ahora no puede cambiar de fase*. Eso espero. Pero aun así quizá sea más rápida y más fuerte que yo, que cualquier humano. Tengo que asumir que lo es. Y tiene esos dientes, esas zarpas y ese brazo cortante.

—¿Listo para morir, Raul Endymion? —dice Nemes, mostrando sus filas de dientes.

Sus fuerzas: velocidad, vigor, construcción inhumana. Quizá sea más robot o androide que humana. Es casi seguro que no siente dolor. Tal vez tenga otras armas que no ha revelado. No sé cómo matarla ni incapacitarla. Su esqueleto es de metal, no de hueso. Los músculos visibles en su antebrazo parecen reales, pero quizás estén hechos de fibras de plástico o malla de acero. Es improbable que las técnicas normales de combate la detengan.

Sus flaquezas... no las conozco. Tal vez exceso de confianza. Tal vez esté demasiado habituada al cambio de fase, a matar a sus enemigos cuando no pueden defenderse. Pero hace nueve años y medio se enfrentó al Alcaudón y empató. En realidad lo derrotó, pues logró quitarlo de en medio para llegar a Aenea. Sólo la intervención de De Soya, que la atacó con todos los gigavoltios disponibles en su nave, impidió que nos matara a todos.

Nemes alza los brazos, se agazapa, extiende los afilados dedos. ¿Hasta dónde puede saltar? ¿Puede saltar sobre mí para llegar a Aenea?

Mis fuerzas: dos años de boxeo en el regimiento en la Guardia Interna. Lo odiaba, y perdí un tercio de mis peleas. Los otros miembros del regimiento seguían apostando por mí, sin embargo. El dolor nunca me detenía. Lo sentía, pero no me detenía. Los golpes en la cara me hacían ver rojo. Al principio, me olvidaba de mi entrenamiento cuando alguien me golpeaba en la cara, y cuando se despejaba la bruma roja de la furia, si aún estaba en pie, podía ganar la pelea. Pero sé que la furia ciega no me ayudará ahora. Si pierdo concentración un instante, esta cosa me matará.

Era rápido cuando boxeaba, pero eso fue hace más de una década. Era fuerte, pero hace años que no me entreno ni hago ejercicios preparatorios. Podía aguantar golpes duros en el cuadrilátero, además de resistir el dolor. Nunca me noquearon, aunque un buen pugilista pudiera tumbarme varias veces.

Además de boxear, fui guardián en uno de los grandes casinos de Nueve Colas, en Félix. Pero era una cuestión psicológica, evitar la pelea mientras expulsaba a borrachos agresivos. Y aprendí a lograr que las pocas peleas reales terminaran en segundos.

En la Guardia Interna me entrenaron para el combate cuerpo a cuerpo, para matar de cerca, pero eso era tan infrecuente como un ataque a bayoneta calada. Mientras trabajaba como barquero, me lié en trifulcas más serias, una vez con un hombre dispuesto a destriparme con un cuchillo. Sobreviví. Pero otro barquero me noqueó. Siendo guía de caza, sobreviví cuando un forastero me atacó con su pistola de dardos. Pero lo maté accidentalmente, y él atestiguó contra mí después de resucitar. Pensándolo bien, así fue como empezó todo.

De todas mis flaquezas, ésta era la más seria: en realidad no quiero lastimar a nadie. En todas mis peleas, con la posible excepción del barquero con el cuchillo y el cazador cristiano con la pistola de dardos, siempre me contuve un poco, pues no quería golpear con todas mis fuerzas, no quería lastimar.

Tengo que cambiar de inmediato esa actitud. Esta no es una persona sino una máquina de matar, y si no la incapacito o destruyo rápidamente, me matará aún más rápidamente.

Nemes se abalanza sobre mí, arqueando las zarpas, usando el brazo derecho como una guadaña.

Salto hacia atrás, esquivo la guadaña, casi esquivo las zarpas, veo que la. camisa de mi brazo izquierdo se rasga, veo una bruma de sangre en el aire, avanzo y la golpeo rápida y duramente, tres veces en la cara.

Nemes retrocede. Tiene sangre en las uñas de la mano izquierda. Mi sangre. Tiene la nariz aplastada. He roto algo —cartílago óseo, fibra metálica— en su ceja izquierda. No hay sangre en su cara. No parece darse cuenta del daño. Todavía sonríe.

Me miro el brazo izquierdo. Me arde ferozmente. ¿Veneno? Tal vez. Tiene sentido. Pero si ella usa veneno, moriré en segundos. No hay motivo para que use agentes de acción prolongada.

Todavía estoy aquí. Sólo ardor, por los cortes. Cuatro, pienso, pero no son profundos. No importa. Concéntrate en sus ojos. Adivina qué hará a continuación.

Nunca pelees a puño limpio. Enseñanza de la Guardia Interna. Siempre encuentra un arma para pelear de cerca. Si tu arma está destruida o perdida, encuentra otra cosa, improvisa: una roca, una rama gruesa, un trozo de metal, piedras en el puño o llaves entre los dedos, todo es preferible al puño limpio. Los nudillos se rompen más pronto que las mandíbulas, nos recordaba el instructor. Si no hay más remedio que usar las manos, usa el canto. Usa los dedos como clavos. Clávalos como zarpas en los ojos y la nuez de Adán.

Aquí no hay piedras, ni ramas, ni llaves... ninguna arma. Este monstruo no tiene nuez de Adán. Sospecho que sus ojos son fríos y duros como canicas.

Nemes se mueve de nuevo a la izquierda, mirando a Aenea.

—Ya vengo, dulzura —le susurra a mi amiga.

Veo a Aenea por el rabillo del ojo. Está en la cornisa, más allá de la plataforma. Inmóvil. Rostro impasible. Esto es raro en mi amada. Normalmente arrojaría piedras, saltaría sobre la espalda del enemigo, cualquier cosa menos permitirme luchar solo contra esta cosa.

Es tu momento, querido Raul. Su voz es clara como un susurro en mi mente.

Es un susurro. Viene de los sensores auditivos de mi dermotraje. Todavía estoy usando esa prenda, así como mi inservible arnés. Trato de subvocalizar para responder, pero recuerdo que me conecté con el disco de la nave, que está en mi bolsillo superior, cuando llamé a la nave desde la cumbre de T'ien Shan, y si lo uso ahora me comunicaré no sólo con Aenea sino con la nave.

Me muevo a la izquierda, cerrándole el paso a la criatura. Ahora hay menos espacio para maniobrar.

Esta vez Nemes se mueve más rápido, fintas a la izquierda, zarpazos a la derecha, un derechazo contra mis costillas.

Retrocedo pero su filo corta la carne debajo de la costilla derecha inferior. La esquivo, pero sus uñas de la izquierda buscan mis ojos. Me agacho de nuevo, pero sus dedos me abren un corte en el cuero cabelludo. De nuevo el aire se llena de sangre atomizada.

Avanzo un paso, lanzo el brazo derecho, bajándolo como un martillo neumático, golpeándole el costado del cuello. La carne sintética se desgarra. El metal y los tubos no se curvan.

De nuevo Nemes ataca con su brazo de guadaña y las zarpas de su mano izquierda, salto hacia atrás, yerra.

Brinco hacia delante y le pateo la parte de atrás de las rodillas, con la esperanza de hacerla caer. Hay ocho metros hasta la baranda rota. Si logro hacerla rodar, aunque los dos caigamos...

Es como patear un poste de acero. El puntapié me entumece la pierna, pero ella ni pestañea. Carne y líquidos estallan sobre su endoesqueleto, pero ella no pierde el equilibrio. Debe tener el doble de mi peso.

Me patea y me rompe un par de costillas. Oigo el crujido. Pierdo el aliento.

Retrocedo, casi esperando encontrar las cuerdas del cuadrilátero, pero sólo hay roca, una pared dura, resbaladiza y vertical. Un perno se clava en mi espalda, aturdiéndome un instante.

Ahora sé qué haré.

Respirar es como tragar fuego. Respiro dolorosamente, confirmando que puedo hacerlo, tratando de recobrar el aliento. Me siento con suerte. Creo que las costillas rotas no han penetrado en el pulmón izquierdo.

Nemes abre los brazos para impedir que me escape. Se acerca.

Avanzo hacia su repulsivo abrazo, poniéndome al alcance de ese antebrazo

afilado, descargo un puñetazo en cada lado de su cabeza. Sus orejas se hacen pulpa, un fluido amarillo llena el aire, pero siento la solidez acerada del cráneo bajo la carne magullada. Mis manos rebotan. Tambaleo y retrocedo, manos, brazos y puños inutilizados por un instante.

Nemes brinca.

Me apoyo en la roca, alzo ambas piernas, le pego en el pecho, pateo con todas mis fuerzas.

Ella vuela hacia atrás lanzando un corte, rasgándome el arnés, la chaqueta, el dermotraje, los músculos del pecho. Está en mi pecho, a la derecha. Nemes no ha cortado el enlace de comunicaciones. Bien.

Aterriza con una pirueta, a cinco metros del borde. No hay modo de empujarla por ese borde. Se niega a jugar según mis reglas.

Me lanzo contra ella, alzando los puños.

Nemes alza la mano izquierda y extiende las uñas, preparando un revés destinado a destriparme. Me detengo a milímetros de ese golpe mortal. Mientras ella echa hacia atrás el brazo derecho, disponiéndose a cortarme en dos, giro sobre un pie y le pateo el pecho con todas mis fuerzas.

Nemes gruñe y me muerde la pierna, moviendo las fauces como un perro enorme. Sus dientes arrancan el talón y la suela de la bota, pero no tocan la carne.

Recobrando el equilibrio, embisto de nuevo, cogiéndole la muñeca derecha con la mano izquierda para impedir que su brazo de guadaña me despelleje la espalda, procuro aferrar un mechón de cabello. Lanza dentelladas a mi rostro, llenando el aire con su saliva amarilla o su sustituto de la sangre. Le echo la cabeza hacia atrás mientras giramos, dos bailarines violentos forcejeando, pero su pelo corto y lacio está resbaladizo por mi sangre y su lubricante, y me patinan los dedos.

Embistiéndola de nuevo para que no recobre el equilibrio, acerco los dedos a sus ojos y tiro hacia atrás con toda la fuerza de mis brazos y mi torso.

Su cabeza se arquea hacia atrás, treinta grados, cincuenta, sesenta. Ya debería oír el crujido de su médula espinal, ochenta grados, noventa. Su cuello está en ángulo recto con el torso, sus ojos son canicas frías contra mis dedos tensos, estira los labios lanzando dentelladas contra mi antebrazo.

La suelto.

Salta como impulsada por un resorte. Hunde las zarpas en mi espalda, raspa hueso en el hombro derecho y el omóplato izquierdo.

Me agacho y lanzo golpes breves y fuertes, castigando sus costillas y su vientre. Dos, cuatro, seis golpes rápidos, apoyado en ella, mi cabeza contra su pecho desgarrado y aceitoso. La sangre de mi cuero cabelludo nos moja a los dos. Algo en su vientre o diafragma se parte con un crujido metálico y Nemes vomita fluido amarillo sobre mi cuello y mis hombros.

Retrocedo y ella sonríe, dientes afilados brillando a través de la bilis espumosa que gotea desde su barbilla hasta los tablones ya resbalosos de la plataforma.

Lanza un grito —siseo de vapor en una caldera moribunda— y arremete de nuevo, la guadaña hendiendo el aire en un arco invisible.

Salto hacia atrás. Tres metros hasta la pared de roca o la cornisa donde está Aenea.

Nemes mece el brazo, una hélice, un susurrante péndulo de acero. Ahora puede llevarme adonde quiera.

Quiere matarme o apartarme. Quiere a Aenea.

De nuevo salto hacia atrás, y esta vez el filo corta la tela justo sobre el cinturón. He saltado hacia la izquierda, más hacia la pared de roca que hacia la cornisa.

Aenea queda desprotegida un segundo. Ya no me interpongo entre ella y la criatura.

La flaqueza de Nemes. Apuesto todo —Aenea— a esto: es una depredadora nata. Tan cerca del final, no podrá resistir la tentación de rematarme.

Nemes se voltea a la derecha, manteniendo la opción de saltar hacia Aenea, pero siguiéndome hacia la pared de roca. La guadaña se dispone a decapitarme.

Tropiezo y ruedo a mi izquierda, alejándome de Aenea. Ahora estoy en los tablones, pataleando.

Nemes se monta a horcajadas sobre mí. Su fluido amarillo me salpica la cara y el pecho. Alza el brazo de guadaña, grita, baja el brazo.

—¡Nave! Aterriza en esta plataforma. De inmediato. Sin discusión.

Jadeo estas palabras por la hebra de comunicaciones mientras ruedo contra las piernas de Nemes. Su antebrazo afilado se hunde en el resistente cedro bonsai, donde un segundo antes estaba mi cabeza.

Estoy debajo de ella. Su afilado brazo está clavado en la madera. Por unos segundos, como está encorvada para rasguñarme, no tiene sostén para liberar el antebrazo. Una sombra desciende sobre ambos.

Las uñas de su mano izquierda arañan el lado derecho de mi cabeza, casi cortándome la oreja, abriendo un corte que pasa cerca de la yugular. Tengo la mano izquierda bajo su mandíbula, tratando de impedir que me hinque esos dientes en el cuello o la cara. Ella es más fuerte que yo.

Mi vida depende de que logre zafarme de ella.

Aún tiene el antebrazo clavado en el suelo de la plataforma, pero esto sirve a su propósito, pues la une a mí.

La sombra se profundiza. Diez segundos. No más.

Nemes se deshace de mis manos y saca el brazo de la madera, levantándose. Mira a la izquierda, hacia Aenea.

Me alejo rodando de Nemes, de Aenea, dejando a mi amiga indefensa. Me apoyo

en la roca para incorporarme. Mi mano derecha está inutilizada, un tendón cortado en estos últimos segundos, así que levanto la izquierda, tiro del cordel de seguridad de mi arnés, esperando que esté intacto, y sujeto el gancho al perno con un chasquido metálico, como cerrando esposas.

Nemes gira a la izquierda, olvidándose de mí, fijando los ojos negros en Aenea. Mi amiga se queda donde está.

La nave aterriza en la plataforma, apagando sus repulsares EM tal como ordené, apoyando todo su peso que descansa en la madera, triturando el pabellón de la Meditación Recta con un espantoso crujido, a poca distancia de Nemes y de mí.

La criatura mira la enorme nave negra, decide no darle importancia, se agacha para brincar sobre Aenea.

Por un segundo temo que el cedro bonsai aguante, que la plataforma sea aún más fuerte de lo que sugieren los cálculos de Aenea y mi experiencia, pero luego oigo un crujido desgarrador. La plataforma de la Meditación Recta y gran parte de la escalera de la Mentalidad Recta se desprenden de la montaña.

Veo que la gente que mira desde el mirador se tambalea mientras la nave se balancea.

—¡Nave! —jadeo por las hebras de comunicaciones—. ¡Planea!

Me vuelvo hacia Nemes.

La plataforma cae debajo de ella. Salta hacia Aenea, pero mi amiga no retrocede.

Sólo el derrumbe de la plataforma impide que Nemes complete su salto. Cae a poca distancia, pero clava las zarpas en el borde de piedra, arranca chispas, se afianza.

La plataforma se desgaja, desintegrándose al caer en el abismo, y algunos fragmentos chocan contra la plataforma de abajo, destrozándola, acumulando escombros.

Nemes cuelga de la roca, forcejeando con sus manos y pies, a un metro de Aenea.

Tengo ocho metros de cable de segundad, y la soga está peligrosamente resbaladiza con mi sangre. Usando el brazo izquierdo, suelto varios metros y con una patada me alejo del peñasco.

Nemes se encarama sobre la cornisa. Encuentra una protuberancia o una fisura y salta hacia arriba y fuera como un montañista escalando un saliente. Arquea el cuerpo y mueve los pies, irguiéndose para brincar hacia Aenea, que no se ha movido.

Me balanceo alejándome de Nemes, botando sobre la roca, sintiendo la piedra resbaladiza en mi planta lacerada y descalza, donde Nemes ha rasgado mi bota. La soga de la cual dependo fue deshilachada en la lucha, y no sé si aguantará.

La tenso más, alejándome de Nemes en un arco pendular.

Nemes se encarama a la cornisa donde está Aenea, se pone de rodillas, se incorpora a un metro de mi amada.

Salto hacia arriba, raspándome el hombro derecho. Por un segundo temo no tener suficiente velocidad ni cable, pero luego veo que sí... justo... apenas lo suficiente...

Nemes da media vuelta cuando aparezco a sus espaldas, abriendo las piernas, cerrándolas sobre ella, cruzando los tobillos.

Nemes grita y alza el brazo de guadaña. Mi entrepierna y mi vientre están desprotegidos.

No me importa. No me importa eso, ni el cable ni el dolor. Sólo aprieto con fuerza mientras la gravedad y el impulso nos hacen retroceder. Ella es más pesada que yo. Por otro terrible segundo cuelgo unido a Nemes y ella no cede, pero aún no ha recobrado el equilibrio, se tambalea sobre el borde. Me balanceo hacia atrás, tratando de desplazar mi centro de gravedad hacia mis hombros sangrantes. Nemes sale del borde.

Abro las piernas, soltándola.

Ella mece el brazo de guadaña, errando el golpe hacia mi vientre por milímetros mientras yo retrocedo, pero el movimiento la impulsa hacia delante, alejándola del borde y la pared de roca, hacia el boquete donde estaba la plataforma.

Caigo frotando la pared rocosa, tratando de detener mi impulso. La soga se parte.

Me aplasto contra la pared, resbalo hacia abajo. Mi mano derecha está inutilizada. Mi mano izquierda encuentra una grieta angosta, la pierde. Resbalo. Mi pie izquierdo encuentra una protuberancia de un centímetro. Eso y la fricción me sostienen contra la roca el tiempo suficiente para mirar sobre el hombro izquierdo.

Nemes se retuerce mientras cae, tratando de cambiar la trayectoria para clavar las zarpas o el antebrazo en las prominencias de la plataforma inferior.

Yerra por cuatro o cinco centímetros. Cien metros más abajo, choca contra un saliente y salta hacia fuera sobre las nubes. Escalones, postes, vigas y columnas caen en las nubes un kilómetro debajo de ella.

Nemes grita, un estridente alarido de rabia y frustración, y el eco rebota de roca en roca.

Ya no puedo sostenerme. He perdido demasiada sangre y se me han desgarrado muchos músculos. La roca resbala bajo mi pecho, mi mejilla, mi palma, mi pie izquierdo.

Miro a la izquierda para despedirme de Aenea, al menos con la vista.

Su brazo me aferra en el último momento. Se ha colgado sin sogas de la pared vertical, mientras yo miraba la caída de Nemes.

Mi corazón palpita con el terror de que mi peso nos arrastre a ambos. Me deslizo, siento que las fuertes manos de Aenea patinan. Estoy cubierto de sangre. Ella no me suelta.

—Raul —dice. Su voz tiembla, pero no de fatiga ni temor sino de emoción.

Sólo su pie apoyado en el borde nos sostiene contra la roca. Libera su mano izquierda, la levanta y ata su cable de seguridad al gancho que aún está sujeto del perno.

Ambos caemos, raspándonos la piel. Aenea me estrecha con ambos brazos, ambas piernas. Es una repetición de lo que hice con Nemes, pero impulsada por el amor y la pasión de sobrevivir, no por el odio y el afán de destrucción.

Caemos ocho metros, hasta el final del cable. Me temo que mi peso arranque el perno o parta el cable.

Rebotamos tres veces, colgando sobre el vacío. El perno aguanta. El cable aguanta. Aenea aguanta.

—Raul —repite—. Dios mío, Dios mío. —Creo que me palmea la cabeza, pero comprendo que está tratando de poner mi cuero cabelludo desgarrado en su sitio, de impedir que caiga mi oreja cercenada.

—Está bien —intento decir, pero descubro que tengo los labios ensangrentados y tumefactos. No puedo pronunciar las palabras que necesito decirle a la nave.

Aenea entiende. Se inclina y susurra en mis hebras de comunicaciones:

—Nave, desciende para recogernos. Pronto.

La sombra desciende como para aplastarnos. La multitud está de nuevo en el mirador con los ojos desorbitados, mientras la nave flota a tres metros —ahora hay peñascos grises a ambos lados de nosotros— y extiende una plancha desde el mirador. Manos amigas nos rescatan.

Los brazos y las piernas de Aenea no me sueltan hasta que nos llevan al interior alfombrado de la nave, lejos del abismo.

Oigo vagamente la voz de la nave.

«Se acercan naves de guerra por el interior del sistema. Hay otra encima de la atmósfera, diez mil kilómetros al oeste...»

—Sácanos de aquí —ordena Aenea—. Arriba y afuera. Te daré las coordenadas dentro de un minuto. ¡Vamos!

Me siento mareado y cierro los ojos mientras rugen los motores de fusión. Tengo la vaga impresión de que Aenea me besa y me abraza, besándome los párpados, la frente y la mejilla ensangrentadas. Mi amiga está llorando.

—Rachel —dice Aenea desde lejos—, ¿puedes hacer un diagnóstico?

Otros dedos me tocan fugazmente. Hay punzadas de dolor, pero cada vez más remotas. Siento frío. Trato de mirar pero descubro que la sangre o la hinchazón me cierran los ojos.

—Lo que parece peor es lo menos grave —dice Rachel con voz suave pero tajante—. Las heridas en el cuero cabelludo, la oreja, la pierna rota y demás. Pero creo que hay lesiones internas... no sólo las costillas, sino una hemorragia. Y los

zarpazos de la espalda llegan hasta la médula espinal.

Aenea aún está llorando, pero su voz aún es imperiosa.

—Lhomo... A. Bettik... ayudadme a ponerlo en el automédico.

«Lo lamento —dice la nave, una voz distante—, pero los tres receptáculos del autocirujano están en uso. El sargento Gregorius se desmayó a causa de sus lesiones internas y fue alojado en el tercer compartimiento. Los tres pacientes están en soporte vital.»

—Maldición —jadea Aenea—. Raul, querido, ¿puedes oírme?

Voy a responder, a decir que estoy bien, que no se preocupe, pero mis labios hinchados y mi mandíbula dislocada sólo emiten un gemido confuso.

—Raul —continúa Aenea—, tenemos que alejarnos de estas naves de Pax. Vamos a llevarte a un cubículo de fuga criogénica. Vamos a dormirte hasta que haya un compartimiento libre en el autodoc. ¿Me oyes, Raul?

Decido no hablar y asiento con la cabeza. Noto que algo cuelga sobre mi frente como una gorra húmeda. Mi cuero cabelludo.

—De acuerdo —dice Aenea. Me susurra al oído—: Te amo, mi querido amigo. Te pondrás bien. Lo sé.

Me alzan, me llevan, me tienden sobre algo duro y fresco. El dolor recrudece, pero es algo distante que no me incumbe.

Antes que cierren la tapa del cubículo de fuga, oigo claramente la serena voz de la nave:

«Cuatro naves de Pax nos interceptan. Dicen que si no desactivamos la potencia en diez minutos nos destruirán. Debo señalar que estamos a por lo menos once horas de cualquier punto de traslación, y las cuatro naves de Pax están a distancia de fuego.»

—Sigue este curso hasta las coordenadas que te di, nave —dice la cansada voz de Aenea—. No respondas a las naves de Pax.

Trato de sonreír. Hemos hecho esto antes, tratar de dejar atrás las naves de Pax a pesar de las desventajas. Pero estoy aprendiendo algo que me gustaría explicarle a Aenea, si mi boca funcionara y mi mente se despejara un poco: por mucho que superemos esas desventajas, siempre terminan por alcanzarnos. Es una revelación menor, un *satori* que llega con retraso.

Pero ahora el frío me invade, congelando mi corazón, mi mente, mis huesos, mi vientre. Sólo espero que sean las serpentinas de fuga criogénica, funcionando a mayor velocidad de la que recuerdo. Si es la muerte, bien, es la muerte. Pero quiero ver a Aenea de nuevo.

Es mi último pensamiento.

24

¡Cayendo!

Desperté con feroces palpitaciones, en lo que parecía otro universo.

Estaba flotando, no cayendo. Al principio creí que estaba en un mar salado. Flotaba como un feto en un mar color sepia. Luego advertí que no había gravedad ni olas ni corrientes, y que no era agua sino una luz densa.

¿La nave? No, un espacio amplio, vacío, penumbroso pero aureolado de luz, un vacío ovoide de quince metros de diámetro, con paredes de pergamino por donde veía la luz filtrada de un sol ardiente y algo más complicado, una vasta estructura orgánica llena de curvas. Moví las manos para tocarme la cara, la cabeza, el cuerpo y los brazos.

Estaba flotando, en efecto, sujeto por unas correas livianas a una franja adhesiva de la pared curva. Estaba descalzo y usaba una túnica de algodón que no reconocí. ¿Pijama? ¿Bata de hospital?

Tenía la cara sensible, con nuevas protuberancias que quizá fueran cicatrices. Había perdido el cabello, mi coronilla estaba llena de costurones, mi oreja estaba muy blanda. Mis brazos tenían cicatrices leves, visibles en la luz penumbrosa. Alcé la pierna y miré lo que había sido una rotura. Sana y firme. Me palpé las costillas. Delicadas pero intactas. Había llegado al autodoc, a fin de cuentas.

Debí decirlo en voz alta, pues una figura oscura que flotaba cerca me respondió:

—Llegaste, Raul Endymion. Pero parte de la cirugía se hizo a la antigua, y es obra mía.

Me sobresalté, haciendo temblar las correas. No era la voz de Aenea.

La silueta oscura se acercó y reconocí la forma, el cabello, la voz.

—Rachel —dije. Tenía la lengua seca, los labios cuarteados. Grazné la palabra, más que pronunciarla.

Rachel se acercó y me ofreció un biberón. Las primeras gotas salieron como esferas rodantes y me mojaron la cara, pero pronto aprendí a echarme las gotas en la boca abierta. El agua sabía fresca y maravillosa.

—Has recibido líquidos y alimento por vía intravenosa durante dos semanas —dijo Rachel—, pero es mejor que bebas directamente.

—¡Dos semanas! —exclamé. Miré en torno—. Aenea... ¿Cómo está...?

—Todos se encuentran bien —dijo Rachel—. Aenea está ocupada. Pasó gran parte de estas dos semanas contigo, velando por ti, pero tuvo que salir con Minmum y los demás, así que me ordenó que me quedara aquí.

—¿ Minmum? —pregunté. Miré por la pared traslúcida. Una estrella brillante,

más pequeña que el sol de Hyperion. Increíbles geometrías curvas se extendían desde esta habitación ovoide—. ¿Dónde estoy? ¿Cómo llegamos aquí?

Rachel rió entre dientes.

—Primero responderé la segunda pregunta. Dentro de pocos minutos verás la respuesta a la primera. Aenea ordenó a la nave que saltara a este lugar. El padre capitán De Soya, el sargento Gregorius y el oficial Carel Shan conocían las coordenadas de este sistema estelar. Todos estaban inconscientes, pero el otro superviviente, Hoag Liebler, el ex prisionero, sabía dónde se ocultaba este sitio.

Miré de nuevo a través de la pared. La estructura parecía enorme, una retícula de luces y sombras estirándose en todas direcciones desde esta cápsula. ¿Cómo podían ocultar algo tan vasto? ¿Y quién lo ocultaba?

—¿Cómo llegamos a tiempo al punto de traslación? —grazné, bebiendo agua—. Creí que las naves de Pax estaban cerca.

—Y así era. No podríamos haber llegado a un punto de traslación Hawking antes de que nos destruyeran. Ven, ya no necesitas estar amarrado a la pared. —Arrancó las correas adhesivas y quedé en libertad. Aun en gravedad cero, me sentía muy débil.

Orientándome de tal modo que aún veía la cara de Rachel en la luz penumbrosa, pregunté:

—¿Entonces cómo lo logramos?

—No nos trasladamos. Aenea dirigió la nave a un punto del espacio desde donde nos teleyectamos a este sistema.

—¿Teleyectamos? ¿Había un portal teleyector activo? ¿Como los que usaban las naves de FUERZA de la Hegemonía? Creí que ninguno había sobrevivido a la Caída.

Rachel meneó la cabeza.

—No había portal teleyector. Nada. Sólo un punto arbitrario a pocos cientos de kilómetros de la segunda luna. Fue toda una persecución. Las naves de Pax seguían enviando órdenes y amenazando con disparar. Al final lo hicieron... lanzaron haces láser desde todas partes. Ni siquiera habríamos dejado escombros, sólo una mancha de gas. Pero entonces llegamos al punto adonde Aenea nos dirigía. De pronto estuvimos aquí.

No volví a preguntar dónde estábamos, sino que me acerqué a la pared curva y traté de mirar. La pared era cálida, esponjosa, orgánica, y filtraba la mayor parte de la luz solar. La luz interior resultante era tenue y bella, pero impedía mirar hacia fuera. Sólo se veía la estrella y una sombra de esa increíble estructura geométrica.

—¿Preparado para ver dónde estamos? —dijo Rachel.

—Sí.

—Vaina, superficie transparente, por favor.

De pronto nada nos separó del exterior. Casi grité de terror. Agité los brazos y las piernas tratando de encontrar una superficie sólida para aferrarme, hasta que Rachel

se acercó y me estabilizó con una mano firme.

Estábamos en el espacio. La vaina había desaparecido y parecíamos flotar en el espacio, salvo por el aire respirable, y estábamos en el extremo de la rama de un...

Árbol no es la palabra correcta. Yo había visto árboles, y esto no era un árbol.

Había oído hablar de los viejos árboles-mundo templarios, había visto el Arbolmundo en Bosquecillo de Dios, reducido a un tocón, y había oído hablar de las naves arbóreas de kilómetros de longitud que surcaban los sistemas estelares en tiempos de la peregrinación de Martin Silenus.

Esto no era un arbolmundo ni una nave arbórea.

Había oído leyendas fantasiosas —contadas por Aenea, en verdad, así que quizá no fueran leyendas— acerca de un anillo arbóreo que rodeaba una estrella, un anillo trenzado de materia viviente que rodeaba un sol semejante al de Vieja Tierra. Una vez había tratado de calcular cuánta materia viviente se requeriría, y decidí que era un disparate.

Esto no era un anillo arbóreo.

Lo que se extendía ante mí, en superficies curvas demasiado vastas para que mi mentalidad planetaria las asimilara, era una esfera de ramas y trenzas de materia vegetal viviente, troncos de cientos de kilómetros, tallos de kilómetros de anchura, hojas de cientos de metros, raíces que se estiraban miles de kilómetros en el espacio, como si fueran las sinapsis de Dios, vástagos formando pérgolas en todas las direcciones, troncos con la longitud del Mississippi de Vieja Tierra que parecían ramillas en la distancia, formas arbóreas del tamaño de mi continente natal de Aquila mezclándose con miles de aglomeraciones de verdor, en todos lados, en todas las direcciones. Había muchos huecos negros, agujeros por donde se veía el espacio, algunos más grandes que los troncos y la urdimbre de verdor, pero siempre atravesados por entrelazamientos de troncos y ramas y raíces, abriendo un sinfín de hojas verdes a la estrella que ardía en el centro de...

Cerré los ojos.

—Esto no puede ser real —dije.

—Lo es —dijo Rachel.

—¿Los éxters?

—Sí —dijo la amiga de Aenea, la niña de los *Cantos*—. Y los templarios. Y los ergs. Y... otros. Está vivo pero es una construcción... una cosa con mente.

—Imposible. Llevaría millones de años desarrollar esta... esfera.

—Biosfera —dijo Rachel, sonriendo.

Sacudí la cabeza.

—Biosfera es una palabra antigua. Es sólo el sistema cerrado de vida de un planeta.

—Esto es una biosfera —insistió Rachel—. Sólo que aquí no hay planetas.

Cometas, sí. Pero no planetas.

Señaló. En lontananza, a cientos de miles de kilómetros, donde el interior de la esfera viviente se diluía en un borrón verde a pesar del diáfano vacío, una estría blanca se movía despacio entre los troncos, cruzando un hueco negro.

—Un cometa —repetí estúpidamente.

—Para irrigar. Tienen que usarlos por millones. Por suerte hay miles de millones en la nube de Oort. Y más en el cinturón de Kniper.

Miré deslumbrado. Vi otras motas blancas, cada cual con su cola larga y reluciente. Algunas se desplazaban entre los troncos y las ramas, dándome una idea de la escala de esta biosfera. Los cometas surcaban los huecos que había en la materia vegetal. *Si esto es realmente una esfera, los cometas tienen que volver a cruzar la esfera viviente para salir del sistema. ¿Qué clase de confianza se necesita para construir semejante cosa?*

—¿Qué es este sitio donde estamos? —pregunté.

—Una vaina ambiental. Un bulbo vital. Éste está adaptado para servicios médicos. No sólo ha controlado tu alimentación intravenosa, tus signos vitales y la regeneración de tus tejidos, sino que ha desarrollado y manufacturado muchas medicinas y otras sustancias químicas.

Extendí la mano para palpar el material casi transparente.

—¿Qué grosor tiene?

—Un milímetro. Pero es muy fuerte. Puede protegernos del impacto de un micrometeorito.

—¿Dónde obtienen los éxters este material?

—Ellos biofacturan los genes y el material se autogenera. ¿Tienes ganas de ver a Aenea y conocer gente? Todos han esperado tu despertar.

—Sí —dije, pero pronto me retracté—. ¡No! Rachel...

Ella se quedó flotando, esperando. Noté que sus ojos oscuros eran lustrosos en esa luz asombrosa. Muy parecidos a los de mi amada.

—Rachel... —repetí torpemente.

Ella esperó, apoyándose en la pared transparente para orientarse hacia mí.

—Rachel, no hemos hablado mucho...

—Yo no te gustaba —dijo la joven con una sonrisa.

—No es verdad... Es decir, sí lo era, en cierto modo, pero porque al principio yo no entendía. Para Aenea hacía cinco años que me había ido... era difícil... Supongo que estaba celoso.

Rachel enarcó las cejas.

—¿Celoso, Raul? ¿Pensabas que Aenea y yo habíamos sido amantes durante todos esos años estándar en que no estuviste?

—Bien, no... Es decir, no sabía...

Rachel extendió la mano, ahorrándome nuevas perplejidades.

—No lo somos —dijo—. Nunca lo fuimos. Aenea nunca habría pensado en semejante cosa. Theo pudo haber pensado en la posibilidad, pero sabía desde el principio que Aenea y yo estábamos destinadas a amar a ciertos hombres.

La miré inquisitivamente. *¿Destinadas?*

Rachel sonrió de nuevo. Podía imaginar esa sonrisa en la niña de que hablaba Sol Weintraub en uno de los *Cantos*.

—No te preocupes, Raul. Sé con certeza que Aenea no ha amado a nadie salvo a ti. Aun cuando era niña. Aun antes de conocerte. Tú siempre has sido el elegido. —La sonrisa se volvió triste—. Ojalá todos tuviéramos tanta suerte.

Quise hablar, vacilé. Rachel se puso seria.

—Ah... ¿Ella te habló de ese interregno de un año, once meses, una semana y seis horas?

—Sí. Y me contó que había tenido... —Me detuve. Sería tonto sollozar frente a esa mujer fuerte. Nunca me miraría del mismo modo.

—¿Un hijo? —concluyó Rachel.

La miré como tratando de encontrar una respuesta en sus hermosos rasgos.

—¿Aenea te habló de ello? —pregunté, con la sensación de que traicionaba a mi amiga al sonsacarle información a otra persona. Pero no pude detenerme—. ¿En ese momento sabías...?

—¿Dónde estaba? —preguntó Rachel, mirándome con intensidad—. ¿Qué le sucedía? ¿Que iba a casarse?

Sólo pude asentir.

—Sí —dijo Rachel—. Lo sabíamos.

—¿Estabas con ella?

Rachel pareció vacilar, como si sopesara su respuesta.

—No —dijo al fin—. A. Bettik, Theo y yo esperamos su regreso durante casi dos años. Continuamos con su ministerio o misión o como quieras llamarlo, difundiendo sus lecciones, encontrando gente que deseara participar de la comunión, informándoles cuándo volvería.

—¿Entonces sabías cuándo volvería?

—Sí —dijo Rachel—. Con precisión.

—¿Cómo?

—Porque era el momento indicado para su regreso —dijo la mujer de cabello oscuro—. Se había tomado hasta el último minuto posible sin poner en jaque la misión. Al día siguiente Pax nos persiguió... nos habrían capturado a todos si Aenea no hubiera regresado para teleyectarnos.

Asentí, pero no pensaba en momentos de riesgo frente a Pax.

—¿Le conociste? —pregunté, tratando en vano de usar una voz neutra.

Rachel conservó su expresión sena.

—¿Te refieres al padre de su hijo? ¿Al esposo de Aenea?

Noté que Rachel no quería ser cruel, pero sus palabras eran más desgarradoras que las zarpas de Nemes.

—Sí —dije—. Él.

Rachel sacudió la cabeza.

—Ninguno de nosotros lo conocía cuando ella se marchó.

—¿Pero sabes por qué lo escogió como padre de su hijo? —insistí, sintiéndome como el gran inquisidor que habíamos dejado en T'ien Shan.

—Sí —dijo Rachel, mirándome en silencio.

—¿Tenía algo que ver con su misión? —dije con un nudo en la garganta—. ¿Es algo que tenía que hacer... tenía que ser hijo de ellos por algún motivo? ¿Puedes contarme algo, Rachel?

Rachel me aferró la muñeca con fuerza.

—Raul, sabes que Aenea te explicará esto cuando sea el momento oportuno.

Me zafé con rudeza.

—Cuando llegue el momento oportuno —rezongué—. Por amor de Dios, estoy harto de esa frase. Estoy harto de esperar.

Rachel se encogió de hombros.

—Enfréntate a ella entonces. Amenaza con aporrearla si no te cuenta. Hiciste pedazos a Nemes. Con Aenea será más fácil.

La fulminé con la mirada.

—En serio, Raul, esto es entre Aenea y tú. Sólo puedo decirte que eres el único hombre de quien ella ha hablado. Por lo que sé, el único hombre que ha amado.

—¿Cómo puedes...? —Pero me obligué a callarme. Le palmeé torpemente el brazo, y el movimiento me hizo girar en torno de mi propio eje. Era difícil estar cerca de alguien en cero g sin tocarlo—. Gracias, Rachel.

—¿Listo para ver a los demás?

—Casi. ¿Esta superficie puede ser reflectante?

—Vaina —dijo Rachel—, noventa por ciento de transparencia. Alta reflexión interna. —Se volvió hacia mí—. ¿Quieres mirarte en el espejo antes de la gran cita?

La superficie era reflectante como un charco de agua. No era un espejo perfecto, pero su brillo bastó para mostrarme a un Raul Endymion calvo, con cicatrices en la cara y piel rosada de bebé. Y delgado, muy delgado. Los huesos y músculos de mi cara y mi torso parecían bosquejados con trazos de lápiz. Mis ojos se veían diferentes.

—Por todos los cielos —repetí.

Rachel movió la mano.

—El autocirujano quería retenerte otra semana, pero Aenea no podía esperar. Las

cicatrices no son permanentes, en su mayoría. El medicamento que recibes por vía intravenosa se encarga de la regeneración. Tu cabello comenzará a crecer dentro de dos o tres semanas.

Me toqué el cuero cabelludo. Era como palpar el blando trasero de un bebé monstruoso, lleno de cicatrices.

—Dos o tres semanas —dije—. Sensacional.

—No hagas tanta alharaca. Estás bastante guapo. Yo que tú conservaría ese aspecto. Además, he oído decir que Aenea se siente atraída por los hombres mayores, y en este momento pareces mayor.

—Gracias —dije secamente.

—De nada. Vaina, abre la puerta. Acceso al principal conector de tallos.

La pared se abrió y Rachel me condujo afuera.

Cuando entré en esa habitación —o vaina— Aenea me estrechó con tanta fuerza que me pregunté si me había vuelto a romper las costillas. La abracé con igual vehemencia.

El viaje por el conector presurizado no deparaba ninguna sorpresa, si uno no se sorprendía de lanzarse por un tubo flexible y traslúcido de dos metros de anchura a velocidades que estimé en sesenta kilómetros por hora. Usaban corrientes de oxígeno fluyendo en direcciones contrarias para favorecer el desplazamiento. Uno pateaba y nadaba mientras otras personas, en general muy delgadas, lampiñas y excepcionalmente altas, pasaban silenciosamente en dirección contraria a pocos centímetros y a más de ciento veinte kilómetros por hora. Al llegar a las vainas centrales, Rachel y yo aceleramos como corpúsculos disparados por los ventrículos y aurículos de un corazón enorme; rodamos, pateamos, eludimos a otros viajeros y salimos por otro conector. A los pocos minutos me perdí, pero Rachel parecía orientarse bien. Explicó que en cada salida había colores sutiles encastrados en la carne vegetal, y pronto entramos en una vaina no mucho mayor que la mía, pero llena de cubículos, asientos y personas. Algunas de esas personas —Aenea, A. Bettik, Theo, la Dorje Phamo y Lhomo Dondrub— me eran familiares. Conocía de vista a otras: el padre capitán De Soya, recobrado de sus heridas y con pantalones negros, túnica y cuello de sacerdote; el sargento Gregorius, con el uniforme de combate de la Guardia Suiza. Otros, como los largos y delgados éxters y los encapuchados templarios, eran maravillosos y extraños pero comprensibles, mientras que algunos individuos —a quienes Aenea presentó como Het Masteen, Verdadera Voz del Árbol, y el ex coronel Fedmahn Kassad de FUERZA— me provocaron desconcierto. Más que Rachel o Brawne Lamia, la madre de Aenea, ellos no sólo pertenecían a los *Cantos* del viejo poeta sino que eran arquetipos de un mito profundo, muerto tiempo atrás, y resultaban un poco irreales en el firmamento de las cosas prosaicas y

cotidianas.

También había personas que no parecían personas, al menos en mi marco de referencia: los seres verdes y frondosos a quienes Aenea presentó como LLeeoonn y OOeeaall, dos de los pocos empatas seneschai de Hebrón que habían sobrevivido, criaturas alienígenas inteligentes. Miré a esas criaturas extrañas: tez y ojos color verde ciprés, cuerpos tan delgados que podría haberles rodeado el torso con los dedos, simétricos como los nuestros, con dos brazos, dos piernas, una cabeza, pero con extremidades articuladas más semejantes a líneas fluidas que a apéndices de hueso y cartílago; dedos unidos por membranas, como manos de sapo; y cabezas semejantes a las de un feto humano. Sus ojos eran apenas manchas sombrías en la carne verde de sus rostros.

Se decía que los seneschai habían muerto durante los primeros días de la Hégira. Eran leyenda, apenas más reales que la historia del soldado Kassad o del templario Het Masteen.

Una de esas leyendas verdes me rozó la palma con su mano de tres dedos cuando nos presentaron.

Y en la vaina había otras entidades que no eran humanas, éxters ni androides.

Cerca de la pared traslúcida de la vaina flotaban unas plaquetas amplias y verdosas, blandos y trémulos platillos, de dos metros de envergadura. Había visto antes estas formas de vida, en el mundo nuboso donde el calamar aéreo me había devorado.

No devorado, M. Endymion, dijo un eco en mi cabeza*, sólo transportado*.

¿Telepatía?, pensé, dirigiendo mi pregunta a las plaquetas. Recordé esos borbotones de pensamientos que tanto me habían intrigado en el mundo nuboso.

—Se siente como telepatía —respondió Aenea—, pero no hay nada místico en ello. Los akerataeli aprendieron nuestro idioma a la antigua. Sus simbiontes zeplin oían las vibraciones sónicas y los akerataeli las analizaban. Controlan a los zeplin con pulsaciones de microondas de larga distancia.

—El zeplin fue la criatura que me devoró en el mundo nuboso —dije.

—Sí —dijo Aenea.

—¿Como los zeplins de Remolino?

—Sí, y también de la atmósfera de Júpiter.

—Pensé que los cazadores habían causado su extinción durante los primeros años de la Hégira.

—Los erradicaron de Remolino —dijo Aenea—. Y de Júpiter, aun antes de la Hégira. Pero no estabas en Júpiter ni Remolino, sino en otro gigante gaseoso rico en oxígeno que se encuentra seiscientos años-luz dentro del Confín.

Asentí.

—Lamento haber interrumpido. Hablabas de pulsaciones de microondas...

Aenea hizo ese grácil gesto desdeñoso que le conocía desde que era niña.

—Sólo decía que controlan los actos de sus simbiontes, los zeplins, con una estimulación de microondas de ciertos centros nerviosos y cerebrales. Hemos autorizado a los akerataeli a estimular nuestros centros de lenguaje, de modo que «oímos» sus mensajes. Entiendo que para ellos es como tocar un piano complicado.

Asentí, pero sin entender del todo.

—Los akerataeli también son una raza que viaja por el espacio —dijo el padre capitán De Soya—. A través de los milenios, han colonizado más de diez mil gigantes gaseosos ricos en oxígeno.

—¡Diez mil! —exclamé. Creo que por un momento quedé literalmente boquiabierto. La humanidad había viajado por el espacio durante más de mil doscientos años, pero habíamos explorado y colonizado menos del diez por ciento de esa cantidad de planetas.

—Los akerataeli se han dedicado a ello por más tiempo que nosotros —dijo De Soya.

Miré las vibrantes plaquetas. No tenían ojos, y mucho menos oídos. ¿Nos estaban oyendo? Sin duda, pues uno de ellos había respondido a mis pensamientos. ¿Podían leer mentes además de estimular pensamientos?

Mientras yo los miraba, se reanudó la conversación entre los humanos y los éxters.

—Los informes son fiables —dijo el pálido éxter a quien luego me presentarían como Navson Hamnim—. Hay por lo menos trescientas naves clase arcángel en el sistema Lacaille 9352. Cada nave tiene un representante de la Orden de los Caballeros de Jerusalén, o Malta. Sin duda es una cruzada de gran envergadura.

»Lacaille 9352 —continuó Navson Hamnim—. Los datos fueron enviados por el único correo Gedeón que hemos dejado... De las tres naves mensajeras capturadas durante tus incursiones, dos fueron destruidas. Estamos bastante seguros de que la nave exploradora que despachó este correo fue detectada y destruida segundos después.

—Trescientos arcángeles —dijo De Soya. Se frotó las mejillas—. Si saben que estamos enterados de su presencia, podrían efectuar un salto Gedeón aquí dentro de días u horas. Si calculamos dos días de resurrección, quizá tengamos menos de tres días para prepararnos. ¿Las defensas han mejorado desde que partí?

Otro éxter, a quien luego conocería como Systenj Coredwell, abrió las manos en un gesto que luego reconocería como «en absoluto». Noté que una membrana unía los largos dedos.

—La mayoría de las naves de combate han tenido que saltar a la Gran Muralla para detener al grupo de tareas CABEZA DE CABALLO. La lucha es muy enconada. Se espera que pocas naves regresen.

—¿Dicen tus informes si Pax sabe lo que tienes aquí? —preguntó Aenea.

Navson Hamnim abrió la mano en una sutil variación del gesto de Coredwell.

—Creemos que no. Pero ahora saben que ésta ha sido una base importante para nuestras recientes batallas defensivas. Sospecho que creen que es sólo una base más, quizá con un anillo arbóreo orbital parcial.

—¿Podemos hacer algo para desbaratar la cruzada antes que lleguen aquí? —preguntó Aenea, dirigiéndose a todos los presentes.

—No.

La contundente negativa venía del hombre alto que habían presentado como coronel Fedmahn Kassad. Su inglés de la Red tenía un acento extraño. Era un sujeto delgado y musculoso de barba fina. Los *Cantos* del viejo poeta presentaban a Kassad como un joven, pero este guerrero tenía sesenta años estándar, con gruesas arrugas alrededor de la boca y los ojos, la tez oscura curtida por el sol del desierto o el ultravioleta del espacio profundo. Tenía el cabello corto, rígido y cano.

Todos miraron a Kassad.

—Con la nave de De Soya destruida —dijo el coronel—, hemos perdido la posibilidad de atacar y huir rápidamente. Las pocas naves Hawking que nos quedan tendrían una deuda temporal de dos meses para el salto de ida y vuelta a Lacaille 9352. Los arcángeles habrían venido y se habrían ido... y estaríamos indefensos.

Navson Hamnim se alejó de la pared y flotó con el costado derecho hacia arriba en relación con Kassad.

—En todo caso, estas pocas naves no nos ofrecen ninguna defensa —murmuró en el melodioso inglés de la Red—. ¿No sería mejor morir mientras atacamos?

Aenea se interpuso entre ambos.

—Sería mejor no pensar en morir —dijo—. Ni en permitir que destruyan la biosfera.

Un sentimiento positivo, dijo una voz en mi cabeza. Pero no todos los pensamientos positivos pueden ser sustentados por ráfagas de acción posible.

—Es verdad —dijo Aenea, mirando a las plaquetas—, pero tal vez, en este caso, esas ráfagas empiecen a soplar.

Corrientes ascendentes para todos, dijo la voz en mi cabeza. Las plaquetas se desplazaron hacia la pared, que se abrió, y se marcharon.

Aenea recobró el aliento.

—¿Por qué no nos reunimos en el *Yggdrasill* para compartir la comida dentro de siete horas y seguimos deliberando? Tal vez alguien tenga una idea.

Nadie se opuso. Los humanos, éxters y seneschai salieron por varios orificios que no estaban allí un instante antes.

Aenea se acercó y me abrazó de nuevo. Le acaricié el cabello.

—Amigo mío —murmuró—. Ven conmigo.

Su vivienda privada —nuestra vivienda privada, me aclaró— era muy parecida a aquella donde yo había despertado, aunque aquí había estantes orgánicos, nichos, superficies para escribir, cubículos de almacenaje e instalaciones comlog. Algunas prendas que yo había dejado en la nave estaban plegadas en un cubículo, y encontré mis botas de repuesto en un cajón de fibroplástico.

Aenea sacó comida de un cubículo refrigerador y se puso a preparar bocadillos.

—Debes tener hambre, querido —dijo, cortando trozos de pan. Vi queso de cigocabra en la superficie cero g, algunos trozos envueltos de carne vacuna que debía venir de la nave, bulbos de mostaza y varias jarras de cerveza de arroz de T'ien Shan. De pronto me sentí famélico.

Los bocadillos eran grandes y gruesos. Ella los sirvió en platos de fibra, cogió su comida y un bulbo de cerveza y se dirigió a la pared externa. Se abrió un portal.

Iba a alertarla, diciéndole que allí estaba el espacio, que ambos sufriríamos una descompresión y moriríamos horriblemente.

Aenea salió por el portal orgánico y yo la seguí.

Pasarelas, puentes colgantes, escaleras adhesivas, balcones y terrazas de fibra vegetal dura como acero serpeaban como hiedra entre vainas, tallos, ramas y troncos. También había aire respirable. Olía como un bosque después de la lluvia.

—Campo de contención —dije, pensando que era de esperar. A fin de cuentas, si la antigua nave estelar del cónsul tenía un mirador... Miré alrededor—. ¿Cuál es la fuente de energía? ¿Receptores solares?

—Indirectamente —dijo Aenea, encontrando un banco y una estera. No había barandas en ese diminuto mirador. La enorme rama (con treinta metros de grosor) terminaba en una profusión de hojas encima de nosotros y la red de troncos y tallos que había «debajo» me convenció de que estábamos a una altura de muchos kilómetros en una pared hecha de vigas verdes entrecruzadas. Resistí el impulso de arrojarme al suelo y aferrarme. Un radiante espejín pasó volando, seguido por un avecilla con cola bifurcada.

—¿Indirectamente? —pregunté, masticando el bocadillo.

—Los ergs convierten la mayor parte de la luz solar en campos de contención —continuó mi amiga, bebiendo cerveza y mirando esa infinitud de hojas que nos rodeaban, vueltas hacia la brillante estrella. No había aire suficiente para darnos un cielo azul, pero el campo de contención polarizaba el lado del sol, de modo que no nos encandilábamos al mirar en esa dirección.

Casi escupí la comida, pero logré tragarla.

—¿Ergs? ¿Los domadores de energía de Aldebarán? ¿En serio? ¿Ergs como el que llevaban en la última peregrinación de Hyperion?

—Sí —dijo Aenea, clavándome sus ojos oscuros.

—Creí que estaban extinguidos.

—No.

Bebí un largo sorbo de cerveza.

—Estoy confundido.

—Tienes derecho a estarlo, amigo.

—Este lugar... —Señalé la muralla de ramas y hojas que se perdía en la distancia, la remota curva verdinegra—. Es imposible.

—No del todo. Los templarios y éxters han trabajado en él, junto con otros, durante mil años.

Me puse a masticar de nuevo. El queso y la carne estaban deliciosos.

—Conque aquí trajeron esos millones de árboles cuando abandonaron Bosquecillo de Dios durante la Caída.

—Algunos —dijo Aenea—, pero ya hacía tiempo que los templarios trabajaban con los éxters para desarrollar anillos arbóreos orbitales y biosferas.

Miré hacia arriba. Las distancias eran vertiginosas. La sensación de estar en esta pequeña plataforma a tantos kilómetros de «altura» me causaba mareo. Debajo de nosotros y a la derecha, algo que parecía una rama verde y diminuta se movía lentamente en la espesura. Vi el campo energético que la rodeaba y comprendí que estaba mirando una de las legendarias naves arbóreas templarias, sin duda de kilómetros de longitud.

—¿Entonces esto está terminado? —pregunté—. ¿Una esfera de Dyson? ¿Una esfera alrededor de una estrella?

Aenea negó con la cabeza.

—En absoluto, aunque hace veinte años estándar anudaron todos los filamentos de los troncos primarios. Técnicamente es una esfera, pero a estas alturas consiste principalmente en agujeros, algunos de millones de kilómetros de diámetro.

—Increíble —dije, comprendiendo que esa palabra era trivial. Me froté las mejillas, sintiendo la barba crecida—. ¿Estuve inconsciente dos semanas?

—Quince días estándar.

—Habitualmente el automédico es más rápido —dije. Terminé el bocadillo, dejé el plato y me concentré en la cerveza.

—Habitualmente —convino Aenea—. Rachel debe haberte dicho que pasaste un período relativamente breve en el autodoc. Ella se encargó de la mayor parte de las operaciones.

—¿Porqué?

—El automédico estaba lleno. Te descongelamos en cuanto llegamos aquí, pero los tres pacientes estaban en mal estado. De Soya estuvo al borde de la muerte durante una semana. El sargento Gregorius tenía heridas de mayor gravedad de lo que aparentaba cuando lo encontramos en el Gran Pico. Y el tercer oficial, Carel Shan,

murió a pesar de los esfuerzos del autodoc y los médicos éxters.

—Maldición. Lamento saberlo. —Uno se acostumbraba a que los autocirujanos curasen casi todo.

Aenea me miró con tal intensidad que sentí que sus ojos me entibiaban la piel igual que la potente luz solar.

—¿Cómo estás, Raul?

—Sensacional. Un poco de dolor. Siento que se curan las costillas. Las cicatrices me causan picor. Y tengo la sensación de haber dormido dos semanas de más... pero me siento bien.

Me cogió la mano. Noté que tenía los ojos húmedos.

—Me habría enfadado mucho si te hubieras muerto —dijo al cabo de un instante.

—También yo. —Le estrujé la mano. De repente me puse de pie, soltando la cerveza en el aire y casi echando a volar. Sólo las suelas de velero de mis zapatos me retuvieron—. ¡Recórcholis!

Señalé a lo lejos. Parecía un calamar de un par de metros de largo. Mi experiencia y mi creciente sentido de la perspectiva me decían que no era así.

—Un zeplin —dijo Aenea—. Los akerataeli tienen miles trabajando en la biosfera. Permanecen dentro de los bolsones de CO_2 y O_2.

—No me comerá de nuevo, ¿verdad?

Aenea sonrió.

—Lo dudo. El que te probó ya debe haber corrido la voz.

Busqué mi cerveza, vi que el bulbo flotaba a cien metros, pensé en ir a buscarlo, me arrepentí y me senté en el banco adhesivo.

Aenea me dio su bulbo.

—Toma. Nunca puedo terminar estas cosas. ¿Alguna otra pregunta?

Tragué cerveza e hice un gesto de indiferencia.

—Bien, parece que por aquí hay una pandilla de gente extinguida, mítica y muerta. ¿Puedes explicarme?

—¿Por extinguida te refieres a los zeplins, los seneschai y los templarios?

—Sí. Y los ergs... aunque aún no he visto ninguno.

—Los templarios y los éxters han trabajado para preservar esas especies en peligro tal como los colonos de Alianza Maui intentaron salvar a los delfines de Vieja Tierra. Las han protegido de los primeros colonos de la Hégira, luego de la Hegemonía, y ahora de Pax.

—¿Y la gente mítica y muerta?

—¿El coronel Kassad?

—Y Het Masteen. Y, llegado el caso, Rachel. Parece que aquí tenemos a todo el elenco de los malditos *Cantos*.

—No todo —dijo Aenea con voz triste—. El cónsul ha muerto. Al padre Duré no

se le permite vivir. Y mi madre se ha ido.

—Lo lamento, pequeña.

Me tocó la mano de nuevo.

—Está bien. Sé a qué te refieres. Es desconcertante.

—¿Ya conocías al coronel Kassad y a Het Masteen?

Aenea negó con la cabeza.

—Mi madre me habló de ellos... y el tío Martin añadió ciertas cosas a su poema. Pero se fueron antes de que yo naciera.

—Se fueron —repetí—. ¿No querrás decir que se murieron?

Procuré recordar las estrofas de los *Cantos*. Según la narración del viejo poeta, Het Masteen, la Verdadera Voz del Árbol, había desaparecido cuando viajaban en carreta eólica por el Mar de Hierba de Hyperion, poco antes de que su nave arbórea, el *Yggdrasill*, ardiera en órbita. La sangre que había en el camarote del templario sugería que había sido el Alcaudón. Había dejado al erg en un cubo de Moebius. Poco después habían encontrado a Masteen en el Valle de las Tumbas de Tiempo y no había podido explicar su ausencia. Sólo había dicho que la sangre que había en la carreta no era suya y que su misión era ser la Voz del Árbol del Dolor. Y había muerto.

Kassad había desaparecido en el mismo momento, poco después de entrar en el Valle de las Tumbas de Tiempo, pero el coronel, según los *Cantos*, había seguido a su amante fantasma, Moneta, al futuro lejano, donde debía perecer en combate con el Alcaudón. Cerré los ojos y recité:

Luego, en el valle ensangrentado,
Moneta y un puñado de guerreros,
todos heridos,
por la furia del Alcaudón azotados,
encontraron el cuerpo de Fedmahn Kassad,
aún unido en mortal abrazo
al silencioso Alcaudón.
Alzaron al guerrero, lo llevaron, lo tocaron
con pasmo nacido del dolor y la batalla
Lavaron y cuidaron el lacerado cuerpo,
trasladaron al héroe al Monolito de Cristal
y lo tendieron en un catafalco de blanco mármol,
las armas a sus pies.
En el valle una gran fogata iluminaba
el aire.
Hombres y mujeres humanos llevaban antorchas

en la oscuridad
mientras otros descendían raudamente
en la mañana azul
y aun otros llegaban en mágicas naves, burbujas de luz,
y otros bajaban en alas de energía
o en círculos verdes y dorados.
Más tarde, mientras ardían los astros,
Moneta dijo adiós a sus amigos del futuro
y entró en la Esfinge.
Cantaron multitudes.
Alimañas furtivas hurgaban entre pendones caídos
en el campo donde cayeron los héroes,
y donde el viento susurrante acariciaba
un caparazón erizado de púas aceradas.
Y así,
en el Valle,
las grandes Tumbas titilaron,
tornóse bronce su color dorado,
y emprendieron su viaje de regreso.

—Vaya memoria —dijo Aenea.

—Grandam me pegaba si me equivocaba. No cambies de tema. Entiendo que el templario y el coronel están muertos.

—Lo estarán. Todos lo estaremos.

Esperé a que saliera de su fase sibilina.

—Los *Cantos* dicen que Het Masteen fue llevado a alguna parte... a algún tiempo... por el Alcaudón —dijo Aenea—. Murió en el Valle de las Tumbas de Tiempo después de regresar. El poema no decía si había desaparecido una hora o treinta años. El tío Martin no lo sabía.

Entorné los ojos.

—¿Qué hay de Kassad, pequeña? Los *Cantos* son bastante específicos en esto... el coronel sigue a Moneta al futuro lejano, se traba en batalla con el Alcaudón...

—Con legiones de Alcaudones —corrigió mi amiga.

—Sí —admití. Nunca había entendido bien esa parte—. Pero parece haber bastante continuidad. La sigue, pelea, muere, guardan su cuerpo en el Monolito de Cristal, y el monolito y Moneta inician el largo viaje de regreso en el tiempo.

Aenea asintió y sonrió.

—Con el Alcaudón —dijo.

Vacilé. El Alcaudón había salido de las Tumbas. Moneta había viajado con el

Alcaudón. Así, aunque los *Cantos* decían que Kassad había destruido al Alcaudón en esa gran batalla final, el monstruo estaba vivo y regresaba en el tiempo con Moneta y el cuerpo de Kassad.

Maldición. ¿El poema realmente dice que Kassad había muerto?

—El tío Martin tuvo que inventar partes de la narración —dijo Aenea—. Rachel le había dado algunas descripciones, pero él se permitió ciertas licencias poéticas en las partes que no entendía.

—Aja. —Rachel. Moneta. Los *Cantos* sugerían claramente que la niña Rachel, que viajó con su padre Sol al futuro, regresaría como la mujer Moneta, la amante fantasma del coronel Kassad. La mujer que él seguiría al futuro, a su destino... ¿Y qué me había dicho Rachel unas horas antes, cuando yo sospechaba que ella y Aenea eran amantes? «Estoy liada con un soldado a quien conocerás hoy. Mejor dicho, estaré liada con él algún día. Es decir... maldición, es complicado.»

Vaya que sí. Me dolía la cabeza. Dejé la cerveza y me cogí la cabeza entre las manos.

—Es más complicado de lo que parece —dijo Aenea.

Entreabrí los dedos para mirarla.

—¿Puedes explicármelo?

—Sí, pero...

—Lo sé. En otra oportunidad.

—Sí —dijo Aenea, apoyando su mano en la mía.

—¿Algún motivo por el cual no podamos hablar de ello ahora? —pregunté.

—Tenemos que ir a nuestra habitación y opacar las paredes —dijo Aenea.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Y luego qué?

—Luego —dijo Aenea, desprendiéndose de la estera adhesiva y llevándome consigo— haremos el amor durante horas.

25

Cero g, ausencia de peso.

No había sabido apreciar esos términos y esa realidad.

Nuestro habitáculo quedó oscurecido de tal modo que la rica luz vespertina relucía como a través de un grueso pergamino. Una vez más tuve la impresión de estar en un tibio corazón. Una vez más comprendí hasta qué punto Aenea estaba en mi corazón.

Al principio el encuentro rayó en lo clínico, mientras Aenea me quitaba la ropa e inspeccionaba las cicatrices quirúrgicas, tocaba con suavidad mis costillas reparadas y me pasaba la palma por la espalda.

—Debería afeitarme y ducharme —dije.

—Pamplinas —susurró mi amiga—. Te he dado baños sónicos y de esponja todos los días, incluso esta mañana. Estás totalmente limpio, querido. Y me gustan esas patillas. —Me pasó los dedos por la mejilla.

Flotamos sobre los redondos estantes del cubículo.

Ayudé a Aenea a quitarse la camisa, los pantalones, la ropa interior. Ella pateaba cada prenda hacia la gaveta, y cerró el panel de fibra con el pie descalzo cuando todo estuvo adentro. Ambos reímos. Mis ropas flotaban, las mangas de mi camisa gesticulaban en cámara lenta.

—Iré a buscar... —dije.

—No, no irás —dijo Aenea, estrechándome.

Aun los besos exigen nuevas habilidades en cero g. El cabello de Aenea le aureolaba la cabeza como una corona solar cuando la besé: labios, ojos, mejillas, frente, de nuevo labios. Rodamos despacio, rozando la pared reluciente y lisa. Estaba tan tibia como la carne de mi querida amiga. Uno de nosotros la empujó y giramos juntos hacia el centro del ovoide.

Nuestros besos se volvieron más urgentes. Cada vez que nos movíamos para abrazarnos, rotábamos alrededor de un centro invisible de masa, los brazos y las piernas enlazados. Sin separarnos ni interrumpir el beso, extendí un brazo, esperé a estar junto a la pared y detuve nuestros giros. Mi empellón nos alejó de la pared reluciente y nos envió de nuevo hacia el centro.

Aenea interrumpió el beso y echó la cabeza hacia atrás, aún aferrando mis brazos, mirándome a distancia. Yo había visto su sonrisa miles de veces en los últimos diez años de su vida —creía conocer todas sus sonrisas—, pero ésta era más profunda, más adulta, más misteriosa, más picara que nunca.

—No te muevas —susurró, y rotó apoyándose en mi brazo.

—Aenea...

Fue todo lo que pude decir. Después no pude hablar más. Cerré los ojos, sin pensar en nada salvo en las sensaciones. Sentía las manos de mi amada en mis piernas, atrayéndome hacia ella.

Al cabo de un instante, apoyó las rodillas en mis hombros, los muslos en mi pecho. Tendí las manos hacia su espalda y la estreché, deslizando mi mejilla por los fuertes músculos de sus muslos. En Taliesin Oeste había un cocinero que tenía una gata tabby; muchas noches, cuando yo estaba sentado a solas en la terraza oeste, mirando el ocaso mientras las piedras irradiaban el calor del día, esperando la hora en que Aenea y yo nos sentaríamos en su refugio para charlar de todo y de nada, miraba la gata que lamía lentamente su cuenco de crema. Ahora recordé a esa gata, pero a los pocos minutos sólo pude concentrarme en mis abrumadoras sensaciones: mi querida amiga abriéndose a mí, el sutil sabor del mar, nuestros movimientos de marea, una lenta pero creciente palpitación en mi centro.

No sé cuánto tiempo flotamos así. Esa arrasadora excitación es un fuego que consume el tiempo. La intimidad total es una liberación de las exigencias espaciotemporales del universo. Sólo las crecientes prerrogativas de nuestra pasión y la ineluctable necesidad de una intimidad aún mayor marcaban los minutos de nuestro amor físico.

Aenea abrió aún más las piernas, se apartó, me liberó con la boca pero no con la mano. Giramos de nuevo en la luz sepia, sus dedos tensos y mi excitación en el centro de esa rotación lenta. Nos besamos, los labios húmedos, mientras Aenea me estrechaba con su cuerpo.

—Ahora —susurró, y obedecí.

Si hay un auténtico secreto del universo, está aquí, en estos primeros segundos de calidez, penetración y total aceptación por parte de nuestra amada. Nos besamos de nuevo, girando, rodeados por la luz cálida. Abrí los ojos el tiempo suficiente para ver el cabello de Aenea ondeando como la capa de Ofelia en el vinoso mar de aire. Era como abrazar a mi amada en aguas saladas y profundas, flotando sin peso, su tibieza cubriéndome como la marea, nuestros movimientos regulares como olas sobre arena.

—Oh —susurró Aenea un momento después de esta perfección.

Dejé de besarla para investigar qué nos separaba.

—La ley de Newton —susurré.

—Por cada acción... —rió Aenea, sosteniéndome los hombros como una nadadora deteniéndose a descansar.

—Una acción igual y opuesta —concluí, sonriendo hasta que me besó de nuevo.

—Solución —susurró Aenea. Cerró sus piernas sobre mis caderas. Sus pechos flotaban entre ambos, sus pezones me acariciaban el pecho.

Luego se echó hacia atrás, de nuevo la nadadora, esta vez flotando, los brazos

tendidos pero los dedos aún entrelazados con los míos. Seguimos girando despacio alrededor de nuestro centro de gravedad común, un movimiento lento, y mi cabeza subía y bajaba como si montara una marsopa que hacía cabriolas en las soleadas profundidades, pero ya no me interesaba la elegante balística de nuestro acto, sólo el acto. Nos movimos más rápido en el cálido mar de aire.

Minutos después, Aenea soltó mis manos, se irguió mientras rodábamos juntos, hundió sus cortas uñas en mi espalda, me besó con frenética voracidad y apartó la boca para jadear y gritar, una vez, suavemente. En el mismo instante, sentí que su cálido universo se cerraba alrededor de mí con esa palpitación breve y ceñida, ese pulso íntimo y compartido. Un segundo después fui yo quien jadeó, aferrándola mientras palpitaba en su interior, susurrándole en el cuello salado y el cabello flotante.

—Aenea... Aenea...

Una plegaria. Mi única plegaria de entonces. Mi única plegaria de hoy.

Flotamos largo rato juntos aun después de volver a ser dos personas en vez de una. Nuestras piernas aún estaban entrelazadas, nuestros dedos se acariciaban. Le besé el cuello y sentí su pulso como un eco de memoria contra mis labios. Ella me pasó los dedos por el cabello sudado.

En ese momento no importaba el pasado. Tampoco importaba ningún terrible acontecimiento del futuro. Lo que importaba era su piel contra la mía, su mano sosteniéndome, el perfume de su cabello y su piel y la calidez de su aliento contra mi pecho. Esto era *satori*. Esto era la verdad.

Aenea se alejó un instante para traer una toalla caliente y húmeda del cubículo. Nos turnamos para enjugarnos el sudor. Mi camisa pasó flotando, intentando nadar en la corriente de aire con las mangas vacías. Aenea rió, siguió frotándome lentamente con la toalla. Ese sencillo acto pronto fue otra cosa.

—Eh —dijo sonriendo—. ¿Qué está pasando?

—¿La ley de Newton?

—Tiene sentido —susurró ella—. ¿Entonces cuál sería la reacción si yo hiciera... esto?

Creo que los dos nos sorprendimos del resultado instantáneo de su experimento.

—Faltan horas para la reunión en la nave arbórea —murmuró Aenea. Le dijo algo a la vaina viviente y la pared curva se volvió absolutamente transparente. Era como si flotáramos entre esas ramas y hojas gigantescas, alternativamente bañados por el sol y sumergidos en la noche y las estrellas.

—No te preocupes —dijo Aenea—, podemos ver hacia fuera, pero el exterior es opaco, reflectante.

—¿Cómo puedes estar segura? —susurré, besándole de nuevo el cuello, buscando su suave pulso.

Aenea suspiró.

—Supongo que no podemos estar seguros sin salir a mirar. El problema de David Hume.

Traté de recordar los libros de filosofía que había leído en Taliesin, recordé nuestras charlas sobre Berkeley, Hume y Kant, y me eché a reír.

—Podemos cerciorarnos de otro modo —dije, acariciándole las pantorrillas y las piernas con mis pies descalzos.

—¿Cuál? —murmuró mi amiga, los ojos cerrados.

—Si alguien puede ver adentro —dije, flotando detrás de ella, frotándole la espalda sin permitir que se alejara—, habrá una gran multitud de ángeles éxters, naves templarias y graneros cometarios flotando ahí afuera dentro de treinta minutos.

—¿Sí? —dijo Aenea, sin abrir los ojos—. ¿Y por qué?

Empecé a mostrárselo.

Ella abrió los ojos.

—Cielos —murmuró.

Temí haberla escandalizado.

—¿Raul? —susurró.

—¿Sí? —dije, sin detenerme en lo que hacía. Cerré los ojos.

—Tal vez tengas algo de razón en cuanto a la pared —dijo Aenea, suspirando más hondamente.

—¿SÍ?

Ella me cogió las orejas, flotó, se me acercó más y susurró:

—¿Por qué no dejamos que el exterior sea transparente y la pared interna reflectante?

Abrí los ojos.

—Sólo bromeaba —susurró Aenea, alejándose de la pared, llevándome consigo hacia la esfera central de aire cálido.

Las estrellas ardían alrededor.

Asistimos a la cena y conferencia del *Yggdrasill* con ropa formal negra. La visita a una de las legendarias naves arbóreas me había creado grandes expectativas y me decepcioné un poco al comprobar que habíamos pasado de las ramas de la biosfera a la nave sin que yo me diera cuenta. Sólo cuando cientos de nosotros estuvimos reunidos en una serie de plataformas y vainas abiertas —cuando la nave se desprendió y se alejó de esas hojas grandes como ciudades, esas ramas grandes como provincias, esos troncos grandes como continentes— comprendí que estábamos a bordo y en movimiento.

El *Yggdrasill* debía tener poco más de un kilómetro de longitud desde la ahusada copa del árbol hasta las resplandeciente raíces de hirviente energía de fusión. Al

desplazarnos recobramos un poco de gravedad, quizás un porcentaje mínimo, pero aun así era desconcertante después de tanto tiempo en cero g. Sin embargo nos ayudó a orientarnos, pues todos pudimos sentarnos ante mesas y mirarnos a los ojos en vez de buscar una posición flotante. Pensé en Aenea y las últimas horas que habíamos pasado juntos y me sonrojé. Había mesas y sillas en las plataformas, y muchos de los que no estaban sentados ocupaban los puentes colgantes que unían las plataformas a ramas más extensas, o las escaleras de caracol que ascendían por ramas y hojas que rodeaban el tronco central como lianas, o bien colgaban de hamacas y pérgolas.

Aenea y yo estábamos sentados a la redonda mesa central junto a Het Masteen, Verdadera Voz del Árbol, los dirigentes éxters y una cuarentena de templarios, refugiados de T'ien Shan y otros. Yo estaba a la izquierda de Aenea. Los dignatarios templarios estaban sentados a su derecha. Aun ahora recuerdo el nombre de la mayoría de ellos.

Además del capitán de la nave, Het Masteen, había media docena de templarios, entre ellos Ket Rosteen, Verdadera Voz del Árbol Estelar, Sumo Sacerdote del Muir y Vocero de la Hermandad Templaria. Los éxters incluían a Systenj Coredwell y Navson Hamnim, pero había otros que tenían un aspecto similar a estos arquetipos altos y delgados: Am Chipeta y Kent Quinkent, una pareja de éxters más morenos y más bajos, con ojos vivaces y sin membranas entre los dedos; Sian Quintana Ka'an, una mujer que usaba una espléndida túnica de plumas brillantes o había nacido con ellas, y sus amigos de plumas azules. Paul Uray y Morgan Bottoms. Otros dos, Drivenj Nicaagat y Palou Koror, congeniaban más con el estereotipo éxter, pues estaban adaptados al vacío y usaban sus dermotrajes plateados.

Había cuatro seneschai aluit de Hebrón: LLeeoonn y OOeeaall, a quienes había conocido en la reunión anterior, y un par que Aenea presentó como AAllooee y NNeelloo. Supuse que los cuatro estaban emparentados o casados de alguna manera compleja.

Los akerataeloi parecían estar ausentes, hasta que Aenea señaló un lugar entre las ramas donde la microgravedad era aún menor, y allí, entre los espejines y aves-fulgor, flotaban los seres semejantes a plaquetas. Aun los ergs que controlaban el campo de contención de la nave arbórea estaban presentes indirectamente, en tres cubos de Moebius con cubos traductores encastrados en sus matrices negras.

El padre capitán De Soya estaba a mi izquierda, con el sargento Gregorius al lado. Junto al sargento estaba el coronel Fedmahn Kassad, con su uniforme negro de FUERZA, como un holo del pasado de la Hegemonía. Junto a Kassad estaba la Marrana del Rayo, tan erguida y altiva como el guerrero de FUERZA, y junto a ella, con ojos brillantes y atentos, estaba Getswang Ngwang Lobsang Tengin Gyapso Sisunwangyur Tshungpa Mapai Dhepal Sangpo, el Dalai Lama niño.

Los demás refugiados de T'ien Shan estaban en la plataforma, y vi a Lhomo

Dondrub, Labsang Samten, George y Jigme, Haruyuki, Kenshiro, Voytek, Viki, Kuku, Kay y otros ante la mesa principal. Más allá de los templarios estaban A. Bettik, Rachel y Theo Bernard. Rachel no apartaba los ojos del coronel Kassad, salvo para mirar a Aenea cuando ella hablaba. Era como si los demás no estuviéramos allí.

Diminutos criados templarios que Aenea describió como clones tripulantes nos sirvieron agua y bebidas más fuertes y por un rato charlamos cortésmente. Luego se hizo un silencio profundo como una plegaria. Cuando Ket Rosteen, Verdadera Voz del Árbol Estelar, se levantó para hablar, todos los demás se pusieron de pie.

—Amigos míos —dijo—, hermanos en el Muir, honorables aliados éxters, hermanos sentientes del máximo árbol de la vida, humanos refugiados de Pax, muy reverenciada La Que Enseña.

»Como sabemos la mayoría de los presentes, el período que la Iglesia del Alcaudón llamaba los Días de la Expiación, que ya nos han acompañado durante casi tres siglos, toca a su fin. La Verdaderas Voces de la Hermandad del Muir han seguido tanto la senda de la profecía como la senda de la conservación, aguardando los hechos mientras acontecían, plantando semillas mientras el suelo de la revelación se revelaba fértil.

»En los meses y años venideros se determinará el futuro de muchas especies, no sólo la humana. Aunque hay entre nosotros quienes han recibido el don de vislumbrar imágenes del futuro, probabilidades arrojadas como dados sobre el desigual paño del espacio y el tiempo, aun estos privilegiados saben que no existe un futuro ordenado de antemano. Los acontecimientos son fluidos. El futuro es como el humo de un bosque en llamas, y el viento, ciertos hechos específicos o el coraje personal se encargan de soplar las chispas y rescoldos de la realidad en una u otra dirección.

»En este día, en esta nave arbórea, en la *Yggdrasill* renacida y rebautizada, determinaremos la senda de nuestro futuro. Ruego a la Fuerza Vital entrevista por el Muir no sólo que sobreviva la Biosfera del Árbol Estelar, no sólo que sobreviva la Hermandad, no sólo que sobrevivan nuestros hermanos éxters, no sólo que sobrevivan nuestros perseguidos primos sentientes de los seneschai, los akerataeli, los ergs y los zeplin, no sólo que sobreviva la especie conocida como humanidad, sino que nuestras profecías comiencen a realizarse y que todas las especies de la amada vida, tanto la humanidad como la tortuga de caparazón blando y el boca de lámpara de Mare Infinitus, la araña saltarina y el árbol tesla, el mapache de Vieja Tierra y el halcón Thomas de Alianza Maui, que todas las especies amadas por la vida se unan en el renacer del respeto, en cuanto socios en el creciente ciclo de la vida del universo.

La Verdadera Voz del Árbol Estelar se volvió hacia Aenea con una inclinación.

—Te reverenciamos, La Que Enseña, y hoy estamos reunidos aquí por ti. Sabemos por las profecías, las de nuestra Hermandad y las de otros que han tocado el

nexo conocido como Vacío Que Vincula, que eres la mayor esperanza de conciliación entre la humanidad y el Núcleo, entre el género humano y otros géneros. También sabemos que el tiempo escasea y que el futuro inmediato alberga el potencial para el comienzo de esta conciliación y nuestra liberación, o para una destrucción casi total. Antes de tomar decisiones, los presentes deben hacer las preguntas finales. ¿Te unirás a nuestra discusión? ¿Es éste el momento de decir las cosas que deben decirse y comprenderse antes de que todos los mundos y moradas de los éxters, los templarios, Pax y la heterogénea humanidad se unan en la batalla final por el alma de la humanidad?

—Sí —dijo Aenea.

La verdadera Voz del Árbol se sentó. Aenea se puso de pie, esperó. Yo saqué mi pizarra del bolsillo del chaleco.

ÉXTER SYSTENJ COREDWELL: M. Aenea, respetadísima La Que Enseña, ¿puedes decirnos con certeza si la Biosfera, nuestro Árbol Estelar, se librará de la destrucción y del ataque de Pax?

AENEA: No puedo, ciudadano Coredwell. Y si pudiera, sería erróneo que hablara de ello. No es mi función predecir las probabilidades contenidas en los grandes epiciclos de caos que son los futuros. Puedo decir sin la menor duda que los próximos días y semanas determinarán si esta asombrosa Biosfera sobrevivirá o no. En gran medida lo determinarán nuestros propios actos. No existe un solo rumbo correcto.

Y deseo solicitar algo. Aquí hay amigos míos que son nuevos en el Árbol Estelar y el espacio éxter. Sería una ayuda para ellos que alguien explicara la historia de la raza éxter, de la Biosfera y otros proyectos, de la filosofía éxter y templaría.

ÉXTER SlAN QUINTANA KA'AN: Será un placer hablar con nuestros huéspedes, amiga Aenea. Es importante que todos los presentes comprendan lo que está en juego.

Como bien saben nuestros hermanos éxters y templarios, la raza éxter fue creada hace más de ochocientos años en veintenas de sistemas estelares alejados entre sí. Naves sembradoras humanas con colonos adiestrados en las artes genéticas fueron enviados desde el sistema de Vieja Tierra en las grandes expansiones pre-Hégira. En general estas naves sembradoras eran más lentas que la luz: flotas de toscas naves Bussard, naves de vela solar, naves de pala iónica, naves propulsadas por detonaciones nucleares, esferas gravitatorias Dyson, naves de contención de impulso láser... sólo unas docenas de las últimas naves sembradoras eran naves Hawking C-plus.

Estos colonos, nuestros antepasados, la mayoría viajando en un sueño frío más profundo que la fuga criogénica, se contaban entre los mejores ARNistas,

nanotécnicos e ingenieros genéticos de Vieja Tierra. Su misión era encontrar mundos habitables y, en ausencia de tecnología terraformadora, someter a bioingeniería y nanotecnología los millones de formas de vida terrícolas congeladas a bordo de sus naves, creando adaptaciones viables para esos mundos.

Como sabemos, un puñado de las naves sembradoras llegó a mundos habitables... Nueva Tierra, Tau Ceti, Mundo de Barnard. La mayoría llegó a sistemas donde no podía sobrevivir ninguna forma de vida. Los colonos tenían la opción de continuar, esperando que los sistemas de a bordo los mantuvieran durante largas décadas o siglos de viaje, o podían usar sus aptitudes de bioingenieros para adaptar sus cuerpos y los embriones de sus arcas a condiciones mucho más duras de las que habían previsto los planificadores.

Y eso hicieron. Usando la más avanzada nanotecnología, con métodos reprimidos por el TecnoNúcleo en Vieja Tierra y a principios de la Hegemonía, estos humanos se adaptaron a mundos inhóspitos y a los aún más inhóspitos espacios interplanetarios e interestelares. Al cabo de siglos, el uso del motor Hawking se había difundido en la mayoría de estos alejados enjambres de colonos éxters, pero el afán de encontrar mundos más propicios se había extinguido. Ahora deseaban seguir adaptándose, y permitir que todos los huérfanos de Vieja Tierra se adaptaran a las condiciones que ofrecieran el lugar y el espacio.

Y con esta nueva misión se desarrolló nuestra filosofía, imbuida de fervor religioso: propagar la vida por la galaxia, por todo el universo. No sólo la vida humana, no sólo las formas de Vieja Tierra, sino la vida en todas sus infinitas y complejas variaciones.

Quizás algunos de nuestros visitantes ignoren que el objetivo final de los éxters y nuestros hermanos templarios no es sólo el Árbol Estelar que vemos en derredor, sino que el aire, el agua y la vida llenen casi todo el espacio entre el Árbol Estelar y aquel sol amarillo.

La Hermandad del Muir y nuestras confederaciones de éxters desean el verdecer de la superficie, los mares y la atmósfera de cada mundo, de cada estrella, por medio de la vida.

Más aún, ansiamos el verdecer de la galaxia, crear zarcillos que lleguen a galaxias cercanas, supercuerdas de vida.

Un subproducto de esta filosofía, y el motivo por el cual la Iglesia y Pax procuran destruirnos, es que durante siglos hemos adaptado la evolución humana a las exigencias que nos impone el medio ambiente. Hasta ahora no hay especies humanas aparte del Homo sapiens. Todos nosotros podemos procrear con cualquier templario o humano de Pax. Pero las diferencias aumentan, la brecha genética se ensancha. Ya hay formas de humanidad éxter tan diferentes que bordeamos una nueva especie humana... y esas diferencias se legan genéticamente a nuestra prole.

La Iglesia no puede tolerarlo. Y así estamos ensarzados en esta guerra terrible, decidiendo si la humanidad debe seguir siendo una sola especie, o si se podrá permitir que continúe nuestra celebración de la diversidad en el universo.

AENEA: Gracias, ciudadana Sian Quintana Ka'an. Creo que todo esto ha ayudado a los amigos que son nuevos en el espacio éxter. También es importante que los demás lo recordemos mientras tomamos estas trascendentes decisiones. ¿Alguien más desea hablar?

DALAI LAMA: Amiga Aenea, tengo un comentario y una pregunta. La promesa de inmortalidad de Pax me indujo a pensar, al menos por un momento, en convertirme a la fe cristiana. Aquí todos aman la vida, es la brillante hebra de nuestro tejido común. ¿Puedes decirnos por qué el cruciforme es malo para nosotros? Y debo aclarar que su carácter de simbionte o parásito no es un obstáculo para mí ni para muchos otros. Nuestros cuerpos albergan muchas formas de vida, las bacterias de nuestras entrañas, por ejemplo, que se alimentan de nosotros pero nos dejan vivir. Amiga Aenea, ¿qué es el cruciforme? ¿Y por qué debemos evitarlo?

AENEA: (*cierra, los ojos con un suspiro, los abre para mirar los del niño*) Su Santidad, el cruciforme nació de la desesperación del TecnoNúcleo ante el ataque de Meina Gladstone, que provocó la Caída de los Teleyectores.

El TecnoNúcleo, como os he dicho a todos en diversos foros, vive y piensa sólo como parásito. En ese sentido, la humanidad ha sido largo tiempo un socio simbiótico del Núcleo. Nuestra tecnología fue creada y limitada por diseños del Núcleo. Nuestras sociedades fueron creadas, alteradas y destruidas por planes del Núcleo y temores del Núcleo. Nuestra existencia como seres humanos ha sido definida en gran medida por la incesante danza de miedo y parasitismo de las entidades IA del Núcleo.

Después de la Caída, cuando el Núcleo dejó de controlar la Hegemonía a través de sus esferas de datos y teleyectores, cuando el Núcleo perdió su mayor recurso informático —su parasitismo directo sobre miles de millones de cerebros humanos que recorrían el Vacío Que Vincula a través de los teleyectores—, tenía que encontrar un nuevo modo de explotar a la humanidad. Y tenía que encontrarlo sin dilación.

De ahí el cruciforme. Esto es nanotecnología en su expresión más refinada y más insultante. Nuestros amigos éxters usan la ingeniería genética avanzada combinada con la nanotecnología para promover la causa de la vida en el universo. El TecnoNúcleo, en cambio, la usa para promover la causa del hiperparasitismo.

Cada cruciforme está constituido por miles de millones de entidades nanotecnológicas conectadas con el Núcleo, cada cual en contacto con otros cruciformes y el Núcleo mediante un uso infame del Vacío Que Vincula. El TecnoNúcleo conoce el Vacío desde hace un milenio, y lo usa desde entonces. Mejor dicho, abusa de él. El impulso Hawking abrió agujeros en el Vacío. Los teleyectores rasgaron la tela esencial del Vacío. La metaesfera de información del Núcleo y la

ultralínea robaban información al Vacío Que Vincula en modos que cegaron a especies enteras, destruyeron milenios de recuerdos. Pero el cruciforme constituye el abuso más cínico y terrible.

El cruciforme no parece milagroso por su capacidad de restaurar una forma de vida, ya que la tecnología nos ha ofrecido variaciones sobre eso durante siglos, sino por su capacidad para restaurar la personalidad y los recuerdos del difunto. Cuando uno advierte que esto exige una capacidad de almacenamiento de información que supera los 6×10^{23} bytes por cada ser humano resucitado, el hecho del cruciforme parece realmente milagroso. Los que pertenecen a la jerarquía de la Iglesia Católica y conocen el papel secreto del Núcleo en todas las resurrecciones atribuyen este asombroso, imposible, poder informático al potencial de almacenamiento de la megaesfera del Núcleo.

Pero el Núcleo no posee esa capacidad. Aun cuando los Máximos intentaban crear la entidad informática artificial perfecta, la Inteligencia Máxima, analizadora de todas las variables, ninguna IA del Núcleo tenía capacidad para almacenar los bytes necesarios para que una sola personalidad humana pudiera ser grabada y resucitada. Aun si el Núcleo poseyera esa capacidad de almacenamiento de información, nunca tendría la energía necesaria para convertir átomos y moléculas en la entidad viviente precisa que es el cuerpo de un ser humano, y mucho menos para reproducir la intrincada danza ondulatoria que es una personalidad humana.

La resurrección de una persona era y sigue siendo imposible para el Núcleo.

Es decir, imposible a menos que saquee aún más el Vacío Que Vincula, ese medio transtemporal e interestelar que alberga la memoria y las emociones de todas las especies sentientes.

Y el Núcleo lo hizo sin vacilar. El Vacío Que Vincula registra la personalidad individual de todos los humanos que usan cruciforme... el cruciforme es sólo un dispositivo nanotecnológico de transferencia de datos engendrado por el Núcleo.

Pero cada vez que resucita una persona, partes de miles de personalidades, humanas o no, son borradas del registro permanente que es el Vacío Que Vincula. Los que han comulgado conmigo, los que han aprendido el idioma de los muertos y de los vivos, los que han intentado oír la música de las esferas y han evaluado el potencial de dar ese primer paso en el Vacío Que Vincula, comprenden el salvajismo de este acto vandálico. Debemos detenerlo. Yo debo detenerlo.

(*Aenea cierra los ojos un largo instante, los abre de nuevo y continúa*.)

Pero éste no es el único mal del cruciforme.

Insisto, las IAs del Núcleo son parásitos. No pueden dejar de serlo. Además de controlar a la humanidad por intermedio de la Iglesia —y de usar el cruciforme para infligir dolor, si falla todo lo demás—, tienen otro motivo para ofrecer a la humanidad la resurrección por el cruciforme.

Con la Caída de los Teleyectores, se interrumpió el uso de billones de neuronas humanas en el proyecto Inteligencia Máxima. Sin el ardid de los teleyectores para adherirse como sanguijuelas al cerebro humano, para robar la energía vital de las neuronas y los frentes ondulatorios holísticos de sus huéspedes humanos, para conectar millones de mentes humanas en dispositivos informáticos paralelos, el proyecto Inteligencia Máxima tuvo que detenerse. Con los cruciformes, este parasitismo del cerebro humano se ha reanudado.

Pero ahora es más complejo que el contacto de millones de mentes humanas trabajando en paralelo al servicio del Núcleo. Ya en el siglo veinte de nuestra era, los investigadores humanos que analizaban redes neuronales compuestas por inteligencias de silicio preIA, descubrieron que el mejor modo de volver creativa una red neuronal era matarla. En esos segundos de agonía, en los últimos nanosegundos de existencia de una conciencia sentiente, los procesos lineales y esencialmente binarios de las redes neuronales informáticas saltaban barreras, se volvían frenéticamente creativas, al liberarse del proceso binario de encendido-apagado.

Las simulaciones informáticas de juegos de guerra, a fines del siglo veinte, ya mostraban que las redes neuronales moribundas tomaban decisiones inesperadas pero muy creativas: la IA primitiva y preconsciente que controlaba una vapuleada flota marítima en una simulación, por ejemplo, de repente hundía sus buques averiados para que el resto de la flota pudiera escapar. Ése era el genio de la creatividad moribunda, no lineal, de la red neuronal.

El Núcleo carece de esa creatividad. Esencialmente, posee la arquitectura neuronal y serial de las CPU seriales desde donde evolucionó, acoplada con la mentalidad obsesiva y no creativa del parásito externo.

Con el cruciforme, esa gran red neuronal informática constituida por los cristianos con cruciforme ha encontrado una fuente de creatividad casi ilimitada. Lo único que necesita como catalizador de creatividad es la muerte de grandes sectores de la red neuronal. Y los humanos proveen esta materia prima en abundancia.

Las IAs del Núcleo acechan como vampiros para alimentarse de los cerebros humanos moribundos, sorbiendo la médula de creatividad de los huesos mentales de la humanidad. Y cuando las muertes están por debajo del nivel necesario, o cuando necesitan soluciones creativas, orquestan varios millones de muertes.

Ocurren accidentes extraños. La salud humana no es como hace pocos siglos. Hay incremento de la muerte por cáncer, las enfermedades cardíacas y males similares. Y hay formas aún más astutas de mortalidad planeada. Aunque Pax ha impuesto la paz dentro del imperio interestelar humano, los episodios de muerte violenta están aumentando. Se introducen nuevas formas de muerte. Las naves arcángel son un comienzo en ese sentido. La muerte es un producto barato para el cristiano renacido, pero para el Núcleo es una rica fuente de creatividad orquestada.

De ahí el cruciforme. Y de ahí, creo, al menos una razón para extirpar esas cosas del cuerpo humano y del alma humana.

(*Cuando Aenea calla, hay un largo silencio. Las hojas de la nave arbórea susurran en la brisa. Ninguno de los cientos de humanos y homínidos que hay en las plataformas, ramas, puentes o escaleras pestañea, tan intensamente miran a mi amiga. Al fin se alza una voz.*)

PADRE CAPITÁN DE SOYA: Yo todavía respeto los votos de un sacerdote católico. ¿No hay esperanza para mi Iglesia? No la Iglesia de Pax, sujeta al control del TecnoNúcleo y el capricho de hombres y mujeres codiciosos, sino la Iglesia de Jesucristo y los cientos de millones que siguieron Su palabra.

AENEA: Federico, padre De Soya, a ti te corresponde responder esa pregunta. A ti y a los fieles como tú. Pero puedo decirte que hay miles de millones de hombres y mujeres, algunos que llevan el cruciforme, otros que no, que anhelan regresar a una Iglesia que se interese en cuestiones espirituales, en las enseñanzas de Cristo y las cuestiones más profundas del corazón, en vez de esta obsesión con una resurrección falsa.

TEMPLARIO HET MASTEEN: Reverenciada La Que Enseña, quisiera cambiar de tema, pasar de lo cósmico y lo teológico a lo más personal y mezquino.

AENEA: Nada que tú digas podría ser mezquino, Verdadera Voz del Árbol Het Masteen.

TEMPLARIO HET MASTEEN: Estuve en la peregrinación de Hyperion con tu madre, reverenciada La Que Enseña.

AENEA: Ella me habló con frecuencia de ti, Verdadera Voz del Árbol Het Masteen.

TEMPLARIO HET MASTEEN: Y en mis conversaciones contigo, y con mis hermanos de la Hermandad del Muir, he llegado a entender que es mi destino servir al Muir y la causa de la Vida en esta era, tal como lo profetizaron hace siglos los que vieron el Vacío Que Vincula. Pero en estos días, y a pesar del esfuerzo de mis hermanos y mis amables amigos éxters, oí hablar del poema épico de Martin Silenus y encontré una edición de los *Cantos*...

AENEA: Lo lamento, Verdadera Voz del Árbol Het Masteen. Mi tío Martin escribió eso con lo que sabía, pero no lo sabía todo.

TEMPLARIO HET MASTEEN: Pero los *Cantos*, reverenciada La Que Enseña, dicen que los peregrinos, y mi amigo el coronel Kassad lo ha confirmado, me encuentran en Hyperion, en el valle de las Tumbas de Tiempo, y que muero poco después.

AENEA: Esto es verdad en el contexto de los *Cantos*, pero...

TEMPLARIO HET MASTEEN: (*alzando una mano para silenciar a mi amiga*) No me preocupa que mi retorno por el tiempo a la peregrinación de Hyperion,

y mi muerte, sean inevitables, reverenciada La Que Enseña. Entiendo que éste es sólo un futuro posible para mí... al margen de que sea probable o deseable. Pero deseo aclarar la verdad de las últimas palabras que pronuncio en los *Cantos* del viejo poeta. ¿Es verdad que poco antes de morir gritaré que soy el elegido, que debo guiar el Árbol del Dolor en el tiempo de la expiación?

AENEA: Así está escrito en los *Cantos*, Verdadera Voz del Árbol Het Masteen.

TEMPLARIO HET MASTEEN: (*sonriendo*) ¿Y ese tiempo se avecina, reverenciada La Que Enseña? ¿Usarás el *Yggdrasill* como Árbol de Dolor de nuestra expiación, como dicen las profecías?

AENEA: Lo haré, Verdadera Voz del Árbol Het Masteen. Dentro de unos días partiré para llevar a cabo esa expiación. Solicito formalmente que el *Yggdrasill* sea el instrumento de nuestro viaje y el instrumento de esa Expiación. Pediré a muchos de los presentes que me acompañen en ese viaje final. Y te solicito formalmente, Verdadera Voz del Árbol Het Masteen, que capitanees la nave arbórea *Yggdrasill*, luego conocida como Árbol del Dolor, en este viaje.

TEMPLARIO HET MASTEEN: Acepto formalmente tu invitación y convengo en capitanear la nave arbórea *Yggdrasill* en esta misión de expiación, reverenciada La Que Enseña.

(*Hay unos minutos de silencio*.)

CAPATAZ JIGME NORBU: Aenea, George y yo tenemos una pregunta.

AENEA: Sí, Jigme.

CAPATAZ JIGME NORBU: Nos has hablado del genocidio cometido por el TecnoNúcleo en mundos como Hebrón, Qom-Riyadh y otros. Bien, no es exactamente genocidio, pues las poblaciones han sido sometidas a una especie de sueño mortuorio, un terrible secuestro.

AENEA: Sí.

CAPATAZ JIGME NORBU: ¿Ha sucedido esto con nuestro amado T'ien Shan, las Montañas del Cielo, cuando partimos? ¿Nuestros amigos y familiares han sido silenciados con esa vara de muerte del Núcleo, y llevados a un mundo laberíntico?

AENEA: Sí, Jigme. Lamento decir que ha sucedido. En este momento están transportando los cuerpos.

KUKU SE: ¿Por qué? ¿Por qué secuestran estas poblaciones? Los judíos, los musulmanes, los hinduistas, los ateos, los marxistas... y ahora nuestro bello mundo budista. ¿Pax se propone destruir todos los demás credos?

AENEA: Ésa es la motivación de Pax y la Iglesia, Kuku. Para el TecnoNúcleo es un asunto mucho más complicado. Sin el parásito cruciforme en estas poblaciones no cristianas, el Núcleo no puede usar a esos humanos en su red neuronal moribunda. Al almacenar a estos millones de personas en su seudomuerte, el Núcleo puede usar sus mentes en su vasta red neuronal de proceso paralelo. Es un trato mutuamente

beneficioso. La Iglesia, que se encarga del traslado, ya no es amenazada por no creyentes. El Núcleo, que provoca el sueño mortuorio y se encarga de almacenarlos en los Laberintos, obtiene nuevos circuitos para su red de Inteligencia Máxima.

CAPATAZ JIGME NORBU: ¿No hay esperanza, pues? ¿No podemos hacer nada para ayudar a nuestros amigos?

ÉXTER NAVSON HAMNIM: Perdón por interrumpir, M. Tsarong, M. Aenea, pero deberíamos explicar a nuestros amigos que cuando los enjambres éxters y nuestros aliados templarios realicen la ofensiva contra Pax, nuestro primer objetivo es liberar los mundos laberínticos donde están almacenadas estas poblaciones y tratar de revivirlas.

DORJE PHAMO: (*con voz estridente*) ¿Revivirlas? ¿Cómo? ¿Es posible hacerlo?

AENEA: Sí, atacando directamente al TecnoNúcleo.

LHOMO DONDRUB: ¿Y dónde está el TecnoNúcleo, Aenea? Dímelo e iré ahora mismo a luchar con esas cobardes IAs.

AENEA: El paradero del TecnoNúcleo ha sido el secreto mejor guardado de las IAs desde que abandonaron Vieja Tierra hace mil años estándar, Lhomo. Su posición ha permanecido oculta desde entonces. Ese secreto es su mejor defensa contra todo organismo huésped que pueda volverse contra sus parásitos.

CORONEL FEDMAHN KASSAD: La FEM Meina Gladstone estaba convencida de que el Núcleo habitaba en los intersticios del medio teleyector, como arañas invisibles en una tela invisible. Por eso autorizó el bombardeo de la red teleyectora... para atacar el Núcleo. ¿Estaba equivocada? ¿Los teleyectores se destruyeron en vano?

AENEA: Estaba equivocada, Fedmahn. La posición física del Núcleo no estaba en el medio teleyector, que es la tela del Vacío Que Vincula. Pero la destrucción de los teleyectores no fue en vano. Privó al Núcleo del medio parasitario por el cual se alimentaba de mentes humanas, silenciando parte de su red de datos en la megaesfera.

LHOMO DONDRUB: Pero, Aenea, ¿tú sabes dónde reside el Núcleo?

AENEA: Creo que sí.

LHOMO DONDRUB: ¿Nos lo dirás para que podamos atacarlos con uñas y dientes, y con balas y armas de plasma?

AENEA: No lo diré ahora, Lhomo. No lo diré hasta estar segura. Y el Núcleo no puede ser atacado con armas físicas, así como no está al alcance de entidades físicas.

CORONEL FEDMAHN KASSAD: ¿Una vez más son invulnerables a nuestros ataques? ¿No es posible enfrentarse a él?

AENEA: Ni una cosa ni la otra. Si los hados lo permiten, encabezaré personalmente el ataque contra el Núcleo físico. Más aún, ese ataque ya ha comenzado en modos que espero aclarar más tarde. Y prometo que me enfrentaré a

las IAs en su guarida.

CORONEL FEDMAHN KASSAD: M. Aenea, hija de Brawne, ¿puedo hacer una pregunta concerniente a mi propio destino y futuro?

AENEA: Intentaré responder, coronel, pero repito que soy reacia a comentar detalles de un tema tan fluido como el futuro.

CORONEL FEDMAHN KASSAD: Reacia o no, niña, creo que merezco una respuesta. También yo he leído esos malditos *Cantos*. En ellos se dice que seguí al espectro Moneta al futuro mientras combatía con el Alcaudón, tratando de impedir que exterminara a los demás peregrinos. Esto era verdad. Hace unos meses llegué aquí. Moneta desapareció, pero ha reaparecido en la versión más joven de esta mujer que se hace llamar Rachel Weintraub. Pero los *Cantos* también declaran que pronto me encontraré en una gran batalla con legiones de Alcaudones, moriré y seré sepultado en la nueva Tumba de Tiempo llamada Monolito de Cristal, en Hyperion, donde mi cuerpo retrocede en el tiempo acompañado por Moneta. ¿Cómo es posible, M. Aenea? ¿He llegado al tiempo equivocado, al lugar equivocado?

AENEA: Coronel Kassad, amigo y protector de mi madre y los demás peregrinos, ten la certeza de que todo sucede de acuerdo con el plan, sea cual fuere. El tío Martin escribió los *Cantos* valiéndose de las revelaciones que se le ofrecieron, pero no disponía de todos los detalles de tu vida, ni de la mía. Más aún, se le reveló muy poco sobre lo que sucedería fuera de su presencia.

Puedo decirte esto, coronel Kassad... la batalla con el Alcaudón es cierta, aunque esté expresada metafóricamente. Un futuro posible para ti es morir en batalla con el Alcaudón, con muchos Alcaudones, y ser sepultado en el Monolito de Cristal con un funeral heroico. Pero si esto sucede, será después de muchos años y muchas otras batallas. Hay trabajo para ti en los días, meses, años y décadas venideros. Ahora te pido que me acompañes en el *Yggdrasill* cuando yo parta dentro de tres días. Ése será el primer paso hacia esas batallas.

CORONEL FEDMAHN KASSAD: (*sonriendo*) Pero no respondes del todo la pregunta, M. Aenea. ¿Puedo preguntarte si el Alcaudón estará en tu Árbol del Dolor cuando parta dentro de tres días estándar?

AENEA: Creo que sí, coronel Kassad.

CORONEL FEDMAHN KASSAD: No nos has dicho, M. Aenea, qué es el Alcaudón, de dónde viene, cuál es su papel en este juego de siglos.

AENEA: Es verdad, coronel, no os lo he dicho.

CORONEL FEDMAHN KASSAD: ¿Alguna vez se lo has dicho a alguien?

AENEA: No.

CORONEL FEDMAHN KASSAD: ¿Pero conoces el origen del Alcaudón?

AENEA: Sí.

CORONEL FEDMAHN KASSAD: ¿Nos lo dirás, hija de Brawne Lamia?

AENEA: Preferiría no hacerlo, coronel.

CORONEL FEDMAHN KASSAD: Pero lo harás si te preguntan de nuevo, ¿verdad? ¿Al menos responderás mis preguntas directas sobre el asunto?

AENEA (*asiente en silencio, y veo lágrimas en sus ojos*).

CORONEL FEDMAHN KASSAD: El Alcaudón aparece inicialmente en ese futuro donde batallo con él como dicen los *Cantos*, ¿verdad, M. Aenea? ¿Ese futuro donde el Núcleo se prepara para la última batalla con sus enemigos?

AENEA: Sí.

CORONEL FEDMAHN KASSAD: Y el Alcaudón es... será... una construcción, ¿verdad? Una cosa artificial, creada por el Núcleo.

AENEA: Así es.

CORONEL FEDMAHN KASSAD: Será una extraña amalgama de habilidad tecnológica del Núcleo, energía del Vacío Que Vincula y la personalidad cíbrida reciclada de un ser humano real, ¿verdad, M. Aenea?

AENEA: Sí, coronel. Será todas esas cosas y más.

CORONEL FEDMAHN KASSAD: Y el Alcaudón será creado por el Núcleo pero se convertirá en sirviente y avatar de otros poderes o entidades, ¿verdad?

AENEA: Sí.

CORONEL FEDMAHN KASSAD: Aenea, ¿aceptas que el Alcaudón será un peón de ambos bandos, de todos los bandos, en esta guerra por el alma de la humanidad, esta guerra que brinca en el tiempo como una partida de ajedrez tetradimensional?

AENEA: Sí, coronel... pero no un peón. Tal vez un alfil.

CORONEL FEDMAHN KASSAD: De acuerdo, un alfil. Y este alfil cíbrido, conectado con el Vacío Que Vincula, ARNificado, con su ADN modificado, realzado con nanotecnología, terriblemente mutado... comienza con la personalidad de un guerrero, ¿verdad? Tal vez un oponente en este juego milenario.

AENEA: ¿Necesitas saber esto, coronel? No hay mayor infierno que ver los detalles precisos de nuestro...

CORONEL FEDMAHN KASSAD (*suavemente*): ¿De nuestro futuro? ¿De nuestra propia muerte? ¿De nuestro destino? Lo sé, Aenea, hija de mi amiga Brawne Lamia. Sé que has cargado con terribles certidumbres y visiones desde que naciste, desde los días en que tu madre y yo cruzamos los mares y montañas de Hyperion en busca de lo que creíamos nuestro destino con el Alcaudón. Sé que ha sido muy difícil para ti, Aenea, joven amiga... más difícil de lo que cualquiera de nosotros podría imaginar. Ninguno de nosotros nació con semejante carga.

Pero todavía quiero saber esta parte de mi propio destino. Y creo que mis años de servicio en la causa de esta batalla, años pasados y años venideros, me han ganado el derecho a una respuesta.

¿El Alcaudón está basado en la personalidad de un guerrero?

AENEA: Sí.

CORONEL FEDMAHN KASSAD: ¿La mía? Después de mi muerte en batalla, ¿el Núcleo o algún otro poder incorporará mi voluntad, mi alma, mi personalidad a ese monstruo y lo enviará de vuelta en el tiempo por el Monolito de Cristal?

AENEA: Sí, coronel. Partes de tu personalidad, sólo partes, serán incorporadas a la construcción viviente llamada Alcaudón.

CORONEL FEDMAHN KASSAD (*riendo*): ¿Pero también puedo derrotarlo en batalla?

AENEA: Sí.

CORONEL FEDMAHN KASSAD (*riendo más, con soltura y espontaneidad*): Por Dios, por la voluntad de Alá, si el universo tiene un alma, es el alma de la ironía. Mato a mi enemigo, devoro su corazón, y el enemigo se convierte en mí... y yo en él.

(*Hay varios minutos de silencio. Veo que la nave arbórea* Yggdrasill *ha girado y nos aproximamos de nuevo a la gran curva de la Biosfera Árbol Estelar*.)

RACHEL WEINTRAUB: Amiga Aenea, amada maestra, en estos años en que te he escuchado y he aprendido de ti, un gran misterio me ha perseguido.

AENEA: ¿Cuál es, Rachel?

RACHEL WEINTRAUB: A través del Vacío Que Vincula has oído las voces de los Otros, las especies sentientes que están más allá de nuestro espacio y nuestro tiempo, cuyas memorias y personalidades resuenan en el Vacío. A través de la comunión con tu sangre, algunos hemos aprendido a oír el susurro de los ecos de estas voces... de los leones y tigres y osos, como los llaman algunos.

AENEA: Eres una de mis mejores alumnas, Rachel. Algún día oirás estas voces con claridad. Así como aprenderás a oír la música de las esferas y a dar ese primer paso.

RACHEL WEINTRAUB (*sacudiendo la cabeza*): Ésa no es mi pregunta, amiga Aenea. Para mí el misterio es la presencia en el espacio humano de un Observador u Observadores enviados por esos Otros, los leones y tigres y osos, para estudiar la humanidad e informar a esas especies distantes. ¿La presencia de este Observador u Observadores es un dato literal?

AENEA: Lo es.

RACHEL WEINTRAUB: ¿Y pudo cobrar la forma de un humano, éxter o templario?

AENEA: El Observador no es proteico, Rachel. Optó por visitarnos con forma mortal, es verdad, así como mi padre era mortal, aunque nacido cíbrido.

RACHEL WEINTRAUB: ¿Y el Observador nos estudia desde hace siglos?

AENEA: Sí.

RACHEL WEINTRAUB: ¿Ese Observador está con nosotros hoy, aquí, en esta

nave, en esta mesa?

AENEA (*titubea*): Rachel, será mejor que no diga nada más en este momento. Existen algunos que matarían al Observador para proteger Pax o defender lo que ellos consideran «humano». Con sólo decir que el Observador existe, lo ponemos en grave peligro. Lo lamento. Prometo que en un futuro cercano este misterio se resolverá y se revelará la identidad del Observador u Observadores. El Observador se encargará de ello.

TEMPLARIO VERDADERA VOZ DEL ÁRBOL ESTELAR KET ROSTEEN: Hermanos en el Muir, respetados aliados éxters, honrados huéspedes humanos, amados amigos sentientes, reverenciada La Que Enseña, terminaremos esta conversación en otro tiempo y otro lugar. Entiendo que todos aceptamos la petición de M. Aenea de que el *Yggdrasill* parta para el espacio de Pax dentro de tres días estándar y que, con suerte y coraje, así se cumplirán las antiguas profecías templarías del Árbol del Dolor y del tiempo de la expiación para todos los hijos de la Vieja Tierra.

Ahora terminaremos de comer y hablaremos de otras cosas. Se levanta esta reunión formal, y lo que queda de nuestro breve viaje consistirá en afable charla, buena comida y el sacramento del café verdadero, hecho con granos cosechados en la Vieja Tierra, nuestro hogar común, la buena Tierra.

Se levanta esta sesión. He dicho.

Esa noche, en nuestro cubículo personal, Aenea y yo hicimos el amor, hablamos de cosas personales y tuvimos una segunda cena de vino y queso de cigocabra y pan fresco.

Aenea se había ido a la cocina y regresó con dos bulbos de vino. Ofreciéndome uno, dijo:

—Ten, Raul, amado mío... toma y bebe.

—Gracias —dije sin pensar, y me llevé el bulbo a los labios. Entonces caí en la cuenta—. ¿Esto es...?

—Sí —dijo Aenea—. Es la comunión que he demorado tanto tiempo. Ahora es tuya si deseas beber. Pero no tienes que hacerlo, amor mío. Mis sentimientos no cambiarán si eliges no hacerlo.

Mirándola a los ojos, bebí el vino del bulbo. Sólo sabía a vino.

Aenea estaba llorando. Desvió los ojos, pero yo ya había visto las lágrimas en sus encantadores ojos oscuros. La cogí en brazos y flotarnos juntos en la cálida luz.

—Pequeña —susurré—, ¿qué pasa? —Con dolor en el corazón, me pregunté si estaría pensando en el otro hombre de su pasado, en su matrimonio, su hijo. El vino me había provocado un mareo y cierto malestar. O quizá no era el vino.

—Te amo, Raul.

—Y yo a ti, Aenea.

Me besó el cuello y me abrazó.

—Por lo que acabas de hacer, por mí, en mi nombre, serás perseguido.

Forcé una risa.

—Oye, pequeña, me han perseguido desde el día en que salimos del Valle de las Tumbas de Tiempo en la alfombra voladora. No hay nada nuevo aquí. Si Pax desistiera de perseguirnos, los echaría de menos.

Ella no sonrió. Sentí sus lágrimas contra mi garganta y mi pecho.

—Serás el primero entre mis seguidores, Raul. Serás el líder en las décadas de lucha que vendrán. Serás respetado y odiado, obedecido y despreciado. Querrán convertirte en dios, querido.

—Pamplinas —murmuré—. Sabes que no soy un líder, pequeña. No he hecho nada salvo seguirte desde que nos conocemos. Caray, me paso casi todo el tiempo tratando de alcanzarte...

Aenea irguió el rostro.

—Fuiste mi elegido desde antes de que yo naciera, Raul Endymion. Cuando yo caiga, tú continuarás en nuestro nombre. Ambos deberemos vivir en ti...

Le apoyé un dedo en los labios. Besé las lágrimas de sus mejillas y pestañas.

—No hablemos de caer ni de vivir el uno sin el otro —le ordené—. Mi plan es sencillo, quedarme contigo para siempre, pase lo que pase, compartirlo todo. Lo que te pase a ti me pasará a mí, pequeña. Te amo, Aenea. —Flotamos juntos en el aire cálido. La acuné en mis brazos.

—Sí —susurró mi amiga, abrazándome con fuerza—. Te amo, Raul. Juntos, sí.

Dejamos de hablar. Saboreé el vino y la sal de sus lágrimas en nuestros besos. Hicimos el amor varias horas más, luego nos dormimos juntos, flotando abrazados como dos criaturas marinas, como una sola y compleja criatura marina en una marea cálida y hospitalaria.

26

Al día siguiente llevamos la nave del cónsul hacia el sol.

Había despertado esperando una especie de iluminación, un *satori* nocturno producido por el vino de la comunión, cuando menos una comprensión más profunda del universo, tal vez omnisciencia y omnipotencia. Desperté con la vejiga llena y una leve jaqueca, aunque con gratos recuerdos de la noche anterior.

Aenea despertó antes que yo y cuando salí del cuarto de baño ella había preparado café, frutas y panecillos calientes.

—No esperes este servicio todas las mañanas —dijo con una sonrisa.

—De acuerdo, pequeña. Mañana yo preparo el desayuno.

—¿Tortilla? —preguntó, dándome café.

Rompí el sello, inhalé el aroma, bebí una gota tratando de no quemarme los labios ni dejar que el glóbulo caliente se alejara.

—Claro. Lo que quieras.

—Buena suerte para encontrar los huevos —dijo Aenea, terminando su panecillo con dos mordiscos—. Este Árbol Estelar es sensacional, pero escasean las gallinas.

—Una lástima —dije, mirando por la pared transparente—. Y con tantos lugares donde posarse... —Cambié de tono—. Pequeña, en cuanto al vino, han pasado ocho horas...

—Y no te sientes diferente. Mmm, supongo que eres uno de esos raros individuos donde la magia no funciona.

—¿De veras?

Mi voz debió sonar alarmada, o aliviada, porque Aenea meneó la cabeza.

—No, sólo bromeaba. En veinticuatro horas sentirás algo. Lo garantizo.

—¿Y si estamos ocupados en ese momento? —dije, frunciendo enfáticamente la frente. Ese movimiento me alejó un poco de la mesa adhesiva.

Aenea suspiró.

—Bájate, amigo, antes de que te clave esas cejas en su sitio.

—Mmm —dije, sonriendo—. Me encanta cuando dices obscenidades.

—Deprisa —dijo Aenea, poniendo su bulbo en el lavador sónico y reciclando la estera de comer.

Me sentía satisfecho comiendo mi panecillo y mirando el increíble paisaje por la pared.

—¿Deprisa? ¿Por qué? ¿Vamos a alguna parte?

—Una reunión en la nave. Nuestra nave. Luego tendremos que regresar y encargarnos del aprovisionamiento del *Yggdrasill* para nuestra partida mañana por la

noche.

—¿Por qué en nuestra nave? ¿No estará atestada en comparación con estos otros lugares?

—Ya lo verás —dijo Aenea. Se había puesto pantalones azules de cero g, ceñidos en el tobillo, y una camisa blanca con varios bolsillos. Usaba pantuflas grises. Yo me había acostumbrado a andar descalzo por el cubículo y en los tallos y vainas.

—Deprisa —repitió—. La nave partirá en diez minutos y es un largo viaje.

Estaba atestada. Y aunque el campo de contención interna mantenía la gravedad en un sexto de g, era como un tirón joviano después de dormir en caída libre. Parecía extraño estar apretujado con todo el mundo en un plano dimensional, desperdiciando todo ese espacio aéreo. En la cubierta de la biblioteca, sentados al piano, en bancos, en sillones y en los bordes del holofoso, estaban los éxters Navson Hamnim, Systenj Coredwell, Sian Quintana Ka'an, con sus plumas resplandecientes, los dos éxters plateados y adaptados al vacío, Palou Koror y Drivenj Nicaagat, así como Paul Uray y Am Chipeta. Estaba Het Masteen, así como su superior Ket Rosteen. Estaba el coronel Kassad, tan alto como los éxters, y la Dorje Phamo, luciendo majestuosa en una túnica gris que ondeaba bellamente en la baja gravedad, además de Lhomo, Rachel, Theo, A. Bettik y el Dalai Lama. Ninguno de los otros seres sentientes estaba allí.

Varios salimos al mirador para observar la superficie interior del Árbol Estelar mientras la nave trepaba hacia la estrella central sobre su columna de llamas de fusión azules.

—Bienvenido, coronel Kassad —dijo la nave cuando nos reunimos en la biblioteca.

Miré inquisitivamente a Aenea, sorprendido de que la nave hubiera logrado recordar a ese pasajero de los viejos tiempos.

—Gracias, nave —dijo el coronel, que parecía ensimismado en sus cavilaciones.

Alejarse de la corteza interior de la Biosfera daba una sensación de vértigo muy distinta de ver la menguante esfera de un planeta lejano. Aquí estábamos dentro de la estructura orbital, y aunque la vista desde las ramas del Árbol Estelar consistía en brechas entre las hojas y los troncos, atisbos de campos estelares en el lado opuesto al sol y grandes espacios por doquier, la vista desde cien mil kilómetros era de una superficie aparentemente sólida, con las enormes hojas reducidas a una superficie centelleante, un gran océano verde y cóncavo. La sensación de encierro en una enorme pecera era abrumadora.

Las ramas emitían un fulgor azul, por la atmósfera atrapada dentro de los campos de contención; esos miles de kilómetros de madera vinosa y hojas fluctuantes irradiaban un resplandor azul eléctrico, como si toda la superficie interior estuviera

cargada de voltaje. Y por doquier había vida y movimiento: ángeles éxters con alas de cien kilómetros revoloteaban entre las ramas y las hojas, o bien se lanzaban al espacio hacia el sol, más allá de los sistemas de raíces de diez mil kilómetros un sinfín de formas de vida más pequeñas titilaban en el envoltorio atmosférico azul, espejines radiantes, loros, arbóreos acules, monos de Vieja Tierra, numerosos cardúmenes de peces tropicales nadando en cero g, buscando las brumosas regiones cometarias, garzas azules, bandadas de gansos y aves marcianas, marsopas de Vieja Tierra. Nos alejamos antes de que pudiera discernir una fracción de lo que veía.

A mayor distancia era visible el tamaño de las formas de vida más grandes y sus enjambres. Desde varios miles de kilómetros de «altura», vi resplandecientes rebaños de plaquetas azules, los akerataeli viajando juntos. Después de nuestra primera reunión con las criaturas del planeta nuboso, había preguntado a Aenea si en el Árbol Estelar había otros aparte de esos dos.

—Algunos más —había dicho mi amiga—. Unos seiscientos millones más.

Ahora veía a los akerataeli desplazándose en las corrientes de aire de un tronco al otro —cientos de kilómetros— en enjambres de miles o decenas de miles.

Y con ellos iban sus obedientes servidores: los calamares aéreos, los zeplins, las medusas transparentes y vastos sacos de gas con filamentos, similares al que me había devorado en el mundo nuboso pero más grandes. Yo había estimado que el monstruo original tenía diez kilómetros de longitud. Estas bestias semejantes a los zeplins debían tener varios cientos de kilómetros de longitud, quizá más cuando uno tenía en cuenta los tentáculos, zarcillos, flagelos, látigos, colas, sondas y probóscides. Las gigantescas bestias de carga de los akerataeli entrelazaban ramas, tallos y vainas en complejos biodiseños, podaban ramas muertas y hojas del tamaño de ciudades, colocaban estructuras diseñadas por los éxters o transportaban material de una parte a otra del Árbol Estelar.

—¿Cuántos zeplins controlan los akerataeli en el Árbol Estelar? —le pregunté a Aenea cuando estuvo libre.

—No lo sé. Preguntémosle a Navson.

—No tenemos idea —respondió el éxter—. Crían los necesarios para las tareas. Los akerataeli son el ejemplo perfecto de un organismo de enjambre, una mente de colmena. Ninguna de esas entidades es consciente a solas. En paralelo, son brillantes. Los calamares aéreos y otras criaturas jovianas se han reproducido según nuestras necesidades durante más de setecientos años estándar. Aventuro que hay varios millones trabajando en la Biosfera, tal vez mil millones.

Miré las diminutas formas de la menguante superficie de la Biosfera. Mil millones de criaturas del tamaño de la Meseta del Piñón de Hyperion.

Pronto fueron visibles los huecos entre las ramas. La sección de la que veníamos era la más antigua y tupida, pero a lo largo de la curva interior de la Biosfera había

brechas y divisiones, algunas planeadas, otras destinadas a ser llenadas con material viviente. Pero aun aquí el espacio estaba lleno de movimiento. Entre las raíces, ramas, hojas y troncos había cometas que volaban en trayectorias precisas, y el agua que contenían era volatilizada por haces calóricos alimentados por los ergs y apuntados por los éxters desde los troncos y desde hojas reflectantes genéticamente adaptadas que creaban espejos de cientos de kilómetros. Una vez transformadas en vapor de agua, las grandes nubes flotaban entre las raíces e irrigaban millones de kilómetros cuadrados.

Más grandes que los cometas eran las veintenas de asteroides y lunas que se desplazaban a miles de kilómetros de la superficie interna y externa de la esfera viviente, corrigiendo la deriva orbital, guiando el crecimiento de las ramas, proyectando sombras en la superficie interna donde era necesaria y sirviendo como bases de observación y de trabajo para un sinfín de jardineros éxters y templarios que supervisaban el proyecto.

Estábamos a medio minuto-luz, acelerando hacia el sol como si la nave buscara un punto de traslación Hawking, y parecía haber aún más tráfico en el vasto hueco de la esfera verde. Naves de guerra éxters, todas obsoletas según pautas de Pax, con burbujas Hawking o gigantescas palas, anticuados destructores de alta gravedad, naves C^3 de una era remota, elegantes veleros solares. Y por doquier ángeles éxters, extendiendo las alas mientras se dirigían al sol o regresaban a la Biosfera.

Aenea y los demás regresaron adentro para continuar con sus deliberaciones.

El tema era importante. Todavía buscaban un modo de detener el ataque de Pax, alguna finta o distracción para impedir que la flota se lanzara hacia este sistema. Pero yo tenía cosas más importantes en mente.

Cuando A. Bettik se iba a ir del mirador, le toqué la manga.

—¿Puedes quedarte a charlar un minuto?

—Desde luego, M. Endymion —respondió el hombre azul con su afabilidad de costumbre.

Cuando quedamos solos en el mirador, me apoyé en la baranda.

—Lamento no haber tenido más oportunidades de conversar desde que llegué al Árbol Estelar —dije.

La calva de A. Bettik relucía en la luz solar. Su mirada azul era calma y amigable.

—Está bien, M. Endymion. Los acontecimientos se han precipitado desde nuestra llegada. Convengo, sin embargo, en que esta construcción provoca ganas de hablar sobre ella. —Señaló con su única mano la vasta curva del Árbol Estelar, que parecía desvanecerse cerca del brillo del sol central.

—No quiero hablar del Árbol Estelar ni de los éxters —murmuré, acercándome a él.

A. Bettik asintió y esperó.

—Tú estuviste con Aenea en todos esos mundos, entre Vieja Tierra y T'ien Shan: Ixión, Alianza Maui, Vector Renacimiento y los demás.

—Sí, M. Endymion. Tuve el privilegio de viajar con ella durante todo el tiempo en que permitió que otros viajaran con ella.

Me mordí el labio, comprendiendo que estaba a punto de ponerme en ridículo pero sin tener otra opción.

—¿Y qué hay del tiempo en que no os permitió viajar con ella?

—¿Mientras M. Rachel, M. Theo y los demás permanecieron conmigo en Groombridge Dyson D? Continuamos el trabajo de M. Aenea, M. Endymion. Yo estaba ocupado en la construcción de...

—No, no —interrumpí—. ¿Qué sabes de su ausencia?

A. Bettik vaciló.

—Casi nada. M. Endymion. Ella nos había dicho que se alejaría por un tiempo. Dejó instrucciones para que continuáramos nuestra labor con sus alumnos. Un día se fue, y permaneció ausente durante unos dos años estándar.

—Un año, once meses, una semana, seis horas.

—Sí, M. Endymion. Eso es correcto.

—Y cuando regresó, no te dijo dónde había estado.

—No, M. Endymion. Por lo que yo sé, nunca se lo mencionó a nadie.

Quería aferrar los hombros de A. Bettik, hacerle entender, explicarle por qué esto era cuestión de vida o muerte para mí. ¿Habría comprendido? No lo sabía. En cambio, tratando en vano de aparentar calma o indiferencia, dije:

—¿Notaste algún cambio en Aenea cuando regresó de esas vacaciones, A. Bettik?

Mi amigo androide hizo una pausa.

Al parecer no era vacilación, sino un esfuerzo para recordar matices de emoción humana.

—Salimos para T'ien Shan casi inmediatamente después, M. Endymion, pero creo recordar que M. Aenea estuvo muy emotiva durante meses. Eufórica en un momento, desesperada en otros. Cuando llegaste a T'ien Shan, ella parecía más estable.

—¿Y ella nunca mencionó el porqué? —Me sentía como un cerdo haciendo estas preguntas a espaldas de ella, pero sabía que Aenea no me hablaría de estas cosas.

—No, M. Endymion. Ella nunca me habló de la causa. Supuse que se trataba de algo que había experimentado durante su ausencia.

Hice una pausa.

—Antes de que ella se fuera... en los otros mundos... Amritsar, Patawpha... en cualquiera de esos otros mundos anteriores a Groombridge Dyson D... ¿hubo alguien?

—No entiendo, M. Endymion.

—¿Hubo un hombre en su vida, A. Bettik? ¿Alguien por quien demostrara

afecto? ¿Alguien que estuviera cerca de ella?

—Ah —dijo el androide—. No, M. Endymion, no parecía haber ningún espécimen masculino que demostrara un interés especial en M. Aenea, salvo como maestra y posible mesías.

—Aja. ¿Y nadie regresó con ella después de ese período de un año, once meses, una semana y seis horas?

—No, M. Endymion.

Aferré el hombro de A. Bettik.

—Gracias, amigo mío. Lamento hacerte estas estúpidas preguntas. Es sólo que no entiendo... En alguna parte hay un... Caray, no tiene importancia. Son sólo estúpidas emociones humanas.

Me dispuse a reunirme con los demás, pero A. Bettik me detuvo con un gesto.

—M. Endymion —murmuró—, si la emoción a la que se refiere es el amor, he observado a la humanidad el tiempo suficiente para saber que el amor nunca es una emoción estúpida. Entiendo que M. Aenea está en lo cierto cuando enseña que quizá sea la energía principal del universo.

Miré boquiabierto al androide que salía del mirador para entrar en la biblioteca.

Estaban a punto de llegar a una decisión.

—Creo que deberíamos enviar el correo Gedeón con un mensaje —decía Aenea cuando entré en la sala—. Enviarlo cuanto antes.

—Confiscarán la nave —dijo Sian Quintana Ka'an con su voz melodiosa—. Y es la única nave de motor instantáneo que tenemos.

—Mejor —dijo Aenea—. Son una abominación. Cada vez que se usan, destruyen una parte del Vacío Que Vincula.

—Aun así —dijo Paul Uray, cuyo dialecto éxter sonaba como ruido de estática—, queda la opción de usar la nave correo como sistema de transporte.

—¿Para lanzar ojivas nucleares o bombas de plasma contra la armada? Creí que habíamos desechado esa posibilidad.

—Es nuestra única manera de atacar antes de que nos ataquen —dijo el coronel Kassad.

—No serviría de nada —dijo Ket Rosteen—. Estas naves postales no están construidas para alcanzar blancos precisos. Una nave clase arcángel la destruiría a minutos-luz del blanco. Estoy de acuerdo con La Que Enseña. Enviemos el mensaje.

—¿Pero el mensaje detendrá el ataque? —preguntó Coredwell.

Aenea hizo ese gesto que yo le conocía tan bien.

—No hay garantías... pero si logra desconcertarlos, al menos ellos usarán los correos instantáneos para postergar el ataque. Creo que vale la pena intentarlo.

—¿Y qué dirá el mensaje? —preguntó Rachel.

—Por favor, dadme pergamino y una pluma —dijo Aenea.

Theo le llevó ambas cosas y las apoyó en el Steinway. Todos nos apiñamos mientras Aenea escribía:

Al papa Urbano XVI y el cardenal Lourdusamy:

Iré a Pacem, al Vaticano.

Aenea.

—Ahí está —dijo mi joven amiga, entregándole el pergamino a Navson Hamnim —. Pon esto en la nave mensajera cuando atraquemos, sintoniza el transmisor en «Portando mensaje impreso» y lánzala al sistema de Pacem.

El éxter cogió el mensaje. Yo aún no sabía leer sus expresiones faciales, pero noté que algo lo incomodaba. Tal vez era una forma menor del pánico y la confusión que me cerraban el pecho en ese momento.

Iré a Pacem. ¿Qué cuernos significaba eso? ¿Cómo podía Aenea ir a Pacem y sobrevivir? No podía. Y dondequiera que ella fuese, había una sola cosa segura para mí. Yo estaría a su lado. Lo cual significaba que ella me mataría a mí también, si era fiel a su palabra. Y siempre lo había sido. *Iré a Pacem*. ¿Era sólo un ardid para detener la flota? ¿Una amenaza vana, un modo de demorarlos? Quería sacudir a mi amada hasta que se le cayeran los dientes, con tal de que me lo explicara todo.

—Raul —dijo Aenea, invitándome a acercarme.

Pensé que me daría la explicación que yo deseaba, que había visto mi expresión y entendía mi estado de ánimo, pero sólo me dijo:

—Palou Koror y Drivenj Nicaagat me mostrarán qué significa volar como un ángel. ¿Quieres venir conmigo? Lhomo vendrá.

¿*Volar como un ángel*? Por un momento pensé que desvariaba.

—Tienen un dermotraje más si quieres venir —continuó Aenea—. Pero tenemos que partir enseguida. Pronto estaremos de vuelta en el Árbol Estelar y la nave atracará en pocos minutos. Het Masteen debe cargar y aprovisionar el *Yggdrasill* y yo debo hacer algunas cosas antes de mañana.

—Sí —dije, sin saber a qué me prestaba—. Iré contigo.

Sentía tanta amargura que pensé que esta respuesta era una maravillosa metáfora de mi odisea de diez días: *Sí, no sé en qué me meto, pero cuenta conmigo.*

Una éxter adaptada al espacio, Palou Koror, nos entregó los dermotrajes. Yo había usado dermotrajes anteriormente —la última vez unas semanas atrás, cuando Aenea y yo escalamos el T'ai Shan—, pero nunca había visto uno como éste.

Hace siglos que existen los dermotrajes, y el concepto consiste en que el mejor modo de no explotar en el vacío no es un aparatoso traje de presión como en los

primeros días del vuelo espacial, sino una cobertura tan delgada que permita pasar la transpiración mientras protege la piel del calor, el frío y el vacío del espacio. Los dermotrajes no habían cambiado mucho en esos siglos, salvo para incorporar filamentos respiratorios y paneles osmóticos. Mi último dermotraje había sido un artefacto de la Hegemonía, que funcionaba hasta que Rhadamanth Nemes lo hizo trizas.

Pero éste no era un dermotraje común. Era plateado y maleable como mercurio, y se sentía como una cálida pero liviana masa de protoplasma. Y se movía como mercurio. Mejor dicho, se movía como una criatura viviente. Lo solté alarmado, y cuando lo atajé con la otra mano trepó varios centímetros por mi brazo como un alienígena carnívoro.

Debí decir algo en voz alta, porque Aenea me explicó:

—Está vivo, Raul. El dermotraje es un organismo, producto de la ingeniería genética y la nanotecnología, pero sólo tiene tres moléculas de espesor.

—¿Cómo me lo pongo? —pregunté, viendo que subía por mi brazo a la manga de mi túnica y se retraía. Parecía más un carnívoro que una prenda. Y el problema de todo dermotraje es que se usaba pegado a la piel; uno no usaba nada debajo de un dermotraje. Nada en absoluto.

—Es fácil —dijo Aenea—. No tienes que andar forcejeando como con los dermotrajes antiguos. Sólo te desnudas, te quedas muy quieto y te lo pones en la cabeza. Te cubrirá. Y tenemos que darnos prisa.

Esto no me inspiró demasiado entusiasmo.

Aenea y yo nos excusamos y subimos al dormitorio del ápice de la nave. Una vez allí nos quitamos la ropa. Miré a mi amada —desnuda junto a la antigua (y muy cómoda, si yo no recordaba mal) cama del cónsul— y estuve por sugerir un mejor uso de nuestro tiempo antes que la nave arbórea atracara. Pero Aenea me hizo una seña, sostuvo la masa de protoplasma plateado sobre su cabeza y la soltó.

Era alarmante ver cómo el organismo plateado la devoraba, cubriendo su cabello claro como metal líquido, cubriendo los ojos, la boca y la barbilla, bajando por el cuello como lava, cubriendo hombros, pechos, vientre, cadera, pubis, muslos, rodillas. Aenea levantó un pie, luego el otro, y el traje la cubrió por completo.

—¿Estás bien? —pregunté tímidamente. Mi masa plateada palpitaba en mi mano, ávida de engullirme.

Aenea —la estatua de cromo que había sido Aenea— alzó el pulgar y se señaló la garganta. Comprendí: al igual que con los dermotrajes de la Hegemonía, la comunicación sería por detectores subvocales.

Alcé la masa palpitante, contuve el aliento, cerré los ojos y me la eché en la cabeza.

Tardó menos de cinco segundos. Por un instante estuve seguro de que no podía

respirar, sintiendo esa masa resbalosa sobre mi nariz y mi boca, pero cuando me acordé de inhalar recibí una bocanada de oxígeno fresco.

«¿Me oyes, Raul?» Su voz era mucho más clara que con los sensores del viejo traje.

Asentí y subvocalicé: «Sí. Extraña sensación.»

«¿Estáis listos, M. Aenea, M. Endymion?» Tardé un segundo en comprender que era el otro éxter adaptado, Drivenj Nhicaagat. Había oído antes su voz, pero traducida por un sintetizador. En la línea directa, era aún más clara y melodiosa que los trinos de Sian Quintana Ka'an.

«Listos», respondió Aenea. Bajamos por la escalera, atravesamos la multitud y salimos al mirador.

«Buena suerte, M. Aenea, M. Endymion.» Era A. Bettik, hablándonos por uno de los enlaces de la nave. El androide nos tocó el hombro mientras nos reuníamos con Koror y Nicaagat en el mirador.

Lhomo también aguardaba, y su dermotraje plateado mostraba cada protuberancia muscular de sus brazos, muslos y vientre chato. Me sentí torpe por un momento, deseando usar otra cosa sobre esta ínfima capa de fluido plateado, o haberme mantenido en mejor forma. Aenea estaba hermosa, su amado cuerpo esculpido en cromo. Me alegró de que nadie nos hubiera seguido al mirador salvo el androide.

La nave estaba a dos mil kilómetros del Árbol Estelar y desaceleraba rápidamente. Palou Koror saltó a la baranda, haciendo equilibrio en un sexto de gravedad. Le siguió Drivenj Nicaagat, y luego Lhomo, y al fin Aenea. Yo fui el último, y el menos grácil. La sensación de altura y desnudez era abrumadora, con la gran cuenca verde del Árbol Estelar allá abajo, las paredes de hojas elevándose en la distancia, la mole de la nave debajo, oscilando sobre la delgada columna de fuego de fusión como un edificio sobre una frágil columna azul. Comprendí con náusea que estábamos a punto de saltar.

«No os preocupéis. Abriré el campo de contención en el preciso instante en que salgáis y pasaré a repulsores EM hasta que os hayáis alejado del escape.» Comprendí que era la nave. Yo no tenía idea de lo que estábamos haciendo.

«Los trajes os darán una idea aproximada de nuestra adaptación —decía Palou Koror—. Desde luego, para los que hemos optado por la integración total, no son los trajes semisentientes y sus microprocesadores moleculares los que nos permiten vivir y viajar en el espacio, sino los circuitos adaptados de nuestra piel, nuestra sangre, nuestra vista y nuestro cerebro.»

Intenté preguntar algo, pero tenía problemas para subvocalizar, como si la sequedad de mi boca afectara los músculos de mi garganta.

«No te preocupes —dijo Nicaagat—. No abriremos las alas hasta estar bien separados. No chocarás, pues los campos no lo permitirán. Los controles son muy

intuitivos. Los sistemas ópticos del traje entrarán en interfaz con tu sistema nervioso y tus neurosensores, invocando datos cuando se requieran.»

«¿Datos? ¿Qué datos?» Sólo había pensado en ello, pero el traje lo transmitió.

Aenea me cogió la mano.

«Esto será divertido, Raul. Los únicos minutos libres que tendremos hoy, creo. O por un tiempo.»

En ese momento, de pie en la baranda, al borde de un aterrador abismo de llamas de fusión y vacío, no presté atención al sentido de sus palabras.

«Vamos», dijo Palou Koror, y saltó.

Cogidos de la mano, Aenea y yo saltamos juntos.

Ella me soltó la mano y giramos, alejándonos. El campo de contención se abrió y nos eyectó, la llama de fusión cesó mientras los cinco nos distanciábamos de la nave y se volvió a encender. La nave pareció ascender velozmente mientras su desaceleración se volvía más rápida que la nuestra. Seguimos cayendo. La sensación era abrumadora. Cinco siluetas de plata separándose y precipitándose hacia el Árbol Estelar, que aún estaba a varios miles de kilómetros. Entonces nuestras alas se abrieron.

«Para el propósito de hoy, sólo es preciso que las alas tengan un kilómetro de envergadura —dijo Palou Koror—. Si viajáramos a mayor velocidad o a mayor distancia, se extenderían mucho más, quizá varios cientos de kilómetros.»

Cuando alcé los brazos, los paneles de energía del dermotraje se extendieron como alas de mariposa. Sentí el súbito empellón de la luz solar.

«En realidad sentimos la corriente de la línea del campo magnético primario que seguimos —explicó Palou Koror—. Si me permitís controlar vuestros trajes un segundo... eso es.»

La visión cambió. Miré a la izquierda, donde Aenea caía a varios kilómetros, una crisálida de plata reluciente dentro de crecientes alas de oro. Los demás resplandecían más allá. Pude ver el viento solar, las partículas cargadas y las corrientes de plasma fluyendo en espiral por la compleja geometría de la heliosfera, rojas líneas de campo magnético que se rizaban como pintadas en las superficies internas de un vibrante nautilo. Estos sinuosos y multicolores arcos de plasma fluían hacia un sol que ya no parecía una estrella pálida sino el eje de millones de campos convergentes. Láminas enteras de plasma se lanzaban a cuatrocientos kilómetros por segundo, atraídas hacia estas formas por los palpitantes campos magnéticos de sus ecuadores norte y sur. Los pendones violáceos de las líneas magnéticas; se entrelazaban con explosivas láminas de campo carmesí, los vórtices azules de ondas de choque heliosféricas aureolaban los bordes del Árbol Estelar, las lunas y cometas atravesaban el plasma como naves oceánicas surcando un mar fosforescente en la noche, y nuestras alas doradas —

interactuando con este medio plasmático y magnético, recibiendo fotones que lucían como millones de libélulas— parecían velas hinchándose con ráfagas de plasma mientras nuestros cuerpos plateados aceleraban por los pliegues chispeantes y las geometrías magnéticas de la matriz heliosférica.

Además de esta visión realzada, los dispositivos ópticos del traje presentaban información de trayectoria y datos que nada significaban para mí pero que debían ser cuestión de vida o muerte para estos éxters. Las ecuaciones y funciones parecían flotar a lo lejos, y sólo recuerdo una muestra:

$$\frac{GM_3\ M_c\ /r^2}{R^2} = \frac{M_c\ V^2 cir}{R}$$

y

$$Pr = \frac{^{l*k}S_r}{C}$$

y

$$k = \frac{R_a}{(R_a+A)}$$

y

$$a_s a_3 = \frac{(l+k)\ (6{,}3 \times 10^{17})R_s^2}{2Mr^2}\ m/seg^2$$

y

$$V_1^2+\Delta V^2+2\Delta V(V_i^2+V_c^2)^{1/2} > V_i^2+\Delta V^2+2\Delta VV_i$$

Aun sin comprender ninguna de estas ecuaciones, supe que nos aproximábamos al Árbol Estelar a gran velocidad. El viento solar y la corriente de plasma habían aumentado nuestra velocidad inicial. Empezaba a entender cómo estas alas energéticas podían alejarse rápidamente de una estrella, ¿pero cómo se hacía para frenar en menos de mil kilómetros?

«Esto es sensacional —dijo Lhomo—. Asombroso.» Moví la cabeza y vi que

nuestro amigo, el volador de T'ien Shan, estaba muchos kilómetros a la izquierda y abajo. Había entrado en la zona de las hojas y descendía por encima del azulado campo de contención que rodeaba las ramas y sus intersticios como una membrana osmótica.

Me pregunté cómo diantre lo había logrado.

Una vez más debí subvocalizar mi pensamiento, pues oí la carcajada de Lhomo. «Usa las alas, Raul. ¡Y coopera con el árbol y los ergs!»

¿*Coopera con el árbol y los ergs*? Mi amigo debía de haber perdido el juicio.

Entonces vi que Aenea extendía las alas, manipulándolas con el pensamiento y el movimiento de los brazos. Vi que el ramaje se aproximaba a aterradora velocidad, y entonces comprendí.

«Eso está bien —dijo Drivenj Nicaagat—. Coge el viento repulsor. Bien.»

Vi que los dos éxters adaptados aleteaban como mariposas, vi el torrente de energía de plasma que se elevaba del Árbol Estelar para rodearlos, y de pronto los pasé como si hubieran abierto paracaídas y yo aún siguiera en caída libre.

Jadeando, el corazón palpitante, extendí los brazos y piernas y usé mi voluntad para abrir las alas. Los pliegues energéticos titilaron y se expandieron dos kilómetros. Debajo de mí, las hojas se movieron lentamente como en un holo documental de flores buscando la luz, se plegaron una sobre otra para formar una antena parabólica de cinco kilómetros de diámetro y se volvieron reflectantes.

La luz del sol me encandiló. Si hubiera mirado sin protección en los ojos, habría quedado ciego al instante. En cambio, los dispositivos ópticos se polarizaron. Oí el choque de la luz solar contra mi dermotraje y mis alas, como tamborileo de lluvia sobre un techo de metal. Abrí las alas aún más para recibir la ráfaga de luz al tiempo que los ergs del Árbol Estelar plegaban la matriz de la heliosfera, curvando la corriente de plasma, desacelerándonos rápida pero indoloramente. Aleteando, Aenea y yo entramos en el ramaje externo del Árbol Estelar mientras los dispositivos ópticos continuaban proyectando datos en mi campo visual.

$$V_f = Vv_c{}^2 = \frac{2(J\text{-}GM_{star}\, M_c)}{r_i\, M_c}$$

Lo cual me aseguraba que el árbol estaba irradiando la cantidad de luz solar necesaria, basándose en la masa y la luminosidad, mientras el erg aportaba plasma heliosférico y realimentación magnética para llevarnos a un delta y casi cero antes que chocáramos con las ramas principales o cortáramos el campo de contención.

Aenea y yo seguimos a los éxters, usando las alas tal como ellos, subiendo y

planeando, frenando y abriéndolas para recibir luz solar directa y acelerar de nuevo, revoloteando entre las ramas externas, elevándonos sobre la capa externa del Árbol Estelar, zambulléndonos de nuevo entre las ramas, plegando las alas para pasar entre las vainas o puentes cubiertos más allá de los campos de contención, sobrevolando laboriosos calamares espaciales cuyos tentáculos eran diez veces más largos que la nave del cónsul que ahora desaceleraba entre las hojas, abriendo de nuevo las alas para pasar entre cardúmenes de plaquetas akerataeli, que parecían saludarnos al pasar.

Había una enorme rama-plataforma debajo del campo de contención. No sabía si las alas funcionarían a través del campo, pero Palou Koror lo atravesó con un fogonazo, como una grácil nadadora hendiendo el agua, seguida por Drivenj Nicaagat, Lhomo y Aenea. Fui tras ellos, plegando las alas mientras atravesaba la barrera energética y descendía en medio del aire, el sonido, el aroma y las brisas frescas.

Aterrizamos en la plataforma.

—Muy bien por ser un primer vuelo —dijo Palou Koror, con voz sintetizada para la atmósfera—. Queríamos compartir un momento de nuestras vidas con vosotros.

Aenea desactivó el dermotraje en la cara, convirtiéndolo en un cuello de mercurio fluido. Los ojos le brillaban con insólita vitalidad. Tenía un rubor en la tez y el cabello húmedo de sudor.

—¡Maravilloso! —exclamó, cogiéndome la mano—. Maravilloso... gracias. Gracias, gracias, gracias, ciudadano Nicaagat, ciudadana Koror.

—El gusto fue nuestro, reverenciada La Que Enseña —dijo Nicaagat con una inclinación.

Vi que el *Yggdrasill* estaba amarrado al Árbol Estelar, y el tronco y las ramas de la nave arbórea se fusionaban perfectamente con las ramas de la Biosfera. Sólo atiné a verla porque la nave del cónsul acababa de atracar y un calamar obrero la introducía lentamente en una vaina de almacenamiento. Los clones tripulantes trabajaban febrilmente, llevando provisiones y cubos de Moebius a la nave arbórea de Het Masteen, y veintenas de tallos umbilicales de soporte vital y tallos conectores unían el Árbol Estelar con la nave arbórea.

Aenea no me había soltado la mano. Cuando miré a mi amiga, ella se inclinó para besarme los labios.

—¿Te imaginas, Raul? Millones de éxters viviendo en el espacio, viendo esa energía todo el tiempo, volando semanas y meses en los espacios vacíos, desplazándose por los rápidos de la magnetoesfera y los vórtices que rodean los planetas, cabalgando en las ondas de choque del plasma del viento solar, a diez UA o más, y luego volando más lejos, hasta el límite de la heliopausa, a cien UA de la estrella, hasta donde el viento solar termina y comienza el medio interestelar. Oyendo el susurro y el murmullo del océano del universo. ¿Te lo imaginas?

—No —dije. No podía. No sabía de qué estaba hablando.

A. Bettik, Rachel, Theo, Kassad y los demás bajaron de una liana de tránsito. Rachel traía ropa para Aenea. A. Bettik me traía mi ropa.

Los éxters y otros rodearon de nuevo a mi amiga, exigiendo respuestas a preguntas urgentes, pidiendo la aclaración de ciertas órdenes, informando sobre el inminente lanzamiento de la nave Gedeón. La presión de los demás nos apartó.

Aenea me miró y me saludó. Alcé la mano para devolverle el saludo, pero ella se había ido.

Esa noche varios cientos de nosotros abordamos una vaina de transporte impulsada por un calamar, íbamos hasta un sitio que estaba miles de kilómetros al noroeste, por encima del plano de la eclíptica, a lo largo de la capa interna del Árbol Estelar, pero el viaje duró menos de treinta minutos porque el calamar tomó un atajo, trazando un arco en el espacio desde nuestro sector de la esfera.

La arquitectura de vainas vivientes y plataformas comunitarias, torres y puentes de este sector del árbol, todavía tan cerca de nuestra región según las pautas geográficas de esta enorme estructura, parecía diferente, más imponente, más barroca, más alienígena, y los éxters y templarios hablaban en otro dialecto, mientras que los éxters adaptados al espacio se adornaban con estrías de color vibrante que yo no había visto antes. Había diferentes aves y bestias en las zonas atmosféricas, peces exóticos nadando en el aire brumoso, grandes rebaños de criaturas similares a las orcas de Vieja Tierra, con brazos cortos y manos elegantes. Y esto estaba a sólo miles de kilómetros de la región que conocía. Me costaba imaginar la diversidad de culturas y formas de vida de la Biosfera. Por primera vez comprendí lo que Aenea y los demás me habían dicho una y otra vez: que la superficie interna de los sectores de la Biosfera concluida superaba el total de todas las superficies planetarias descubiertas por la humanidad en los últimos mil años de vuelo interestelar. Cuando el Árbol Estelar estuviera terminado y la Biosfera interna activada, el volumen de espacio habitable excedería todos los mundos habitables de la galaxia de la Vía Láctea.

Fuimos recibidos por funcionarios, agasajados en atestadas plataformas de un sexto de g entre cientos de dignatarios éxters y templarios, y llevados a una vaina tan grande que parecía una luna pequeña.

Había una muchedumbre de cientos de miles de éxters y templarios, con unos cientos de seneschai aluit y multitudes de akerataeli cerca de la tarima central. Comprendí que los ergs habían sintonizado el campo de contención interna en un cómodo sexto de g, atrayendo a todos hacia la superficie de la esfera, pero luego noté que los asientos continuaban arriba y en el interior de la esfera. Estimé que la muchedumbre ascendía a un millón.

El ciudadano éxter Navson Hamnim y el templario Ket Rosteen presentaron a

Aenea, diciendo que traía consigo el mensaje que su gente había aguardado durante siglos.

Mi joven amiga caminó hasta el podio, mirando en torno, como fijando los ojos en cada ocupante de ese vasto espacio. El sistema de sonido era tan sofisticado que podríamos haber oído si tragaba saliva o respiraba. Mi amada estaba en calma.

—Elige de nuevo —dijo Aenea. Dio media vuelta, se alejó del podio y bajó hacia los cálices dispuestos sobre la larga mesa.

Cientos de nosotros donamos gotas de nuestra sangre mientras los cálices de vino circulaban entre las multitudes expectantes. No había manera de que un millón de éxters y templarios pudieran ser atendidos por los pocos cientos de nosotros que ya habíamos comulgado con Aenea, pero los asistentes cogieron unas gotas con lancetas esterilizadas, trasladaron las gotas al depósito de vino, veintenas de ayudantes pusieron cálices bajo los grifos, y al cabo de una hora los que deseaban comulgar habían recibido el vino con la sangre. La gran esfera comenzó a vaciarse.

Nada se había dicho después de las tres palabras de Aenea. Por primera vez en ese día largo, interminable, hubo silencio en la vaina de transporte que nos llevaba a casa... es decir, a nuestra región del Árbol Estelar, a la sombra del *Yggdrasill*, destinado a partir dentro de veinte horas.

Yo me sentía como un fraude. Había bebido el vino casi veinticuatro horas antes, pero no había sentido nada en ese día, salvo mi habitual amor por Aenea. Mejor dicho, mi inusitado, singular, incomparable amor por Aenea.

Las multitudes que deseaban beber habían bebido. La gran esfera se había vaciado, y aun los que no habían comulgado guardaban silencio, o bien decepcionados por el breve discurso de mi amada, o bien sumidos en sus reflexiones.

Abordamos la vaina de transporte para regresar a nuestra región del Árbol Estelar y callamos salvo para las comunicaciones imprescindibles.

No era el silencio de la incomodidad o la frustración, sino el pasmado silencio que signaba el final de una etapa de nuestra vida y el comienzo de otra, o la esperanza de un comienzo.

Elige de nuevo. Aenea y yo hicimos el amor en la vaina penumbrosa, a pesar de nuestra fatiga y la hora tardía. Hicimos el amor lenta y tiernamente, con una dulzura casi insoportable.

Elige de nuevo. Eran las palabras que resonaban en mi mente cuando me dormí. *Elige de nuevo.* Comprendí. Yo elegía a Aenea y la vida con Aenea. Y creo que ella me había elegido a mí.

Y la elegiría de nuevo, y ella me elegiría de nuevo mañana, y pasado mañana, y en cada hora de cada nuevo día.

Elige de nuevo. Sí, sí.

27

Mi nombre es Jacob Schulmann. Escribo esta carta a mis amigos de Lodz:

Mis muy queridos amigos, antes de escribir deseaba confirmar lo que había oído. Lamentablemente, para nuestro gran dolor, ahora lo sabemos todo. Hablé con un testigo que escapó. Me lo contó todo. Los exterminan en Chelmno, cerca de Dombie, y los entierran en el bosque de Rzuszow. Matan a los judíos de dos maneras, a tiros y con gas. Acaba de suceder con miles de judíos de Lodz. No penséis que esto está escrito por un demente. Ay, es la trágica, horrenda verdad.

«¡Horror, horror! Hombre, rasga tus vestiduras, cubre tu cabeza con cenizas, corre por las calles y baila en tu locura.» Estoy tan cansado que mi pluma ya no puede escribir. ¡Creador del universo, ayúdanos!

Escribo la carta el 19 de enero de 1942. Pocas semanas después, durante un deshielo de febrero en que un falso aroma primaveral impregna los campos que rodean nuestra ciudad de Grabow, cargan en camiones a los hombres del campamento. Algunos camiones tienen pintadas brillantes imágenes de árboles tropicales y animales de la selva. Son los camiones de los niños, los que usaron el verano pasado para llevarse a los niños del campamento. La pintura se ha desdibujado con el invierno, y los alemanes no se han molestado en retocarla, así que las alegres imágenes parecen desvanecerse como los sueños del verano pasado.

Nos trasladan quince kilómetros, hasta Chelmno, que los alemanes llaman Kulmhof. Aquí nos ordenan que bajemos de los camiones y hagamos nuestras necesidades en el bosque. No puedo hacerlo, pues los guardias y los otros hombres me miran, pero finjo que he orinado y me abotono los pantalones.

Nos vuelven a subir a los camiones y nos llevan a un viejo castillo. Aquí nos ordenan bajar, nos conducen por un patio lleno de ropa y zapatos y nos llevan a un sótano. En la pared del sótano, está escrito en yiddish: «Nadie sale vivo de aquí.» Hay cientos de nosotros en el sótano, todos hombres, todos polacos, la mayoría oriundos de las aldeas cercanas como Gradow y Kolo, pero muchos de Lodz. El aire huele a humedad, podredumbre, piedra fría y rocío.

Al cabo de unas horas, cuando la luz se desvanece, salimos vivos del sótano. Han llegado más camiones, camiones más grandes, con puertas dobles. Estos camiones son verdes. No tienen pinturas en los flancos.

Los guardias abren las portezuelas y veo que la mayoría de estos camiones están abarrotados, con setenta u ochenta hombres en cada uno. No reconozco a ninguno de esos hombres.

Los alemanes nos empujan, nos golpean, nos arrean. Muchos de los hombres que conozco lloran, así que los guío en la plegaria mientras nos encierran en los pestilentes camiones. Shema Israel, rezamos. Todavía estamos rezando cuando cierran las puertas.

Fuera, los alemanes les gritan al conductor polaco y sus ayudantes polacos. Un ayudante grita «¡Gas!» en polaco y se oye el ruido de un tubo o manguera acoplándose bajo nuestro camión. El motor arranca de nuevo con un rugido.

Algunos de los que me rodean continúan rezando conmigo, pero la mayoría de los hombres se pone a gritar. El camión empieza a moverse, muy despacio. Sé que nos llevan a la angosta carretera de asfalto que los alemanes construyeron desde Chelmno hasta el bosque. Todos los aldeanos se extrañaron de esto, porque la carretera no conduce a ninguna parte. Se detiene en el bosque, y la carretera se ensancha para que los camiones tengan espacio para virar. Pero allí no hay nada salvo el bosque y los hornos que los alemanes ordenaron construir y las fosas que los alemanes ordenaron cavar. Los judíos del campamento que trabajaron en esa carretera y cavaron las fosas y ayudaron a construir los hornos en el bosque nos lo han contado. No les creímos cuando nos lo contaron, y luego se los llevaron.

El aire se espesa. Los gritos crecen. Me duele la cabeza. Cuesta respirar. Mi corazón palpita ferozmente. Sostengo las manos de un niño que está a mi izquierda, y de un viejo que está a mi derecha. Ambos rezan conmigo.

Alguien canta por encima de los gritos, en yiddish, con voz de barítono formada para la ópera:

Dios mío, Dios mío,
¿por qué nos has abandonado?
Hemos sido arrojados antes al fuego,
pero jamás hemos negado Tu Ley Sagrada.

¡Aenea! Dios mío. ¿qué?
Shh. Está bien, querido. Estoy aquí.
Yo no... ¿qué?

Mi nombre es Kaltryn Cateyen Endymion y soy la esposa de Trorbe Endymion, que murió hace cinco meses locales en un accidente de caza. También soy la madre del niño llamado Raul, que ahora tiene tres años de Hyperion, y juega junto a la

fogata de la caravana mientras sus tías lo cuidan.

Subo por la colina herbosa del valle donde las carretas se han detenido a pasar la noche. Hay algunos triálamos a orillas del arroyo, pero aparte de eso no hay nada en los pantanos salvo hierba corta, brezo, juncos, rocas, piedras y liquen. Y ovejas. Cientos de las ovejas de la caravana son visibles y audibles en las colinas del este mientras el perro las arrea.

Grandam —la abuela— remienda ropa en una protuberancia rocosa con una majestuosa vista del valle. Hay una bruma hacia el oeste, lo cual significa aguas abiertas, el mar, pero el mundo inmediato está limitado por los brezales, el cielo nocturno color lapislázuli, las estrías de los meteoros que cruzan ese cielo, el susurro del viento en la hierba. Me siento en una roca junto a Grandam. Es la madre de mi difunta madre, y su rostro es nuestro rostro pero más viejo, la piel curtida, el cabello blanco, huesos firmes en una cara fuerte, nariz afilada, ojos castaños con arrugas en las comisuras.

—Al fin has vuelto —dice la anciana—. ¿Estuvo bien el viaje a casa?

—Sí —digo—. Tom nos llevó por la costa desde Puerto Romance, y luego por la carretera del Pico en vez de pagar el peaje del ferry en los Marjales. Nos alojamos en la posada Benbroke la primera noche, acampamos junto al Suiss la segunda.

Grandam asiente. Sus dedos se ocupan de la costura. Hay un cesto de ropa junto a ella.

—¿Y los doctores?

—La clínica era grande —digo—. Los cristianos la han ampliado desde la última vez que estuvimos en Puerto Romance. Las hermanas, las enfermeras, fueron muy amables durante las pruebas.

Grandam espera.

Miro el valle, donde el sol emerge de las oscuras nubes. La luz pinta las colinas, arroja sombras detrás de las rocas bajas y las cimas pedregosas, incendia los brezales.

—Es cáncer —digo—. La nueva variedad.

—Sabemos eso por el médico de Linde del Brezal —dice Grandam—. ¿Pero dijeron cuál era el pronóstico?

Recojo una camisa. Era de Trorbe pero ahora le pertenece a su hermano Ley, tío de Raul. Saco aguja e hilo del mandil y me pongo a coser el botón que Trorbe perdió antes de su último viaje de cacería al norte. Me ruborizo al pensar que cuando le di esta camisa a Ley le faltaba un botón.

—Recomiendan que acepte la cruz —digo.

—¿No hay cura? —pregunta Grandam—. ¿Con tantas máquinas y sueros?

—Había. Pero evidentemente usaban esa tecnología molecular...

—Nanotecnología —dice Grandam.

—Sí. Y la Iglesia la prohibió hace un tiempo. Los mundos más avanzados tienen otros tratamientos.

—Pero Hyperion no —dice Grandam y pone aparte la ropa que está remendando.

—Correcto. —Mientras hablo, me siento muy cansada, un poco mareada por los análisis y el viaje, y muy tranquila. Pero también muy triste. Raul y los demás niños ríen en la brisa.

—Y aconsejan aceptar la cruz —dice Grandam. La última palabra suena cortante y afilada.

—Sí. Un sacerdote joven y muy simpático me habló ayer durante horas.

Grandam me mira a los ojos.

—¿Y lo harás, Kaltryn?

Sostengo su mirada.

—No.

—¿Estás segura?

—Totalmente.

—Trorbe estaría vivo y con nosotros si hubiera aceptado el cruciforme la primavera pasada, como aconsejó el misionero.

—No mi Trorbe —digo, y desvío la mirada. Por primera vez desde que empezaron los dolores, hace siete semanas, estoy llorando. No por mí, lo sé, sino por el recuerdo de la sonrisa de Trorbe en ese último amanecer, cuando partió con sus hermanos a cazar ibson salado cerca de la costa.

Grandam me coge la mano.

—¿Estás pensando en Raul?

Niego con la cabeza.

—Todavía no. Dentro de pocas semanas, no pensaré en otra cosa.

—No debes preocuparte por eso —murmura Grandam—. Todavía recuerdo cómo criar un niño. Todavía tengo historias que contar y cosas que enseñar. Y mantendré viva tu memoria en él.

—Será tan pequeño cuando...

Grandam me aprieta la mano.

—Los niños recuerdan muy profundamente —murmura—. Cuando somos viejos y flaqueamos, los recuerdos de la infancia son los más fáciles de evocar.

El atardecer es brillante, pero mis lágrimas lo distorsionan. No miro a Grandam a la cara.

—No quiero que me recuerde sólo cuando sea viejo. Quiero verlo... todos los días... verlo jugar y crecer.

—¿Recuerdas los versos de Ryokan que te enseñé cuando eras apenas un poco mayor que Raul? —pregunta Grandam.

Me echo a reír.

—Me enseñaste docenas de versos de Ryokan, Grandam.

—El primero —dice la anciana.

Tardo sólo un instante en recordarlo. Recito tratando de evitar el sonsonete, tal como Grandam me enseñó cuando yo era un poco mayor de lo que hoy es Raul:

Qué feliz soy
yendo de la mano
con los niños
a recoger verduras jóvenes
en los campos de primavera.

Grandam ha cerrado los ojos. Ahora veo cuan delgado es el pergamino de sus párpados.

—Te gustaban esos versos, Kaltryn.

—Todavía me gustan.

—¿Y dicen algo sobre la necesidad de recoger verduras la semana próxima, el año próximo, o dentro de diez años, para ser feliz ahora?

Sonrío.

—Para ti es fácil decirlo, anciana —digo, atemperando mi impertinencia con una voz suave y afectuosa—. Tú has recogido verduras durante setenta y cuatro primaveras y planeas hacerlo por otras setenta.

—Creo que no serán tantas. —Grandam me aprieta la mano por última vez y la libera—. Pero lo importante es caminar con los niños ahora, en la luz primaveral de este atardecer, y recoger las verduras pronto, para la cena de hoy. Prepararé tu comida favorita.

Bato las palmas.

—¿La sopa viento norte? Pero las cebollas no están maduras.

—Lo están en los prados del sur, adonde envié a Lee y sus niños, Y tienen una olla llena. Ahora ve a buscar las plantas de primavera para sumarlas a la mezcla. Lleva a tu hijo y regresa antes del oscurecer.

—Te amo, Grandam.

—Lo sé. Y Raul te ama a ti, pequeña. Y yo cuidaré de que el círculo no se rompa. Ahora corre.

Despierto cayendo. Pero no estaba dormido. Las hojas del Árbol Estelar han cubierto de sombra las vainas para simular la noche y las estrellas del sistema externo resplandecen. Las voces no disminuyen. Las imágenes no se esfuman. Esto no es como soñar. Es un remolino de imágenes y voces, miles de voces en un coro, todas exigiendo que las oiga. Yo no recordaba la voz de mi madre hasta este momento.

Cuando el rabino Schulmann gritó en polaco de Vieja Tierra y rezó en yiddish, no sólo entendí su voz sino sus pensamientos.

Estoy enloqueciendo.

—No, querido, no estás enloqueciendo —susurra Aenea. Está flotando contra la cálida pared, abrazándome. El cronómetro de mi comlog dice que el período de sueño en esta región de la Biosfera casi ha terminado, que dentro de una hora las hojas se alzarán para permitir que entre la luz del sol.

Las voces susurran, murmuran, conversan, sollozan. Las imágenes martillean mi cerebro como chispazos de color después de un golpe en la cabeza. Me encorvo sobre mí mismo, tensando los puños, apretando los dientes, las venas del cuello abultadas, como enfrentándome a un viento terrible o una oleada de dolor.

—No, no —dice Aenea, acariciándome la mejilla y las sienes. El sudor flota alrededor de mí como un nimbo amargo—. No, Raul, relájate. Eres muy sensible a esto, querido mío, tal como pensaba. Relájate y deja que las voces se calmen. Puedes controlarlo, querido. Puedes escuchar cuando desees, silenciarlas cuando debas.

—¿Pero nunca se irán? —pregunto.

—No muy lejos —susurra Aenea. Ángeles éxters flotan en la luz solar más allá de la barrera de hojas.

—¿Y has escuchado esto desde que eras bebé?

—Desde antes de nacer.

—Dios mío, Dios mío —digo, apoyándome los puños en los ojos—. Dios Mío.

Me llamo Amnye Machen Al Ata y tengo once años estándar cuando Pax llega a mi aldea, en Qom-Riyadh. Nuestra aldea está lejos de las ciudades, lejos de las carreteras y rutas aéreas, incluso lejos del trayecto de las caravanas que atraviesan el desierto rocoso y los Llanos Ardientes.

Durante dos días los cielos nocturnos han mostrado las naves de Pax ardiendo como brasas mientras van del este al oeste en lo que mi padre dice que es un lugar encima del aire. Ayer la radio de la aldea trajo órdenes del imán de Al-Ghazali, que oyó por las líneas telefónicas de Omar que todos los habitantes de los campamentos de los oasis de Parajes Altos y Llanos Ardientes deben reunirse fuera de sus yurts *y esperar. Mi padre ha asistido a la reunión de los hombres, en la mezquita de paredes de barro de nuestra aldea.*

El resto de mi familia aguarda fuera del yurt. *Las otras treinta familias también esperan. El poeta de nuestra aldea, Farid ud-Din Attar, camina entre nosotros, tratando de calmar nuestros nervios con versos, pero aun los adultos están asustados.*

Mi padre ha regresado. Le dice a mi madre que el mullah ha decidido que no podemos esperar a que nos maten los infieles. La radio de la aldea no ha podido comunicarse con la mezquita de Al-Ghazali u Omar. Mi padre piensa que la radio se

ha roto de nuevo, pero el mullah cree que los infieles han matado a todos al oeste de los Llanos Ardientes.

Oímos estampidos frente a otros yurts. *Mi madre y mi hermana mayor quieren correr, pero mi padre les ordena que se queden. Hay gritos. Miro el cielo, esperando que reaparezcan las naves infieles de Pax. Cuando miro abajo nuevamente, los agentes del mullah se aproximan a nuestro* yurt, *insertando cargadores en sus rifles. Tienen rostro adusto.*

Mi padre ordena que nos tomemos de las manos.

—Dios es grande —dice.

—Dios es grande —respondemos.

Hasta yo sé que «Islam» significa sumisión a la misericordiosa voluntad de Alá.

En el último momento, veo los rescoldos en el cielo, las naves de Pax yendo de este a oeste por el cénit.

—¡Dios es grande! —exclama mi padre.

Oigo los disparos.

—Aenea, no sé qué significan estas cosas.

—Raul, no significan, son.

—¿Son reales?

—Tan reales como pueden ser los recuerdos, amor.

—¿Pero cómo? Oigo las voces, tantas voces, en cuanto toco una con la mente... son más fuertes, más nítidas que mis propios recuerdos.

—Aun así son recuerdos, amor.

—De los muertos.

—Éstos sí.

—Aprender su idioma...

—Debemos aprender su idioma en muchos sentidos, Raul. Sus lenguas... inglés, yiddish, polaco, parsi, tamil, griego, mandarín... pero también sus corazones. El alma de su memoria.

—¿Los que hablan son fantasmas, Aenea?

—No son fantasmas, amor. La muerte es definitiva. El alma es esa inefable combinación de memoria y personalidad que llevamos en vida. Cuando parte la vida, el alma también muere. Salvo lo que dejamos en el recuerdo de aquellos que nos amaron.

—Y estos recuerdos...

—Resuenan en el Vacío Que Vincula.

—¿Cómo? Todos esos miles de millones de vidas...

—Y miles de especies y miles de millones de años, amor. Hay recuerdos de tu madre, y de la mía, pero también las impresiones vitales de seres muy alejados de nosotros en el espacio y el tiempo.

—¿También yo puedo tocarlos, Aenea?

—Tal vez. Con tiempo y práctica. A mí me llevó años. Tratándose de formas de vida con otra historia evolutiva, aun las impresiones sensoriales son difíciles de aprehender, y mucho más sus pensamientos, recuerdos y emociones.

—¿Pero lo has hecho?

—Lo he intentado.

—¿Formas alienígenas como los seneschai aluit o los akerataeli?

—Mucho más alienígenas, Raul. Los seneschai vivieron ocultos en Hebrón cerca de los colonos humanos durante generaciones. Y son empatas. Las emociones eran su lenguaje primario. Los akerataeli son muy diferentes de nosotros, pero no tan diferentes de las entidades del Núcleo que visitó mi padre.

—Me duele la cabeza, pequeña. ¿Puedes ayudarme a silenciar estas voces e imágenes?

—Puedo ayudarte a moderarlas, amor. Nunca cesarán del todo mientras vivamos. Esta es la bendición y el peso de la comunión con mi sangre. Pero antes de mostrarte cómo moderarlas, escucha unos minutos más. Pronto amanecerá.

Mi nombre era Lenar Hoyt, sacerdote, pero ahora soy el papa Urbano XVI, y celebro la Misa de Resurrección para el cardenal John Domenico Mustafa en la Basílica de San Pedro, con más de quinientos importantes fieles del Vaticano.

De pie ante el altar, las manos tendidas, leo la Plegaria de los Fieles.

Invocamos a nuestro Padre Todopoderoso,
Quien levantó a Su Hijo Cristo de entre los muertos
para la salvación de todos.

El cardenal Lourdusamy, que oficia de diácono en esta misa, entona:

Que pueda regresar a la perpetua compañía de los fieles,
este difunto cardenal, John Domenico Mustafa,
que una vez recibió la semilla de la vida eterna por el bautismo,
rogamos al Señor.

Que él, que ejerció el oficio episcopal en la Iglesia
y en el Santo Oficio mientras vivía,
pueda nuevamente servir a Dios en su vida renovada,
rogamos al Señor.

Que pueda dar a las almas de nuestros hermanos, hermanas, familiares
y benefactores
la recompensa por su labor,

rogamos al Señor.

Que Él reciba en la luz de Su semblante
a todos los que duermen a la espera de la resurrección,
y les otorgue esa resurrección,
para que puedan servirle mejor,
rogamos al Señor.

Que Él asista y conforte
a los hermanos y hermanas
que sufren aflicción por los ataques de los impíos
y la burla de los reprobos,
rogamos al Señor.

Que un día Él llame a Su glorioso reino
a todos los que están reunidos aquí en fe y devoción,
y nos otorgue la bendición
de la resurrección temporal en nombre de Cristo,
rogamos al Señor.

Mientras el coro canta la Antífona del Ofertorio *y la congregación se arrodilla en silencio, esperando la Sagrada Eucaristía, doy media vuelta y digo:*

—Recibe, Señor, estos dones que te ofrecemos en nombre de Tu servidor, el cardenal John Domenico Mustafa; Tú diste la recompensa del alto sacerdocio en este mundo; que él se una brevemente con Tus santos en el Reino de los Cielos y regrese a nos por Tu Sacramento de la Resurrección. A través de Cristo nuestro Señor.

—Amén —responde la congregación al unísono.

Camino hacia el nicho de resurrección del cardenal Mustafa y lo rocío con agua bendita, rezando:

Padre, Dios Todopoderoso y eternamente vivo,
siempre y por doquier debemos darte gracias
a través de Jesucristo Nuestro Señor.

En Él, que se levantó de entre los muertos,
amaneció nuestra esperanza de resurrección.
La tristeza de la muerte es reemplazada
por la brillante promesa de la inmortalidad.

Señor, para tu pueblo fiel la vida cambia y se renueva, en vez de terminar.

Cuando nuestra morada corporal y terrenal yace en la muerte,
confiamos en que Tu misericordia y Tu milagro la renueven.

Y así, con todos los coros de ángeles del Cielo
proclamamos Tu gloria
y nos unimos a su incesante himno de alabanza.

El gran órgano de la Basílica resuena mientras el coro comienza a cantar el *Sanctus:*

Santo, santo, santo Señor Dios poderoso,
el cielo y la tierra están llenos de Tu gloria.
Hosanna en las alturas.
Bendito el que viene en nombre del Señor,
hosanna en las alturas.

Después de la Comunión, la Misa termina y la congregación parte. Camino lentamente hacia la sacristía. Estoy triste y me duele el corazón, literalmente.

La enfermedad cardíaca avanza de nuevo, taponándome las arterias y haciéndome doler cada paso y cada palabra. Pienso que no debo contárselo a Lourdusamy.

El cardenal se presenta mientras acólitos y monaguillos me ayudan a quitarme las vestiduras.

—Ha llegado una nave correo Gedeón, Su Santidad.

—¿De qué frente? —pregunto.

—No de la flota, Santo Padre —dice el cardenal, mirando un mensaje que sostiene en sus manos fofas.

—¿De dónde entonces? —pregunto, extendiendo la mano con impaciencia. El mensaje está escrito en pergamino.

Iré a Pacem, al Vaticano.

Aenea.

Miro al secretario de Estado.

—¿Puedes detener la flota, Simón Augustino?

Le tiembla la papada.

—No, Su Santidad. Realizaron el salto hace más de veinticuatro horas. Dentro de

poco habrán terminado su resurrección acelerada e iniciarán el ataque. No podemos preparar una nave correo y enviarla a tiempo.

Me tiembla la mano. Le devuelvo el mensaje al cardenal Lourdusamy.

—Llama a Marusyn y los demás comandantes de la flota —digo—. Pídeles que traigan todas los naves de combate de vuelta al sistema de Pacem. De inmediato.

—Pero, Su Santidad, hay muchas misiones importantes en marcha...

—¡De inmediato! —grito.

Lourdusamy se inclina.

—De inmediato, Su Santidad.

Mi pecho dolorido y mi aliento entrecortado son como advertencias de Dios de que el tiempo apremia.

—¡Aenea! El papa...

—Tranquilo, amor. Estoy aquí.

—Estuve con el papa, Lenar Hoyt, pero no está muerto, ¿verdad?

—También estás aprendiendo el idioma de los vivos, Raul. Es increíble que tu primer contacto con los recuerdos de otra persona viviente sea con él. Creo que...

—¡No hay tiempo, Aenea! No hay tiempo. El cardenal Lourdusamy llevó tu mensaje. El papa trató de detener la flota, pero Lourdusamy dijo que era demasiado tarde, que habían saltado veinticuatro horas atrás y atacarían en cualquier momento. Podría ser aquí, Aenea. La flota podría reunirse en Lacaille 9352...

—¡No! —La voz de Aenea me arranca de la cacofonía de imágenes, voces, recuerdos y superposiciones sensoriales, sin disiparla del todo, pero reduciéndola a algo que parece una música estridente en una habitación contigua.

Aenea activa la unidad comlog del cubículo y llama a nuestra nave y a Navson Hamnim al mismo tiempo.

Trato de concentrarme en mi amiga y en el momento, vistiéndome al mismo tiempo, pero el murmullo de voces y recuerdos todavía me acosa, como cuando alguien despierta de un sueño vivido.

El padre capitán De Soya reza de rodillas en su cubículo privado del Yggdrasill*, sólo que De Soya ya no se considera padre capitán sino sólo padre. Y ni siquiera está seguro de este título. Esta noche ha rezado durante horas, como todos los días y noches desde que le arrancaron el cruciforme del pecho y del cuerpo mediante la comunión con la sangre de Aenea.*

El padre De Soya ruega por un perdón del cual se considera indigno. Pide perdón por sus años como capitán de Pax, sus muchas batallas, las vidas que ha segado, las bellas obras humanas y divinas que ha destruido. El padre Federico de Soya se arrodilla en el silencio de un sexto de g de su cubículo y pide a su Señor y Salvador, el Dios de la Misericordia en que había aprendido a creer y del que ahora duda, que lo perdone, no por él, sino para que sus pensamientos y actos de los meses

y años venideros, u horas, si su vida fuera tan breve, le permitan servir a su Señor...

Rompo este contacto con la súbita revulsión de alguien que comprende que se está convirtiendo en un mirón. Entiendo que si Aenea ha conocido este «idioma de los muertos» durante años, durante toda su vida, sin duda ha gastado más energía en el esfuerzo de negarlo, de evitar esta intrusión involuntaria en vidas ajenas, que en dominarlo.

Aenea abre una salida en la pared y lleva el comlog al mirador orgánico. Me acerco a ella flotando, descendiendo a la superficie del mirador bajo el tirón de un décimo de g del campo de contención. Varios rostros flotan encima del comlog —Het Masteen, Ket Rosteen, Navson Hamnim—, pero todos miran hacia otro lado, como Aenea.

Tardo un segundo en ver lo que ella ve.

Estrías llameantes hienden el Árbol Estelar, más allá de bellas rosetas de llamas anaranjadas y rojas. Por un instante creo que el sol despunta en la curva interna de la Biosfera, y los calamares, ángeles y cometas de irrigación reciben la luz tal como Aenea y yo horas antes, cuando cabalgábamos en la matriz de la heliosfera, pero pronto comprendo lo que estoy viendo.

Naves de Pax atraviesan el Árbol Estelar en cien sitios, y sus estelas de fusión cortan ramas y troncos como cuchillos fríos y brillantes.

Las explosiones de hojas y escombros a cientos de miles de kilómetros provocan temblores sísmicos en nuestra rama, nuestra vaina y nuestro balcón.

Confusión brillante. Haces energéticos brincando en el espacio, visibles por los millones de partículas de atmósfera en fuga, materia orgánica pulverizada, hojas ardientes, sangre de éxters y templarios. Haces cortando y quemando todo lo que tocan.

Más explosiones florecen a pocos kilómetros. El campo de contención aún se sostiene y el ruido nos empuja contra la pared, que ondula como la carne de una bestia herida. El comlog de Aenea se apaga al tiempo que la curva del Árbol Estelar estalla en llamas y explota en el espacio silencioso. Se oyen alaridos y rugidos, pero sé que dentro de segundos el campo de contención caerá y Aenea y yo seremos absorbidos por el espacio junto con toneladas de escombros.

Trato de arrastrarla hacia la vaina, que se cierra en un vano intento de sobrevivir.

—¡No, Raul, mira!

Miro hacia donde ella señala. Arriba, abajo, alrededor, el Árbol Estelar arde y estalla, las lianas y ramas se quiebran. Ángeles éxters consumidos por llamas, calamares obreros de diez kilómetros que implosionan, naves arbóreas que se incendian mientras intentan escapar.

—¡Están matando a los ergs! —grita Aenea en medio del estruendo.

Golpeo la pared, gritando órdenes. La puerta se abre un segundo, tiempo

suficiente para llevar a mi amada adentro.

Pero aquí no hay refugio. Los impactos del plasma son visibles por las paredes polarizadas.

Aenea saca su mochila del cubículo y se la pone. Yo cojo la mía y me guardo el cuchillo en el cinturón, como si eso fuera una ayuda contra los atacantes.

—¡Tenemos que llegar al *Yggdrasill*! —exclama Aenea.

Nos dirigimos al tallo conector, pero la vaina no nos deja salir. Un rugido hace vibrar el casco.

—El tallo está quebrado —jadea Aenea. Todavía lleva el comlog, el antiguo comlog de la nave del cónsul, y pide datos a la red del Árbol Estelar—. Los puentes han caído. Tenemos que llegar a la nave arbórea.

Miro por la pared. Capullos de llamas anaranjadas. El *Yggdrasill* está diez kilómetros al este. Sin los puentes colgantes ni los tallos, bien podría estar a mil años-luz.

—Llamemos a nuestra nave. La nave del cónsul —digo.

Aenea mega con la cabeza.

—Het Masteen ha puesto en marcha el *Yggdrasill*... no hay tiempo para sacar nuestra nave. Tenemos que estar allá dentro de pocos minutos o... ¿Y los dermotrajes? Podemos volar hacia allá.

Ahora soy yo quien niega con la cabeza.

—No están aquí. Cuando nos los quitamos en la plataforma, le dije a A. Bettik que los llevara a la nave arbórea.

La vaina tiembla. La pared se pone roja, se derrite.

Abro mi cubículo de almacenaje, aparto ropas y equipo, busco el único y extraño artefacto que poseo, lo saco del tubo de cuero.

El regalo del padre capitán De Soya.

Toco las hebras de activación. La alfombra voladora se pone rígida y revolotea en cero g. El campo EM de este sector del Árbol Estelar todavía está intacto.

—Vamos —grito mientras la pared se derrite. Subo con mi amada a la alfombra.

Caemos por la grieta, hacia el vacío y la locura.

28

Los campos magnéticos controlados por los ergs todavía resistían pero estaban distorsionados. En vez de volar a lo largo del bulevar de ramas que conducía al *Yggdrasill*, la alfombra insistía en alinearse en ángulo recto, de modo que nuestros rostros parecían apuntar hacia abajo mientras la alfombra se elevaba como un ascensor entre ramas trémulas, puentes desmoronados, tallos cercenados, esferas de llamas y hordas de éxters que brincaban al espacio para combatir y morir. Mientras siguiera rumbo a la nave arbórea, dejé que la alfombra hiciera lo que quisiera.

Aún quedaban burbujas de campo de contención, pero la mayoría de los campos erg habían muerto con los ergs que los mantenían. A pesar de las redundancias múltiples, toda esta región del Árbol Estelar perdía aire o sufría descompresiones explosivas. No teníamos trajes. En el último momento yo había recordado que la antigua alfombra voladora tenía su propio campo para retener aire o pasajeros. No era un dispositivo de presión duradero, pero nueve años atrás lo habíamos usado en aquel planeta selvático, volando a alturas irrespirables, y yo esperaba que los sistemas aún respondieran.

Respondieron, hasta cierto punto. En cuanto salimos de la vaina y nos elevamos como una paravela en medio del caos, el campo de la alfombra se activó. Noté que perdía aire, pero me dije que nos duraría el tiempo necesario para llegar al *Yggdrasill*.

Casi no llegamos al *Yggdrasill*.

No era la primera batalla espacial que presenciaba. Aenea y yo habíamos visto una desde la plataforma del Templo Suspendido en el Aire, observando el espectáculo de luces en el espacio cislunar mientras el grupo de Pax destruía la nave del padre De Soya, pero ésta era la primera vez que presenciaba una batalla espacial donde alguien trataba de matarme.

El ruido era ensordecedor donde había aire: explosiones, implosiones, troncos y tallos astillados, ramas quebradas y calamares moribundos, el aullido de alarmas y el chillido de comlogs y otros comunicadores. Donde había vacío, el silencio era aún más ensordecedor: cuerpos éxters y templarios volando sin ruido al espacio, mujeres y niños, guerreros que no podían llegar a sus armas o sus puestos de combate, sacerdotes del Muir rodando hacia el sol en la indignidad de la muerte violenta, llamas que no crepitaban, alaridos mudos, ciclones sin silbido.

Aenea estaba encorvada sobre el antiguo comlog de Siri cuando nos elevamos en el torbellino. Systenj Coredwell gritaba desde la holopantalla, y Kent Quinkent y Sian Quintana Ka'an hablaban frenéticamente. Yo estaba demasiado ocupado conduciendo la alfombra para escuchar sus desesperadas conversaciones.

Ya no veía las estelas de fusión de los arcángeles de Pax, sólo sus haces cortando nubes de gas y campos de escombros, troceando el Árbol Estelar como escalpelos. Los grandes troncos y las ondulantes ramas sangraban, y su savia y otros fluidos vitales se mezclaban con kilómetros de lianas de fibra óptica y sangre éxter mientras estallaban o hervían. Un calamar obrero de diez kilómetros fue cortado en sucesivas lonjas mientras sus delicados tentáculos caracoleaban en una danza agónica. Ángeles éxters echaban a volar por miles y morían por miles. Una nave arbórea trató de zarpar y fue destruida en segundos; la atmósfera de oxígeno ardió en el campo de contención, matando a los tripulantes en ráfagas de humo turbulento.

—No es el *Yggdrasill* —gritó Aenea.

Asentí. La nave arbórea moribunda venía desde el norte, pero el *Yggdrasill* debía de estar cerca, a un kilómetro a lo largo de la vibrante rama.

A menos que yo hubiera girado mal. A menos que ya lo hubieran destruido. A menos que se hubiera ido sin nosotros.

—Hablé con Het Masteen —gritó Aenea. Cruzábamos una esfera de aire en fuga y el estruendo era terrible—. Sólo trescientos de los mil están a bordo.

—De acuerdo —dije. No sabía de qué hablaba. ¿Mil qué? No había tiempo para preguntas. Entreví el verdor más profundo de una nave arbórea a un kilómetro, en otra hélice de ramas, y conduje la alfombra en esa dirección. Si no era el *Yggdrasill*, igual tendríamos que buscar refugio allí. Los campos EM del Árbol Estelar estaban fallando, y la alfombra perdía energía e inercia.

El campo EM falló. La alfombra ascendió por última vez y empezó a rodar en la negrura entre las ramas astilladas, a un kilómetro de los tallos ardientes. Vi a lo lejos el cúmulo de vainas ambientales de donde veníamos: estaban pulverizadas y escupían aire y cuerpos, sacudiendo tallos y ramas en una ciega reacción newtoniana.

—Es el fin —dije en voz baja, pues ya no había aire ni ruido fuera de nuestra débil burbuja de energía. La alfombra había sido diseñada siete siglos atrás para seducir a la sobrina adolescente de un anciano enamorado, no para mantener a sus ocupantes con vida en el espacio exterior—. Lo intentamos, pequeña.

Me acerqué a Aenea y la rodeé con el brazo.

—No —dijo Aenea. No rechazaba mi abrazo sino la sentencia de muerte. Me cogió el brazo con fuerza, clavándome los dedos en el bíceps—. No, no —repitió, tecleando el comlog.

El rostro de Het Masteen apareció contra el caótico campo estelar.

—Sí —dijo—. Te veo.

La nave arbórea estaba a mil metros, una techumbre de ramas y hojas verdes detrás del fluctuante campo de contención violeta. Su mole se desprendía lentamente del llameante Árbol Estelar. Sentí un tirón violento y tuve la certeza de que un haz enemigo nos había alcanzado.

—Los ergs nos están remolcando —dijo Aenea, sin soltarme el brazo.

—¿Ergs? Creí que una nave arbórea sólo tenía un erg a bordo, para manejar el motor y los campos.

—Habitualmente sí. A veces dos, si es un viaje excepcional, a la capa externa de una estrella, por ejemplo, o a través de la onda de choque de la heliosfera de un sistema binario.

—¿Así que hay dos a bordo del *Yggdrasill*? —dije, mirando el árbol que cubría el cielo. Explosiones de plasma estallaban en silencio.

—No —dijo Aenea—. Hay veintisiete.

El campo extendido nos atrajo. El arriba se convirtió en abajo. Descendimos a una cubierta, bajo el puente que estaba cerca de la copa de la nave arbórea. Aun antes de que yo tocara las hebras de vuelo para desactivar nuestro mísero campo de contención, Aenea cogió su comlog y su mochila y corrió a la escalera.

Enrollé la alfombra pulcramente, la guardé en el tubo de cuero, me eché el tubo a la espalda y me apresuré a alcanzarla.

En el puente sólo estaban el capitán Het Masteen y algunos de sus lugartenientes, pero las plataformas y escaleras de abajo estaban atestadas de gente: Rachel, Theo, A. Bettik, el padre De Soya, el sargento Gregorius, Lhomo Dondrub y muchos refugiados de T'ien Shan. También había muchos humanos que no eran éxters ni templarios y a quienes nunca había visto.

—Refugiados de cien mundos de Pax, recogidos por el padre capitán De Soya en el *Rafael* en los últimos años —explicó Aenea—. Esperábamos que unos cientos más llegaran hoy antes de la partida, pero ahora es demasiado tarde.

La seguí hasta el puente. Het Masteen estaba en el centro de un círculo de discos orgánicos de control, imágenes de los nervios de fibra óptica que atravesaban la nave, holoimágenes del centro, la popa y la proa de la nave, un nexo de comunicaciones que lo ponía en contacto con los templarios que estaban junto a los ergs, en el núcleo de contención de la singularidad, en las raíces y otras partes, y el holosimulacro de la nave misma, que él podía tocar con sus largos dedos para activar interactivos o cambiar de rumbo. El templario miró a Aenea, que se le aproximó por el puente sagrado. Su semblante asiático estaba calmo.

—Me complace que no hayas quedado atrás, La Que Enseña —dijo secamente—. ¿Adonde deseas que vayamos?

—Fuera del sistema —dijo Aenea sin vacilar.

Het Masteen asintió.

—Nos dispararán, desde luego. El poder de fuego de la flota de Pax es extraordinario.

Aenea sólo asintió con un gesto. Vi que el simulacro de la nave viraba despacio y

miré arriba para ver la rotación del campo estelar. Habíamos avanzado unos kilómetros sistema adentro y ahora regresábamos a la desbaratada superficie interna del Árbol Estelar. En vez de vainas ambientales, sólo había un agujero informe entre las ramas entrelazadas. En los miles de kilómetros cuadrados de esta región había heridas abiertas y ramas desnudas. El *Yggdrasill* avanzó lentamente entre millones de hojas sueltas —las que aún estaban en los campos de contención ardían y agrisaban la atmósfera con cenizas—, regresando a la pared de la esfera para atravesarla cuidadosamente.

Ganamos velocidad al encenderse el motor de fusión controlado por los ergs, y entonces pudimos ver mejor la batalla. El espacio era una miríada de luces parpadeantes: campos de contención defensivos chisporroteando bajo descargas energéticas, un sinfín de explosiones termonucleares y de plasma, estelas de misiles, armas hipercinéticas, pequeñas naves de ataque, arcángeles. La superficie externa del Árbol Estelar parecía un fibroso mundo volcánico donde proliferaban las erupciones de llamas y los géiseres de escombros. Los cometas de irrigación y los asteroides pastores, arrancados de su trayectoria por los impactos, atravesaban el Árbol Estelar como balas de cañón. Het Masteen activó los holos tácticos y vimos la imagen de toda la Biosfera, atravesada por diez mil incendios —muchos de ellos tan grandes como mi mundo natal de Hyperion— y cien mil rasgaduras visibles en esa textura que habían tardado casi mil años en tejer. El radar y los sensores profundos registraban miles de objetos móviles, cada vez menos a medida que los potentes arcángeles fulminaban exploradores, naves-antorcha, destructores y naves arbóreas con sus haces, a distancias de varias UA. Millones de éxters adaptados al espacio se lanzaron contra los atacantes, pero murieron como polillas frente a un lanzallamas.

Lhomo Dondrub entró en el puente. Usaba un dermotraje éxter y llevaba una larga arma de asalto clase cuatro.

—Aenea, ¿adonde demonios vamos?

—Lejos —dijo mi amada—. Tenemos que irnos, Lhomo.

—No —dijo el volador—. Tenemos que quedarnos a pelear. No podemos dejar a nuestros amigos a merced de las aves carroñeras de Pax.

—Lhomo —dijo Aenea—, no podemos salvar el Árbol Estelar. Tengo que irme de aquí para luchar contra Pax.

—Huye de nuevo si debes hacerlo —dijo Lhomo, el rostro contraído de rabia y frustración. Se echó la capucha del dermotraje plateado sobre la cabeza—. Yo me quedo a pelear.

—Te matarán, amigo mío —dijo Aenea—. No puedes luchar contra naves estelares clase arcángel.

—Veremos —dijo Lhomo. El traje lo cubría todo, salvo el rostro. Me dio la mano —. Buena suerte, Raul.

—Y a ti —respondí, con un nudo en la garganta, avergonzado de huir y de despedirme de ese valiente.

Aenea le tocó el brazo plateado.

—Lhomo, puedes contribuir más a la lucha si vienes con nosotros.

Lhomo Dondrub sacudió la cabeza y se bajó la capucha. Su voz se tornó metálica.

—Buena suerte, Aenea. Que Dios y Buda te ayuden. Que Dios y Buda nos ayuden a todos.

Fue hasta el borde de la plataforma y miró a Het Masteen. El templario asintió, tocó el simulacro de control y le susurró algo a una de sus hebras.

La gravedad disminuyó. El campo externo titiló y se desplazó. Lhomo se elevó, giró y fue catapultado al espacio. Desplegó las alas plateadas, recibiendo la luz, y se unió a una veintena de ángeles éxters que portaban sus armas insignificantes, cabalgando en la luz solar hacia el arcángel más próximo.

Otros se aproximaron al puente —Rachel, Theo, la Dorje Phamo, el padre De Soya y su sargento, A. Bettik, el Dalai Lama—, pero todos mantuvieron una respetuosa distancia.

—Nos han localizado —dijo Het Masteen—. Nos disparan.

Una explosión roja sacudió el campo de contención. Oí el siseo. Era como haber caído en el corazón de una estrella.

Las pantallas titilaron.

—Aguantan —dijo Het Masteen—. Aguantan.

Se refería a los campos defensivos, pero las naves de Pax también aguantaban, disparando sus haces energéticos mientras acelerábamos para salir del sistema. Salvo por las holopantallas, no había indicios de nuestro movimiento, ninguna estrella visible, sólo el crujiente ovoide de energía destructiva que burbujeaba alrededor de nosotros.

—¿Cuál es nuestro curso? —le preguntó Het Masteen a Aenea.

Mi amiga se tocó la frente, cansada o desorientada.

—Sólo hacia fuera, hacia donde podamos ver las estrellas.

—No llegaremos a un punto de traslación bajo un ataque tan intenso —dijo el templario.

—Lo sé —dijo Aenea—. Sólo afuera... adonde pueda ver las estrellas.

Het Masteen miró la llamarada que nos cubría.

—Quizá nunca veamos de nuevo las estrellas.

—Tenemos que hacerlo —dijo simplemente Aenea.

Súbitamente oí exclamaciones y miré hacia el centro de la conmoción.

Había sólo algunas plataformas sobre el puente de control —estructuras diminutas que parecían cofas en un barco pirata de holodrama, o una casa arbórea que una vez había visto en los marjales de Hyperion— y en una de ellas estaba la figura.

Los clones tripulantes gritaban y señalaban. Het Masteen echó un vistazo y miró a Aenea.

—El Señor del Dolor viaja con nosotros.

La llamarada multicolor que ardía más allá del campo de contención se reflejaba en la frente y el pecho del Alcaudón.

—Creí que había muerto en T'ien Shan —dije.

Aenea parecía más fatigada que nunca.

—Esa cosa se desplaza por el tiempo con mayor facilidad que nosotros por el espacio, Raul. Puede haber muerto en T'ien Shan... puede morir dentro de mil años en una batalla con el coronel Kassad... quizá no sea capaz de morir... nunca lo sabremos.

Como si lo hubieran llamado, el coronel Fedmahn Kassad subió la escalera del puente. Usaba uniforme de la Hegemonía y portaba el rifle que una vez yo había visto en la armería de la nave del cónsul. Miró al Alcaudón como un poseído.

—¿Puedo subir allá? —le preguntó al capitán templario.

Siempre concentrado en sus órdenes y pantallas, Het Masteen señaló unas líneas y escalerillas que conducían a la plataforma más alta.

—No quiero disparos a bordo —le dijo Het Masteen. El coronel Kassad asintió y empezó a subir.

Los demás miramos las pantallas. Había por lo menos tres arcángeles disparándonos desde distancias inferiores al millón de kilómetros. Se turnaban para disparar, atacando también otros blancos. Pero nuestra extraña negativa a morir parecía aumentar su saña contra nosotros y los haces continuaban, recorriendo esos escasos segundos-luz para estallar sobre el campo de contención. Una de las naves estaba a punto de rodear la curva del llameante Árbol Estelar, pero las otras dos aún desaceleraban hacia nosotros sin obstáculos en el medio.

—Misiles —avisó con voz neutra un lugarteniente del capitán templario—. Dos... cuatro... nueve. Sublumínicos. Presuntamente ojivas de plasma.

—¿Podemos sobrevivir a eso? —preguntó Theo. Rachel se había acercado para mirar cómo el coronel subía hacia el Alcaudón.

Het Masteen estaba demasiado ocupado para responder.

—No lo sabemos —dijo Aenea—. Depende de los ergs.

—Sesenta segundos para el impacto —dijo el mismo lugarteniente con la misma voz neutra.

Het Masteen tocó una vara de comunicaciones. Su voz sonaba normal, pero comprendí que era amplificada en toda la nave.

—Que todos se cubran los ojos y eviten mirar el campo. Los ergs polarizarán el fogonazo, pero no miréis hacia arriba. La paz del Muir sea con vosotros.

Miré a Aenea.

—Pequeña, ¿esta nave porta armas?

—No —respondió ella, con ojos tan fatigados como su voz.

—¿Entonces no vamos a luchar... sólo huir?

—Sí, Raul.

Apreté los dientes.

—Entonces estoy de acuerdo con Lhomo. Hemos huido demasiado. Es hora de ayudar a nuestros amigos, hora de...

Al menos tres misiles estallaron. Luego recordaría una luz tan cegadora que llegué a ver el cráneo y las vértebras de Aenea a través de su piel y su carne, pero eso debía ser imposible. Tuvimos una sensación de caída, como si todo perdiera sostén, y luego el campo gravitatorio se restauró. Un rumor subsónico me hizo doler los dientes y los huesos.

Pestañeé para borrar las imágenes de mi retina. Aún tenía su cara delante de mí —las mejillas rojas y sudorosas, el cabello recogido con una cinta, los ojos cansados pero infinitamente vivos, los antebrazos desnudos y tostados— y en un arranque de sentimentalismo pensé que no estaría mal morir así, con el rostro de Aenea grabado en mi alma y mi memoria.

Otras dos ojivas de plasma sacudieron la nave arbórea. Luego cuatro más.

—Aguantan —dijo el lugarteniente de Het Masteen—. Todos los campos aguantan.

—Lhomo y Raul tienen razón, Aenea —dijo la Dorje Phamo, acercándose majestuosamente con su sencilla túnica de algodón—. Hace años que huyes de Pax. Es hora de combatirlos... hora de que todos combatamos.

Miré a la anciana con una intensidad rayana en la rudeza. Había comprendido que había un aura alrededor de ella. No, esa palabra es demasiado mística... pero irradiaba un color fuerte, un carmín profundo tan enérgico como su personalidad. También comprendí que esa noche había notado lo mismo en todos los que estaban en la plataforma —el azul brillante del coraje de Lhomo, la áurea confianza de Het Masteen, el vibrante violeta del coronel Kassad al ver el Alcaudón— y me pregunté si era un medio para aprender el idioma de los vivos. O quizá fuera resultado de la sobrecarga de luz producida por las explosiones de plasma. Yo sabía que los colores no eran reales —no estaba alucinando y mi visión no estaba turbia—, pero sospeché que mi mente estaba haciendo estas asociaciones, que eran como atisbos taquigráficos del espíritu de la persona, en un nivel que trascendía la vista.

Y los colores que rodeaban a Aenea abarcaban el espectro y lo superaban, con un fulgor tan ubicuo que llenaba la nave arbórea tal como las explosiones de plasma llenaban el exterior.

—No, señora mía —intervino el padre De Soya, hablándole a la Dorje Phamo con voz suave y respetuosa—. Lhomo y Raul no tienen razón. A pesar de nuestra furia y nuestro afán de contraatacar, Aenea está en lo cierto. Si Lhomo sobrevive, quizás

aprenda lo que todos aprenderemos si sobrevivimos. Es decir, después de la comunión con Aenea compartimos el dolor de aquellos a quienes atacamos. Lo compartimos de veras. Literal y físicamente. Lo compartimos por haber aprendido el idioma de los vivos.

La Dorje Phamo miró al sacerdote.

—Sé que esto es cierto, cristiano. Pero ello no significa que no podamos contraatacar cuando otros nos lastiman. —Señaló el campo de contención, las estelas de fusión, los rescoldos ardientes—. Los monstruos de Pax están destruyendo uno de los mayores logros de la especie humana. ¡Debemos detenerlos!

—Ahora no —dijo el padre De Soya—. No luchando aquí. Confía en Aenea.

El sargento Gregorius se aproximó.

—Cada fibra de mi ser, cada momento de mi entrenamiento, cada cicatriz de mis años de lucha, todo me impulsa a combatir ahora —gruñó—. Pero he confiado en mi capitán, y ahora confío en él como sacerdote. Y si él dice que debemos confiar en la joven... pues debemos confiar en ella.

Het Masteen alzó una mano. El grupo calló.

—Esta discusión es una pérdida de tiempo. Como os ha explicado La Que Enseña, el *Yggdrasill* no tiene armamentos y los ergs son nuestra única defensa. Pero no pueden cambiar de fase el motor de fusión mientras nos cubren con este escudo protector. No tenemos propulsión. Estamos a la deriva a sólo minutos-luz de nuestra posición original. Y cinco arcángeles han cambiado de curso para interceptarnos. —El templario se volvió para enfrentarnos—. Por favor, todos, excepto la reverenciada La Que Enseña y su alto amigo Raul, abandonad el puente y esperad abajo.

Los otros se marcharon sin una palabra. Rachel miró arriba antes de marcharse. El coronel Kassad estaba en la cofa, junto al Alcaudón, empequeñecido por esa escultura de cromo erizada de espinas. Inmóviles, el coronel y la máquina de matar se miraban a menos de un metro de distancia.

Miré la pantalla. Las naves de Pax se aproximaban. Encima de nosotros el campo de contención se despejó.

—Coge mi mano, Raul —dijo Aenea.

Cogí su mano, recordando todas las veces que la había tocado en los últimos diez años.

—Las estrellas —susurró Aenea—. Mira las estrellas. Y escúchalas.

La nave arbórea *Yggdrasill* colgaba en la órbita de un mundo rojizo con casquetes polares blancos, antiguos volcanes más grandes que la Meseta del Piñón de mi mundo, y un valle que atravesaba el vientre del planeta como la cicatriz de una apendicetomía de más de cinco mil kilómetros de largo.

—Esto es Marte —dijo Aenea—. El coronel Kassad se despedirá aquí.

El coronel Kassad se había alejado del Alcaudón después del salto cuántico. No había palabras para describir lo que hicimos: en un momento la nave estaba en el sistema de la Biosfera, a la deriva y a baja velocidad, los motores muertos, bajo el ataque de un enjambre de arcángeles, y al siguiente estábamos en órbita estable sobre ese mundo muerto del sistema de Vieja Tierra.

—¿Cómo lograste eso? —le pregunté a Aenea un segundo después. No me cabía la menor duda de que ella nos había trasladado.

—Aprendí a oír la música de las esferas. Y luego a dar un paso.

Seguí mirándola fijamente. Aún le cogía la mano y no pensaba soltarla hasta que me hablara en lenguaje llano.

—Uno pude comprender un lugar, Raul —dijo, sabiendo que muchos otros escuchaban en ese momento—, y cuando lo haces, es como oír su música. Cada mundo un acorde, cada sistema estelar una sonata, cada lugar específico una nota clara y distinta.

No le solté la mano.

—¿Y la teleyección sin teleyector? —pregunté.

—Libreyección. Un salto cuántico en el sentido real del término. Moverse en el macrouniverso tal como un electrón se mueve en el microuniverso. Dar un paso con la ayuda del Vacío Que Vincula.

Sacudí la cabeza.

—Energía. ¿De dónde viene la energía, pequeña? Nada viene de la nada.

—Pero todo viene de todo.

—¿Qué significa eso, Aenea?

Me soltó los dedos, pero me tocó la mejilla.

—¿Recuerdas que hace mucho tiempo hablamos de la física newtoniana del amor?

—El amor es una emoción, pequeña. No una forma de energía.

—Es ambas cosas, Raul. De veras. Y es la única clave para liberar la mayor provisión de energía del universo.

—¿Estas hablando de religión? —pregunté, medio irritado ante su abstrusidad o mi obtusidad.

—No, estoy hablando de cuásares encendidos a propósito, de pulsares domados, de aprovechar la energía de los centros explosivos de las galaxias como turbinas de vapor. Estoy hablando de un proyecto de ingeniería que tiene dos mil quinientos millones de años y apenas ha comenzado.

La miré atónito.

Ella sacudió la cabeza.

—Más tarde, amor. Por ahora debes comprender que la teleyección sin teleyector funciona de veras. Nunca hubo teleyectores reales, nunca hubo puertas mágicas que

llevaran a otros mundos, sólo la forma perversa que el TecnoNúcleo impuso a este segundo prodigio del Vacío.

Iba a preguntarle cuál era el primero, pero supuse que era el registro de recuerdos de especies sentientes asociado con el idioma de los muertos... para mí encarnado en la voz de mi madre.

—Así fue como te desplazaste con Rachel y Theo de mundo en mundo, sin deuda temporal —dije.

—Sí.

—Y llevaste la nave del cónsul de T'ien Shan a la Biosfera sin motor Hawking.

—Sí.

Estaba por decirle que así había viajado al mundo donde había conocido a su amante, se había casado y había tenido un hijo, pero no logré articular las palabras.

—Esto es Marte —dijo entonces Aenea—. El coronel Kassad se despedirá aquí.

El alto guerrero se acercó a Aenea. Rachel se aproximó, se puso de puntillas y lo besó.

—Un día te llamarás Moneta —murmuró Kassad—. Y seremos amantes.

—Sí —dijo Rachel, y retrocedió.

Aenea estrechó la mano del hombre alto. Aún llevaba su pintoresco uniforme, el rifle de asalto en el brazo. Sonriendo, el coronel miró la alta plataforma donde estaba el Alcaudón, bañado por la luz sangrienta de Marte.

—Raul —dijo Aenea—, ¿vienes tú también?

Le cogí la otra mano.

El viento me soplaba arena en los ojos y no me dejaba respirar. Aenea me dio una máscara osmótica y me puse la mía mientras ella se colocaba la suya.

La arena era roja, las rocas eran rojas y el cielo era rosado y tormentoso. Estábamos en un valle seco rodeado por peñascos rocosos. El lecho del río estaba lleno de piedras, algunas tan grandes como la nave del cónsul. El coronel Kassad se puso el casco de su uniforme de combate y la estática crujió en nuestras hebras de comunicaciones.

—Aquí empecé —dijo—. En las barriadas de Tharsis, cientos de kilómetros hacia allá.

Señaló unos peñascos.

El imponente coronel se volvió hacia Aenea sin soltar el rifle de asalto, que no parecía obsoleto en la llanura de Marte.

—¿Qué quieres que haga, mujer?

Aenea habló con voz firme e imperiosa.

—Los efectivos de Pax se han retirado de Marte y de este sistema provisionalmente, a causa del levantamiento palestino y del resurgimiento de la

Máquina de Guerra marciana en el espacio. Nada tiene valor estratégico suficiente para retenerlos cuando andan tan escasos de recursos.

Kassad asintió.

—Pero regresarán —dijo Aenea—. Con todo su poderío. No sólo para pacificar Marte, sino para ocupar todo el sistema. —Miró en torno. Seguí su mirada y vi las oscuras figuras humanas que se aproximaban entre las rocas. Portaban armas—. Debes mantenerlos fuera del sistema, coronel. Haz lo que debas, sacrifica a quien debas, pero mantenlos fuera del sistema de Vieja Tierra durante los próximos cinco años estándar.

Nunca había oído a Aenea hablar con tal contundencia.

—Cinco años estándar —dijo el coronel Kassad, sonriendo—. Ningún problema. Si fueran cinco años marcianos, me costaría un poco más.

Aenea sonrió. Las figuras se aproximaban en la arena arremolinada.

—Tendrás que encabezar el movimiento de resistencia marciana —dijo, con voz muy seria—. Hazlo como puedas.

—Lo haré —respondió Kassad con igual firmeza.

—Consolida a las tribus y facciones guerreras —dijo Aenea.

—Lo haré.

—Forma una alianza más permanente con la Máquina de Guerra.

Kassad asintió. Las figuras estaba a menos de cien metros. Vi que alzaban las armas.

—Protege Vieja Tierra —dijo Aenea—. Mantén alejados a los de Pax, a cualquier precio.

Quedé asombrado. El coronel Kassad también se sorprendió.

—Querrás decir el sistema de Vieja Tierra.

Aenea sacudió la cabeza.

—Vieja Tierra, Fedmahn. Mantén alejados a los de Pax. Tienes aproximadamente un año para afianzar el control de todo el sistema. Buena suerte.

Se dieron la mano.

—Tu madre era una mujer buena y valiente —dijo el coronel—. Yo valoraba su amistad.

—Y ella valoraba la tuya.

Las figuras oscuras se acercaron más, cubriéndose en rocas y dunas. El coronel Kassad se dirigió hacia ellas, la mano derecha en alto, el rifle de asalto en el brazo.

Aenea se me acercó y me tomó la mano de nuevo.

—Hace frío, ¿verdad, Raul.

Así era. Hubo un fogonazo, como un golpe indoloro en la cabeza, y aparecimos en el puente del *Yggdrasill*. Nuestros amigos se sobresaltaron; el temor a la magia tarda en morir en una especie. Marte se puso rojo y frío más allá de las ramas y el

puente de contención.

—¿Cuál es el curso, reverenciada La Que Enseña? —dijo Het Masteen.

—Sólo dirígete adonde podamos ver claramente las estrellas —dijo Aenea.

29

El *Yggdrasill* siguió viaje. El Árbol del Dolor, lo llamaba su capitán, la Verdadera Voz del Árbol Het Masteen. Y era apropiado. Cada salto sacaba más energías a Aenea, mi amor, mi pobre y cansada Aenea, y cada separación sustituía esa menguante reserva por una creciente carga de tristeza. El Alcaudón permanecía a solas en su alta plataforma, como el escalofriante bauprés de un buque condenado o un ángel macabro sobre un funesto árbol navideño.

La nave arbórea saltó a la órbita de Alianza Maui. Ese mundo rebelde estaba en pleno espacio de Pax y temí que nos interceptaran escuadrillas de naves, pero no hubo ataque durante las pocas horas en que estuvimos allí.

—Uno de los beneficios del ataque contra el Árbol Estelar —dijo Aenea con triste ironía—. Han dejado los sistemas internos sin naves de combate.

Esta vez Aenea cogió la mano de Theo para descender a Alianza Maui. Una vez más acompañé a mi amiga y su amiga.

Un fogonazo de luz blanca y estuvimos en una isla móvil, sus velas arbóreas henchidas por un cálido viento tropical, un mar y un cielo conmovedoramente azules. Otras islas nos seguían mientras los delfines exploradores dejaban estelas blancas a ambos lados del convoy.

En la alta plataforma había gente, y nuestra presencia la desconcertó pero no la alarmó. Theo abrazó a un hombre rubio y alto y su esposa de cabello moreno cuando nos salieron al encuentro.

—Aenea, Raul —dijo—. Me alegra presentarte a Merin y Deneb Aspic-Coreau.

—¿Merin? —dije, sintiendo la fuerza de su apretón.

Él sonrió.

—A diez generaciones del Merin Aspic —dijo—. Pero soy descendiente directo. Así como Deneb desciende de nuestra famosa Siri. —Apoyó la mano en el hombro de Aenea—. Has regresado tal como prometiste. Y trajiste contigo a nuestra más feroz guerrera.

—Así es —dijo Aenea—. Y debes mantenerla a salvo. Durante los próximos meses, debes evitar todo contacto con Pax.

Deneb Aspic-Coreau se echó a reír.

Noté, sin sombra de deseo, que debía ser la mujer más sana y bella que había visto.

—Estamos huyendo para salvar el pellejo, La Que Enseña. Tres veces intentamos destruir el complejo de plataformas petroleras de Tres Corrientes, y tres veces nos han abatido como halcones Thomas. Ahora sólo esperamos llegar al Archipiélago

Ecuatorial y ocultarnos entre las islas migratorias, para luego reagruparnos en la base de sumergibles de Lat Zero.

—Protégela a toda costa —repitió Aenea. Y a Theo le dijo—: Te echaré de menos, amiga mía.

Theo Bernard procuraba contener el llanto, pero no lo consiguió. Abrazó intensamente a Aenea.

—Fue un tiempo magnífico —dijo, retrocediendo un paso—. Rezo por tu éxito. Y rezo por que fracases... por tu propio bien.

Aenea sacudió la cabeza.

—Reza por nuestro éxito total.

Alzó la mano para despedirse y regresó conmigo a la plataforma baja.

Olí el embriagador aroma salobre del mar. El sol era tan intenso que me hacía entornar los ojos, pero la temperatura del aire era perfecta. El agua clara resbalaba en la piel de los delfines. Me hubiera quedado allí para siempre.

—Tenemos que irnos —dijo Aenea. Me cogió la mano.

Una nave-antorcha apareció en el radar cuando salíamos del pozo de gravedad de Alianza Maui, pero la ignoramos mientras Aenea miraba las estrellas desde el puente.

Me acerqué.

—¿Puedes oírlas? —susurró.

—¿Las estrellas?

—Los mundos. La gente que los habita. Sus secretos y silencios. Tantas palpitaciones.

Negué con la cabeza.

—Cuando no estoy concentrado en otra cosa, todavía me acechan voces e imágenes de otras partes, otros tiempos... mi padre cazando en los brezales con sus hermanos, el padre Glaucus asesinado por Rhadamanth Nemes...

Aenea me miró.

—¿Viste eso?

—Sí, fue espantoso. No pudo ver quién le atacaba. La caída, la oscuridad, el frío, los momentos de dolor antes de morir. Se había negado a aceptar el cruciforme. Por eso la Iglesia lo envió a Sol Draconi Septem... al exilio en el hielo.

—Sí, he tocado esos últimos recuerdos suyos muchas veces en estos diez años. Pero hay otros recuerdos del padre Glaucus, Raul. Cálidos y maravillosos, llenos de luz. Espero que los encuentres.

—Sólo quiero que cesen las voces —dije con sinceridad—. Esto... —Señalé la nave arbórea, la gente que conocíamos, Het Masteen en sus controles—. Todo esto es...

Aenea sonrió.

—Demasiado importante. Ese es el problema, ¿verdad? —Volvió a mirar las

estrellas—. No, Raul, lo que debes oír antes de dar el paso no es la resonancia del idioma de los muertos, ni siquiera el idioma de los vivos. Es la esencia de las cosas.

Vacilé, pues no quería quedar en ridículo, pero al fin recité:

La marea cambiará un millón de veces
y él sufrirá. Mas no habrá de morir
si esto consigue: escudriñar...

Y Aenea continuó:

Las honduras de la magia, el sentido
de cada forma, movimiento y sonido,
explorar todas las formas y sustancias
hasta llegar a sus simbólicas esencias.
No habrá de morir.

Sonrió de nuevo.

—¿Cómo estará el tío Martin? ¿Se pasará los años en sueño frío? ¿Rezongando contra sus pobres criados androides? ¿Aún trabajando en sus inconclusos *Cantos*? En todos mis sueños, nunca consigo ver al tío Martin.

—Está agonizando —dije.

Aenea parpadeó.

—Soñé con él, lo vi esta mañana —dije—. Se ha despertado por última vez, según les dijo a sus fieles sirvientes. Las máquinas lo mantienen con vida. Los tratamientos Poulsen ya no surten efecto. Él...

—Dime.

—Se aferra a la vida para verte de nuevo. Pero está muy débil.

Aenea desvió la mirada.

—Es extraño —dijo—. Mi madre riñó con el tío Martin durante toda la peregrinación. Hubo momentos en que se hubieran matado. Antes de que ella muriera, él era su mejor amigo. Ahora...

—Tendrás que seguir con vida, pequeña. Con vida y saludable, y regresar para ver al viejo. Se lo debes.

—Cógeme la mano, Raul.

La nave saltó a través de la luz.

Alrededor de Centro Tau Ceti fuimos atacados de inmediato, no sólo por naves de Pax sino por naves-antorcha rebeldes que luchaban por la secesión planetaria iniciada

por la ambiciosa arzobispo Achula Silvaski. El campo de contención llameaba como una nova.

—No puedes libreyectarte a través de esto —le dije a Aenea cuando nos ofreció la mano a Tromo Trochi de Dhomu y a mí.

—Uno no se libreyecta a través de nada —dijo mi amiga. Nos cogió la mano y estuvimos en la superficie de la ex capital de la extinta y poco llorada Hegemonía.

Tromo Trochi nunca había estado en TC^2. Más aún, nunca se había ido de T'ien Shan, pero las historias acerca de esta ex capital capitalista del universo humano habían despertado su olfato comercial.

—Es una lástima que no tenga nada con que empezar —dijo el astuto mercader —. En seis meses, y en un mundo tan prometedor, habría construido un imperio comercial.

Aenea metió la mano en su mochila y sacó un lingote de oro.

—Esto te permitirá empezar —dijo—. Pero no olvides tu verdadero deber.

Sosteniendo el lingote, el hombrecillo se inclinó.

—No lo olvidaré, La Que Enseña. No en vano he aprendido el idioma de los muertos.

—Sólo cuídate en los próximos meses. Y confío en que luego podrás costearte el transporte a cualquier mundo que elijas.

—Iría adondequiera que estés, M. Aenea —dijo el comerciante, y por primera vez le vi manifestar emoción—. Y pagaría con toda mi fortuna, pasada, futura e imaginaria, por hacerlo.

Esto me desconcertó. Pensé por primera vez que muchos discípulos de Aenea debían estar un poco enamorados de ella, además de sentir reverencia. Pero era sorprendente verlo en este hombre obsesionado por el dinero.

Aenea le tocó el brazo.

—Cuídate y prospera.

El *Yggdrasill* estaba bajo ataque cuando regresamos. Estaba bajo ataque cuando Aenea nos libreyectó fuera del sistema Tau Ceti.

El mundo-ciudad de Lusus estaba tal como lo recordaba por mi breve estancia allí: una serie de Colmenas sobre corredores verticales de metal gris. George Tsarong y Jigme Norbu se despidieron aquí. El musculoso George sollozaba mientras abrazaba a Aenea. Habría podido pasar por un lusiano común en la luz penumbrosa, pero el esquelético Jigme sobresaldría entre las multitudes de las Colmenas. Pero los forasteros eran comunes en Lusus, así que nuestros dos capataces andarían bien mientras tuvieran dinero.

Lusus, sin embargo, era uno de los pocos mundos de Pax que había vuelto a las tarjetas de crédito universales y Aenea no tenía ninguna en su mochila.

Cuando salíamos de los vacíos corredores de la Colmena, se aproximaron siete

figuras con capa carmesí. Me interpuse entre Aenea y estos hombres pero ellos, en vez de atacarnos, se arrodillaron en el suelo grasiento, inclinaron la cabeza y cantaron:

Bendita sea Ella.
Bendita sea la Madre de Nuestra Salvación.
Bendita sea la Herramienta de Nuestra Expiación.
Bendita sea la Novia de Nuestra Creación.
Bendita sea Ella.

—El culto del Alcaudón —dije estúpidamente—. Creí que habían desaparecido, que los habían exterminado durante la Caída.

—Preferimos que nos llamen Iglesia de la Expiación Final —dijo el primer hombre, levantándose—. Y no fuimos exterminados, sino que pasamos a la clandestinidad. Bienvenida, Hija de la Luz. Bienvenida, Novia del Avatar.

Aenea sacudió la cabeza con impaciencia.

—No soy novia de nadie, obispo Duruyen. Éstos son los dos hombres que he traído para que los protejas durante los próximos diez meses.

El obispo inclinó la cabeza calva.

—Tal como decían tus profecías, Hija de la Luz.

—No profecías sino promesas. —Aenea abrazó a George y Jigme por última vez.

—¿Te veremos de nuevo, arquitecta? —preguntó Jigme.

—No puedo prometer eso. Pero prometo que, si está en mi poder, volveremos a estar en contacto.

La seguí hacia los corredores húmedos y desiertos de la Colmena, donde nuestra partida no parecería tan milagrosa como para sumarse al fértil canon del Culto del Alcaudón.

En Tsingtao-Hsishuang Panna nos despedimos del Dalai Lama y su hermano Labsang Samten. Labsang sollozaba, el Dalai Lama no.

—El dialecto mandarín de los lugareños es atroz —dijo el Dalai Lama.

—Pero te comprenderán, Santidad —dijo Aenea—. Y escucharán.

—Pero tú eres mi maestra —dijo el niño con voz irritada—. ¿Cómo puedo enseñarles sin tu ayuda?

—Ayudaré. Trataré de ayudar. Luego será tarea tuya. Y de ellos.

—¿Pero podemos compartir la comunión con ellos? —preguntó Labsang.

—Si lo piden —respondió Aenea. Y al Dalai Lama le dijo—: ¿Me darías tu bendición?

El niño sonrió.

—Soy yo quien debe pedir tu bendición, maestra.

—Por favor —dijo Aenea, y de nuevo noté la fatiga en su voz.

El Dalai Lama se inclinó y dijo, con los ojos cerrados:

—Esto es de la *Plegaria de Kuntu Sangpo*, tal como se me reveló por la visión de mi *terton* en una vida anterior.

¡Oh! El mundo fenoménico y toda existencia, samsara y nirvana,
todo tiene un solo fundamento, pero hay dos sendas y dos resultados,
muestras de ignorancia y conocimiento.
Por la aspiración de Kuntu Sangpo,
en el Palacio del Espacio Primordial del Vacío,
que todos los seres alcancen perfecta consumación y estado de Buda.

El fundamento universal es incondicional.
Surge de modo espontáneo, vasta extensión inmanente, más allá de la expresión,

allí donde no hay samsara ni nirvana.
El conocimiento de esta realidad es estado de Buda,
mientras que los seres ignorantes yerran en samsara.
Que todos los seres conscientes de los tres reinos
obtengan conocimiento de la naturaleza del fundamento inefable.

Aenea se inclinó ante el niño.

—El Palacio del Espacio Primordial del Vacío —murmuró—. Cuánto más elegante que mi torpe descripción del Vacío Que Vincula. Gracias, Santidad.

El niño se inclinó.

—Gracias, reverenciada maestra. Que tu muerte sea más rápida y menos dolorosa de lo que ambos esperamos.

Aenea y yo regresamos a la nave arbórea.

—¿Qué quiso decir? —pregunté, apoyándole ambas manos en los hombros—. ¿Una muerte más rápida y menos dolorosa? ¿Qué diablos significa? ¿Piensas hacerte crucificar? ¿Tienes que llevar esta maldita farsa mesiánica hasta el final? ¡Háblame, Aenea! —Noté que la estaba sacudiendo... sacudiendo a mi querida amiga, mi amada niña. Bajé las manos.

Aenea me rodeó con los brazos.

—Sólo quédate conmigo, Raul. Quédate conmigo todo el tiempo que puedas.

—Lo haré —dije, palmeándole la espalda—. Te juro que lo haré.

En Fuji nos despedimos de Kenshiro Endo y de Haruyuki Otaki. En Deneb Drei fue una niña a quien yo desconocía —Katherine, de diez años— quien se quedó atrás, sola y al parecer sin temor. En Sol Draconi Septem, el mundo de aire congelado y mortíferos espectros donde habían asesinado al padre Glaucus y nuestros amigos Chitchatuk, el triste y caviloso obrero Rimsi Kyipup se ofreció casi dichosamente para quedarse.

En Nevermore fue otro hombre a quien no había tenido el privilegio de conocer, un anciano y gentil caballero que parecía un hermano menor y más amable de Martin Silenus. En Bosquecillo de Dios, donde A. Bettik había perdido parte del brazo diez años estándar atrás, los dos lugartenientes templarios de Het Masteen se libreyectaron con Aenea y conmigo y no regresaron. En Hebrón, ahora sin colonos judíos pero lleno de colonos cristianos enviados por Pax, los empatas seneschai aluit, Lleeoonn y Ooeeaall, se libreyectaron para despedirse de nosotros en un desierto nocturno donde las rocas aún conservaban el fulgor del día.

En Parvati, las alegres hermanas Kuku Se y Kay Se lloraron y se despidieron con un abrazo. Una familia de dos padres con cinco hijos rubios se quedaron en Asquith. Por encima del torbellino nuboso y el océano azul de Mare Infinitus —un mundo cuyo mero nombre me despertaba recuerdos de dolor y amistad— Aenea le pidió al sargento Gregorius que se libreyectara con ella para reunirse con los rebeldes y apoyarlos.

—¿Y dejar al capitán? —preguntó el gigante, obviamente desconcertado por la sugerencia.

—No hay más capitán, sargento —dijo De Soya—, mi querido amigo. Sólo este sacerdote sin Iglesia. Y sospecho que seremos más útiles por separado. ¿Tengo razón, M. Aenea?

Mi amiga asintió.

—Esperaba que Lhomo fuera mi representante en Mare Infinitus —dijo—. Los contrabandistas, los rebeldes y los cazadores de bocas de lámpara de este mundo respetarían a un hombre fuerte. Pero será difícil y peligroso. Aquí están en plena rebelión y Pax no toma prisioneros.

—¡No es el peligro lo que me preocupa! —exclamó Gregorius—. Estoy dispuesto a morir la muerte verdadera cien veces por una buena causa.

—Lo sé, sargento —dijo Aenea.

El gigante miró a su ex capitán y de nuevo a Aenea.

—Niña, sé que no te gusta hablar del futuro, aunque lo espías de cuando en cuando. Pero dime esto... ¿existe la posibilidad de que vuelva a encontrarme con mi capitán?

—Sí —dijo Aenea—. Y con algunos que creías muertos... como el cabo Kee.

—Entonces iré. Haré tu voluntad. Aunque ya no pertenezca al Corps Helvética, la

obediencia que me inculcaron es parte de mí.

—Ahora no pedimos obediencia —dijo el padre De Soya—. Es algo más difícil y más profundo.

El sargento Gregorius reflexionó.

—Sí —dijo al fin, y les dio la espalda a todos—. Vamos, niña —añadió, ofreciéndole la mano a Aenea.

Lo dejamos en una plataforma abandonada del Litoral Sur, pero Aenea le dijo que los sumergibles atracarían allí al cabo de un día.

En Madre de Dios, el padre De Soya se dispuso a bajar, pero Aenea lo contuvo con un gesto.

—Éste es mi mundo —dijo el sacerdote—. Nací aquí. Mi diócesis estaba aquí. Me imagino que moriré aquí.

—Tal vez, pero te necesito en un lugar más difícil y para una tarea más peligrosa, Federico.

—¿Dónde?

—Pacem —dijo Aenea—. Nuestra última parada.

—Espera, pequeña —intervine, notando que mi voz era quejosa y desesperada—. Yo iré contigo a Pacem si insistes en ir allá. Dijiste que podía quedarme contigo.

—Sí —dijo Aenea, tocándome la muñeca con sus dedos frescos—. Pero me gustaría que el padre De Soya viniera con nosotros cuando llegue la hora.

El jesuita parecía confundido y un poco defraudado, pero asintió. Evidentemente la obediencia estaba más arraigada en la Compañía de Jesús que en el Corps Helvética.

El artesano del bambú Voytek Majer y su nueva prometida, la albañil Viki Groselj, se ofrecieron para quedarse en Madre de Dios.

En Freeholm nos despedimos de Janusz Kurtyka. En Kastrop-Rauxel, recientemente terraformado y colonizado por Pax, fue el soldado Jigme Paring quien se ofreció para encontrar a la población rebelde. En Parsimonia, mientras las naves de Pax convertían el campo de contención en un torrente de fragor y luz, una mujer llamada Helen Dean O'Brian se adelantó y cogió la mano de Aenea. En Esperance, Aenea y yo nos despedimos del ex alcalde de Jo-kung, Charles Chi-kyap Kempo. En la amarilla pradera de Hierba nos despedimos de Isher Perpet, un audaz rebelde rescatado de una galera de Pax por el padre De Soya. En Qom-Riyadh, donde los nuevos colonos de Pax derribaban las mezquitas o las convertían en catedrales, nos libreyectamos en plena noche y nos despedimos de un ex refugiado de ese mundo llamado Merwin Muhammed Ali y de nuestro ex intérprete en T'ien Shan, el

inteligente Perri Samdup.

En Renacimiento Menor, mientras una horda de naves de guerra se aproximaba con intención de destruirnos, fue el callado ex prisionero Hoag Liebler quien se adelantó.

—Yo fui espía —dijo el hombre pálido. Le hablaba a Aenea, pero miraba al padre De Soya—. Vendí mi lealtad por dinero, para regresar a este mundo y recobrar las tierras y la fortuna perdidas de mi familia. Traicioné a mi capitán y a mi alma.

—Hijo mío —dijo el padre De Soya—, hace tiempo que esos pecados, si eran tales, fueron perdonados por tu capitán, y sobre todo por Dios. No se hizo ningún daño.

Liebler asintió despacio.

—Las voces que he escuchado desde que bebí el vino con M. Aenea... —No terminó la frase—. Conozco a muchas personas en este mundo. Deseo regresar a casa para iniciar esta nueva vida.

—Sí —dijo Aenea, y le ofreció la mano.

En Vitus-Gray-Balianus B, Aenea, la Dorje Phamo y yo nos libreyectamos a un páramo desierto, lejos del río, los sembradíos y las casas pintadas donde la amable gente de la Hélice del Espectro de Amoiete me había cuidado y ayudado a escapar de Pax. Aquí sólo había piedras, grietas, laberintos de túneles rocosos y tormentas de polvo soplando desde el sangriento ocaso contra un horizonte de nubarrones negros. Me recordó a Marte, con un aire más tibio y denso y más hedor a muerte y cordita.

Figuras con túnicas nos rodearon casi de inmediato, con pistolas de dardos y látigos infernales preparados. De nuevo traté de interponerme entre Aenea y el peligro, pero ellos nos rodearon y alzaron sus armas.

—¡Esperad! —exclamó una voz conocida, y uno de los soldados bajó por una duna roja—. ¡Esperad! —repitió, descubriéndose el rostro.

—¡Dem Loa! —exclamé, y me adelanté para abrazar a la mujer baja. Las lágrimas trazaron surcos lodosos en sus mejillas.

—Nos has traído a tu persona especial —dijo la mujer que me había salvado—. Tal como prometiste.

Le presenté a Aenea y a la Dorje Phamo, sintiéndome tonto y feliz al mismo tiempo. Dem Loa y Aenea se miraron un instante y se abrazaron.

Miré a los demás.

—¿Dónde está Dem Ria? —pregunté—. ¿Y Alem Mikail Dem Alem? ¿Y tus hijos Bin y Ces Ambre?

—Muertos —dijo Dem Loa—. Todos muertos, excepto Ces Ambre, que ha desaparecido después del último ataque desde Bombasino.

Me quedé atónito.

—Bin Ria Dem Loa Alem murió de su enfermedad —continuó Dem Loa—, pero los demás murieron en nuestra guerra con Pax.

—Guerra con Pax —repetí—. Espero no haberla desencadenado...

Dem Loa alzó la mano.

—No, Raul Endymion. No fuiste tú. Los seguidores de la Hélice que valorábamos nuestras costumbres rechazamos la cruz, y así fue como comenzó. La rebelión ya había estallado cuando estuviste entre nosotros. Cuando te marchaste, creíamos haber triunfado. Las cobardes tropas de la base de Bombasino buscaron la paz, ignoraron las órdenes de sus comandantes e hicieron tratados con nosotros. Llegaron más naves. Bombardearon su propia base y luego vinieron a nuestras aldeas. Ha habido guerra desde entonces. Cuando aterrizan y tratan de ocupar las tierras, matamos a muchos de ellos. Ellos traen más refuerzos.

—Dem Loa, lo lamento.

Ella me apoyó la mano en el pecho y movió la cabeza. Vi la sonrisa que recordaba las horas que habíamos compartido. Ella miró de nuevo a Aenea.

—Tú eres aquella que él mencionó en su delirio y su dolor. Tú eres aquella que él amaba. ¿Tú también le amas, niña?

—Le amo —dijo Aenea.

—Bien —dijo Dem Loa—. Sería triste que un hombre que creía estar muriendo expresara tanto amor por alguien que no le correspondiera. —Dem Loa miró a la Marrana del Rayo, muda y regia—. ¿Tú eres sacerdotisa?

—No sacerdotisa —dijo la Marrana del Rayo—, sino abadesa del monasterio Samden Gompa.

Dem Loa no ocultó su asombro.

—¿Mandas a los monjes, a los hombres?

—Les instruyo —dijo la Dorje Phamo. El viento le agitaba el cabello gris.

—Es lo mismo que mandarles —rió Dem Loa—. Bienvenida, Dorje Phamo. —Se volvió hacia Aenea—. ¿Te quedarás con nosotros, niña? ¿O sólo nos tocarás y seguirás viaje, como predicen nuestras profecías?

—Debo seguir viaje —dijo Aenea—. Pero me gustaría dejar aquí a la Dorje Phamo, como vuestra aliada y enlace.

Dem Loa asintió.

—Es un lugar peligroso —le dijo a la Marrana del Rayo.

La Dorje Phamo sonrió. La fuerza de ambas mujeres era casi una energía palpable en el aire.

—Bien —dijo Dem Loa. Me abrazó—. Sé amable con tu amada, Raul Endymion. Sé bondadoso con ella en las horas que os otorguen los ciclos de la vida y del caos.

—Lo seré —dije.

Dem Loa le dijo a Aenea:

—Gracias por venir, niña. Era nuestro deseo. Era nuestra esperanza.

Las dos mujeres se abrazaron de nuevo. Me sentí súbitamente tímido, como si hubiera llevado a Aenea a casa para presentarle a mi madre o a Grandam.

La Dorje Phamo nos tocó a ambos para bendecirnos.

—*Kale pe a* —le dijo a Aenea.

Nos alejamos en la tormenta de polvo y nos libreyectamos en un fogonazo de luz blanca. En la tranquilidad del puente del *Yggdrasill*, le dije a Aenea:

—¿Qué fue lo que dijo?

—*Kale pe a* —repitió mi amiga—. Es una antigua despedida tibetana que se usa cuando una caravana se dispone a escalar los picos altos. Significa: «Anda despacio si deseas regresar.»

Y así seguimos por un centenar de mundos. Cada visita era breve, pero cada despedida era conmovedora. No sé cuántos días y noches pasamos en este viaje final con Aenea. Nos libreyectábamos hacia abajo, regresábamos, la nave arbórea entraba en la luz y emergía en otra parte. Cuando nos vencía la fatiga, el *Yggdrasill* vagaba en el espacio durante horas mientras los ergs descansaban y los demás tratábamos de dormir.

Recuerdo por lo menos tres de estos períodos de sueño, así que quizá viajamos sólo tres días y tres noches. O quizá viajamos una semana o más y sólo dormimos tres veces. Pero recuerdo que Aenea y yo dormimos poco y nos amamos tiernamente, como si cada vez fuera la última.

Durante uno de estos breves interludios le pregunté:

—¿Por qué haces esto, pequeña? No sólo para que todos podamos ser como los éxters y recibir la luz del sol en nuestras alas... Fue hermoso, sí, pero me gustan los planetas. Me gusta el suelo bajo mis botas. Me gusta ser humano, ser un hombre.

Aenea rió y me tocó la mejilla. Recuerdo que la luz era tenue pero podía verle la transpiración entre los pechos.

—A mí también me gusta que seas un hombre, Raul, amor mío.

—Quiero decir...

—Sé lo que quieres decir —susurró Aenea—. A mí también me gustan los planetas. Y me gusta ser humana, ser sólo una mujer. No hago lo que debo hacer sólo en nombre de una evolución utópica, para que los humanos sean ángeles éxters o los empatas seneschai.

—¿Entonces?

—Sólo por la posibilidad de elegir. Sólo por la oportunidad de seguir siendo humana, al margen de lo que esto signifique para cada persona que elige.

—¿Elegir de nuevo?

—Sí. Aunque signifique elegir lo mismo de antes. Aunque signifique elegir Pax,

el cruciforme y la alianza con el Núcleo.

No comprendí, pero en ese momento me interesaba más abrazarla que comprender.

Al cabo de momentos de silencio, Aenea dijo:

—Raul, también yo amo el suelo bajo las botas, el susurro del viento en la hierba. ¿Harías algo por mí?

—Cualquier cosa —le aseguré.

—Si muero antes que tú, ¿llevarías mis cenizas a Vieja Tierra y las esparcirías en el lugar donde fuimos más felices?

Si me hubiera apuñalado el corazón, no me habría dolido tanto.

—Dijiste que podía quedarme contigo —dije al fin, desorientado e irritado—. Que podía ir a cualquier parte contigo.

—Y lo decía en serio, amor. Pero si te precedo en el camino de la muerte, ¿harás eso por mí? Espera unos años, y luego esparce mis cenizas en el lugar de Vieja Tierra donde fuimos más felices.

Sentí ganas de estrujarla hasta hacerla gritar. Hasta hacer que renunciara a su petición. En cambio susurré:

—¿Cómo demonios volveré a Vieja Tierra? Está en la Nube Magallánica Menor, ¿verdad? Ciento sesenta mil años-luz de distancia, ¿verdad?

—Sí.

—¿Reabrirás los portales teleyectores para que pueda regresar allá?

—No. Esas puertas se han cerrado para siempre.

—¿Entonces cómo diablos esperas que...? —Cerré los ojos—. No me pidas esto, Aenea.

—Ya te lo he pedido, amor.

—Pídeme en cambio que muera contigo.

—No. Te estoy pidiendo que vivas para mí. Que hagas esto por mí.

—Mierda.

—¿Eso significa sí, Raul?

—Eso significa mierda. Odio a los mártires. Odio la predestinación. Odio las historias de amor con final triste.

—También yo —susurró Aenea—. ¿Harás esto por mí?

Chasqueé la lengua.

—¿El lugar de Vieja Tierra donde fuimos más felices? —dije al fin—. Te refieres a Taliesin Oeste, porque no fuimos juntos a muchas partes.

—Ya te darás cuenta —susurró Aenea—. Ahora durmamos.

—No quiero dormirme —rezongué.

Ella me rodeó con los brazos. Había sido delicioso dormir juntos en gravedad cero en el Árbol Estelar. Era incluso más delicioso dormir juntos en la cama de

nuestro cubículo privado, en el pequeño campo gravitatorio del *Yggdrasill*. No podía concebir un momento en que tendría que dormir sin ella.

—Conque esparcir tus cenizas, ¿eh? —susurré al fin.

—Sí —murmuró Aenea, más dormida que despierta.

—Pequeña, mi querida, mi amor, eres una zorra morbosa.

—Sí. Pero soy tu zorra morbosa.

Nos dormimos, pero sólo al cabo de un largo rato.

En nuestro último día, nos libreyectamos a un sistema estelar con una enana roja clase M3 en el centro y un mundo semejante a la Tierra.

—No —dijo Rachel cuando nuestro pequeño grupo se reunió en el puente.

Los trescientos nos habían abandonado uno por uno, los muchos discípulos de Aenea se habían esparcido por los mundos de Pax como botellas arrojadas al mar pero sin sus mensajes. Ahora quedaban el padre De Soya, Rachel, Aenea, el capitán Het Masteen, A. Bettik, algunos clones tripulantes, los ergs y yo. Y el Alcaudón, silencioso e inmóvil en su alta plataforma.

—No —repitió Rachel—. He cambiado de parecer. Quiero seguir contigo.

Aenea se levantó con los brazos cruzados. Había permanecido callada esa larga mañana.

—Como desees. Tú sabes que no te exigiría semejante cosa, Rachel.

—Maldita seas —murmuró Rachel.

—Sí —dijo Aenea.

Rachel apretó los puños.

—Joder, ¿alguna vez terminará todo esto?

—¿A qué te refieres?

—Tú sabes a qué me refiero. Mi padre, mi madre, tu madre... sus vidas llenas de esto. Mi vida... vivida dos veces... siempre luchando contra este enemigo invisible. Corriendo y esperando. Yendo y viniendo por el tiempo como un trompo fuera de control.

Aenea esperó.

—Una petición —dijo Rachel. Me miró a mí—. No quiero ofenderte, Raul. He llegado a simpatizar contigo. ¿Pero podría Aenea llevarme sola a Mundo de Barnard?

—Ningún problema —dije.

Rachel suspiró.

—De nuevo en este mundo retrógrado... maizales, crepúsculos y villorrios con casitas blancas y amplios porches. Me aburría cuando tenía ocho años.

—Lo amabas cuando tenías ocho años —dijo Aenea.

—Sí, es verdad —admitió Rachel. Estrechó la mano del sacerdote, la de Het Masteen, la mía.

Y, recordando los más oscuros pasajes de los *Cantos* del viejo poeta, recordando cómo me hacían reír cuando Grandam me obligaba a repetirlos verso por verso, preguntándome si alguna vez la gente había dicho esas cosas, le dije a Rachel:

—Nos vemos, caimán.

La joven me miró extrañamente, sus ojos verdes iluminados por el fulgor del mundo que colgaba sobre nosotros.

—Hasta luego, cocodrilo —respondió.

Cogió la mano de Aenea y se marcharon. Al no viajar con Aenea, no vi ningún destello, sólo una repentina... ausencia.

Aenea regresó a los cinco minutos.

Het Masteen se apartó de los controles y entrelazó las manos dentro de las mangas de su túnica.

—¿Adonde?

—Sistema de Pacem, por favor, Verdadera Voz del Árbol Het Masteen.

El templario no se movió.

—Querida amiga y maestra, sabrás que Pax ha traído la mitad de sus naves de combate al sistema del Vaticano.

Aenea miró las hojas susurrantes del bello árbol donde viajábamos. Un kilómetro detrás de nosotros, el fulgor del motor de fusión nos sacaba lentamente del pozo de gravedad de Mundo de Barnard. Ninguna nave de Pax nos había molestado aquí.

—¿Los ergs podrán sostener los campos hasta que lleguemos cerca de Pacem? —preguntó.

El capitán sacó las manos de la túnica y extendió las palmas.

—Es dudoso. Están exhaustos. Estos ataques los han agotado...

—Lo sé. Y lo lamento mucho. Sólo tendrás que estar dentro del sistema un par de minutos. Tal vez, si aceleras ahora y estás preparado para maniobrar a toda máquina cuando aparezcamos en el sistema de Pacem, la nave pueda partir antes que los campos se sobrecarguen.

—Lo intentaremos —dijo Het Masteen—. Pero debes estar preparada para libreyectarte de inmediato. La vida de la nave arbórea podrá medirse en minutos una vez que lleguemos.

—Primero debemos despachar la nave del cónsul —dijo Aenea—. Tendremos que hacerlo aquí y ahora. Sólo unos momentos, Het Masteen.

El templario asintió y volvió a concentrarse en los controles.

—Ah, no —dije cuando Aenea se volvió hacia mí—. No iré a Hyperion en la nave.

Aenea pareció sorprendida.

—¿Pensabas que te mandaría a otra parte después de decir que podías acompañarme?

Me crucé de brazos.

—Hemos visitado la mayoría de los mundos de Pax y del Confín... excepto Hyperion. No sé qué planeas, pero no puedo creer que excluyas nuestro mundo natal.

—No lo haré. Pero no nos libreyectaremos allá.

No comprendí.

—A. Bettik —dijo Aenea—, la nave pronto estará preparada para partir. ¿Tienes la carta que le escribí al tío Martin?

—Sí, M. Aenea —dijo el androide. El hombre de tez azul no parecía feliz, pero tampoco angustiado.

—Por favor, mándale mi amor —dijo Aenea.

—Espera, espera —dije—. ¿A. Bettik es tu... representante en Hyperion?

Aenea se frotó la mejilla. Intuí que estaba más cansada de lo que yo podía imaginar, pero guardando fuerzas para algo más importante.

—¿Mi representante? ¿Como Rachel, Theo, la Dorje Phamo, George y Jigme?

—Sí. Y los otros trescientos.

—No. A. Bettik no será mi representante en Hyperion. No en ese sentido. Y la nave del cónsul debe pagar una enorme deuda temporal con su motor Hawking. No llegará hasta dentro de unos meses de nuestro tiempo.

—¿Entonces quién es tu representante, tu enlace en Hyperion? —pregunté, seguro de que ese mundo no quedaría excluido.

—¿No lo adivinas? —Mi amiga sonrió—. El querido tío Martin. El poeta y crítico vuelve a ser un actor en esta incesante partida de ajedrez con el Núcleo.

—Pero todos los demás comulgaron contigo...

Comprendí.

—Sí —dijo Aenea—. Cuando yo aún era niña, el tío Martin entendió. Bebió el vino. No le costó adaptarse... ha oído el idioma de los muertos y de los vivos durante siglos, a su manera de poeta. Así escribió los *Cantos*. Por eso pensaba que el Alcaudón era su musa.

—¿Entonces por qué A. Bettik llevará la nave allá? ¿Sólo para transmitir tu mensaje?

—Más que eso. Si todo sale bien, veremos. —Abrazó al androide y él le palmeó la espalda con su única mano.

Un momento después, abrumado por la emoción, estreché esa mano azul.

—Te echaré de menos —dije estúpidamente.

El androide me miró, asintió con un gesto y caminó hacia la nave.

—A. Bettik —llamé cuando estaba a punto de abordarla.

Esperó mientras yo corría a buscar algo entre mis escasas pertenencias y regresaba.

—¿Quieres llevar esto? —dije, entregándole el tubo de cuero.

—La alfombra voladora —dijo A. Bettik—. Sí, desde luego, M. Endymion. Me alegrará conservarla hasta que nos veamos de nuevo.

—Y si no nos vemos de nuevo... —Me interrumpí. Iba pedirle que se la diera a Martin Silenus, pero sabía por mis propias visiones que el poeta estaba al borde de la muerte—. Si no nos vemos de nuevo, A. Bettik, conserva la alfombra como recuerdo de nuestro viaje. Y de nuestra amistad.

A. Bettik me miró otro instante, asintió de nuevo con un gesto y abordó la nave del cónsul. Yo esperaba que la nave dijera sus adioses, llenos de imprecisiones e inexactitudes, pero simplemente deliberó con los ergs de la nave arbórea, se elevó con los repulsores hasta salir del campo de contención y se alejó en baja potencia hasta estar a distancia segura.

Su estela de fusión era tan brillante que me hizo lagrimear mientras aceleraba perdiéndose de vista. Hubiera deseado de todo corazón regresar a Hyperion con Aenea y A. Bettik, dormir durante días en la gran cama del ápice de la nave, escuchar música en el Steinway y nadar en cero g sobre el mirador...

—Tenemos que irnos —le dijo Aenea a Het Masteen—. Por favor, prepara a los ergs para cualquier eventualidad.

—Como desees, reverenciada La Que Enseña —dijo la Verdadera Voz del Árbol.

—Otra cosa...

El templario aguardó nuevas órdenes.

—Gracias, Het Masteen —dijo Aenea—. En nombre de todos los que viajaron contigo en esta travesía y todos los que narrarán el viaje durante generaciones, gracias, Het Masteen.

El templario se inclinó y volvió a sus controles.

—Motor de fusión a toda máquina, punto nueve dos. Preparar maniobras evasivas. Prepararse para sistema de Pacem —les dijo a sus amados ergs, que rodeaban la invisible singularidad a un kilómetro de distancia—. Prepararse para sistema de Pacem.

El padre De Soya se acercó y cogió la mano de Aenea. Con la mano derecha, murmuró una bendición para el templario y los clones tripulantes:

—*In nomine Patris et Filii et Spiritu Sanctus.*

—Amén —dije, cogiendo la mano izquierda de Aenea.

—Amén —dijo Aenea.

30

Nos acertaron menos de dos segundos después de entrar en el sistema. El fuego de las naves-antorcha y arcángeles convergió sobre nosotros tal como los tiburones arcoiris habían convergido sobre mí en Mare Infinitus.

—¡Ahora! —ordenó Het Masteen en medio del fragor—. ¡Los ergs se están muriendo! El campo de contención caerá en segundos. ¡Ahora! Que el Muir guíe vuestros pensamientos.

Aenea sólo había tenido dos segundos para mirar la estrella amarilla del centro del sistema de Pacem y el astro más pequeño que era Pacem, pero fue suficiente. Los tres nos cogimos de la mano para libreyectarnos en medio de la luz y el ruido como si nos eleváramos a través del caldero de fuego láser que hacía hervir los campos de la nave, espíritus elevándose desde los lagos ardientes del Infierno.

El resplandor se desvaneció y se convirtió en difusa luz solar. Era un día nublado e invernal en el Vaticano, y una llovizna fresca mojaba las calles adoquinadas. Aenea usaba una camisa tostada, un chaleco de cuero marrón y pantalones negros más formales de lo habitual. Su cabello estaba echado hacia atrás, sostenido con dos broches de carey. Su tez lucía lozana, limpia y joven y sus ojos —tan cansados en los últimos días— estaban brillantes y tranquilos. Aún me cogía la mano mientras los tres echábamos una ojeada a las calles y la gente.

Estábamos en el extremo de un callejón que daba a un ancho bulevar. Pequeños grupos de personas —hombres y mujeres de negro, grupos de sacerdotes, grupos de monjas, una hilera de niños detrás de dos monjas, paraguas negros y rojos por doquier— se movían de aquí para allá en las aceras mientras vehículos negros y bajos se deslizaban en silencio por las calles. Vi obispos y arzobispos en los asientos de los vehículos, la cara distorsionada por las gotas de lluvia que resbalaban sobre la burbuja de los coches. Nadie parecía reparar en nosotros ni en nuestra llegada.

Aenea miraba las nubes bajas.

—El *Yggdrasill* acaba de salir del sistema. ¿Lo habéis sentido?

Cerré los ojos para concentrarme en el flujo de voces e imágenes que ahora estaban siempre bajo la superficie. Había una ausencia. Un pantallazo de ramas ardientes.

—Los campos cedieron justo cuando partían —dije—. ¿Cómo se libreyectaron sin ti, Aenea? —Pero vi la respuesta apenas hice la pregunta—. El Alcaudón.

—Sí. —Aenea aún me cogía la mano. La fría lluvia gorgoteaba en las alcantarillas y desagües—. El Alcaudón llevará el *Yggdrasill* y la Verdadera Voz del Árbol lejos en el espacio y el tiempo. A su destino.

Recordé fragmentos de los *Cantos*. La nave arbórea ardiendo mientras los peregrinos miraban desde el Mar de Hierba, poco antes que Het Masteen desapareciera misteriosamente con el Alcaudón durante el viaje en carreta eólica. El templario reaparecía en presencia del Alcaudón días más tarde, cerca del Valle de las Tumbas de Tiempo, moría por sus heridas, y era el único de los siete peregrinos que no contaba su historia durante el viaje.

Ninguno de los peregrinos de Hyperion —el coronel Kassad; el cónsul de la Hegemonía; Sol, el padre de Rachel; Brawne Lamia, la madre de Aenea; el templario Het Masteen; Martin Silenus; el padre Hoyt, el actual papa— podía explicar lo sucedido. En mi infancia sólo habían sido viejas palabras sobre un mito. Versos sobre extraños. Creían que sus peripecias terminaban cuando apenas comenzaban. Ahora, como adulto, comprendía con cuánta frecuencia esto sucedía en la vida de todos.

—¿Veis esa iglesia? —dijo el padre De Soya.

Tuve que sacudir la cabeza para concentrarme en el presente e ignorar el susurro de las voces.

—Sí —dije, secándome la lluvia de la frente—. ¿Es la Basílica de San Pedro?

—No. Es la iglesia parroquial de Santa Ana, y la entrada del Vaticano que está al lado es la Porta Sant'Anna. La entrada principal de la Plaza de San Pedro está por aquel bulevar, rodeando el peristilo.

—¿Vamos a la Plaza de San Pedro? —le pregunté a Aenea—. ¿Al Vaticano?

—Veremos si podemos —respondió ella.

Echamos a andar por la acera, sólo un hombre y una mujer joven caminando con un sacerdote en un día fresco y lluvioso. Enfrente un letrero indicaba que la imponente estructura sin ventanas era la barraca de la Guardia Suiza. Soldados con ropa renacentista —capa negra, cuello alechugado blanco, perneras negras y amarillas— empuñaban picas en la Porta Sant'Anna y en las intersecciones donde la policía de seguridad de Pax, con armadura negra, bloqueaba carreteras y sobrevolaba la zona en deslizadores negros.

La Plaza de San Pedro estaba cerrada al tráfico peatonal, salvo por varias puertas de seguridad donde los guardias registraban atentamente los pases y documentos de identidad.

—No pasaremos por allí —dijo el padre De Soya. Estaba tan oscuro que habían encendido las luces sobre las columnas de Bernini para iluminar las estatuas y el emblema papal de piedra. El sacerdote señaló dos ventanas, encima de las columnas y a la derecha de la fachada de San Pedro, coronadas por estatuas de Cristo, Juan Bautista y los apóstoles—. Ésos son los aposentos privados del papa.

—A sólo un disparo de rifle —dije, aunque no tenía intenciones de atacar al papa.

El padre De Soya sacudió la cabeza.

—Campo de contención clase diez. —Echó una ojeada. Muchos peatones habían

entrado en la Plaza de San Pedro y nos estábamos volviendo más llamativos en la calle—. Si no hacemos algo, nos pedirán la tarjeta de identidad.

—¿Es común este nivel de segundad? —preguntó Aenea.

—No —dijo el padre De Soya—. Quizá se deba al mensaje donde anunciabas que venías, pero es más probable que sea la seguridad habitual cuando Su Santidad dice una misa. Esas campanas que oímos eran una llamada para la misa vespertina, donde él oficiará.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté. Me intrigaba que el tañido de las campanas le revelara tantas cosas.

El padre De Soya pareció sorprendido.

—Lo sé porque es Jueves Santo —dijo, asombrado de que no supiéramos un dato tan elemental, o bien de que él lo hubiera olvidado hasta ese momento—. Es Semana Santa. Su Santidad debe cumplir con sus deberes como papa y como diocesano. Esta tarde, en esta misa, realizará la ceremonia de lavar los pies de doce sacerdotes que simbolizan a los doce discípulos cuyos pies Jesús lavó en la Última Cena. La ceremonia siempre se celebraba en la iglesia diocesana del papa, la Basílica de San Juan de Letrán, que estaba más allá de los muros del Vaticano, pero desde que mudaron el Vaticano a Pacem se celebra en San Pedro. San Juan de Letrán fue abandonada durante la Hégira porque había sido destruida durante la Guerra de las Siete Naciones en el siglo veintiuno y...

De Soya interrumpió su nervioso parloteo. Había adoptado esa expresión ensimismada típica de los epilépticos y los melancólicos.

Aenea y yo esperamos. Admito que miraba con cierta ansiedad la patrulla de agentes de armadura negra que avanzaba hacia nosotros por el bulevar.

—Sé cómo podemos entrar en el Vaticano —dijo el padre De Soya, y regresó hacia un callejón opuesto al bulevar.

—Bien —dijo Aenea, siguiéndolo. El jesuita se detuvo de pronto.

—Creo que puedo lograr que entremos, pero no sé si saldremos.

—Tan sólo procura que entremos, por favor —dijo Aenea.

La puerta de acero estaba en el fondo de una derruida capilla de piedra, a tres manzanas del Vaticano. Estaba cerrada con un candado pequeño y una cadena grande. El letrero de la puerta decía: «Excursiones los sábados cada dos semanas. Cerrado en Semana Santa. Comuníquese con la oficina de turismo del Vaticano, Plaza de los Primeros Mártires Cristianos 3888.»

—¿Puedes romper esta cadena? —me preguntó el padre De Soya.

Palpé la maciza cadena y el sólido candado. Mi única herramienta o arma era el cuchillo de caza que aún llevaba en el cinturón.

—No, pero quizá pueda abrir el candado. Veamos si encuentro algún alambre en

ese módulo de basura... el alambre de embalaje serviría.

Nos quedamos diez minutos bajo la llovizna, temiendo que la Guardia Suiza o los agentes de seguridad se nos acercaran. La luz se desvanecía y el ruido del tráfico parecía crecer en los bulevares cercanos. Mis únicos conocimientos sobre cerrojos venían de un viejo fullero del Kans que se había dedicado al juego cuando las autoridades de Puerto Romance le cortaron dos dedos por robar. Mientras trabajaba, pensé en nuestra odisea, en el largo viaje del padre De Soya a este lugar, en los cientos de años-luz recorridos y las decenas de miles de horas de tensión, dolor, sacrificio y terror.

¡Y un maldito candado de diez florines nos cerraba el paso!

La punta de mi cuchillo se partió. Maldije, arrojé el cuchillo, golpeé el estúpido y oxidado candado contra la mugrienta pared de piedra. El candado se abrió.

Dentro estaba oscuro. Si había un interruptor, ninguno de nosotros pudo encontrarlo. Si había una IA idiota controlando las luces, no respondió a nuestras órdenes. Ninguno de nosotros tenía lumbre. Después de llevar una linterna láser durante años, había dejado la mía en mi mochila. Cuando llegó el momento de abandonar el *Yggdrasill*, cogí la mano de Aenea sin pensar en armas ni otros enseres necesarios.

—¿Esto es la Basílica de San Juan de Letrán? —susurró Aenea. Era imposible no hablar en susurros en esa opresiva oscuridad.

—No —respondió De Soya—. Sólo una pequeña capilla conmemorativa construida cerca de la basílica original en el siglo... —Calló y me imaginé que habría recobrado su expresión meditabunda—. Creo que la capilla todavía se usa. Esperad aquí.

Aenea y yo aguardamos mientras De Soya recorría el perímetro del pequeño edificio. Una vez algo pesado cayó con ruido de hierro sobre piedra y todos contuvimos el aliento. Un minuto después oímos el sonido de sus manos deslizándose por la pared y el susurro de su sotana. Oímos una exclamación ahogada y se encendió una luz.

El jesuita estaba a diez metros, sosteniendo una cerilla encendida. Tenía una caja en la mano izquierda.

—Es una capilla —explicó—. Todavía tiene el puesto de velas votivas.

Noté que las velas estaban derretidas y nadie las había reemplazado, pero esa caja de cerillas había permanecido quién sabía cuánto tiempo en ese lugar oscuro y abandonado. Nos reunimos con el jesuita en el pequeño círculo de luz, esperamos a que encendiera una segunda cerilla y le seguimos hasta una pesada puerta de madera detrás de unas cortinas raídas.

—El padre Baggio, mi capellán de resurrección, mencionó esta excursión cuando estuve en arresto domiciliario cerca de aquí hace unos años —susurró el padre De

Soya. La puerta no tenía llave, y se abrió con un chirrido de goznes viejos y herrumbrados—. Creo que pensaba que apelaría a mi sentido de lo macabro —continuó De Soya, guiándonos por una angosta escalera de caracol. Aenea siguió al sacerdote, yo a Aenea.

La escalera bajaba y bajaba. Estimé que estaríamos veinte metros bajo el nivel de la calle cuando la escalera terminó y atravesamos una serie de corredores angostos para salir a un pasillo con eco. El sacerdote había usado media docena de cerillas, arrojándolas sólo cuando le quemaban los dedos. No pregunté cuántas cerillas le quedaban.

—Cuando la Iglesia decidió mudar San Pedro y el Vaticano durante la Hégira —dijo De Soya, con una voz que retumbaba en el espacio negro—, trajo todo a Pacem usando pesados ascensores de campo y torres de tracción de campo. Como la masa no era un problema, trasladaron media Roma, incluido el enorme Castel Sant'Angelo y todo lo que está bajo la ciudad vieja, hasta una profundidad de sesenta metros. Este era el sistema de metro del siglo veinte.

De Soya echó a andar por un andén ferroviario abandonado. En algunas partes los azulejos del techo se habían caído y, salvo en una senda angosta, por doquier había siglos de polvo, piedras caídas, plástico roto, letreros ilegibles y mugrientos y bancos astillados. Bajamos varias escaleras de acero corroído —escaleras mecánicas detenidas hacía más de un milenio—, atravesamos un corredor estrecho que descendía por una rampa, llegamos a otro andén. Vi una escalerilla de fibroplástico que descendía hasta los raíles, que aún debían estar allí, bajo capas de polvo, escombros y herrumbre.

Acabábamos de bajar la escalerilla y entrar en el túnel del metro cuando la cerilla se apagó, pero no sin que Aenea y yo atináramos a ver lo que había delante.

Huesos. Huesos humanos. Huesos y cráneos formaban pilas de dos metros de altura a cada lado de un pasaje angosto entre los raíles oxidados. Grandes pilas de huesos, calaveras pulcramente colocadas a intervalos de un metro o dispuestas en diseños geométricos dentro de las nudosas paredes de huesos humanos.

De Soya encendió otra cerilla y echó a andar entre las paredes de huesos. La brisa de su movimiento hacía ondular la diminuta llama que sostenía en alto.

—Después de la Guerra de las Siete Naciones a principios del siglo veintiuno —continuó, ahora en tono normal—, los cementerios de Roma desbordaban. Habían cavado fosas comunes en los suburbios de la ciudad y en los grandes parques. Se convirtió en un grave problema sanitario, sumado al recalentamiento global y las inundaciones constantes. Las ojivas bioquímicas... Los trenes del metro habían dejado de circular, así que las autoridades aprobaron el traslado de los restos y su entierro en los viejos sistemas del metro.

Cuando se apagó la cerilla nos hallábamos en un tramo donde los huesos estaban

apilados en cinco capas, cada cual con su hilera de cráneos. Las frentes blancas reflejaban la luz, pero las cuencas oculares vacías eran indiferentes a nuestro paso. Estas largas paredes de huesos tenían por lo menos diez metros de altura. En algunos lugares se había producido un pequeño alud de huesos y teníamos que esquivarlos con cuidado. Crujían bajo nuestros pies. No nos movíamos en los intervalos de oscuridad que mediaban entre una cerilla y otra, sino que esperábamos en silencio. No había ningún otro ruido, ni siquiera correteo de ratas ni goteo de agua. Sólo nuestra respiración y nuestros murmullos.

—Curiosamente —dijo De Soya cuando avanzamos otros doscientos metros— no se inspiraron en las antiguas catacumbas romanas, que están en las inmediaciones, sino en las catacumbas de París, viejos túneles de canteras en lo profundo de esa ciudad. Los parisinos tuvieron que trasladar huesos de sus cementerios desbordantes a los túneles entre fines del siglo dieciocho y mediados del diecinueve. Descubrieron que podían guardar seis millones de muertos en sólo unos kilómetros de corredores. Ah, aquí estamos.

A nuestra izquierda, en medio de un corredor de huesos aún más angosto, había una senda con huellas de botas que conducía a otra puerta de acero sin cerrojo. Los tres tuvimos que empujar para abrirla. Descendimos por otra escalera de caracol oxidada hasta una profundidad que estimé en treinta y cinco metros por debajo de la calle. La cerilla se apagó cuando entrábamos en otro túnel, mucho más viejo que la bóveda del metro, con los bordes y el techo inconclusos y descascarillados. Había entrevisto pasajes laterales, con huesos y cráneos apilados y jirones de ropa podrida.

—Según el padre Baggio —susurró el sacerdote—, aquí comienzan las verdaderas catacumbas. Las catacumbas cristianas que se remontan al primer siglo de nuestra era. —Encendió otra cerilla, y por el ruido de la caja me pareció que quedaban muy pocas. De Soya nos condujo a la derecha—. Por aquí, creo.

—¿Estamos debajo del Vaticano? —susurró Aenea minutos después. Noté su impaciencia. La cerilla murió con un chisporroteo.

—Pronto, pronto —dijo De Soya en la oscuridad. Encendió otra. La caja no hizo ruido.

Al cabo de ciento cincuenta metros, el corredor terminó. Aquí no había huesos apilados ni cráneos, sólo toscas paredes de piedra y una capa de mampostería donde terminaba el túnel. La cerilla se apagó. Aenea me tocó la mano mientras aguardábamos en la oscuridad.

—Lo lamento —dijo el sacerdote—. No hay más cerillas.

Combatí contra la oleada de pánico que sentí en el pecho. Estaba seguro de oír ruidos, pisadas de ratas en el mejor de los casos, botas en escaleras en el peor.

—¿Retrocedemos? —pregunté, y mi susurro me resultó ensordecedor en esa oscuridad absoluta.

—Estoy seguro de que el padre Baggio me dijo que estas catacumbas del norte se conectaban con las más antiguas que hay bajo el Vaticano —susurró De Soya—. Bajo la Basílica de San Pedro, para mayor precisión.

—Bien, no parece... —Me interrumpí, pues en los pocos segundos de luz había entrevisto una pared de ladrillos relativamente nueva entre las piedras, con siglos de antigüedad en vez de milenios.

Me arrastré hacia delante, avanzando a tientas hasta tocar piedra, ladrillo, mampostería floja.

—Esto se hizo precipitadamente —dije, hablando con la escasa autoridad que había adquirido cuando ayudaba a arreglar jardines en las fincas del Pico, muchos años atrás—. La mampostería está rajada y algunos ladrillos están carcomidos. Dadme algo para cavar. Maldición, ojalá no hubiera tirado el cuchillo.

Aenea me alcanzó una vara o rama afilada en la oscuridad y pasé varios minutos cavando hasta que comprendí que estaba trabajando con un fémur roto. Los dos se me unieron, cavando con huesos, escarbando el frío ladrillo con las manos, hasta que se nos partieron las uñas y nos sangraron los dedos. Al cabo de un rato paramos para recobrar el aliento. Nuestros ojos no se habían adaptado a la oscuridad. Aquí no había luz.

—La misa habrá terminado —susurró Aenea. El tono de su voz sugería que era un hecho trágico.

—Es una misa mayor —susurró el sacerdote—. Una ceremonia prolongada.

—Esperad —dije. Mis dedos habían recordado un leve movimiento en los ladrillos, no en algunos, sino en todo el conjunto.

—Retroceded —dije en voz alta—. Id al costado del túnel. —Yo también retrocedí. Alcé el hombro izquierdo, bajé la cabeza y embestí, temiendo partirme la crisma contra la piedra y desmayarme.

Atropellé los ladrillos con un gruñido y una lluvia de polvo y escombros. Los ladrillos no cedieron, pero los noté más flojos.

Aenea y De Soya se sumaron a mi esfuerzo, y al cabo de un minuto aflojamos los ladrillos del centro y los derribamos.

Había un destello de luz al otro lado del pasaje, suficiente para mostrarnos una rampa de escombros que conducía a un túnel aún más profundo. Descendimos a gatas, encontramos espacio para incorporarnos y avanzamos por un corredor que olía a tierra. Después del segundo recodo encontramos una catacumba tan tosca como la de arriba, pero iluminada por una estrecha cinta fosforescente que recorría la pared derecha a un metro de altura. A los cincuenta metros llegamos a un túnel más ancho, con esferas luminosas modernas cada cinco metros. Estas esferas no estaban encendidas, pero la cinta fosforescente continuaba.

—Estamos debajo de San Pedro —susurró De Soya—. Esta zona fue

redescubierta en 1939, cuando sepultaron al papa Pío XI en una gruta cercana. Las excavaciones continuaron durante veinte años antes de abandonarse. No las han vuelto a abrir para los arqueólogos.

Llegamos a un corredor aún más ancho, tanto que los tres pudimos caminar lado a lado por primera vez. Aquí la antigua roca y las paredes enyesadas, con algunas incrustaciones de mármol, estaban cubiertas de frescos, mosaicos cristianos primitivos y estatuas rotas puestas sobre grutas en cuyo interior se veían cráneos y huesos. Muchas grutas estaban revestidas de plástico y el revestimiento se había puesto amarillo y opaco, oscureciendo esos restos mortales, pero al agacharnos podíamos ver cuencas oculares y óvalos de pelvis.

Los frescos mostraban imágenes cristianas (palomas llevando ramas de olivo, mujeres extrayendo agua, el ubicuo pez), pero estaban junto a grutas, urnas y tumbas más antiguas que presentaban imágenes precristianas de Isis y Apolo, Baco recibiendo a los muertos en el trasmundo con desbordantes ánforas de vino, bueyes y cabras retozando, sátiros bailando —noté la semejanza con Martin Silenus, y Aenea me dirigió una mirada cómplice—, seres que De Soya describió como ménades, algunas escenas rurales, perdices en fila, un pavo real con plumas de lapislázuli que reflejaban la luz con un brillo azulado.

Al mirar estas cosas a través del antiguo y enturbiado plástico, tuve la sensación de atravesar un acuario funerario subterráneo. Llegamos a una pared roja, perpendicular a una desgastada pared azul donde se veían restos de escritura en latín. Aquí la pátina de plástico era más reciente y más fresca, y la urna del interior bien visible. Un cráneo posado sobre una pulcra pila de huesos parecía mirarnos con cierto interés.

El padre De Soya se arrodilló en el polvo, se persignó e inclinó la cabeza en una plegaria. Aenea y yo miramos con el callado embarazo que siente el no creyente en presencia de una fe genuina.

Cuando el sacerdote se levantó, tenía los ojos húmedos.

—Según la historia de la Iglesia y el padre Baggio, los obreros descubrieron estos pobres huesos en 1949. El análisis posterior demostró que pertenecen a un hombre robusto que murió a los sesenta años. Estamos bajo el altar mayor de la Basílica de San Pedro, que se construyó aquí porque se decía que san Pedro fue enterrado secretamente en este lugar. En 1968 el papa Pablo VI anunció que el Vaticano estaba convencido de que éstos eran los huesos del pescador, el mismo Pedro que acompañó a Jesús y fue la Roca sobre la cual Cristo construyó su Iglesia.

Miramos la pila de huesos en silencio.

—Federico —dijo Aenea—, sabes que no intento destruir la Iglesia. Sólo esta versión aberrante.

—Sí —dijo De Soya, enjugándose los ojos—. Lo sé, Aenea.

Miró en torno, fue hasta una puerta, la abrió. Una escalera de metal conducía arriba.

—Habrá guardias —susurré.

—No creo —dijo Aenea—. El Vaticano ha pasado ochocientos años temiendo un ataque desde el espacio, desde arriba. No creo que piensen demasiado en las catacumbas.

Se adelantó al sacerdote y subió rápida y silenciosamente por la escalera. Me apresuré a ir tras ella. De Soya echó una última ojeada a la gruta, se persignó otra vez y nos siguió a la Basílica de San Pedro.

Aunque el anochecer, los vitrales y la luz de las velas atenuaban la luz de la basílica principal, resultaba cegadora después de las catacumbas.

Subimos por el altar subterráneo, dejamos atrás una basílica conmemorativa llamada Trofeo de Gayo, atravesamos corredores laterales y entradas de servicio, llegamos a la sacristía, frente a sacerdotes y monaguillos, y salimos a la vasta extensión del fondo de la nave de San Pedro. Aquí había veintenas de dignatarios que no tenían tanta importancia como para ocupar un lugar en los bancos pero eran honrados con el permiso de estar en el fondo de la Basílica para presenciar esta importante celebración. Me bastó una ojeada para comprobar que había guardias suizos y agentes de seguridad en todas las entradas y las habitaciones externas con salida. En el fondo de la congregación, no llamábamos la atención por el momento. Éramos sólo un sacerdote y dos feligreses mal entrazados que erguían el cuello para ver al Santo Padre en Jueves Santo.

Aún se celebraba la misa. El aire olía a incienso y cera. Cientos de obispos y personajes encumbrados con prendas fastuosas ocupaban las relucientes líneas de bancos. Frente al altar de mármol y el barroco esplendor del Trono de San Pedro, el Santo Padre estaba arrodillado lavando los pies de doce sacerdotes sentados, ocho hombres y cuatro mujeres.

Un coro invisible pero numeroso cantaba:

Oh Espíritu Santo, sólo por tu intercesión
conocemos al Padre y al Hijo;
sea éste nuestro firme credo:
que de ambos Tú procedes,
que de ambos Tú procedes.

Alabado sea el Señor, Padre e Hijo,
y el Espíritu Santo, uno con ellos;
y pueda el Hijo concedernos

todos los dones que del Espíritu manan,
todos los dones que del Espíritu manan.

Entonces vacilé. Me pregunté qué hacíamos allí, por qué la incesante batalla de Aenea nos había llevado al centro de la fe de esta gente. Yo creía en todo lo que ella nos había enseñado, valoraba todo lo que había compartido con nosotros, pero tres mil años de tradición y fe habían formado las palabras de este bello cántico y habían construido las paredes de esta majestuosa catedral. No pude sino recordar las sencillas plataformas de madera, los firmes pero toscos puentes y escaleras del Templo Suspendido en el Aire. ¿Qué era eso, qué éramos nosotros comparados con este esplendor y humildad? Aenea era arquitecta, en gran medida autodidacta salvo por sus años de adolescencia con el cíbrido Wright, cuando construía paredes de piedra con roca del desierto y mezclaba cemento a mano. Miguel Ángel había ayudado a diseñar esta basílica.

La misa estaba a punto de terminar. Los que estaban de pie al final de la nave longitudinal comenzaban a marcharse, caminando con sigilo para no interrumpir el final de la ceremonia con sus pisadas, susurrando sólo cuando llegaban a la escalera que conducía a la plaza. Vi que Aenea hablaba al oído del padre De Soya y me incliné para oír, temiendo perderme alguna instrucción vital.

—¿Me harás un último gran servicio, padre? —preguntó Aenea.

—Cualquier cosa.

—Por favor, márchate de la basílica ahora —le susurró Aenea—. Márchate en silencio con los demás. Márchate ahora y ocúltate en Roma hasta que llegue el día en que no debas ocultarte.

De Soya la miró sorprendido, con la expresión de alguien a quien han abandonado. Se inclinó hacia ella.

—Pídeme cualquier otra cosa, maestra.

—Esto es lo que pido, padre. Y lo pido con amor y respeto.

El coro se puso a entonar otro himno. Mirando por encima de las cabezas, vi que el Santo Padre terminaba de lavar los pies de los sacerdotes y regresaba al altar bajo el dosel dorado. En los bancos todos esperaban ansiosamente las letanías finales y la bendición final.

El padre De Soya dio su propia bendición a mi amiga, dio media vuelta y se marchó de la basílica con un grupo de monjes cuyos rosarios claqueaban con su andar.

Miré a Aenea con llameante intensidad, tratando de enviarle un mensaje mental: *No me pidas que me marche.*

Ella me susurró al oído:

—Haz una última cosa por mí, Raul, amor mío.

Quise gritar que no a todo pulmón, en la resonante nave de la Basílica de San Pedro y en el momento más sacrosanto de la misa mayor de Jueves Santo. En cambio esperé.

Aenea hurgó en los bolsillos de su chaleco y sacó una redoma. Contenía un líquido claro que parecía más pesado que el agua.

—¿Beberías esto? —susurró Aenea, entregándome la redoma.

Pensé en Romeo y Julieta, César y Cleopatra, Abelardo y Eloísa, George Wu y Howard Sung. Todos amantes con mala estrella. Suicidio y veneno. Bebí el líquido de un trago, guardando la redoma vacía en el bolsillo de mi camisa, esperando que Aenea bebiera una poción similar.

—¿Qué era? —pregunté, sin temer la respuesta. Aenea miraba los últimos momentos de la misa.

—Un antídoto para la medicación de control de natalidad que Pax te dio cuando te enlistaste en la Guardia Interna.

Qué diablos, estuve a punto de gritar mientras el Santo Padre decía sus palabras finales. ¿Ahora te preocupas por la planificación familiar? ¿Estás loca de remate?

Aenea susurró:

—Gracias a Dios. Hace dos días que lo tengo encima y casi me olvido. No te preocupes. Tardará tres semanas en surtir efecto. Nunca más dispararás balas de salva.

Parpadeé. ¿Esto era una blasfemia en la Basílica de San Pedro o una descomunal expresión de mal gusto? Entonces vi las cosas en otra perspectiva: *Esto es maravilloso... pase lo que pase, Aenea ve un futuro para nosotros, para sí misma, y quiere tener un hijo conmigo. ¿Pero qué hay de su primer hijo? ¿Y por qué supongo que está haciendo esto para que ella y yo podamos...? Tal vez sea un regalo de despedida.*

—Bésame, Raul —pidió Aenea en voz alta. La anciana monja que estaba delante de nosotros nos miró con expresión severa.

No puse objeciones. La besé. Sus labios eran blandos y húmedos, como la primera vez que nos habíamos besado a orillas del Mississippi en un lugar llamado Hannibal. El beso pareció durar largo tiempo. Ella me tocó la nuca con sus dedos fríos antes de que nuestros labios se separasen.

El papa avanzó hasta el frente del ábside, dirigiéndose a cada uno de los dos brazos del crucero, luego a la nave transversal y al fin a la nave longitudinal mientras daba su bendición.

Aenea salió al pasillo principal, abriéndose paso discretamente hasta que llegó al espacio abierto y echó a andar a grandes zancadas hacia el lejano altar.

—¡Lenar Hoyt! —gritó, y su voz resonó hasta la cúpula.

Había más de ciento cincuenta metros desde donde estábamos hasta el lugar

donde el papa interrumpía ahora su bendición. Era imposible que Aenea recorriera esa distancia sin que la interceptaran, pero me apresuré a alcanzarla.

—¡Lenar Hoyt! —repitió Aenea, y cientos de cabezas se volvieron hacia ella. Vi sombras moviéndose en los flancos de la nave, guardias suizos entrando en acción—. Lenar Hoyt, soy Aenea, hija de Brawne Lamya, quien viajó contigo a Hyperion para enfrentarse con el Alcaudón. Soy la hija del cíbrido John Keats, a quien tus amos del Núcleo mataron dos veces.

El papa estaba petrificado, un dedo huesudo alzado en la bendición. La señaló, temblando como presa de una parálisis cerebral. Con la otra mano se aferró las vestiduras por encima del pecho. Movió la cabeza, sacudiendo la mitra.

—¡Tú! —exclamó con voz débil y aflautada—. ¡La Abominación!

—Tú eres la abominación —gritó Aenea. Ahora estaba corriendo, apartando a la gente de ropa oscura que se levantaba de los bancos para cogerla. La ayudé a librarse de dos hombres y ella siguió corriendo. Brinqué sobre alguien que nos embestía y la alcancé, mirando a los guardias suizos que empujaban a la multitud, apuntando las picas energéticas pero sin decidirse a disparar en medio de tantos dignatarios del Vaticano y Mercantilus. Sabía que no vacilarían si Aenea llegaba a diez metros del papa—. Tú eres la abominación —repitió, corriendo a toda velocidad, esquivando manos y brazos—. Tú eres el Judas de la Iglesia Católica, Lenar Hoyt, y has vendido su historia sagrada a...

Un hombre robusto con uniforme de Pax desenvainó una espada ceremonial y lanzó una estocada a la cabeza de mi amada. Aenea la esquivó. Frené el brazo del almirante, se lo rompí, arrojé la espada y lo tumbé en medio de sus subalternos. El coronel Kassad había dicho que después de aprender el idioma de los vivos había sentido el dolor que infligía a los demás. Lo experimenté ahora, sintiendo los nervios y músculos desgarrados, el hueso astillado del antebrazo y el choque de mi cuerpo cuando el almirante cayó sobre sus hombres. Pero cuando me miré, mi brazo estaba firme y el único precio era el dolor. No me importaba el dolor.

Un cordón de sacerdotes, monjes y obispos se interpuso entre Aenea y el papa. Vi que el pontífice se aferraba el pecho con más fuerza y caía, pero varios diáconos lo cogieron y lo llevaron al dosel del trono del Bernini. Varios guardias suizos cerraron el paso a Aenea con sus picas y sus cuerpos. Otros se nos acercaron por detrás, apartando rudamente a los curiosos. Agentes de seguridad de Pax con armadura negra y cinturones de vuelo revolotearon a diez metros de altura. Puntos láser bailaron sobre la cara y el pecho de Aenea.

Me interpuse entre ella y los inminentes disparos. El punto rojo de un láser me cegó el ojo derecho al apuntarme. Abrí los brazos y lancé un grito desafiante.

—¡No! ¡Cogedles con vida! —gritó un corpulento cardenal con un vozarrón que parecía la voz de Dios.

Un guardia suizo se lanzó contra Aenea para aturdirla con su pica. Ella se echó al suelo, patinó, le cogió las rodillas y lo empujó hacia mí. Le pateé la cabeza y me volví para arrebatarle la pica a otro guardia, lanzándolo contra la multitud y amenazando con el arma a los cinco guardias que nos atacaban por detrás. Se alejaron.

Un agente volador me disparó dos dardos en el hombro izquierdo. Supuse que eran tranquilizantes, pero me los arranqué y los arrojé contra el agente sin sentir nada. Dos guardias —un hombre y una mujer fornidos— me cogieron los brazos. Los hice brincar hasta que sus cabezas chocaron y los arrojé al piso.

—¡Aenea!

Se levantó, se deshizo de un guardia, dos hombres de armadura negra le cerraron el paso. La congregación gritaba. El gran órgano de la catedral chillaba como una mujer en medio del parto. Un agente de seguridad disparó a Aenea a cinco metros. Aenea giró. Una mujer de armadura negra la tumbó de un garrotazo, la montó a horcajadas y le echó los brazos hacia atrás.

Usé el antebrazo para arrojar por el aire a esa zorra. Un guardia me pegó con la pica en el estómago. Un agente de seguridad me lanzó un paralizante. Se supone que los paralizantes son instantáneos, pero tuve tiempo de agarrar la garganta del guardia más próximo antes que me disparasen por segunda y tercera vez. Mi cuerpo cayó con un espasmo y me oriné en los pantalones cuando cesaron todas las funciones voluntarias. Mi última sensación consciente fue el goteo de mi orina en las baldosas de la Basílica de San Pedro.

Apenas reparé en las doce figuras que aterrizaron en mi espalda, me sujetaron los brazos, me arrastraron. No oí ni sentí mi cabezazo contra la baldosa ni el corte que me abrió en la frente.

En los últimos segundos de conciencia, vi pies negros, botas de combate, la gorra de un guardia suizo, más pies. Supe que Aenea había caído a mi izquierda pero no pude mover la cabeza para verla por última vez.

Y así concluye mi historia.

Estuve consciente pero sometido a bloqueos neuronales durante mi «juicio», una presentación de diez minutos ante los jueces del Santo Oficio. Me condenaron a muerte. Ningún ser humano mancharía su alma con mi ejecución; me trasladarían a una caja de gato de Schrödinger en órbita del mundo laberíntico de Armaghast, que estaba en cuarentena. Las inmutables leyes de la física y el azar cuántico ejecutarían la sentencia. En cuanto finalizó el juicio, me enviaron al sistema de Armaghast en una nave-antorcha robot de propulsión Hawking y alta gravedad, con una deuda temporal de dos meses.

No sabía dónde estaba Aenea ni qué había sido de ella, pero ya era dos meses

demasiado tarde para ayudarla cuando desperté, mientras terminaban de cerrar el casco energético de mi prisión.

Y durante muchos días, tal vez meses, enloquecí. Y durante muchos más días, ciertamente más meses, he usado la pizarra que me dejaron en esta celda ovoide para contar esta historia. Deben haber sabido que la pizarra sería un castigo adicional mientras esperaba mi muerte, escribiendo mi historia en pocas páginas de micropergamino reciclado como la serpiente devorando su cola, sabiendo que nadie tendrá acceso al relato guardado en el chip de memoria. Dije al principio que tú, mi imposible lector, leías esto por malas razones. Dije al principio que si leías esto para descubrir el destino de Aenea, o el mío, te equivocabas de documento. Yo no estaba con ella cuando su destino la alcanzó, y el mío está más cerca de su final que cuando escribí estas palabras iniciales.

Yo no estaba con ella.

Yo no estaba con ella.

Oh, Jesús, Dios de Moisés, Alá, querido Buda, Zeus, Muir, Elvis, Cristo, si alguno de vosotros existe o alguna vez existió o conserva una pizca de poder en sus manos grises y muertas, por favor, quiero morir ya. Ya. Que la partícula sea detectada y que el gas sea liberado. Ya.

Yo no estaba con ella.

31

He mentido.

Al principio de esta narración dije que no estaba con Aenea cuando la alcanzó su destino, implicando que ignoraba cuál era ese destino, y lo repetí hace un tiempo cuando escribí lo que creí sería la última entrega de esa narración.

Pero mentí por omisión, como diría un sacerdote de la Iglesia.

Mentí porque no quería hablar de ello, describirlo, revivirlo, creerlo. Pero ahora sé que debo hacer todas estas cosas. Lo he revivido cada hora de mi encarcelamiento en esta caja de Schrödinger. Lo he creído desde el momento en que compartí la experiencia con mi querida amiga, mi querida Aenea.

Conocía el destino de mi querida niña desde antes de que me alejaran del sistema de Pacem. Habiéndolo creído y revivido, debo comentarlo y describirlo, en aras de la verdad de esta narración.

Todo esto me llegó mientras estaba drogado y aturdido, sujeto a un tanque de alta gravedad a bordo de la lanzadera robot, una hora después de mi juicio inquisitorial de diez minutos en un asteroide de Pax, a diez minutos-luz de Pacem. En cuanto oí, sentí y vi estas cosas supe que eran reales, que estaban ocurriendo en el momento en que las compartí, y que sólo mi intimidad con Aenea y mi lento aprendizaje del idioma de los vivos me había permitido esa maravillosa comunión. Cuando la comunión terminó, me puse a gritar en el tanque, arrancando mis umbilicales de soporte vital y golpeando el tabique con la cabeza y los puños, hasta que el tanque lleno de agua se mancho con mi sangre. Traté de arrancarme la máscara osmótica que me cubría la cara como un parásito que me sorbiera el aliento; no pude arrancarla. Durante tres horas grité y protesté, golpeándome hasta caer en un estado de semiconciencia, reviviendo mil veces los momentos compartidos con Aenea, y entonces la nave robot me inyectó somníferos, el tanque de alta gravedad se vació, y caí en fuga criogénica mientras la nave-antorcha alcanzaba el punto de traslación para saltar al sistema de Armaghast.

Desperté en la caja de Schrödinger. La nave robot me había puesto en el satélite energético y lo había lanzado sin intervención humana. Durante unos instantes estuve desorientado, creyendo que los momentos compartidos con Aenea habían sido una pesadilla. Luego la realidad de esos momentos regresó y me puse a gritar de nuevo. Creo que no recobré la cordura durante meses.

He aquí lo que me llevó a la locura.

También se llevaron a Aenea sangrante e inconsciente de la Basílica de San Pedro, pero a diferencia de mí ella despertó al día siguiente y no estaba drogada ni aturdida. Recobró la conciencia, y yo compartí ese despertar con mayor claridad que cualquier recuerdo mío, tan nítido y real como un segundo conjunto de impresiones sensoriales, en una vasta habitación de piedra, de treinta metros de anchura y cincuenta de altura. En el techo había un cristal reluciente que parecía una claraboya, aunque Aenea sospechó que era una ilusión y que la habitación estaba en las honduras de un edificio más vasto.

Los enfermeros me habían limpiado para mi juicio de diez minutos mientras yo estaba inconsciente, pero nadie tocó las heridas de Aenea. Tenía el costado izquierdo de la cara lleno de magulladuras. Le habían arrancado la ropa y estaba desnuda, con los labios hinchados, el ojo izquierdo abotargado y entrecerrado, la visión del ojo derecho enturbiada por una contusión. Tenía cortes y cardenales en el pecho, los muslos, el antebrazo y el vientre. Algunos de estos cortes se habían cerrado, pero otros eran profundos y requerían suturas que nadie hizo. Aún sangraban.

Estaba sujeta a lo que parecía un esqueleto de hierro oxidado que colgaba de cadenas del vasto techo y que le permitía apoyar su peso pero la mantenía casi de pie, los brazos contra las vigas, un asterisco casi vertical de frío metal que le apretaba cruelmente las muñecas y los tobillos. Sus pies colgaban a diez centímetros del áspero suelo. Podía mover la cabeza. La habitación redonda estaba vacía salvo por un par de objetos. Había un cesto grande a la derecha, forrado de plástico. También a la derecha había una bandeja de metal oxidado con varios instrumentos: mondadientes y pinzas, cuchillas circulares, escalpelos, sierras de cirugía, un largo fórceps, alambre de púas, tijeras largas, tijeras dentadas, botellas de líquido oscuro, tubos de pasta, agujas, hilo grueso y un martillo. Aún más perturbadora era la rejilla redonda de dos metros y medio de diámetro que había debajo de ella, por la cual veía diminutas llamas azules ardiendo como luces de piloto. Había un tenue olor a gas.

Aenea tiró de las amarras, sintió la palpitación de sus muñecas y tobillos magullados, apoyó la cabeza en la viga de hierro. Tenía el pelo pegajoso y sentía una hinchazón en la coronilla y otra en la base del cráneo. Sentía náusea y procuró no vomitarse encima.

Al cabo de unos minutos, se abrió una puerta oculta en la pared de piedra y Rhadamanth Nemes entró y caminó hasta un lugar de la derecha. Una segunda Rhadamanth Nemes entró y se puso a la izquierda. Otras dos entraron y se pusieron atrás. No hablaron, y Aenea no les habló.

Pocos minutos después apareció el cardenal John Domenico Mustafa. Su imagen holográfica de tamaño natural titiló hasta cobrar solidez frente a Aenea. La ilusión de su presencia física era perfecta excepto por el hecho de que el cardenal estaba sentado en una silla que no estaba representada en el holograma, dando la ilusión de que

flotaba en el aire. Mustafa parecía más joven y saludable que en T'ien Shan. Segundos después apareció el holo de un cardenal más corpulento con túnica roja, y luego el holo de un sacerdote delgado y tuberculoso. Un momento después, un hombre alto y apuesto vestido de gris entró por la puerta de la mazmorra y se acercó a los holos. Mustafa y el otro cardenal siguieron sentados en sillas invisibles mientras el holo del monseñor y del hombre de gris permanecían detrás de las sillas como sirvientes.

—M. Aenea —dijo el gran inquisidor—, permíteme presentar a su eminencia el cardenal Lourdusamy, secretario del Estado Vaticano, a su asistente el monseñor Lucas Oddi y a nuestro estimado consejero Albedo.

—¿Dónde estoy? —preguntó Aenea. Tuvo que repetir la frase, a causa de sus labios hinchados y su mandíbula magullada.

El gran inquisidor sonrió.

—Responderemos todas tus preguntas por el momento, querida. Y luego tú responderás las nuestras. Lo garantizo. Para responder tu primera pregunta, estás en la sala de entrevistas más profunda del Castel Sant'Angelo, en el margen derecho del Nuevo Tíber, cerca del Ponte Sant'Angelo, a poca distancia del Vaticano, en el mundo de Pacem.

—¿Dónde está Raul?

—¿Raul? —dijo el gran inquisidor—. Ah, te refieres a tu inservible guardaespaldas. Creo que acaba de concluir su propia reunión con el Santo Oficio y está a bordo de una nave, disponiéndose a salir de nuestro bonito sistema. ¿Él es importante para ti, querida? Podríamos hacer arreglos para que regrese al Castel Sant'Angelo.

—Él no es importante —murmuró Aenea, y después de mi primer segundo de dolor y angustia, sentí lo que ella pensaba por debajo: preocupación por mí, terror por mí, esperanza de que no me amenazaran a mí como recurso para doblegarla.

—Como desees —dijo el cardenal Mustafa—. Es a ti a quien deseamos entrevistar hoy. ¿Cómo te sientes?

Aenea no respondió.

—Bien —dijo el gran inquisidor—, no esperarás atacar al Santo Padre en la Basílica de San Pedro y salir impune.

Aenea murmuró algo.

—¿Qué has dicho, querida? No pudimos entender. —Mustafa tenía una sonrisa de sapo satisfecho.

—Yo... no... ataqué... al... papa.

Mustafa abrió las manos.

—Si insistes, M. Aenea... pero tus intenciones no parecían amistosas. ¿Qué tenías en mente al correr por el pasillo central hacia el Santo Padre?

—Advertirle —dijo Aenea. Mientras hablaba con el gran inquisidor, evaluaba sus lesiones: magulladuras graves pero nada roto, un corte en el muslo que necesitaba suturas, al igual que el corte en el pecho. Pero tenía algún problema. ¿Hemorragia interna? No lo creía. Le habían inyectado algo.

—¿Advertirle sobre qué? —dijo el cardenal Mustafa con voz meliflua.

Aenea movió la cabeza para mirar con su ojo bueno al cardenal Lourdusamy y al consejero Albedo. No dijo nada.

—¿Advertirle sobre qué? —repitió el cardenal Mustafa.

Como Aenea no respondió, el gran inquisidor le hizo una seña a uno de los clones de Nemes. La mujer se aproximó a Aenea, cogió la tijera más pequeña, reflexionó, dejó el instrumento en la bandeja, se arrodilló en la rejilla junto al brazo derecho de Aenea, curvó el dedo meñique de mi amada y se lo arrancó de una dentellada. Nemes sonrió, se incorporó y arrojó el dedo sanguinolento en el cesto.

Aenea gritó de sorpresa y dolor, y casi se desmayó. Nemes le untó el muñón con pasta de un tubo.

El holo del cardenal Mustafa parecía triste.

—No deseamos infligir dolor, querida mía, pero no vacilaremos en hacerlo. Responderás nuestras preguntas rápida y sinceramente, o más partes de ti terminarán en el cesto. La lengua será lo último que pierdas.

Aenea combatió la náusea. El dolor de su mano mutilada era increíble. A diez minutos-luz de distancia, yo grité al sentirlo.

—Iba a advertir al papa sobre vuestro golpe de estado —jadeó Aenea, mirando a Lourdusamy y Albedo—. El infarto.

El cardenal Mustafa parpadeó sorprendido.

—De veras eres bruja —murmuró.

—Y tú eres un cretino traidor —dijo Aenea con voz clara y fuerte—. Todos vosotros. Todos vendisteis a vuestra Iglesia. Ahora venderéis a vuestro títere, Lenar Hoyt.

—Vaya —dijo el cardenal Lourdusamy, con aire divertido—. ¿Y cómo haremos eso, niña?

Aenea miró al consejero Albedo.

—El Núcleo controla la vida y la muerte de todos con los cruciformes. La gente muere cuando le conviene al Núcleo... las redes neuronales agonizantes son más creativas que las vivas. Mataréis de nuevo al papa, pero esta vez su resurrección no tendrá éxito, ¿verdad?

—Muy perspicaz, querida —tronó el cardenal Lourdusamy. Se encogió de hombros—. Tal vez sea el momento para un nuevo pontífice. —Movió una mano en el aire y un quinto holograma apareció detrás de ellos en la habitación: el papa Urbano XVI, comatoso en una cama de hospital, con monjas enfermeras, médicos

humanos y máquinas médicas. Lourdusamy movió la mano rechoncha y la imagen desapareció.

—¿Tu turno de ser papa? —dijo Aenea, y cerró los ojos. Manchas rojas bailaban en su visión. Cuando los abrió de nuevo, Lourdusamy se encogía de hombros con modestia.

—Suficiente —dijo el consejero Albedo. Atravesó los holos de los cardenales sentados y se plantó en el borde de la rejilla, frente a Aenea—. ¿Has estado manipulando el medio teleyector? ¿Cómo te teleyectaste sin los portales?

Aenea miró al representante del Núcleo.

—Te asusta, ¿verdad, consejero? Así como los cardenales están demasiado asustados para venir aquí en persona.

El hombre de gris mostró sus dientes perfectos.

—En absoluto, Aenea. Pero tienes la capacidad de teleyectarte sin portales, junto con tus allegados. El cardenal Lourdusamy, el cardenal Mustafa y monseñor Oddi no desean desaparecer repentinamente de Pacem. En cuanto a mí... me encantaría teleyectarme contigo. —Esperó. Aenea no respondió ni se movió. Albedo sonrió de nuevo—. Sabemos que eres la única que ha aprendido a realizar este tipo de teleyección. Ninguno de tus discípulos ha logrado dominar la técnica. ¿Pero cuál es esa técnica? Sólo hemos logrado usar el Vacío para la teleyección abriendo grietas permanentes en ese medio, y eso requiere demasiada energía.

—Y ya no os permiten hacerlo —murmuró Aenea, ahuyentando los puntos rojos para mirar al hombre de gris a los ojos. El dolor subía y bajaba en su mano como el oleaje de un mar inquieto.

Albedo enarcó las cejas.

—¿No nos lo permiten? ¿Quiénes, niña? Describe a tus amos.

—No son amos —murmuró Aenea. Tuvo que concentrarse para combatir el mareo—. Leones y tigres y osos.

—Basta de ambigüedades —rugió Lourdusamy. Le hizo una seña a la segunda Nemes, que caminó hasta la bandeja, cogió las pinzas oxidadas, aferró la mano izquierda de Aenea y le arrancó todas las uñas.

Aenea gritó, se desmayó, despertó. Trató de ladear la cabeza, a tiempo pero no pudo. Se vomitó encima y gimió.

—No hay dignidad en el dolor, hija mía —dijo el cardenal Mustafa—. Dinos lo que el consejero desea saber y pondremos fin a esta triste farsa. Te sacaremos de aquí, tratarán tus heridas, tus dedos volverán a crecer, te limpiarán, te vestirán y te reunirás de nuevo con tu guardaespaldas, discípulo o lo que sea. Este feo episodio terminará.

En ese momento, en medio del dolor, Aenea aún era consciente de la sustancia extraña que le habían inyectado horas atrás cuando estaba inconsciente. Sus células lo reconocían. Veneno. Un veneno seguro, lento y mortífero, sin antídoto, que se

activaría indefectiblemente a las veinticuatro horas. Entonces supo lo que querían que hiciera y por qué.

Aenea siempre había estado en contacto con el Núcleo, aun antes de nacer, a través del bucle Schrön del cráneo de su madre, conectado con la personalidad cíbrida de su padre. Eso le permitía un contacto directo con esferas de datos primitivas, y eso hizo, detectando la exótica maquinaria del Núcleo que recubría esta celda subterránea: instrumentos dentro de instrumentos, sensores incomprensibles para los humanos, dispositivos que funcionaban en cuatro dimensiones y más, esperando, oliendo, esperando.

Los cardenales, el consejero Albedo y el Núcleo querían que ella escapara. Todo dependía de que ella se libreyectara para escapar de esa situación intolerable: esa burda tortura de holodrama, el absurdo melodramatismo de la mazmorra del Castel Sant'Angelo y la cruel inquisición. Le provocarían dolor hasta que no aguantara más, y cuando ella se libreyectara los instrumentos del Núcleo medirían todo con precisión, analizarían su uso del Vacío y buscarían un modo de reproducirlo. El Núcleo recobraría así los teleyectores, no en la tosca versión de los agujeros de gusano o del motor Gedeón, sino en una versión instantánea, elegante y eternamente suya.

Aenea ignoró al gran inquisidor, se humedeció los labios secos y cuarteados y le dijo al consejero Albedo:

—Sé donde vives.

El apuesto hombre de gris hizo una mueca.

—¿A qué te refieres?

—Sé dónde están los elementos físicos del Núcleo —dijo Aenea.

Albedo sonrió, pero Aenea vio que miraba rápidamente a los dos cardenales y el alto sacerdote.

—Pamplinas. Ningún ser humano conoció jamás el paradero del Núcleo.

—Al principio —dijo Aenea, la voz transida de dolor—, el Núcleo era una entidad transitoria que flotaba en la tosca esfera de datos de Vieja Tierra conocida como Internet. Luego, antes de la Hégira, desplazasteis vuestras memorias, servidores y nexos a un cúmulo de asteroides en órbita larga alrededor del Sol, lejos de la Vieja Tierra que pensabais destruir...

—Silenciadla —rugió Albedo, volviéndose hacia Lourdusamy, Mustafa y Oddi —. Trata de distraernos en nuestro interrogatorio. Eso no es importante.

La expresión de Mustafa, Lourdusamy y Oddi sugería lo contrario.

—En tiempos de la Hegemonía —continuó Aenea, parpadeando con el esfuerzo de concentrar su atención y estabilizar su voz entre las punzadas de dolor— el Núcleo decidió que era prudente diversificar sus componentes físicos: matrices de memoria en los túneles subterráneos de los nueve mundos laberínticos, servidores ultralínea en

los complejos orbitales industriales de Centro Tau Ceti, personalidades del Núcleo viajando por bandas teleyectoras y la megaesfera conectándolo todo a través de las grietas teleyectoras del Vacío Que Vincula.

Albedo se cruzó de brazos.

—Estás delirando.

—Pero después de la Caída —continuó Aenea, clavando el ojo bueno en el hombre de gris— el Núcleo se preocupó. El ataque de Meina Gladstone contra el medio teleyector os atemorizó, aunque el daño contra la megaesfera fuera reparable. Decidisteis diversificaros aún más. Multiplicar vuestras personalidades, miniaturizar memorias esenciales, hacer más directo vuestro parasitismo sobre las redes neuronales humanas.

Albedo le dio la espalda y llamó a una Nemes.

—Está delirando. Cósele los labios.

—¡No! —ordenó Lourdusamy, con ojos brillantes y atentos—. No la toquéis hasta que yo lo ordene.

La Nemes que estaba a la derecha de Aenea había cogido una aguja y un rollo de hilo grueso. Miró a Albedo esperando instrucciones.

—Espera —dijo el consejero.

—Queríais que vuestro parasitismo neuronal fuera más directo —continuó Aenea —. Así que cada una de vuestros miles de millones de entidades dio forma de cruz a su matriz circundante y se adhirió directamente a un huésped humano. Ahora cada individuo del Núcleo tiene un organismo huésped donde vivir, y al que puede destruir a voluntad. Permanecéis conectados por medio de las viejas esferas de datos y los nuevos nódulos Gedeón, pero os gusta habitar cerca de vuestra fuente de alimentos...

Albedo lanzó una carcajada, mostrando sus dientes perfectos. Se volvió hacia los tres holos humanos.

—Es un maravilloso entretenimiento —dijo, sin dejar de reír—. Habéis organizado todo esto para el interrogatorio —señaló con sus uñas manicuradas la mazmorra, la claraboya, las vigas de hierro donde estaba amarrada Aenea— y la niña termina jugando con vuestra mente. Puras patrañas, pero un gran entretenimiento.

Mustafa, Lourdusamy y Oddi miraban atentamente al consejero Albedo, pero sus dedos holográficos tocaban sus pechos holográficos.

El holo de Lourdusamy se levantó de su silla invisible y caminó hacia la rejilla. La ilusión holográfica era tan perfecta que Aenea oyó el susurro de la cruz del pecho meciéndose en su cordel de seda roja; el cordel estaba entrelazado con hilo de oro y terminaba en una gran borla roja y dorada. Aenea se concentró en observar la cruz oscilante y su cordel de seda en vez de prestar atención al dolor de sus manos mutiladas. Sentía el avance del veneno en las piernas y el torso, como los tumores y nematodos de un cruciforme en expansión. Sonrió. Hiciéranle lo que le hicieran, las

células de su cuerpo y su sangre nunca aceptarían el cruciforme.

—Esto es interesante pero irrelevante, hija mía —murmuró el cardenal Lourdusamy—. Y esto —señaló con sus dedos regordetes las heridas y la desnudez de Aenea— es sumamente desagradable. —El holo se aproximó para clavarle sus inteligentes ojillos porcinos—. Y sumamente innecesario. Dile al consejero lo que desea saber.

Aenea irguió la cabeza.

—¿Cómo teleyectarse sin teleyector?

El cardenal se relamió los labios.

—Sí, sí.

Aenea sonrió.

—Es sencillo, eminencia. Sólo tenéis que asistir a algunas clases, aprender acerca del idioma de los muertos, el idioma de los vivos y la música de las esferas... luego comulgar con mi sangre o la sangre de algún seguidor mío que haya bebido el vino.

Lourdusamy retrocedió como si lo hubieran abofeteado. Alzó la cruz del pecho y la sostuvo como un escudo.

—¡Blasfemia! —bramó—. *¡Jesús Christus est primogenitus mortuorum; ipsi gloria et imperium in saecula saeculorum!*

—Jesucristo fue el primero en nacer de entre los muertos —murmuró Aenea, encandilada por la luz refleja de la cruz—. Y tú deberías ofrecerle gloria. Y poder, si deseas. Pero nunca fue su intención que los seres humanos fueran revividos de la muerte como ratones de laboratorio, al antojo de máquinas pensantes...

—Nemes —rugió Albedo, y esta vez no hubo contraorden. La Nemes que estaba cerca de la pared se acercó a la rejilla, extendió unas uñas de cinco centímetros y las pasó por las mejillas de Aenea, rasgando el músculo y exponiendo los huesos a la cruda luz. Aenea resolló y se derrumbó contra la viga. Nemes le acercó la cara y expuso los afilados dientes en una ancha sonrisa. Su aliento olía a carroña.

—Arráncale la nariz y los párpados —dijo Albedo—. Lentamente.

—¡No! —gritó Mustafa, poniéndose de pie, adelantándose para detener a Nemes. Sus manos holográficas atravesaron la sólida carne de la criatura.

—Un momento —dijo Albedo, alzando un dedo. Nemes se detuvo, la boca abierta sobre los ojos de Aenea.

—Esto es monstruoso —le dijo el gran inquisidor—. Como fue monstruoso el tratamiento que recibí.

Albedo se encogió de hombros.

—Se decidió que necesitabas una lección, eminencia.

Mustafa temblaba de furia.

—¿De veras pensáis que sois nuestros amos?

Albedo suspiró.

—Siempre hemos sido vuestros amos. Sois carne putrefacta alrededor de cerebros de chimpancé, primates parlanchines condenados a la muerte desde el momento en que nacéis. Vuestro único papel en el universo fue el de comadronas de una forma de autoconciencia más elevada. Una forma de vida realmente inmortal.

—El Núcleo —dijo el cardenal Mustafa con desdén.

—Apártate —ordenó el consejero Albedo—. De lo contrario...

—¿De lo contrario qué? —El gran inquisidor rió—. ¿Me torturarás como torturas a esta mujer desquiciada? ¿Pedirás a tu monstruo que de nuevo me mate a golpes? —El brazo holográfico de Mustafa atravesó el torso de Nemes, la figura de Albedo. El gran inquisidor rió y miró a Aenea—. Estás muerta de todos modos, hija. Cuéntale a esta criatura sin alma lo que necesita saber y te liberaremos de tu sufrimiento en segundos...

—Silencio —gritó Albedo, alzando una mano como una zarpa.

El holo del cardenal Mustafa gritó, se aferró el pecho, rodó por la rejilla a través de los pies sangrantes de Aenea y la viga de hierro, rodó a través de las piernas de una Nemes, gritó de nuevo, desapareció.

Lourdusamy y monseñor Oddi miraron a Albedo con rostro impasible.

—Consejero —dijo el secretario de Estado con voz respetuosa—, ¿puedo interrogarla un momento? Si no tengo éxito, podrás hacer con ella lo que desees.

Albedo miró fríamente al cardenal, pero al cabo de un segundo le palmeó el hombro a Nemes y la criatura retrocedió y cerró la boca.

Lourdusamy buscó la mano derecha mutilada de Aenea como para sostenerla. Sus dedos holográficos parecieron hundirse en la carne lacerada de mi amada.

—*Quod petis?* —susurró el cardenal, y a diez minutos-luz, gritando y retorciéndome en mi tanque de alta gravedad, comprendí a través de Aenea: «¿Qué buscas?»

—*Virtutes* —susurró Aenea—. *Concede mihi virtutes, quihus indigeo, valeum impere*.

Ahogándome de furia y pena en el líquido del tanque, alejándome de Aenea a cada segundo, comprendí: «Fuerza. Que me sea concedida la fuerza que necesito para llevar a cabo esta decisión mía.»

—*Desiderium tuum grave est* —susurró el cardenal Lourdusamy. «Tu deseo es serio»—. *Quod ultra quaeris*? —«¿Qué más buscas?»

Aenea pestañeó con su ojo bueno para ver el rostro del cardenal.

—*Quaero togam pacem* —murmuró con voz firme. «Busco la paz.»

El consejero Albedo se rió de nuevo.

—Eminencia —dijo con sarcasmo—, ¿crees que no entiendo latín?

Lourdusamy miró al hombre de gris.

—Al contrario, consejero. Estaba seguro de que entendías. Ella está a punto de

ceder. Lo veo en su rostro. Pero tiene más miedo de las llamas que de ese animal al que ordenaste que la devorara.

Albedo parecía escéptico.

—Dame cinco minutos con las llamas, consejero —dijo el cardenal—. Si eso falla, podrás soltar de nuevo a tu bestia.

—Tres minutos —dijo Albedo, acercándose a la Nemes que había abierto surcos en el rostro de Aenea.

Lourdusamy retrocedió varios pasos.

—Niña —dijo, hablando de nuevo en inglés de la Red—, me temo que esto te dolerá mucho.

Movió las manos holográficas y las llamas azules de abajo de la rejilla se convirtieron en una columna de llamas que chamuscó las plantas de los pies de Aenea. La piel ardió, se ennegreció, se rizó. El hedor a carne quemada llenó la celda.

Aenea gritó y trató de liberarse de las grapas. No cedieron. La parte inferior de la barra de hierro donde estaba amarrada resplandeció, enviándole dolor por las pantorrillas y los muslos desnudos. Sintió que su piel se ampollaba. Gritó de nuevo.

El cardenal Lourdusamy movió la mano y la llama descendió, convirtiéndose en una llamita que parecía el ojo azul de un carnívoro hambriento.

—Esto es sólo una muestra del dolor que sentirás —murmuró el cardenal—. Y lamentablemente, cuando la quemadura es grave, el dolor continúa aun después de que la carne y los nervios están irreparablemente consumidos. Dicen que es el modo más doloroso de morir.

Aenea apretó los dientes para no gritar de nuevo. La sangre de sus mejillas desgarradas goteaba sobre sus pechos pálidos, esos pechos que yo había acariciado y besado y sobre los cuales me había dormido. Encarcelado en mi tanque, a millones de kilómetros y preparándome para ascender a la fuga C-plus, grité y protesté en el silencio.

Albedo se acercó y le dijo a mi querida amiga:

—Aléjate de todo esto. Puedes teleyectarte a la nave que lleva a Raul a una muerte segura y liberarlo. Puedes teleyectarte a la nave del cónsul. El autocirujano te sanará. Vivirás durante años con el hombre que amas. Será eso o una muerte lenta y terrible, y una muerte lenta y terrible para Raul. Nunca le verás de nuevo. Nunca oirás su voz. Teleyéctate, Aenea. Sálvate mientras hay tiempo. Salva al que amas. En un minuto, este hombre quemará la carne de tus piernas y brazos hasta ennegrecerte los huesos. Pero no te dejaremos morir. Le ordenaré a Nemes que te devore. Teleyéctate, Aenea. Ya.

—Aenea —dijo el cardenal Lourdusamy—, *es igitur partus?* —«¿Estás lista, pues?»

—*In nomine Humanitus, ego paratas sum* —dijo Aenea, mirando los ojos del

cardenal con su ojo bueno. «En el nombre de Humanitus, estoy lista.»

El cardenal Lourdusamy movió la mano. Todas las llamas se elevaron al mismo tiempo. Las llamas devoraron a mi amada y al cíbrido Albedo.

Aenea se retorció de dolor.

—¡No! —chilló Albedo desde las llamas, alejándose de la rejilla mientras la carne sintética se desprendía de los falsos huesos. Sus costosas ropas grises subían al techo en jirones ardientes de tela, sus apuestos rasgos se derretían—. No, maldición —repitió, buscando la garganta de Lourdusamy con dedos llameantes.

Las manos de Albedo atravesaron el holograma. El cardenal miró a Aenea a través de las llamas. Alzó la mano derecha.

—*Miserecordiam Dei... in nomine Patris, et Filia, et Spiritu Sanctus.*

Fueron las últimas palabras que oyó Aenea mientras el fuego le devoraba las orejas, la garganta y el rostro. Su cabello explotó en una llamarada. Su visión estalló en un fogonazo y se disolvió mientras sus ojos se derretían.

Pero sentí su dolor en los escasos segundos de vida que le quedaban. Y oí sus pensamientos como un grito... no, como un susurro en mi mente.

Raul, te amo.

Luego el calor creció, el dolor creció, su entrega a la vida y al amor y a su misión crecieron y subieron a través de las llamas como humo elevándose hacia la claraboya, y mi querida Aenea murió.

Sentí el segundo de su muerte como una implosión de visiones y sonidos y esencias simbólicas. En ese segundo desapareció del universo todo lo que era digno del amor y la vida.

No grité de nuevo. Dejé de golpear las paredes del tanque. Floté sin peso, sintiendo que el tanque se vaciaba, que las drogas de fuga criogénica entraban en mi carne como gusanos. No me resistí. No me importaba.

Aenea había muerto.

La nave-antorcha se trasladó al estado cuántico. Cuando desperté, estaba en mi celda de Schrödinger.

No me importaba. Aenea había muerto.

32

No había reloj ni calendario en mi celda. No sé cuántos días, semanas o meses estándar estuve más allá de la cordura. Quizá pasé muchos días sin dormir o dormí durante semanas seguidas. Es difícil o imposible saberlo.

Pero con el tiempo, como el cianuro y las leyes del azar cuántico seguían perdonándome día a día, hora a hora, minuto a minuto, inicié esta narración. No sé por qué mis verdugos me dejaron pizarra y pluma y la posibilidad de imprimir algunas páginas de micropergamino reciclado. Tal vez vieron la posibilidad de que el condenado escribiera su confesión o usara la pizarra como un modo impotente de despotricar contra sus jueces y carceleros. O tal vez consideraron que la narración de un condenado acerca de sus pecados y heridas, sus alegrías y tristezas, sería un castigo adicional. Y quizás en cierto modo lo fue.

Pero también fue mi salvación. Al principio me salvó de la locura y la autodestrucción, cuando sufría una pena y un remordimiento intolerables. Luego salvó mis recuerdos de Aenea, sacándolos del pantano del horror ante su muerte terrible para llevarme al terreno más firme de nuestros días compartidos, de su alegría de vivir, su misión, nuestros viajes y su complejo pero directo mensaje para mí y para toda la humanidad. Con el tiempo simplemente salvó mi vida. Poco después de iniciar la narración, descubrí que podía compartir los pensamientos y actos de cualquiera de los participantes de nuestra larga odisea y fallida lucha. Supe que esto estaba en función de aquello que Aenea me había enseñado a través de la conversación y la comunión. Al aprender el idioma de los muertos y el idioma de los vivos, aún encontraba a los muertos en mis sueños y ensueños. Mi madre me hablaba a menudo, y saboreé el dolor y la sabiduría de muchos otros que habían vivido y muerto tiempo atrás, pero ahora no me obsesionaban estas almas perdidas, sino las que tenían una visión paralela de las experiencias que viví en tantos años con Aenea.

Nunca creí, mientras aguardaba la muerte en mi celda de Schrödinger, que podría oír los pensamientos actuales de los vivos. Pensé que el casco de energía del huevo orbital lo impedía. Pero pronto aprendí a silenciar el clamor de esas incontables voces antiguas que resonaban en el Vacío Que Vincula para concentrarme en el recuerdo de aquellos —tanto muertos como presuntamente vivos— que habían formado parte de la historia de Aenea. Así entreví las ideas y motivaciones de seres tan alejados de mi modo de pensar que eran literalmente alienígenas: los cardenales Simón Augustino Lourdusamy y John Domenico Mustafa, Lenar Hoyt en sus encarnaciones como papa Julio y papa Urbano XVI, los ejecutivos de Mercantilus como Kenzo Isozaki y Anna Pelli Cognani, sacerdotes y guerreros como el padre De Soya, el sargento Gregorius,

la capitana Marget Wu y el oficial ejecutivo Hoag Liebler. Algunos de los personajes de mi historia están presentes en el Vacío Que Vincula como cicatrices, agujeros, ausencias —las criaturas Nemes, y también Albedo y las demás entidades del Núcleo —, pero pude rastrear algunos movimientos y actos de estos seres por el desplazamiento de esa oquedad en la matriz de emoción sentiente que era el Vacío, así como uno vería el contorno de un hombre invisible bajo la lluvia. Así, además de escuchar los suaves murmullos de los muertos humanos, pude reconstruir la matanza de inocentes perpetrada por Rhadamanth Nemes en Sol Draconi Septem y oír los susurros sibilantes y presenciar los actos mortíferos de Scylla, Gyges, Briareus y Nemes en Vitus-Gray-Balianus B. Por desagradables y desconcertantes que fueran estos descensos en el vacío moral y la pesadilla mental, quedaban equilibrados por el reencuentro con la calidez de amigos como Dem Loa, Dem Ria, el padre Glaucus, Het Masteen, A. Bettik y todos los demás. Busqué a muchos protagonistas del relato sólo con mi propia memoria, gentes maravillosas como Lhomo Dondrub, a quien vi por última vez volando con sus alas de pura luz en su gallarda y desesperada batalla contra las naves de Pax, y Rachel, viviendo la segunda de varias vidas que estaba destinada a llenar de aventuras, y la regia Dorje Phamo y el sabio Dalai Lama. De este modo, yo usaba el Vacío Que Vincula para oír mi propia voz, para aclarar los recuerdos más allá de la capacidad de mi memoria, y en ese sentido me veía a menudo como un personaje menor de mi propia historia, un zopenco que seguía los acontecimientos en vez de provocarlos, que no hacía las preguntas debidas o que aceptaba respuestas inadecuadas. Pero también vi al torpe Raul Endymion de mi narración como un hombre que descubría el amor con una persona a quien había esperado toda su vida, y en ese sentido su dócil acatamiento era a menudo compensado por su voluntad de dar la vida sin vacilar por su querida amiga.

Aunque sé sin lugar a dudas que Aenea está muerta, nunca busqué su voz en el coro de los que hablan el idioma de los muertos.

Sentía su presencia en el Vacío Que Vincula, sentía su contacto en la mente y el corazón de todas las buenas gentes que participaron en nuestra odisea o cuya vida cambió para siempre en nuestra larga lucha con Pax. Mientras aprendía a acallar el estridente clamor y a escoger voces específicas en el coro de los muertos, comprendí que a menudo visualizaba estas resonancias humanas en el Vacío como estrellas, algunas borrosas pero visibles cuando uno sabía adonde mirar, otras resplandecientes como supernovas, otras que existían en combinaciones binarias con otras ex almas vivientes, o fijadas para siempre en una constelación de amor y relación con individuos determinados, otras —como Mustafa, Lourdusamy y Hoyt— consumidas y arrasadas por la implosiva gravedad de su ambición, codicia o afán de poder, perdiendo su esplendor humano mientras se precipitaban a agujeros negros del espíritu.

Pero Aenea no era una de esas estrellas. Era como la luz solar que nos bañaba durante una caminata en un cálido día de primavera en los prados de Taliesin Oeste: constante, difusa, irradiada desde un solo punto pero capaz de entibiar todo lo que nos rodeaba, una fuente de luz y energía. Y así, cuando llega el invierno o cae la noche, la ausencia de esa luz solar trae frío y oscuridad y esperamos la primavera o la mañana.

Pero sabía que no habría un mañana para Aenea, ninguna resurrección para ella y nuestro amor. El gran poder de su mensaje es que la versión Pax de la resurrección era una mentira, tan estéril como las inyecciones de control de natalidad administradas por Pax. En un universo finito de aspirantes a inmortales, casi no hay espacio para los niños. El universo de Pax era ordenado y estático, inmutable y yermo. Los niños traen caos y desorden y un potencial infinito para el futuro, algo que era anatema para Pax.

Mientras pensaba en esto y reflexionaba sobre el último regalo de Aenea —el antídoto para la implantación de control de natalidad— me pregunté si había sido un gesto metafórico. Esperaba que Aenea no sugiriese que lo usara literalmente, que encontrara otro amor, una esposa, y tuviera hijos con otra. En una de nuestras conversaciones, habíamos hablado de eso —recuerdo que estábamos sentados en su refugio de Taliesin, mientras el viento nocturno nos traía el aroma de las yucas y las prímulas—, de esa extraña elasticidad del corazón humano para encontrar nuevas relaciones, nuevas personas con quienes compartir la vida, nuevos potenciales. Pero esperaba que el regalo de la fertilidad, en esos últimos minutos que compartimos en la Basílica de San Pedro, fuera una metáfora del regalo más vasto que ella había dado a la humanidad, la opción del caos y la turbulencia, los caminos maravillosos y desconocidos. Si era un regalo literal, la sugerencia de que yo encontrara un nuevo amor y tuviera hijos con otra, Aenea no me conocía en absoluto. Al escribir esta narración, había visto a través de los ojos de otros que Raul Endymion era un tío simpático, de fiar, torpemente valiente en ocasiones, pero nada famoso por su perspicacia ni su inteligencia. Pero con las luces necesarias para saber con certeza que este amor había sido suficiente en mi vida, y llegué a comprender —al transcurrir los días y las semanas y los meses, en mi celda de condenado adonde la muerte no llegaba— que si por milagro regresaba al universo de los vivos, buscaría de nuevo la alegría, la risa y la amistad, pero ni una pálida sombra del amor que había sentido. No tendría hijos. No.

Por unos días maravillosos, mientras escribía el texto, me convencí de que Aenea había regresado de la muerte, que se había producido un milagro. Estaba en esa parte de mi relato donde habíamos llegado a Vieja Tierra —atravesando el teleyector de Bosquecillo de Dios después del encontronazo con la primera Nemes— y terminaba esa sección describiendo nuestra llegada a Taliesin Oeste.

La noche en que terminé esa primera parte de nuestra historia, soñé que Aenea había ido a verme en la celda de Schrödinger, había dicho mi nombre en la oscuridad, me había tocado la mejilla y me había susurrado: «Nos iremos de aquí, querido Raul. No de inmediato, sino en cuanto termines tu narración. En cuanto lo recuerdes todo y lo comprendas todo.» Al despertar descubrí que habían activado la pizarra y en sus páginas, en la inconfundible letra de Aenea, había una larga nota que incluía algunos fragmentos de poemas de su padre.

Durante días y semanas estuve convencido de que había sido una visita real, un milagro similar a los que habían presenciado, según los apóstoles, los discípulos originales después de la ejecución de Jesús. Trabajé en mi relato febrilmente, desesperado por verlo todo, registrarlo todo, comprenderlo todo. Pero el proceso me llevó meses, y en ese tiempo comprendí que la visita de Aenea debía haber sido otra cosa: mi primera experiencia de oír un susurro de mi amada entre las voces de los muertos en el Vacío, sin duda, y posiblemente un mensaje real de ella almacenado en la memoria de la pizarra y fijado para activarse cuando yo escribiera estas páginas. No era imposible. Mi querida amiga podía vislumbrar atisbos del futuro. Futuros, decía ella, enfatizando el plural. Era posible que hubiera guardado esa hermosa nota en una pizarra y luego se cerciorase de que el instrumento se incluyera en mi celda de Schrödinger.

O bien (y ésta es la explicación que he llegado a aceptar) yo mismo escribí esa nota mientras estaba totalmente sumergido, «poseído» sería mejor palabra, en la personalidad de Aenea, mientras buscaba su esencia en el Vacío y en mis recuerdos. Esta teoría es la menos grata para mí, pero congenia con la única opinión que expresó Aenea acerca del trasmundo, basada en la tradición judaica de creer que la gente sigue viviendo después de la muerte sólo en el corazón y el recuerdo de aquellos a quienes amaron, a quienes sirvieron y a quienes salvaron.

De cualquier modo, escribí durante más meses, comencé a ver la verdadera inmensidad —y futilidad— de la valiente búsqueda de Aenea y su desesperado sacrificio, y entonces concluí mis frenéticos escritos, encontré el coraje para describir la terrible muerte de Aenea y mi propia impotencia mientras ella moría; sollocé mientras imprimía las últimas páginas de micropergamino, las leí, las reciclé, ordené a la pizarra que conservara toda la narración en su memoria y cerré la pizarra por lo que creí la última vez.

Aenea no apareció. No me liberó de mi cautiverio. Estaba muerta. Sentí su ausencia en el universo tan claramente como había sentido las resonancias del Vacío Que Vincula desde mi comunión.

Así que me acosté en mi celda de Schrödinger, traté de dormir, me olvidé de comer y esperé la muerte.

Algunas de mis exploraciones entre las voces de los muertos habían llevado a revelaciones que no tenían relevancia directa en mi narración. Algunas eran personales y privadas, ensoñaciones donde mi difunto padre cazaba con sus hermanos, por ejemplo, y que mostraban la generosidad de ese hombre parco que yo no había conocido, o crónicas de crueldad humana que, como los recuerdos de Jacob Schulmann del olvidado siglo veinte, actuaban sólo como subtexto para mi comprensión profunda de la barbarie de hoy.

Pero otras voces...

Había concluido la narración de mi vida con Aenea y esperaba la muerte, durmiendo cada vez más, esperando que el acontecimiento cuántico decisivo ocurriera mientras yo dormía, consciente del texto guardado en la memoria de mi pizarra y preguntándome si alguien hallaría alguna vez un modo de entrar en mi celda de Schrödinger sin hacerla estallar y encontraría mi relato, quizá dentro de siglos, cuando me dormí de nuevo y tuve este sueño. Supe de inmediato que no era un sueño común —ese baile ondulatorio de posibilidades— sino la llamada de una de las voces de los muertos.

En mi sueño, el cónsul de la Hegemonía tocaba el Steinway en el mirador de su nave espacial de ébano —esa nave que yo conocía tan bien— mientras grandes saurios verdes bramaban en los pantanos cercanos. Estaba tocando Schubert. No reconocí el mundo que se veía por el mirador, pero era un lugar de plantas enormes y primitivas, majestuosos nubarrones y rugidos estremecedores.

El cónsul era un hombre más menudo de lo que yo había imaginado. Cuando terminó de tocar, guardó silencio un instante en el crepúsculo hasta que la nave habló con una voz que no reconocí, una voz más inteligente y más humana.

«Muy bonito —dijo la nave—. Realmente muy bonito.»

—Gracias, John —dijo el cónsul, levantándose y cerrando el mirador. Comenzaba a llover.

«¿Todavía insistes en ir a cazar por la mañana?», preguntó la voz de la nave, que no era la voz que yo le conocía.

—Sí —dijo el cónsul—. Es algo que hago aquí en ocasiones.

«¿Te gusta el sabor de la carne de dinosaurio?», preguntó la IA de la nave.

—En absoluto. Totalmente indigesta. Pero disfruto de la cacería.

«Quieres decir del riesgo.»

—Eso también. —El cónsul rió entre dientes—. Aunque soy prudente.

«¿Y si mañana no regresas de la cacería?», preguntó la nave. Era la voz de un joven con acento británico de Vieja Tierra.

El cónsul se encogió de hombros.

—Hemos pasado más de seis años explorando los viejos mundos de la Hegemonía. Conocemos la historia... caos, guerra civil, hambre, fragmentación.

Hemos visto el fruto de la Caída de los Teleyectores.

«¿Crees que Gladstone se equivocó al ordenar ese ataque?»

El cónsul se sirvió un brandy y lo llevó a la mesa de ajedrez, cerca de la biblioteca. Se sentó y miró las piezas del juego, ya trabadas en batalla en el tablero.

—En absoluto —dijo—. Hizo lo correcto. Pero el resultado es triste. Pasarán décadas, quizá siglos hasta que la Red comience a cobrar una nueva forma. —Había calentado el brandy mientras hablaba. Bebió un sorbo—. ¿Quieres que terminemos la partida, John?

Un holo apareció en el asiento de enfrente. Era un joven apuesto de ojos claros y castaños, frente baja, mejillas huecas, nariz compacta, mandíbula firme y una boca ancha que sugería una virilidad serena y cierta hostilidad. El joven usaba blusa amplia y pantalones ceñidos. Tenía un cabello castaño rojizo, espeso y muy rizado. El cónsul sabía que una vez habían descrito a su huésped como poseedor de un «rostro vivaz y seductor» y lo atribuía a la elocuente expresividad que acompañaba la gran inteligencia y vitalidad del joven.

«Tu turno», dijo John.

El cónsul estudió sus opciones y movió un alfil.

John respondió de inmediato, señalando un peón que el cónsul movió obedientemente. El joven lo miró con franca curiosidad.

«¿Y si no regresas mañana de la cacería?», insistió.

Arrancado de su ensoñación, el cónsul sonrió.

—Entonces la nave es tuya. Obviamente es tuya de todos modos. —Hizo retroceder el alfil—. ¿Qué harás, John, si aquí terminan nuestros viajes juntos?

John le indicó que moviera su torre y respondió.

«Llevarla de vuelta a Hyperion. Programarla para regresar con Brawne si todo está bien. O posiblemente con Martin Silenus, si el viejo aún está vivo y trabajando en sus *Cantos*.»

—¿Programarla? —le preguntó el cónsul, mirando el tablero—. ¿Quieres decir que dejarías la IA de la nave? —Movió el alfil en diagonal.

«Sí —dijo John, pidiéndole que hiciera avanzar su peón—. Lo haré en los próximos días, de todos modos.»

El cónsul miró el tablero, miró el holograma que tenía enfrente, miró de nuevo el tablero.

—¿Adonde irás? —preguntó, y movió la dama para proteger su rey.

«De vuelta al Núcleo», dijo John, moviendo la torre dos casillas.

—¿Para enfrentarte de nuevo con tu creador? —preguntó el cónsul, atacando de nuevo con el alfil.

John negó con la cabeza. Tenía un porte elegante y la costumbre de apartarse los rizos de la frente con un grácil movimiento de la cabeza.

«No —murmuró—, para crear revuelo entre las entidades del Núcleo. Para acelerar sus incesantes guerras civiles y rivalidades intestinas. Para ser lo que mi original fue para la comunidad poética, un factor irritante.» Señaló el movimiento de su caballo restante.

El cónsul evaluó la maniobra, consideró que no era una amenaza y miró su alfil.

—¿Por qué? —preguntó al fin.

John sonrió de nuevo y señaló el cuadrado donde debía aparecer su torre.

«Mi hija necesitará esa ayuda dentro de pocos años —dijo. Rió entre dientes—. Bien, dentro de doscientos setenta y pico de años. Jaque mate.»

—¿Qué? —exclamó el cónsul, estudiando el tablero—. No puede ser...

John esperó.

—Maldición —mascculló el cónsul, tumbando su rey—. ¡Maldición, condenación!

«Sí —dijo John, extendiendo la mano—. Gracias de nuevo por una grata partida. Y espero que la cacería de mañana te resulte mejor.»

—Maldición —repitió el cónsul, y sin pensar intentó estrechar la mano del holograma. Por centésima vez sus dedos sólidos atravesaron la palma insustancial del otro—. Maldición.

Esa noche, en la celda de Schrödinger, desperté con dos palabras vibrando en mi mente.

—¡El hijo!

El conocimiento de que Aenea había estado casada antes de nuestra relación, el conocimiento de que había tenido un hijo, ardía en mi alma y mis entrañas como una brasa, pero salvo por mi obsesiva curiosidad por el quién y el porqué —una curiosidad no satisfecha al interrogar a A. Bettik, Rachel y los demás que la habían visto partir durante su odisea, que ignoraban adonde había ido y con quién— no había considerado la realidad de ese hijo, vivo en alguna parte del mismo universo que yo habitaba. Su hijo. La idea me daba ganas de llorar por varios motivos.

«El niño no está en un sitio donde yo pueda encontrarlo», había dicho Aenea.

¿Dónde estaría ahora? ¿Qué edad tendría? Me senté en mi catre y reflexioné. Aenea acababa de cumplir veintitrés años estándar cuando falleció. Corrección: cuando fue brutalmente asesinada por el Núcleo y sus títeres de Pax. Al cumplir los veinte había desaparecido un año, once meses, una semana y seis horas. El niño debía tener tres años estándar, más el tiempo que yo hubiera pasado en la celda de Schrödinger. ¿Ocho meses? ¿Diez? No lo sabía, pero si el niño estaba vivo... o la niña... Dios mío. Nunca le había preguntado a Aenea si era varón o mujer, y ella no lo había mencionado la única vez que habíamos hablado del asunto. Yo me había preocupado tanto por mi propio dolor y mi pueril sensación de injusticia que no había pensado en preguntárselo. Qué idiota había sido. El hijo o hija de Aenea ahora tendría

cuatro años estándar. Caminaba, sin duda. Y hablaba. Por Dios, su hijo sería un ser humano racional a estas alturas, hablando, haciendo preguntas... muchas preguntas, si mis pocas experiencias con niños servían como pista... aprendiendo a pasear, pescar y amar la naturaleza...

Nunca había preguntado a Aenea el nombre de su hijo. Me ardieron los ojos y se me cerró la garganta con el doloroso reconocimiento de este hecho. De nuevo, ella no había querido hablar de esa época de su vida y yo no había preguntado, y en las semanas que compartimos después me convencí de que no quería contrariarla con preguntas que a ella la harían sentir culpable y a mí me harían sentir cruel. Pero Aenea no había demostrado culpa al hablarme de su boda y su hijo. Con franqueza, por eso yo me sentía tan furioso e inerme. Pero eso no había impedido que fuéramos amantes. Como decía la nota que yo había encontrado meses atrás, la nota que atribuía a Aenea, «amantes de quienes cantarían los poetas». La existencia de ese breve matrimonio y ese hijo no había impedido que nos sintiéramos como amantes que nunca habían experimentado esa emoción con otra persona.

Y tal vez ella no la había experimentado, comprendí. Yo siempre había pensado que su matrimonio se debía a una pasión repentina, un impulso, pero ahora lo veía de otra manera. ¿Quién era el padre? La nota de Aenea decía que ella me amaba prospectiva y retrospectivamente, que es precisamente lo que yo sentía por ella; era como si siempre la hubiera amado, como si hubiera esperado toda mi vida para descubrir la realidad de ese amor. ¿Y si el matrimonio de Aenea no hubiera obedecido al amor, la pasión o el impulso sino a la conveniencia? No, no es la palabra correcta. ¿Necesidad?

Los templarios, los éxters, la Iglesia de la Expiación Final y otros habían profetizado que la madre de Aenea, Brawne Lamia, tendría una hija, La Que Enseña, Aenea. Según los *Cantos* del viejo poeta, el día en que el segundo cíbrido John Keats murió físicamente y Brawne Lamia luchó para refugiarse en el Templo del Alcaudón, los devotos del Alcaudón habían cantado «Bendita sea la madre de nuestra salvación, bendita sea la herramienta de nuestra expiación». La salvación era Aenea misma.

¿Y si Aenea estaba destinada a tener un hijo para continuar este linaje de profetas, de mesías? Yo no había oído profecías de este tipo, pero durante los meses en que narraba la vida de Aenea había hecho un descubrimiento indiscutible: Raul Endymion era lento y torpe, habitualmente el último en entender. Tal vez hubiera profecías sobre otra La Que Enseña, o tal vez este hijo tuviera poderes diferentes y visiones que el universo y la humanidad estaban esperando. Obviamente yo no sería el padre de ese segundo mesías. La unión del segundo cíbrido John Keats y Brawne Lamia había sido, según Aenea, la gran conciliación entre los mejores elementos del TecnoNúcleo y la humanidad. Se habían necesitado las aptitudes y percepciones de las IAs y los seres humanos para crear la capacidad de ver directamente en el Vacío

Que Vincula, para que la humanidad al fin aprendiera el idioma de los muertos y de los vivos. Empatía era otro nombre de esa aptitud, y Aenea había sido la Hija de la Empatía, si algún título le sentaba.

¿Quien podía ser el padre de su hijo?

La respuesta me golpeó como un rayo. Por un segundo quedé tan conmocionado por la lógica del asunto que estuve seguro de que el detector de partículas que operaba en la pared energética de mi prisión había detectado la emisión de una partícula y había liberado el cianuro. Qué ironía, comprender y morir en el mismo momento.

Pero no era el aire envenenado, sólo una fuerte certidumbre y el impulso aún más fuerte de actuar.

Había otro jugador en el ajedrez cósmico que Aenea y los demás habían jugado durante trescientos años, ese mítico Observador alienígena que Aenea había mencionado brevemente dentro de diversos contextos. Los leones y tigres y osos, seres tan poderosos que podían secuestrar la Vieja Tierra y llevarla a la Nube Magallánica Menor en vez de presenciar su destrucción, habían enviado —según Aenea— uno o más Observadores en los últimos siglos, entidades que, según mi interpretación de lo que había dicho Aenea, habían cobrado forma humana y habían estado entre nosotros todo el tiempo. Esto habría sido relativamente fácil durante la era de Pax, con la inmortalidad virtual del cruciforme. Y por cierto había otros que, como el antiguo poeta Martin Silenus, habían conservado la vida con una combinación de medicina de la Red de Mundos, tratamientos Poulsen y mera determinación.

Martin Silenus era viejo, tal vez el ser humano más viejo de la galaxia, pero sin duda no era el Observador. El autor de los *Cantos* era demasiado empecinado, demasiado activo, demasiado visible para el público, demasiado soez y demasiado irritante para ser el frío delegado de especies alienígenas tan poderosas que podían destruirnos en un abrir y cerrar de ojos. O eso suponía yo.

Pero en alguna parte —tal vez alguna parte que nunca había visitado y no podía imaginar— ese Observador había estado esperando y observando con forma humana. Tenía sentido que Aenea hubiera sido obligada —por la profecía, y también por esa necesidad de una evolución humana sin obstáculos que ella predicaba— a teleyectarse a ese mundo distante donde el Observador esperaba, lo conociera, copulara con él y llevara ese niño al universo. Así se reconciliarían el Núcleo, la humanidad y esos distantes Otros.

La idea era perturbadora, angustiosa para mí, pero también estimulante.

Yo conocía a Aenea. Su hijo sería un niño humano, lleno de vida, alegría y un amor por todo, desde la naturaleza hasta los viejos holodramas. Yo nunca había entendido que Aenea hubiera dejado a su hijo, pero ahora comprendía que ella no

había tenido elección. Conocía el terrible destino que la esperaba en la mazmorra del Castel Sant'Angelo. Sabía que moriría por la tortura y el fuego, rodeada por enemigos inhumanos y por las réplicas de Nemes. Lo sabía desde antes de nacer.

Esto me aflojó las rodillas. ¿Cómo podía mi querida amiga haber reído conmigo, encarado el futuro con feliz optimismo, celebrado la vida tan plenamente, cuando sabía que cada día la acercaba más a esa muerte espantosa? Me asombraba esa fuerza de voluntad. Yo no la tenía. Aenea sí.

¿Pero no podía haber mantenido al niño consigo, sabiendo cuándo y cómo llegaría ese terrible final? Supuestamente, pues, el padre estaba criando al hijo. El Otro con forma humana. El Observador.

Esto me resultó aún más perturbador que mis revelaciones anteriores. Tuve la certeza adicional de que Aenea habría querido que yo cumpliera alguna función en la vida de su hijo si lo hubiera creído posible. Sus atisbos de futuros posibles presuntamente terminaban con su propia muerte. Tal vez no sabía que yo no sería ejecutado en el momento. Pero también me había pedido que esparciera sus cenizas en Vieja Tierra, lo cual suponía mi supervivencia. Tal vez le había parecido excesivo pedirme que yo encontrara a su hijo y lo ayudara a crecer, que contribuyera a protegerlo en un universo hostil.

Noté que estaba llorando, no suavemente, sino con sollozos convulsivos. Era la primera vez que lloraba así desde la muerte de Aenea. Extrañamente, no era sólo el dolor por la ausencia de Aenea, sino el pensar en esta segunda oportunidad de asir la mano de un niño como había asido la de Aenea cuando tenía doce años, de proteger al hijo de mi amada como había tratado de proteger a mi amada.

Y fracasado, me recordé, condenándome a mí mismo.

Sí, al final había fracasado en la misión de proteger a Aenea, pero ella sabía que yo fracasaría, y que ella fracasaría en su propósito de destruir Pax. Me había amado y había amado la vida aun sabiendo que fracasaríamos.

No había motivos para fracasar con ese otro niño. Tal vez el Observador agradeciera mi ayuda, mi voluntad de compartir la experiencia humana con ese niño, ciertamente más que humano. Podía afirmar con cierta certidumbre que nadie había conocido a Aenea mejor que yo. Eso sería importante para la crianza del niño, el nuevo mesías. Le llevaría la narración que aguardaba en mi pizarra y compartiría sus fragmentos con la niña o niño mientras crecía, y un día se la daría toda.

Cogí la pizarra y caminé por mi celda. Estaba el pequeño problema de mi ineludible ejecución. Nadie vendría a rescatarme. La cáscara explosiva del huevo había decidido eso, y si hubiera existido un modo de resolver ese problema, ya habría llegado alguien. Era el colmo de la improbabilidad y la buena suerte que yo hubiera sobrevivido tanto tiempo cuando cada pocas horas la muerte arrojaba los dados mientras el detector olfateaba la emisión de partículas. Había vencido las leyes del

azar cuántico por mucho tiempo, pero mi suerte no podía durar.

Me detuve.

Había cuatro pasos en las enseñanzas de Aenea acerca de la nueva relación de nuestra especie con el Vacío Que Vincula. Aun antes de entrar en mi celda yo había experimentado, aunque no dominado, el idioma de los muertos y de los vivos. Al escribir la narración había demostrado que podía tener acceso al Vacío para recibir viejos recuerdos de los vivientes, aunque la cáscara interfiriese en mi capacidad para averiguar qué sucedía con amigos como el padre De Soya, Rachel, Lhomo o Martin Silenus.

Aunque quizá no hubiera interferencia. Quizá yo me hubiera negado subconscientemente a tratar de comunicarme con el mundo de los vivos, salvo cuando se trataba de recuerdos de Aenea, pues sabía que ahora habitaba el mundo de los muertos.

Ya no. Quería largarme de aquí.

Había otras dos etapas que Aenea había mencionado en sus enseñanzas, sin explicarlas del todo: oír la música de las esferas y dar el primer paso.

Ahora comprendía ambos conceptos. Sin ver cómo se libreyectaba Aenea, y sin ese gran torrente de comprensión gestáltica que me había bañado al compartir su terrible muerte, no lo habría comprendido. Pero ahora sí.

Yo había pensado en oír la música de las esferas como una especie de radiotelescopio paranormal, en oír los crujidos y silbidos de los astros como los radiotelescopios lo habían hecho durante once siglos. Pero comprendí que Aenea no se refería a eso. Ella no abría los oídos a los astros sino a la resonancia de las personas, humanas o no, que moraban entre esos astros. Había usado el Vacío como una suerte de radiofaro direccional antes de libreyectarse.

Muchas de sus libreyecciones no tenían sentido para mí. Los teleyectores controlados por el Núcleo eran toscos agujeros abiertos en el Vacío —y en consecuencia en el espaciotiempo—, y los portales eran como esas toscas pinzas que mantenían abiertos los bordes de una herida en los viejos tiempos de la cirugía con escalpelo. Ahora comprendía que el método de Aenea era infinitamente más grácil.

En esos días en que Aenea y yo nos libreyectábamos a las superficies planetarias y de un sistema estelar al otro en el *Yggdrasill*, me preguntaba cómo había impedido que apareciéramos dentro de una colina o cincuenta metros sobre la superficie, o que la nave arbórea se materializara dentro de una estrella. Me parecía que la libreyección a ciegas, como los saltos Hawking sin planificar, serían arriesgados y desastrosos. Pero siempre aparecíamos exactamente donde debíamos. Ahora entendía por qué.

Aenea oía la música de las esferas. Sentía la resonancia del Vacío Que Vincula, donde resuenan la vida sentiente y el pensamiento, y luego usaba la ilimitada energía del Vacío para dar ese primer paso. Para viajar por el Vacío hacia donde aguardaban

esas voces. Aenea había dicho una vez que el Vacío aprovechaba la energía de los cuásares, de los centros explosivos de las galaxias, de los agujeros negros y la materia negra. Suficiente, tal vez, para mover algunas formas de vida orgánica por el espaciotiempo y depositarlas en el sitio indicado.

El amor era el primer motor del universo, decía Aenea. Había dicho en broma que ella sería la Newton que explicaría la física elemental de esa gran fuente energética. No había vivido para hacerlo.

Pero ahora yo veía a qué se refería y cómo funcionaba. Gran parte de la música de las esferas era creada por las elegantes armonías y cambios melódicos del amor. Libreyectarse adonde esperaba una persona amada. Aprender un lugar después de haber viajado allí con gente amada. Amar, ver nuevos lugares.

Comprendí por qué nuestros primeros meses compartidos habían sido lo que entonces parecían vagabundeos sin ton ni son de mundo en mundo: Mare Infinitus, Qom-Riyadh, Hebrón, Sol Draconi Septem, el mundo sin nombre donde habíamos dejado la nave, todos los demás, incluso Vieja Tierra. No había portales teleyectores en funcionamiento. Aenea nos había llevado a A. Bettik y a mí a esos lugares, tocándolos, oliendo el aire, sintiendo la luz solar en la piel, viéndolo todo con amigos, con alguien que amaba, aprendiendo la música de las esferas para poder ejecutarla después.

Y en cuanto a mi odisea personal —el kayak viajando de Vieja Tierra a Lusus, el planeta nuboso y los demás lugares—, Aenea había sido la energía que impulsaba la teleyección. Me enviaba a esos lugares para que yo pudiera saborearlos y algún día reencontrarlos por mi cuenta.

Yo había pensado —aun mientras escribía el relato en la pizarra que tenía bajo el brazo, en la celda de Schrödinger— que era simplemente un viajero en una serie de peripecias. Pero todo tenía un propósito. Había sido un amante viajando con mi amor —o hacia mi amor— a través de una partitura musical de mundos. Una partitura que tenía que aprender de memoria para poder tocarla de nuevo algún día.

Cerré los ojos en la celda de Schrödinger y me concentré, luego pasé de la concentración al estado de vacío mental que la meditación me había mostrado en T'ien Shan. *Cada mundo tenía su propósito. Cada minuto tenía su propósito.*

En ese vacío sin prisa, me abrí al Vacío Que Vincula y al universo donde él resonaba. No podría hacer esto, comprendí, sin comunión con la sangre de Aenea, sin los organismos nanotecnológicos que ahora habitaban en mis células y habitarían en las de mis hijos. *No*, pensé de inmediato, *no mis hijos. Sino en las células de aquellos humanos que escapen del cruciforme. En las células de sus hijos*. No podría hacer esto sin haberlo aprendido de Aenea. No podría haber oído las voces que oí entonces —coros más grandes de los que había oído antes— sin haber aguzado mi

comprensión de la gramática y la sintaxis del idioma de los muertos y los vivos durante los meses que trabajé en mi relato mientras esperaba la muerte.

No podría hacer esto, comprendí, si fuera inmortal. Comprendí de una vez para siempre que este grado de amor a la vida y al prójimo no se concede a los inmortales sino a los que viven brevemente y a la sombra de la muerte y la pérdida.

Y mientras escuchaba los crecientes acordes de la música de las esferas, distinguiendo ahora voces individuales —la de Martin Silenus, aún vivo pero agonizante en mi mundo de Hyperion, la de Theo en el bello Alianza Maui, la de Rachel en Mundo de Barnard, la del coronel Kassad en el rojo Marte, la del padre De Soya en Pacem, e incluso los encantadores acordes de los muertos, Dem Ria en Vitus-Gray-Balianus B, el padre Glaucus en Sol Draconi Septem, mi madre, también en el lejano Hyperion—, oí también las palabras de John Keats en su voz, y en la de Martin Silenus, y en la de Aenea:

Tal es la vida humana: la guerra, los actos,
la decepción, la angustia,
las pugnas de la imaginación, lejos y cerca,
todo ello es humano; y contiene la virtud
de ser el aire, el sutil alimento,
de hacernos sentir la existencia, y mostrarnos
cuan muda es la muerte. Donde hay suelo crecen hombres
que serán maleza o flores; mas para mí
no hay hondura, donde echar raíces...

Pero lo contrario era verdad para mí en ese momento: había hondura de sobra donde echar raíces. En ese momento el universo se profundizó, la música de las esferas dejó de ser un coro para convertirse en una sinfonía tan triunfal como la *Novena* de Beethoven, y supe que siempre podría oírla cuando lo deseara o necesitara, siempre podría usarla para dar el paso necesario para ver a la que amaba, o bien para ir al lugar donde había estado con la que amaba, o bien para encontrar un lugar y amarlo por su propia belleza y riqueza.

Me sentí desbordado por la energía de los cuásares y los explosivos núcleos estelares. Fui arrastrado por olas de energía más desbordantes y líricas que alas de ángeles éxters deslizándose por corredores de luz solar. El casco de energía mortífera que era mi prisión y celda de ejecución ahora parecía ridículo, la broma original de Schrödinger, como si me hubieran encerrado con una soga para saltar en vez de una pared.

Salí de la caja de Schrödinger, salí del sistema de Armaghast.

Por un instante, sintiendo que los límites de la celda de Schrödinger caían para

siempre, existiendo en ninguna parte y en todas partes del espacio, aunque físicamente intacto en mi cuerpo y mi pizarra, sentí una euforia tan embriagadora como el efecto vertiginoso de la teleyección en solitario. ¡Libre! ¡Estaba libre! La oleada de alegría era tan intensa que sentía ganas de llorar, de gritar ante la luz circundante de no espacio, de sumar mi voz al coro de voces de los vivos y los muertos, de cantar con las cristalinas sinfonías de las esferas que subían y bajaban como un oleaje acústico alrededor de mí. ¡Libre al fin!

Entonces recordé que la única razón para estar libre, la única persona que podía dar valor a esa libertad, se había ido. Aenea había muerto. La alegría de la fuga se disipó súbita y absolutamente, reemplazada por la sencilla pero profunda satisfacción de poner fin a tantos meses de encarcelamiento. El universo había perdido su color, pero al menos era libre de ir adonde quisiera en ese monótono reino.

¿Pero adonde iría? Flotando en luz, libreyectándome al universo con la pluma y la pizarra bajo el brazo, aún no me había decidido.

¿Hyperion? Había prometido a Martin Silenus que regresaría. Oí la fuerte resonancia de su voz en el Vacío, pasado y presente, pero no formaba parte del coro actual durante mucho tiempo. Sus días estaban contados. Pero no Hyperion. Todavía no.

¿El Árbol Estelar? Me asombró saber que aún existía en alguna forma, aunque la voz de Lhomo estaba ausente de la sinfonía coral. El lugar había sido importante para Aenea y para mí, y tenía que regresar alguna vez. Pero no ahora.

¿Vieja Tierra? Asombrosamente, oí claramente la música de esa esfera, en la voz de Aenea y la mía, en el canto de los amigos de Taliesin. La distancia no significaba nada en el Vacío Que Vincula. Allí el tiempo sazona pero no destruye. Pero no Vieja Tierra. Todavía no.

Oí partituras de posibilidades, partituras de voces que quería oír personalmente, gente a quien abrazar y con quien llorar, pero la música que más me atraía venía del mundo donde habían torturado y asesinado a Aenea. Pacem, sede de la Iglesia y nido de nuestros enemigos. Noté que Pacem ya no era la misma cosa. Sabía que en Pacem no encontraría nada de Aenea, sólo cenizas del pasado.

Pero ella me había pedido que llevara sus cenizas y las esparciera en Vieja Tierra, en el lugar donde mejor habíamos reído y amado.

Pacem. En el vórtice de la energía del Vacío, saliendo de la celda de Schrödinger pero sin existir en ninguna parte salvo como pura probabilidad cuántica, tomé una decisión y me libreyecté a Pacem.

33

El Vaticano está roto como si el puño de Dios hubiera bajado del cielo en una ira que trasciende la comprensión humana. La vasta ciudad burocrática está destrozada.

El puerto espacial fue arrasado, los grandes bulevares incinerados y derretidos. El obelisco egipcio que se erguía en el centro de la Plaza de San Pedro fue tronchado y las columnas que rodeaban el espacio oval están tiradas como troncos petrificados. La cúpula de la Basílica de San Pedro fue despedazada y sus fragmentos cayeron a través de la logia central y la gran fachada para rodar por la escalinata rota. El muro del Vaticano está derrumbado en cien sitios, y en largos tramos falta por completo. Los edificios antes protegidos en sus recintos medievales —el Palacio Apostólico, los Archivos Secretos, las barracas de la Guardia Suiza, el hospicio de la Madre Teresa, los aposentos papales, la Capilla Sixtina— están expuestos, derruidos, calcinados, derrumbados, desperdigados. En este margen del río, el Castel Sant'Angelo fue derretido. El enorme cilindro —veinte metros de piedra sobre una base cuadrangular — es un montículo de lava fría.

Veo todo esto mientras camino por el bulevar de losas partidas en el margen este del río. El Ponte Sant'Angelo, rajado en tres secciones, se desplomó en el río. En el lecho del río, mejor dicho, pues parece que el Nuevo Tíber se ha evaporado, dejando vidrio donde estaban el fondo y las riberas arenosas. Alguien ha improvisado un puente colgante sobre ese pozo lleno de escombros.

Esto es Pacem, no hay duda. La fresca atmósfera tiene el mismo sabor que cuando De Soya, Aenea y yo pasamos por aquí el día anterior a la muerte de mi querida niña, aunque entonces estaba lluvioso y gris y ahora el cielo está teñido por un ocaso que logra que aún la ruinosa cúpula de San Pedro parezca bella.

Es abrumador caminar libremente bajo un cielo abierto después de tantos meses de encierro. Aferró mi pizarra como un escudo, como un talismán, como una Biblia, y recorro el otrora imponente bulevar con piernas trémulas. Durante meses mi mente ha compartido recuerdos de muchos lugares y mucha gente, pero mis ojos, mis pulmones, mis piernas y mi piel han olvidado la sensación de auténtica libertad. Aun en mi tristeza hay cierta exaltación.

La libreyección fue superficialmente igual que cuando viajaba con Aenea, pero en otro sentido fue muy diferente. El destello blanco fue el mismo, así como la súbita transición, el leve choque del cambio de presión, gravedad y luz. Pero esta vez he oído la luz en vez de verla. Me dejé llevar por la música de las estrellas y sus miles de mundos y escogí aquel donde quería entrar. No hubo esfuerzo de mi parte, ningún gasto de energía, salvo la necesidad de concentrarme y escoger cuidadosamente. Y la

música no se desvaneció del todo —quizá nunca se desvanecería del todo— sino que aún sonaba en el fondo como instrumentistas practicando más allá de la colina para un concierto estival nocturno.

Veo rastros de supervivientes en la ciudad destruida. En la áurea distancia, dos carretas de bueyes avanzan por el horizonte seguidas por siluetas humanas. De este lado del río veo chozas, algunas casas de ladrillo entre las ruinas de vieja piedra, una iglesia, otra iglesia pequeña. Desde lejos llega el olor de carne cocinándose en una fogata y el inconfundible sonido de risas infantiles.

Me dirijo hacia ese olor y ese sonido cuando un hombre sale de una masa de ruinas que tal vez haya sido un puesto de guardia en la entrada del Castel Sant'Angelo. Es un hombre menudo, de manos rápidas y rostro barbado, con el cabello echado hacia atrás y recogido en una coleta, pero de ojos alerta. Lleva un rifle de balas como los que antes usaba la Guardia Suiza en las ceremonias.

Nos miramos un instante, el hombre desarmado y débil que sólo lleva una pizarra y el curtido cazador con su arma preparada. Luego ambos nos reconocemos. Jamás me han presentado a este hombre, pero lo he visto a través de los recuerdos de otros en el Vacío Que Vincula, aunque la primera vez que lo vi llevaba uniforme y armadura y estaba afeitado, y la última estaba desnudo mientras lo torturaban. No sé cómo me reconoce él, pero veo el reconocimiento en sus ojos mientras baja el arma y avanza para estrecharme la mano y el antebrazo con ambas manos.

—¡Raul Endymion! —exclama—. ¡El día ha llegado! Alabado sea. Bienvenido. —El hombre barbado me abraza, me mira, me sonríe.

—Tú eres el cabo Kee —digo estúpidamente. Recuerdo ante todo los ojos, vistos desde el punto de vista de De Soya mientras el padre capitán, Kee, el sargento Gregorius y el lancero Rettig nos perseguían a Aenea y a mí por este brazo de la galaxia.

—Ex cabo Kee —dice el hombre sonriente—. Ahora sólo Bassin Kee, ciudadano de Nueva Roma, miembro de la diócesis de Santa Ana, cazador de nuestro alimento del mañana. —Sacude la cabeza—. Raul Endymion. Por Dios. Algunos creían que nunca escaparías de esa maldita celda de Schrödinger.

—¿Sabes de su existencia?

—Desde luego —dice Kee—. Fue parte del Momento Compartido. Aenea sabía adonde te llevaban. Así que todos lo sabíamos. Y sentimos tu presencia a través del Vacío.

Siento mareo y náusea. La luz, el aire, el ancho horizonte... Ese horizonte se vuelve inestable, como si lo mirase desde una nave pequeña en un mar encrespado, así que cierro los ojos. Cuando los abro, Kee me coge del brazo y me ayuda a sentarme en una piedra blanca que parece haber volado desde la catedral de la otra orilla del río de vidrio.

—Por Dios, Raul, ¿acabas de libreyectarte desde allá? ¿No has estado en otra parte?

—Sí. No. —Jadeo entrecortadamente—. ¿Qué es el Momento Compartido? —Me parece haber oído las mayúsculas en tu voz.

Este hombre menudo me estudia con su mirada brillante e inteligente. Su voz es suave.

—El Momento Compartido de Aenea —dice—. Así lo llamamos todos, aunque desde luego fue algo más que un simple momento. Todos los momentos de su tortura y su muerte.

—¿Tú también lo sentiste? —pregunto. Se me estruja el corazón, aunque aún no sé si de alegría o de terrible tristeza.

—Todos lo sintieron. Todos lo compartieron. Es decir, todos excepto sus torturadores.

—¿Todos en Pacem?

—En Pacem. En Lusus y Vector Renacimiento. En Marte y Qom-Riyadh y Renacimiento Menor y Centro Tau Ceti. En Fuji, Ixión y Deneb Drei y Amargura de Sibiatu. En Mundo de Barnard y Bosquecillo de Dios y Mare Infinitus. En Tsingtao Hsishuang Panna y Patawpha y Groombridge Dyson D. —Kee hace una pausa, como riéndose de su letanía—. En casi todos los mundos, Raul, y en lugares intermedios. Sabemos que el Árbol Estelar sintió el Momento Compartido... todas las biosferas lo sintieron.

Parpadeo.

—¿Hay otros árboles estelares?

Kee asiente.

—¿Compartieron ese momento todos estos mundos? —pregunto, y al mismo tiempo veo la respuesta.

—Sí —murmura el ex cabo Kee—. Todos los sitios que Aenea visitó, a menudo contigo. Todos los mundos donde dejó discípulos que habían participado de la comunión y renunciado al cruciforme. Su Momento Compartido, la hora de su muerte, fue como una señal emitida y retransmitida a todos esos mundos.

Me froto la cara entumecida.

—¿De modo que sólo los que habían comulgado o estudiado con Aenea compartieron ese momento? —pregunto.

Kee niega con la cabeza.

—No, ellos fueron las estaciones repetidoras. Extrajeron el momento Compartido del Vacío Que Vincula y lo retransmitieron a todos.

—¿Todos? ¿Incluso los miles de millones que usan la cruz en Pax?

—Que usaban la cruz —corrige Bassin Kee—. Muchos de esos fieles decidieron no llevar más el parásito del Núcleo en sus cuerpos.

Empiezo a entender. Los últimos momentos de Aenea fueron algo más que palabras, tormento, dolor y horror. Yo he sentido sus pensamientos, compartido su comprensión de los motivos del Núcleo, del parasitismo del cruciforme, del cínico uso de la muerte humana para estimular sus redes neuronales, del afán de poder de Lourdusamy, la confusión de Mustafa y la absoluta inhumanidad de Albedo. Si todos han vivido ese Momento Compartido mientras yo gritaba y forcejeaba en el tanque de alta gravedad de la nave-antorcha, ha sido un momento brillante y terrible para la especie humana. Y cada ser humano viviente debió oír ese «Te amo, Raul» mientras las llamas la devoraban. Se pone el sol. Rayos de luz dorada brillan entre las ruinas del margen oeste del río y arrojan un laberinto de sombras en el margen este.

La mole del Castel Sant'Angelo parece una montaña de vidrio derretido. *Me pidió que esparciera sus cenizas en Vieja Tierra. Y ni siquiera eso puedo hacer por ella. Le fallo aun en la muerte.*

Miro a Bassin Kee.

—¿En Pacem? Ella no tenía discípulos en Pacem cuando... Ah.

Aenea se despidió del padre De Soya poco antes de nuestra captura en la Basílica de San Pedro, pidiéndole que se marchara con los monjes y se ocultara en la ciudad que conocía tan bien, para eludir a Pax. Cuando él se opuso, Aenea respondió: «Esto es lo que pido, padre. Y lo pido con amor y respeto.» Y el padre De Soya se marchó bajo la lluvia. Y él fue la estación repetidora que comunicó la agonía de mi amada a miles de millones de personas de Pacem.

—Entiendo —digo, aún mirando a Kee—. Pero la última vez que te vi, a través del Vacío, estabas cautivo en fuga criogénica, en ese... —Señalo la mole derretida del Castel Sant'Angelo.

Kee asiente.

—Estaba en fuga criogénica, Raul. Me almacenaron como una res en una nevera, a poca distancia del lugar donde asesinaron a Aenea. Pero sentí el Momento Compartido. Todos los seres humanos vivos lo sintieron, aunque estuvieran dormidos, ebrios, moribundos o perdidos en la locura.

Lo miro fijamente, conmocionado.

—¿Cómo saliste? ¿Cómo escapaste de allí? —pregunto al fin. Ambos contemplamos las ruinas del cuartel general del Santo Oficio.

Kee suspira.

—Poco después del Momento Compartido estalló una revolución. La mayoría de la gente de Pacem ya no quería saber nada con el cruciforme y la Iglesia traicionera que los había implantado. Algunos aún optaban por hacer ese cínico pacto con el diablo a cambio de la resurrección física, pero millones, cientos de millones, buscaron la comunión y se liberaron del Núcleo en la primera semana. Los partidarios de Pax intentaron detenerlos. Hubo luchas, revolución, guerra civil.

—De nuevo. Como cuando cayeron los teleyectores hace tres siglos.

—No, no fue para tanto. Recuerda, una vez que has aprendido el idioma de los muertos y los vivos, es doloroso herir a los demás. Los seguidores de Pax no tenían esa restricción, pero eran minoría en todas partes.

Señalo este mundo en ruinas.

—¿Restricción, dices? ¿Dices que esto no fue tan malo?

—La revolución contra el Vaticano, Pax y el Santo Oficio no causó esto —explica Kee—. Eso fue relativamente incruento. Los seguidores de Pax huyeron en naves arcángel. Su Nuevo Vaticano está en un mundo llamado Madhya, un planeta apartado, ahora custodiado por la mitad de la vieja flota y setenta millones de simpatizantes.

—¿Entonces quién? —pregunto, mirando la devastación.

—El Núcleo —explica Kee—. Las réplicas de Nemes destruyeron la ciudad y luego capturaron cuatro naves arcángel. Nos bombardearon desde el espacio cuando se fue la gente de Pax. El Núcleo estaba irritado. Tal vez aún lo esté. No nos importa.

Dejo la pizarra en la piedra blanca y miro alrededor. Más hombres y mujeres salen de las ruinas, conservando una respetuosa distancia pero mirando con gran interés. Visten ropa de trabajo y de caza, pero no pieles de osos ni harapos. Son personas que viven en un lugar agreste en tiempos difíciles, pero no salvajes. Un niño rubio me saluda tímidamente. Le devuelvo el saludo.

—En realidad no he respondido a tu pregunta —dice Kee—. Los guardias me liberaron. Liberaron a todos los prisioneros durante la confusión de la semana posterior al Momento Compartido. Para muchos prisioneros de este brazo de la galaxia se abrieron las puertas esa semana. Después de la comunión, es difícil encarcelar o torturar a otro, pues terminas compartiendo la mitad de su dolor a través del Vacío Que Vincula. Y los éxters han estado ocupados desde el Momento Compartido, reviviendo a los miles de millones de judíos, musulmanes y otros secuestrados por el Núcleo, llevándolos desde los planetas laberínticos a sus mundos natales.

Pienso en ello un minuto.

—¿El padre De Soya sobrevivió?

Kee sonríe.

—Así puede decirse. Es nuestro sacerdote en la parroquia de Santa Ana. Ven, te llevaré a verle. El ya sabe que estás aquí. Son sólo cinco minutos de marcha.

De Soya me abraza con tal fuerza que me duelen las costillas durante una hora. El sacerdote usa sotana negra y cuello romano. Santa Ana no es la gran iglesia parroquial que habíamos visto en el Vaticano, sino una pequeña capilla de ladrillo y adobe en un descampado de la orilla este. Parece que la parroquia abarca cien

familias que subsisten mediante la caza y la siembra en lo que antes era un gran parque cerca del puerto espacial. Me presentan a la mayoría de estas cien familias mientras comemos en el espacio iluminado, cerca del atrio de la iglesia, y parece que todos me conocen. Actúan como si me conocieran personalmente, y todos parecen sinceramente agradecidos de que yo esté con vida y haya vuelto al mundo de los vivos.

Al avanzar la noche, Kee, De Soya y yo nos dirigimos a los aposentos privados del sacerdote: una habitación austera contigua al fondo de la iglesia. De Soya trae una botella de vino y nos sirve un vaso a cada uno.

—Uno de los beneficios de la caída de la civilización tal como la conocemos —dice— es que hay bodegas privadas con magníficas cosechas dondequiera que excaves. Esto no es robo. Es arqueología.

Kee alza el vaso para brindar. Vacila.

—¿Por Aenea? —sugiere.

—Por Aenea —decimos De Soya y yo. Vaciamos los vasos y el sacerdote sirve más.

—¿Cuánto tiempo estuve fuera? —pregunto. El vino me enrojece la cara, como de costumbre. Aenea me hacía bromas por eso.

—Han pasado trece meses estándar desde el Momento Compartido —dice De Soya.

Asiento con un gesto de la cabeza. Debí pasar ese tiempo, mientras escribía mi relato y esperaba mi muerte, en sesiones de trabajo de treinta horas mechadas con pocas horas de sueño y seguidas por otras treinta o cuarenta horas consecutivas. Sufrí lo que los estudiosos del sueño llaman carrera libre, la pérdida de todo contacto con el ritmo circadiano.

—¿Tenéis contacto con los otros mundos? —pregunto. Miro a Kee y respondo mi propia pregunta—. Debéis tenerlo. Bassin me ha hablado de la reacción ante el Momento Compartido en otros mundos y del regreso de los miles de millones de secuestrados.

—Algunas naves vinieron aquí —dice De Soya—. Pero sin arcángeles, el viaje requiere tiempo. Los templarios y éxters usan sus naves arbóreas para trasladar a los refugiados, pero los demás odiamos usar la propulsión Hawking ahora que comprendemos cuánto daño causa al Vacío. Y aunque todos intentan hacerlo, pocos han aprendido a oír la música de las esferas para dar el primer paso.

—No es tan difícil —digo, y río entre dientes, bebiendo vino—. Joder, claro que es difícil. Perdón, padre.

De Soya asiente con indulgencia.

—Joder, claro que lo es. Creo que me he aproximado cien veces, pero siempre pierdo el foco en el último momento.

Miro al sacerdote.

—Sigue siendo católico —digo al fin.

De Soya bebe el vino.

—No sólo sigo siendo católico, Raul. He redescubierto lo que significa ser católico, ser cristiano, ser creyente.

—¿Aun después del Momento Compartido de Aenea? —pregunto. Noto que el cabo Kee nos observa. Las sombras de las lámparas de aceite bailan en las paredes de tierra.

De Soya asiente.

—Yo ya comprendía la corrupción de la Iglesia en su pacto con el Núcleo —murmura—. Las visiones compartidas de Aenea sólo me aclararon lo que significaba ser humano... e hijo de Cristo.

Aún pienso en ello cuando el padre De Soya añade:

—Se habla de nombrarme obispo, pero trato de silenciar esos rumores. Por eso me he quedado en esta región de Pacem, aunque la mayoría de las comunidades viables están lejos de las viejas zonas urbanas. Una ojeada a las ruinas de nuestra bella tradición me recuerda la locura de dar excesiva importancia a la jerarquía.

—¿Entonces no hay papa? —pregunto—. ¿No hay Santo Padre?

De Soya se encoge de hombros y sirve más vino. Después de trece meses de comida reciclada sin alcohol, el vino se me sube a la cabeza.

—Monseñor Lucas Oddi escapó de la revolución y del ataque del Núcleo y ha establecido un papado en el exilio en Madhya —dice el sacerdote con voz acerada—. No creo que nadie salvo sus defensores y seguidores inmediatos en ese sistema lo honren como papa. No es la primera vez que la Madre Iglesia ha tenido un antipapa.

—¿Qué hay de Urbano XVI? ¿Murió del infarto?

—Sí —dice Kee, apoyando los fuertes brazos en la mesa.

—¿Y fue resucitado?

—No exactamente —dice Kee.

Miro al ex cabo esperando una explicación, pero no hay ninguna.

—He enviado un mensaje a la otra orilla —dice el padre De Soya—. El comentario de Bassin quedará explicado en cualquier momento.

En efecto, un minuto después las cortinas de la entrada de la cómoda habitación de De Soya se descorren y entra un hombre alto de sotana negra. No es Lenar Hoyt. Es un hombre a quien nunca he visto aunque ahora creo conocer bien: sus manos elegantes, su rostro largo, sus grandes ojos tristes, su frente ancha, su cabello plateado y ralo. Me levanto para darle la mano, inclinarme, besarle el anillo... lo que sea.

—Raul, hijo mío —dice el padre Paul Duré—. Qué placer conocerte. Qué emocionados estamos todos de que hayas regresado.

El viejo sacerdote me estrecha la mano con firmeza, me abraza y luego se dirige

al armario de De Soya como si lo conociera, encuentra un vaso, lo enjuaga en un fregadero, se sirve vino y se sienta frente a Kee.

—Estamos contándole a Raul lo que sucedió durante sus trece meses de ausencia —dice De Soya.

—Parece un siglo —digo. Fijo la mirada en algo que está más allá de la mesa y esta habitación.

—Fue un siglo para mí —dice el jesuita más viejo. Su acento es pintoresco y encantador. ¿Un mundo francófono del Confín, tal vez?—. Casi tres siglos, en realidad.

—Vi lo que le hicieron cuando lo resucitaban —digo, envalentonado por el vino —. Lourdusamy y Albedo lo asesinaban para que Hoyt renaciera de nuevo a partir de sus cruciformes compartidos.

El padre Duré no ha probado el vino, pero mira el vaso como si esperase una transustanciación.

—Una y otra vez —dice melancólicamente—. Una extraña vida... nacer para ser asesinado.

—Aenea estaría de acuerdo —digo, sabiendo que estos hombres son amigos y buena gente, pero sin sentirme muy cómodo con la Iglesia en general.

—Sí —dice Paul Duré, y alza su vaso en un brindis silencioso. Bebe.

Bassin Kee llena ese silencio.

—La mayoría de los fieles que quedan en Pacem quieren que el padre Duré sea papa.

Miro al viejo jesuita. He pasado por tantas cosas que no siento mayor emoción por estar en presencia de una leyenda, un protagonista de los *Cantos*. Como siempre ocurre cuando uno conoce al ser humano real que hay detrás de la celebridad o la leyenda, algún elemento humano reduce la estatura mítica de las cosas. En este caso, se trata de esos mechones de vello gris que crecen en las grandes orejas del sacerdote.

—¿Teilhard II? —digo, recordando que este hombre fue un buen papa como Teilhard I, hace doscientos setenta y nueve años, hasta que lo asesinaron por primera vez.

Duré acepta más vino y sacude la cabeza. Noto que la tristeza de esos grandes ojos es similar a la de De Soya, ganada y sincera, no parte de un efecto teatral.

—Ya no quiero ser papa. Pasaré el resto de mis años tratando de asimilar las enseñanzas de Aenea, escuchando atentamente las voces de los muertos y los vivos, familiarizándome de nuevo con las lecciones de humildad de Nuestro Señor. Durante años jugué al arqueólogo y el intelectual. Es hora de redescubrirme como simple cura de parroquia.

—Amén —dice De Soya, y busca otra botella en su armario. El ex capitán de Pax parece un poco ebrio.

—¿Ya no usáis el cruciforme? —pregunto, dirigiéndome a los tres pero mirando a Duré.

Los tres parecen desconcertados.

—Sólo los necios y los muy cínicos usan el parásito, Raul —responde Duré—. Muy pocos en Pacem. Muy pocos en todos los mundos donde se oyó el Momento Compartido de Aenea. —Se toca el delgado pecho, como recordando—. Para mí no fue una opción, en verdad. Renací en un nicho de resurrección del Vaticano en medio de la refriega. Esperaba que Lourdusamy y Albedo me visitaran como de costumbre, para asesinarme como de costumbre. En cambio, este hombre... —Extiende los largos dedos hacia Kee, quien se inclina levemente y se sirve más vino—. Este hombre irrumpió con sus rebeldes, en armadura de combate y portando antiguos rifles. Me trajo un cáliz de vino. Yo sabía lo que era. Había participado en el Momento Compartido.

Miro al viejo sacerdote. *¿Aun estando suspendido en la matriz de memoria del cruciforme adicional, aun mientras lo resucitaban?,* me pregunto.

Como leyendo mis ojos, el padre Duré asiente.

—Aun allí —dice—. ¿Qué harás ahora, Raul Endymion?

Titubeo sólo un segundo.

—Vine a Pacem a encontrar las cenizas de Aenea... ella me pidió... una vez me pidió...

—Lo sabemos, hijo mío —murmura el padre De Soya.

—De todos modos —continúo mientras puedo—, eso no es posible con lo que ha quedado del Castel Sant'Angelo, así que continuaré con mi otra prioridad.

—¿Es decir? —dice el padre Duré con infinita dulzura.

De pronto, en esta habitación penumbrosa, con su mesa tosca, el viejo vino, y el olor viril del sudor limpio, veo en el viejo jesuita la poderosa realidad que había detrás de los míticos *Cantos* del tío Martin. Comprendo sin lugar a dudas que éste fue el hombre de fe que se crucificó no una sino varias veces en el relampagueante árbol tesla para no someterse a la falsa cruz del cruciforme. Un auténtico defensor de la fe, un hombre a quien Aenea habría querido conocer, con quien habría querido dialogar. Siento la pérdida de mi amada con un dolor tan renovado que tengo que mirar el vino para que Duré y los demás no vean mis ojos.

—Una vez Aenea me dijo que había tenido un hijo —logro decir, y me callo.

No recuerdo si este dato estaba en la gestalt de recuerdos y pensamientos que se transmitieron en el Momento Compartido. Si es así, todos están al corriente. Los miro, pero todos esperan. No lo sabían.

—Iré a encontrar ese hijo —digo—. Lo encontraré y ayudaré a criarlo, si se me permite.

Los sacerdotes se miran extrañados. Kee me mira a mí.

—No lo sabíamos —dice Federico de Soya—. Me asombra. Habría apostado todo lo que sé sobre la naturaleza humana a que tú eras el único hombre de su vida... su único amor. Nunca he visto a dos jóvenes tan felices.

—Hubo alguien más —digo, alzando bruscamente el vaso para beber el último sorbo. Descubro que el vaso está vacío y lo apoyo en la mesa—. Hubo alguien más —repito con menos énfasis—. Pero eso no importa. El bebé, el niño, eso importa. Quiero encontrarlo si puedo.

—¿Tienes alguna idea de su paradero? —pregunta Kee.

Suspiro y niego con la cabeza.

—Ninguna. Pero viajaré a todos los mundos de Pax y el Confín, a todos los mundos de la galaxia si es preciso. Más allá de la galaxia... —Me interrumpo. Estoy ebrio y esto es demasiado importante para comentarlo mientras estoy ebrio—. De cualquier modo, allá iré dentro de pocos minutos.

De Soya niega con un gesto de la cabeza.

—Estás agotado, Raul. Pasa la noche aquí. Bassin tiene otro catre en la casa vecina. Esta noche dormiremos todos y te despediremos por la mañana.

—Tengo que irme ahora —insisto, y trato de levantarme, para demostrarles que estoy lúcido. La habitación oscila y el suelo se cae de golpe. Aferró la mesa buscando apoyo.

—Quizá sea mejor por la mañana —dice el padre Duré, poniéndome la mano en el hombro.

—Sí —digo, levantándome mientras los temblores del suelo se reducen levemente—. Mañana será mejor. —Les doy la mano a todos de nuevo. Dos veces. Estoy a punto de llorar, no de pena, aunque la pena sigue allí, siempre en el trasfondo como la sinfonía de las esferas, sino de puro alivio por su compañía. He estado solo tanto tiempo.

—Vamos, amigo —dice el ex cabo Bassin Kee, apoyándome la mano en el otro hombro, y caminando con el ex papa Teilhard y conmigo hasta su pequeña habitación, donde me derrumbo en uno de los dos catres. Me estoy durmiendo cuando alguien me quita las botas. Creo que es el ex papa.

Había olvidado que Pacem tiene un día de diecinueve horas estándar. Las noches son demasiado cortas. Por la mañana todavía estoy eufórico de libertad, pero me duelen la cabeza, la espalda, el estómago, los dientes y el cabello, y estoy seguro de que un rebaño de criaturillas lanudas se ha alojado en mi boca.

La aldea hierve de actividad, y todo me resulta estridente. Hierven fogatas. Mujeres y niños realizan tareas mientras los hombres salen de sus sencillos hogares con la misma cara ojerosa y demacrada que yo presento al mundo.

Sin embargo, los sacerdotes están en buen estado. Una docena de feligreses salen

de la capilla y comprendo que De Soya y Duré han celebrado una misa temprana mientras yo dormía. Bassin Kee pasa a saludarme con voz demasiado estruendosa, me muestra un pequeño edificio que es el baño de hombres. La fontanería consiste en un depósito de agua fría que uno se puede volcar sobre el cuerpo para darse una ducha rápida que congela los huesos. La mañana está fresca, como aquellas mañanas a ocho mil metros de altura en T'ien Shan, y la ducha me despeja rápidamente. Kee me ha traído ropa limpia, pantalones de pana, una camisa de lana azul, cinturón grueso y zapatos resistentes que son mucho más cómodos que las botas que me empeñé en usar durante más de un año estándar en mi celda de Schrödinger. Afeitado, limpio, con ropa nueva, sosteniendo la humeante taza de café que me ha servido la joven novia de Kee, la pizarra colgada de una correa, me siento otro hombre. Ante esta oleada de bienestar, pienso que a Aenea le gustaría esta fresca mañana, y las nubes vuelven a oscurecer el sol.

Duré y De Soya se reúnen conmigo en una gran roca que asoma sobre el río ausente. Los escombros del Vaticano parecen una ruina de días antiguos. Veo los parabrisas de vehículos en movimiento que relucen en la luz de la mañana y algunos VEMs que sobrevuelan la ciudad derruida y comprendo que esto no es otra Caída. Ni siquiera Pacem se ha precipitado en la barbarie. Kee me ha explicado que traen el café desde las ciudades agrícolas del oeste, en su mayoría intactas. El Vaticano y las ruinas de las ciudades administrativas forman parte de una zona de desastre localizada, como supervivientes que optan por la reconstrucción después de un terremoto o huracán.

Kee se acerca con panecillos calientes y los cuatro comemos en grato silencio, limpiándonos las migas y sorbiendo el café mientras se eleva el sol, alumbrando las columnas de humo de las fogatas y los calentadores.

—Trato de comprender este nuevo modo de mirar las cosas —digo al fin—. Estáis aislados en Pacem, en comparación con los días del imperio de Pax, pero sabéis lo que sucede en otras partes, en otros mundos.

El padre De Soya asiente.

—Así como tú puedes tocar el Vacío para escuchar el idioma de los vivos, nosotros podemos ir hacia quienes conocemos y amamos. Por ejemplo, esta mañana toqué los pensamientos del sargento Gregorius en Mare Infinitus.

Yo también he oído los pensamientos de Gregorius mientras escuchaba la música de las esferas antes de libreyectarme, pero pregunto:

—¿Se encuentra bien?

—Se encuentra bien. Los cazadores furtivos, los contrabandistas y los rebeldes de ese mundo pronto aislaron a los pocos efectivos de Pax, aunque la lucha entre diversas bases de Pax causó daños a muchas plataformas civiles. Gregorius se ha convertido en una especie de alcalde o gobernador de la región del litoral medio.

Contra sus deseos, debo aclarar. Al sargento nunca le interesó el mando... de lo contrario, habría sido oficial hace muchos años.

—Hablando de mando, ¿quién está a cargo de todo esto? —Señalo las ruinas, la carretera con sus vehículos, el VEM que se aproxima por la orilla este.

—Todo el sistema de Pacem está bajo la gobernación provisional de un ex ejecutivo de Pax Mercantilus llamado Kenzo Isozaki —dice el padre De Soya—. Su cuartel general está en las ruinas del viejo Torus Mercantilus, pero visita el planeta con frecuencia.

—¿Isozaki? —pregunto sorprendido—. La última vez que lo vi, cuando preparaba mi relato, participaba en el ataque contra el Árbol Estelar.

—Así es. Pero ese ataque todavía estaba en marcha cuando ocurrió el Momento Compartido. Reinaba mucha confusión. Elementos de la flota de Pax se juntaron con Lourdusamy y los suyos, mientras que otros lucharon para detener la matanza, algunos encabezados por Kenzo Isozaki, que tenía el título de comandante de la Orden de los Caballeros de Jerusalén. Los efectivos leales a Pax conservaron la mayoría de las naves arcángel, pues no se podían usar sin resurrección. Isozaki trajo más de cien naves Hawking a Pacem y expulsó a los últimos atacantes del Núcleo.

—¿Es un dictador? —pregunto, sin que me importe demasiado. No es mi problema.

—En absoluto —dice Kee—. Isozaki se ha hecho cargo provisionalmente de las cosas con la ayuda de consejos electos de cada uno de los cantones de Pacem. Es excelente en logística, algo que necesitamos. Entretanto, las zonas locales están llevando las cosas bastante bien. Es la primera vez que hay una democracia auténtica en este sistema. Es frágil, pero funciona. Creo que Isozaki está contribuyendo a modelar una especie de sistema comercial capitalista con conciencia, para los días en que empecemos a desplazarnos libremente por el viejo espacio de Pax.

—¿Por libreyección? —pregunto.

Los tres hombres asienten.

Sacudo la cabeza de nuevo. Cuesta imaginar el futuro próximo: millones de personas libres de moverse de mundo en mundo sin naves espaciales ni teleyectores. Millones capaces de comunicarse tocando el Vacío con el corazón y la mente. Será como en pleno auge de la Red de Mundos de la Hegemonía, pero sin los portales teleyectores ni los transmisores ultralínea del Núcleo. No, comprendo de inmediato, no será como en los días de la Hegemonía. Será totalmente diferente. Algo sin precedentes en la historia humana. Aenea ha cambiado todo para siempre.

—¿Te marchas hoy, Raul? —pregunta el padre Duré con su suave acento francés.

—En cuanto termine este sabroso café. —El sol me entibia los brazos desnudos y el cuello.

—¿Adonde irás? —pregunta De Soya.

No sé qué responder. No tengo idea. ¿Dónde buscaré al hijo de Aenea? ¿Y si el Observador se ha llevado al niño a un sistema distante adonde no puedo llegar por libreyección? ¿Y si han regresado a Vieja Tierra? ¿Puedo saltar ciento sesenta mil años-luz? Aenea lo hizo. Pero tal vez ella tuviera la ayuda de los leones y tigres y osos. ¿Algún día podré oír esas voces en el complejo coro del Vacío? Todo parece demasiado vasto, vago e irrelevante.

—No sé adonde iré —digo con voz de niño perdido—. Me dirigía a Vieja Tierra porque Aenea deseaba que yo esparciera sus cenizas... —Avergonzado de mi desborde emocional, señalo la montaña de piedra derretida que era el Castel Sant'Angelo—. Tal vez regrese a Hyperion para ver a Martin Silenus. —*Antes que se muera*, añado en silencio.

Los tres permanecemos de pie, sirviéndonos las últimas gotas de café frío y sacudiéndonos las últimas migas de los deliciosos panecillos. De pronto tengo un pensamiento obvio.

—¿Alguien desea venir conmigo? —pregunto—. ¿O ir a otra parte? Creo que recordaré cómo libreyectarme... y Aenea nos llevaba cogiéndonos de la mano. No, ella libreyectó todo el *Yggdrasill* con su mera voluntad.

—Si vas a Hyperion —dice De Soya—, tal vez desee acompañarte. Pero primero quiero mostrarte algo.

Sigo al sacerdote hasta la aldea y su pequeña iglesia. En la sacristía, donde apenas hay espacio para un ropero de madera y el pequeño altar secundario donde se guardan las hostias sacramentales y el vino, De Soya corre una cortina y saca un cilindro de metal más pequeño que un termo de café. Me lo ofrece y estoy a punto de aceptarlo, pero de pronto me detengo, incapaz de tocarlo.

—Sí —dice el sacerdote—. Las cenizas de Aenea. Lo que pudimos recobrar. Me temo que no es mucho.

Con dedos trémulos, sin poder tocar el cilindro de metal, tartamudeo:

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—Antes del ataque final del Núcleo —murmura De Soya—. Algunos de los que liberamos a los prisioneros consideramos prudente rescatar los restos de nuestra amiga. Algunos deseaban encontrarlos para usarlos como reliquias sagradas, el comienzo de otro culto. Pensé que Aenea no habría querido eso. ¿Estaba en lo cierto, Raul?

—Sí —digo, las manos trémulas. No puedo tocar el cilindro, casi no puedo hablar —. Totalmente. Ella habría odiado eso. Habría repudiado la idea. Muchas veces comentamos que era una tragedia que los acólitos hubieran tratado a Buda como un dios y sus restos como reliquias. Buda también pidió que cremaran su cuerpo y esparcieran sus cenizas...

—Sí —dice De Soya. Saca una bolsa de lona negra del armario y guarda el

cilindro. Se echa la bolsa al hombro—. Yo puedo llevar esto, si vamos a viajar juntos.

—Gracias —es todo lo que puedo decir. No puedo conciliar la vida, la energía, la piel y los ojos brillantes y el limpio aroma femenino de Aenea, su contacto, su risa, su voz, su cabello y su presencia física con ese cilindro de metal. Bajo mi mano para que el sacerdote no vea cómo tiembla.

—¿Preparado? —pregunto al fin.

De Soya asiente.

—Por favor, permíteme avisar a algunos amigos que estaré ausente por unos días. ¿Será posible que luego me dejes aquí durante tu viaje, dondequiera vayas?

Pestañeo desconcertado. Claro que será posible. Había pensado que la despedida de hoy sería definitiva, un viaje interestelar. Pero Pacem, todo el universo conocido, nunca estará a más de un paso de distancia mientras viva. *Si recuerdo cómo oír la música de las esferas para libreyectarme de nuevo. Si puedo llevar a alguien conmigo. Si no fue un regalo transitorio que he perdido sin saberlo.* Ahora me tiembla todo el cuerpo. Me digo que es el exceso de café.

—Sí, ningún problema. Iré a charlar con el padre Duré y Bassin mientras usted se prepara.

El viejo jesuita y el joven soldado están en el linde de un maizal, discutiendo si es el momento óptimo para recoger las mazorcas. Paul Duré admite que ansia recogerlas pronto porque le encanta el maíz. Sonríen cuando me acerco.

—¿El padre De Soya irá contigo? —pregunta Duré.

Asiento.

—Envía mis más cálidos saludos a Martin Silenus —dice el jesuita—. El y yo compartimos algunas experiencias interesantes, hace mucho y a mundos de distancia. He oído hablar de sus *Cantos*, pero confieso que odio la idea de leerlos. Entiendo que las leyes de prohibición de la Hegemonía han caducado.

—Creo que se ha aferrado a la vida tanto tiempo sólo para concluir esos *Cantos* —murmuro—. Ahora nunca lo hará.

El padre Duré suspira.

—Toda una vida no basta para los que desean crear, Raul. O para los que simplemente desean comprenderse a sí mismos, comprender su vida. Tal vez sea la maldición de la condición humana, pero también es una bendición.

—¿Por qué? —pregunto, pero antes de que Duré pueda responder, el padre De Soya y varios aldeanos se acercan y me rodean con su cháchara, sus despedidas y sus invitaciones para que regrese. Miro la bolsa negra y sé que el sacerdote ha puesto allí otras cosas además del tubo que contiene las cenizas de Aenea.

—Una nueva sotana —dice De Soya, siguiendo mi mirada—. Ropa interior limpia, calcetines. Algunos melocotones. Mi Biblia, el misal y los elementos esenciales para la misa. No sé cuándo regresaré. —Señala a los que nos rodean—. No

recuerdo exactamente cómo se hace esto. ¿Necesitamos más espacio?

—No creo. Es preciso que haya contacto físico entre nosotros. Al menos para este primer intento. —Estrecho la mano de Kee y Duré—. Gracias.

Kee sonríe y retrocede como si yo fuera a elevarme sobre el chorro llameante de un cohete. El padre Duré me aferra el hombro por última vez.

—Creo que nos veremos de nuevo, Raul Endymion —dice—. Aunque tal vez no hasta dentro de un par de años.

No entiendo. He prometido regresar con De Soya dentro de unos días. Pero asiento como si entendiera, sacudo la mano del sacerdote por última vez y me alejo.

—¿Nos cogemos de la mano? —dice De Soya.

Apoyo la mano en el hombro del sacerdote, tal como Duré apoyó la suya en el mío hace un instante, y me cercioro de tener bien sujeta la pizarra.

—Así bastará.

—¿Homofobia? —pregunta De Soya con sonrisa picara.

—Renuencia a parecer idiota con más frecuencia de la necesaria —respondo, y cierro los ojos, seguro de que la música de las esferas no estará allí esta vez, que me habré olvidado por completo de dar ese paso en el Vacío. *Bien, pienso, aquí el café y la conversación son agradables, si debo quedarme para siempre.*

La luz blanca nos rodea y nos devora.

34

Pensaba que el sacerdote y yo apareceríamos en la ciudad abandonada de Endymion, tal vez junto a la torre del viejo poeta, pero cuando se disipó la luz del Vacío era de noche y estábamos en una llanura donde el viento silbaba en la hierba ondulante.

—¿Lo conseguimos? —preguntó el excitado jesuita—. ¿Estamos en Hyperion? No parece familiar, pero yo sólo vi algunas partes del continente norte hace más de once años estándar. ¿Esto está bien? La gravedad parece ser como la recordaba. El aire es más dulce.

Dejé que mis ojos se adaptaran a la noche.

—Está bien —dije. Señalé el cielo—. Las constelaciones... Aquélla es el Cisne. Más allá están los Arqueros Gemelos. Aquélla es la que se llama el Aguatero, aunque Grandam, mi abuela, bromeaba diciendo que se llamaba Caravana de Raul por un carrito que yo empujaba. —Recobré el aliento y miré la llanura—. Éste era uno de nuestros lugares favoritos para acampar. Nuestra caravana nómada. Cuando yo era niño. —Me arrodillé para estudiar el suelo bajo la luz de las estrellas—. Todavía hay marcas de llantas. Tienen pocas semanas. Supongo que las caravanas aún pasan por aquí.

La sotana de De Soya susurraba en la hierba mientras él caminaba, inquieto como un cazador nocturno.

—¿Estamos cerca? —preguntó—. ¿Podemos caminar hasta la casa de Silenus desde aquí?

—Son cuatrocientos kilómetros —dije—. Estamos en los brezales del este, al sur del Pico. El tío Martin está en las colinas de la Meseta del Piñón. —Noté que había usado el nombre con que Aenea llamaba al viejo poeta.

—Como sea —dijo el sacerdote con impaciencia—. ¿Hacia dónde debemos ir?

El jesuita se había puesto en marcha, pero lo detuve apoyándole la mano en el hombro.

—No creo que tengamos que caminar —murmuré. Algo ocultaba las estrellas del sureste y detecté un zumbido de turbohélices en el silbido del viento. Un minuto después vimos luces de navegación verdes y rojas mientras el deslizador viraba al norte por encima de la hierba y oscurecía el Cisne.

—¿Esto está bien? —preguntó De Soya, tensándose.

Me encogí de hombros.

—Cuando yo vivía aquí no lo estaba. La mayoría de los deslizadores pertenecían a Pax. A Seguridad de Pax, para mayor precisión.

Aguardamos un momento más. El deslizador aterrizó, las hélices callaron y la burbuja izquierda del frente se abrió. Se encendieron las luces internas. Vi la tez azul, los ojos azules, el muñón del brazo izquierdo, la mano derecha alzada en un saludo.

—Está bien —dije.

—¿Cómo está él? —le pregunté a A. Bettik cuando volábamos al sureste a tres mil metros. Por el color pálido del horizonte, calculé que faltaba una hora para el alba.

—Está muriéndose —dijo el androide. Volamos unos instantes en silencio.

A. Bettik parecía encantado de verme de nuevo, aunque no las tenía todas consigo cuando lo abracé. Los androides no se sentían cómodos con esas demostraciones de emoción entre los criados y los humanos a quienes debían servir por designio de biofacturación. Hice tantas preguntas como pude en el poco tiempo de vuelo que nos quedaba.

El había expresado su pesar por la muerte de Aenea, lo cual me dio la oportunidad de hacer la pregunta más importante.

—¿Sentiste el Momento Compartido?

—No exactamente, M. Endymion —dijo el androide, lo cual no me aclaró mucho las cosas. Pero luego A. Bettik nos puso al corriente de lo que había sucedido en esos trece meses en Hyperion.

Martin Silenus había sido, tal como había previsto Aenea, la estación repetidora del Momento Compartido. Todos lo habían sentido en mi mundo natal. La mayoría de los renacidos y los militares de Pax habían desertado de inmediato, buscando la comunión para liberarse de los cruciformes y huyendo de los que aún eran leales a Pax. El tío Martin había brindado el vino y la sangre, ambos de su provisión personal. Hacía décadas que almacenaba vino y se extraía sangre, desde que había comulgado con la niña Aenea doscientos cincuenta años atrás.

Los pocos simpatizantes de Pax habían huido en las tres naves estelares restantes y su último bastión, Puerto Romance, había sido liberado cuatro meses después del Momento. Desde la aislada ciudad universitaria de Endymion, el tío Martin había irradiado viejos holos de Aenea —una Aenea que yo no había conocido— explicando cómo usar el nuevo acceso al Vacío Que Vincula y predicando la no violencia. Los millones de nativos y los ex integrantes de Pax, que apenas comenzaban a descubrir las voces de sus muertos y el idioma de los vivos, acataron sus deseos.

A. Bettik también me informó que había una nave templaria en órbita, el *Sequoia Sempervirens*, y que su capitán era la Verdadera Voz del Árbol Estelar Ket Rosteen y llevaba a varios de nuestros viejos amigos, entre ellos Rachel, Theo, la Dorje Phamo, el Dalai Lama y los éxters Navson Hamnim y Sian Quintana Ka'an. George Tswaron y Jigme Norbu también estaban a bordo. Rosteen había pedido al viejo poeta

autorización para aterrizar dos días, me dijo A. Bettik, pero Silenus se la había negado, alegando que no quería ver a nadie hasta que llegara yo.

—¿Yo? —pregunté—. ¿Martin Silenus sabía que yo venía?

—Desde luego —dijo el androide, sin más explicaciones.

—¿Cómo llegaron Rachel, la Dorje Phamo y los demás a la nave arbórea? ¿El *Sequoia Sempervirens* se detuvo en Mundo de Barnard, Vitus-Gray-Balianus B y los demás sistemas para recogerlos?

—Según entiendo, M. Endymion, los éxters viajaron con la nave arbórea desde los restos de la Biosfera del Árbol Estelar que tuvimos la suerte de visitar. Los demás, según sugieren las frustradas transmisiones de M. Rosteen a M. Silenus, se libreyectaron a la nave arbórea, tal como hiciste tú para venir aquí.

Me erguí en el asiento. Esta noticia era notable. Por algún motivo, había supuesto que yo era el único que era tan listo o tan afortunado como para haber aprendido el truco de la libreyección. Ahora sabía que Rachel, Theo y el viejo abad también lo habían hecho, y el Dalai Lama. Bien, era un Dalai Lama, y Rachel y Theo habían sido las primeras discípulas de Aenea. ¿Pero George y Jigme? Admito que me sentí un poco defraudado, pero también alentado por la noticia. Otros miles —tal vez, al principio, los alumnos directos de Aenea— debían estar al borde de sus primeros pasos. Y luego... daba vértigo pensar en todos esos miles de millones viajando libremente adonde desearan.

Aterrizamos en la ciudad abandonada cuando el cielo se aclaraba al este de los picos. Salté del deslizador, aferrando la pizarra mientras subía la escalera y dejaba atrás al androide y al sacerdote en mi ansiedad de ver a Martin Silenus. El viejo se alegraría de verme y agradecería que hubiera hecho tanto para satisfacer sus extraordinarias peticiones... Aenea rescatada en el Valle de las Tumbas de Tiempo, Pax destruida, la Iglesia corrupta derrocada, un Alcaudón que ya no constituía una amenaza... tal como él me había pedido en esa noche de embriaguez que ambos habíamos compartido más de diez años atrás. Tendría que estar feliz y agradecido.

—Joder, tardaste bastante en volver aquí, holgazán —dijo la momia envuelta en su telaraña de tubos y filamentos—. Creí que tendría que ir a buscarte dondequiera que estuvieras remoloneando como un maldito parásito.

La criatura demacrada tendida en la cama flotante, en el centro de esas máquinas, monitores, respiradores y enfermeras androides, no se parecía tanto al viejo rejuvenecido de quien yo me había despedido hacía menos de una década para mí y sólo dos años de vigilia para él. Era un cadáver insepulto. Hasta su voz era una reestructuración electrónica de jadeos subvocalizados.

—¿Has terminado de curiosear, imbécil, o quieres comprar otro billete para el espectáculo circense? —preguntó el sintetizador de voz.

—Lo lamento —murmuré, sintiéndome como un niño mal educado.

—Nada se gana con lamentar —dijo el viejo poeta—. ¿Piensas contármelo todo o quedarte allí como el palurdo que eres?

—¿Contar? —dije, abriendo las manos y dejando la pizarra en una bandeja—. Creo que usted sabe lo esencial.

—¿Lo esencial? —rugió el sintetizador, interpretando el torrente de toses y jadeos —. ¿Qué diablos sabes de lo esencial, muchacho?

La última enfermera androide se perdió de vista.

Sentí rabia. Tal vez la edad hubiera corroído la mente de ese viejo bastardo además de sus modales, si alguna vez los tuvo. Al cabo de un silencio sólo interrumpido por el jadeo de los fuelles mecánicos que había bajo la cama, que bombeaban aire en los inservibles pulmones del moribundo, dije:

—Contar. De acuerdo. La mayoría de las cosas que me pidió están hechas, M. Silenus. Aenea terminó con el dominio de Pax y la Iglesia. El Alcaudón parece haber desaparecido. El universo humano ha cambiado para siempre.

—El universo humano ha cambiado para siempre —parodió el viejo poeta con su voz de sintetizador—. Joder. ¿Acaso os pedí que cambiarais el jodido universo para siempre?

Evoqué nuestra conversación de una década atrás.

—No —dije al fin.

—Ahí tienes —rezongó el viejo—. Tus neuronas empiezan a despertar. Santo cielo, muchacho, creo que esa caja de Schrödinger te volvió más estúpido de lo que eras.

Esperé. Si esperaba el tiempo suficiente, quizás el viejo se muriera en paz.

—¿Qué te pedí que hicieras antes de tu partida, niño maravilla? —preguntó con la voz de un maestro irritado.

Traté de recordar los detalles, aparte de su petición de que Aenea y yo destruyéramos el férreo dominio de Pax y derrocáramos una Iglesia que controlaba cientos de mundos. El Alcaudón... no, no se refería a eso. Hurgando en el Vacío Que Vincula en vez de mi falible memoria, recobré sus últimas palabras antes de partir en la alfombra voladora: «Ponte en marcha. Envíale mi amor a Aenea. Dile que el tío Martin espera ver Vieja Tierra antes de morir. Dile que el vejete ansia oírle exponer el sentido de cada forma, movimiento y sonido.» *La esencia de las cosas.*

—Ah. Lamento que Aenea no esté aquí para hablar con usted.

—También yo, muchacho —susurró el vejete—. También yo. Y no me muestres ese termo de cenizas que trae el sacerdote. No me refería a eso cuando dije que quería ver de vuelta a mi sobrina antes de morir.

Asentí, sintiendo dolor en la garganta y el pecho.

—¿Qué hay del resto? —preguntó—. ¿Vas a cumplir mi última petición o me

dejarás morir mientras sigues hurgándote el estúpido trasero con tu pulgar de gran discípulo?

—¿Última petición? —repetí. Mi cociente intelectual parecía bajar cincuenta puntos cuando estaba en presencia de Martin Silenus.

El sintetizador suspiró.

—Dame esa pizarra, si quieres que te lo escriba en letras de imprenta, muchacho. Quiero ver Vieja Tierra antes de estirar la pata. Quiero volver allá. Quiero ir a casa.

Al final decidimos no moverlo de la torre. Los enfermeros androides conferenciaron con los médicos éxters, que recibieron permiso para aterrizar y deliberaron con el autocirujano de la nave del cónsul, que deliberó electrónicamente con los monitores que rodeaban al poeta, y el veredicto fue el mismo. Tal vez muriera si lo llevábamos a la nave del cónsul o la nave arbórea, sacándolo de la torre y sometiéndolo al más leve cambio de gravedad o presión.

Así que llevamos la torre y una gran parte de Endymion con nosotros.

Ket Rosteen y los éxters se encargaron de los detalles, bajando una docena de ergs de su guarida de la nave arbórea. Estimo que unas diez hectáreas se elevaron en el aire durante ese encantador amanecer de Hyperion, incluida la torre, la nave espacial del cónsul, los vibrantes cubos de Moebius que habían transportado a los ergs, el deslizador, los anexos de cocina y lavandería, parte del viejo laboratorio de química del campus, varios edificios de piedra, la mitad del puente del río Piñón y unos millones de toneladas métricas de roca y subsuelo. El ascenso fue imperceptible. Los ergs y sus controladores éxters y templarios manejaron tan bien los campos de contención y ascenso que ni notamos el movimiento, salvo porque el cielo matinal se convirtió en un campo estelar en la apertura circular de la torre, y por los holos de la habitación que mostraban nuestro avance. De pie en esa habitación, mientras las estrellas rotaban arriba, A. Bettik, el padre De Soya, algunas enfermeras androides y yo observábamos esos holos directos mientras yo sostenía la mano del viejo.

Endymion, la ciudad más vieja de nuestro mundo y origen de mi apellido familiar, se deslizó por el amanecer y la atmósfera para ser abrazada por la nave arbórea que nos esperaba en órbita. El *Sequoia Sempervirens* había abierto sus ramas para recibirnos, así que pudimos caminar desde el suelo de Hyperion hasta los grandes puentes, ramas y sendas de la nave sin sentir la transición. Luego la nave arbórea apuntó hacia las estrellas.

—Tú tendrás que hacer la próxima parte, Raul —dijo la Dorje Phamo—. M. Silenus no sobrevivirá a una traslación Hawking, ni a la deuda temporal de una fuga.

—Esta nave arbórea es enorme —dije—. Hay muchas personas y máquinas a bordo. Ayudaréis, espero.

—Desde luego —dijo esa mujer alta de cabello desgreñado y gris.

—Sí —dijeron el Dalai Lama, George y Jigme.

—Ayudaremos —dijo Rachel, que estaba junto a Theo. Ambas mujeres parecían más viejas.

—Nosotros también lo intentaremos —dijo De Soya, hablando en nombre de Ket Rosteen y los demás.

En el puente de la nave, mientras A. Bettik atendía a su ex amo, la Dorje Phamo, Rachel, Theo, el Dalai Lama, George, Jigme, el padre De Soya, el capitán templario y los demás nos cogimos de la mano. Yo completé el círculo. Cerramos los ojos y escuchamos las estrellas.

Esperaba que el río de estrellas que era la Nube Magallánica Menor pendiera sobre la nave arbórea cuando emergimos de la luz, pero era obvio que todavía estábamos en la Vía Láctea, a pocos años-luz del sistema de Hyperion, a juzgar por las constelaciones. Habíamos ido a alguna parte, pero el mundo que brillaba sobre el ramaje no era la esfera azul y blanca de Vieja Tierra, ni siquiera un planeta similar, sino un rojo y seco mundo desértico sembrado de cráteres, con un reluciente casquete polar blanco.

—Marte —dijo A. Bettik—. Hemos regresado al sistema de Vieja Tierra, cerca de la estrella llamada Sol.

Oímos la resonancia de la voz de Fedmahn Kassad en el Vacío. Nos libreyectamos hacia abajo, lo encontramos, le explicamos el viaje. Él no necesitaba la explicación porque nos había oído llegar. Lo llevamos a bordo del *Sequoia Sempervirens.*

Martin Silenus hizo saber que deseaba hablar con su ex compañero de peregrinación, y yo fui a la torre con el soldado.

—El sistema de Vieja Tierra está seguro, tal como me ordenó La Que Enseña —dijo Kassad cuando pisamos el suelo de Hyperion donde el fragmento de ciudad descansaba entre las ramas de la nave arbórea—. Hace diez meses que ninguna nave de Pax pone a prueba nuestras defensas. Nadie, ni siquiera nuestras propias naves, podrá acercarse más de veinte millones de kilómetros a Vieja Tierra.

—¿Vieja Tierra? —repetí. Me paré en seco. Kassad se detuvo y me miró con su rostro delgado y moreno.

—¿No lo sabías? —preguntó.

El soldado señaló un punto en el cielo. La nave arbórea aceleraba bajo el impulso controlado por los ergs.

Parecía una estrella doble, como cualquier planeta con una luna grande. Pero ahora veía el fulgor pálido de la luna, más pequeña, más fría. Y la cálida y vital pulsación azul y blanca que era Vieja Tierra.

A. Bettik se reunió con nosotros en la entrada de la torre.

—¿Cuándo fue...? ¿Cuándo... cómo... cuándo regresó? —balbuceé, mirando la creciente Vieja Tierra.

—En el momento del Momento Compartido —dijo Kassad. Se sacudió polvo del uniforme negro, preparándose para ver al viejo poeta.

—¿Todos lo saben? —pregunté. Pobre y tonto Raul Endymion. Siempre el último en enterarse.

—Ahora sí —dijo el coronel Fedmahn Kassad.

Los tres subimos para ver al moribundo.

Martin Silenus se alegró de reunirse con su viejo amigo después de casi tres siglos de separación.

—Conque tu negra alma asesina se convertirá en cristal semilla cuando construyan el Alcaudón dentro de un milenio, ¿eh? —graznó el viejo a través del sintetizador—. Bien, mil gracias, Kassad.

El soldado miró de hito en hito a la momia sonriente.

—¿Por qué no estás muerto, Martin? —preguntó.

—Lo estoy, lo estoy —tosió Silenus—. Dejé de respirar hace siglos. Sólo que todavía no se han dado cuenta de que deben enterrarme. —El sintetizador no intentó traducir los jadeos y carraspeos que siguieron.

—¿Alguna vez terminaste ese chapucero poema en prosa? —preguntó el soldado mientras el viejo seguía tosiendo, haciendo temblar la telaraña de tubos y cables.

—No —dije yo, hablando en nombre del moribundo—. No pudo.

—Sí —dijo Martin Silenus por su micrófono de garganta—. Lo terminé.

Me quedé atónito.

—En realidad —graznó el poeta—, él lo terminó por mí. —Alzó apenas un brazo huesudo envuelto en carne apergaminada. Me señaló con un pulgar deformado por la artritis.

El coronel Kassad me miró de soslayo. Sacudí la cabeza.

—No seas tan obtuso, muchacho —dijo Martin Silenus con lo que el altavoz tradujo como un tono afectuoso—. ¿Ves tu pizarra por aquí?

Giré hacia la bandeja donde había dejado la pizarra. No estaba.

—Todo impreso. Mil millones de copias de seguridad. Lo envié a la esfera de datos antes de que nos libreyectáramos aquí —jadeó Silenus.

—No hay esfera de datos —dije.

Martin Silenus rió entre toses. El sintetizador tradujo así algunas de esas toses:

—No sólo eres tonto, muchacho. No tienes remedio. ¿Qué crees que es el Vacío? Es la puñetera esfera de datos del puñetero universo, muchacho. La escuché durante siglos antes que la niña me permitiera comulgar con ella con esos bichos nanotécnicos. Eso es lo que hacen los escritores, artistas y creadores, muchacho.

Escuchan el Vacío y tratan de oír los pensamientos de los muertos. Sentir su dolor. El dolor de los vivos, también. Encontrar una musa es sólo el modo en que un artista o un santo mete un pie en el umbral del Vacío Que Vincula. Aenea lo sabía. Tú también deberías saberlo.

—Usted no tenía derecho a transmitir mi relato —protesté—. Es mío. Yo lo escribí. No forma parte de los *Cantos*. —Si hubiera sabido con certeza cuál de esos tubos era la manguera de oxígeno, la habría pisado hasta acallar sus resuellos.

—Pamplinas, muchacho. ¿Para qué crees que te di estas vacaciones de once años?

—Para rescatar a Aenea —dije.

El poeta rió y tosió.

—Ella no necesitaba que la rescataran, Raul. Joder, por lo que vi mientras sucedía, era ella quien sacaba las castañas del fuego. Aun cuando el Alcaudón se encargó de salvarla, fue sólo porque esa niña lo había domado. —Los blancos ojos de la momia, con sus gafas de detección de video, giraron hacia el coronel Kassad—. Es decir, te había domado a ti, futura máquina de matar.

Me alejé de la cama y me apoyé en un biomonitor para no caerme. Arriba, en el ancho círculo que era la parte superior de la torre, la Vieja Tierra crecía.

—Pero aún no has concluido, muchacho —dijo Martin Silenus con voz socarrona —. Los *Cantos* no están terminados.

Lo miré.

—¿A qué se refiere?

—Tienes que llevarme allá abajo para que podamos terminarlos, Raul. Juntos.

No pudimos libreyectarnos a Vieja Tierra porque no había nadie a quien yo pudiera usar como radiofaro para el viaje, así que decidimos valernos de los ergs para manipular todo el fragmento de Endymion. Esto podía ser fatal para el viejo poeta, pero el viejo poeta nos gritó que cerráramos el puñetero pico y nos dejáramos de chorradas. Hacía unas horas que el *Sequoia Sempervirens* estaba en órbita baja de la Vieja Tierra, o simplemente la Tierra, como Martin Silenus exigía que la llamáramos. Los sistemas ópticos, de radar y otros sensores de la nave mostraban un mundo despojado de vida humana pero poblado de animales, aves, peces, plantas y una atmósfera libre de polución. Yo pensaba descender en Taliesin Oeste, pero los telescopios mostraban que los edificios ya no estaban. Sólo quedaba el desierto, tal como en los días finales, antes que la Tierra estuviera a punto de caer en el agujero negro del Gran Error del 08. La Roma a la cual había regresado el segundo cíbrido John Keats había desaparecido. Todas las ciudades y estructuras que yo consideraba reconstrucciones experimentales de los leones y tigres y osos habían desaparecido. No quedaban ciudades, carretera ni rastros de la humanidad. La Tierra palpitaba de vida y salud como aguardando nuestro regreso.

Yo estaba al pie de la nave del cónsul en el suelo de Hyperion, rodeado por los viejos amigos de Aenea y hablando sobre el descenso, preguntando quién deseaba ir, pensando sólo en el tubo de metal que llevaba el padre De Soya, cuando A. Bettik se adelantó aclarándose la garganta.

—Perdón, M. Endymion, no quiero interrumpir. —Mi viejo amigo androide parecía sonrojarse bajo la tez azul, como siempre que debía contradecir a uno de nosotros—. Pero M. Aenea dejó instrucciones específicas en caso de que regresaras a Vieja Tierra, como obviamente has hecho.

Todos esperamos. Yo no había oído que ella le diera instrucciones en el *Yggdrasill*, pero en ese momento reinaba mucha confusión.

A. Bettik se aclaró la garganta.

—M. Aenea especificó que Ket Rosteen debía pilotar la nave durante el descenso, si había un descenso, y otros cuatro individuos debían desembarcar después. Me encareció que pidiera disculpas a todos los que deseen bajar a Vieja Tierra de inmediato. Sobre todo, a queridas amigas como M. Rachel y M. Theo, y otros que estén ansiosos de ver el planeta. M. Aenea pidió que os asegurase que seréis bienvenidos a dos semanas del día del descenso, poco antes de que la nave arbórea abandone la órbita. También me pidió que aclarase que dentro de dos años estándar, es decir, dos años terrícolas, cualquiera que pueda libreyectarse aquí será bienvenido en Vieja Tierra.

—¿Dos años? —le pregunté—. ¿Por qué esa cuarentena de dos años?

A. Bettik sacudió la cabeza calva.

—M. Aenea no lo aclaró, M. Endymion. Lo lamento.

Alcé las manos.

—Bien, ¿quién podrá bajar? —pregunté. Si mi nombre no figuraba en la lista, bajaría de todos modos, a pesar del último deseo de Aenea. Subiría a bordo a puñetazos, si era necesario. O secuestraría la nave del cónsul para aterrizar. O me libreyectaría solo.

—Tú, M. Endymion —dijo A. Bettik—. Ella te mencionó específicamente. Y también M. Silenus, por cierto. El padre De Soya. Y... —El androide titubeó como si de nuevo sintiera embarazo.

—Adelante —dije, con voz más cortante de lo que deseaba.

—Yo —dijo A. Bettik.

—Tú —repetí.

Pero tenía sentido, por supuesto. El androide había realizado el largo viaje con nosotros. De hecho, había pasado con Aenea más tiempo que yo, dada la deuda temporal implícita en mi odisea personal. A. Bettik había arriesgado su vida por ella, por nosotros, y había perdido el brazo cuando Nemes nos atacó en Bosquecillo de Dios tantos años atrás. Había escuchado las enseñanzas de Aenea aun antes que

Rachel, Theo y yo. Era natural que ella quisiera que su amigo A. Bettik estuviera presente cuando esparciéramos sus cenizas en las brisas de la Tierra. Me sentí avergonzado de mi sorpresa.

—Lo lamento —dije—. Claro que debes venir.

A. Bettik asintió.

—Dos semanas —les dije a los demás, cuya decepción era manifiesta—. Dentro de dos semanas todos estaremos allá abajo para ver qué sorpresas nos han dejado los leones y tigres y osos.

Hubo despedidas mientras viejos amigos —templarios, éxters y otros— abandonaban la ciudad de Endymion para mirar desde las escaleras y plataformas de la nave arbórea. Rachel fue la última en partir. Para mi sorpresa, me abrazó cálidamente.

—Espero que lo merezcas —me dijo al oído. Yo no sabía de qué hablaba la cáustica muchacha morena. Ella y la mayoría de las mujeres siempre habían sido un misterio para mí.

—De acuerdo —dije, cuando subimos a la habitación de Martin Silenus.

Vi la Tierra encima de nosotros. La imagen se enturbió y desapareció cuando los campos de contención se fusionaron, se espesaron y se separaron. Los campos de impulso se activaron y la ciudad se desprendió de la nave. Los templarios y éxters habían puesto controles en la enfermería de la torre, la cual estaba bastante atestada, con todas las máquinas médicas de Martin Silenus. Pensé que éste era un sitio tan bueno como cualquier otro para probar el intento erg de bajar una masa de roca y hierba, una ciudad con una torre, una nave espacial aparcada y medio puente que no llevaba a ninguna parte a un mundo que tenía tres quintos de agua y no tenía puertos espaciales ni control de tráfico. Al menos, pensé, si íbamos a estrellarnos y morir, vería un anuncio de la inminente catástrofe en el impasible rostro de Ket Rosteen, segundos antes del impacto.

No sentimos el ingreso en la atmósfera. Sólo el cambio gradual del círculo de cielo, cada vez más azul, nos hizo saber que habíamos entrado con éxito. No sentimos el aterrizaje. Ket Rosteen dejó de mirar sus controles, susurró algo a sus amados ergs y nos dijo:

—Estamos abajo.

—Olvidé decirte dónde debíamos aterrizar —dije, pensando en el desierto que había sido Taliesin. Debía ser el lugar donde Aenea había sido más feliz y desde donde yo debería esparcir sus cenizas en los cálidos vientos de Arizona.

Ket Rosteen miró la cama flotante.

—Yo le dije dónde aterrizar —rezongó el viejo poeta—. Donde yo nací. Donde pienso morirme. ¿Podéis moveros de una vez y sacarme de aquí para que pueda ver el cielo?

A. Bettik desenchufó los monitores de Silenus, todo excepto el más esencial equipo de soporte vital, y lo colocó todo dentro de un campo repulsor EM. Mientras estábamos en la nave arbórea, los androides, los clones éxters y los templarios habían construido una rampa que descendía de la torre al suelo, y un camino que llevaba a la ciudad. Todo esto había aterrizado intacto, noté mientras llevábamos la cama flotante hacia la luz del sol. Cuando pasamos frente a la nave del cónsul, un altavoz del casco de la nave dijo:

«Adiós, Martin Silenus. Fue un honor conocerte.»

La momia alzó un brazo raquítico en un saludo espasmódico.

—Te veré en el infierno, nave.

Abandonamos el fragmento de ciudad, bajamos de la rampa y contemplamos las praderas y peñascos distantes, que no eran tan diferentes de los brezales de mi infancia, salvo por la línea boscosa a nuestra derecha. La gravedad y la presión del aire eran como los recordaba de nuestra estancia de cuatro años, aunque el aire era mucho más húmedo que en el desierto.

—¿Dónde estamos? —pregunté. Ket Rosteen se había quedado en la torre y sólo estábamos el androide, el poeta moribundo, De Soya y yo. Parecía ser una mañana de primavera en el hemisferio norte.

—Donde estaba la finca de mi madre —susurró el sintetizador de Martin Silenus —. En el corazón del corazón de la Reserva de América del Norte.

A. Bettik dejó de mirar las pantallas de la unidad médica.

—Creo que esto se llamaba Illinois antes del Gran Error —dijo—. El centro de ese estado, creo. Veo que las praderas han vuelto. Esos árboles son olmos y castaños... extinguidos aquí en el siglo veintiuno, si no me equivoco. Aquel río se dirige al sudsudoeste hasta desembocar en el Mississippi. Creo que tú recorriste una parte de ese río, M. Endymion.

—Sí —dije, recordando el frágil kayak, la despedida en Hannibal, el primer beso de Aenea.

Esperamos. El sol se elevó. El viento agitó la hierba. Más allá de la hilera de árboles, un ave protestó como sólo pueden hacerlo las aves. Miré a Martin Silenus.

—Muchacho —dijo el sintetizador—, si esperas que me muera a tiempo para salvarte de una quemadura de sol, olvídalo. Estoy colgado de las uñas, pero son uñas viejas, fuertes y largas.

Sonreí y le toqué el hombro huesudo.

—¿Muchacho? —susurró el poeta.

—Sí, señor.

—Hace años me dijiste que tu bisabuela, a quien llamabas Grandam, te hizo memorizar los *Cantos* hasta que te gotearon por las orejas. ¿Era cierto?

—Sí, señor.

—¿Recuerdas los versos donde describí este lugar tal como era en mis tiempos?

—Puedo intentarlo —dije. Cerré los ojos. Sentí la tentación de tocar el Vacío, de buscar la voz severa de Grandam en vez de esforzarme en recitar de memoria, pero opté por el camino más difícil, usando recursos nemotécnicos que ella me había enseñado para recordar pasajes en verso. Sin abrir los ojos, cité los pasajes que pude recordar.

Frágiles crepúsculos bermejos
sobre árboles de papel pintado
más allá de los prados del sudoeste.
Cielos de porcelana transparente,
ni una mancha de nubes o vapores.
El silencio presinfónico del alba,
el vibrante timbal del sol naciente.
Naranjas y rojos inflamados de oro,
el largo y fresco descenso hacia el verde:
hojas umbrías, retoños de ciprés
y sauce llorón, el terciopelo
mudo y verde del pantano.

Finca de mi madre, nuestra finca, mil acres
en medio de un millón. Campos
del tamaño de praderas, perfecta hierba
que invitaba a acostarse,
a dormir en su muelle perfección.
Nobles árboles, la tierra un reloj de sol:
sombras rotando en majestuosa procesión,
ora mezclándose, ora contrayéndose,
estirándose hacia el este en agonía.
Roble regio.
Olmos gigantescos.

Álamo, ciprés, pino y bonsai.
Banianos extendiendo nuevos troncos
como lisas columnas de un templo
cuyo techo es el cielo.
Sauces bordeando arroyos y canales:
ramas colgantes cantando endechas en el viento.

Me interrumpí. La parte siguiente era borrosa. Nunca me habían gustado esos

fragmentos seudolíricos de los *Cantos*, pues prefería las escenas de batalla.

Había tocado el hombro del viejo poeta mientras recitaba y había notado que se relajaba. Abrí los ojos, esperando ver un hombre muerto en la cama.

Martin Silenus sonrió como un sátiro.

—No está mal, no está mal —jadeó—. No está mal para un viejo escritorzuelo. —Sus gafas de vídeo se volvieron hacia el androide y el sacerdote—. ¿Veis por qué elegí a este muchacho para que terminara mis *Cantos*? No sabe ni jota de escribir, pero tiene una memoria de elefante.

Estaba a punto de preguntar qué era un elefante cuando miré a A. Bettik sin ningún motivo en especial. Por un instante, después de tantos años de conocer al androide, lo vi de veras. Quedé boquiabierto.

—¿Qué? —preguntó el padre De Soya con alarma. Tal vez pensó que yo sufría un infarto.

—Tú —le dije a A. Bettik—. Tú eres el Observador.

—Sí —dijo el androide.

—Tú eres uno de ellos... los leones y tigres y osos.

El sacerdote nos miró a todos.

—Nunca entendí por qué M. Aenea escogió esa frase —murmuró A. Bettik—. Nunca he visto un león o tigre u oso, pero entiendo que comparten cierta fiereza que es extraña para... bien, la especie extraña a la que pertenezco.

—Cobraste forma de androide hace siglos —dije, con una comprensión profunda que era brusca y dolorosa como un cabezazo—. Estuviste presente en todos los acontecimientos decisivos... el ascenso de la Hegemonía, el descubrimiento de las Tumbas de Tiempo en Hyperion, la Caída de los Teleyectores... Cielos, estuviste allí durante casi toda la última peregrinación del Alcaudón.

A. Bettik inclinó la cabeza calva.

—Si uno desea observar, M. Endymion, debe estar en el lugar apropiado.

Me incliné sobre la cama de Martin Silenus, dispuesto a revivirlo de una sacudida si ya se había muerto.

—¿Usted sabía esto, anciano?

—No antes de que él se fuera contigo, Raul —dijo el poeta—. No hasta que leí tu relato a través del Vacío y comprendí...

Retrocedí dos pasos en la hierba alta.

—Fui tan idiota. No vi nada. No entendí nada. Fui un imbécil.

—No —dijo el padre De Soya—. Estabas enamorado.

Me acerqué a A. Bettik dispuesto a acogotarlo si no me respondía sin rodeos. Creo que lo hubiera hecho.

—Tú eres el padre —dije—. Me mentiste al decir que no sabías adonde había ido Aenea durante casi dos años. Tú eres el padre del niño, el próximo mesías.

—No —repuso serenamente el androide. El Observador. El Observador manco, el amigo que casi había muerto con nosotros una veintena de veces—. No. No soy el esposo de Aenea. No soy el padre.

—Por favor —dije con manos trémulas—, no me mientas. —Pero sabía que no mentía. Nunca había mentido.

A. Bettik me miró a los ojos.

—No soy el padre —dijo—. Ahora no hay padre. Nunca hubo otro mesías. No hay hijo.

Muertos. Ambos muertos. El hijo, el esposo, quien fuera. Aenea misma. Mi querida niña. Mi amada. No quedaba nada. Cenizas. De alguna manera, mientras pensaba en buscar al niño, en suplicar al padre Observador que me permitiera ser el amigo, el guardaespaldas y el discípulo de este niño tal como lo había sido de Aenea, mientras usaba esa nueva esperanza para escapar de la celda de Schrödinger, había sabido en mi corazón que no había un hijo de mi amada vivo en el universo. Habría oído la música de esa alma resonando en el Vacío como una fuga de Bach. No había ningún hijo. Sólo cenizas.

Me volví hacia De Soya, preparado para tocar el cilindro que contenía los restos de Aenea, preparado para aceptar que se había ido para siempre en cuanto el frío acero me rozara los dedos. Me iría solo a buscar un lugar para esparcir las cenizas. Caminaría desde Illinois hasta Arizona si era preciso. O quizás hasta donde había estado Hannibal, donde nos habíamos besado por primera vez. Tal vez allí era donde Aenea había sido más feliz.

—¿Dónde está el tubo? —pregunté.

—No lo traje —dijo el sacerdote.

—¿Dónde está? —repetí. No estaba enfadado, sólo muy cansado—. Regresaré a la torre a buscarlo.

Federico de Soya respiró y sacudió la cabeza.

—Lo dejé en la nave arbórea, Raul. No lo olvidé. Lo dejé allá a propósito.

Lo miré de hito en hito, más desconcertado que furioso. Entonces noté que él, A. Bettik y el viejo poeta miraban hacia los acantilados del río.

Fue como si hubiera pasado una nube pero luego un brillante rayo de luz hubiera iluminado la hierba un instante. Las dos figuras permanecieron inmóviles largos segundos, pero al fin la más baja descendió hacia nosotros, echando a correr.

La figura más alta era más reconocible a esa distancia: luz solar en su caparazón de cromo, ojos rojos y relucientes, el destello de púas y superficies afiladas. Pero no podía perder tiempo mirando al Alcaudón inmóvil. Había cumplido su misión. Se había teleyectado hacia el futuro, con la persona que lo acompañaba, tan fácilmente como yo había aprendido a libreyectarme en el espacio.

Aenea corrió los últimos treinta metros. Parecía más joven, menos curtida por la

preocupación y los acontecimientos. El cabello era casi rubio al sol y estaba apresuradamente recogido. Era más joven, comprendí, petrificado mientras ella se acercaba. Tenía veinte años, cuatro más que cuando la había dejado en Hannibal pero casi tres menos que cuando la vi por última vez.

Aenea besó a A. Bettik, abrazó al padre De Soya, besó dulcemente al viejo poeta y se volvió hacia mí.

Yo seguía petrificado.

Aenea se me acercó y se puso en puntillas como hacía siempre que quería besarme en la mejilla.

Me besó tiernamente en los labios.

—Lo lamento, Raul —susurró—. Lamento que esto haya tenido que ser tan difícil para ti. Para todos.

Difícil para mí. Ella estaba allí conociendo de antemano la tortura que sufriría en el Castel Sant'Angelo, con esas Nemes rodeando su cuerpo desnudo como aves carroñeras, con la imagen de las llamas...

Me tocó la mejilla.

—Raul, querido, estoy aquí. Ésta soy yo. Durante un año, once meses, una semana y seis horas estaré contigo. Y nunca mencionaré de nuevo esa cifra. Tenemos un tiempo infinito. Estaremos siempre juntos. Y nuestro hijo también estará contigo.

Nuestro hijo. Ni un mesías nacido de la necesidad ni una boda con un Observador. Nuestro hijo. Nuestro hijo humano, falible, un hijo que lloraría al caerse.

—¿Raul? —dijo Aenea, tocándome la mejilla con sus manos encallecidas por el trabajo.

—Hola, pequeña —dije. Y la estreché en mis brazos.

35

Martin Silenus murió al atardecer del día siguiente, varias horas después que Aenea y yo nos casáramos. El padre De Soya celebró la ceremonia, así como después celebraría la ceremonia fúnebre poco antes del ocaso. El sacerdote dijo que se alegraba de haber traído sus vestiduras y su misal.

Sepultamos al viejo poeta en un herboso acantilado a orillas del río, donde la vista de la pradera y los bosques parecía más encantadora. Por lo que sabíamos, la casa de su madre debía de haber estado en las cercanías. A. Bettik, Aenea y yo habíamos cavado una fosa profunda porque había animales salvajes en las inmediaciones —la noche anterior habíamos oído el aullido de los lobos— y luego llevamos piedras para cubrir la tierra. En la sencilla lápida, Aenea puso las fechas de muerte y nacimiento del viejo poeta —faltaban cuatro meses para que sumaran mil años completos—, talló su nombre y debajo añadió sólo NUESTRO POETA.

El Alcaudón se había quedado en el acantilado adonde había llegado con Aenea, y no se movió durante nuestra boda, ni durante la bella tarde en que falleció el viejo poeta, ni durante la ceremonia fúnebre vespertina en que sepultamos a Martin Silenus a veinte metros de ese centinela erizado de espinas. Pero mientras nos alejábamos, el Alcaudón caminó despacio hasta la tumba, la cabeza gacha, los cuatro brazos a los costados, el último fulgor del cielo reflejado en el caparazón liso y los ojos rojos. No se movió de nuevo.

El padre De Soya y Ket Rosteen nos pidieron que pasáramos otra noche en una habitación de la torre, pero Aenea y yo teníamos otros planes. Habíamos sacado equipo de camping de la nave del cónsul —balsa inflable, rifle de caza, comida congelada por si no nos iba bien con la caza— y logramos guardarlo todo en dos grandes mochilas. Ahora estábamos en el linde de la ciudad y mirábamos ese mundo crepuscular de hierba y bosque y cielo profundo. La lápida del viejo poeta era claramente visible en el ocaso.

—Pronto oscurecerá —nos advirtió el padre De Soya.

—Tenemos un farol —dijo Aenea.

—Hay animales salvajes por aquí —dijo el sacerdote—. Ese aullido que oímos anoche... Dios sabe qué depredadores acaban de despertarse.

—Esto es la Tierra —dije—. El rifle me permitirá defenderme de cualquier cosa que sea menor que un oso pardo.

—¿Y si hay osos pardos? —insistió el jesuita—. Además os perderéis. No hay caminos ni ciudades. Ni puentes. ¿Cómo cruzaréis los ríos...?

—Federico —dijo Aenea, apoyando la mano en el brazo del sacerdote—, es

nuestra noche de bodas.

—Oh —dijo el sacerdote. La abrazó, me estrechó la mano, retrocedió.

—¿Puedo hacer una sugerencia, M. Aenea, M. Endymion? —preguntó A. Bettik.

Lo miré, calzándome el cuchillo en el cinturón.

—¿Vas a contarnos lo que vosotros, los habitantes del otro lado del Vacío Que Vincula, habéis planeado para la Tierra en los años venideros? ¿O para saludar personalmente a la especie humana?

El androide pareció incómodo.

—No —dijo—. La sugerencia era algo más parecido a un modesto regalo de bodas.

Nos entregó a ambos la caja de cuero.

La reconocí de inmediato. También Aenea. Nos pusimos de rodillas para sacar la alfombra voladora y desenrollarla en la hierba. Se activó al instante, revoloteando a un metro del suelo. Apilamos nuestras mochilas atrás, pusimos el rifle en su sitio y aún quedaba espacio para ambos, si yo me sentaba con las piernas cruzadas y Aenea se sentaba sobre mis brazos y piernas, su espalda contra mi pecho.

—Esto nos permitirá cruzar los ríos y eludir a las fieras —dijo Aenea—. Y esta noche no iremos lejos para encontrar un lugar donde acampar. Sólo cruzaremos el río, para que nadie oiga.

—¿Que nadie oiga? —dijo el jesuita—. ¿Pero para qué quedarse tan cerca si no podemos oír? ¿Y si pidierais ayuda y...? Oh. —Se ruborizó.

Aenea lo abrazó. Estrechó la mano de Ket Rosteen.

—Dentro de dos semanas —dijo—, agradeceré que permitas que Rachel y los demás desciendan si desean echar un vistazo. Los encontraremos en la tumba del tío Martin al mediodía. Podrán quedarse hasta el ocaso. Dentro de dos años, cualquiera que pueda libreyectarse aquí por su cuenta podrá explorar a gusto. Pero sólo podrán quedarse un mes. Y no se permitirán estructuras permanentes. Ningún edificio. Ni ciudades. Ni carreteras. Ni cercas. Dos años... —Me sonrió—. Los leones y tigres y osos y yo hemos trazado algunos planes interesantes para el futuro de este mundo. Pero durante esos dos años es nuestro. De Raul y mío. Por favor, Verdadera Voz del Árbol, cuelga un gran letrero de PROHIBIDO PASAR cuando subas a tu nave.

—Eso haremos —dijo el templario. Regresó a la torre para preparar a sus ergs para el despegue.

Nos acomodamos en la alfombra. Rodeé a Aenea con los brazos. No tenía intenciones de dejarla ir durante mucho tiempo. Un año, once meses, una semana y seis horas puede ser una eternidad si uno lo permite. Un día puede serlo. Una hora.

El padre De Soya nos dio su bendición.

—¿Hay algo que pueda hacer por vosotros en los próximos meses? —preguntó—. ¿Queréis que os haga enviar provisiones a Vieja Tierra?

Sacudí la cabeza.

—No, padre, gracias. Con nuestro equipo de camping, nuestro kit médico, la balsa inflable y este rifle nos las apañaremos. No en vano fui guía de caza en Hyperion.

—Hay una cosa —dijo Aenea, y le vi esa mueca que siempre anunciaba alguna picardía.

—Cualquier cosa —dijo De Soya.

—Si puedes regresar dentro de un año —dijo Aenea—, tal vez necesitemos una buena comadrona. Eso te dará tiempo para asesorarte sobre el tema.

El padre De Soya palideció, quiso hablar, se arrepintió, asintió.

Aenea rió y le tocó la mano.

—Sólo bromeaba —dijo Aenea—. La Dorje Phamo y Dem Loa ya han convenido en libreyectarse aquí si las necesitamos. —Me miró—. Y las necesitaremos.

De Soya suspiró, apoyó su fuerte mano en la cabeza de Aenea en una bendición final y echó a andar hacia la ciudad hasta fundirse con las sombras.

—¿Qué sucederá con su iglesia? —le pregunté a Aenea.

Ella sacudió la cabeza.

—Sea lo que fuere, tiene la posibilidad de un nuevo comienzo, de redescubrir su alma. —Me sonrió—. Y también nosotros.

Mi corazón palpitaba de nerviosismo, pero aun así hablé.

—¿Varón o niña? Nunca pregunté.

—¿Qué? —dijo Aenea, confundida.

—La razón por la cual necesitarás a la Marrana del Rayo y a Dem Loa dentro de un año. ¿Será varón o niña?

—Ah —dijo Aenea, comprendiendo. Miró hacia otro lado, se apoyó en mí, acomodó su cabeza bajo mi cuello. Pude sentir las palabras en los huesos cuando habló—. No lo sé, Raul, realmente no lo sé. Ésta es una parte de mi vida que siempre evité mirar. Todo lo que suceda a continuación será nuevo. Por atisbos del futuro, sé que tendremos un niño sano y que despedirme de ese bebé y de ti será lo más difícil que haga... mucho más que dejarme capturar en la Basílica de San Pedro y enfrentarme a los inquisidores de Pax. Pero gracias a esos atisbos también sé que cuando me reúna contigo en T'ien Shan, en mi futuro y en tu pasado, sufriendo por que no podré contarte nada de esto, me consolará saber que en este futuro nuestro hijo está bien y que tú lo criarás. Y sé que nunca permitirás que el niño olvide quién era yo ni cuánto os amé a ambos.

Recobró el aliento.

—Pero no sé si será varón o niña, ni cómo lo llamaremos. He preferido no fisgonear en este tiempo, nuestro tiempo, sino sólo vivirlo contigo día a día. Ante este futuro, estoy tan ciega como tú.

Le apoyé los brazos en el pecho y la estreché contra mí.

Oímos un carraspeo y vimos que A. Bettik todavía estaba de pie junto a la alfombra voladora.

—Viejo amigo —dijo Aenea, estrechándole la mano—. ¿Qué dices?

El androide sacudió la cabeza, luego dijo:

—¿Alguna vez leíste el soneto de tu padre dedicado a Homero, M. Aenea?

Mi querida niña reflexionó.

—Creo que sí, pero no lo recuerdo.

—Tal vez una parte se relacione con la pregunta de M. Endymion acerca del futuro de la iglesia del padre De Soya —dijo el hombre azul—. Y también con otras cosas. ¿Me permites?

—Por favor —dijo Aenea. Sentí los fuertes músculos de su espalda contra mí. Su mano me apretaba el muslo, dándome a entender que estaba tan ansiosa como yo de largarse y encontrar un sitio donde acampar. Esperé que A. Bettik fuera breve. El androide recitó:

Sí, hay luz en las costas tenebrosas,
y un prístino verdor en los abismos,
un mañana floreciente a medianoche,
visión triple en la ceguera más aguda...

—Gracias —dijo Aenea—. Gracias, querido amigo.

Se liberó de mí para besar al androide por última vez.

—Oye —dije, imitando la queja de un niño excluido.

Me besó más tiempo. Mucho más tiempo. Más hondamente.

Nos despedimos por última vez y toqué las hebras de vuelo. La antigua alfombra se elevó cincuenta metros, sobrevoló nuevamente la ciudad, la torre y la nave del cónsul, y nos llevó hacia el oeste. Confiando en la Estrella del Norte como guía, hablando sobre la posibilidad de acampar en un terreno alto a algunos kilómetros, pasamos sobre la tumba del viejo poeta, donde el Alcaudón aún montaba guardia en silencio. Planeamos sobre el río, en cuyas ondas y remolinos titilaban los últimos rayos del ocaso, y cobramos altura mirando los exuberantes prados y seductores bosques de nuestro nuevo campo de juegos, nuestro antiguo mundo. Nuestro nuevo mundo. Nuestro mundo primero, futuro y más bello.

FIN